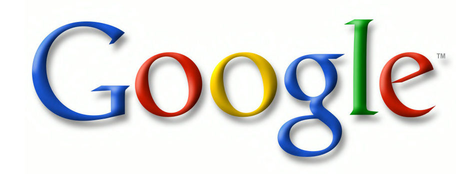






LA MANO DEL MUERTO.

LA

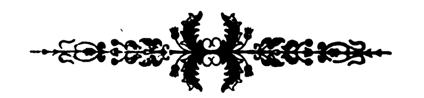
MANO DEL MUERTO

NOVELA EN CONTINUACION Y CONCLUSION

DEL CONDE DE MONTE-CRISTO.

POR

ALEJANDRO DUMAS.



MADRID:
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle Relatores, n.º 14.
LIBRERÍA DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, n.º 9.

BARCELONA:
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, n.º 15.
LIBRERÍA POPULAR-ECONÓMICA,
Plaza del Teatro, 7 cerca del correo.

1859.



Barcelona: Imp. de Luis Tasso, calle de Guardia, núm. 15.—1859.

LA MANO DEL MUERTO.

I.

Quien habia jugado ya á la alta y baja de fondos.

CUANDO la fatalidad y la desgracia nos oprimen, no falta quien se nos presenta con la sonrisa en los labios y la alegría en el alma, esperando hacernos partícipes de ambas, si la miseria no ha concluido aun del todo el prestigio de nuestra antigua opulencia.

Es, pues, tal prestigio el que reune en torno de nosotros á todas las personas que nos conocieron dobladas al peso del infortunio.

La baronesa Danglars, si bien habia sufrido ese peso formidable, reunia aun en su casa los principales caballeros del Gand y tenia el placer de oir elogiar sus doradas salas en París, como en las que se sabia recibir durante algunas horas á todos esos impíos elegantes de *tapete verde* y á quienes parece no faltar jamás el oro ni la voluntad de jugar, mientras haya poco interés en conocer los variados sistemas de su vida privada.

El espíritu de orgullo y ambicion de la interesante baronesa Danglars, su figura esbelta y su rostro aristocráticamente páli-

do, donde brillaban ó languidecian dos bellos ojos negros, cuando su endurecido pecho se dilataba con la espansion de un blando sentimiento, ó se comprimia dominado por la ambicion, no era lo que menos atraía numerosa concurrencia á sus salones.

A los que viven de emociones fuertes, jamás desagrada una mujer como la baronesa Danglars. Sus sonrisas de orgullo, su semblante determinado y altivo, aunque sumiso y hechicero cuando se dejaba vencer, su mirada elocuente y sagaz; su verbosidad estremada, todo concurria para que los jóvenes de gran tono la inscribiesen en el rol de las *leonas*, á pesar de haber pasado ya la primavera de la vida.

Tal era la condicion en que se tenia á la baronesa Danglars en el año 1837.

En una noche del mes de setiembre de ese año, las salas de su palacio se hallaban brillantemente iluminadas, y se iban poco á poco llenando de personas que frecuentaban sus partidas. La baronesa corria á todos los salones hablando con animacion y recibiendo las galanterías de multitud de caballeros que la seguian, ó que la esperaban en diversos puntos por donde suponian que deberia pasar.

—Jesus! que aspecto tan melancólico, señor Beauchamp, dijo á un caballero de fisonomía severa y sistemadamente espresiva para infundir algo siniestro.—Se diria que venís dispuesto á enojaros con nosotros, porque segun se me ha dicho, habeis perdido en la semana última.....

—No, señora baronesa, yo no acostumbro llevar cuenta de lo que pierdo al juego..... no juego por especulacion, y haceis mal en suponer lo contrario.

—Oh! ciertamente!.... contestó la baronesa con irónica sonrisa, dándole el brazo. Vamos... me causó desasosiego vuestra fisonomía! Contadme, para volverme la tranquilidad, las noticias que teneis... las mas recientes.

—A mí me las pedís, hermosa baronesa!.... Ahí teneis al caballero Luciano Debray que os las dará mejores.

—Está bien, señor; dejad al ministro que parece absorto con sus grandes ideas ministeriales! Hasta recelo perturbarle por temer que venga á esponerme algun proyecto de ley... cosa siempre enojosa....!

—Quién! el ministro?

—No, el proyecto!

—Pobre Debray! murmuró Beauchamp, él no merece la ironía de vuestras palabras, reconociéndolo como le reconozco mas méritos en el ministerio que á muchos otros que lo han ocupado.

—Así debeis hablar, señor, para que os paguen en la misma moneda respecto de vuestro nuevo cargo de procurador del rey! lo oís? no sea que acabeis como vuestro antecesor...

Un lijero enrojecimiento coloreó las pálidas mejillas de la baronesa, cuyo brazo se estremeció sobre el de Beauchamp. La señora Danglars quedó como arrepentida de las palabras que habia proferido.

—No, señora baronesa, se apresuró á decir Beauchamp, como si hubiera aprovechádose de ellas para colocarse en el terreno que deseaba. Tengo la certeza de que no me sucederá lo mismo, al menos por igual motivo! Pero ya que habeis hablado del procurador del rey, que yo desearia olvidar siempre que concurro á vuestros salones en noches como esta.....

—Señor....!

—Perdonad, señora baronesa, nadie nos oye, ni sospecha lo que estamos diciendo, prosiguió el magistrado.

—Basta, señor Beauchamp, basta; ya sé cuanto me querriais decir... eso me disgusta y me causa fastidio; no lo sabeis?—Os habia pedido noticias para olvidarme del susto que me produjo vuestra fisonomía severa y triste; dádmelas como cuando erais simple redactor de un diario, esto es... risueño, placentero... *bon vivant*.

El magistrado se detuvo mirando fijamente á su interlocutora, como si quisiera leer en su semblante.

—¡Cómo! esclamó ella riéndose con la mejor voluntad; el

antiguo periodista no sabe ya ser mas que magistrado?

—No, señora; con vos siempre soy el mismo, dignaos creerlo así; pero, es que las noticias que tengo que daros... no pueden salir de los labios de un periodista, como vos decís....!

Beauchamp acentuó bien estas últimas palabras, que hicieron estremecer de nuevo á la señora Danglars.

—Y por qué? preguntó ella esforzándose por vencer un vago temor. ¿Os habeis propuesto hacerme morir de miedo esta noche, señor?

—No pueden salir de los labios de un simple periodista, respondió Beauchamp, porque se refieren á una señora á quien el magistrado aprecia y respeta mucho.

Por el tono de aquel y por la espresion de su mirada, conoció la señora Danglars que no debia insistir mas; sin embargo, queriendo á todo trance conocer si la noticia se referia á ella, dióse vuelta y abandonándole el brazo, dijo:

—Bien, señor... por la misma razon, respeto á esa señora. Guardaos la noticia.

La baronesa perdió el juego, porque el magistrado permaneció impasible.

—Oh! tu semblante es de bronce! murmuró este, viéndola alejarse apoyada la mejilla en el índice de la mano derecha.—Pero yo no me engaño aun, como todos los que te rodean! Existe en tu pasado algun secreto terrible que ocultas cuidadosa á los ojos del mundo; pero no á los mios! Hay en tu vida presente algo de infame que disfrazas con esmero en el fondo de ese pecho de mármol! Trabajemos; soy dueño ya de un secreto importante del pasado, y descubriré el resto hasta la actualidad.

Momentos despues, apercibióse el magistrado que alguien le seguia como deseando hablarle: acortó el paso, y sin volver el rostro, ni mostrar que sabia que era seguido, dejóse alcanzar.

—Podré tener el honor de hablaros, señor Beauchamp....?

—¡Oh! señor ministro; héme aquí á vuestras órdenes.

—Señor; no debeis ignorar lo mucho que me interesa cuanto

hace relacion á nuestro sosiego y tranquilidad, dijo Luciano Debray, apartándose con él á una sala desocupada.—Pues bien, creo que en mi lugar os inquietaríais al observar la fisonomía de un procurador del rey turbada y triste.....

—¡Oh!.... perdonadme..... acaso por ser novicio aun no he aprendido á conservar ese rostro de piedra que conviene á un magistrado.

—No deseaba contradeciros, señor de Beauchamp; bien sé que un magistrado es un hombre de tacto, y habiendo tambien sabido por mi pequeña policía un suceso, al cual de cierto doy bien poca importancia, viéndoos de tal manera contristado, me es necesario creer todo cuanto se me ha dicho ayer!.. y entonces... el honor de una señora á quien aprecio y respeto... me hace atreverme á interrogaros, señor Beauchamp.

—¡Ah! sabeis pues, señor Debray..? Os aseguro que si en verdad el hecho fuese cierto.....

—Espero que seais magistrado, interrumpió Debray, como si dijese—espero que seais amigo! Réstame ahora saber el nombre de la señora para cerciorarme... Tendriais la bondad.

A esta pregunta directa, que aguardaba ya el procurador del rey, no pudo dejar de contestar sin pasar por incivil ante el ministro, dándole á entender que desconfiaba de su discrecion: llegóse, pues, á Debray y murmuró una palabra á su oido.

Debray palideció; pero disimulando en el acto su turbacion, despidióse del procurador, y regresó á la sala en que la baronesa parecia esperarle con inquietud. El procurador del rey se retiró de casa de la señora Danglars sonriendo irónicamente.

Cuando se disolvió la concurrencia, cuando los banqueros recogieron de sus mesas el oro y sus billetes de banco, la baronesa hizo á Debray una señal de inteligencia, y abandonó á la vez los salones para entrar en sus aposentos, llenos aun de mas lujoso gusto y riqueza que el resto del edificio.

La baronesa abrió una puerta vidriera que daba á un gabinete

de música con su respectivo piano, y mirando á este con tristeza no pudo menos de esclamar:—¡Oh! Eugenia... por qué me abandonaste tambien!—y una lágrima rodó por el semblante pálido y orgulloso de la señora Danglars, que haciendo un movimiento como para desterrar una idea que le atormentaba, atravesó el pequeño gabinete y se puso en observacion y mirando al patio por la ventana entreabierta.

Mantúvose allí hasta que sintió rodar el último carruaje: luego viendo un bulto que retrocedia dirigiéndose al edificio, fué apresuradamente á abrir la puerta de una escalera secreta, y volvió á su retrete sentándose en un divan de seda azul.—Luciano Debray cerró la puerta de aquella, y fué al encuentro de la baronesa.

—Y bien, Debray, preguntóle con zozobra é interés.

Debray sacó sus guantes, tiró la capa y el sombrero sobre una silla, y sentóse al lado de la baronesa, como persona de su mas íntima confianza.

—Hablad, Debray; esa tranquilidad me asusta. Beauchamp te ha dado alguna mala noticia?

—Todo cuanto pude sonsacar, sin pasar por indiscréto, fué una sencilla palabra, respondió Debray con calma.

—Ah!.... prorumpió la baronesa con rabia.

—Y esa palabra, es un nombre de mujer..... el vuestro por ejemplo.

—Creeis, pues, que estoy en peligro.....

—Como lo he pensado siempre! replicó Luciano. Si hasta hoy vuestra presencia en París no ha sido ridícula, no me persuadí jamás que pudiéseis conservar por mucho tiempo la máscara..... y ahora menos que nunca!

La baronesa dejó percibir una lijera sonrisa de orgullo ofendido, y contestó:

—Es porque nunca tuve secretos para vos, como los tengo con todos! Si creyerais como ellos que el baron Danglars viaja con su hija Eugenia, jamás os convenceriais de que ambos me han abandonado.

—Hablemos claro, replicó Debray: hace un año que el baron siguió el ejemplo de Eugenia, y desde esa época el mundo parisiense los supone entregados al placer de viajar.—Esto, en verdad, es muy sencillo; pero el tiempo irá corriendo y puede ocurrírsele á alguno el mal gusto de preguntar cuando regresarán el baron y su hija.

La baronesa vibró un movimiento.

—Mas tarde, prosiguió Debray, habrá algun otro que se atreva á reirse de la demora de los viajeros; y dentro de poco todo París se reirá tambien.—Ya veis... querida baronesa, que por este lado no vamos bien.

—Aconsejadme, pues, Debray, dijo la baronesa con aquella su tímida inocencia, propia de una niña de quince años, pasando sus manos sobre el brazo de Luciano.

—Os repito lo que hace un año, cuando me mostrasteis la carta de vuestro marido en que os dirigia estas palabras:—*Os dejo como os he tomado—rica y poco honrada.*

Estas palabras que hubieran anonadado á cualquiera otra mujer no hicieron mas que arrancar una mera sonrisa de orgullo ofendido de los labios de la baronesa.

Luciano continuó:

—Insisto en que viajeis. En el año último poseiais un millon y doscientos mil francos, ó lo que es lo mismo, sesenta mil libras de renta; y hoy reunís dos millones y cuatrocientos mil francos, que equivalen á ciento veinte mil libras de renta. ¡Que os importa París! Decid á vuestras amigas, que vuestro marido está en Roma ó en Civita-Vecchia, ó en Nápoles, y que os ha suplicado en nombre de Eugenia fuéseis á hacerle compañía.—Ellas divulgarán la noticia; y podeis entonces dirigiros á Lóndres.

—Y querreis que nos separemos, Debray? preguntó la baronesa procurando arrancar una lágrima rebelde.—¡Ah! esto es imposible....!

Luciano nada dijo: pero mirándola de soslayo, se levantó.

—Hace año y medio que somos socios, y nuestros intereses han



ida en boga..... y ahora que sois ministro de Hacienda iriais cada vez mejor.....

—¡Ah!.... hemos llegado precisamente al punto esencial de la cuestion! esclamó Luciano golpeando con el puño el respaldo de una silla, con el semblante impaciente de Alejandro cuando para terminar la lucha, arrojaba su baston á la arena.

—¡Cómo! preguntó la señora Danglars abriendo desmesuradamente los ojos, é irguiéndose sobre el divan, en que hasta entonces estuviera recostada con toda la indolencia de una amante apasionadísima.

—Los periodistas de la oposicion se gozan especialmente en presentar al aire libre la vida privada de los ministros. Bien, pues; aquí para entre los dos, donde nadie mas nos escucha; lo esencial de vuestras partidas es el juego, y no quiero yo que á nadie se le pase por la imaginacion que por ese medio obtengo alguna fortuna!

—Pero la habeis obtenido ya! observó la baronesa.

—Estoy resuelto á no continuar, dijo con firmeza Luciano—y me desligo de vuestros intereses, conservando solo el vínculo sencillo de la amistad.....

—¡Pues bien, caballero! gritó la baronesa lívida de rabia, y profundamente herida en su amor propio, por lo mismo que comprendia lo que tales palabras significaban: ni aun consiento tal sacrificio. Hagamos cuentas, y despues.....

—Y despues...? preguntó él con la sonrisa de quien despreciaba la rabia de la noble baronesa.

—Deseais que nunca mas nos veamos....?

Luciano introdujo por toda respuesta las manos en sus bolsillos y permaneció inmóvil, como si quisiera decir: segun os plazca.

—Pero os advierto que aun permaneceré este invierno en París.....

—Sí, me han dicho que los espectáculos serán escogidos; el repertorio es casi todo de Donizzetti y de Bellini.

—Y además el caballero Luciano Debray, agregó la baronesa riendo con intencion.

—No os comprendo.

—Quiero ver vuestro debuto ministerial.

—Vamos; baronesa, dijo Luciano con cierta seriedad, que contrastaba singularmente con el tono de la señora Danglars.

—Quien ha jugado á la alta y baja de fondos, no puede abandonar á París y reducirse á las proporciones de simple estranjera, sin alguna repugnancia. Y sin embargo, es forzoso cuando por fatalidad un procurador del rey está al cabo de ciertas cosas... Baronesa, sed prudente como Ulises y sabia como Nestor.

Luciano Debray sacó su cartera y arrojó sobre la preciosa mesa de mármol los billetes de banco, sentándose al lado de la baronesa, que pálida y agitada permaneció en pié.

—Baronesa, los socios hacen por segunda vez sus cuentas, y espero que en esta última aprovecheis mi consejo.

II.

Benedetto.

Así que Beauchamp salió del palacio de la señora Danglars se dirigió á su casa, situada al comenzar la calle Coc-heron, cuya fachada esterior ofrecia el tipo clásico de aquella vieja de Puget, que hace sean tan buscados en Francia ciertos edificios, por personas que desean adquirir algun prestigio.

La puerta de este pequeño edificio era rasgada hasta la altura de la ventana del centro, campeando en su cima un enorme floron de piedra que parecia querer aplastar al primer plebeyo que allí osase poner su planta; su pequeño patio colocado en el centro era decorado por negruzcos é imponentes muros.

A él daban las ventanas del gabinete de estudio del señor Beauchamp con sus cortinas sueltas y colgando en toda su longitud.—Una lámpara de bronce con su pantalla de seda verde derramaba en el recinto esa amortiguada luz tan conveniente al que necesita escribir y meditar durante la noche, y que ilumina de lleno solo el papel en que estampamos nuestras ideas de modo que no ofende la vista.

Beauchamp abandonó el bufete, saliendo de entre los enormes rimeros de papel colocados á derecha é izquierda de su silla, á la manera que el espectro fantástico de algun poeta lúgubre aparece por entre los sepulcros de un pequeño cementerio al pálido reflejo de la luna.—Se encaminó á la ventana, recogió la cortina, y aventuró una rápida mirada al patio alumbrado á la sazon por el rojizo esplendor de una sola lámpara pendiente de la bóveda del vestíbulo,—y viendo luego que alguien se dirigia á su gabinete, dejó caer la cortina, sentóse de nuevo á su escritorio apoyando sobre él el codo y sobre la mano su mejilla.

En seguida abrióse la puerta del gabinete, y dió paso á dos hombres, uno de los cuales por su traje, maneras y corpulencia hercúlea parecia agente de policía. Jóven el otro aun, seco, lívido y despedazado el vestido, formaba su mas pronunciado contraste, y dejaba conocer que era el reo.

El procurador del rey, hizo un ademan y el agente de policía salió cerrando la puerta.

Beauchamp permanecio inmóvil por un momento; lúego cuando creyó que el agente habia atravesado el patio, indicó al reo el lado opuesto de su mesa, y volviendo la pantalla de la lámpara de modo que pudiese ver el rostro del acusado:

—Cómo os llamais? preguntóle Beauchamp, ahuecando la voz como si quisiese disfrazarla.

—Siempre me haceis, señor, la misma pregunta á la que siempre os contesto que Benedetto.

—Benedetto, repitió el procurador del rey continuando; estaréis dispuesto á repetir cuanto ya me habeis confesado?

—¿Y para qué, señor? le dijo el jóven con alguna tibieza,—¿Para qué recordar tales cosas? He sido preso, me hallo á vuestra presencia... sentenciadme, pues, y que termine todo.

—Sois muy imprudente, Benedetto, la ley os hiere de muérte.

—Tanto mejor si ya lo sabeis de cierto.

—Quiero sin embargo oiros otra vez. Acaso hayais olvidado alguna circunstancia, que pueda atenuar el rigor de la ley por medio de la prueba.—Hablad.

Pues bien: escuchadme, porque esta será la última vez que os hablo.

Habia en las palabras del acusado tal amargura y desprecio de la vida, que si bien poca ó ninguna sensacion habrian producido en el alma gastada de un viejo juez, conmovian la de un hombre jóven aun, y que no estaba bien penetrado de los misterios de un procurador real, como sucedia á Beauchamp.

—Estaba yo preso en la *Force*, donde creo me protegia algun amigo desconocido, puesto que allí se me aparecia un hombre llámado Bertuccio, con quien yo he tenido relaciones, y me proveía de algun dinero en nombre de ese protector desconocido, á fin de que pudiese procurarme mejores alimentos que los que pasan á los habitantes de la *Cueva de los leones*. Ante el tribunal á que habia comparecido ya, declarara ser hijo del señor de Villefort, vuestro antecesor, y esperaba resignado mi condena. Fugado de las galeras, asesino convicto de Caderousse, ¿qué otro porvenir me aguardaria que el patíbulo...?

—Esperad, interrumpió el magistrado, ¿cómo supisteis que erais hijo del señor Villefort?

—Ah! Ved ahí una pregunta que nunca se os habia ocurrido, respondió Benedetto, con la sonrisa del que comprende mas de lo que se supone. Vais á saberlo.—Os he hablado de aquel protector desconocido y de Bertuccio, que era el portador de sus dádivas; pues un dia, entrando este á mi cuarto en la cárcel de la Force, me dijo así: «Benedetto, tú estás gravemente comprometido, «pero hay alguien que desea salvarte, porque ha hecho voto de

«salvar todos los años un hombre. Este protector halla un medio de «arrancarte al cadalso, por lo menos, tal es el siguiente: —El pro- «curador del rey que activa hoy tu sentencia, tuvo estrechas re- «laciones con una señora, y esta señora dió á luz un niño, hijo «de Villefort! Tal escándalo no debia traslucirse, y el señor de «Villefort, apenas hubo aquél nacido, lo tomó en sus brazos, ar- «rollóle al cuello sus ligamentos naturales para impedir el llanto «y los gemidos, lo encerró en un cofre, colocó sobre él como una «mortaja un pañuelo bordado de su desgraciada madre, y bajan- «do una escalera secreta, que desde mucho tiempo atrás le servia «para introducirse á la habitacion de esta, enterró al inocente al «pié de un antiguo árbol del jardin. Una mano desconocida, cre- «yendo que el cofre encerraba algun tesoro, hundió dos veces el «puñal en el pecho del infanticida, y robóle su depósito.

«El asesino huyó, pero al abrir el cofre, se encontró con el re- «cien nacido que aun daba señales de vida: cortó las ligaduras «de su cuello, introdújole aire en los pulmones, y envolviendo al «niño en el pañuelo bordado, del que cortó un pedazo, fué á de- «positarlo en el hospicio de la caridad, esclamando: —Dios mio, «os pago mi deuda, porque si aniquilé una vida, he reanimado «otra.

«Tal es la historia de tu nacimiento, continuó Bertuccio; así «pues, cuando hayas de comparecer á presencia de tu juez, arró- «jale al rostro su crímen, y enmudecerá, pasando del orgullo á la «sumision, y de la tribuna del juez al banco del delincuente. «Despues, el escándalo público que promoverán tus gritos, hará «olvidar el proceso de tu acusacion, y tu protector no dejará de «aprovechar este incidente para librarte.»

—Así lo hice, agregó Benedetto, como quizá lo habeis visto, cerca del 27 de setiembre, aniversario de mi nacimiento en 1847.—Mi protector cumplió su palabra: un mes despues estaba libre.

Libre, señor, pero con la condicion de acompañar á mi padre que se habia enloquecido y me buscaba, cavando con un azadon

do quier encontraba tierra. Aquella desgracia me conmovió el alma! Despues de haber el desgraciado sido procurador del rey, y formado la reputacion de hombre de probidad y honradez, cayó de la cumbre de su orgulloso y gigantesco edificio, hasta el banco del reo! Felizmente su locura impidió el proceso, y ambos quedamos en entera libertad. Sus bienes le fueron confiscados, dejándole apenas un triste socorro para su alimento.

Poco á poco mi padre volvió á su razon; al cabo de seis meses que vivia conmigo, se restableció completamente, me reconoció y fué mi amigo: pero su hora habia llegado entonces, como si Dios hubiera solo querido dejarle vivir para pedirme perdon. Le he perdonado y recibí su última bendicion.

—¡Hijo mio, me dijo en su postrimer momento, yo me siento morir, y solo me atormenta dejar el mundo sin pagar la única deuda que tengo! Es una deuda de sangre y de desesperacion que yo quisiera retribuir pagándola con infernal usura!.....

Hijo de mi alma! he sido criminal, usando de la máscara del hipócrita con todos mis semejantes! pero la venganza que han ejercido sobre mí, ha sido grande y horrible! Mi esposa, mi hija, mi hijo...... la mano de un hombre, sin corazon y sin conciencia, me lo arrancó desapiadadamente todo para vengarse de mí.....! Benedetto.... humilla, hiere á ese hombre, haciéndole sufrir y llorar.—Y luego en lo mas profundo de su desesperacion, le dirás:—Yo soy el hijo de Villefort, que te castiga en su nombre por la horrible venganza que de él has tomado!»

—Ese hombre, padre mio! esclamé yo.... donde está ese hombre...?

—¿Dónde está....? murmuró mi padre agitando tristemente su cabeza agoviada de sufrimientos, y tomándome luego del brazo aproximándose hasta tocar mi oido, me dijo con la voz trémula de pavor, y azorada la vista como á la aparicion de un fantasma: «Pregúntaselo á la inmensidad del espacio; al mar, á la tierra... El puede estar en todas partes como un Dios omnipotente ó un genio infernal de la fatalidad! Guárdate de que

su mirada fija y ardiente se pose sobre tí ni un solo instante, porque quedarias perdido y maldito para siempre!

—Pero su nombre....! su nombre.....! gritaba yo poseido de rabia, pareciéndome escuchar ya el eco de ese nombre grande y terrible!

—Su nombre....? repetia el señor de Villefort, con amarga y convulsiva sonrisa—Tiene acaso él un nombre cierto y determinado....? El que cambia de nombre y de esencia á cada dia, cada instante, por el poder de su voluntad formidable! El abate Bussoni, conde de Monte-Cristo, Lord Wilmore..!

—Ah! esclamé estremeciéndome al oir aquel nombre.....! ¡Conde de Monte-Cristo!....

—Ó el abate Bussoni, ó Lord Wilmore, continuó mi padre; quién sabe cual será al presente su nombre.

Búscalo, sin embargo, en todas partes: sé infatigable: pregunta á lo infinito del espacio, desciende al abismo, y haz que tus ojos vean al través de las entrañas de la tierra y de las profundidades de los mares... Su verdadero nombre es Edmundo Dantes. ¡Hijo mio! ¡véngame y muere, ó maldito seas en el mundo!

En esa misma noche, prosiguió tranquilamente Benedetto, despues de un breve intérvalo, espiró el señor de Villefort, poniendo en mis manos el pliego sellado que vuestros soldados me encontraron, y que sin duda conservareis en vuestro poder.

—Y por qué no habeis querido leer ese papel? le preguntó el magistrado.

—Mi padre me exigió que no lo abriera sino lejos de Francia, y cumplo mi promesa. Desgraciadamente fuí capturado antes de que pudiera leerlo... pero abrigo la esperanza de no morir sin que sepa su contenido, porque pediré que me lo presenten, cuando sea llamado al tribunal de justicia. Beauchamp se estremeció, y á no haber estado oculto su rostro en la sombra, hubiérase visto su palidez.

—Y á donde os dirigiais cuando os prendieron?

—Fuera de la Francia.

—Con qué objeto?

—A cumplir mi mision.

—Cual?

—El legado de mi padre... la venganza!

Bauchamp se levantó y se paseaba agitado por el recinto de su gabinete, ocultando el rostro bajo su capa. Momentos despues se separó súbitamente, haciendo un ademan como si hubiese tomado una resolucion definitiva.

—Benedetto, le dijo, me pareceis mas desgraciado que criminal ..

—¡Ah! sí... esclamó Benedetto... Una fatalidad terrible pesa sobre mí! la fatalidad de mi nacimiento. El agua de mi bautismo, fué el llanto de la que me dió el ser..... y la palabra de uncion, la maldicion de mi padre.....! Arrojado al infierno si moria, y á la miseria si escapaba.... vedme aquí siempre errante, fugitivo y miserable! Señor esta es la noche del 27 de setiembre, no es verdad...? pues oid...

Benedetto contó pausadamente las campanadas del reloj de una iglesia que señalaban la media noche! Es la hora en que yo nací—en este dia, siempre me sucede algo fatal..... hoy estoy en vuestro poder! Y al decir esto dejó caer la frente sobre el pecho, cruzando los brazos.

El procurador del rey, enjugó el sudor de su rostro y dejóse caer sobre una silla, como si reconociese allí la voluntad inesplicable de Dios.

III.

La Baronesa Danglars.

Eran las ocho de la mañana, cuando un carruaje con lacayos sin librea, rodando por la calle Coc-Heron, fué á detenerse

frente á la casa del procurador del rey, á cuya puerta apareció en el momento un viejo portero.

—Abrid la puerta, dijo el cochero; ó quereis que una señora se baje en media calle?

El portero hizo una pequeña resistencia porque nadie, y mucho menos una señora, acostumbraba incomodar al procurador á tales horas; pero la palabra *señora*, pronunciada por el cochero, venció los escrúpulos del viejo, y sus descarnadas manos abrieron de par en par las hojas de la pesada puerta.

El carruaje se acercó al vestíbulo, en donde bajó una señora que desde luego podia clasificarse de la mas bien proporcionada figura, si su talle no estuviese oculto bajo los pliegues de un enorme schal de lana de camello.

Luego de anunciada, fué introducida al gabinete de estudio del procurador real, á quien esperó allí durante media hora.

La puerta se abrió en fin, dando paso á Beauchamp.

—Señora baronesa Danglars! esclamó él simulando sorprenderse de su visita.

—Es verdad, caballero; disculpadme esta incomodidad; pero... es un caso imprevisto... señor procurador del rey.

—Sentaos, señora baronesa, le interrumpió Beauchamp, aparentando no apercibirse de la agitacion de esta.

Hubo un momento de silencio durante el cual la baronesa pasó dos ó tres veces por el rostro su finísimo pañuelo, como pareciendo esperar á reunir todas sus fuerzas para proferir alguna gran palabra.

—Señor, dijo al fin, mi presencia....... no debe admiraros..... Ah! por favor, evitadme la vergüenza de mi confesion.

—Oh! dijo para sí Beauchamp, para quebrantar su orgullo, son bastante esas palabras.—Y luego agregó en voz alta:

—Sí, señora; prescindo enteramente del modo como ha llegado á vuestra noticia un secreto, conocido apenás del ministro de hacienda.

La baronesa hizo un movimiento y el magistrado se sonrió mirándola de soslayo.

—Casi he adivinado ya el objeto de vuestra visita, continuó este.—Qué deseais que yo haga?

—Vos lo podeis todo, señor, dijo la baronesa con vehemencia: todo como juez y como amigo!

—Hé ahí dos cualidades bien difíciles de hermanar ante la ley, murmuró Beauchamp.

—Mi sosiego, mi tranquilidad y mi honor, todo pende de vos en este instante, continuó la señora Danglars. Ah! yo vengo á rogaros que me salveis.—Referídmelo todo

Beauchamp se levantó, y tirando de un cajon de su escritorio, buscó una carta con un sello sobre lacre, pero abierta ya.—Luego volviendo á su asiento se disponia á leer.

La baronesa ocultó el rostro en su pañuelo.

El magistrado leyó lo siguiente:

«Benedetto; un juramento que de ningun modo me era dado »violar, te va á ser revelado, porque no quiero dejarte en el mun»do sin que algun dia puedas besar la mano de tu madre, agra»deciéndole las lágrimas que sobre tí ha derramado, y el sufri»miento que le causé con mi imprudencia! Si un dia el destino la »desliga de su esposo, búscala y sé tú su amparo, si quizá vive en »la miseria, y careciese de un pecho amigo donde reclinar su »frente agoviada por las penalidades.—No olvides mis palabras, »y que debes tu existencia á la baronesa Danglars.

»Recibe la bendicion de tu padre

Villefort.»

La baronesa lanzó un grito de dolor; el magistrado permaneció impasible.

—Oh! ¿Y sabe acaso mi hijo ese terrible secreto? preguntó aquella con la voz trémula y las mejillas encendidas por la vergüenza de la humillacion.

—Nada sabe, señora, respondió Beauchamp.

—¡Dios mio..... Dios mio..... tened piedad de mí!

—Basta, señora, dijo Beauchamp.—Ved que pueden oir vuestros gritos, y creer que sois una criminal ante su juez.

—Aconsejadme, pues; ¿qué debo hacer para evitar el escándalo; ó mas bien decidme, qué pensais hacer vos? le preguntó asustada. Oh! para qué habia de revivir el secreto de aquel pasado desliz!... agregó la infeliz con amargura.

—Querriais acaso que el inocente no hubiera salido jamás de la fosa en que lo enterraron vivo! Señora, la tierra no es bastante poderosa para ocultar un crímen de esta naturaleza! respondió el jóven magistrado; sin apartar la vista del encendido rostro de la señora Danglars.

—Hijo mio!..... murmuró. Yo bien sabia que tú respirabas, pero ni mis lágrimas ni mis gritos fueron bastantes á contener á aquel hombre! Perdonadme, hijo mio, yo no he sido criminal..... y vos, señor, dijo volviéndose á Beauchamp, salvadlo ahora.... si no por mí, que nada os merezco, hacedlo por la memoria de vuestro infeliz antecesor... en nombre del señor de Villefort... salvad á su hijo.

—Os responderé, señora, lo que él mismo os habria contestado! Cumpliré el deber que la ley me impone! dijo el magistrado con severa dignidad.

—¡Ah! será posible! esclamó la baronesa. Ese papel habrá de figurar en el proceso...

—Evitad el escándalo.

—¡Y cómo señor..... cómo!

—Saliendo de Francia.

—Y á dónde quereis que vaya... sola... abandonada de todos! preguntó inadvertidamente la señora Danglars.

—Abandonada de todos, repitió sorprendido Beauchamp. Y vuestro esposo... y vuestra hija?

—Ah! gritó la baronesa con indecible espresion de desesperacion creciente: forzoso es confesároslo todo! Sois como todos los jueces, frio, impasible y desapiadado! Pues bien, señor... Mi es-

poso me abandonó... y mi hija se ha fugado! Estoy sola en el mundo! Dejaré sin embargo la Francia... partiré, pero, por amor de Dios, si para vos existe otro Dios que la ley de los hombres que os percibe las acciones y las palabras... salvad á mi hijo!

La señora Danglars salió entonces precipitadamente del gabinete del procurador del rey, y subiendo apresurada á su carruaje, se dirigió á su casa donde empezó á recoger sus joyas y su dinero en una maleta de viaje. Durante esta operacion algunas lágrimas rodaban hasta sus trémulas manos, y su cuerpo se estremecia convulsivamente, como afectada de una fuerte conmocion nerviosa.

Ella veía desmoronarse al cabo piedra sobre piedra todo el edificio que habia creido pudiera resistir la fuerza del rayo! Y el edificio se hundia en el polvo, sin que pudiera abrigar esperanza de reconstruirlo!

—Oh Villefort! esclamaba, mesándose el cabello y batiendo el suelo con su planta.—Tan horrible secreto no debió jamás haber salido de tus labios!

Despues enjugando las lágrimas que le caian hilo á hilo abrió sus roperos, apartó por su misma mano la ropa necesaria para un viaje de pocos dias, y continuó su tarea misteriosa, con propósito firme de salir inmediatamente de París, donde parecia haber jurado su perdicion algun enemigo desconocido y poderoso, á cuyos golpes no era posible resistir! Para una mujer como la señora de Danglars, adorada, vanidosa y rica, no era insignificante suceso tener que abandonar ese centro en que ejercia su imperio, y verse obligada á reducirse en un pais estraño á la simple proporcion de una viajera desconocida. Cuanto mas bello y dorado es el sueño, mas cruel es el despertar, y esto era lo que acontecia á la señora Danglars.

Abandonada torpemente por su esposo, capitalista orgulloso que prefirió mas bien fugarse con los últimos fondos, que ya no le pertenecian, antes que declararse en quiebra; ella que poseia el mas alto grado de altivez, quiso sostenerse á los ojos del mundo

con todo el esplendor que hasta entonces le habia rodeado, disfrazando así la conducta del baron. Este proyecto, de difícil ejecucion, puesto que los acreedores podrian venir entonces y con la ley en la mano secuestrar las propiedades del señor Danglars, fué auxiliado por un acontecimiento estraño. Pocos dias despues de la imprevista partida del baron, sus compromisos fueron plenamente cubiertos en París, y la casa de la señora Danglars se vió libre así del terrible peso de cinco á seis millones de francos.

De este modo pudo la baronesa sostenerse en París, donde todos creyeron que el señor Danglars habia partido para acompañar á su hija en un viaje de instruccion que la jóven habia emprendido; pero la tardanza de los viajeros comenzaba á producir cierto vago rumor entre los que conocian el carácter grosero de Danglars, y la imaginacion artísticamente exaltada de Eugenia. Luego la repentina aparicion de Benedetto, aquella carta escrita por el antiguo amante de la señora Danglars, la historia de aquel premeditado infanticidio..... Todo concurria entonces para obligar á la pobre baronesa á dar el mismo paso del baron y de su interesante hija.

El baron Danglars huyó de París porque se habia propuesto no ser pobre, aunque para no serlo tuviera que robar.

Eugenia, porque tenia la manía de no casarse.

La señora Danglars iba tambien á fugarse porque en París una negra nube le presagiaba la tempestad. Su pasado estaba próximo á revelarse claramente á los ávidos ojos del público siempre curioso. Su resolucion era, pues, irrevocable.

La baronesa no lloraba ya: pálidas como habitualmente sus mejillas, y con el sereno aspecto de aquel que ha determinado seguir un pensamiento, sentóse á su hermoso escritorio incrustado de marfil, y doblando rápidamente dos pliegos de satinado papel, se dispuso á escribir dos cartas.

Con mano segura y entendida letra empezó la primera al caballero Luciano Debray, su antiguo socio cuando jugaba á la alta y baja de fondos á costa del pobre baron Danglars su marido; pero

como si repentinamente la hubiese detenido diverso pensamiento, levantó la mano y comenzó una segunda carta dirigida á Benedetto.

La baronesa era madre, madre antes que todo; y el sentimiento de madre sobresale sublime siempre á través de la violencia de cuantas pasiones puedan arraigarse en el corazon de una mujer.

Momentos despues la carta se habia concluido y la baronesa la leyó con los ojos segunda vez humedecidos de lágrimas.

«Señor: estais abandonado en manos de la justicia, pobre y miserable, sin mas recurso que vuestra elocuencia misma para conseguir la libertad; si vuestro juez alcanza á convencerse por la franca esposicion de la fatalidad que parece oprimiros desde vuestra cuna! ignoro cuál destino os está reservado; aunque lo espero todo de Dios, y tengo fé en su bondad infinita. Permitidme, sin embargo, poner á vuestra disposicion una pequeña cantidad que podrá serviros para atenuar el rigor de vuestros carceleros; y creedme, que lejos de ser una humillante limosna la que se os ofrece, es un dádiva obligatoria para una persona que os ama.»

Concluida la lectura, la baronesa abrió su cartera y escojió tres billetes de banco de valor de 60,000 francos, que encerró con la carta; la selló en seguida, poniendo en su sobre el nombre de «Benedetto» y envolviéndola en otra cubierta, escribió en ella: «Al señor procurador del rey.»

La baronesa descansó un mòmento, y cuando sintió que sus lágrimas se habian enjugado, y que su espíritu volvia al sosiego conveniente para ocuparse de su repentino proyecto de fuga, tomó de nuevo la pluma, continuando la carta dirigida á Luciano Debray.

La señora Danglars le participaba su partida, rogándole se encargára de velar por su casa en París hasta que ella volviese á escribirle lo que mas le conviniese acerca de esa misma casa, sus alhajas y muebles.

Terminado este primer trabajo, abrió la ventana que miraba al patio y esperó en ella un instante, hasta que, viendo á alguno, le hizo señal con la mano para que subiese por la misma escalera por donde Luciano Debray acostumbraba introducirse.

—Entrad, Tomás, dijo ella á un hombre vestido con una blusa listada, pantalon rojo y botas de cochero, que parecia indeciso al umbral de la puerta.

—Pero en este traje.... Señora baronesa! balbuceó él mirando su blusa.

—¡Entrad! necesito hablaros.

Alentado el cochero, entró advirtiendo asustado que la baronesa cerraba cautelosamente la puerta de la escalera.

—Cuando entrásteis á mi servicio, os tomé por un hombre inteligente y discreto.

—De otro modo nunca seria yo un buen cochero.

—Pues bien: se trata de un largo paseo, semejante á un viaje; corriendo siempre variadas carreteras, y diferentes paises...

—Entiendo, señora baronesa, interrumpió el cochero moviendo la cabeza como para dar á comprender que alcanzaba cuanto se le esponia con medias palabras.

—Yo mismo he buscado el cochero que tuvo el honor de conducir al señor baron: era un camarada mio, muchacho de tino!

—Podrás buscar otro?

—Iré yo mismo, señora baronesa. Estoy aislado y me es indiferente vivir aquí ó allí.

—Estarás pronto mañana?

—Hoy mismo.

—Un carruaje con buenos caballos, pronto, en un lugar retirado; saldremos de aquí en mi tren habitual; tendrás sacados los pasaportes, porque el bagaje será lijero: hé ahí el mio.

El cochero miró una pequeña maleta de cuero, é hizo un ademan de inteligencia.

—Despues, en direccion de Bruselas, Lieja, Aix-la-Chapelle...

—Está bien. Nada faltará, vive Dios, señora baronesa! En

cuanto á caballos irán los rusos que son valientes y briosos...... pobres animales, me arrojaron cierta vez del carruaje, pero he de amansarlos en esta. Ellos necesitan este recreo. Por lo que respecta á pasaportes.....

—Eschúchame; es un jóven de baja estatura, ojos azules, cabello rubio, pálido, nariz regular, labios delgados, enfermo, y que viaja por distraerse de un malestar físico.

—¡Escelente! esclamó el cochero maravillado por el recuerdo de la baronesa.

—Sé, pues, discreto, hé aquí el dinero.

El cochero recibió una bolsa de manos de la baronesa, y salió saltando de contento.

Al dia siguiente, la baronesa subió á su carruaje que la esperaba en el patio; y por una coincidencia singular, bajó aquella misma escalera por la cual, un año antes, habian salido Eugenia y su amiga Luisa d' Armilly.

IV.

Los 60,000 francos de Benedetto.

Luciano Debray leyó con entusiasmo la carta de la señora Danglars en que le anunciaba su pronta salida de Francia. Las estrechas relaciones que la ligaban con la baronesa, aunque útiles otra época al secretario privado de un ministro de estado con sus 20,000 libras de renta, no convenian al presente ministro de estado con el enorme sueldo y la fastuosa representacion de tan eminente cargo. Por otra parte la señora Danglars se hallaba, como ya lo hemos dicho, en una posicion difícil, que aunque ignorada del público, Luciano Debray la conocia sobradamente para creer que pudiese conservarse la máscara! Hé aquí porque al

concluir la carta respiró á sus anchuras, como si despertase de un disgustante sueño.

—¡Ah!, esclamó él introduciendo sus dedos entre el ensortijado cabello, y atusando su bigote. Estas familias que parecen sin saberse de donde, con sus improvisadas riquezas, me recuerdan los actores que representan en el teatro durante algunas horas el rol de grandes personajes hasta que cae el telon, y vuelven á lo que han sido... á la nada... sin que nadie mas los vea!

A esta clase pertenecia el baron Danglars.

Mientras Luciano Debray reflexionaba así, el procurador del rey, recibiendo una carta, ordenaba condujesen á su presencia al reo Benedetto.

Hallábase el magistrado en su despacho del Tribunal de Justicia, al que fué introducido el hijo de Villefort, cerrándose cautelosamente la puerta apenas entró, y colocándose éste frente al procurador del rey.

—Aproximaos, Benedetto; tengo en mi poder una carta que os debiera ser entregada.

—Una carta?

—Sospechais de quién?

—Yo! ¿Quién puede haber en el mundo que me conozca y me escriba?

—Pensadlo bien! Si por ventura estais en inteligencia con alguien que haya sido vuestro cómplice en cualquier época de vuestra vida, no me lo oculteis! Ved aquí la carta; conoceis al menos la letra de su sobre...?

—Es hoy la vez primera que la veo; pero la carta está abierta y vos sabeis lo que contiene.

—Palabras y dinero.

—¡Dinero! que decís señor...?

—Sesenta mil francos.

—Por piedad, señor! dijo Benedetto, juntando las manos, y palideciendo y enrojeciéndose alternativamente.

—No me habeis declarado que un protector desconocido es

enviaba algunos socorros cuando estabais en la Force?

—Es verdad; pero desde entonces jamás ha vuelto, y Bertuccio, conductor de su dinero y de sus consejos, abandonó ha mucho la Francia.

El magistrado arrugó el entrecejo, é inclinó la cabeza en ademan de meditacion.

—Sabeis que es prohibido á cualquier preso tener en su poder una suma igual á esta?

—Lo sé, señor, respondió Benedetto suspirando.

—Y qué hariais de ella poseyéndola?

—Compraria ropa, y lo pasaria en la cárcel sin privaciones, reservando una parte para mi viaje, puesto que ya me habeis dicho que seré degradado.

El magistrado volvió á sus meditaciones:

—Quizá divulgareis con orgullo entre vuestros compañeros que poseeis esta suma.

—Oh!... descuidad...; en la estremidad del pié de una media, cosida al forro de mi blusa.... quien podria dar con ella? respondió sonriendo Por otra parte, hacer saber que tengo dinero, seria lo mismo que distribuirlo entre mis hambrientos compañeros de la cueva de los leones, que no tienen de cierto las virtudes de Rafael!

Los ojos de Benedetto brillaban como dos carbunclos á los rayos del sol; y el sudor corria á grandes gotas por su frente, como sin duda habrá sucedido á aquellos antiguos prisioneros de Chalons, que cargados de cadenas fueron condenados á morir de hambre frente una gran provision de pan y agua.

El magistrado reflexionó un momento mas aun: despues tomando la carta, la entregó á Benedetto, diciéndole, leed.

Aunque este se hubiera dispensado gustoso de su lectura por ocuparse de examinar los billetes que valian sesenta mil francos y que le aseguraban un rayo de esperanza en el centro de su estremada miseria, conformóse no obstante con la voluntad de Beauchamp, y la leyó rápidamente.

—¡Oh! prorumpió Benedetto, esto no puede ser otra cosa que la mano de uno de esos genios benéficos que se ocupan en destruir las obras de aquellas malas hadas de que habla Perault, mi autor favorito!.... pero.... y los sesenta mil francos, señor? preguntó abriendo desmedidamente los ojos.

—Oidme Benedetto. Sesenta mil francos son una verdadera fortuna para un hombre que se halla en vuestra posicion.

—Ciertamente.

—Pues bien, continuó el magistrado, no os exalteis y agradeciendo con humildad el socorro que el cielo parece enviaros, comportaos de modo que merezcais su proteccion por toda vuestra vida.

—¡Oh! sí, señor! murmuró Benedetto suspirando y mirando de reojo los billetes de banco, que el magistrado tenia en la mano á manera del perro que pasa por cuanto le obligan, mientras tiene á su vista el pedazo de carne.

—Sabeis que es mi deber privaros de este dinero?

—Sí, señor.

—Conoceis que contravengo á un artículo del reglamento de cárceles, entregándooslo?

—Oh...!

—Calculais bien cuanto tendria que arrepentirme de este hecho, si cometiéseis una imprudencia?

—Seré prudente como Ulises!

—Deseais manifestaros grato de algun modo al beneficio que os hago?

—En cuanto gusteis, señor!

—Pues bien, sed prudente, y me complacereis en ello, y creed además que si por alguna indiscrecion vuestra tuviera que arrepentirme, en vez de una simple degradacion pediré contra vos el castigo del grillete y sereis remitido á Jalon.

—¡Ah! por piedad, señor, nunca, nunca!

—Bien! aquí teneis vuestro dinero y... por última vez, sed prudente!

El procurador del rey entregó al jóven diciendo esto, los billetes de banco que metió apresuradamente en el seno; despues hizo sonar la campanilla, y á esta señal se presentó el agente de policía.

—Conducid al reo, dijo el magistrado.

Beauchamp respiró largamente, apenas salió Benedetto, y se levantó convencido de haber ejecutado una buena accion entregando á Benedetto el socorro que le enviaba su madre.

¡Oh! Pero ¿quien sabe? quizá ese miserable irá á precipitarse mas aun en el crímen, pensó Beauchamp. Empezará por seducir á algunos de sus carceleros, despues asesinará al primero á quien haya descubierto sus planes, finalmente llegará hasta el conde de Monte-Cristo y caerá con él para siempre! Sí, abatido el coloso debe aplastar en su caida al pigmeo que le carcomió los cimientos! ¡Vaya! La justicia de Dios es mas perfecta que la de los hombres y sus decretos menos incomprensibles. Nada me remuerde la conciencia.

Benedetto marchaba en medio de su escolta, cruzados los brazos sobre el pecho, como para defender su tesoro, que allí habia escondido entre la camisa y la carne, y así llegó á su calabozo en el presidio de la Force, donde quedó entregado á las tinieblas, al frio, y á sus ensueños de libertad y de venganza.

Un mes habia transcurrido, y conservaba intactos aun los billetes de banco, recelando hasta tocarlos, de temor de que aquellos ténues papeles se desluciesen al contacto de sus ásperos dedos y de sus largas y agudas uñas. Todos los dias meditaba un nuevo plan de fuga, y todas las noches era abandonado tropezando con alguna dificultad material.—Y sin embargo debia obtener su libertad á toda costa. La voz de su padre moribundo, pidiéndole represalias al esceso de una venganza atroz, desapiadada y monstruosa, resonaba aun en sus oidos, despertando en las paredes de su sombrío calabozo, un eco lúgubre y pavoroso.

Benedetto erguíase entonces con frecuencia, como la embravecida fiera cuando ve delante de sí al hombre que la martiriza, retrocedia aterrorizado, y volvia á avanzar de nuevo, crispados los

puños, ronca la voz y chispeante la mirada, gritando:

—Edmundo Dantes! ¿Dónde, en dónde estás tú? hombre ó demonio que aniquilaste una familia entera, sin perdonar ni á su último vástago cuando contaba apenas ocho años! Maldito; que me arrancaste á las tinieblas y el misterio para mostrarme la brillante luz del sol, y volver á hundirme luego en el abismo, riéndote de mi caida, y haciendo escarnio de mi espanto! Traidor hipócrita, que te valias de la palabra de Dios para destruir á los que vivian felices, envolviendo en tu venganza al justo y al criminal.

¿Érate por ventura necesario para vengarte de un hombre, la vida de una vírgen, de un inocente y de dos pobres ancianos...? ¡Ah! por grande y poderoso que seas ha de llegar hasta tí el hijo de Villefort, y sentirás asombrado su atrevido paso, y temblarás entonces en el apogeo de tu dicha. ¡Oye este juramento pronunciado aquí, en las bóvedas de un calabozo, y en el tenebroso silencio de la noche, por un malvado que subió todos los escalones del crímen; desde falsario hasta ladron y asesino! Dia vendrá en que conozcas la ineficacia del poder con que te has alucinado, muriendo lentamente despues de larga tortura.

Repitiendo dia á dia por el espacio de dos meses este juramento terrible, y cuando se completaban tres de su prision, sin que le enviasen á cumplir su condena, decidióse á poner en obra su proyecto de fuga. Cercioróse de que sus sesenta mil francos estaban aun tal como los habia recibido, y sin darse cuidado por saber la mano amiga de quién venian, envolvió los billetes con repetidos dobleces en su pañuelo, y lo ató á la cintura á manera de cinto.

—Bien: mi proyecto es sencillo. Con este dinero se vencen no pequeñas dificultades, y conseguiré salir de Francia—se dijo con calma y firmeza como si ya estuviese fuera de las murallas de su prision.—Ahora veamos si soy tan torpe que no sepa deshacerme de un hombre! acaso me haya olvidado ya, y será bueno ensayar á todo trance esta pequeña tarea.

El asesino estiró los brazos, abriendo y cerrando muchas ve-

ces las manos, como para probar su musculatura, y despues dió tres ó cuatro saltos sobre el pavimento. Convencido de que nada habia perdido de su antigua agilidad, á pesar del frio y del hambre que habia sufrido en tres meses, sentóse en un rincon de su calabozo, y sacándose un zapato estrajo de entre su suela una hoja de acero sin mango, con una de sus estremidades esmeradamente afilada. Benedetto se estremeció de improviso al sentir ruido en la puerta de su prision, acordándose que el mas leve grito podia hacer venir la guardia, y que le dejarian imposibilitado de aprovechar sus sesenta mil francos en la obra que intentaba. Sobreponiéndose no obstante á su natural energía procuró tornar á aquella firmeza cruel propia del asesino consumado, y esperó con hipocresía la víctima.

Era de noche y el carcelero venia, como de costumbre, á hacer su ronda nocturna y encender una pequeña lámpara suspendida en la bóveda del calabozo.

—Buenas noches, Benedetto, le dijo el carcelero, á quien ya conocia por haberle hospedado otra vez el gobierno en aquella misma casa.

—Buenas noches, amigo, respondió Benedetto levantándose y llevando la mano á su rostro, para dar á su sonrisa amabilidad y finura.

—*Sabes* que vá á salir un buque?

—Sí.

—Y de esta vez vas á viajar en él. Ten cuidado muchacho; no seas orgulloso con tus guardas, y piensa en que aun puede esperarte la felicidad.

—Con que entonces estoy de viaje, buen hombre? preguntó Benedetto dejándole caer su mano sobre el hombro con ademan de protector y amigo.

—Como lo oyes; contestó el viejo carcelero bajando la lámpara para encenderla.

—Entonces, quiero dejaros algun recuerdo mio.

—Vaya..... serán tus chinelas... replicó sonriéndose con la

ocurrencia de Benedetto. Pero reflexiona muchacho que pueden hacerte falta cuando sientas frio en los piés.

—Imbécil, repuso aquel con aire de reprension; me parece que puedo dejarte algo mas que mis chinelas; por ejemplo, otra cosa con que haga tu felicidad, pobre viejo.

—Ta... ta... ta... Ya volvemos á la manía de titularte príncipe de Cavalcanti.... ¡Brava ocurrencia...!

Benedetto dió un salto al oir estas palabras como si hubiera sentido el aguijon de una vívora y palideció de rabia.

—¡Ola! ¿qué es eso? preguntó el carcelero volviéndose hácia él rápidamente, arrugando sus espesas cejas, á impulso de una desconfianza repentina. Benedetto apercibido de su imprudencia, se sonrió para tranquilizarle.

—Es un dolor que suele acometerme, dijo; pero volviendo á lo que hablábamos... qué dariais al pobre diablo que, por ejemplo, os hiciera dueño de veinte mil francos?

—Veinte mil francos? esclamó el carcelero dejando caer el brazo con que acercaba la luz á la lámpara. En verdad que me da gana de reir el gracioso modo con que hablas tú de veinte mil francos!

—Veinte y cinco mil, desgraciado! Repara bien: no digo ya veinte, sino veinte y cinco mil francos; poder de Dios!

—¡Ah! ¿con que ahora agregas cinco mas...? ¡Ja! ja! Vaya.... déjate de locuras; eso haria la fortuna de cualquiera de nosotros!

—De cualquiera de nosotros! gritó Benedetto haciendo un gesto de fastidio. Habla de tí solamente porque yo poseo mucho mas y no me considero feliz.

—Posees tú mucho mas! Estás loco muchacho!

—Si quieres cerciorarte de ello aproxímate; pero... primero... examina que no nos acechen del corredor y cierra la puerta.

El carcelero picado de curiosidad por las palabras de Benedetto, hizo cuanto le decia: cerró la puerta, puso la llave en el cin-

to, y volvióse adentro, lanzando un pequeño grito de sorpresa al ver el dinero en las manos del preso.

—Sesenta mil francos! murmuró aquél contando el valor de los billetes.

Benedetto los guardó de nuevo, con impasible sangre fria.

—Quereis la mitad? le preguntó.

—Yo!... y qué quieres que haga ..?

—Que me pongais fuera de aquí.

—¡Oh! eso es imposible!

—Agrego diez mil francos: y te quedarás con cuarenta mil.

—Oh...!

—Vamos..... cincuenta mil...

—Muchacho...! Tú quieres perderme...! Cómo te procurastes ese dinero...? Has robado, he!

—Eso debe importarte poco. Y cincuenta mil francos valen bien un pequeño sacrificio.

—Mas, como lo arreglaremos.....? Al fin de esta galería se halla la puerta que da al patio, es verdad; pero el centinela tanto de aquella como de esta no permite salir sin que se le muestre el pase.

—Vendédmelo.

—Y yo..... quedaria en tu lugar.

—Dí que lo has perdido.

—Eso aquí no es perdonado! replicó el carcelero meditabundo.

—Se me ocurre un medio! dice repentinamente Benedetto. Te amarro, y dejándote en el suelo, huyo con tu pase y tú te quedas con mis cincuenta mil francos. Dirás que has luchado conmigo y que perdiste en la lucha.

La proposicion no pareció fuera de camino al buen carcelero, que estaba inclinado á aceptar.

—Vamos resuélvete, viejo tonto, y concluyamos, que no tengo tiempo que perder.

—Con mil diablos! murmuró el carcelero. Venga el dinero, muchacho; pero ha de ser cuenta justa, los sesenta mil francos,

dijo él con la mirada animada por la codicia.

—Sea pues! contestó Benedetto. Al cabo, para esto solo los destinaba.

—Ah! ladronzuelo, y querias salvar el resto, he?... dijo el carcelero recibiendo los papeles, y dando en cambio una chapita de metal con una letra abierta.

Ambos se aproximaron á la luz con las espaldas vueltas, examinando sus tesoros; y por un movimiento simultáneo se hallaron ambos de repente cara á cara, movidos quizá de un pensamiento mismo.

—Y si los billetes son falsos.....?

—Otro tanto pensaba yo ahora mismo respecto de la chapa que tú dices ser el pase.

—Respondo por ella.

—Créeme que no te engaño, imbécil; y vamos á la obra.

El carcelero guardó receloso el dinero, siguiendo con la vista los movimiento de Benedetto que se disponia á ligarle los brazos con la soga de la lámpara; mas en el instante mismo en que quiso pasar la primera vuelta al cuerpo del carcelero, este hizo un movimiento como para tocarse la cintura, y tiró con rapidez de un puñal cuya hoja hizo brillar á los ojos de Benedetto.

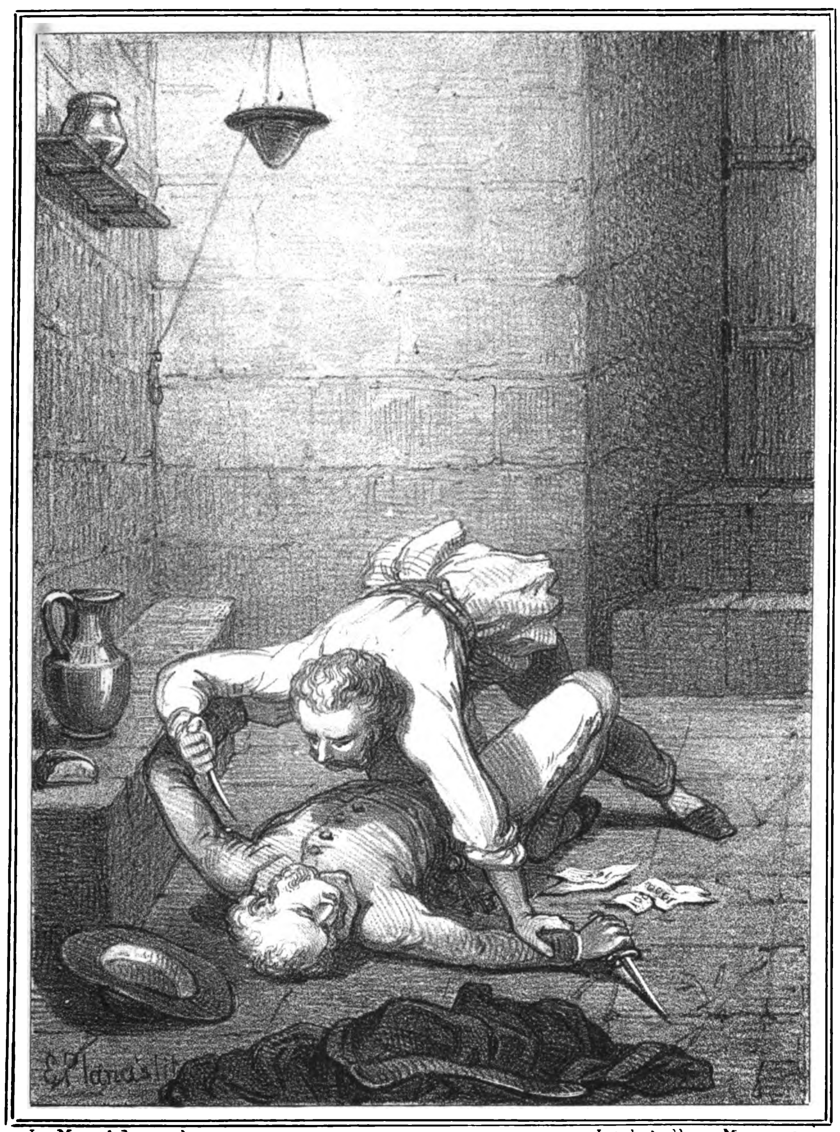
—Atrás! gritó el viejo.

—Sí....! Dijo á la vez Benedetto haciendo correr su navaja de entre el puño á la mano. Esto ya lo esperaba yo y vas á pagarlo!

Trabóse entonces una lucha tan rápida, que apenas el carcelero quiso gritar sintió cortada la voz en la garganta por la afilada hoja..... Benedetto le habia dividido la garganta, como se divide una pera.

El cuerpo cayó luchando con las convulsiones de la muerte.

Benedetto volvió á tomar sus queridos billetes de banco, se envolvió en la capa del carcelero, púsose el sombrero hasta los ojos, y abriendo la puerta que cerró con toda calma, emprendió la marcha á lo largo del corredor.



La Mano del muerto Lit. Labielle .c. Monserrate

Corta pero terrible fué la lucha.

Cuando llegó junto al centinela le mostró su pase, y siguió adelante, sucediéndole otro tanto á la salida de la cárcel; y vedlo ya en libertad!

V.

El sepulcro.

Apenas Benedetto se sintió en la calle, le faltó aquel aplomo y firmeza con que habia ejecutado su proyecto de fuga. Solo entonces la sangre le hervia en sus venas, pareciéndole escuchar aun los agonizantes gemidos del carcelero. Asustábase de su misma sombra, y no pudiendo hacerse superior al pavor que le dominaba, se echó á correr desatinadamente como si á su alcance fueran cuantos soldados componian la guardia de la Force.

Media hora despues ya estaba muy lejos de la cárcel, y solo entonces se detuvo para tomar aliento, mirando al rededor de sí, como para orientarse.

—Ahora bien, se dijo: ya soy libre, el mundo es estenso, y si el conde de Monte-Cristo no ha muerto, he de encontrarme con él! pero... sesenta mil francos no son bastante para todo cuanto necesito. Sin embargo, ya veré como aumentar mi capital, y entretanto, vamos á buscar posada.

Acordóse entonces de una de aquellas tabernas que abundan en París, en las que un huésped poco escrupuloso recibe á cualquiera hora de la noche al que golpea á su puerta, y Benedetto un poco mas calmado de la agitacion y del miedo, se dirigió á una de esas pocilgas que le era conocida, situada en uno de los mas inmundos barrios de la ciudad. Protegido por la oscuridad de la noche y la espesa niebla que pesaba sobre París, envolviéndole en su movible misterioso manto, el famoso asesino llegó sin

el menor encuentro con las rondas á la puerta de la posada, á la que llamó, dando en seguida un débil grito semejante al de la lechuza.

El posadero, al oir aquella señal, comprendió que podia abrir su puerta sin temor, y lo hizo así luego; envolviéndose en un cobertor, salió de su miserable cama, y bajando una escalera de mano, salió de una especie de andamio hecho de tablas, suspendido por dos estacas y dos cuerdas que colgaban del techo de un enorme camaranchon.

—¡Ola! muchacho: entrad.

—Buenas noches.

—Si acaso quereis cama no la hay, porque todas están ocupadas, dijo el posadero señalando con el brazo el largo y húmedo dormitorio en que se esparcian los rayos débiles y rojizos de una linterna colocada en el agujero de una pared, y cuyo humo infecto, hacia mortal aquella atmósfera.

—Me es indiferente, respondió Benedetto; dormiré aun que sea en un rincon, y mañana, ó mejor ahora mismo, hablaremos.

Pronunció el asesino estas palabras con aire de tanta confianza y de misterio, que maravilló á su interlocutor.

—¿Qué hay pues....? preguntóle con una amable pero horrible sonrisa, enderezándose.

—Subamos á tu nido, contestó Benedetto mirando el andamio donde estaba la cama de su huésped.

—¿Sabes lo que dices....? Allí nadie sube mas que yo, porque eso es contra los reglamentos de la casa.

—Pero cuando se trata de un negocio productivo......

—Ah! la cosa muda de aspecto, subid.

Y en el acto Benedetto subió la pequeña escalera, seguido del viejo al que ayudó á subir el andamio.

—¿De qué se trata pues....? preguntó éste sentándose en la orilla de la cama, y examinando su cinturon, para convencerse de si tenia allí algun argumento positivo con que deshacer cualquier cuestion de violencia.

Benedetto hizo otro tanto por su parte, y pareció tan satisfecho como el viejo posadero.

—Empieza, muchacho.

—Mañana, cuando haya de salir de aquí, necesito ropa mas adecuada á una persona de distincion, entiendes? Tengo que ir con el cabello cortado, afeitada la barba, buena capa, buenos zapatos, buen pantalon y buen frac.

—Entiendo; necesitas salir de aquí de modo que no te conozcan; muy bien. En cuanto al cabello y la barba, lo arreglaré yo mismo; y respecto de la ropa has de quedar satisfecho con lo que tenga mi vecina que posee un escelente establecimiento de trajes decentes, de todos géneros y calidades. Es una mujer de inteligencia, por quien respondo. Y el dinero?

—Lo tendrás mañana, viejo taimado, respondió Benedetto: estoy esperando á mi banquero, que es hombre de mas juicio aun que tu vecina.

—Te advierto que yo percibo tambien mi comision correspondiente.

—Seré generoso.

—Bien, bien: si quieres, hecha un trago de aguardiente, muchacho, que el frio es demasiado y recien me apercibo de que estás mojado.

—Traed, pues, vuestro quema-gaznates, dijo Benedetto, alargando su mano para tomar un vaso roto que el posadero le presentaba.

—Ahora, vuélvete abajo y acomódate como puedas. Ya sabes que aquí no se responde de daños y perjuicios. Cada cual guarda lo que es posible: tal es la costumbre de la casa.

—Estás loco, viejo de Barrabás! esclamó Benedetto. Es conveniente que yo no sea visto entre esa gente ni sentido aquí arriba sino de tí.

—Entonces la paga será doblada.

—Ya te he dicho que seré generoso.

—Corriente; bebe pues otro sorbo mas y duérmete.

El viejo se dejó caer sobre la jerga, y se acurrucó bajo su cobertor, mientras Benedetto se acostaba en la tabla, cruzando religiosamente los brazos sobre el pecho: pero ninguno de los dos durmió en aquella noche.

Benedetto, porque temia alguna treta del viejo, y éste porque recelaba otro tanto de su imprevisto compañero de cuarto. Apenas hubo amanecido fueron los parroquianos de la posada abandonando su albergue, y el posadero corrió á buscar á su vecina para escojer el equipo con que Benedetto pensaba disfrazarse. Cuando regresó, ya su compañero de la noche contaba sobre la jerga algunas monedas de plata con el semblante fanfarron de una persona que deseaba dar á conocer su independencia.

—Bravo; muchacho... así entiendo yo los negocios, aquí tienes tu avío, y vamos á cuentas, dijo el viejo, disponiéndose á referirle el importe de la compra.

El trato quedó cerrado con pocas palabras, y Benedetto limpiamente vestido, cortado el cabello y afeitada la barba, esperó ocasion favorable de salir de su cueva, en la firme conviccion de que nadie podria figurarse en él el asesino del viejo carcelero de la *Force*. El posadero mismo, era el primero en hacerle creer que si él no lo hubiera visto metamorfosearse allí no hubiera podido reconocerlo entonces.

La asercion, aunque exagerada, no dejaba de tener algunos visos de verdad; pues Benedetto, de tal manera se amoldaba á su nuevo traje, que parecia un honrado propietario, en cuya fisonomía no era posible advertir la menor sombra de una mala accion. Durante el dia se ocupó de arreglar su pasaporte, dándose á conocer como estudiante de arqueología universal, que deseaba estudiar la antigüedad en aquellas grandes páginas diseminadas en diversos puntos del globo, y que se llaman ruinas. Pero así que llegó la noche, su fisonomía volvió al aspecto habitual tomando ese tinte indefinible de rabia melancólica y atrevimiento, que hacia que el supuesto estudiante volviese á sus proporciones de facineroso y malvado.

Atravesando alegre toda la ciudad, llegó al cementerio llamado del padre Lachaise, donde existen los mausoleos de las principales familias aristocráticas; despues, rodeando el muro con precaucion parecia buscar un punto elevado de donde pudiera ver aquella ciudad donde los muertos ostentaban, á semejanza de los vivos, la jerarquía de sus lechos de sufrimientos. Su trabajo, no obstante, fué perdido, y reconoció que no le quedaba otro medio de introducirse allí, sino comprar por algunos francos la conciencia del guarda del cementerio.

Revistiéndose de toda su sangre fria, llegó á la reja de hierro y golpeó.

—Quién es...? preguntó la voz trémula, pero enérgica aun de un hombre que salia de una pequeña casa construida al lado de la puerta.

—Amigo, contestó Benedetto, no tengais recelo; abrid.

Por un accidente singular y contra todas sus esperanzas, el guarda salió de su casa, se acercó á la reja de modo que parecia pronto á obedecer la intimacion ordenada.

—Perdonad, señor, si me he tardado mas de lo que debia; pero no contaba que debieseis volver aquí ....

Benedetto no salia de su asombro; pero reconociendo luego que esto era efecto de alguna equivocacion, cualquiera que ella fuese, ocultó el rostro bajo el embozo de su capa.

—¡Oh! venís todavía á resucitar á alguno mas, continuó el guarda sonriéndose bondadosamente; porque si no sois un ángel, poseeis sin duda el secreto que dió la vida á Lázaro. Ea, pues, aquí me teneis á vuestras órdenes, señor.

—¡Ah! dijo para sí Benedetto; hé aquí una aventura bien singular, que, si no estuviera cierto de haber hoy bebido solo media botella...... me creeria víctima de algun ataque de embriaguez.

—Quereis que os acompañe....? dijo el guarda.

—No; le contestó Benedetto.

—Entonces voy á traeros mi linterna.

Y el guarda se disponia á volver cuando se detuvo para agre-

gar cariñosamente,—aun me acuerdo de vuestra primera y última visita, y para probaros lo que digo, vereis como me doy maña á hacerlo todo como lo habiais dispuesto entonces, á menos que no traigais intencion de bajar al sepulcro de las familias de Saint-Méran y Villefort!

Benedetto se estremeció al oir estas palabras; pero considerando que era forzoso responder alguna cosa en analogía con las preguntas del guarda, le dijo:

—Es igual.

—Pues bien, señor Wilmore, replicó el guarda, voy á dejaros allí mi linterna, y podeis bajar cuando os acomode, puesto que ya sabeis el camino.

El guarda tomó la luz y empezó á caminar por una larga calle de sepulcros.

—¡Wilmore! murmuró Benedetto, como si hubiese sentido la picada de una vívora. ¡Wilmore...! será esto un sueño...? El inglés que me salvó del grillete en Tolon!..... ¡Ah!..... Edmundo Dantes... ahora recuerdo que con este nombre se designa la misma persona... Edmundo Dantes... el asesino de mi padre y de mis inocentes hermanos!.... maldito seas....! Cuando venia á este lugar para fortalecer la idea de venganza que juré á mi moribundo padre; hé aquí que tu nombre resuena en mis oidos como repetido por el eco de los sepulcros donde reposan tus víctimas!... Es la voz de los muertos que se alza contra sus verdugos, y aquel inocente de nueve primaveras envenenado por tu causa, que repite el nombre de su desapiadado y sangriento verdugo, Edmundo Dantes...

Despues de este momento de exaltacion, Benedetto volvió á su firmeza y ordinario sosiego.

—Un hombre me ha precedido ya bajando al sepulcro de Saint Meran y Villefort, pensó él; y ese hombre era Edmundo Dantes... Viniste acaso á resucitar tus víctimas como dice el guarda que te ha creido un ángel...? ¡Ah!...sí... ya lo comprendo... habrás venido acaso á deleitar tu vista maldecida en los inanima-

dos restos de tus víctimas; á perturbar la tranquilidad de sus sepulcros con el eco de tu estridente carcajada, como si quisieras robarles así el silencio y la paz del cementerio, y hacerlos sufrir aun mas allá de la muerte.

Benedetto se adelantó por la calle del cementerio, y aunque ignoraba la situacion del panteon de su padre, le fué fácil distinguirlo por el resplandor de la linterna del guarda, colocado sobre una de sus gradas. La luz que proyectaba por el barroso y húmedo suelo, formaba una figura oblonga y movediza, semejante á un fantasma de fuego en el centro de los cenotáfios de mármol.

A poca distancia distinguíase un bulto. Era el guarda que parecia esperar las últimas órdenes de Wilmore.

Benedetto sacó un bolsillo, y caminó hácia él, haciendo sonar el dinero.

—¡Perdon, escelentísimo! murmuró retrocediendo el guarda; pero... mas bien quisiera que me lo brindaseis del mismo modo que la vez primera; esto es, dejando la bolsa al lado de la linterna, cuando salgais del sepulcro. Yo... no puedo dominar mi temor, aunque veo que sois un hombre como yo con vida y movimiento... pero no sé que encuentro en vos de solemne y terrible que me hiela! ¡Disculpad mi franqueza!... Acostumbrado á vivir aquí entre los muertos, mas tiemblo de vos que de ellos, porque ni ellos ni ser viviente alguno hacen lo que vos haceis.

Benedetto hízole señal de que se retirase y viendo que se desviaba, se encaminó á la puerta de hierro del sepulcro. Allí encontró una azada, y vió ya removida la tierra, lo que juzgó fuese obra del guarda, conociendo la voluntad del misterioso lord Wilmore. Benedetto sacó entonces de su bolsillo una ganzúa é introduciendo la mitad en la cerradura de la puerta, hízole saltar, retrocediendo luego un paso, y llevando la mano á la nariz para evitar el vapor infecto que despedia.

La puerta giró sin dificultad, á virtud de haber sido la tierra cavada en ese lugar. Benedetto tomó su linterna, y dió el primer paso en la escalera que conducia al interior del sepulcro.

Ladron atrevido, y asesino audaz como era, tembló aterrorizado del pavor que infundia aquel silencio augusto, y aquella oscuridad solemne del asilo de la muerte. Durante algunos momentos vaciló y sintió que se doblaban sus rodillas; pero haciendo un esfuerzo para vencer ese terror, soltó una carcajada impía, y dijo como para animarse con el eco de su voz.

—Cómo se entiende... ¿Será á caso Edmundo Dantes mas esforzado que yo? Siendo él el que arrojó á este sepulcro los cadáveres que aquí descansan, no tembló de bajar en medio de ellos..., y me ha de faltar á mi energía bastante para hacerlo...? Adelante... quién sabe si acaso á esta misma hora.... se hallaba él aquí, y apartando la sombra con su rutilante brazo, descendió osado y atrevido esta escalera de mármol.

Hablando así Benedetto se puso á bajar los escalones, hasta llegar al interior del sepulcro, cuyo pavimento tendria unos treinta piés cuadrados. A cada lado habia en él asientos de mármol, ocho de los cuales estaban ya ocupados con cajones de plomo.

Benedetto puso en el suelo la linterna, y buscando en su bolsillo otro hierro mas largo que la ganzúa, con dos uñas semejantes á un pié de cabra se dirijió á los cajones.

—Marqués de Saint-Meran, dijo él leyendo el nombre escrito de blanco sobre el cajon. Era el suegro de mi padre por su primer matrimonio. Anciano hidalgo, lleno de todos los privilegios de su noble alcurnia, debe tener su cadáver adornado con todo el esplendor de su gerarquía.

Y aplicó la palanca al cajon; haciéndole saltar la tapa. En efecto, el consumido esqueleto, vestido con un riquísimo uniforme, tenia sobre el pecho diversas placas y cruces de valor.

Benedetto se apoderó de ellas y cerró el cajon del marqués, yendo despues á abrir del mismo modo otro cuyo letrero decia: «La señora de Saint-Méran.»

—Oh! murmuró Benedetto; héos aquí adornada tambien con riqueza para este sueño lúgubre y eterno; última prueba de lo-

La mano del muerto

Lit. Labielle, c. Monserrate, 3

Benedetto separó de un golpe la enjuta mano del cadáver de su padre.

cara que el hombre presenta al mundo, y por la que se conoce todo su orgullo y vanidad!

Las joyas que adornaban los dedos y el pecho del cadáver, pasaron á poder de Benedetto, que se dirigió á robar el tercer cajon donde se leia el nombre de la señora de Villefort.

—Basta! dijo aquél, deteniéndose frente al cuarto cajon. Valentina de Villefort, vírgen sencilla como la flor de los campos, tú no ostentas tu cadáver revestido de otras joyas que las del prestigio santo de la pureza y la inocencia que le ha dejado tu alma! ¡Ahora el que sigue! Es de Eduardo, niño de nueve primaveras, aniquilado con su madre por el esceso de una venganza implacable! Hermano mio! Eduardo... tú serás vengado. Y ahora os toca á vos, padre mio, continuó el bandido haciendo saltar la tapa de otro cajon de madera mas pobre y humilde que los otros, en donde habia un cadáver amortajado con lienzo blanco.

Benedetto lo contempló algunos instantes.

—Aun se percibe, padre mio, en vuestra frente el sello del sufrimiento espantoso de aquél que vió nacer una á una al rededor de sí, todas sus mas caras afecciones! Vuestra esposa, vuestro hijo, vuestra hija, como las flores arrancadas por el huracan! Aun me parece que esos lábios murmuran vuestro postrimer deseo, despues de la larga narracion de vuestra vida en aquella noche misma en que recibí vuestro último suspiro! Vuestra voluntad será cumplida! continuó Benedetto, desligando las manos del cadáver y sacando del pecho su afilado puñal. Ya que mientras viviais no ha podido vuestra diestra castigar el esceso de aquella venganza horrible, la mano del muerto abofeteará la mejilla de Edmundo Dantes!

Y al decir esto, Benedetto separó de un golpe la enjuta mano del cadáver de su padre; guardóla con su puñal, y cerró en seguida el cajon.

—¡Adios, por última vez! esclamó él. Hijo desheredado y oscuro, heredero desconocido de una familia poderosa, he descendido á su panteon, para obtener mi única herencia fuera del al-

cance de las leyes humanas! Ella es precaria y triste... pero ha de bastarme para que me dirija á donde me guia la mano del muerto! Partamos!

Benedetto tomó la linterna y subió apresuradamente la pequeña escalera. Quien lo hubiera observado entonces, surgiendo pálido y agitado de lo interior de un sepulcro, apartando las sombras de la noche con la luz que llevaba en su estendido brazo, le creeria un muerto impelido por una pasion poderosa que no habia podido morir con él, volviendo á la superficie de la tierra; y dejando en pos de sí las sombras y el misterio del sepulcro!

Benedetto se detuvo, y respirando profundamente limpió el sudor frio que le bañaba la frente. Dejó la linterna en las gradas esteriores, y se rió con su diabólica risa de asesino.

—¡Wilmore! dijo él. ¡Aquí vendrá en breve quien te acuse de esta profanacion!

Y, efectivamente, cuando el guarda volvió á recoger su linterna, y tomar el bolsillo del dinero, lo buscó infructuosamente.

—¡Ah! murmuró éste... que torpeza en no haberlo aceptado!... ¡Wilmore se aprovechó de mi recelo engañándome!

Y conociendo al otro dia que el túmulo habia quedado abierto, y que los cajones habian sido descerrajados, juró que Wilmore era un astuto ladron, á quien haria prender en la tercer visita que le hiciese.

VI.

El escenario del teatro en Roma.

A principios de enero de 1836, dos jóvenes amigas, despues de haber concluido sus estudios musicales comenzados en París; y coronádolos con un exámen público en la academia italiana, se

preparaban en Roma para iniciarse en la carrera artística de Talma, haciendo su primer *debut* en el hermoso teatro Argentino de aquella ciudad.

Luisa y Eugenia d' Armilly, desde su mas tierna edad, habian seguido el único pensamiento del porvenir independiente y libre con que sueña el genio, fuera de este círculo estrecho de nuestras pasiones. Este risueño porvenir á que las dos amigas se encaminaban con firmeza, era el que brinda la corona sublime del artista, corona que no puede comprarse por todo el oro del mundo, pero la que el mundo concede á aquel que se le revela inspirado y lleno de armonía.

Hacia largo tiempo que Eugenia, uniendo su voz sonora y espresiva á los sonidos del piano de Luisa, pasaba los dias enteros en su gabinete de estudios, cuyas puertas, cuidadosamente cerradas, impedian que algun profano penetrase en aquel pequeño santuario, donde el genio ensayaba sus alas por el gigantesco vuelo que meditaba. Otras veces era Eugenia quien oprimia las teclas del piano para acompañar la voz de Luisa; y entonces, en vez de la música vibrante y espresiva de Eugenia, se oian las tiernas y apasionadas armonías de Luisa, que daban perfecta idea de los diversos caractéres de las dos amigas. Eugenia, altiva y determinada, era el cedro que balancea la orgullosa frente al soplo de las tempestades que lo azotan. Luisa, tímida y sencilla como la sensitiva, una simple mirada ambiciosa la hacia temblar asustada.

La sociedad de la familia de Eugenia en París, á pesar de ser una de las mas frecuentadas y escogidas, no habia podido ofrecer objeto alguno que cautivase el ánimo de la exaltada cantatriz: la música y el teatro eran las únicas pasiones de aquel pecho, donde encontraban eco profundo las armonías de Bellini, Mercadante, Verdi y Donizzetti. Luisa, despues de haber sido su maestra, era hoy su amiga, compañera y hermana de gloria, de trabajo y de fortuna. Fué Luisa la que recibió el voto de profesion de Eugenia en el nuevo culto, despues de haberla iniciado en sus mis-

terios sublimes; y profesado Eugenia con aquella abnegacion profunda y verdadera de todo sentimiento profano, propia de las grandes almas, abandonó y despreció cuanto para una jóven de su edad, puede darse de hermoso y agradable, esto es: padre, madre, honores, riquezas y adulacion, para entrar con ardor y respeto en esa estensa familia, cuyo jefe fué elevado por los hombres al lugar de semi-dios, con el nombre de Apolo.

Despues de un pequeño viaje puramente artístico, en que fueron la admiracion de Milan, de Génova y de Venecia, la música era su único pasatiempo, en varios pequeños conciertos, que ellas daban únicamente para aumentar su pequeño capital, muy disminuido por los gastos del viaje; y por último vedlas que se sujetan en Roma á un exámen público, prueba indispensable para la verdadera apreciacion del mérito que encerraban la voz y la inteligencia de las dos artistas.

Satisfecha esa prueba, vieron abiertas ante sí las doradas puertas de su soñado paraiso! y cuando al siguiente dia despertaron de aquel inesplicable sueño de placer y de sentimiento, conocieron que la realidad empezaba á corresponder á su elevada *ideología*; porque al instante recibieron billetes de visita de varios empresarios, entre los que se contaba el del teatro Argentino, cuya prima donna habia terminado el tiempo de su contrato.

—¡Y bien Luisa.... qué dices tú á esto? preguntó Eugenia abandonando la cama y mirando el reloj que señalaba las doce. Aceptarémos la invitacion del empresario del Argentino?

—Por mi parte creo que nos será conveniente, si él se conviene en que nosotras escojamos las óperas del repertorio.

—Es claro que esa debe ser la condicion principal, repondió Eugenia vistiéndose y estremeciéndose de frio. La Semiramis, Attila....

—Nina, Parisina... agregó Luisa. Vamos á almorzar y entretanto arreglaremos eso; es necesario advertir que los señores empresarios vendrán luego..

—Que vengan, replicó Eugenia, dando algunos saltos para en-

trar en calor—aquí estamos nosotras, quiero decir; aquí estaremos porque hablo con el futuro del verbo. Mejor ahora que cuando esté atando las ligas... Si el empresario llegase entonces seria una desgracia.....!

—Se moriria de miedo el pobre hombre..... dijo sonriéndose Luisa y volviendo sus bellos ojos azules que se encontraron con la mirada enérgica y soberana de Eugenia.

—Y no te engañas, contestó con arrogancia. Yo soy medio hombre, como tú dices, y las ligas de un hombre no agradan á otro hombre! Te acuerdas como desempeñé el papel de muchacho cuando nos fugamos de París? Me llamaba el caballero Leon de Armilly, y tuve bastante corage para hablar de pistolas cuando crei que corrias peligro, amiga mia.

—Oh! que tiempo aquel! mumuró Luisa.

—Sí, cuando me viste disfrazada de hombre deshaciéndote á besos y abrazos luego que traspusimos sin peligro las barreras, no temblabas como se me figura que tiemblas hoy!

—Oh! es que se va aproximando nuestro primer debut... y si somos mal acogidas?

—Brava ocurrencia! y en Milan, en Génova, y especialmente en Venecia, desagradó, por ventura, nuestro canto? fuera de que, el resultado del exámen..... creo que no debe desalentarte!

—Mas ahora la posicion es muy diversa! tendremos que aparecer en la escena en carácter competente; y si por ejemplo yo sé cantar el aria de Parisina, eso no quiere decir que tengo certeza de ser la Parisina!

—Y tengo yo acaso la certidumbre de poseer el carácter de Semiramis, y de sentir lo que ella sintió, de un modo tal, que el público crea tener delante de sí la noble reina de los Asirios; humillada y trémula por el remordimiento al escuchar la voz de Nino, ó embriagada y delirante por la presencia de Arsace? preguntó Eugenia á su vez. Sin embargo, tú ves que yo no tiemblo con la aproximacion de nuestro primer debut. Confio mucho en lo que me has enseñado y en lo que hemos estudiado para que des-

fallezca mi espíritu con el trabajo que muchas otras jóvenes han desempeñado en medio de vivos y sinceros aplausos de una platea imparcial é inteligente.

—Vamos, amiga mia: aquel grande porvenir que en París habíamos soñado, vá realizándose, y dentro de poco nuestros nombres irán á resonar á ese mismo París en el centro de nuestras familias, despues de haber sido inscritos en el libro de oro de la nobleza del arte. Oh! cuanto me complace esta nobleza! nobleza que no se compra por un vil puñado de oro, sino que se alcanza por el trabajo y mérito personal! El escudo del artista no se cubre de polvo hasta desaparecer con el transcurso del tiempo! Subsiste siempre dorado y brillante, mirado con admiracion por las generaciones que se suceden.

Cuando las dos amigas acababan de almorzar, y de arreglar sus elegantes atavíos, recibieron la visita del empresario del teatro Argentino, que, con el temor de perder la adquisicion de las dos jóvenes artistas, se anticipó á sus cólegas: el ajuste fué convenido tal como ellas querian, y al concluir el dia, los contratos de las dos primeras damas absolutas estaban firmados.

Un mes despues se ensayaba en el gran teatro Argentino la magnífica ópera *la Semíramis*, y los impacientes *dilettantis* afluian todas las mañanas á la platea del teatro para aplaudir con anticipado entusiasmo á las dos nuevas actrices, y felicitar al empresario por la brillante adquisicion que habia hecho de dos artistas que tanto prometian; á pesar de que por primera vez pisaban el escenario donden existian aun los astros de dos grandes génios.

Llegó por fin el dia del espectáculo, y así que las luces empezaron á brillar en el edificio del teatro Argentino, los salones se vieron inundados de gente que hablaba, discutia y elogiaba en alta voz la capacidad artística de las dos señoritas d' Armilly.

Mientras esto sucedia, en los salones y avenidas del teatro, un jóven de 22 á 23 años, alto, bien proporcionado y vestido sin lujo, pero decentemente, haciéndose paso á duras penas por entre la multitud que se agrupaba en torno del edificio, llegó con gran

trabajo hasta el despacho de billetes, gracias á un esperto cicerone que lo iba remolcando por el faldon de su paletó, al través de aquel mar vivo y bullicioso, agitado por el grande acontecimiento que mencionaban los diarios y los carteles.

—Un billete! respondió este.—Ni para mañana..... á menos que vengáis al amanecer! ¡buena hora de hallar billete, cuando ya todo está vendido, y ni un pedazo de billete me resta siquiera!

—No hay billete, dijo el cicerone volviéndose al jóven.

—¡Poder de Dios! pues es indispensable que yo entre á la platea, gritó este en francés.

—Pero, ¡si no hay billete! repitió el cicerone.

—Introducidme aunque sea al proscenio entre bastidores.—A todo trance es necesario que yo vea.....! entiendes, imbécil? Es necesario que yo lo vea todo!

—Mas que remedio, señor? si os hubiérais acordado mas temprano, os habria servido maese Pastrini; pero así, á última hora, es totalmente imposible: voy sin embargo á mostraros el edificio y esplicaros su arquitectura: venid conmigo.

—¡Vete al diablo con tu manía de mostrar y de esplicar! ¿Cómo quieres que te diga que es indispensable que yo observe y vea cuanto pasa en la funcion.....! todo, todo.....! y entretanto vienes tú á hablarme de paredes, techo y columnas!

—Señor, el Argentino es magnífico - replicó el infatigable cicerone.—Además que, cuando no hay billete, es mejor entretener el tiempo en ver algo bueno! Venid, pues, señor, y conocereis uno de los mejores edificios de este género, tal vez el primero de todos.

—¡Vamos entre bastidores, imbécil! esclamó el jóven tirando del brazo á su cicerone.

—No os dejarán entrar!

—Dí que soy estranjero y que quiero ver: no me has asegurado que un estranjero cuando viene á Roma, es para ver cuanto bueno encierra esta gran ciudad?

—*Per la Madona!* gritó el cicerone; pero los bastidores y me-

canismo del Argentino se enseñan de dia y no en noches de funcion!

—Ah! esto es inaguantable! Condúceme á la puerta que da al foro.... yo hablaré al guarda... y ya vereis si entro.—Y al decir esto tomó al cicerone que giró inmediatamente sobre la derecha, estendiendo y alargando los brazos para abrirse camino por el centro de la concurrencia, como si estuviera nadando.

Poco despues llegaba con el estrangero pegado á sus hombros, á la puerta del proscenio.

—Quién es? gritó el portero colocándose rápidamente frente al cicerone para estorbarle el paso.

—¡Oh! esclamó el estranjero palideciendo al ver el rostro redondo y colorado del gordo portero, iluminado al vivo resplandor de un quinqué próximo.

El cicerone le habló en secreto al oido.

—Es imposible: *mio charo*, respondió aquel: tengo las instrucciones mas terminantes para impedir la entrada aquí.—Por otra parte hoy es una ópera de grande espectáculo, fuera de que las cantatrices son nuevas ..! De manera que el caballero tendrá mucho interés en entrar? Si es así os prevengo que solo con permiso del empresario se consigue... ¡Pero! dijo el portero mirando de hito en hito al curioso jóven, que tampoco separaba su vista del rostro de aquél. Será verdad lo que estoy viendo?

—Mi sorpresa es igual á la vuestra, señor! dijo el estranjero, y casi me inclino á creer que los aires de Roma os prueban bien!

—Pues yo habia creido que á esta hora podria daros el nombre de Ibus, porque os suponia muerto por el peñasco de algun Ulises!

—En verdad que algo me parezco al miserable mendigo, solicitando la mano de vuestra Phenelope! contestó el estranjero, mas que quereis? hubo una diosa misteriosa y un Esculapio complaciente que se acordaron de mí.

El cicerone miraba atónito á los dos interlocutores, sin alcanzar el sentido de sus palabras; pero adivinando en su mímica, que sin duda se estaban diciendo grandes cosas.

—Dejemos esto señor continuó el estrangero; no es este lugar á propósito para ventilar nuestras cuestiones.

—Teneis razon, voy á conduciros á dentro, y á probaros que sé olvidarme de cosas pasadas: entrad.

El jóven despidió al cicerone, y se introdujo al reducido cuarto del portero.

—En efecto, señor baron, esto es singular!

—¡Por Dios! señor Andrés Cavalcanti, quereis comprometerme: no veis que he guardado mi título en la cartera?

—Creia que estuvieseis aquí representando por capricho, como vuestra familia.

—¡Válgame Dios, y que capricho tan estravagante seria!

—Contadme, pues, lo que os ha sucedido, señor Danglars.

—¡Porfiado! aquí no me llamo Danglars! El portero del teatro Argentino no podrá nunca llamarse Danglars! ¿Y cómo diablos habeis escapado de los agentes de la policía que os querian prender como fugado de las galeras, en el momento en que se estendia el contrato de vuestro matrimonio con Eugenia?...

—¡Psich! maldita la gracia que tiene; y hasta hoy mi vida no pasa de ser un compuesto esquisito de particularidades sin interés.—¿Y la vuestra, señor baron?...

—¡Maldita costumbre! gritó Danglars poniéndose colorado como un tomate y limpiándose el sudor.

—Quiero decir... señor Danglars...

—¡Peor todavía!...

—¿Pues cómo quereis que os llame?

—Eso yo me lo sé.... pero aquí dadme un nombre cualquiera, eso poco me importa! la gente pobre no tiene nombre.

—Segun eso, ¿estais arruinado?

—¡Hasta el último maravedí! murmuró Danglars con tristeza; y no ser por este mezquino empleo, hubiérame muerto de hambre! ¡Ah!.... de hambre.... repitió con amargura.

—¡En verdad, seria cosa horrible el morir así todo un ilustre baron! Pero ¿quien os condujo á tan miserable situacion?

—¿Quién? preguntó Danglars palideciendo. ¡Ah!.... ¡un hombre que parece haber surgido de la tierra ó del mar por el influjo de una voluntad poderosa para destruir el sueño de mi felicidad!

Benedetto, pues era él, se estremeció involuntariamente al oir las palabras de Danglars.

—¿Y cómo se llama ese hombre? preguntó.

—¡Ah! dijo el baron Danglars mirando asustado en torno suyo. Mucho tiempo ha que no pronuncio ese terrible nombre de miedo de que su amenazadora imágen surja de la pared ó de mi sombra para atormentarme.

—¿A tal estremo llega el pavor que os inspira? ¡Ah! continuó Benedetto; ¡como son débiles y pusilánimes los hombres!

—Insensato, dijo Danglars, ¡si le conocieseis como yo, retrocederiais asombrado ante su presencia misteriosa! ¿Sabeis, por ventura quién es, ni de dónde ha venido el conde de Monte-Cristo?..

Benedetto dejó oir una convulsiva carcajada, que petrificó al pobre portero del teatro Argentino.

—¡Tengo para con él una deuda sagrada! ¡una deuda de sangre! y la mano del muerto está abierta para recibir el importe de esta deuda.

Danglars abrió desmesuradamente los ojos, sin alcanzar el sentido de aquellas palabras, que le parecian sin embargo terribles.

—No os comprendo, murmuró.

—Pues es bien fácil. ¿Por qué temblais cuando pronunciais el nombre adoptado por el marinero Edmundo Dantes?

—¡Oh! ¿cómo sabeis?...

—Ese es mi secreto. Ahora contestadme.

—No me es posible referiros mi historia en este lugar, dijo el portero. Si quereis escucharla, yo os buscaré mañana y hablarémos entonces. ¿Dónde vivís?

—En la posada de maese Pastrini....

—¡Ah! ya se donde es....

—Tanto mejor.... y entretanto si necesitais algun dinero, permitidme que os lo ofrezca con franqueza.

—¡Cómo! ¿continuais por ventura vuestra engañifa de ser el príncipe de Cavalcanti, ú os proteje quizá el conde de Monte-Cristo! Si esto es así, como no lo creo, hice mal en haberos hablado con libertad.

—¡Ya os he dicho, señor, que tengo con Edmundo Dantes una deuda de sangre! No soy el príncipe de Cavalcanti: soy un ladron, un falsario, un asesino sin nombre, sin patria y sin Dios.

—¡Ah! ¿qué decís? gritó Danglars aterrado, llevando maquinalmente las manos á sus bolsillos, y encogiendo el vientre como para librarse de una puñalada.

—¿Y á dónde pensais llegar en vuestro camino?

—Guiado por la mano de un muerto, que se estremece de rabia en el fondo de su tumba, he de llegar hasta Edmundo Dantes.

—Sabeis, señor Andrés.... que.... me pareceis algo trastornado!

—Vaya, mi querido señor, eso lo decís para lisonjearme. Ahora, dejadme subir, y creedme que puedo seros muy útil para que torneis á adquirir vuestra fortuna. Os la haré entregar triplicada, si os place.

—¡Oh!....

—Pero dejadme subir, porque es necesario que yo pueda certificarme de si las dos cantatrices de esta noche, son ó no las que me imagino.

—¡Ah!... ¿las dos señoritas d'Armilly?

—Si no me engaño así se llamaba la maestra de vuestra hija Eugenia.

—Es verdad... ¿pero qué quereis significar con eso?

—Vuestra hija era apasionadísima por el teatro y por la música, y se me figura que vuestra hija Eugenia está allá arriba, temblando en este momento ante la sombra de Nino.

—¡Oh! es muy temprano aun; pues apenas va á sonar la hora de la funcion.

—¡Basta! acabais de afirmarme en lo que yo creia respecto de las d'Armilly, y os felicito, señor, por el interés con que vuestra

hija parece trabajar para reponer la fortuna que os robaron.

Danglars suspiró.

—Entonces, hasta mañana, señor Danglars, y espero que no os olvideis de lo que os he dicho: esto es, de la fonda de maese Pastrini, *via del Corso*.

Y Benedetto se retiró dejando al pobre portero admirado, y en la firme conviccion de que por él vendria á saber algunas cosas importantes acerca de Edmundo Dantes.

VII.

Los agujeros del telon de boca.

Mientras que esto sucedia en el pequeño gabinete del portero, las dos amigas d'Armilly se preparaban para ejecutar su primer debut, y tomadas del brazo cruzaban el escenario.

—Creo que hay una concurrencia estraordinaria, murmuró Luisa. Y luego, cuando ese telon se levante, vamos á quedar aquí espuestas á las miradas de todo un pueblo.

—Tienes razon, Luisa; tambien yo siento algun temor!... ¡este momento siempre cuesta alguna cosa; pero estoy convencida de que cobraremos ánimo, porque hago el primer propósito de poseerme bien de la situacion del personaje que voy á representar! ¡Oh!.... sobre todo cuando Arsace es nada menos que mi querida Luisa..... tú serás mi amiga; pero, ahora que estamos aquí me recuerdo de un caso bien singular, que se ha repetido diversas veces. En la primera noche que vinimos al ensayo, no ha llamado tu atencion un hombre que vino á abrir nuestro camarin, y que dió un grito apenas nos miró?

—Sí; tengo una idea.....

—Ese hombre era el portero; en la segunda noche estaba yo

en mi camarin y oí este diálogo que me pareció bien interesante:

«—Cuando la señora Eugenia saliere de su cuarto, no os olvideis de pedirle la llave, en caso que ella no se acuerde de volverla á entregar.

»»—Eso no haré yo.

»»—¿Por qué?

»»—Tengo mis motivos...

»»—Pero vos sois el encargado de las llaves, y faltais entonces á vuestras obligaciones.

»»—Pediré todas las llaves menos aquella.

»»—¿Temes por ventura hablar á la señora Eugenia d'Armilly?

»»—Disculpadme; pero la señora Eugenia me conoció en París en una posicion mucho mas halagüeña que la que al presente disfruto en Roma, y no quisiera que le fuese conocida.»

—El diálogo terminó aquí, contestó Eugenia, y desde entonces nunca me olvidé de entregar la llave al portero; pero cuando paso y la dejo sobre la tabla, siento ruido, y conozco que es causado por la precipitacion con que el buen hombre se esconde de mí.

—Y no sabeis su nombre? preguntó Luisa.

—Oh! eso es bien sabido. Se llama José pero tambien puede ser que tenga otro.

—¿Si será aquel malaventurado príncipe Cavalcanti, que hubo de ser tu marido, si no lo desenmascararan de súbito? preguntó Luisa.

—Brava ocurrencia! A la fecha estará guillotinado por asesino; y además que el hombre que se oculta de mí, me pareció de mucha mas edad cuando lo ví de paso por la primera vez, y es mas bajo y mas grueso...

—Bueno es que tengamos precaucion, por si acaso es algun espía enviado por tu familia.

—Oh! no lo creas.—Acércate Luisa. Me parece que conozco aquella señora que acaba de entrar al palco número 4 de la pri-

mera fila..... dijo Eugenia que habia entretenidose en mirar la platea por un agujero del telon.

—Oh! esclamó Luisa, examinando el palco que le habia indicado.

—Qué tienes? preguntó Eugenia.

—Aquella señora, continuó Luisa palideciendo..... si..... no hay duda..... ella es... ¡Oh! Dios mio... tal vez sea una ilusion mia! dame tu lente, Eugenia.

Eugenia sacó de su bolsillo una pequeña caja que contenia un bonito anteojo de teatro, con que algunas actrices acostumbraban examinar la platea y los palcos, por los agujeros del telon antes que la funcion empezase.

Luisa le tomó con precipitacion y miró al palco número 4 de la primera fila.

—Eugenia, dijo ella, si realmente posees un espíritu fuerte y determinado, ahora tienes la ocasion de probarlo de un modo irrecusable.....

—Mira!

Eugenia miró, y retrocedió asombrada, murmurando:

—Mi madre!

En efecto, cuando Eugenia habia mirado al palco por la primera vez, no habia visto el rostro de la señora Danglars que parecia estar hablando con alguna persona que la escuchaba oculta por la cortina: pero esta persona salió, y la señora Danglars volvia su rostro á la platea, en el momento mismo en que Luisa la observaba con el anteojo.

El pito del escenario se hizo oir por los ámbitos del teatro, dando la señal de prepararse los actores.

—Oyes, Luisa? le dijo Eugenia; bajemos á mi cuarto: valor, y cuando el traje de la reina de los Asirios pese sobre mí, procuraré probarte, amiga mia, que no tenga ante mi vista, ni en los palcos ni en la platea, nadie que me embargue el mas leve pensamiento.

Si el telon se hubiera levantado en aquel instante, el público

aplaudiria con entusiasta frenesí el ademan sublime y la inspiracion apasionada de Eugenia Danglars. Pero no era tiempo aun, y ese público, presintiendo acaso la presencia del genio, dejara oir en el espacio aquel murmullo confuso y solemne, que sin espresar pensamiento alguno comprensible, revela la existencia de mil pensamientos diversos, despertados por la misma causa. Este murmullo, semejante al de las olas del Océano, agitadas por el viento, venia á morir á los piés de las dos amigas, como para anunciarles la proximidad de su triunfo ó de su desgracia.

Eugenia, tomando la mano trémula de Luisa, la condujo precipitadamente hácia su vestuario cuya puerta cerró tras de sí.

—Vamos, Luisa, dijo ella desprendiéndole el vestido. ¿Por que temblar? Acordémonos solo que de esta noche depende la felicidad y el éxito de nuestra futura carrera.

Eugenia daba muestra de su valor, de un modo tan natural, que influyó sobremanera en el espíritu de Luisa; además, las costumbres de la Italia no estigmatizan á los que se dedican á la noble carrera de Talma, ni lanzan el desprecio sobre el tablado del teatro, como sucede en el resto de Europa; y esto tambien contribuia poderosamente á alentarlas.

Conociendo el espíritu orgulloso de la señora Danglars, señora noble por nacimiento y por su alianza, calculó cuán mortificante le seria la aparicion de Eugenia representando la Semiramis, en el teatro Argentino, y la pobre jóven no pudo dejar de palidecer pensando en las maldiciones de la baronesa, por haber sido ella quien alimentara en el pecho de Eugenia la llama de entusiasmo que la condujo á las tablas.

Aunque en la Italia se mirase tan noblemente la carrera de Talma, como sagrada la llama enérgica que anima al inspirado actor, la noble baronesa Danglars, descendiendo de los Servieres, jamás perdonaria á quien hubiese dicho á su única hija:—Eugenia, tú aborreces la vida de París, amas la libertad y la música; hagámonos pues actrices.

En fin: el dado estaba arrojado.

Eugenia y Luisa se identificaron en estrecho abrazo, como si allí quisiesen ensayar el modo como habian de abrazarse y besarse en la escena; y en este momento el pito repitió la señal llamando los actores á la escena.

Momentos despues se levantó el telon. Eugenia se presentó en la escena con toda la arrogancia y majestad própia de la régia vacante que representaba: su voz clara, sonora y apasionada, llamó instantáneamente la atencion de los *dillettanti*, y su triunfo comenzó terminada apenas la primera ária.

El palco número 4 dejaba percibir algun desasosiego; el anteojo no cesaba de dirigirse para el rostro de Eugenia, y de minuto en minuto se hacia mas perceptible el temblor de la mano que lo sostenia á la altura de sus ojos. La señora Danglars limpiaba con frecuencia su rostro, pálido como su finísimo pañuelo, y ora se retiraba al fondo del palco, ora se incorporaba sobre la baranda, clavada siempre su vista en la figura noble, majestuosa y elegante de la nueva Semiramis. Despues, cuando el templo de Bello, quedó desierto y apareció el valiente é interesante scita, notóse mas y mas el estremecimiento convulsivo del brazo de la señora Danglars, que habia reconocido en la fisonomía apasionada y tierna de Arsace, la de la maestra de su hija Eugenia. No habia ya que dudar. La noble baronesa vióse obligada á reconocer á su hija en la persona de Semiramis, y su martirio duró tanto como el espectáculo. Con las mejillas encendidas por la indignacion que esperimentaba, no tardó en sufrir un fuerte ataque de nervios; acordándose que para cúmulo de envilecimiento, acaso en aquella misma noche podria reconocer á su marido ejecutando algun papel en las tablas. Muchas veces se le ocurrió la idea de retirarse: pero el deseo doloroso de presenciar el resultado de aquella noche, la detuvo aunque oprimida y disgustada, hasta que acabó la ópera.

El puñal de Arsace rasgó por último el pecho de la desenvuelta Semiramis, que cayó agonizante á los piés de su hijo. La baronesa lanzó un grito ahogado por la vergüenza. Era lo que le

faltaba para coronar su martirio. El espectáculo de su hija, pegado el rostro á las tablas de un teatro á presencia de un pueblo entero, recibiendo los bravos y las palmadas de ese mismo pueblo, ahogaron el grito de la baronesa, que salió precipitadamente del palco, humillada en su interior y encolerizada por haber caido en Scila, queriendo huir de Caribdis.

—Oh! se decia subiendo á su carruaje. Algun demonio ha jurado mi humillacion y envilecimiento á donde quiera que voy. En París, madre de un desgraciado bandido á quien la ley persigue; en Roma veo á mi hija, en cuyas venas circula la sangre de los Servieres, comprada por un vil puñado de oro para servir de blanco entretenimiento al pueblo de los teatros..... Ah! y en cualquiera otra ciudad, quien sabe si la desgracia me reservará todavía la vergüenza de ver á mi marido sobre el pescante del carruaje de algun rico campesino!....

Y gruesas lágrimas humedecieron el rostro aristocrático de a quella señora tan noble, tan altiva y orgullosa.

Entretanto las dos amigas producian un entusiasmo delirante; al dia siguiente recibieron de mano del empresario dos hermosos vasos de plata de riquísimo y delicado labor.

VIII.

Dos hombres sin nombre.

El portero del teatro Argentino, que habia reflexionado sobre las conveniencias que podrian resultarle del encuentro con un hombre como Benedetto, se dispuso á buscarlo en la hospedería del maestro Pastrini, con la intencion de aprovecharse para sus fines ocultos de adquirir fortuna de aquel carácter temerario, aventurero y audaz que parecia no temer nada de los hombres,

y que con todo desembarazo y atrevimiento le habia declarado ser ladron, falsario y asesino.

Se dirigió pues, con paso firme y la esperanza en el alma al encuentro de Benedetto, á quien él llamaba Andrés.

Benedetto vivia efectivamente en la conocida posada de maese Pastrini, y despues de almorzar con buen apetito y sosegadamente hizo llamar al mañoso posadero.

—A vuestras órdenes, escelencia, dijo él, quitándose políticamente su gorro de lana y haciendo una cortesía.

Benedetto reflexionó un instante antes de dirigirle la palabra; despues dejó á un lado el diario en que fingia leer, miró al italiano con aquella mirada sombría y siniestra de los hombres en cuya frente parece existir el sello de la fatalidad.

—Maese Pastrini, dijo él, no estoy satisfecho con este cuarto.

—Sangre de Cristo! esclamó el italiano, ¿y por qué, escelentísimo?

—Por qué? ¿quereis saber por qué, maese Pastrini? Porque no puedo dormir tranquilo en él.

El italiano tornóse pálido; Benedetto continuó:

—¿Quién habita el cuarto bajo?

—Ah! es un jóven muy enfermo, que segun me dice su lacayo, viaja para distraerse de una apatía mortal de que padece. Os aseguro que es una escelente persona, aunque todavía no le he oido la voz. A pesar de que hace ya un mes que está en Roma, y apenas ha salido dos ó tres veces, recogiéndose muy temprano.

—Pues os digo que mentís! entendeis, Maese Pastrini? mentís!

—Yo, escelentísimo? preguntó el posadero esforzándose por aparentar el semblante de la inocencia.

—Oh! vuestro jóven enfermo, que viaja para distraerse de una apatía mortal, se recogió ayer á la una de la noche. Y no es esto solo; lloró, blasfemó, sin cuidarse de los vecinos, hasta las dos, volviendo á salir despues, y regresando á las cuatro de la mañana.

—No os contradigo, escelentísimo, respondió Pastrini un poco

mas animado. Yo noté todo eso: mas qué queréis? creo que de tiempo en tiempo le dan ciertos ataques de nervios, para los cuales le recetaron los médicos salir inmediatamente de casa, á cualquiera hora del dia ó de la noche; y fué sin duda por esto que os incomodó tanto ayer. No tengais cuidado sin embargo, escelentísimo; el lacayo me ha dicho que es solo de año en año que le dan tales ataques.

Benedetto se sonrió con ironía profunda, lanzando á Pastrini una mirada oblícua.

—Desconfió mucho de tales achaques, y antes creo que vuestro jóven enfermo, es quien ataca á las otras personas. Tened cuidado maese Pastrini. Ha poco se evadió de Francia un hombre terrible, que hizo cosas diabólicas, seduciendo, asesinando, robando y profanando doncellas, viejas y adolescentes, iglesias y sepulcros.

—¡*Per la Madonna!* gritó Pastrini, revolviendo los ojos. ¡Oh! y ese malvado debe de ser muy rico?

—Dicen que posee millones, y que los esconde en un lugar desconocido, donde no llegan los rayos del sol, y cercado de insaludable y pestilente agua, como la del lago Camarino.

—Empero, escelentísimo, vuestro vecino de habitacion parece no tener mas de 20 ó 22 años, y es tan pequeño y débil, que si lo vieseis no desconfiariais de él.

—¿Pequeño, débil y amarillo?

—Completamente amarillo, no; pero muy pálido sí.

Benedetto se levantó agitado, y se paseó á largos pasos por el cuarto, introduciendo las manos en el cabello, y soplando como si sufriese un calor escesivo.

—¡Oh! es forzoso que abandone vuestra casa, maese Pastrini.

—Y por qué, escelentísimo? qué es lo que os falta? ¿acaso no estais servido con esmero y delicadeza...?

—¡Imbecil! Estoy diciéndoos que me incomoda vuestro huésped del primer piso, y no comprendeis lo que os digo? Teneis oidos y no ois, ojos y no veis.

—Pero, qué he de ver, escelentísimo? preguntó Pastrini, que empezaba á prestar séria atencion á lo que Benedetto le decia.

—Mirad, yo os lo esplicaré todo. Hay un ente en el mundo, que nadie sabe de dónde vino, ni de quién desciende, aunque muchos atribuyen su orígen á la fermentacion del lodo espuesto á la accion del sol, así como los materialistas afirman que nació el primer hombre. El individuo de quien os hablo, debe haber adquirido su terrible ciencia en alguna caverna semejante á la de Cumas, y el arte de adivinar el porvenir y de hacer mal á los hombres.—Él consiguió encontrar el secreto de mudar de piel como las serpientes, para conseguir mejor sus fines; y algunos atribuyen este fenómeno á las maravillas científicas de la química. De este modo se presenta el malvado bajo diversos aspectos, segun el pais en que reside, y las personas con quien tiene que habérselas.—Ya es un abate, viejo, encorvado por el peso de los años, cuando murmura palabras santas al oido de aquél á quien pretende seducir. Ya es un escéntrico y flemático lord aferrado en sus ideas, y porfiado como un carretero. Otras, finalmente, se titula conde y se presenta como el mas perfecto y rico caballero del mundo. Este hombre es generalmente conocido por el título de conde de Monte-Cristo.

—Ah! esclamó maese Pastrini, dando un salto y mudando de color.

—Qué es eso; lo conoceréis acaso...? preguntó Benedetto.

—Continuad, escelentísimo, continuad....

—Muy bien: os he dicho que el ladron, el falsario, el impío, el asesino, se llama conde de Monte-Cristo, continuó Benedetto sin quitar los ojos de Pastrini, en cuyo rostro se descubria la combinacion mental de ciertos casos pasados, en fuerza de la narracion presente. Este hombre que se juzga por el poder de su riqueza superior á los otros hombres, ha abusado de todo y de todos, y es perseguido por las leyes de la justicia humana.—Hace poco acaba de tomar en París el nombre de Benedetto, se tituló despues el príncipe Andrés de Cavalcanti; se evadió de la cárcel

asesinando al carcelero; se dirigió á un cementerio llamado del Padre Lachaise, y engañando al guarda profanó el sepulcro de una familia noble, robando algunas joyas de los cadáveres. Finalmente, metamorfoseándose de nuevo, huye de Francia...... dirigiéndose segun toda probabilidad á la Italia, donde muchos aseguran que tiene relaciones secretas y abominables.

Pastrini estaba aterrado, pues ya en otro tiempo habia hospedado á un hombre que se titulaba conde de Monte Cristo, pero atrevióse todavía á hacer algunas preguntas y dijo:

—En ese caso, escelentísimo, el tal hechicero debe ser perseguido por todas partes?

—Espero que no le valdrá toda su mágia infernal para evitar que lo reconozcan. Hay hombres desparramados en diferentes puntos de Europa, asalariados por el gobierno francés, bien capaces de hacerlo caer de su elevado pedestal. Diciendo esto, Benedetto hizo un gesto significativo como quien queria dar á entender:—y uno de esos hombres soy yo. Así, pues, maese Pastrini, indagad, como mejor os parezca, quién es vuestro huésped del primer piso, y sed vigilante con él.—Podeis retiraros.

El italiano salió agitado y trémulo, jurando no llamarse mas maese Pastrini, si no supiere en aquel mismo dia todo cuanto tenia relacion al jóven enfermo que habitaba el cuarto del primer piso.

—Oh! decia él—siempre me pareció que el tal conde de Monte-Cristo, con su concubina griega, y su esclavo negro, tenia alguna cosa de estraordinario! La sangre fria con que él veía ejecutar los sentenciados, el furor que le dominaba cuando ellos lanzaban sus gritos agonizantes, y sobre todo la intrepidez con que segun lo afirman, descendia á los subterráneos de Luigi Vampa, de ese famoso bandido....! ¡Ah! es bien cierto que la justicia de Dios es infinitamente perfecta, y que el hombre no puede escaparle por mas poderoso que sea.

Cuando Pastrini reflexionaba así, Benedetto paseaba muy satisfecho por su cuarto; murmurando entre dientes.

—Vamos bien, muchacho. Perdiendo aquél hombre en el concepto de Pastrini, tengo la certeza de que en poco tiempo Roma entera sabrá cuanto acabo de decir y mas aun todavía. Además, conseguiré saber quién es el misterioso vecino del primer piso y alejaré de mí las miradas de la justicia, si acaso me persiguiese aquí. Yo arrancaré los dientes del dragon que devoró á los ancianos, á los niños y á las vírgenes, para satisfacer su ódio monstruoso! Edmundo Dantes!.... cuando me libraste del grillete en Tolon, bajo tu falsa apariencia de Lord Wilmore, podias haber hecho de mí un hombre honrado; pero has preferido envolverme en tu drama infernal y me arrancaste la máscara cuando yo, confiado en tí, me juzgaba feliz!.... Ah! necesitabas un príncipe de Cavalcanti para consumar un proyecto misterioso, que solo tú comprendias, y por eso echastes mano del pobre forzado de Tolon, que cumplia resignado su sentencia!.... ¡Maldito! mil veces maldito! Una venganza implacable te perseguirá por todas partes.—Sí.—En mi pecho no hay sentimientos de humanidad que puedan detener mis pasos. Todavía me acuerdo de las palabras de mi padre pidiendo venganza contra el verdugo cruel y desapiadado, que al finalizar la obra maldita de su tortura, fué á gozarse en el tormento de la víctima y á trastornarle su razon con el eco de su carcajada diabólica! ¡Oh!..... una familia entera para vengarte de un solo hombre?.... ¿dónde estaba pues tu religion, tu Dios?...... en el mismo lugar que los mios..... en ninguna parte del cielo ó de la tierra! Mi alma se ha convertido en el deseo vehemente de una venganza completa, así como en otro tiempo no conocia mas que la ambicion! Edmundo Dantes, tú me has dado el ejemplo, y tú llorarás un dia la obra de tus manos!

Momentos despues volvió Pástrini para anunciar la visita de un hombre, que no queria dar su nombre; Benedetto se sonrió de ese escrúpulo, y mandó introducir en su cuarto al misterioso visitante.

—Bueno! dijo entre sí Pastrini, recibe hombre sin nombre!

esto quiere decir alguna cosa, y creo que mi huésped no dejará de ser algun agente del gobierno francés, que anda buscando al famoso hechicero.

Diciendo esto, hizo una seña con los dedos al portero del teatro Argentino y lo introdujo en el cuarto ocupado por Benedetto.

—¿Y por qué ocultais vuestro nombre, mi querido baron Danglars? le preguntó este de un modo que pudiese ser oido por Pastrini, que se conservaba aun fuera de la puerta con el oido atento.

—¡Baron! dijo Pastrini para sí. Esto si que envuelve misterio.—Un baron en disfraz.... Hé aquí un suceso mas para los comentarios de esta noche. Retirémonos; no quiero que sospechen mi curiosidad. Y se encaminó al interior de su establecimiento.

Entre tanto, el portero del teatro Argentino habia quedado estupefacto con los ojos clavados en Benedetto, como si temiese decirle una palabra cualquiera, que le hiciese repetir el nombre de Danglars, y el título de baron.

—Querido señor—continuó Benedetto, me parece que os habeis aturdido con el eco de vuestro nombre y de vuestro título!

—Pues no os he repetido mas de diez veces que ya no puede llamárseme así?—Decidme ahora á vuestra vez: gustariais que os llamase príncipe de Cavalcanti?...

—Ese nunca fué mi nombre.

—Nunca?...

—Figuré con él en una comedia de Monte-Cristo.

—Monte Cristo! repitió Danglars con rabia y miedo, continuando luego: y tambien es por su causa que yo no tengo hoy nombre.

—Habeis quedado como yo.

—Cómo? ¿no teneis un nombre? no sois Andrés?

—No, señor baron.

—No puedo comprender eso. Cómo vinisteis á Roma entonces? cómo alcanzasteis pasaporte?

—De un modo muy sencillo, mi amigo. Tengo en mi poder una reliquia robada al conde de Monte-Cristo, por la cual alcanzo cuanto quiero. Era el secreto con que él se hacia superior á los otros hombres y los destruia para vengarse de ellos.

—Entónces, qué género de historia es esa? Espero no me habreis creer en la existencia de la varita de virtud, ni en los dientes de la Sibila de Cumas.

—No por cierto: mi reliquia es otra, y no tiene la fantasía de las que mencionasteis, ni la belleza de las que podriais mencionar! Vedla.

Diciendo esto, Benedetto abrió un pequeño cofre y Danglars retrocedió inmediatamente palideciendo y murmurando con terror:—La mano de un muerto!

—Silencio imbécil! dijo Benedetto cerrando el cofre y escondiéndolo, es aquella mano la que me conduce en este mundo, á un puerto determinado, donde he de llegar algun dia. Vamos, ya conoceis mi reliquia, pedidme ahora cuanto quisiéreis.

—Qué es eso... hablais sério? preguntó Danglars, abriendo mucho sus grandes ojos.

—Ya lo dije! respondió Benedetto sentándose con insolencia, y encendiendo un cigarro.

—Oh! en este caso es preciso contaros cuanto me sucedió, para llegar á mi fin.

—Perdeis vuestro tiempo, mi señor, respondió Benedetto, os veo pobre, y segun me parece, no estais de acuerdo con vuestra familia, por consecuencia formo una perfecta idea de lo que os sucede.

—Quién, vos!

—¿Entonces? En París, érais un hombre de bellas cualidades sociales, señor! Tuvisteis sin duda alguna pequeña dificultad de cuentas y apurando los últimos fondos de vuestro comercio, dijisteis un adios amable á vuestra encantadora mujer, así como vuestra hija, la varonil Eugenia, dijo á la casa paterna algunos dias antes; esto es sencillo, mi caro amigo.

—Muy bien, dijo Danglars con imperturbable sangre fria y audaz desprecio. Lo que yo hice lo habria hecho cualquiera otro hombre de mi clase en mi lugar, y en idénticas circunstancias. Ahora lo que no sabeis es el resto. En las cercanías de Roma fuí robado por los facinerosos, cuyo jefe me pareció ser el tal conde de Monte-Cristo; y quedé pobre como Job

—Hola! historias, mi caro amigo! Edmundo Dantes no tenia necesidad del robo. Él era riquísimo, y yo estoy inclinado á creer que vos le debiais alguna cuentita atrasada de dinero ó de acciones... dijo Benedetto con los ojos fijos en el rostro de Danglars, como para observar su menor gesto.

—Veo que sois un hombre bien singular, pues me parece que poseeis el don de adivinar las cosas que no se os revelan, contestó Danglars. Es como decís; entre yo y Edmundo Dantes, habia un pequeño saldo; pero esto es cosa pasada y no tiene remedio; tratemos del presente si os place.

—Sea.

—Sabeis algun secreto capaz de volverme amable á los ojos de mi hija, y los de mi mujer? Una da esperanzas de hacer una fortuna en la bella carrera artística, la otra posee millon y medio. Ya podeis calcular que un hombre como yo, sin nombre y sin fortuna no debe despreciar una familia de estas.

—Oh! sois un bribon de buena clase, por mi alma! dijo Benedetto, soltando una carcajada entre dientes, que hizo estremecer al pobre traficante.

—Y vos? atrevióse á preguntar con gesto brutal,

—Teneis razon; yo tambien no lo soy menos, y así viviré el resto de mi vida, respondió Benedetto encendiendo un cigarro, y balanceándose sobre la silla.

—Es el único medio de vivir bien en este mundo, donde la virtud no tiene un lugar cierto, caminando errante y avergonzada porque no la corresponden.

—En ese caso concuerdo con vos; pero dejémonos de reflexio-

nes y vamos á lo que interesa... ¿quereis juntaros con vuestra hija? preguntó Benedetto.

—Yo os diré: juntar..... no, porque..... al fin de todo ella tiene ridiculeces que me desagradan mucho. Seria mejor buscar un medio para volver á los brazos de mi mujer. Oh! pobre señora..... cuando la dejé poseia millon y medio: ahora con su genio especulador, debe haber doblado su pequeño capital; y hoy sin duda posee tres millones. Diablo! tres millones, en el corto espacio de tres años, os juro que los tres millones habian de producir el doble en mis manos! Os aseguro, mi caro señor, que nos podríamos acomodar...

—Qué es eso? interrumpió Benedetto, con cierto modo imperioso. Todavía yo no he pedido nada.

—Entonces... preguntó Danglars, sin comprender lo que le decia.

—Señor baron....

—Mala porfía! yo no soy baron sin dinero.

—Le habeis de tener dentro de poco, yo tengo ya un proyecto formado, y donde no pueda llegar la mano de un vivo..........

—Llegará la de Dios!

—Benedetto soltó una carcajada estridente y sarcástica. Mi amigo, dijo, he visto á los hombres burlarse de Dios, de un modo tal, que me inclino mucho á dudar de la existencia de ese Dios. Yo quise decir que donde no llega la mano de un vivo, ha de llegar la mano de un muerto.

Danglars se estremeció y dijo:

—Sí, es malo juguetear con los muertos.

—Oh! sois pusilánime y supersticioso?...... Entonces nada haremos.

—Al contrario, os aseguro que nos entenderemos perfectamente.

—Pues bien: juradme que en cualquier lugar que esteis, cuando llegue una órden mia la ejecutareis sin vacilar.

—Eso es muy serio.

—Por mi alma; estoy por correros á puntapiés.

—Hola!.... dijo el baron retrocediendo por instinto de miedo.

—Quereis ó nó? decidid.

—Sea. Y cuánto tiempo debo esperar?

—Quince dias.

—Ah!....

—Ahora prestad aquí vuestro juramento de fidelidad.

—En dónde?

—Sobre la mano del muerto! respondió Benedetto, abriendo el cofre donde estaba la mano de Villefort. Danglars hizo un esfuerzo, y estendió la diestra sobre ella, murmurando la palabra «juro.»

IX.

Los espías franceses.

El maestro Pastrini era previsor y tenia una calidad inherente á todos los de su oficio; esto es, la curiosidad elevada al último grado: así es que en cuanto vió salir la visita del viajante francés, llamó uno de los mozos de la casa, é indicándole al misterioso baron, le recomendó que lo siguiese hasta conocer donde residia. El mozo, ladino y sagaz como todos los vagos de Roma, cumplió exactamente la determinacion de Pastrini, y de esto resultó que el pobre baron arruinado no daba un solo paso sin que Pastrini lo supiese en la misma noche

Despues de haber así providenciado, trató de hacer señal para que subiese un hombre que constantemente paseaba en la calle frente á la posada, desde las tres hasta las cuatro ó cinco de la tarde; este hombre reconociendo la señal de Pastrini, se embozó bien en la capa, cargó el sombrero sobre los ojos y subió

la escalera introduciéndose despues en un cuarto, en el cual Pastrini habia establecido su escritorio.

El recien llegado se sentó, se sacó la capa, tiró el sombrero, y se dispuso á esperar; pero entre tanto, por aquella costumbre antigua del pueblo italiano, buscó en el bolsillo un rosario, y empezó á pasar las cuentas por los dedos como si estuviese rezando las estaciones.

—¡Hola! ¡amigo Pepino! dijo Pastrini, entrando en el escritorio, cuya puerta cerró cautelosamente.

—¡Per la Madona! esclamó él, guardando su rosario. Mi nombre ya va siendo bien conocido por aquí á la luz del sol, y será bueno que no lo digas en contra-tan alto.

—Es verdad, es verdad; mas, ¿qué quieres si el regocijo lo exijió? respondió Pastrini.

—¿Y cual es tu regocijo, ó de qué es? preguntó Pepino.

—Ya te lo dije, respondió Pastrini, tomando cierto aire de importancia, que llamó la atencion de Pepino. ¿Te acuerdas de una cuestion que tuvimos, cuando estuvo aquí aquel refinadísimo pícaro, hechicero y antropófago llamado conde de Monte-Cristo?

—¡Hola! Pastrini, eso va tuerto así, dijo Pepino, arrugando el entrecejo. Cuando hables de nuestro patron, de nuestro salvador, has de decir el señor conde de Monte-Cristo, si no quieres que quedemos mal! entiendes? el *signor* conde me salvó la vida, obteniendo en mi favor el perdon de Su Santidad, cuando yo ponia un pié ya en las gradas de la *muzzolata*, y protegia á mi jefe Luigi Vampa, en lugar de entregarlo con sus mejores caudillos en poder de la justicia, cuando por un acaso ellos quedaron en sus manos: ahora debes conocer muy bien que ni yo, ni Luigi Vampa, ni ninguno de nuestros guerrilleros, consentirá que un hombre como tú, hable sin cortesía respecto al *signor* conde.

—Digo que es lástima que el capitolio esté desusado, porque de lo contrario obtendrias allí una corona de orador. ¿Qué importa hablar así del conde de Monte-Cristo si yo trabajo en su favor?

—¿En su favor? preguntó Pepino.

—Es verdad, contestó Pastrini dándose importancia. Sabrás, pues, que en Francia tu conde de Monte-Cristo está mal visto, de tal modo, que es perseguido por los agentes del gobierno francés.

—¡Tambien esa! dijo Pepino burlándose. Él, que tiene dinero suficiente para comprar la tolerancia de cuantos gobiernos hay en el mundo, desde los Dardanelos hasta Magallanes.

—Sí, pero sus buenas obras son las que lo pierden; hay cosas que ningun gobierno puede tolerar.

—¿Cómo es eso, Pastrini?

—Por ejemplo, divertirse en matar gente, apartar casados con sus intrigas y mañas.... ¿eso es bueno, Pepino? Yo sé que estoy hablando con un bandido romano, pero no has tenido todavía la osadía de descender á un sepulcro para insultar los muertos y burlarte de su eterno reposo; vives con tu jefe allá, en las catacumbas de San Sebastian, es verdad, mas me consta que respetas los restos de los bienaventurados que allí reposan!

—¡Oh! per la Madona: con los muertos no quiero burlas.

—Está visto; tú ó cualquier otro bandido, pueden hacer cosas maravillosas á un vivo, porque en fin.... él las habrá hecho á otros, y así se paga la regla; y Dios te perdona despues de una pequeña penitencia de oracion; pero reir de los muertos y burlarse .... cuando sabemos que su alma está pagando lo que debe..... esto es muy malo, Pepino.

—¡Sí, sí! respondió el bandido. ¡Los vivos nada tienen con los muertos, sino el deber de enterrarlos! Despues el cadáver pertenece á la tierra, así como el alma al juicio de Dios. Vamos, Pastrini; entonces el *signor* conde de Monte-Cristo es perseguido por el gobierno francés? ¿Es verdad eso?

—Tan cierto, que para escapar á las pesquizas se vió obligado á mudar de forma y de nombre.

—Hola!.... ¿Tenemos milagros? ¿cómo es posible pues que un hombre mude de forma?

—Ah!..... La ciencia es inagotable. Parece que fué creada por el diablo para tentar á los hombres y perderlos en el momento en que ellos tuviesen la vanidad de creer que su ciencia les habia hecho poderosos y omnipotentes como Dios! Tu conde de Monte-Cristo es de los que tienen esa vanidad, porque por su simple juicio quiso proponer y disponer, como si poseyese la existencia del hombre y la existencia de Dios! Ahora, ¿crees que nuestro gobierno dejará de perseguir un hombre de estos? ¡No! á estas horas los agentes de Francia habrán conferenciado con nuestro ministerio, y mañana el famoso semi-dios será perseguido, no solo en Roma sino en toda la Italia.

—No me dijiste que habia mudado de forma y de nombre? preguntó Pepino que empezaba á creer en lo que oia. ¿Cómo, habiendo mudado de forma y de nombre, será reconocido por los agentes de Francia?

Pastrini se sonrió como una persona que disculpa la ceguedad de otra en un negocio cualquiera.

—Amigo Pepino, respondió pegándole en la espalda, aquí en mi casa está uno de los tales agentes franceses, y este desconfia ya mucho de un misterioso personaje que tambien está aquí.

—Qué dices! El *signor* conde en Roma! esclamó Pepino con precipitacion.

—Qué conde, amigo? Ya te dije que no hay conde de Monte-Cristo sino simplemente un misterioso hechicero á quien la ley persigue.

—Y tú crees en eso? dijo Pepino moviendo la cabeza con aire de duda, pues la palabra «hechicería» le repugnaba como el mas completo absurdo.

—Si creo! Oh!..... si tú vieras á mi huésped, macilento, bajo, flaco, trémulo, siempre envuelto en un largo capote, evitando encontrarse conmigo y con todos..... y además habitando en los mismos cuartos que el conde habitaba...

—¿Y pagando como él?...

—¡Per Baccho! ni un real de menos: por eso lo sirvo y respeto, y ejecuto exactamente todos sus caprichos.

Pepino quedó algunos momentos pensativo; despues, como si hubiese concertado un rápido plan, dijo: ¿alcanzará tu maña al punto de hacerme ver tu misterioso habitante de los cuartos del *signor* conde?...

—Ah!... ¿y para qué? dijo el posadero.

—Yo seria capaz de reconocerlo.

—Amigo, toma el consejo de una mala cabeza; una vez que tu jefe Luigi Vampa está sobremanera relacionado con el conde de Monte Cristo, anda á anunciarle sin demora su caida en el concepto de la Europa. Esto le ha de ser ventajoso, para evitar cualquier sorpresa de la justicia, porque tú muy bien sabes, y yo tambien, que el bandido Luigi Vampa debe la tolerancia de la justicia romana á la influencia del conde; luego pues rota esa influencia yo no doy medio rosario por la cabeza de Luigi Vampa.

—Pastrini! esclamó Pepino, ya te dije que quiero ver á tu misterioso huésped, para prestarle el apoyo de Luigi Vampa! Si el *signor* conde necesita de nuestros puñales y carabinas, ó de nuestro servicio, podemos mostrarle todavía que somos los mismos.

—Eres mas cabezudo que un vizcaino! dijo Pastrini, levantándose para encender la luz. Mi huésped no recibe á nadie. Si él es en efecto el antiguo Monte-Cristo, debes respetar sus determinaciones, y trabaja por otro lado. Te convido para comer, y entretanto meditarás un nuevo plan.

En este momento se sintió una pequeña señal en la puerta, y Pastrini hizo un gesto de inteligencia á Pepino, que se fué luego á sentar en el rincon mas oscuro del cuarto á rezar su rosario. Pastrini abrió la puerta, y vió la persona cuya llegada habia presentido: esto es, el hombre que habia sido encargado de seguir al supuesto agente francés. Este hombre dió perfecta cuenta de su mision, y recibió en recompensa el permiso de ir á comer en la cocina de Pastrini en la cual se reunian todas las noches algunos

malandrines, que empleaba él en el giro de su pequeña policía, y á los cuales alimentaba bajo el pretesto de simple caridad.

—¡Sangre de Cristo! esclamó Pepino, levantándose y tomando su capa, así que el espía hubo salido.

—Qué es eso? preguntó Pastrini, notando que el bandido se disponia á salir. Y la comida?

—Cuando me has contado tan estraña historia respecto de mi salvador, crees que me detenga mi comida, imbécil?..... Hasta mañana, ahora voy á sorprender al agente francés.

Y diciendo esto, hizo un gesto de profunda resolucion que es tan propio de los bandidos romanos al frente de las mas difíciles empresas, saliendo inmediatamente del pequeño escritorio de Pastrini, para dirigirse á la habitacion del pobre baron arruinado, portero del teatro Argentino.

—Ah! murmuró Pastrini viéndolo salir. Yo dije siempre que un hombre tan rico y rodeado de tantas fantasías como el tal conde de Monte-Cristo, no podia ser buen cristiano á pesar de su título! Servido por un esclavo mudo! Y por qué habia de ser mudo su criado particular? Cuando no se hacen cosas que el mundo acrimine, no hay precision de tener un criado que no hable. Despues su amante era una griega que no entendia ni el italiano, ni el francés, ni el inglés... Estaba relacionado con los bandidos..... qué mas es preciso para dar mucho que hablar al mundo? Yo por mí, iré hablando, y voy creyendo que el hombre era un refinadísimo pícaro.

Vamos al cuarto del otro agente francés.



X.

Sorpresa.

Miéntras que el precedente diálogo tenia lugar entre Pastrini y el bandido Pepino, Benedetto meditaba profundamente sobre el misterio en que parecia envuelto su vecino del primer piso; despues, como si hubiese tomado una resolucion positiva, se sentó y preparó el papel y plumas para escribir.

—Voy finalmente á saber quién es mi vecino! dijo él triunfante; mi plan es escelente y desde ahora le aseguro un bello resultado.

En seguida escribió esta carta:

«Una persona que mucho aprecia y respeta á V. E., acaba de »saber que el secreto de V. E. está descubierto en Roma. Permí- »tame V. E. que le avise, pues de ningun modo deseo que pase »por el menor vejámen!»

«Vuestro afectísimo.

Conde de Monte-Cristo.

—Oh! esta idea es magnífica, murmuró Benedetto al poner aquel título en la carta. Este nombre es conocido por todas partes y por todas las gentes, y el misterioso vecino dará mas crédito al aviso que le envio. Si fuere alguien que desease ocultar su verdadero nombre, ha de temblar y ajitarse; de lo contrario, tirará á un lado este papel, pero llamando de intrigante á aquel noble señor.

En aquel momento pareció Pastrini, que con toda cortesía pidió la competente venia antes de entrar.

—Entrad, respondió Benedetto, cerrando la carta.

—Aquí está el billete que V. E. me encomendó para el teatro Argentino; mañana se dará la ópera *Semiramis*, en que

cantan por la segunda vez, las señoritas de Armilly.

—Muy bien.

—Vuestra escelencia quiere darme sus órdenes?

—Esta carta debe ser entregada sin demora, á vuestro huésped del primer piso.

—Cómo, escelentísimo? él no recibe cartas.

—Vamos! Pastrini, nada de gracias; cuando os digo que ha de ser entregada, es porque así lo quiero.

—Sí, escelentísimo, respondió Pastrini con toda finura, despues de mirar la carta: pero aquí no veo un nombre... y una carta sin nombre es una cosa tan rara... ¿cómo quereis que le haga entender que V. E. le dirige esta carta?

—Sois muy porfiado, Pastrini, no teneis hoja de zinc, pergamino, encerado, ó cualquiera otra cosa de este género, con la que envolvais esta carta, metiéndola despues entre la pasta de un pastel por ejemplo?

Pastrini se rascó la cabeza, diciendo con embarazo.—Oh! eso es ni mas ni menos, un abuso vergonzoso, que mancharia el crédito de mi cocina.

—Descansad: vuestro huésped no hablará de este suceso, y el crédito de vuestra cocina quedará, por esta parte, sin la menor mancha. Vamos, Pastrini, me hareis creer, por vuestro escrúpulo, en la existencia de relaciones íntimas entre vos y vuestro misterioso huésped. Yo, que soy, como sabeis, un estudiante natural de Picardía, que viajo por instruirme en bellas artes, examinando minuciosamente los monumentos de arquitectura antigua y moderna, estoy habituado á no tolerar misterios, habeis entendido? A mas de eso os declaro que yo desconfio mucho de vuestro huésped, esto es, lo juzgo eminente en química y física, á mas de ser uno de los mejores arquitectos de Europa, y quiero hablarle precisamente. Id, pues, Pastrini, tal vez ganeis una ocasion de hablar así á aquella especie de nigromántico, que seria capaz de adivinar el dia de vuestra muerte, con su nigromancia infalible.

Pastrini, que se moria por hablar al huésped del primer piso, se conformó con lo que Benedetto le encomendaba y se encargó de remitir la carta.

Ahora, sigamos á Pepino en casa del supuesto agente del gobierno francés.

Pepino, siguiendo la indicacion de la casa donde vivia el pobre baron arruinado, actual portero del teatro Argentino, llegó allí sin el menor incidente, despues de haber ido á buscar á su banquero, (porque los bandidos romanos se entienden con algunos usureros ó banqueros) para pedirle cierta cantidad de florines. Como persona hábil en su oficio de bandido, observó la casa, la puerta y las ventanas; reconociendo que no seria posible introducirse allí por medios violentos, recurrió entonces á la astucia y golpeó la puerta.

Momentos despues se oyó la voz de Danglars, á la cual Pepino respondió en estos términos:

—Yo no quiero mas que entregaros una carta, escelentísimo.

—Hola! me dá el tratamiento de escelentísimo, observó Danglars consigo mismo, agregando despues en alto: Decís que teneis una carta, de quién es?

—No sé, escelentísimo: lo que puedo aseguraros es que la carta viene de Francia.

—De Francia! repitió Danglars en voz baja, y sintiendo la frente bañársele de sudor. Acaso esteis equivocado, mi amigo. Quién me la envia?

Pepino quedó algo embarazado con la respuesta; empero concibiendo luego un pensamiento, dijo:

—Es un señor que habita en la posada de maese Pastrini, via del Corso.

—Vamos, es el tal Andrés de Cavalcanti! pensó Danglars abriendo la puerta.

Pepino subió y entró al cuarto del pobre portero del teatro Argentino, despues de haber cerrado cautelosamente la puerta de la calle. En seguida, metiendo la mano en el seno, avanzó rápida-

mente hácia él, colocándole en la garganta la punta de un puñal.

—Si dais el mas leve grito, señor baron, os atravieso la garganta.

La sorpresa del baron fué tal, que quedó sin habla algunos momentos. Palideció, y le acometió un horrible temblor nervioso.

—Sosegáos, señor baron, le dijo Pepino con toda amabilidad, esto no quiere decir que tendré la honra de cortaros el pescuezo. Es una simple advertencia, que quedará en olvido, en el caso de que V. E. tenga á bien no gritar.

—Entónces, qué me quereis? preguntó Danglars, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para vencer el miedo.

—Es bien sencillo, señor, respondió Pepino. Estoy en vuestro secreto y conozco mejor que nadie el objeto de vuestra presencia en Roma; pero aun existe en todo esto un pequeño misterio que os quiero comprar en nombre del señor Luigi Vampa, en cuyas manos V. E. ya tuvo la bondad de entregar seis millones de francos.

—¡Brava ocurrencia! dijo Danglars volviendo poco á poco de su sorpresa. Cometeis un error imperdonable confundiendo así el verbo «robar» con el verbo «entregar» si no fuera esta ortografía, habriais dicho..... del señor Luigi Vampa, cuyas manos me robaron seis millones de francos.

—Qué quereis, escelentísimo, nuestra ortografía es así, y ahora la seguiré sin hacerle alteracion alguna: volvamos al caso; V. E. sufrió aquel revés que le preparó el señor conde de Monte-Cristo, ó por otro nombre, Simbad-el-marino, y quedasteis sin duda muy predispuesto en contra suya, lo que yo no llevo á mal, porque el sentimiento es libre, señor baron. Muy bien: yo por el contrario, estoy inclinado á su favor, y por esta circunstancia podeis comprender que caminamos en opuesto rumbo. Vos jurásteis sin duda destruir la roca, y yo juré ampararla. Concluyamos, señor baron; Luigi Vampa tiene el honor de proponer con franqueza á V. E. el siguiente contrato: V. E. me ha de dar

los nombres de sus socios, los ha de convocar por una sesion misteriosa en el coliseo, durante la noche, y recibirá mil florines de los cuales yo puedo tener la honra de dejar aquí algunos á cuenta.

El discurso del bandido era mas estravagante y singular de lo que podia esperar el baron Danglars, que abrió tamaños ojos, y procuró convencerse de que no era víctima de un sueño. Pepino, que comprendió esto, levantó la mano haciendo brillar la hoja de su puñal, y golpeando con la otra el dinero que traia en el bolsillo, cuyo sonido agradable produjo en el pecho de Danglars una dulce sensacion.

—Señor, dijo él, como habeis hablado de socios, deseo saber dónde tengo esos socios? Ignorais que actualmente soy un portero del teatro Argentino? Yo no tengo negocios.

—Historias, señor baron; eso es disfraz que no tiene valor alguno en este momento. Sabemos que sois agente del gobierno francés, que trabajais en la ruina del señor de Monte-Cristo.......

—Yo?..... yo?.... Todo lo que sé respecto de ese hombre es una especie de fábula semejante á los dientes de la Sibila de Cumas.

—Hablad, señor baron.

—Oí decir que el tal conde de Monte-Cristo sufrió un robo considerable que lo dejó muy mal.

Pepino se sonrió moviendo la cabeza.

—Entonces, cuanto le robaron?

—No fué dinero, pero sí una cosa muy singular por la cual alcanzaba cuanto queria, y satisfacia sus terribles venganzas.....

—Tenemos novela! dijo Pepino.—¿Qué especie de talisman era ese?

—La mano de un muerto, repitió Danglars.

Pepino se estremeció y se puso pálido.

—Se dice, continuó el baron, que el noble conde de Monte-Cristo, que por mucho tiempo produjo, gracias á su magnificencia y estravagantes caprichos, la admiracion de la Europa, cayó



en un estremado ridículo, desde que le robaron su talisman. Ved aquí lo que sé.

Pepino tenia cierto grado de supersticion, peculiar á los italianos de la ínfima clase, y que constituye por decirlo así, la religion de esos espíritus débiles, para los cuales cada palabra de la Biblia, cada movimiento del sacerdote en el altar, son otros tantos misterios que ellos respetan simplemente por una costumbre heredada con la sangre.

Pepino, bandido audaz y atrevido, que en su perfecto estado intelectual y completa lucidez de espíritu, haria volar el cráneo de un hombre, en cuyo bolsillo hubiese alguna suma de oro, no tendria ánimo de picar con un alfiler el brazo de un cadáver; y se le veria arrodillarse con todo el respeto al lado de ese cadáver para murmurar una oracion por el alma que le habia animado; así pues, la narracion que acababa de oir, combinado con lo que le habia dicho Pastrini, le produjo una viva impresion muy desfavorable al conde de Monte-Cristo, á quien le debia la vida.

Todos los sentimientos de simpatía que ese hombre le habia inspirado, por su poder sin límites y por su modo de pensar desligado de todas las prevenciones sociales, fueron en breve sofocados en el pecho del bandido, apenas se convenció de que ese poder sin límites, que parecia el mayor talisman de aquel hombre estraordinario, se basaba en un hecho horroroso, como el de poseer la mano de un muerto, que sin duda él habia cortado irreligiosamente, profanando así el recinto de los muertos, y perturbando el sosiego de la tumba! Pero todavía le quedaba la deuda de gratitud, y Pepino juró salvar la vida del conde, así como él le habia salvado la suya.

—Señor baron, dijo á Danglars; aunque me parezca bien estraño lo que acabais de decir, no destruye lo que os he dicho respecto de vuestros socios.

—¡Qué tenacidad! ¿Pero cuáles son entonces esos socios? Ya os he dicho que no tengo negocios.

—Señor, no perdamos tiempo; os mataré sin remedio si rehusais mi propuesta.

—Os juro que estais engañado, y os informaron muy mal: yo no persigo al conde de Monte-Cristo.

—Pues bien declaradme quién fué el que le robó aquella estraña reliquia ó talisman; os daré por ella mil florines.

Esta propuesta no desagradó á Danglars y lo dispuso á hablar.

—Y me podré fiar en vuestra discrecion?

—¿Pues no, escelentísimo? respondió Pepino

—Muy bien: contad el dinero si os place.

—En el momento, dijo Pepino contando el dinero sobre las manos de Danglars; pero, señor baron, si V. E. no dijere francamente la verdad, pagará el engaño con la vida! aquí está el dinero.

—Y tambien la verdad, dijo Danglars continuando luego: en la posada de Pastrini, en los cuartos del primer piso, puerta número 2, vive un hombre natural de Francia que posee la reliquia robada, segun él dice, al conde de Monte-Cristo. Yo ví con mis propios ojos, dentro de un cofre de ébano con abrazaderas de acero pulimentado, la mano de un muerto, envuelta con un pequeño velo negro, y noté en uno de los dedos de esta mano ya disecada, un anillo de oro en el que me pareció distinguir un nombre grabado.

Y el baron guardó el dinero, muy maravillado de que un tan corto número de palabras le hubiese producido aquella suma de hermosos florines.

—Ahora señor baron, dijo Pepino, si V. E quisiere tomarse la incomodidad de continuar esclareciéndome acerca de aquel hombre que posee la mano del muerto, yo, Pepino, representante de Luigi Vampa, os aseguro que triplicaré la cantidad que recibisteis ahora; pero os prevengo que en el momento en que falteis á la verdad, pagareis infaliblemente con vuestra vida el engaño.

—Pero, yo nada mas se de ese hombre.

—Podeis saber mañana ó despues......

—De este modo sí: ¿dónde os encontraré?

—No es necesario daros un punto de reunion, escelentísimo, porque en el momento que sepais alguna cosa, podeis revelarla sin escrúpulo á un hombre que os diere esta seña: «Dedicacion de Vampa y de Pepino.»

—¿Y dónde encontraré ese hombre?

—En todas partes.

—Y el dinero?

—Lo recibireis de su mano.

Diciendo esto el salteador se despidió de Danglars, y se retiró muy satisfecho de su diligencia, contando que la ambicion de Danglars seria un buen motor de su espionaje. En efecto, Danglars estaba dispuesto á empezar aquel trabajo que le parecia reunir dos circunstancias muy difíciles de ligarse; esto es, poco trabajo y mucha ganancia. Despues formó el proyecto de renunciar su empleo de portero del teatro Argentino, y se sonrió brevemente halagado con la idea de un porvenir mas risueño: durmió en seguida tranquilamente.

XI

Madre é hija.

La señora Danglars, cuando salió de París, fué con el firme propósito de abandonar la Francia, porque para una señora ácostumbrada desde la infancia á los placeres, al lujo y á las etiquetas de una capital, las provincias no podian ofrecerle comodidad alguna, ni merecerle la menor simpatía, sino durante la corta estacion de la primavera; y la señora Danglars no podia comprender la posibilidad de su existencia en una ciudad de segundo órden. Así, pues, habiendo llegado á Lion, se demoró allí mientras De-

bray le vendia su palacio de París; y le enviaba una órden para recibir el dinero; despues, destinado este dinero para los gastos del viaje, se dirijió á fuera de la Francia y entró en ese pequeño brazo que parece haber lanzado la tierra con indolencia en las mansas aguas del Mediterráneo, y en el que los hombres marcaron los estados Pontificios y el reino de Nápoles.

Finalmente, la cúpula soberbia del edificio de San Pedro, dibujándose con magestad en el azulado cielo de la Italia, se ofreció á la vista de la señora Danglars, cuyo pecho se dilató con placer, como si le hubiesen dado una nueva existencia.

Al dia siguiente, habíase instalado en la posada de Pastrini, de un modo singular, que le costaba el doble, pero que le convenia muchísimo por algunos dias, mientras no supiese con certeza si su hija y su marido estaban en aquella misma ciudad y con qué carácter vivian. Su pasaporte era de un jóven de la familia Servieres, enfermo, que viajaba para distraerse, y bajo este nombre estaba en la posada, tomando su forma ordinaria de mujer, solamente para ir de noche á los teatros. En la segunda noche que estuvo en el Argentino, fué fatalmente obligada por la casualidad á presenciar el *debut* de su única hija, y desde entonces no volvió á parecer en el teatro, ni salia de su cuarto en la posada, donde, movida aun por un resto de soberbia y de orgullo, empezó á trazar un plan para separar á Eugenia de su carrera de artista.

Se resolvió pues, á presentársele; y en efecto al dia siguiente de la exhibicion de *Semiramis* por las jóvenes d'Armilly, la señora Danglars, dirigiéndose á la casa de una vieja, donde alquilaba un cuarto particular mediante una pequeña suma, hizo su metamórfosis de jóven enfermo, por la mujer robusta y bella, y se metió en un carruaje dando al cochero la indicacion de la casa de las dos señoritas d'Armilly.

Las dos amigas acababan de recibir el obsequio del empresario, y se abrazaban con amor y entusiasmo, cuando sintieron parar el carruaje, y despues el sonido de la campanilla.



—Ah! con este completamos la cuenta de veinte y cuatro! dijo Eugenia. No te parece esto enfadoso, amiga mia? Veinte y cuatro carruajes en una puerta y en un mismo dia! Podria decirse que vive aquí un ministro de estado, un agente de alta política, ó en fin, un conde de Monte-Cristo! emperò no saben todos que eres tú, mi linda y buena amiga, continuó Eugenia abrazándola y besándola El Arsace de ayer no se olvidará en breve á los romanos, porque ellos conocen mejor que nadie el valor de la música y la bella é inspirada espresion de tu fisonomía.

—Eugenia, ¿crees acaso que produje mas efecto que tú?...

—No; pero creo que sin tí yo no habria representado con propiedad aquel difícil papel de *Semiramis*.

—¡Oh! te haces una idea gigantesca de mí y llevas tu loca generosidad al punto de olvidarte de tu propio mérito. Eugenia; allí están tus coronas que no esceden á las mias ni en valor ni en número, lo que equivale á decir, no que tu mérito es igual al mio, sino que el pueblo de la Italia, sin hacer distincion entre nosotras, nos premia y justifica imparcialmente.

Eugenia nada respondió, pero abrazó con respeto y amor á su maestra, amiga y compañera.

En ese momento se abrió la puerta de la sala y apareció una mujer de regular edad, que era la criada de las señoritas de Armilly.

—¿Qué es eso, Aspacia? le preguntó Eugenia. Me parece que os he recomendado que no queríamos ser interrumpidas en el momento en que nos preparábamos para empezar nuestro estudio.

—Disculpadme, señora, respondió Aspacia, si vengo á interrumpiros no es por falta mia, pues bien sé que á estas horas no quereis que os perturben; pero acaba de llegar una dama francesa, que, á pesar de haberle espuesto la imposibilidad de ser recibida, quiere hablaros absolutamente.

—¡Quiere absolutamente! replicó Eugenia maravillada por la estraña pretension de la tal señora francesa.

—Perdona, Eugenia, le dijo Luisa; volviéndose despues para Aspacia le preguntó: —Dijisteis, señora Aspacia, que es una dama francesa?

—Sí, señora.

—Oh! dijo Eugenia, no tendrá una tarjeta para enviarnos? Retiraos, Aspacia; no volvais y si os diere alguna tarjeta, juntadla á las que ya se os han dado hoy, y ponedlas sobre mi tocador.

Eugenia pronunció estas últimas palabras acompañadas de tan imperioso gesto, que la señora Aspacia se vió obligada á retirarse inmediatamente. Las dos amigas se aproximaron al piano para hacer su ensayo, y un momento despues empezaban el famoso dueto de la *Semíramis*, cuando con gran indignacion suya sintieron abrir la puerta y entrar la criada.

—Oh! esclamó Eugenia enfadada; de este modo no podremos estudiar hoy! Aspacia ¿habreis por ventura sido obligada á beber las aguas del Leteo? Dicen que producen un olvido total.

—Mil perdones, señora, respondió Aspacia, la dama de quien os hablé ha querido positivamente que os entregase su tarjeta.

—¡Magnífica idea! esclamó Eugenia. Hará media hora que la dama decia *querer absolutamente;* ahora ha mudado apenas de adverbio, y quiere positivamente. Luego, tal vez, entre por aquí á viva fuerza! Esto es muy gracioso.....

—Mostradnos la tarjeta, señora Aspacia; dijo Luisa estendiendo la mano para recibirla.

Aspacia se adelantó, entregando un rico carton, donde estaba grabado en letras de oro un nombre aristocrático de mujer.

—Será posible! esclamó Luisa, pasándolo rápidamente á Eugenia.

—«La baronesa Danglars» dijo esta, leyendo el billete, y soltando una pequeña carcajada. Oh! amiga mia, tú palideces! Crees que esta señora viene á visitarme? Yo, por mí, la conozco bien, y estoy inclinada á creer que viene apenas á cumplimentar á las dos d'Armilly. Introducid á la señora baronesa, dijo á la criada

con perfecta indiferencia, haciéndola señal con la mano para que saliese inmediatamente.

Las dos amigas quedaron pensativas por algunos momentos con la vista clavada en la tarjeta que habia venido á perturbar la paz íntima de sus almas! Eugenia corria de tiempo en tiempo el dedo sobre el teclado del famoso piano, y aquellos sonidos espontáneos, rápidos y consecutivos de escala en escala, disfrazaban un suspiro que huia del pecho de Eugenia, y el cual, la artista no queria que fuese escuchado por su amiga.

La baronesa Danglars no tardó en presentarse; venia esmeradamente vestida de terciopelo negro, con toda la elegancia acostumbrada en ella.

Eugenia caminó despues á su encuentro, é inclinóse con respeto, como para besarla la mano, pero la señora Danglars permaneció inmóvil, y Eugenia se puso colorada como una grana.

—Vamos, Eugenia, dijo al fin la señora Danglars; para buscarte en Roma, fué bajo la condicion de darte el nombre de Eugenia de Armilly, y Eugenia de Armilly no tiene deber alguno que la obligue al testimonio de respeto que tú querias prestarme.

Y diciendo esto la señora Danglars lanzó una mirada oblícua para la amiga de su hija, que pareció haber comprendido la parte que le pertenecia de aquellas palabras: despues como para empezar la escena dando una leccion á su hija, miró en rededor de sí, como si buscase una silla.

—Oh! sentaos, le dijo vivamente Eugenia, en el momento en que la baronesa lo iba á decir tambien: no sé si entre las actrices hay las mismas costumbres de la sociedad en general; sin embargo, os advierto que no estoy acostumbrada á hablar de pié.

A estas palabras dichas de un modo que parecian nacidas del mas profundo desprecio, Eugenia se puso lívida como un cadáver, y Luisa, que era de una constitucion mas nerviosa se puso roja como la rosa de Turquía.

—Señora! dijo Eugenia al fin haciendo un esfuerzo para dar firmeza á sus palabras: en casa de las actrices hay las mismas

costumbres que entre el resto de las gentes, y muy principalmente en Italia, donde debeis saber que la aristocracia del arte casi iguala á la del nacimiento.

—Me parece que no solo la iguala, como decís, sino que la escede tambien. De otro modo creo que ella no os hubiera merecido una tan grande simpatía. Oh! solo Dios sabe como esto ha sucedido! Frecuentemente los malos consejos imperan de tal modo en las personas inespertas, que las obligan á las mas estravagantes locuras.

La baronesa volvió á lanzar su mirada oblícua sobre Luisa, como para observar el efecto de sus palabras.

Eugenia se estremeció de rábia y orgullo ofendido; iba á hablar, pero la voz de su madre le cortó la palabra.

—Eugenia, pensabais tal vez preguntarme el objeto de mi visita? os aseguro que no es difícil de comprender. Cuando se pertenece por nacimiento á una de esas clases distinguidas de la sociedad, no podemos seguir todos nuestros caprichos con la misma facilidad y desenvoltura que los hijos de familias plebeyas que nada tienen que perder, y sí que ganar en el mundo. Sí, Eugenia, aunque habeis adoptado la carrera de artista, y ocultado vuestro nombre de familia bajo otro de menos consideracion, no fuisteis bastante fuerte para mudar vuestra existencia toda, y continuais siendo á los ojos de los que os conocen, la misma Eugenia de Servieres y Danglars. Pues bien; estos nombres no pueden en manera alguna pertenecer á una actriz, por muy noble que sea su estado, principalmente cuando yo, que soy vuestra madre, me considero todavía con el derecho de impedirlo.

—De impedirlo, señora! preguntó Eugenia con voz humilde y la mirada clavada en el suelo.

—Y por qué no, Eugenia?

—No os comprendo, madre mia.

—Oh! En verdad es bien sencillo! Cuando he empleado la palabra impedir, quise decir, cortar por mis consejos el loco desvarío de mi hija. Este es mi deber, Eugenia, y si tú olvidaste

cuanto me debias, no me sucede lo mismo á tu respecto.

—Madre mia, murmuró Eugenia, en cuyos párpados asomaban dos lágrimas, sois buena y generosa y por eso esperé siempre vuestro perdon; pero no creais que yo abandone mi noble carrera de artista por las etiquetas enfadosas y por la monotonía insípida de una juventud vulgar. Sí, cuando yo concebí mi plan de fuga, cuando lo realicé con determinacion y coraje, arrostrando muchas contrariedades y algunos peligros, no fué con la idea de volver despues á la casa paterna como la niña arrepentida de haber cometido una falta. Yo os respeto y os estimo en mucho... pero que quereis... esta vida libre y laboriosa es toda mi ambicion.....

—Basta Eugenia, esclamó la baronesa levantándose. Yo sé á quien debo tu desvarío! á quien debo el amargo sinsabor que esperimenté en aquella noche fatal..... Oh! si yo lo hubiese sospechado entonces..... no tendria ahora que ser la madre de una actriz!

—Señora!....

—Mas no lo seré por mucho tiempo, Eugenia, continuó la baronesa levantándose. Tú no querrás matarme con este disgusto; no es así!....

—Oh! madre mia; por piedad!... vos no comprendeis lo que importa decir á una actriz por espontánea y natural vocacion: deja de ser artista y redúcete á tus proporciones de mujer vulgar.

—¡Hermoso ejemplo! interrumpió la baronesa con una sonrisa irónica; haces una alta idea de tí misma Eugenia. ¿Y piensas tú acaso lo que es para una señora de buen nacimiento y de escojida sociedad, tener una hija sobre las inmundas tablas de un teatro? Una hija á quien ella amaba, educada con esmero y orgullo?... Eugenia, esto es mil veces peor! Oh! una de nosotras ha de consumar el sacrificio, entiendes Eugenia? Yo no vengo aquí á hacer un debut de sentimentalismo, bajo el color que se disfrazan las actrices para brillar. Ellas á fuerza de finjir, á fuerza de adoptar lo que sus papeles les recomiendan, ya no pueden valo-

rar el verdadero dolor, el verdadero placer que nos afecta.

—Madre mia! gritó Eugenia estremeciéndose y despedazando con los dientes su lindo pañuelo bordado.

—Por qué te impacientas! No me has dicho que eras una actriz? te hablo pues como hablaria á cualquiera otra, y volviéndose la señora Danglars hácia Luisa, le dirigió entonces directamente la palabra. Señorita Luisa d'Armilly, permitid que os agradezca el desvelo con que enseñásteis la música á mi hija Eugenia. En efecto, la discípula honra á la maestra y aun seria hoy muy difícil distinguir cuál de las dos es la maestra.

Luisa lanzó una mirada suplicante á su amiga Eugenia, que inmediatamente dió un paso, colocándose entre la baronesa y ella, como para responder.

—Hoy somos dos amigas íntimas, compañeras de trabajos, de estudio, de gloria y de fortuna, dijo Eugenia. Vos, madre mia, que por vuestro nacimiento jamás tuvísteis ocasion de trabajar y estudiar para compraros un nombre ó alcanzar los medios de subsistencia, no comprendeis lo que es esta amistad santa que nos une! Pues bien, respetadla al menos. En los salones de vuestra sociedad no encontrareis amistades como la nuestra; en los fastos de la nobleza no existe esta sencillez sublime. Es por ella que yo desprecio el nombre de la ilustre familia de que desciendo: es por ella que yo desprecio la preciosa fortuna que me pertenecia...

La baronesa se estremeció al oir estas palabras.

—Es por ella finalmente, continuó Eugenia abrazándose con Luisa, que os digo, madre mia, yo seré siempre vuestra hija, pero seré vuestra hija, y seré artista.

La baronesa, reconociendo que no tenia mas que hacer en aquella primera visita, murmuró algunas palabras frenéticas, y salió precipitadamente de casa de las dos amigas. Para una señora como la baronesa, que no podia conformarse con la idea de retirarse de la sociedad en que habia vivido, para una señora tan llena de aquella vanidad de familia, que por mero instinto de un orgullo mal entendido desprecia la medianía social y las clases

proletarias, nada habia peor que la terrible vocacion de Eugenia.

La baronesa tendria que salir de Roma, donde, dentro de poco, algun diarista, ávido de un artículo interesante, publicaria sin embarazo la vida de la nueva actriz y una de las dos d'Armilly seria entonces conocida por Eugenia Danglars. Un diario se lee en todas partes; en Francia lo transcribirian, en Londres lo estudiarian de memoria, y en poco tiempo seria en todas las ciudades bien conocida la actriz Eugenia Danglars, que por una vocacion sublime abandonaba madre, familia, honores y riquezas para seguir la difícil carrera de Talma.

La baronesa tuvo un momento de meditacion sobre la fatalidad que parecia perseguirla desde cierto tiempo. La fuga de su marido; la aparicion de aquel desgraciado jóven, á quien ella habia dado el ser; la carta fatal escrita por su antiguo amante al morir; la estravagancia de su hija Eugenia, todo parecia combinado para abismarla. Pero la baronesa no era de esos espíritus débiles que se dejan vencer por la fatalidad: su orgullo y amor propio se sublevaban con esta idea, y le prescribian el camino que debia seguir. Ella juró impedir el paso á Eugenia, y se dispuso á empezar aquel trabajo misterioso, en el cual empleaba toda su inteligencia y fina perspicacia de mujer.

XII.

La carta de Benedetto.

Aquella visita de la baronesa Danglars á su hija, dijimos nosotros, fué antes de Benedetto haberle escrito la carta con la firma falsa de Monte-Cristo; y por eso los acontecimientos que vamos á narrar, consecutivos á la mencionada visita, tambien tuvieron lugar antes de la referida carta, cuyo resultado mas tarde se verá.

La baronesa Danglars tenia, como dijimos, un cuarto particular en casa de una mujer vieja donde hacia sus metamórfosis de jóven enfermo en mujer sana y bella.

La señora Danglars, que por una pequeña cantidad compraba el silencio de la vieja, aumentó esa porcion para tener el derecho de exijir secreto de mayor importancia, lo cual agradó mucho á la vieja; así pues, la llamó y le habló:

—¿No habrá en Roma un hombre determinado, que sea capaz de una empresa difícil, pero lucrativa?

—Hay muchos.

—Lo mas intelijente posible?

—Lo he de hallar.

—Cuándo?

—Mañana.

—Muy bien; ese hombre habrá de frecuentar el teatro, como persona habituada á aquel género de espectáculos

—Oh! respondo por él.

—Habrá de consumar una especie de rapto.

—Uno ó dos, cuantos quisiéreis.

—¿Y quién me garantirá de su obediencia?

—Su propio interés.

—¿Y de vuestra discrecion?

—Lo mismo que me garante de la vuestra. Vinísteis aquí y creí que érais hombre, despues ví que sois mujer como yo. Desde entonces frecuentais mi casa donde mudais de bata y de forma siempre que os place: no sé quien sois ni lo indago. Si fuéseis criminal y os capturasen, espero que no hablaréis de mí.

La baronesa tuvo que conformarse con este modo de raciocinar de la vieja, y esperó hasta la noche siguiente con impaciencia que ella encontrase el hombre necesario para consumar el rapto.

Cuando llegó la noche, el jóven enfermo de la familia Servieres, salió embozado en su capa, y se dirigió á casa de la vieja donde contra su costumbre no quiso mudar de ropa, ni hacerse baronesa Danglars:

—Y el hombre?

—Aquí está.

—Quién es?

—Alto! mi señora: que os sirva bien y páguele S. E., y lo demas á *Dio* pertenece.

—No le descubrais mi sexo!

—Descuidad.

—Ahora, colocad la luz de aquel candelero de modo que me dé sombra y hacedlo subir.

La vieja obedeció y el supuesto jóven de la familia de Servieres, se envolvió en su capa, recostándose en una gran silla de hamaca.

Momentos despues, sintió los pasos de un hombre que subia la escalera y luego despues vió aparecer ese hombre en cuya fisonomía se revelaba la astucia de la zorra, y la valentía del leon. Con una rápida mirada examinó el jóven de Servieres á su nuevo interlocutor, y conoció con quién tenia que tratar, antes que él pudiese sospechar nada á su respecto.

Pasáronse algunos momentos de silencio durante el cual el recien llegado se sacó políticamente el sombrero, y pasó la mano por su cabello para componer el peinado.

—Me dicen que estais dispuesto á desempeñar una comision difícil? dijo Servieres con voz disfrazada.

—Sí, escelentísimo, respondió el hombre.

—Aun cuando la comision de que se trata fuera un rapto?

El bandido se sonrió é hizo un gesto de fastidio, como si esperase algo mas difícil.

—Muy bien! continuó Servieres despues de pensar un momento. Nos escuchará alguien?

—Estamos solos, respondió el bandido.

—Acostumbrais frecuentar los teatros?

—Cuantos hay en el reino de Italia.

—Ah! entonces habeis visto toda la Italia?

—Conozco este brazo de tierra desde Regio hasta Aosta, tanto del lado de Córcega, como del Adriátoco.

—Pero se trata del teatro Argentino.

—Hablad.

—Conoceis á las dos nuevas cantatrices?

—¿Quién no conoce ya en Roma á las señoritas d'Armilly?

—Me refiero á la mas jóven.

—¿Eugenia?

—Sí.

—Continuad.

—Figuraos que hay un hombre que la ama con delirio. Con ese profundo sentimiento que hace olvidarlo todo para conseguir el objeto amado; que se fortalece con el frio desden de la persona amada; y que, semejante al rayo que atraviesa las regiones del hielo, es forzoso que venga á su punto determinado!

—Pues bien...

—Se trata de robar á la señorita Eugenia d'Armilly.

—Es muy sencillo.

—¿Cuándo?

—Indicad vos mismo la noche y la hora.

—Cómo?

—Escelentísimo, he oido decir que pagabais bien, por tanto debo serviros bien, os repito pues que indiqueis la noche y la hora para consumar el rapto.

—Antes de todo, quiero recomendarte una cosa; dijo Servieres vacilando, como si temiese cortar con ese golpe traidor la libertad de Eugenia.

—Decidla.

—El mas profundo respeto...

—Entiendo.

—La menor violencia posible.

—No tengais cuidado.

—¿Y quién me asegura vuestra puntual obediencia?

—Me pagareis despues del trabajo, escelentísimo, y la señorita Eugenia dirá por su propia boca si le falté al respeto debido, escepto en el acto de apoderarme de su persona.

—¿Dónde os encontraré?

—Conoceis las catacumbas de san Sebastian?

—No, respondió Servieres, continuando despues: la mision es un poco mas estensa. No basta el rapto, es preciso conducir á Eugenia hasta Nápoles.

—Yo no puedo encargarme de eso.

—Pues bien, la conducirás al convento que te indique?

—Eso sí, con tal que nos abran las puertas.

—Las abrirán.

—Señaladme pues la noche del rapto.

—La primera en que se represente la Semiramis, antes de empezar la funcion.

—El convento?

—Encontraréis aquí el nombre de él mañana al medio dia.

—Entonces, como no he de tener el honor de volver á veros, pagadme ya.

Servieres estaba prevenido, y sacando su bolsillo, contó al bandido el dinero que le pedia.

—Muy bien, dijo la señora Danglars así que le vió salir. El convento acabará tu delirio de una libertad que me compromete, Eugenia, y tú te arrepentirás un dia de haber abandonado á tu madre.

En la noche del dia siguiente, recibió la señora Danglars la carta que le dirigia Benedetto por conducto de Pastrini; esta carta estaba concebida en estos términos:

«Una persona que aprecia y respeta mucho á V. E., acaba de »saber que su secreto está descubierto. Permítame V. E. que se »lo avise, pues en manera alguna deseo que sufra el menor ve»jámen!»

«Vuestro afectísimo.

Conde de Monte-Cristo.

Si la cabeza de Medusa con sus serpientes en vez de cabellos, y con toda la horrible fealdad que le dió la vengativa Minerva,

hubiese aparecido suspendida en el aire, á los ojos de la baronesa no quedaria por cierto mas asombrada de lo que quedó al concluir la lectura de la carta, firmada con el nombre de conde de Monte-Cristo.

Seria aquello un mal sueño?

Pero era ya la segunda que recibia.

Sin embargo no veia en todo mas que la realidad de una carta en que se le decia que estaba descubierto en Roma su secreto. ¿Pero cuál era ese secreto? ¿A qué se referian aquellas palabras sino á su reciente secreto del rapto proyectado de Eugenia? Sí, era precisamente á este que se referia el conde de Monte-Cristo: ¿y dónde estaba él? ¿De dónde le escribia? ¿Cómo podria saber que la señora Danglars estaba en Roma? Ah! se dijo ella con amarga sonrisa: me olvidaba que ese hombre estraordinario tiene el poder de ver en las tinieblas, de prever el futuro y de adivinar el presente, mientras él se cree cubierto con el tupido velo del misterio! Para ese hombre no hay secretos, no hay misterios en el mundo! Empero ¿dónde está él?... Es preciso verle, preciso oirle... él es grande y poderoso y ha de socorrerme.

Diciendo esto se sentó precipitadamente á su mesa y escribió: dobló el papel, le puso el sello y el sobre escrito con estas palabras.

«Al Exmo. Sr. Conde de Monte-Cristo.

Con mucha urgencia.»

Cuando Pastrini recibió esta carta para entregar al vecino del segundo piso, fué grande su sorpresa leyendo el sobre de ella. Estuvo para retroceder con el fin de observar que semejante hombre no habitaba allí, ni estaba en Roma: pero acordándose de las palabras de Benedetto, y reflexionando que este le esplicaria el enigma, subió con piés de lobo al segundo piso, y entró en la habitacion de su huesped.

—Escelentísimo, vengo muy fatigado.

—Habrás caminado mucho?

—No, escelentísimo, respondió Pastrini suspirando.

—O habrás subido corriendo la escalera!

—*Per la Madona!* vengo fatigado con el peso de una carta.

—Hola! maese...

—Pues no creais que no!... sobre todo cuando la carta tiene escrito un nombre como el de esta.

—Qué nombre?

—¡Conde de Monte-Cristo! respondió Pastrini.

—Dádmela, dijo vivamente Benedetto, y antes que Pastrini tuviese tiempo de decir una palabra, la carta estaba ya en la mano temblorosa del famoso bandido.

—Pero, escelentísimo: vos no sois el conde...

—Es lo mismo, soy su secretario...

—Vos? dijo Pastrini espantado: vos? no habeis dicho que....

—Ah! Pastrini, os declaro que no permanezco una hora mas en vuestra casa, porque sois un curioso insoportable!

Pastrini no comprendia nada de lo que pasaba allí desde algunos dias, y se vió obligado á retirarse á su pequeño escritorio, donde esperó ocasion de hablar á Pepino, para contarle que estaba en Roma el secretario del famoso conde.

Benedetto salió de la hospedería de Pastrini, llevando su misterioso cofrecito y una pequeña balija de cuero que formaba todo su equipaje, con el firme propósito de aprovecharse habilmente del feliz descubrimiento que habia hecho. Se dirigió pues á casa del portero del teatro Argentino, y golpeó con tanta arrogancia la aldaba, que el pobre banquero arruinado dió cuatro saltos sobre la silla á riesgo de quebrarla.

—Hola baron! gritó Benedetto.

—Todavía la misma manía, señor! Quereis comprometerme sin duda?

—Amigo mio, cuando os llamo baron es porque estoy convencido de que rescatareis vuestra fortuna, respondió Benedetto subiendo y dejando á un lado su pequeña balija, pero conservando el cofre bajo el brazo.

—Que es eso? preguntó el baron. Vais á hacer algun viaje?

—¡Qué viaje! Cuando la gente se muda no acostumbra á dejar los trastos en la antigua casa.

—Entonces os mudais?

—Es verdad.

—Pero ..

—Decidme, amigo, ¿no teneis por aquí algun cuarto vacío?

—Por vida mia!... ninguno, dijo el baron muy asustado.

—Vaya, señor baron!... Ah! y ahora que me acuerdo... tengo que trabajar: dadme papel, plumas y tinta.

—Señor, os repito que no tengo cuarto vacío en esta casa, ved sino... la sala, el comedor y allí es la cocina...

—Señor, yo no pretendo sacar el plano de vuestra casa; no pido apuntes, sino simplemente papel, plumas y tinta.

—Vais á escribir entonces?

—Escribir respecto de vos.

—Eso es mas sério, á quién?

—A la baronesa Danglars, respondió Benedetto.

El baron dió un salto, sintiendo un violento ataque de nervios.

—Escribir á la baronesa!...

—¿Y qué hay de estraño en ello, señor baron? ¿No os prometí devolvérosla con sus tres millones, una vez que teneis remordimientos de habérselos dejado? Pues bien, ella está en Roma, me ha escrito y voy á contestarle.

—Os ha escrito?...

—Conoceis su letra?

—Perfectamente.

—Será esta?

Y le enseñó la carta que la baronesa habia dirigido al fingido conde de Monte-Cristo.

—Ah! dijo el baron al leer ese nombre en el sobre. La letra es de ella; pero decís que ella os escribió, y yo leo aquí un nombre que no es el vuestro.

—No es el mio! dijo Benedetto sonriéndose y agregando luego:

mi querido baron, olvidais mi reliquia milagrosa... con vuestro permiso, dejadme descansar del peso de este cofre: ¡no lo toqueis! contiene la *mano del muerto!*

Danglars se estremeció á su pesar, y Benedetto continuó.

—Noches pasadas ordené á la baronesa que viniese á Roma; y que vendiese su palacio y su vajilla en París. Ella obedeció: espera mis órdenes y vengo á consultaros á ese respecto.

El tono decisivo con que Benedetto repitió estas palabras, maravilló al pobre baron que las escuchó con la boca abierta, y los ojos asustados.

—Pero yo estoy soñando, murmuró él sin comprender la razon por qué desde algunos dias hasta las tejas de su tejado parecian gotearle dinero y fortuna.

—Vamos, señor baron, salid de vuestro estupor que de nada os sirve ahora. Voy á escribir á la baronesa y anunciarle que ireis á visitarla.

—Yo?... Yo... eso nunca!

—Comprendo: temeis que la baronesa os eche en rostro vuestra conducta, pero os aseguro que no será así; por el contrario, la baronesa será la primera en lanzarse á vuestros brazos.

—Vaya!... Cosa es esa que nunca hizo de buen grado.

—Lo hará ahora! dejadme escribir, dijo Benedetto con tono imperioso, y preparándose para hacer la siguiente carta.

«Señora: no estoy en el caso de daros consejos, pero mi pare»cer es que no os asusteis por cosas que no valen la pena.

«Acabo de almorzar con el señor baron Danglars, en su lindí»sima casa de campo, y allí me hizo observar objetos de mucho »precio y mucho gusto, entre los cuales noté un retrato vuestro, »y al verlo no pudo menos de murmurar: «Bella baronesa, teneis »una mala índole, pero vuestra maldad agrada á cuantos os co»nocen.»

«Dí al señor baron la noticia de vuestra presencia en Roma, y »estoy convencido de que él pretende daros mañana á la noche »una sorpresa.

«En cuanto al rapto, contad con lo que os digo; no tendrá lu-
»gar porque fuísteis traicionada; pero vuestro cómplice nada re-
»velará que os comprometa »

Así que concluyó de escribir, firmóse con el nombre de conde de Monte Cristo y cerró la carta poniéndole el sobre á la señora baronesa Danglars.

—Ahora proporcionadme alguno que conduzca la carta.

—Eso es lo que no hay, quiero decir, eso es lo que no tengo, respondió el baron, que no habia dejado de pasear la habitacion mientras Benedetto escribia, calculando el modo de hacer productivos los millones de la baronesa, una vez que se volviese á unir á ella.

Ah! la pobre señora desea vivamente tornar á vuestro lado, y vos sois hasta indolente cuando se trata del simple portador de una carta. Vamos! escuchad... acaban de golpear la puerta..... sea quien fuere os servirá.

El baron arrugó el entrecejo y preguntó quién era.

—Dedicacion de .. Ah! diablo, señor baron, abrid porque hay cosas que no se pueden decir así en la calle, ni en la ventana, dijo desde afuera una voz de hombre.

—¿Qué fenómeno es este, mi querido? preguntó Benedetto. Ya no soy yo solo el que os llama baron!

—Por el amor de Dios! retirad de aquí vuestro equipaje y pasad á aquel cuarto..... ó mejor á la cocina..... ó sino..... mejor será que os retiréis.

—Estais loco, señor?

—Ah!.... esto!.... esto... esclamó el baron. La señal se repitió en la calle y el baron saltaba como si pisara sobre ascuas.

Benedetto corrió á la puerta y la abrió, mientras que Danglars, que no pudo evitar el movimiento, hizo un gesto de notable embarazo y adoptó al instante una fisonomía que esplicase bien el caso al recien llegado.



XIII.

El fingido secretario del conde de Monte-Cristo.

La inesperada visita que se presentaba era Pepino que, habiendo oido decir á Pastrini que estaba en Roma el secretario de Monte-Cristo, corria al encuentro del baron para saber de él algunos detalles; pues, como dijimos, los bandidos de la cuadrilla de Vampa profesaban un profundo respeto al conde.

Danglars se hallaba en una posicion dificilísima, y temblaba de su mal éxito.

Pepino subió lentamente la escalera y se presentó aunque algo desconcertado con la presencia de un estraño.

Danglars le dirigió una mirada significativa y suplicante como si quisiese decirle: «sed prudente, no me comprometais.» En cuanto á Benedetto, quedó satisfecho notando por el traje de Pepino que era hombre de *ganar*, calculando que ya tenia un portador para su carta; así pues, avanzó un paso y dijo:

—*Amico*.. quereis tener la bondad de encargaros de una comision?

—*Che cosa*? preguntó Pepino mirándole fijamente como por instinto.

—Una carta, dijo Benedetto sosteniendo con estoica indiferencia la mirada penetrante del bandido; una carta que deberá entregarse hoy mismo en la posada del *Globo via del Corso*...

—A quién *signor*?

Danglars hizo un gesto suplicante; pero Benedetto respondió sin el menor escrúpulo:

—A la señora baronesa Danglars. Debereis entregarla á un



huésped que ocupa los cuartos números 2, 3 y 4 del primer piso, y este la recibirá.

—No tengo dificultad alguna, iré; pero si me preguntasen quién la envia.....

—Direis simplemente que es el secretario del conde de Monte-Cristo.

Procurar describir los grados de sensacion que ofreció la fisonomía del bandido al oir estas palabras, seria imposible. Retrocedió por un instinto de respeto: luego se estremeció involuntariamente poniéndose pálido, como si el nombre que habia oido le trajese á la memoria un lúgubre recuerdo; despues miró á Danglars con aquella mirada perspicaz que lo caracterizaba, y por segunda vez miró á Benedetto que se conservaba impasible.

—Perdon, signor, conoceis á ese de quien hablais?

—Al secretario del conde?

—Uno y otro.

—Conozco, porque uno de ellos soy yo.

—Sois entonces el señor conde?

—Ya os lo dije, mi amigo, y la insistencia de vuestra pregunta me hace creer que conoceis al conde.

Pepino bajó la cabeza.

—Lo habeis servido en algun tiempo?

—Oh! dijo el bandido. Fué S. E. quien tuvo la bondad de servirnos.

—¿De servirnos? Hola...... entonces ese *nos*, quiere decir mucho, amigo mio, y me da deseos de hablar con vos en ocasion mas oportuna.

—Estoy á vuestras órdenes signor; pero me parece que debeis tener alguna señal.

—La tengo.

—Cuál es?...

—Mi caro señor baron, dijo Benedetto á Danglars, hacedme el favor de dejarme solo con este hombre.

El baron pasó á la pieza inmediata.

—Muy bien, continuó Benedetto, conoceis que clase de hombre es el conde?

—Estraordinario.

—Como se puede deducir por esta señal que le guia su destino en este mundo, donde él camina esplendente como un rayo del sol. Vedla.

—Abrió el pequeño cofre, y el bandido retrocedió lleno de espanto, llevando la mano á los ojos y murmurando.

—La mano de un muerto!

Benedetto ocultó luego la célebre reliquia notando con placer el efecto que producia en Pepino.

—De hoy en adelante esa será la palabra de órden.

—Cuál órden señor? no hay entre nosotros palabras de tal naturaleza, ni jamás existió otra que no fuese el nombre de S. E.! Yo os pedia una señal, un indicio, una palabra cualquiera, por la que me cerciorase del *signor* conde. Entretanto, voy creyendo que esta ridiculez es propia de un hombre que parece superior á la vida y á la muerte, como el *signor* conde.

—Quién sois vos?

—Un hombre á quien S. E. salvó la vida, y que juró obedecerle en todo y por todo. Os basta esto?

—Pero me parece que perteneces á una asociacion..... porque has empleado el término *nosotros*, cuando hablaste la primera vez del conde.

—Pepino miró alrededor de sí y por último, aproximándose mas á Benedetto murmuró:

—Soy amigo de Luigi Vampa.

—Ah! es un nombre que conozco bien desde mucho tiempo, por oirlo repitir al conde y á su criado Bertuccio.

—Bertuccio..... lo conozco mucho.

—Pues bien, tengo algunas instrucciones para Luigi Vampa.

—Ah! teneis? entonces podeis encontrarlo en el Coliseo: él irá allí si os place, para recibirlas.

—Bueno, y vos me acompañareis para presentarme, pues ni lo conozco, ni me conoce.

Nuestro punto de reunion será aquí pasado mañana; entretanto llevareis esa carta á la baronesa Danglars, y os prevengo que no espereis respuesta.

Pepino se inclinó y salió sin la menor réplica, para dirigirse corriendo á la *via del Corso.*

—Baron!.... Baron..... gritó Benedetto.

—Ah! vos sois el diablo, dijo Danglars colocándose asombrado enfrente de Benedetto.

—Seré cuanto os plazca, amigo mio..... pero decidme ¿quién es este hombre que acaba de salir!

—Es Pepino, el segundo jefe de la cuadrilla de Vampa.

Benedetto dejó escapar un grito de sorpresa.

—Qué es eso?

—Nada, baron..... no es nada..... queria decir que aquella *mano del muerto* no llegará muy tarde al punto á que se dirije, porque debeis saber que la persona á quien pertenece, tenia una mision que cumplir sobre la tierra. Sí, continuó con exaltacion; allá desde el fondo de tu silencioso túmulo de mármol, la venganza levantará tu brazo justiciero á la faz de la tierra! ánimo..... ánimo.....! tú llegarás... tú llegarás!

Y diciendo esto, estasiado en su delirio, tomó del cofre la disecada mano y la besó con estusiasmo y respeto, derramando una lágrima.

Danglars lo contemplaba con espanto y terror, porque no comprendia lo que significaban aquellas palabras, ni aquel loco entusiasmo de Benedetto.

—Señor, le dijo éste, despues de haber vuelto al cofre la preciosa reliquia que tanto horrorizaba á Danglars: ¿qué clase de hombre es Luigi Vampa?

—Oh! tengo motivo de conocerlo bien, pues como sabeis, él fué quien me despojó de aquellos seis millones que me disponia á gastar en Roma.

—Sí, los millones que Monte-Cristo tuvo el mal gusto de decir que no eran positivamente vuestros.

—Habia en esa frase algo inexacto..... no me acuerdo como fué el hecho.

—Volvamos á Luigi Vampa.

—Es un hombre capaz de cumplir su palabra, y á quien segun me pareció, obedecen ciegamente sus satélites.

—Es alto?

—Mediano.

—Robusto?

—Regularmente: creo que poseerá la fuerza natural de otro cualquiera hombre.

Benedetto parecia muy satisfecho con las respuestas de Danglars: y allá en su imaginacion meditaba, sin duda, algun jigantesco proyecto, porque á veces su frente se arrugaba, y su mirada tomaba aquella espresion sombría y siniestra, como el tiempo en que meditaba la muerte de su carcelero, en la cárcel de la *Force* de París.

—Ahora, mi querido señor, le dijo Danglars, llevando su liberalidad al fabuloso estremo de sacar de su armario una botella de *lacrima-christi*, que constituye uno de los ramos preciosos del contrabando en Italia: aquí tenemos con qué mojar la palabra, y puedo tambien ofreceros para entretenerla algunos buenos bizcochos de Jamaica.

—Oh! sois un escelente patron..... y me dais tentacion de prolongar mi hospedaje. Felizmente no os incomodareis con eso porque no ha de tardar un momento en que volvais á uniros con vuestra cara esposa y entonces...

—¿Será posible, mi querido?.... oh! sois encantador.... pero vuestro desinterés en todo es sublime...

Y agotó una copa de vino.

—Gracias, baron, pero este es mi carácter! gusto mucho de esas conmociones, y desde ahora me parece que me deleitará sobremanera la escena patética de nuestro encuentro con la interesante baronesa; despues no me busqueis mas: yo habré desaparecido á la manera de esas lindas aves, que ofuscan con el bri-

llo de su plumaje, y encantan con la melodía de su voz..... de esas aves de Juvenal á quienes se llama Fénix.

—Y á dónde partís?

—Yo?... Oh! preguntad al rayo de las tormentas el punto á que debe dirijirse, cuando rasga el seno de las nubes, hiende el espacio, y se proyecta á nuestra vista, rápido y poderoso!.... Iré á donde me conduzca aquella descarnada mano.

—Por mi alma, señor! replicó Danglars, me disgusta esa historia; no tengo la menor inclinacion á lo maravilloso y será difícil hacerme creer que vuestro camino es designado por la mano seca de un cadáver.

—Oh! es que vos no sabeis que sensaciones produce en mí aquella reliquia! que de ideas despierta en mi cérebro abrasado por el fuego del sufrimiento, y por la fiebre de la desesperacion! Oh! perdonad, señor, continuó Benedetto, variando de tono y sonriéndose con ironía, estas cosas de nada os interesan..... hablemos de otras.

—Eso es precisamente lo que nos conviene.

—Segun me parece teneis relaciones con los bandidos de Vampa, mi querido baron, pero tranquilizaos, que el hábito no hace al monje: ¿qué importa que exista algun género de comercio entre vos y ellos?....... por eso no dejaréis de ser baron y de poseer los tres millones de vuestra cara mitad.

—No señor, yo no tengo relaciones con ellos..... esto es..... desde aquella célebre ocasion, he conocido á Pepino, y este bribon viene por aquí algunas veces á beber mis botellas de *lacrima-christi*.

Benedetto quedó bien persuadido de que el bandido en lugar de ir allí con ese fin, desempeñaba el empleo de abastecedor de vinos de la casa del baron.

—¿Qué tal lo hallais?

—Magnífico!

—Muy bien; ahora decidme alguna cosa sobre la visita que de-

bo hacer á la baronesa.... bien sabeis que estoy con los ojos cerrados en todo este negocio.

—Yo os los abriré, respondió Benedetto despues de meditar un instante, durante el cual vació con indecible pena del baron cuatro copas de vino, consumiendo cuasi todos los bizcochos que estaban en la bandeja. Mañana á las seis de la tarde, os presentareis á la puerta del primer piso de la posada del *Globo* con vuestro título de baron Danglars.

—Ah!.. .. mi esposa vive allí?... preguntó ansiosamente Danglars de un modo que no escapó á Benedetto.

—No os he dicho que vivia allí, pero posee una habitacion en la posada do Pastrini y nada mas.

El baron suspiró, como si aquellas palabras contrariasen una idea despertada por las primeras.

—Bien, dijo él sosegadamente: vamos por partes. Llego y me anuncio con mi título: y despues?

—¡Qué estupidez! Despues sereis recibido.

—Bueno, y.....

Benedetto soltó una carcajada; quereis pues que os enseñe todo lo que un hombre de tino debe hacer al frente de su esposa, de quien estaba separado, y que posee tres millones de francos... En ese caso me veré obligado á deciros que sois un tonto completo.

XIV.

Robo.

Benedetto procuróse entretanto una cama; metió bajo la cabecera su cofre y se puso á combinar bien sus proyectos para los trabajos del dia siguiente.

Ayudado por el destino, el hijo del antiguo procurador del rey, parecia caminar sin dificultad en su carrera de crímenes. Así como la fortuna tiene á veces el capricho de hacer á un hombre su

favorito, la desgracia echa mano de otro para hacerlo su víctima y marcarlo con el hierro de la ignominia para toda su vida, desde su primer paso hasta su último suspiro; para este hombre no hay ni Dios, ni amor, ni patria; hijo del crímen, su herencia en este mundo es el crímen y la maldicion, á cuyo través solo alcanza la noche perpetua de la eternidad—la nada.

Benedetto parecia no ser otra cosa que uno de esos hijos de la fatalidad, para quien los otros hombres no son hermanos, pues le habian arrojado al rostro con una carcajada escarnecedora los lazos civiles y religiosos que los debian ligar en una misma familia.

Y cuantas veces creemos que estos hombres, hijos de la Providencia como todos los otros, son, por los misteriosos secretos del Eterno, escluidos de la comunidad de la virtud, para castigar con ellos á los que, juzgándose gratuitamente los elegidos de Dios, abusan de la fuerza y del poder que ese Dios les habia concedido, y se dejan arrastrar por la fuerza de la pasion que los domina!

Benedetto perseguia á uno de estos hombres, que habia abusado de su poder y de su fuerza, desmintiendo así en la tierra uno de los mas bellos atributos del Eterno—la misericordia! Ah! criaturas mezquinas, que os juzgais tan iluminadas como Dios, y tan poderosas como él; y al fin, ese fuego que sentís en vosotros, y que creeis la llama sagrada de la inspiracion, no es mas que el delirio escesivo de una pasion terrestre que os domina y arrastra!

Así prostituís con vuestro proceder la justicia infinita y la bondad inefable del Criador.

Así lanzais la discordia, la muerte y el martirio en torno de vosotros, como la semilla de la maldicion, y decís que es esa la justicia infinita y sublime de un Dios omnipotente que os inspira!!!....

Hé ahí como el hombre que mas justo se cree sobre la tierra, viene á poseer uno de los mayores defectos de la humanidad—la vanidad!

Habiendo la baronesa Danglars recibido la carta que le enviára el supuesto conde de Monte-Cristo por medio de su secretario,

creia firmemente que el conde estaba en Roma, y que por uno de los muchos caprichos peculiares á ese hombre, queria obtener su simpatía antes de presentársele. Pasado el estremecimiento que le produjo la primera carta en que aquel le declaraba estar descubierto su secreto en Roma, volvió prontamente á su sosiego ordinario apenas recibió la segunda en que le afirmaba que podia tranquilizarse, que su nombre no quedaria comprendido en el loco proyecto del rapto de Eugenia. Reflexionó pues detenidamente sobre la conveniencia de unirse á su marido, cuya fortuna parecia favorable, en atencion á que el sagaz Benedetto habia escrito en su segunda carta estas palabras: «Ayer almorcé en la linda casa de campo del baron, donde me hizo ver objetos de mucho gusto y valor.»

Estas palabras fueron estudiadas, analizadas y comentadas por la señora Danglars durante cuatro horas.

Era claro que para poseer el baron una linda casa de campo con objetos de gran gusto y valor, que hubiesen merecido la atencion de un hombre como el conde de Monte-Cristo, debia estar rico el baron, y en este caso la linda baronesa, que adolecia del defecto de la ostentacion, no hallaba desventajoso olvidarse del pasado, despues de un pequeño diálogo de recriminacion, para unirse con aquel que al cabo era su marido!

Sentado este primer juicio, tenemos que el porvenir empezaba á aclarársele gradualmente á manera de los teatros, que poco á poco se van levantando y nos muestran un paraiso enteramente nuevo para nosotros.

La baronesa vió la ciudad de Londres; pero no la vió sombría y triste como ella es, la vió enchida de placer, de lujo y de representacion, como se torna para aquellos que la fortuna colocó en aptitud de respirar allí el aire de la sociedad distinguida.

Las leyes de la etiqueta que rigen esta sociedad, son un poco mas severas que en otros paises: la crítica y la censura persiguen muy de cerca á cualquier señora estranjera que no pueda presentarse en una posicion bien definida, y era esta la razon porque

la señora Danglars no se habia dirigido á Londres cuando salió de París.

Ella tenia tres preguntas á este respecto, y todavía mas que las preguntas, tres respuestas que precisamente los críticos y los censores habian de buscar de noche y de dia.

—Era casada?

—Era viuda?

—Era soltera?

Las respuestas á estas preguntas no eran de tal naturaleza que pudieran darse en plena sociedad.

La señora Danglars conocia bien el mundo y la sociedad de los diferentes paises: por esto prefirió dirigirse á Roma, donde como hemos visto, se preparaba para unirse con el baron Danglars, despues de una especie de divorcio que habia durado casi dos años.

A las cuatro de la tarde del dia siguiente á la noche cuyos sucesos quedan narrados en el capítulo antecedente, el misterioso jóven Servieres que vivia en el primer piso de la posada del *Globo* en la *via del Corso*, habia concluido de comer y desapareció para ceder su lugar á una señora de majestuosa presencia, aristocráticamente pálida, vestida con elegancia, y que no era otra que la interesante baronesa Danglars.

Pastrini no conocia esta metamórfosis, porque cuando ponia la comida en la mesa hallaba el comedor desierto, y cuando iba á levantar el servicio tampoco encontraba persona alguna; así pues, acostumbrado ya á este género de vida, nunca preguntaba por su huésped; á mas de esto él pagaba bien y sin la menor dificultad, por consecuencia Pastrini, á pesar de las estrañas hablillas que circulaban ya, respecto al jóven Servieres, se limitaba á decir que el tiempo habia de aclarar aquel misterio. La señora Danglars esperaba la visita de su marido que le fué anunciada por el señor conde de Monte-Cristo, cuando sintió la voz de Pastrini que le decia del lado de afuera del cuarto.

—*Signor*, *signor*.....

—*Che cosa?* preguntó la señora Danglars, engrosando la voz, y dándole aquella inflexion propia de la pronunciacion italiana.

—*Permesso?*

—Entrad.

Pastrini, que siempre hacia aquella misma pregunta, y que obtenia en respuesta una negativa formal, hallando entonces despejada la barrera que siempre le habia inspirado curiosidad, abrió rápidamente la puerta y se presentó lanzando su mirada inquieta y perspicaz por toda la cámara.

—Sangre de Cristo! dijo él para sí, notando la presencia de la señora Danglars. El jóven Servieres tiene lindas joyas en su cuarto! esto tal vez sea un *escitante* para sus momentos de mortal apatía

—¿Qué es esto Pastrini, qué quereis?

—*Signora*... yo buscaba... dijo Pastrini mirando espantado para todos lados, pero la señora Danglars le interrumpió:

—Os entiendo: el señor Servieres ha salido; pero si quereis anunciar alguna visita podeis hacerlo.

—Será esto una obra de encantamiento? pensó Pastrini. La voz de esta *dama* se parece mucho á la del jóven Servieres.

—Qué quereis pues?

—Ved este billete.....

Y Pastrini le presentó una rica tarjeta, estendiendo mucho el brazo para evitar aproximarse á la señora Danglars. La baronesa tomó el billete y leyó: «El secretario del señor conde de Monte-Cristo.»

La baronesa hizo un movimiento de sorpresa; despues despidiendo con una señal de mano á Pastrini, salió este.

Entretanto, un hombre parecia esperar á alguien en la sala de descanso del hotel. Pepino que andaba siempre allí buscando noticias, vió á ese hombre, y sacándose inmediatamente el sombrero fué á colocarse á su paso con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—*Signor*, dijo él, cuando Benedetto pasaba á poca distancia.

—Oh! sois vos, Pepino? qué quereis!

—Recibir vuestras órdenes.

Benedetto dió una vuelta mas en la sala sin responderle, y finalmente se paró frente al bandido.

—Necesito un coche para servicio del señor conde, dentro de media hora, con buenos caballos, y colocado á poca distancia de la posada. Es escusado recomerdaros que el cochero debe ser discreto.

—Como un mudo y un sordo? preguntó Pepino. Ah! ya sé como gusta S. E. que lo sirvan.

—Esperad, dijo Benedetto. Conoceis algun capitan de buque?

Pepino se sonrió.

—Bien sé que conoceis muchos, dijo Benedetto inmediatamente. S. E. me ha dicho que sois un hombre casi universal; pues bien, se necesita un pequeño lugre ó pailebot, que pueda navegar para...

—Para la isla de Monte-Cristo, apuesto ya! esclamó Pepino con aire de triunfo.

Benedetto frunció el ceño y luego respondió como si comprendiese bien el asunto de que se hablaba por casualidad.

—Habeis acertado, Pepino.

—Descansad, *signor*. Yo conozco en el puerto algunos hombres, que no trepidarán en servir á S. E., y se considerarán muy satisfechos por la honra que reciben.

—Sois inteligente y bastará agregar que el navío debe estar pronto á hacerse á la vela de mañana en adelante, á la primera señal.

—Entiendo *signor*, voy al puerto y esta noche os llevaré el nombre del capitan...

—A dónde? preguntó Benedetto con una sonrisa que queria decir «no sabeis á donde,» á lo que Pepino de nuevo se inclinó en señal de esperar la indicacion del lugar.

Benedetto se aproximó y le dijo dos palabras al oido, y él partió.

Pastrini apareció entonces.

—*Per la madona!* esclamó el italiano, estrujando entre las manos su gorrito de pieles. Os declaro que ví con mis ojos al jóven Servieres, á quien vos buscais, transformado de mujer.

—Sois un visionario, Pastrini! le respondió Benedetto, con un gesto de burla.

—*Signor*, juro que os habeis de maravillar como yo mismo...

—Vaya, dejadme: sois un importuno..... replicó Benedetto, pasando delante de él para introducirse en los cuartos de la señora Danglars, que esperaba sentada con toda gracia en un sofá, al secretario de S. E., habiendo compuesto para recibirle una de sus mas agradables sonrisas.

Benedetto entró con desembarazo, y cerrando cautelosamente la puerta, é inclinándose ante la baronesa con muestras de profundo respeto.

—Tengo el honor de saludar á la señora baronesa Danglars.

—Dios mio! gritó ella en el momento en que sus lindos ojos se fijaban en el rostro del pretendido secretario, en cuyos labios habia una sonrisa burlona.

La baronesa permaneció estática durante algunos instantes; mas pálida aun que de costumbre y con la mirada clavada en aquel hombre, que la fatalidad habia traido allí para hacerla padecer.

—Señora baronesa, dijo Benedetto, fingiendo no prestar atencion á la sorpresa de su interlocutora, hace bastante tiempo que no tenia el placer de cumplimentaros. ¿Como lo pasais?

—Perdon, señor, balbuceó la baronesa con esfuerzo; me habian anunciado otra persona, y por eso me causó cierta sorpresa... cierto miedo de.....

—No señora, la persona que os anunciaron soy yo mismo.

—Cómo?.... el secretario del conde de Monte-Cristo?... preguntó ella.

—Tal vez! respondió Benedetto.

—Pero vos, señor, sois... el señor Andrés Cavalcanti, continuó la baronesa poniéndose lívida como un cadáver.

—Soy tambien á la vez Andrés de Cavalcanti como decís, res-

pondió Benedetto con audacia, y notando con asombro que la baronesa cubria el rostro con las manos, agregó: soy Andrés Cavalcanti que estuve á punto de casarme con vuestra *bizarra* hija Eugenia Danglars, que huyó de la casa paterna en la noche que debìa firmarse el contrato interrumpido por la llegada del comisario de policía, que venia á prender á Andrés Cavalcanti, fugado de las cárceles de Tolon.

—Entonces... señor... dijo la baronesa despues de un corto silencio; debisteis hacer público el engaño del comisario.

—No era posible, señora, porque yo habia en efecto huido de la cárcel, respondió con un descaro inaudito. A mas de eso habia asesinado á un hombre á las puertas del palacio que el conde de Monte-Cristo ocupaba en los campos Elíseos en París. Fué por esto que se me formó causa, y que debia ser guillotinado.

—¡En verdad, señor, que no os comprendo!

—No lo dudo, señora baronesa....

—Mas qué quereis de mí? preguntó ella visiblemente alterada.

—Quiero repetiros lo que tuve el gusto de deciros por escrito; esto es, que el señor baron vendrá hoy aquí.

—¡Oh, Dios mio! ... gritó la baronesa, levantándose como impelida por un pensamiento oculto. Confesádmelo francamente .... vos no sois el secretario del conde de Monte Cristo

—¿Por qué?

—Oh! continuó ella con triste exaltacion, porque el conde no tomaria para su secretario privado un hombre fugado de la cárcel y acusado de un asesinato, desenmascarado por él mismo al frente de una numerosa sociedad en aquella noche terrible... Dios mio!... qué fatalidad me oprime... Benedetto... pesa tambien sobre vos?....

—Benedetto! gritó él. ¿Cómo sabeis que me llamo Benedetto?

—Ni yo misma lo comprendo, señor! no me acuerdo como fué que lo supe: pero os llamais Benedetto y habeis sufrido mucho ¿no es verdad?

—Señora baronesa, el estado de perturbacion en que os veo,

es bien estraño! Pero qué os importa lo que yo he sufrido? os hablé acaso de ese sufrimiento?

—Oh! pero creo que cuando por casualidad encontramos una persona que parece condolerse de nosotros en vez de acriminarnos, no debemos responderle con la tibieza que demostrais, señor!

—¿Y cuando os he pedido yo que compartiérais mi dolor, ni para qué hablamos de este modo, cuando el asunto que me conduce aquí es bien diferente?.. .

—¡El asunto que os conduce aquí! repitió la baronesa con amargura. Jazgais acaso que lo ignoro, creyendo por mas tiempo en un embuste artificioso de que echásteis mano para descubrir lo que os convenia acerca de mí? No, ya no creo que sois el secretario del conde, pero sí creo que sois lo que siempre fuisteis.....

—Entonces, ¿qué he sido yo? preguntó Benedetto admirado, y viendo que ella usaba reticencias.

—¡Oh! cuan desgraciado sois!.. murmuró la pobre señora haciendo un esfuerzo para contener una lágrima.

—¿Y cuál es el asunto que me conduce aquí? Dijísteis que tambien le conociais.

—Es bien lamentable, contestó la baronesa.

—Señora...

—Oh! reparad que lo adivino todo. Alcanzasteis la libertad últimamente en París, pero...

—Pero, qué?

—Oh! señor... teneis alguna horrible verdad que decirme, no es así? preguntó la baronesa con voz débil y sufriendo un terrible ataque de nervios.

—No alcanzo el sentido de vuestrapregunta, señora baronesa, y hallo muy singular todo cuanto decís. No tengo revelacion alguna que haceros, y os pido me digais cuál es el asunto á que suponeis se debe mi presencia aquí, una vez que dijisteis os era conocido.

Y Benedetto metió la mano derecha en el bolsillo de su frac.

La baronesa se estremeció.

—Señor, vuestra estrella es harto fatal! pero si encontráseis en el mundo un ente cualquiera que pudiera haceros feliz, esto es, aseguraros un porvenir tranquilo en una honesta medianía, abandonariais esa vida errante que habeis llevado hasta hoy?

—Oh! No. Ya no se encuentran tales entes en el mundo. La caridad es una mentira irrisoria, ó una impostura

—No blasfemeis.....

—He tenido pruebas.

—Pero, si lo que os digo tuviese lugar, no por simple caridad, pero... por un deber, supongamos...

Benedetto soltó una carcajada, y despues dijo:

—Deber? quién hay en el mundo que entienda el deber, y que lo entienda por inspiracion? Señora baronesa no hablemos de eso. Sabeis que mi estrella es mala, y lo ha de ser hasta mi último momento. Hijo de la desgracia, lanzado á la muerte y al infierno apenas llegué á la vida, ¿qué podré esperar de bueno en la tierra? El crímen, la desesperacion, fueron los únicos padrinos de mi bautismo, y yo fuí baütizado con sangre y lágrimas.

—Basta... basta... por piedad: me matais! dijo la baronesa apretando el pecho con las manos y dejándose caer sobre el sofá.

—Ah! mis palabras os asustan? Eso es bien singular, porque me parecisteis de mas corage cuando supe que intentábais esponer á vuestra hija á los peligros de un rapto. Vamos, señora, llegamos á un punto que no habia previsto cuando pensé venir aquí; hablemos sin embargo algunos momentos mas y seré muy breve.

Y sacando del bolsillo un papel manuscrito, lo presentó á la baronesa.

—¿Podeis firmar ese papel?

—Qué es lo que contiene? preguntó la baronesa con voz agitada.

—Una cosa bien sencilla, por vida mia! Una órden pagadera á la vista contra vuestro banquero, cualquiera que él sea, por la cantidad de tres millones de francos.

—¡Oh! con que derecho lo exigís?

—Con ninguno.

—Entonces puedo rehusarme.

—Es que os mataré, respondió Benedetto con la mayor sangre fria, presentando un puñal sobre el pecho de la baronesa, y sentándose con rapidez á su lado. Mirad que este puñal está envenenado, y la menor herida que os haga bastará para mataros en el corto espacio de cinco minutos.

—Pero no tendreis mi firma, dijo la señora Danglars, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma y mostrando en la inmovilidad de su semblante señales de la mas completa resignacion.

—Es lo mismo; robaré lo que encuentre en vuestra habitacion.

Hubo un momento de silencio.

—Escuchadme, Benedetto. Yo no tengo banquero ni poseo el crédito de tres millones de francos. Estoy pobre, y creed que de ningun modo podré firmar ese papel sin engañaros.

—¡Historias! baronesa. Cuando os abandonó vuestro esposo os dejó millon y medio; vuestro genio emprendedor supo doblar el pequeño capital y hoy debeis poseer tres millones de francos fuera de algunas otras cantidades. Bien veis que lo se todo, y os advierto que tengo prisa. Firmad y os unís despues al baron que está riquísimo.

—Imposible! murmuró ella.

—Queréis morir? Bien sabeis que poco me cuesta un crímen!

—Oh! este seria un crímen que eclipsaria á todos los otros crímenes! murmuró la pobre madre, dando libre curso á las lágrimas que no podia sostener en los párpados. Benedetto..... sereis preso..... sentenciado.....

—Os engañais, señora! el baron no tarda en llegar, mientras que él espera que lo manden entrar me retiro con velocidad en un coche que me espera en la calle; despues el baron impaciente por la demora vendrá hasta aquí, y en ese tiempo mientras él se horroriza con la vista de un cadáver ensangrentado, entrará en este cuarto alguien que lo prenda y lo entregue á la justicia como

vuestro asesino. Yo soy previsor, baronesa; vamos, firmad ú os asesino en el acto...

—¡Oh Dios mio!... Dios mio! perdon...

—Escusad palabras, y firmad...

—Benedetto... este robo es audaz y ojalá que despues de consumado, entreis en el camino de la razon! Voy á daros cuanto poseo: voy á quedar pobre y tal vez mañana tenga que pedir una limosna á mi marido ó á mi hija: calculad cuanto me costará esto..! Pero dejadme al menos los sesenta mil francos que os entregó en París el procurador del rey.

Benedetto se estremeció, pero incapaz de un sentimiento de gratitud respondió:

—Sin querer conocer el motivo que os movió á una dádiva reservada semejante, creo que lo hicisteis antes por capricho que por caridad, y estoy dispuesto á retribuiros aquel dinero como si pagase una deuda.

—Pues bien! aquí teneis las llaves de mi secretaría, robadme, tal vez un dia os arrepintais!

—Yo?... dijo Benedetto con una risa burlona. Y quién sois vos para hablar así? cuando hasta hoy no ha entrado en mí la menor sombra de arrepentimiento, esperais vos despertármelo? vos que sois una mujer vulgar á quien no es estraña la intriga, ni el crímen mismo?... Si teneis pasiones criminales, como por ejemplo el orgullo, la indigencia que os alcanzará en breve os servirá de castigo, y si pesa sobre vuestra vida pasada algun crímen, el que hoy cometo es una retribucion equitativa, en nombre de aquellos que fueron vuestras víctimas! Vamos, señora, venid vos misma á abrir vuestro escritorio, porque hay algunos en que se corre el peligro de cierto secreto que dispara cuatro tiros sobre quien los abre.

La baronesa, trémula y lívida, se dirigió al escritorio, le abrió y descubrió á los ojos de Benedetto, una gran cantidad de dinero en papel y oro.

Momentos despues, este dinero estaba en los bolsillos del asesi-

no y la baronesa apenas poseia los sesenta mil francos que en París habia enviado al señor Beauchamp para Benedetto.

—Ahora matadme. Bien veis que adivino esta última necesidad, dijo ella.

—Lejos de mí semejante idea en este momento; pero ya que sois tan complaciente, me dareis el brazo y me acompañareis á la sala inmediata, donde á estas horas estará el señor baron Danglars.

Dieron las seis.

—En efecto... no me engañé. Vamos, señora baronesa, si se os ocurre acusarme con vuestros gritos cuando saliéreis de aquí, reflexionad que, á mas de hacer un papel ridículo, nadie os creerá porque no sois el tal jóven Servieres, enfermo que viaja para distraerse y que habita estas piezas. Además ese jóven es una pura ficcion, y este género de ficciones... son en estremo injuriosas para una señora como vos que puede todavía sostenerse á pesar de este pequeño robo. Venid.

—Ah! esclamó ella, dejadme quedar aquí! no me violenteis mas! Partid, desgraciado, partid: os juro por Dios que no daré el menor grito contra vos! Partid: y el cielo permita que ese dinero pueda hacer de vos un hombre de bien.

En este momento se oyó la voz de Pastrini que anunciaba, del lado de afuera, al señor baron Danglars.

La baronesa lanzó un suspiro y Benedetto salió rápidamente de la habitacion.

En el corredor se encontró con el baron que pretendió detenerle para hablarle, pero le dijo que no podia perder un solo minuto, pues iba á mandar alquilar en nombre de la baronesa, uno de los palacios de la *via del Popolo*, donde ella pretendia dar un baile.

—Os recomiendo silencio, señor baron, y os doy mil parabienes desde ahora, por la felicidad que os espera. La baronesa está riquísima.

—Con mil diablos! pero ¿qué papel representais cerca de ella? preguntó el baron algo inquieto.

Benedetto no le respondió: le apretó la mano y desapareció con

rapidez, mientras el baron caminaba hácia el interior de la posada: despues viendo un coche parado á cierta distancia, hizo señal al cochero, subió á él y se alejó rápidamente.

XV.

Marido y mujer.

El baron Danglars volvió una vez mas su cabeza achatada como la de la raposa para decir una palabra á Benedetto, pero el famoso ladron, descendiendo la escalera á saltos, desapareció con rapidez.

Viéndose solo, Danglars empezó á caminar para el cuarto de la baronesa, á cuya puerta encontró á Pastrini á quien se dirijió diciéndole:

—Ya anunciaste mi visita?

—V. E., respondió el italiano, sin duda quiere decir si ya anuncié vuestro nombre.

—Oh! no hagamos cuestiones de palabras, posadero! dijo Danglars remedando un fuertísimo gesto de aristocracia ofendida.

—Perdon escelentísimo, pero la cosa no es tan insignificante como parece. Para yo tener el honor de anunciar vuestra visita, debia ser espresamente á alguien...

—Y entonces? —Ese alguien es que falta.—Cómo?—Creo que V. E. busca á mi huésped? no es así?

El baron hizo un movimiento.

—El jóven Servieres?...

—Estás loco, maestro? El nombre Servieres debe pertenecer á una dama, pues yo conozco bien esa familia y se que no existe hoy ningun descendiente varon de ella. Bien, pues, á esa dama es á la que busco aquí.

Pastrini meneó la cabeza.

—Pero esa dama no reside en mi posada, dijo él; en estos cuartos está un jóven de la familia de Servieres y la dama creo que será visita de él; pues está aquí desde esta mañana.

—Os repito que estais loco y muy loco! el nombre Servieres no puede pertenecer hoy á un hombre, y la dama á quien busco se que es vuestra huéspeda. Es una señora bien agradable, continuó el baron, ensayando una sonrisa interesante para presentarse á la baronesa: vamos, maestro, dejadme entrar.

—*Sangre de Cristo!* gritó Pastrini osando detener al baron: Una palabra mas escelentísimo.

El baron Danglars lanzó una mirada colérica que parecia querer preguntarle «con qué derecho embargaba el paso de un marido, en la puerta del cuarto de su mujer» pero contuvo su despecho é hizo una seña como si quisiese decir «hablad y sed breve.»

—Señor baron, V. E. tiene la certeza de que la dama en cuestion es positiva, infaliblemente, una mujer?

—Vaya esa! esclamó el baron, retrocediendo un paso como maravillado de la pregunta.

Pastrini no desmayó.

—*Per la Madona!* escelentísimo: respondedme: ¿sabeis con certeza que es una mujer?

—Pues yo no he de saber eso? yo? objetó el baròn mas maravillado todavía.

—Ah! señor... murmuró Pastrini poniéndose pálido y temblando. Casi os puedo yo dar un consejo... no entreis!

—Y porqué?

—Os declaro que mi huésped no puede ser cosa buena.

—Qué diablos decís?

—Tiene relaciones con un hombre que posee dentro un cofre la mano de un muerto.

El baron dió un salto á pesar suyo.—Y ese hombre? preguntó él.—Dicen que es brujo—Y la dama?

—La sospechan de adepta.

—Vaya, maestro posadero; parece que llegasteis recien de la aldea, y que no teneis un dia de ciudad.

—Entonces qué quereis, escelentísimo! nosotros hemos visto cosas tan célebres que, no podemos esquivarnos á ciertas creen-

cias antiguas. Os juro que este cuarto estará vacío mañana á estas horas, ó yo no seré Pastrini.

El baron encogió los hombros, traspuso la puerta y atravesando la primera sala fué á presentarse en el gabinete donde estaba la señora Danglars.

La baronesa se ocupaba en componer una de sus lindas madejas de cabellos frente un grande espejo, y en su fisonomía nadie habria podido notar el menor indicio de laconmocion que la agitaba media hora antes. Sus ojos negros y centellantes, cerrados bajo de una sola arruga, en que se le diseñaban las sobrecejas, espresaban aquella firmeza de carácter mas propia de las mujeres romanas que de las francesas, y que es sin embargo el tipo de muchas familias nobles de la Francia, sostenido por la sangre en todas sus ramificaciones. Sus labios cerrados con altivez no dejaban escapar de aquel pecho agitado por el dolor, el mas leve gemido de angustia: finalmente sus brazos firmes, sus manos ágiles y flexibles, acababan de constituir á la señora de Servieres, baronesa Danglars, tal como siempre habia sido á los ojos del mundo, esto es, firme de carácter, altiva y noble.

Antes que el baron pudiese verla el rostro, ya ella le habia reconocido, viéndole reproducido en el espejo; y la señora Danglars pudo apercibirse del aire cortado con que el baron se presentaba aunque hacia un grande esfuerzo para sobreponerse á su embarazo Haciendo tiempo intencionalmente, la baronesa acabó de componerse el cabello para dirigirse á su escritorio, sobre el que hizo sonar dinero haciendo como que lo cerraba; luego dió algunas vueltas mas y se sentó.

—Ah! sois vos, señor? esclamó ella como si hubiese visto á su marido desde el dia anterior apenas. Se diria que os disponeis á salir de nuevo, pues segun me parece no habeis hecho ademan de necesitar una silla. Estas palabras produjeron su efecto: el baron se animó, y avanzando algunos pasos, fué á sentarse al frente de un sofá en la misma silla en que estuvo Benedetto.

—Se siente hoy bastante frio! dijo él abrochando su casaca.



—No he tenido tiempo de pensar semejante cosa: creo que la accion de escribir y de pensar nos calienta sobremanera.

—Ah! entónces habeis escrito mucho?

—Terminé hace poco ocho ó nueve cartas para diferentes plazas; exigiendo en unas las remesas de mis capitales, y en otras la ejecucion de ciertas órdenes.....

Un sudor copioso inundó la frente del baron Danglars.

—No sé como pasais sin una de esas máquinas de copiar que se llaman secretarios, señora baronesa.

—Oh! desde que tengo el placer de vivir sola, no gusto de nada que pueda hacer desconfiar un momento, señor baron.

Hubo un instante de profundo silencio, que la baronesa interrumpió hablando así:

—Ya que habeis tenido la delicadeza de venir á saludarme... acaso podré seros útil en alguna cosa? preguntó.

—Señora!.. me juzgais de tal modo egoista?

—Nada tendria de estraño, contestó ella riendo: un banquero... perdonad... no se si continuais en Roma vuestro oficio de París, pero creo que vuestros seis millones no habrán permanecido encerrados en la caja. Ah! á propósito de Paris... no habeis vuelto mas allá...? Os gustaba tanto aquella ciudad!

—Me han detenido en Roma negocios importantes, respondió el baron tartamudeando y sintiendo seca la lengua á punto de no prestarse con facilidad á la pronunciacion exacta de las frases.

—Creo que el clima de Italia os es favorable? continuó ella.

—Lo pasaba bien en Francia... respondió el baron; pero ahora creeria pasarlo mejor en Roma, esto es, si vos pensais demoraros aquí.

—Oh! no... pienso partir á *Civita-Vechia*, se apresuró á responder la baronesa, fingiendo no haber entendido el sentido de las palabras del baron, que suspiró tristemente.

—Habeis adquirido nuevas costumbres, señor baron! En París nunca os ví suspirar.

—Entonces señora... en París! yo no padecia...

—¿Y padeceis acaso en Roma?...

—Oh!

—No hay buenos médicos aquí? Creo que Italia es mas fecunda en sus cantores.

—Señora, mi mal es superior á la inteligencia de cuantos médicos hay, no solo en Roma sino en toda la Europa, dijo el baron Danglars, cargando mucho las palabras, como para llamar sobre ellas la atencion de la baronesa, que preguntó:

—Entonces; cual es vuestro mal? nervioso, tal vez? es la enfermedad del dia.

—Nervioso... sí, señora! acertásteis con la palabra, respondió él. El esceso de la sensacion produce esa dolencia que denominan de un modo muy vago.

—Oh! eso lo encuentro mas serio, baron. Teneis sensaciones escesivas... y eso es malo.

—Suponeos... el recuerdo, dijo el baron acompañando la palabra con uno de sus mas profundos improvisados suspiros.

La baronesa arrugó el ceño; como si le hubiesen dicho una cosa fuera del alcance de su inteligencia.

—El recuerdo? repitió ella. Recuerdo de qué?

—Oh! señora baronesa... recuerdo de qué?

—Perdisteis acaso algunos fondos?

—Perdí mas que eso

—Me parece que no comprendo; alguna joya de gran valor y estimacion.

—Todavía mas.

—Pues no acierto...

—Ah! perdí... esto es... quiero decir que hubo un tiempo en qne perdí...

—Aoabad...

—Os perdí, señora dijo por fin el baron, simulando un desgraciadísimo gesto cómico, que hizo reir á la baronesa, con aquella risa estudiada, seca y temible.

—¡Qué tal! dijo ella, y no os acordasteis de poner avisos? Creo

que siempre lo esperasteis todo del tiempo y de la paciencia, mi querido baron!

—Oh! sí, lo esperé todo porque vos sois un ángel y descendiendo un poco á la tierra, sois una mujer como hay pocas, y vuestra intelijencia llega á lo maravilloso.

—Y vos sois un hombre bastante amable, dijo la baronesa continuando despues de breve pausa: ¿sabeis que me ha gustado conversar con vos?

—Dejemos eso; pero creo que me habeis dicho que pensabais partir para *Civita-Vechia*?...

—Tal vez lo dijera... pero ya no pienso hacerlo: viajar sola es muy triste...

—Es cierto, baronesa, es muy triste. Yo detesto el aislamiento, y una vez que de este modo concordamos nuestros gustos, yo llevo mi atrevimiento hasta el punto de ofreceros una compañía...

—Eso es tan vago...

—La mia.

—De veras? sois encantador! yo la acepto, baron, la acepto con interés.

—Oh! baronesa... esclamó él levantándose y abriendo los brazos como si pretendiese abrazarla. Ella hizo lo mismo, pero deteniéndose rápidamente, retrocedió un paso y volvió á sentarse con toda calma

Esta frialdad fué una puñalada para el pobre baron, que estuvo á punto de abrazar nada menos que tres millones de francos.

—Esperad, señor, dijo la baronesa con imperturbable sangre fria Si el sentimiento del recuerdo os producia una tan fuerte sensacion como la que me confesasteis, yo sufro en este instante otra no menos poderosa que la vuestra; es producida por el recuerdo de un hecho pasado, el simple hecho de una carta.

Estas palabras eran una especie de estocada seca é imprevista, que el baron no pudo evitar, y que le hizo palidecer repentinamente.

—Cuando salisteis de París recibí una carta con vuestra firma;

esa carta contenia frases memorables que acaso no habreis olvidado aun.

—Oh! creo que no!

—Pues bien! he aquí la carta.

Diciendo esto sacó del bolsillo una cartera de marfil y de ella una carta que desdobló, disponiéndose á leerla en alta voz.

—Escuchad, baron, esta carta me hace dudar de muchas cosas y entre ellas de vuestra existencia! escuchad:

«Mi señora y fidelísima esposa: cuando recibais esta carta ya no tendreis marido .. Oh! no os asusteis, no tendreis marido del mismo modo que ya no teneis hija: quiero decir, me encontraré corriendo alguno de los caminos por donde se sale de Francia. Os debo esplicaciones, y como sois mujer capaz de comprenderlas bien, voy á dároslas. Oidme pues!... Esta mañana me fué presentada una letra á la vista de cinco millones que satisfice; pero se presentó luego otra de igual suma cuyo abono prometí para el dia siguiente. Ahora me comprendereis bien, no es así mi querida y fidelísima esposa? Y de cierto que me entendeis porque os hallais tan al corriente de mis negocios como yo mismo, ó tal vez mejor. No os ha admirado, señora, la rapidez de mi caida y evaporizacion repentina de mi fortuna? En cuanto á mí confieso que solo he visto el fuego que la derritió; espero que habreis recogido algun oro de las cenizas. Es con esta consoladora esperanza que me retiro, mi prudentísima esposa, sin que mi conciencia me acuse de abandonaros desde que os restan amigos, las cenizas que he dicho y por cúmulo de ventura, la libertad que os restituyo.

«Con todo, señora, es ahora el momento de colocar en este párrafo dos palabras de esplicacion confidencial. Mientras esperé que trabajaseis en el aumento de nuestra casa, y de la fortuna de nuestra hija, cerré filosóficamente los ojos; mas como hicisteis de la casa una vasta ruina, no quiero servir de base á la fortuna agena.

«Os tomé rica, pero poco honrada .. Perdonad me esplique

con esta franqueza. Aumenté nuestra fortuna, que por espacio de quince años fué siempre en progreso, hasta el momento en que desconocidos accidentes vinieron á destruirla, sin haber yo contribuido á ello. Vos empero, señora, habeis solamente trabajado en aumentar vuestros haberes, en lo que estoy convencido habreis logrado buen suceso. Os dejo pues como os tomé, rica y poco honrada.

«Adios! Yo voy tambien desde hoy á trabajar solo por mi cuenta. Creed que os estoy grato por el ejemplo que me disteis, y que voy á poner en práctica.

«Vuestro afectísimo esposo

«*Baron Danglars.*»

Durante la lectura de esa carta, el baron mudó de color repetidas veces, y por instinto miró dos ó tres hácia el aposento. La baronesa no quitaba su mirada fina y penetrante del rostro de su pobre marido, que empezaba á comprender cuán triste era la figura que hacia allí.

Con la confusion y embarazo del antiguo capitalista, saboreaba muy lentamente su venganza.

—Señor baron, dijo ella riendo á carcajadas: cómo, siendo yo poco honrada, segun vuestra confesion, os ofreceis para acompañarme?

—Baronesa, contestó él, buscando una sonrisa rebelde en la estremidad de sus lábios gruesos y ennegrecidos, creed que esta carta fué simplemente hija de un fatal momento de alucinacion... yo me veía perdido! y vos que sois, como ya tuve el gusto de deciros, muy superior en inteligencia á la generalidad de las mujeres, ya deberiais haber comprendido eso.

—Deseariais entonces, que os perdonase la locura de esta carta? preguntó ella.

—Oh! señora, os confieso que es ese mi ardiente deseo! esclamó el baron sintiendo un nuevo rayo de esperanza.

—Y podré creerlo?

—Oh! sí, señora; yo os ofendí... os pido perdon; dijo el señor

Danglars, teniendo la feliz idea de poner una rodilla en la alfombra y de inclinar la frente casi á los piés de su mujer. Fué en este momento que la baronesa parecia haber gozado su mejor triunfo, retrocedió rápidamente dos pasos y soltó una carcajada, cuyo eco vibró por mucho tiempo en el pecho del baron.

—Hombre vil y despreciable! gritó la señora Danglars; aquí estás finalmente humillado á mis piés, y solicitando con tus lábios inmundos el perdon de tus espresiones groseras! Yo empero no te perdono, porque tambien soy culpable!... Levantaos, señor..... idos! vuestra fortuna está acabada y aniquilada para siempre en la tierra! Veo que no teneis un real porque solicitasteis uniros conmigo, suponiendo que yo poseia todavía los fondos que me dejásteis en Paris... Ah! estoy pobre, y solo puedo entrever un futuro de mediocridad... ó tal vez de completa miseria! Id, señor baron Danglars; aun cuando así no fuese, jamás os convendria la mujer que os deshonró y á la cual abandonásteis; no os acrimino por este abandono, pero os desprecio por vuestro procedimiento de hoy, que me revela no existir en vos el menor sentimiento de pundonor y probidad.

Y la baronesa soltó una nueva carcajada convulsa y delirante.

El baron estaba aniquilado.

—Dios ó algun hombre estraordinario juró la ruina total de vuestra casa, y vuestra casa se desmoronó piedra por piedra! continuó ella trasluciendo en su mirada ardiente y vaga el fuego de un delirio súbito y terrible. Y ese Dios ó ese hombre ha jurado tambien mi vergüenza y mi miseria! Retiraos Danglars, que nuestros hálitos nos envenenan mútuamente, como si se combinasen para producir en el aire un veneno horrible..... Ah! miseria!... miseria con todos sus horrores y envilecimientos, tú me descubres el fantasma pálido y amenazador que la opulencia ocultaba á mis ojos! y ese fastasma es el remordimiento... el remordimiento!!!..

La baronesa ocultó el rostro con las manos y permaneció así en pié durante mucho tiempo con el cuerpo inclinado para atrás

y la cabeza caida sobre las espaldas. Cuando volvió en sí, tenia la fuerza convulsiva que el fuego de la fiebre comunica á los delirantes. Miró con calma por el aposento deteniendo la vista sobre cada objeto como para fijar su recuerdo, y se dirigió á su escritorio, donde se sentó tristemente reuniendo el dinero que Benedetto le habia dejado. El baron, aprovechando el estado de estupor en que parecia haber caido su mujer, habia tomado el sombrero y salió sin hacer el menor ruido.

XVI.

El salteador romano y el ladron parisiense.

Despues del robo perpetrado por Benedetto en la posada del Globo, qué otra cosa quedaba á la señora Danglars sino una vida de miseria?

Habia reunido sus fondos y los guardaba con el firme propósito de colocarlos en alguna casa romana para vivir con sus rentas, que le aseguraban un porvenir opulento; pero este proyecto quedaba destruido por aquel hecho, aun antes de realizarse, y la desgraciada se veria sin recurso alguno apenas se le concluyesen los sesenta mil francos de que hemos hablado. La baronesa no era mujer de humillarse recurriendo á su hija, sobre todo despues de la visita que le habia hecho. Así pues, adoptó el único partido que en aquel momento le era posible; esto es, hizo una pequeña limosna á un convento pobre y pidió que la admitiesen bajo las bóvedas sagradas del claustro en calidad de recojida provisoria.

Allí en la soledad y el silencio, meditó su bullicioso y estraordinario pasado, conociendo los errores en que habia incurrido y aceptando el presente como un benigno castigo de ellos. ¡Altiva y orgullosa en otro tiempo toda su altivez y orgullo se habian sepultado ahora en la humilde sencillez del claustro! Allí vertia

amargas lágrimas sobre aquel hijo de su criminal amor y de sus escandalosas relaciones con el señor de Villefort; de aquel hijo de la corrupcion y del crímen á quien el cielo parecia haber negado su bendicion en el mundo, como se la habian negado sus padres. El porvenir de ese jóven la hacia temblar; y presintiendo instintivamente el fin de aquella existencia criminal y agitada, se preguntaba á sí misma, al claustro y á Dios, si estaria destinada á arrastrarse de miseria hasta llegar á recojer al pié de un cadalso la cabeza ensangrentada del desgraciado á quien ella habia dado el sér y la infelicidad.

Cuando un golpe repentino é inesperado derriba el edificio de nuestra fortuna ó de nuestras pasiones, que por decirlo así, constituia nuestra alma social, nos acordamos entonces qué hay en nosotros además de ese principio que nos dirige en el mundo, otro mas positivo, cuya influencia sobre nuestro sér, solo la muerte puede destruir, aniquilando nuestro cuerpo. A la influencia de ese principio divino, que recibimos cuando por primera vez aspiramos el aire de la vida, debemos ese sentimiento sublime que llama arrepentimiento, y por él creemos en la existencia de un Dios lleno de bondad y de justicia, á quien habíamos olvidado en la agitacion de nuestra vida tumultuosa! Era pues el nombre de ese Dios omnipotente la palabra que sin cesar repetian los lábios de la baronesa, y cuya fuerza sentia con mas vehemencia su corazon desde que habia esperimentado el golpe que le privó de su fortuna haciéndola buscar en la soledad del claustro el único bálsamo para sus dolores—la oracion.....

Aunque el baron Danglars habia esforzádose en encontrar de nuevo á Benedetto, no pudo conseguirlo: el famoso ladron, ayudado por el poder de cerca tres millones de francos, supo sustraerse de tal modo á las pesquisas del baron, que este hubo de conformarse con la idea de solicitar nuevamente su empleo de portero del teatro Argentino, con el pensamiento en la única tabla de salvacion que se le ofrecia; esto es, la generosidad de Eugenia d'Armilly.

Si bien Benedetto poseia una fortuna casi igual á la que habia robado á la baronesa Danglars, no por eso se detuvo en su carrera de crímenes, sino que muy pronto combinó un nuevo atentado con cuyo motivo empezó á trabajar desde luego. Habiendo tenido noticia del premio que el gobierno de su Santidad ofrecia por la cabeza del célebre Luigi Vampa, bandido cuya caverna se ignoraba aun, y que asolaba con increible audacia los suburvios de Roma, dispúsose á hacer una misteriosa visita al intendente de policía; pero reflexionado mejor el hecho, y viendo que la baronesa Danglars no lo hacia perseguir, quizá por haber perdídole la pista, ordenó á Pepino que hiciese demorar el buque algunos dias mas, y esperó él mismo tambien una ocasion mas oportuna de trabajar con buen éxito.

La entrevista convenida en el Coliseo se habia realizado, y Luigi Vampa creyó como Pepino que Benedetto hablaba de ese hombre á quien un destino fatal le habia ligado (como él decia), influyendo ella tanto en el bandido romano que fué gradualmente debilitando el prestigio del conde entre aquella gente, que, como ya lo hemos dicho, era sobremanera superticiosa á pesar de su terrible oficio.

Benedetto llevó su audacia hasta dejar entrever al bandido Vampa el vivo deseo que alimentaba de librarse del poder del Conde de Monte-Cristo, apoderándose de ciertos seeretos que él poseia en la nigromancia; y el bandido empezó á meditar sériamente las conveniencias que le resultarian de someter el Conde á su voluntad, en vez de estar él plegado á la voluntad del Conde.

Vampa era ambicioso como todos los ladrones de su especie: las riquezas de Monte-Cristo le daban envidia, y la conspiracion no tardó en tramarse, guiada y dirigida por la traviesa imaginacion de Benedetto.

—¡Oh! el poder del Conde, le decia á Luigi Vampa y á Pepino, está en mi mano! haciendo un pequeño paréntesis de tolerancia á vuestro sistema religioso, guardarémos aquella preciosa reliquia, que constituye todo el poder del Conde!

Aquella mano del muerto le indicó el secreto que cubria el camino que lo llevó á sus minas de inagotables tesoros... Yo deberia salir de Roma para ir á entregar al Conde mi señor el precioso cofre que le ha sido robado; pero si vos quereis ayudarme, me quedaré en Roma y trabajaré por el interés general.

Vampa y Pepino admitieron la proposicion de Benedetto, quien á su vez, por lo que ellos le dijeron, supo que Monte-Cristo estaba en Oriente.

Entre tanto el hijo de Villefort trabajaba por entregar á la justicia al temible salteador romano, y acechaba una ocasion segura de lucrar en esta pequeña transaccion con ella. Benedetto observaba, admirado profundamente, que el bandido lejos de ocultarse, se dejaba ver con frecuencia en los espectáculos públicos; y especialmente en el teatro; y de esto dedujo que Luigi Vampa tenia gran confianza en sí mismo ó en los agentes de policía. Luego admitiendo este segundo caso como mas probable, érale necesaria una gran sutileza en su premeditada traicion para que aquel no recibiese aviso de algunos de esos mismos agentes, á quienes sin duda él hacia por su generosidad las diligencias en favor de su seguridad.

Benedetto espiaba cuidadosamente hasta el menor movimiento y gesto de Vampa: de modo que á las tres ó cuatro noches de asistir con él al teatro Argentino, conoció perfectamente que Vampa no era insensible á los encantos de la señorita Eugenia d'Armilly.

Efectivamente, Luigi Vampa se sentia estremadamente impresionado por el aire varonil y arrogante de la jóven d'Armilly; su impresion transformóse rápidamente en un fuerte sentimiento que agitaba noche y dia el corazon del bandido; y devorado por aquel fuego violento de su carácter resuelto y audaz, emprendió la posesion de esa mujer que lo fascinaba desde el palco escénico del teatro Argentino.

Una sonrisa de triunfo divagó en los lábios de Benedetto, cuando leyó en la abrasadora mirada de Luigi Vampa la pasion que le dominaba.

Fué entonces cuando él espió sus menores movimientos, siguiéndole paso á paso por do quiera, hasta que, al cabo de algunos dias, lo vió entrar en una casa de pobre apariencia, en que vivia aquella anciana mujer que favorecia las antiguas metamórfosis del supuesto jóven Serviéres. Benedetto, despues de averiguar quién era esta mujer, comprendió sin dificultad el objeto de las visitas de Vampa, y combinando en seguida todas sus ideas, adoptó en el acto un plan que pasó á poner en práctica.

Cuando Benedetto se encontró al siguiente dia con el bandido Luigi Vampa, entró con él en una taberna poco frecuentada, y se sentaron allí en un oscuro rincon, como dos hombres que tenian que hablar sobre cosas muy misteriosas. Benedetto permaneció un momento pensativo, y luego se espresó así:

—Sabeis, señor, que acabo de encontrar y reconocer aquí en Roma una mujer francesa que huyó de Paris con su padre despues de robar á un príncipe de Cavalcanti con quien habia convenido casarse?

—Y qué importa eso? preguntó Luigi Vampa recostando en su mano la mejilla con aire de displicencia.

—Oh! es que ignorais dos hechos de grande importancia en todo este negocio: el príncipe de Cavalcanti era riquísimo; y el conde de Monte-Cristo era estremadamente amigo del príncipe, que hoy está en la desgracia.

—Querreis decir robado?

—Es lo mismo! replicó Benedetto.

—Pues bien; qué me interesa que el príncipe haya sido riquísimo y muy su amigo el Conde?

—Voy á esplicároslo, señor, dijo Benedetto continuando con aire de importancia. *Primero*: siendo el príncipe de Cavalcanti poderoso, debeis comprender que el robo fué considerable. *Segundo*: siendo el conde muy amigo del príncipe, me ha dado el nombre de la mujer que le ha robado, recomendándome que la hiciese prender donde quiera que la encontrase, pues que él ha jurado reabilitar al pobre Cavalcanti. Y ahora os prevengo que esa

mujer está en Roma con su padre; y yo en vez de recurrir á la justicia de los tribunales acusándola, vengo á proponeros este pequeño negocio.

—Cómo se llama la mujer? preguntó Vampa, en cuya fisonomía se notaba cierto principio de interés despertado por las últimas palabras de Benedetto.

—Oh! su nombre... replicó este con calma, no es un nombre oscuro y plebeyo. Pertenece á la familia de los Servieres por parte de madre, y á la de Danglars por su padre, aquel célebre baron, á quien robásteis seis millones de francos por órden del conde de Monte-Cristo. Se llama Eugenia Danglars, por acabar de una vez, y es conocida hoy en Roma por el nombre de Eugenia d'Armilly.

Luigi Vampa hizo un involuntario movimiento de sorpresa que procuró disimular en seguida con la inmovilidad de su semblante y de su cuerpo. Benedetto aparentó no haber prestado la menor atencion al movimiento de Vampa, y continuó con toda jovialidad,

—Y la tal jóven es ni mas ni menos que la hermosa cantatriz del Argentino; esa que admiramos allí con su candidez de paloma, engañando al pueblo romano... que os parece?

—Y en qué lo engaña! veamos; dijo Vampa con la voz demudada.

—Oh! en nada, señor, respondió Benedetto; yo queria solamente deciros que al verla nadie seria capaz de creer que ella concibiese y ejecutase tal hecho con sutileza y coraje.

Vampa permaneció un momento en silencio.

—Y quién es su padre? preguntó luego. Me habeis dicho que tambien estaba en Roma.

—Oh! su padre es un viejo pícaro y taimado, capaz de todo. Lo hallé dias pasados en un pequeño paseo que hice á la ciudadela de Aquapendente, cerca de la que posee una casa con su jardin de recreo.

—Vive en inteligencia con su hija?



—Y qué os importa eso? preguntó á su vez Benedetto.

—Cómo no! respondió el bandido, simulando una sonrisa forzada; tuvísteis la idea de proponerme este pequeño negocio y os admirais de que os pida esclarecimientos?

—Ah! entonces aceptais la propuesta?

—Esplicádmela y veremos.

—Es posible que vos necesiteis de esplicaciones? Pero ya que lo deseais, yo os las daré. Pienso que ambos debemos confiar el uno del otro. Vos podriais perderme y hacerme caer en desgracia el dia que os acordáseis de hacer contar al conde mi amo, la poca fidelidad con que le sirvo en Roma; y yo podria tambien agarrarme de vos y gritar bien alto *ecce-homo!* Pero ni vos ni yo haremos tal cosa, porque nos entendemos admirablemente. Pues bien, mi proyecto es de comun interés para los dos.

—Es claro que habiendo la señorita Eugenia d'Armilly robado al príncipe Cavalcanti, con quien estaba comprometida á casarse, debará poseer hoy ese pequeño capital. Eh bien; en este caso se hace una ligera violencia á la libertad de la señorita Eugenia d'Armilly, y se le propone un rescate equivalente á lo que ella vale, y despues arreglaremos cuentas, capitan.

—Oh! ¡A Eugenia d'Armilly! gritó inconsideradamente Vampa, golpeando con su puño cerrado sobre la mesa que se estremeció por la violencia del choque.

—Hola! que es eso? preguntó Benedetto.

—Quereis trabajar de acuerdo conmigo? preguntó á su vez Luigi Vampa.

—Quiero!

—Pues bien, repuso aquél, alargándole la mano; mañana á estas horas en el Coliseo.

—En el Coliseo! repitió Benedetto apretando la mano de Vampa.

—Al pié de la cuarta columna del pórtico interior.

—No faltaré.

—Solo.



—Hasta mañana, capitan.

Benedetto y Vampa, que á este tiempo salian ya de la taberna, se alejaron rápidamente por opuestos rumbos.

—Oh! murmuró Vampa, viéndole alejarse; traicionaste al que servias y me traicionarás tambien á mí cuando te convenga. Tendrás, pues, el fin del traidor, luego que hayas servido de escalon. Esta amenaza misteriosa del temible salteador romano, habria hecho estremecer á Benedetto si hubiese observado el gesto inteligente y audaz que la acompañara.

XVII,

La corona.

Los fueros de las clases aristocráticas no se avienen con la imaginacion libre de un artista cualquiera, en quien se agita el sentimiento noble de una elevada inspiracion. Así pues, era un abismo el que separaba Eugenia Danglars de su madre.

Eugenia, por otra parte, jamás habia conocido ese tierno cuidado, ese cariño maternal, durante su educacion, gracias al que una hija contrae hácia su madre una deuda mas sagrada aun que la del nacimiento. La palabra madre no significa para ella desde muy niña otra cosa que el ente á quien debia su existencia, y nada mas. Luego ¿cuál seria la poderosa fuerza de simpatía que la obligase á arrojarse en brazos de esa mujer que se mofaba del mas intenso de los votos de su alma?

Eugenia apartó los ojos del pasado entre cuyas sombras se perdian los dos entes que le habian dado el sér, obedeciendo solo á la simple ley de reproduccion, para dirigirlos al presente á la mujer á quien debia la instruccion y la amistad; abarcaba con aspecto risueño el inmenso porvenir que tenia á sus ojos, en el que le parecia distinguir en lontananza, escrito con letras de fuego, estas sencilla palabras: «El arte y la gloria.»

Ocho dias despues del diálogo entre Vampa y Benedetto en el

lugar ya mencionado, se notaba en Eugenia d'Armilly un pensamiento que dibujaba sobre su frente una lijera nube de tristeza. Varias veces habia advertido Luisa que Eugenia, contra su habitual costumbre, buscaba la soledad y el aislamiento; en esos momentos, una lágrima se deslizaba por las mejillas de la artista, como prueba evidente de un grande y misterioso acontecimiento en su vida íntima, y Luisa intentaba en vano enjugar con un beso esa lágrima furtiva, porque despues de esta corria otra como para hacer conocer á la desinteresada amiga de Eugenia, que la causa que las hacia brotar no podia ser destruida por los halagos y caricias de una mujer.

Era una tarde en que Eugenia, huyendo de la compañía de Luisa, se habia sentado triste y pensativa frente á la ventana de su habitacion, mirando tranquila los últimos rayos del sol que poco á poco iban subiendo al simborio del magestuoso edificio de San Pedro, envolviendo así en sombras la metrópoli del mundo cristiano: un imperceptible gemido se escapaba del pecho de Eugenia, y dos lágrimas temblaban entre las espesas y negras pestañas de sus lindos ojos como dos perlas matutinas en las ojas de una flor. Luisa habia entrado sin ser sentida por Eugenia, y la contemplaba con interés hacia pocos intantes, adivinando en la languidez de su semblante lo que ya sospechaba desde algunos dias; así pues, se acercó á Eugenia apoyándose lijeramente en su hombro, y le imprimió un beso en su mejilla murmurando:

—¡Pobre amiga mia!....

—Luisa, respondió Eugenia sin sobresalto, pero ruborizándose.

—Ved como al cabo venís á respirar en el aire de Italia el dulce veneno de Corina ó del Tasso... ¿no es verdad, mi querida amiga? preguntó Luisa.

—Oh! ¿Debo yo por ventura tener secretos contigo, Luisa, cuando llego á convencerme de que no es una simple ilusion lo que esperimento?. ..

—Y te daña este sentimiento que no es una simple ilusion...



La mano del muerto Lit Labielle .c. Monserrate.

Luisa habia entrado sin ser sentida por Eugenia.

porque él es superior á tu voluntad, y cubre con una nube de tristeza tu semblante animado y enérgico en otro tiempo, mi querida Eugenia!

—Es verdad, Luisa... El es superior á mi voluntad como yo fuí superior á todo otro sentimiento que pudiera dominarme. ¡Oh! te acuerdas cuando me burlaba de esas locas protestas de un repentino y profundo amor, cuyas confesiones se elevaban en torno de ambas, y á las que yo respondia con una sonrisa incrédula á pesar de los suspiros que acompañaban las miradas apasionadas que se nos dirigian? Te acuerdas de ese tiempo exento de pesares, en que mi alma se creía libre del tributo á que todas son condenadas en el mundo? ¡Y al cabo soy como todas las mujeres; empiezo á padecer... porque empiezo á amar!

—Respeto tu sufrimiento, amiga mia, y te ofrezco un pecho cariñoso á quien confiar tus pesares.

—Lo acepto, Luisa mia, lo acepto, respondió Eugenia, oprimiéndole las manos y besándola. Yo no me sentia con valor para confesarte este sentimiento que me domina: escúchame, pues, ya que lo has adivinado.

Y permaneció un poco en silencio, como si coordinase sus ideas para empezar la narracion.

—Me habias aconsejado que jamás detuviese mis ojos en un solo hombre cuando subiese al proscenio, sino que recorriese siempre la vista por toda la platea sin procurar distinguir ni conocer á nadie, como si toda la concurrencia estuviese á gran distancia de mí. Así lo hice siempre: veia ante mis ojos un inmenso auditorio, pero no lo veia sino como se ve confusamente una oscura nube que pasa á nuestros piés cuando nos hallamos en la cumbre de una elevada montaña. Una noche, sin embargo, habia allí un hombre que se elevaba entre aquella masa viva é indefinida; su rostro radiaba en espresiva belleza y brillaban en él apasionadas miradas que me devoraban, me abrasaban... me enloquecian! Cuando el auditorio prorumpió en aplausos, aquel hombre permaneció inmóvil, y espresaba mas con su vista de lo que

pudieran decir mil labios delirantes que me llamaban al proscenio! Desde esa noche aquella figura aparecia siempre á mis ojos en el mismo lugar, con la misma espresion y la misma mirada de fuego que me arrebataba, Luisa!

Pero quién es él?—qué importa... es un hombre á quien amo; un hombre que me inspira una pasion profunda y verdadera, que no soy dueña de dominar.

Hubo otro momento de silencio, durante el cual Eugenia ocultó el rostro entre sus manos, sollozando: Luisa lanzaba una mirada inquieta sobre su amiga, y sus labios se agitaban blandamente, como si murmurasen la palabra «infeliz.»

—Y tú conoces á ese hombre, mi querida Eugenia? le preguntó.

—Ah! no! y apenas sé que es el dueño de mi pensamiento desde la primera noche que le he visto! Quién sabe cuanto tiempo ha que me sigue, sin que yo lo haya reparado! ¡Oh! Luisa, mi buena Luisa; yo que me burlaba de esa palabra inventada por los hombres para bautizar con ella sus locuras; de esa palabra *amor*, ornato perpétuo de los labios de todos los hombres y mujeres de moda, vedme aquí teniendo no solo en mis labios sino tambien en mi corazon el sentimiento que esa palabra produce! Héme aquí vulgar como una jóven cualquiera de mi edad.

—Te engañas, Eugenia, una jóven vulgar de tus años no sabria sentir como tú sientes ahora! Esa pasion profunda que se desenvuelve en tu pecho, bajo la mirada inflamada de un hombre, le dará mas poesía, mas encanto, porque te elevará sobre tí misma si eso puede decirse. Todo suceso puede ser mirado por su buena ó mala faz; pero acuérdate que el solo hecho de dejar conocer á un hombre el imperio que ejerce sobre el ánimo de una mujer, antes que ella conozca el fondo de su carácter, puede acarrear grandes desgracias, Eugenia.

—Oh! no temas! dijo ella con orgullo: jamás conocerá el alcance de la pasion que me inspira.

—Tal vez, murmuró Luisa.

En este instante la señora Aspasia entró á anunciarles la llegada del carruaje que debia conducirlas al teatro.

Eugenia enjugó sus ojos húmedos aun por el dulcísimo llanto que amor le hacia derramar por uno de sus locos caprichos sobre las frescas rosas de su virginal semblante, despues echó sobre sus hombros un chal, y acompañada de Luisa bajó la escalera y subió al carruaje que partió en seguida.

Apenas llegaron al proscenio, Eugenia se detuvo un instante frente al telon de boca que por el momento las ocultaba á las miradas de la platea, y pareció querer dominar el deseo que la impelia á examinar el patio por los agujeros del telon; pero no pudo vencerse y avanzó. Luisa la seguia y se colocó á su lado muda é inmovil.

Un ligero estremecimiento agitó el cuerpo de Eugenia, se dilató su pecho y se entreabrieron sus labios dejando escapar un leve suspiro.

—Allí está! esclamó Eugenia. ¡Oh! siempre, siempre superior á la platea, puesto de pié en la galería, y pronto á lanzar sobre mí su mirada ardiente y espresiva.

—¿Y no es esto una locura amiga mia? continuó dirigiéndose á Luisa. ¿Dejarme dominar por la mirada de un hombre, de un hombre á quien no conozco, á quien no he visto apenas y de quien aun no he oido el sonido de su voz? ¡Ah! pero él es efectivamente hermoso! En su trigueño semblante, en su barba negra como el ébano se retrata el tipo de la fuerza: sus ojos rasgados y llenos de inteligencia, manifiestan la nobleza y la altivez de su carácter! Vedlo, Luisa, que noble y hermoso es, y como parece mirar con desden y frialdad esa platea que lo cerca, pero como si existiera lejos de él!

Luisa iba á contestarle, pero el pito del escenario hizo señal de desocupar la escena; y le impidió que tuviese tiempo de examinar al hombre que Eugenia le describia con entusiasmo. Las dos amigas se dirigieron pausadamente entre bastidores y escucharon con cierta emocion las primeras armonías de la orquesta que empezaba la sinfonía de obertura.

Era aquella noche la última en que se daba la *Semiramis* y el teatro se hallaba literalmente atestado. Los *dilletantis* no querian perder la última de esas embriagadoras noches de *Arsace* y de *Semiramis* en que la voz y el semblante de las jóvenes d'Armilly parecian resucitar del polvo de los siglos aquellos dos personajes, con las mismas sensaciones que los agitaban en el amor y en el crimen.

Eugenia cantó en esta noche como nunca; pero su mirada que paseaba otras veces impávida por la platea, sin corresponder aun á los que procuraban sorprenderla, parecia fijarse en alguien y dejar conocer que ese alguien era el elegido de su alma enamorada.

Al final del último acto, una corona magnífica, arrojada repentinamente por una mano invisible, cruzó el espacio, yendo á caer á los piés de Eugenia, que levantó y besó como de costumbre.

El telon cayó al estrépito de repetidos aplausos y bravos que se estinguian á proporcion que el entusiasmo iba cediendo el lugar á los frios comentarios de los críticos.

La corona que Eugenia acababa de recibir, y en la que parecia haberse olvidado el nombre de Luisa, era la mas espléndida y rica de cuantas le habian sido ofrecidas.

—En efecto! dijo Luisa, examinando la corona sin la mas leve muestra de envidia, antes bien poseida de un sincero placer, solo á un príncipe podria ocurrírsele regalaros esta corona, en que el oro y los brillantes resplandecen sin cesar!

—Tal vez sea el obsequio de una nueva sociedad de esas que es costumbre organizar con este objeto, murmuró Eugenia, que sin embargo creia otra cosa bien distinta de lo que decia; porque apenas se vió sola, besó con entusiasmo las cintas y las flores, entre las que buscó con mano trémula y agitada, un objeto cuya presencia adivinaba allí.

Así era en verdad: un pequeño papel cuidadosamente doblado y sujeto entre las flores llamó la atencion de Eugenia que se apoderó inmediatamente de él disponiéndose á la lectura. Un ligero

rubor coloreó sus mejillas, y los brazos se le cayeron, sin fuerza para osar llevar á la altura de sus ojos la amorosa carta; pero la ansiedad del alma venció el temor de la vírgen, y...

He aquí el contenido:

«Señorita:

»Desde la primera noche que os he visto, sentime preso y fas»cinado como todo el auditorio que me rodeaba, y ante el cual »apareciais, por la espresion enérgica de vuestros ojos, de vues»tro genio! Creyendo que esa sensacion no pasase de la sensacion »que generalmente habeis producido hasta hoy, hice esfuerzos »por evitarla y aun olvidarla; pero vuestro recuerdo me seguia »siempre, y conocí que en mi pecho se abrigaba algo real y posi»tivo que despertaba en él el recuerdo de vuestra bella imágen! »Hoy no vivo ni pienso sino por vos, y llega mi locura al punto »de haceros una declaracion, como tantas que habreis aceptado; »pero que no es como aquellas dictada por los labios. Entre las »sombras y el silencio existe un hombre poderoso que os ama con »lo íntimo de su alma, y que sufriria una eternidad de tormentos, »por una palabra sola de vuestros labios!...

XVIII.

El banquero retirado.

Al siguiente dia, luego que las dos jóvenes d'Armilly concluyeron su estudio, entró á la sala de la señora Aspasia, y anunció un nombre que hizo palidecer á Luisa, y que habria hecho soltar una carcajada á Eugenia si no se sintiese herida por la sensacion profunda que la conmovia.

Ese nombre era el del baron Danglars: Eugenia ya habia conocido los cumplimientos con que su madre saludó su nueva carrera de artista; y calculó desde luego que su padre presentaria el contraste de aquel orgullo de estirpe que alimentaba la baronesa

Danglars y señora de Servieres, esto es, la hija de una de las mas antiguas y nobles familias de Francia. Volvióse, pues, hácia Luisa, diciéndola con una lijera sonrisa en los labios:

—No temais, mi buena amiga; conozco bastante el señor Danglars, y os aseguro que su visita será mas agradable que la de mi madre. Vais á convenceros.

Y en seguida hizo señal á la señora Aspasia para que introdujese al baron Danglars; que entró poco despues en la sala.

Vestia el baron con seriedad y cierto cuidado que dejaba conocer bien hallarse en buenas circunstancias. En su tosca fisonomía se retrataba el placer, espresando claramente la ambicion de su alma avara.

—¡Hija mia! esclamó con voz de falsete acompañada de un ademan de estudiada importancia. Oh! inútil seria preguntaros como lo pasais, porque la salud y la felicidad forman en vuestro rostro un lindo cuadro de animacion muy superior á la de las antiguas escuelas de Miguel Angel y Rafael!

Eugenia cambió rápidamente con su amiga una mirada de inteligencia.

—Aunque yo padeciese, padre mio, dijo ella besándole respetuosamente la mano, no lo podriais advertir porque mi rostro solo dejaria traslucir la sensacion que esperimento al veros. A mas de esto el placer que siempre he tenido en estar al lado de mi querida Luisa d'Armilly, y el estudio del arte que profesamos, es un poderoso estímulo para animarme.

—Permitid que os presente mis cumplimientos, señorita d'Armilly, y que os felicite por los desvelos con que formásteis el alma de vuestra interesante discípula; dijo afectadamente el baron inclinándose ante Luisa d'Armilly.

—Sentaos, padre mio, dijo Eugenia, indicándole una silla y sentándose ella misma al lado de Luisa.

Hubo un momento de silencio durante el cual el baron Danglars se entretuvo en pasarse la mano por los cabellos mirando con inquietud al rededor de sí como para reconocer bien la po-

sicion en que se habia colocado súbitamente su presa, pues que sentia se le iba de entre sus manos.

—Y bien, padre mio, ¿hace mucho tiempo que estais en Roma? preguntó Eugenia con remarcable curiosidad.

—Sí, hace algun tiempo, pero vivo un poco retirado... quiero decir retirado de Roma, y aun del comercio. Felizmente ví ayer con asombro y placer la bella Semiramis que ha entusiasmado á toda la poblacion.....

—Perdonad, padre mio, pero entonces no podeis menos de haber visto tambien á mi amiga Luisa.

—Oh! sí, pero yo soy padre, Eugenia, y en mi corazon no habia otro sentimiento que no fuese por vos, aun cuando á primera vista reconociese el talento de la señorita d'Armilly.

Luisa inclinó levemente la cabeza, y el baron correspondiéndole prosiguió.

—Y como los ojos de un padre cariñoso son dotados de estraordinaria vista cuando se trata de sus hijos, fácil me fué conocer bajo la diadema de la noble reina de los Asirios la hija á quien siempre he idolatrado con lo íntimo de mi alma. Formad ahora un idea de lo que habré sentido, Eugenia, cuando oí á la sociedad escogida de Roma aplaudir con entusiástico delirio el genio elevado de una hija mia. Ah! es imposible dejar de sentir cierto orgullo.

—¿Y cómo está mi madre? preguntó Eugenia repentinamente sin dejar de observar el sobresalto que el baron esperimentó al oir tal pregunta. Eugenia habia notado que su madre no le hablára del baron, ni este de la baronesa, y suponiendo que ellos estaban en desinteligencia, quiso cerciorarse.

—La baronesa...... respondió el baron Danglars, acordándose de finjir un pequeño ataque de tos que lo afectaba desde algun tiempo en ciertas ocasiones; la baronesa viaja.

—Es un bello pasatiempo, observó la señora d'Armilly.

—Y cómo no la habeis acompañado? preguntó Eugenia.

—Yo aprecio antes que todo, el sosiego, mi querida Eugenia,

respondió el baron; estoy cansado y no doy importancia á los pequeños placeres que se disfrutan en los viajes, á trueque de grandes incomodidades. Oh! agregó él, tosiendo mucho, yo no me avengo mucho con los viajes.

—Me habeis dicho que viviais algo retirado de la ciudad de Roma?

—Es verdad: resido cerca de la pequeña ciudad de *Aqua Pendente*, donde tengo una muy reducida vivienda que desde ahora pongo á vuestra disposicion.

—Os lo agradezco, padre mio; pero por desgracia no podré aprovecharme de vuestro obsequio, pues los trabajos consecutivos á que estamos obligadas por nuestra contrata, nos lo impiden.

—Oh! interrumpió el baron, mas yo espero al menos que me dareis el placer de una pequeñísima visita.....

—Os interesa tanto esa visita....?

—Buena pregunta! esclamó el baron. Voy á esperarla con todo interés, y desde ahora creo que no tardareis en ir acompañada de vuestra interesante profesora y amiga, á dar una vista á aquella pequeña propiedad, que tambien quedará á vuestras órdenes desde hoy en adelante, y á llenar de júbilo mi corazon, Eugenia.

—Sois muy amable, padre mio.

—Os aseguro que no encontrareis allí aquellos enormes libros, aquellos voluminosos legajos de papeles, aquellos interminables guarismos que tanto os incomodaban en mi gabinete de París. Yo me he retirado ya del comercio.

—Os felicito, dijo Eugenia. En los guarismos no existe la menor poesía.

—Se hacen abominables, esclamó Luisa.

—Pero creo que no dejareis de sacrificarles algunos momentos... por ejemplo, cuando recibais el precio de vuestras contratas... que no debe ser pequeña suma.

—Por quien soy, padre mio, esclamó Eugenia; yo creo en la

buena fé de los señores empresarios; y además, ¿qué valen diez ó doce piastras de menos?

El baron frunció las cejas y dijo:

—Pero esa falta, repetida diez veces... hace la suma de cien piastras, que con otras cien, hacen doscientas, y finalmente; multiplicándolas en períodos sucesivos.....

—Poco importa, respondió Eugenia con toda la indiferencia posible para hacer entender al baron que las circunstancias pecuniarias eran buenas, y que por eso ella no tendria necesidad de aceptarle cosa alguna, ni él tendria ocasion de ofrecerle nada.

—Muy bien, hija mia, yo respeto los diferentes modos de pensar. Ahora, lo que me resta despues de haberos abrazado, es daros la señas de mi casa, pues estoy muy cierto de vuestra delicadeza para que me atreva á dudar un solo instante, que me dareis allí el placer de abrazaros de nuevo con toda brevedad.

Diciendo esto sacó de su cartera una tarjeta riquísima y la entregó á Eugenia.

—Espero señorita Luisa d'Armilly, agregó con una sonrisa que se esforzó en aparentar amable, que no rehusareis en acompañar á vuestra discípula.

—Oh! jamás nos separamos, señor baron, contestó Luisa.

El baron se despidió de Eugenia, saludó á Luisa y se retiró complacido de la manera como se habia ganado las simpatías de la primera.

—Y bien, amiga mia, preguntó Eugenia apenas el baron se hubo retirado, ¿no ha estado mi padre estremadamente amable?

—Pero no alcanzo yo bien esta diferencia, respondió Luisa. En París era mas económico de sus palabras, y jamás se escuchaban de sus labios esas espresiones de ternura para con su hija, como acaba de usar ahora.

—Oh! es porque en París estaba en carácter.

—Cómo?

—Era banquero.

—Y qué importa?

—Un banquero no tiene hija, ni mujer, ni amigos... tiene guarismos solamente.

Conviene ahora que espliquemos nosotros el modo singular como el baron Danglars pasó rápidamente en su estrema penuria á poseer una pequeña casa de recreo cerca de Aqua Pendente; porque nuestros lectores deben tener curiosidad de saber cómo se operó esta metamórfosis.

Luego que el baron Danglars salió de la casa de su hija Eugenia, se dirigió apresuradamente hácia la plaza de España, que atravesó introduciéndose á la via *Frattina*, luego pasó entre los palacios Fiano y Róspoli y continuando siempre con igual ardor su camino se halló por último frente á la gran plaza del *Popolo*, por la que estendió su miradas como procurando distinguir algun conocido.

Un momento despues vió encaminarse hácia él un hombre que atravesaba desdeñosamente el lugar donde se acostumbraba colocar el tablado para las ejecuciones: ese hombre era Benedetto.

El baron sonrió á su encuentro.

—Hola, señor baron, pronto habeis concluido la visita á vuestra hija Eugenia! Creía que os demoráseis mas tiempo en abrazar á una hija que no habiais visto desde algunos años ha; tanto mas cuanto que pienso que no faltareis á los deberes de un buen padre.

—La ví, la abracé, y la he hablado, contestó el baron; nada mas tenia que hacer.

—Pero ni siquiera le habeis ofrecido vuestra casa?

—Oh! eso sí.

—Creo que no aceptaria vuestra oferta.

—Al contrario.

—Oh! entonces os felicito, señor, pues seria bien lamentable que entre un padre y una hija tan dignos uno de otro, no reinase la mas perfecta armonía. Vamos, señor baron, el carruaje nos espera y yo quiero instalaros en vuestra nueva posesion, porque tengo prisa de desempeñar las órdenes de la baronesa, vuestra esposa.

—Sois muy amable, señor, dijo el baron caminando á su lado. Yo hago la justicia debida á vuestros méritos; pero teneis un pequeñísimo defecto. Sois poco esplícito en vuestras palabras..... esto es, hablais siempre en un sentido vago... de manera que no comprendo bien aun el verdadero papel que desempeñais conmigo. Creo que sois un poco reservado, mi querido señor Andrés de Cavalcanti.

—Y vos sois una cosa muy semejante al cántaro de las Danaides, respecto al cual la forma parece cumplir el voto á que ellas se habian sujetado por su castigo.

—No os entiendo, dijo el baron abriendo desmesuradamente los ojos.

—Quiero decir: cuanto mas os prodiga la fortuna sus favores, tanto menos satisfecho os mostrais, dijo Benedetto. Estábais pobre y casi miserable en Roma, viviendo apenas con el mezquino salario de portero de un teatro; os procuré una entrevista con vuestra mujer y os habeis mostrado tan imbécil, ó tan sin destreza que ni aun supisteis abogar por vuestra causa.....

—Os aseguro que hice todo cuanto pude, esclamó el baron, pero la baronesa estaba inflamada como la pólvora, y aun que quise contener su terrible esplosion, sin comprender como sucedió, no pude evitar el desastre.

—Pues bien: supongamos eso, dijo Benedetto continuando el camino. Hace ocho dias que fuí nuevamente á buscaros y os espliqué las intenciones de la señora Danglars, de tal manera que os convencí de vuestra nueva independencia, y todavía osais decir que no comprendeis cual es el papel que yo represento con vos! ¡Esto es ser mas que tenáz, señor baron!

Entre tanto ambos habian llegado á un pequeño carruaje que estaba parado en la esquina de cierta calle próxima á una de las puertas de la ciudad; Benedetto hizo una señal al cochero, y abriendo la portezuela, indicó á su compañero que subiese, y subió él en seguida, sentándose bruscamente al lado del baron.

El carruaje se puso inmediatamente en marcha, y á poco rato, andaba por un camino que los alejaba de Roma.

Durante el viaje, el baron preocupado en la meditacion de sus proyectos, no habló una sola palabra con Benedetto, y este preparando bien el hilo del enredo que habia premeditado, tampoco interrumpió á su compañero de viaje.

Despues de algunas horas, el carruaje en vez de seguir el camino que se dirigia á Aqua Pendente, dobló á la izquierda y entró en una especie de senda á la derecha de la que se elevaban las ruinas de uno de esos famosos acueductos que abundan en las cercanías de Roma, y que, como ya lo hemos dicho al principio, se asemejan á diformes fantasmas petrificadas en su carrera. Las piedras que el tiempo habia sacado de su quicio de aquellas enormes masas de granito, rodaron por la campiña; y sus fragmentos aquí y allí esparcidos ó hacinados, obstruian el camino.

El carruaje disminuyó su velocidad, el baron, asomándose á la portezuela pudo distinguir perfectamente los objetos que lo rodeaban: á corta distancia blanqueaban las paredes de una reducida vivienda, medio arruinada, y que parecia encerrada en un pequeño jardin inculto, en que la maleza y el musgo habian crecido por todas partes.

A poco rato detúvose el carruaje frente á la puerta con gradas de ese pequeño jardin, donde se apearon el baron y Benedetto.

En otro tiempo, el baron Danglars habria clasificado sin demora la escuela á que pertenecian dos enormes estátuas de piedra que se elevaban sobre sus pedestales á los lados de la puerta; pero en ese momento se contentó con hacer notar el descuido con que se habia dejado que el musgo y las malezas revistiesen sus contornos, debidos sin duda al cincel de algun hábil escultor.

—Entrad, baron, dijo Benedetto, y dejaos de advertir descuidos, porque esta propiedad está inhabitada hace largo tiempo.

Y atravesaron la inculta alameda del jardin, subiendo luego una pequeña escalera de piedra cuyos escalones estaban tapizados de musgo; esta escalera conducia á una pequeña plataforma

que tenia dos puertas á la casa. Detúvose allí el baron un momento, dirigiendo una mirada con que abarcó todo el jardin que lo rodeaba. Por entre el boj crecido de las calles y la yerba espigada que abundaba en las piedras, se elevaban estátuas de mármol de diferentes tamaños, pero muy deterioradas: habia además un lago, en cuyas fangosas aguas se oian los saltos y el zambullido de una multitud de ranas que se escondian apresuradas, despertando al sonido de la voz y el ruido de los pasos del baron y de Benedetto. Todo era ruina y soledad.

Benedetto abrió una de las puertas de la plataforma y presentó á la vista de Danglars una sala cuyas paredes estaban forradas de raso en el que habia tejidos algunos pasajes de la mitología, tales como la caida de Faetonte, el suplicio de Prometeo, el rapto de Europa, el juicio de Paris y otros.

Los muebles de esta sala eran antiquísimos, y no presentaban aquel aspecto de ruina que se advertia en el jardin, aunque estuviesen cubiertos de una espesa capa de polvo y envueltos con las ingeniosas telas de esos insectos laboriosos, á que se llama arañas, y que parece fueron criados por la naturaleza para ofrecer constantemente al hombre la perspectiva de la utilidad que él puede sacar del trabajo diario de sus manos. De las ventanas pendian cortinas de terciopelo descoloridas por la accion del sol; la estufa demostraba no haberse usado hacia mucho tiempo, y las tenazas cubiertas de orin estaban arrojadas en desórden lejos de allí, atestiguando el movimiento brusco de la última persona que las habia usado.

El baron, despues de observado atentamente el aspecto de felicidad que le ofrecia este recinto, se aproximó á Benedetto, y osó interrumpir la meditacion profunda á que parecia entregarse frente á uno de los cuadros que se dibujaban en el tapiz de las paredes.

—Ved aquí, dijo Benedetto, sin fijar su atencion en el baron; ved aquí representado el tribunal incorruptible que nunca juzga los hechos por los hombres, sino los hombres por sus acciones!—

Allí no habia ni amigos, ni dinero, habia únicamente la ley que rige al Universo, y ante la cual descendia la corona ó la cuchilla sobre la cabeza del culpable, aunque él fuese omnipotente como Dios!

Y en seguida soltó una carcajada.

Un tribunal semejante solo podia existir en la fábula, y los hombres le dieron el lugar correspondiente despues de reconocerse imperfectos en su justicia!

—¡Hola! Sr. Andrés, esclamó el baron Danglars, maravillado de escuchar el lenguaje de Benedetto; parece que os entregais profundamente al estudio de la moral de los hombres.

—Estudio un poco de todo, señor baron, porque mi camino en el mundo es harto difícil, y necesito llegar al término de mi viaje! Dejemos entre tanto reflexiones, y vamos á lo que interesa. Esta casa os pertenece desde hoy; aquí teneis vuestros títulos de posesion.

Y le entregó un papel, que el señor Danglars examinó con avidez, haciendo despues un gesto de amabilidad.

XIV.

La via Appia.

Benedetto esplicó al baron por medio de una de sus ingeniosas invenciones de un modo tal el comportamiento de la baronesa, que este creyó ciegamente cuanto le decia.

He aquí como.

La baronesa, afectada por un pesar oculto, determinó abandonar la sociedad; pero no obstante, considerando la estrecha pobreza de su marido, quiso asegurarle cierta independencia, y por lo mismo habia encargado á Benedetto de traspasarle los títulos de posesion de aquella pequeña propiedad, á los que la buena señora agregaba un regular peculio que en las especuladoras manos de Danglars podia producirle una renta suficiente para los gastos diarios de un banquero retirado. Resta ahora conocer las

supuestas relaciones entre Benedetto y la señora Danglars; pero el baron comprendia bien los caprichos de la interesante baronesa, y le importaba poco esta circunstancia una vez que ella habia servido de causa para su mediocre fortuna: así pues, nada preguntó á Benedetto sobre este punto, y solo quiso saber algo sobre su nuevo estado.

Benedetto le satisfizo lo mejor que pudo, y el baron Danglars se admiraba cada vez mas de lo que le sucedia, y solo hallaba como una cosa muy estraordinaria el que se hubiese elegido una casa tan distante de Roma. Pero, entregado á sus nuevos proyectos de banquero retirado, olvidó en breve lo que en un principio le inquietaba.

Pasada una semana, ya la propiedad tenia alguna apariencia de confortable; esto es, el jardin estaba limpio; el polvo de los muebles sacudido; las estufas tenian fuego, y dos criados servian con todo respeto al nuevo propietario.

Benedetto hacia algunas visitas al baron, que le recibia con el mejor agrado; en una de esas visitas halló al señor Danglars muy preocupado en los arreglos de su casa, y el ex-banquero le anunció que al dia siguiente esperaba la visita de su hija Eugenia.

—Ah! señor Andrés.... yo no sé si debo ó no rogaros que me acompañeis.... aquel suceso de Paris.... Quién sabe si os será agradable encontraros con mi hija y.....

—De ningun modo puedo disponer mañana del dia, señor baron, respondió Benedetto; pero puedo daros un consejo que os servirá de mas que mi presencia.

—Cual?

—Haced preparar como para que pueda recibirse por una ó dos noches á una señora.

—Y para qué!... esclamó el baron estupefacto. Una señora.... buen huésped por vida mia! pero quién es la señora....

—Vuestra hija.

—Es posible!.

—Ya os lo he dicho, baron.

—Teneis pues, el don de adivinar....?

—Quizá.

—Será acaso debido á aquella célebre reliquia—la mano del muerto.....

—Señor, esclamó Benedetto con un ademan imperioso que hizo helar en los lábios del baron la risa burlona, que á ellos asomaba; si pudiérais alcanzar bien de lo que es capaz la mano del muerto, alzada aun sobre la tierra que le cubre..., os estremeceriais con la mision horrible y misteriosa que tiene que cumplir! Señor, la justicia no debe ser un fantasma vano como los hombres se la representan, ya refiriéndose á la ley del cielo ó á la de la tierra! Para patentizar estas verdades... hubo un poder absoluto, una voluntad superior y omnipotente que alzó del sepulcro la mano del muerto sobre el vivo, soberbio y orgulloso!

Y al decir esto, Benedetto salió precipitadamente de la sala, dejando al baron impresionado por la rápida mudanza que parecia haberse operado en el espíritu de aquel hombre.

Benedetto salió de la casa del baron, montó á caballo y se dirigió á toda prisa hácia la ciudad; pero en vez de atravesar la puerta continuó su camino estramuros y entró en la famosa via Appia, y fué á detenerse frente al circo de Caracalla.

Era de noche; la luna acababa de aparecer lanzando los rayos de su pálida é incierta luz en aquella inmensa escavacion circular que se presentaba á los piés de Benedetto, y en la que una alma timorata creia ver una procesion de fantasmas blancos, repitiendo entre los suspiros de la brisa los horrores que nos trae á la memoria el nombre del famoso tirano!

Benedetto, sin embargo, no prestaba la menor atencion á estas ilusiones, y procuraba apenas distinguir allí la presencia de un hombre á quien buscaba.

Al poco rato apareció ese hombre embozado en una oscura capa y seguido de otros dos que se alejaron rápidamente á una señal misteriosa que les hizo, mientras él caminó en direccion á la via Appia.

Benedetto salió á su encuentro y le dijo:

—Pepino!

—Escelentísimo! respondió este deteniéndose y mirando á su alrededor hasta que distinguió á Benedetto.

—Y las instrucciones que te di?

—Se han cumplido, señor!

—Veamos: Qué hace Luigi Vampa?

—Dominado por una pasion misteriosa que le arrebata, hace ocho dias con sus noches que no parece en las catacumbas de San Sebastian, donde habitualmente tenemos nuestro cuartel general. Nuestros valientes murmuran de este abandono; muchos de ellos, temerosos de que su jefe les haya traicionado, han huido. Yo, que en ausencia de Vampa estoy á la cabeza de la cuadrilla, apenas cuento con ocho hombres, que están mas bien dispuestos á retirarse si Luigi Vampa no se deja ver en breve.

—Bravo! murmuró Benedetto. Y te has olvidado quizá de robustecer las sospechas de tus salteadores contra Luigi Vampa?

—Al contrario. Ya les indiqué la idea de hacer particiones.... pero las arcas están vacías, porque Vampa tuvo cuidado de limpiarlas.

—Eso no debe darte cuidado Pepino.

—Es verdad, escelentísimo, desde que me habeis asegurado mi independencia, respondió aquél.

—Y el buque?

—Está fletado y pronto á la primera señal.

—La tripulacion?

—Es de confianza y arrojo.

—El capitan?

—Oh! Escelentísimo; replicó Pepino suspirando, me habeis dicho que el buque no deberia tener mas que el piloto para dirigir la maniobra.

—Es verdad, replicó Benedetto: ejecuta pues con cuidado lo que voy á decirte.

Pepino hizo un gesto de afirmacion y Benedetto prosiguió:

—Despues de mañana á las cinco de la mañana, te embarcarás; el buque me esperará hasta las seis. Abandona las catacumbas, y tus subordinados busquen su vida...

—Oh! escelentísimo, interrumpió Pepino al instante; si los conociéseis... acaso los utilizariais, porque todos son hombres de gran esperiencia. Os advierto que este momento es el mas oportuno para ganarles su afecto.

—No os entiendo, dijo Benedetto con un aire imperioso.

—Quiero decir, que os digneis bajar conmigo á las catacumbas donde ellos os esperan, en virtud de haber ofrecídoles yo vuestra proteccion y apoyo.

—Eso es una locura! podrian sorprendernos...

—Mirad, señor, contestó Pepino señalando en direcciones opuestas dos bultos que se distinguian á lo lejos por entre los monumentos de la via Appia, allí están las centinelas que no dejarán aproximarse á nadie, ni al mismo Vampa si intentase volver.

—Y de qué me servirian tus hombres?

—Oh! son ocho; y estos ocho fueron escogidos por mí para tripular el buque; entre ellos hay cuatro que fueron marinos y conocen todos los puertos del Mediterráneo como yo los caminos de Italia. Os acompañarán á todas partes; y cuando ya no necesiteis de ellos ni de mí, arbolarémos bandera de corsarios en el mar Negro y el Archipiélago, donde se hacen buenas ganancias.

—Veo que eres hombre inteligente, Pepino;—y despues de un momento de silencio agregó:

—Camina, que yo te sigo.

El bandido romano empezó á caminar delante de Benedetto, dirigiéndose por un camino en declive que conducia á una abertura practicada en el terreno y á cuya entrada estaba apostado un hombre de centinela.

Benedetto, siguiendo siempre al bandido, bajó una escalera deteriorada que se encontraba en una oscurísima bóveda.

En el fondo de una galería brillaba un hachon resinoso, cuya rojiza llama agitada por el viento, esparcia sus trémulos rayos

en los muros del subterráneo: Benedetto se fijó en que habia en estos muchas escavaciones que parecian hechas como para colocar en cada una un féretro.

Al fin de la galería, habia una preciosa sala, sobre un altar de granito estaba colocado el achon: frente el altar se veia una mesa de mármol negro que parecia haber servido en otro tiempo de descanso á los cajones de los bienaventurados que allí se depositaban, pero que entonces servia de tabernáculo al festin de algunos hombres en cuyas fisonomías enrojecidas por el reflejo de la llama y por el vino se retrataba el sello de su vida criminal.

Estos hombres cantaban á la sazon en coro una cancion grosera, cuyas últimas palabras eran: *la vendetta*, *la vendetta*, *la vendetta*, repetidas con énfasis y entusiasmo. Pepino se detuvo, y sonriéndose dijo en voz baja á su compañero:

—Dejémosles concluir.—Juran vengarse de Vampa.

Despues se adelantó al centro del espacioso subterráneo, y sacando del cinto una pistola y un puñal, gritó:

—Amigos, levantaos: hé allí nuestro jefe! Preparémosle la bóveda fuerte para demostrarle que puede estar seguro con nosotros.

Los bandidos se callaron, levantándose con rapidez, y colocándose unos en frente de otros, alzaron los brazos armados de pistolas y puñales, formándose entre sí un camino por el que Pepino condujo á Benedetto.

Benedetto atravesó con firmeza bajo el terrible arco formado de las pistolas y puñales de los salteadores; ceremonia bien conocida y que se produjo entonces por un simple instinto de aquellos hombres que querian así atestiguar á su jefe el apoyo de sus brazos y de sus armas para defenderle la vida.

—Amigos, dijo Benedetto, volviéndose hácia los bandidos; puesto que os fiais de mí, yo me fio de vosotros.

—Sí, sí; ordenad y obedecerémos.

—Luigi Vampa, acaba de traicionaros, y dentro de poco sereis perseguidos aquí por la justicia; es pues necesario abandonar pa-

rá siempre este lugar. Pepino tiene ya mis instrucciones sobre este punto; podeis seguirlo.

—Oh! y nuestra venganza? replicó uno de los bandidos; no saldremos de aquí sin vengarnos de Vampa.

—Perded cuidado, contestó Benedetto; Vampa recibirá su castigo; y la sentencia que vosotros pronuncieis contra él, será ejecutada por la policía de Roma, que ya está prevenida y se prepara á sorprender al traidor.

De hoy en mas, vosotros sereis mi única familia, y yo me encargo de conduciros donde lo demandan vuestros intereses. Pepino, continuó Benedetto, dame una copa de vino, quiero beber con estos valientes camaradas en cuyos pechos existen mas nobles sentimientos que en los de muchos hombres que muestran sin recelo su rostro á la claridad del sol.

Pepino presentó una copa llena de vino á Benedetto, y todos los salteadores se prepararon con entusiasmo á este brindis como una alianza pavorosa. El hijo de Villefort lanzó un grito y elevó la copa, vaciándola en seguida de un solo trago; los bandidos imitaron su ejemplo. Concluido el brindis, Benedetto arrojó su copa contra las paredes del subterráneo esclamando; ¡ea! mis amigos; que sea esta vuestra despedida á las catacumbas de San Sebastian, á Roma y la Italia, puesto que un porvenir delicioso nos espera lejos de aquí. Quereis oro? lo poseereis con abundancia; sangre? la vereis derramar sin misericordia; adelante! adelante! que un genio vengador me llama á las playas de Oriente, donde prepara los altares para los sacrificios de una venganza justa y despiadada.

Los salteadores aplaudieron con feroz alegría las palabras de Benedetto, y momentos despues se hallaban desiertas las catacumbas de San Sebastian.

El hachon olvidado sobre el altar, ardió hasta consumirse, y con el último y rápido resplandor momentáneo, pareció repetir el triste adios de los bandidos al recinto que por tanto tiempo habian profanado.

Benedetto buscó su caballo que habia dejado atado á uno de los monumentos de la via Appia, y montando de un salto, se dirigió al galope hácia Roma.

—Corre! corre! murmuraba desapareciendo entre los monumentos como una sombra siniestra. Un demonio guia mis pasos, me inspira y me favorece con su inteligencia maldita. Mañana tendré en mis manos el oro de Luigi Vampa, el precio de muchas lágrimas y angustias de sus víctimas, y el premio de su cabeza de bandido; y todo esto será empleado tambien en su obra de lágrimas y de angustia... Edmundo Dantes, el triste ludibrio de tu horrible venganza, de tu pasion abominable, se presentará á tus ojos despues de haberte hecho sentir los disgustos y aflicciones que has derramado con tu mano poderosa en el pecho de mi desgraciado padre. No has sabido perdonar..., en vano solicitarás, pues, que te perdone. Tuviste el orgullo de creerte imponente como Dios, y tu orgullo se quebrará entre mis manos como un juguete de vidrio entre las de un niño. Edmundo Dantes; el rayo que rasga la nube y atraviesa el espacio, no respeta los edificios elevados, sino que los hiere con mayor furia.

Momentos despues, Benedetto se hallaba en las cercanías del magnífico edificio de Flavio Vespasiano.

Apeóse y en seguida se encontró cercado de seis ú ocho de esos industriosos sin industria que abundan en Roma al pié de los templos, teatros, monumentos y ruinas, cuyo método de vida consiste en repetir á los oidos del estranjero el orígen, fundacion y destino de esos famosos restos de la antigüedad, que son, por decir así, el libro de los siglos. Uno de los *ciceronis* tomó la brida del caballo, por ser quizá aprendiz en el oficio de *enseñar*, mientras sus compañeros rodeaban á Benedetto, diciéndole con toda cortesanía.

—Escelentísimo, la noche es bellísima, podeis seguirme.

—Para qué?

—Para ver el monumento de Flavio, el mas célebre de la Italia y de toda la Europa, donde podian olgadamente acomo-

darse ochenta mil espectadores. Venid, os mostraré el de las fieras y os esplicaré con certidumbre las medidas que entonces se adoptaban para impedir que aquellas se lanzasen contra los espectadores.

Benedetto respondió con un gesto de profundo desprecio á la solicitud de los *ceceronis*, y pasó por entre ellos introduciéndose en las famosas ruinas.

XX.

El Coliseo.

Este célebre anfiteatro donde en otro tiempo el suplicio de los cristianos servia de recreo á los romanos, parece tomar la denominacion que desde algunos siglos se le dá, de una estátua colosal de Neron colocada en él. Luego de concluida su construccion, aquel vasto edificio, que tambien espresa el orgullo salvaje de los antiguos romanos, tuvo sucesivamente tres diferentes denominaciones—La plaza de Flavio—Circo Romano—y Circo de Fieras.

Este último nombre duró poco, y hoy todos ellos han cedido su lugar al sencillo de *Coliseo*, que trae su orígen de la palabra *Coloseo*.

Benedetto subió las escaleras que conducen á los restos de la Tribuna Imperial, y de allí tendió su vista por el vasto anfiteatro, como si su mirada pudiese vencer las sombras que la noche esparcia á la manera del tiempo, en los restos de la pompa romana.

En los sitios menos iluminados por la luna brillaban algunos hachones en el centro de pequeños grupos de curiosos, á los cuales un *ciceroni* esplicaba la construccion del fastuoso edificio en ruinas. El hijo de Villefort bajó la escalera que lo habia conducido á la Tribuna Imperial, y evitando el encuentro con aquellos pequeños grupos de investigadores, caminó por el centro de las

ruinas en direccion al llamado circo de fieras, que entonces parecia desierto: el ruido de pasos le hizo detenerse un instante, y se ocultó en la sombra de una de aquellas columnas gigantescas que sostinen el famoso techo de los pórticos.

Poco despues, Benedetto vió aparecer un hombre envuelto en una capa oscura, iluminado por uno de esos rayos tristes de la luna. Ese hombre miraba la llama roja y trémula de uno de los hachones de los *ciceronis* que brillaba á poca distancia.

—Es ella! murmuró el desconocido, siempre con la mirada inquieta, examinando los movimientos de la llama. Es ella!...... esa mujer á quien yo no puedo olvidar ni un momento. ¡Infeliz de mí! arrastrado por este delirio loco ¿á dónde iré? Oh! Eugenia... Eugenia... tú serás mia!

—Es Vampa—se dijo Benedetto, en el momento en que el bandido mirando inquieto en derredor de sí, dejó bañarse el rostro por los rayos de la luna, en la direccion en que Benedetto estaba oculto.

La luz del hachon que brillaba en esta parte de las ruinas, empezó á aproximarse al circo de las fieras, y Vampa se estremeció involuntariamente, dirigiéndose á la columna en que se habia ocultado Benedetto.

En este momento aparecieron á la entrada del circo dos mujeres precedidas por el incansable *ciceroni*, que estendió el brazo con la tea, cuya luz agitada lanzó sus inciertos rayos á las profundidades del circo; en que las dos mujeres procuraban hacer penetrar su curiosa mirada.

—Ved, dijo el *ciceroni*. Allí era el circo de las fieras donde lanzaban sus gritos de rabia y de hambre, antes de ser conducidas á la plaza; y donde despues se recogian hartas de carnicería, bañadas en sangre y con la mirada rabiosa. Allá, continuó el *ciceroni*, designando un lugar iluminado por la luna, era la puerta por donde entraban los condenados, para no volver á salir jamás. Mas allá era la tribuna de los emperadores, donde ellos venian á examinar la rabia de las fieras, y á escuchar con desprecio las

súplicas de los cristianos y de los esclavos destinados á los juegos bélicos.

El *ciceroni* se calló, conservando el brazo elevado con la luz mientras ellas apoyadas en el brazo una de la otra, se entregaban á las sensaciones que les despertaban el lugar y las esplicaciones dadas por el *ciceroni*.

—Luisa, dijo la mas jóven: tengo deseo de bajar al lugar en que muchas víctimas temblaron en la agonía, bajo las garras de esas fieras terribles del Asia y del Africa; quiero meditar allí sobre aquel suelo regado por la sangre y por las lágrimas de muchas mujeres que abrazaban por última vez á una hija, á una amiga, queriendo así defenderlas de la saña de los monstruos. Venid, Luisa... venid amiga mia...

El *ciceroni* lanzó una mirada investigadora é inteligente sobre las dos mujeres y se conservó inmóvil, esperando que le hiciesen alguna señal para bajar tambien; pero las dos amigas nada le dijeron, y él, acostumbrado ya á estos caprichos de los visitantes, se contentó con alumbrar los escalones de la escalera con el hachon; despues arrimando éste á las piedras esperó con calma que ellas volviesen, aprovechando su tiempo en pasar por los dedos de la mano derecha las cuentas de un rosario, y en fumar un cigarro con la izquierda.

Eugenia Danglars y Luisa d'Armilly llegaron al circo, en cuya estension paseó la primera su mirada enérgica, y la segunda aquel trémulo y breve mirar que la caracterizaba fuera de la escena.

—Amiga mia, dijo Eugenia, ¿tiemblas? ¿Y por qué... no ves que estamos completamente solas?... Te contristan por ventura los lúgubres recuerdos que este lugar despierta?... Reconozco que hice mal en proponerte irreflexivamente esta visita al coliseo; yo te juzgaba menos tímida! Oh! pues quien habia de comprender que la sombra de la noche, y un monton de ruinas, tenian el poder de amedrentar tu alma!... este silencio augusto y solemne, estas sombras majestuosas que producen las gigantescas columnas

de todo este edificio que los siglos han contemplado siempre con admiracion... los recuerdos que despiertan cada una de estas piedras, este suelo, teatro verdadero en que el despotismo y el sufrimiento tendian sus lazos horribles... todo esto lo comprende perfectamente mi alma!... Oh! Luisa, si hubieses tú amado una vez como yo amo... si hubieses alguna vez consagrado tu pensamiento á un ser que el destino encadenó por un capricho á nuestro ser, y que hace por decirlo así, una parte esencial de nosotros mismos .. Oh! entonces tú amarias la sombra, el silencio y el aislamiento!

Vampa escuchaba las palabras de Eugenia, Benedetto oia distintamente los latidos violentos del corazon del salteador romano, pues como ya dijimos, la columna en que Benedetto se habia ocultado, era la misma en que el famoso bandido se habia apoyado.

—Eugenia, dijo Luisa, yo comprendo bien lo que te inspira este silencio, esta sombra y este aislamiento en que tu alma, libre de otras imágenes, se entrega libremente á la contemplacion de aquello que hoy mas de cerca la afecta.., yo que no sufro la misma impresion de ese sentimiento escesivo que domina y absorve tu pensamiento; yo, que no tengo la energía y la fuerza de tu carácter, vacilo y tiemblo al oir la menor vibracion, y el aspecto de cada una de esas piedras me asusta: pareciéndome ver elevarse un lúgubre fantasma que nos lanza su mirada siniestra y feroz, como la de las fieras, ¿qué quieres?.. soy tímida, soy débil.., soy como todas las mujeres... y solo tengo una diferencia de todas ellas; no amo.

Eugenia, sin escuchar á su amiga, avanzaba triste y pensativa por el circo. Luisa se vió obligada á seguirla.

—Eugenia, Eugenia! dijo repentinamente Luisa, agarrando con su mano trémula el brazo de Eugenia.

—Alguna vision que te aflige, amiga mia? preguntó Eugenia deteniéndose.

—Oh! no... no es simple vision, respondió Luisa despues de una breve pausa y esforzándose para hablar.

—Tu mano está fria, dijo Eugenia, ¿tienes miedo?

—Quisiera no tenerlo, mas... no lo puedo vencer, replicó Luisa.

—Veamos: que te asusta?

—Mira, dijo Luisa casi sofocada, designándole una de las columnas. Allí está un hombre.

—En dónde?

—Allí, en la cuarta columna, contando de la izquierda del pórtico.

—No le veo.

—Se habrá ocultado tal vez. Oh! yo he distinguido allí la figura de un hombre.

—Veamos; quizá una ilusion, la sombra de una columna: apuesto á que era un hombre gigante!

—Eugenia, Eugenia... retirémonos!...

Luisa dando el brazo á Eugenia se disponia á volver hácia la escalera para retirarse, pero retrocedió rápidamente dando un leve grito ahogado por el terror.

—¡Dios mio! murmuró Eugenia.

Luigi Vampa estaba delante de las dos amigas.

Inmóvil como una estátua, el bandido se conservó con su mirada fina y penetrante, clavada en el rostro de Eugenia, y esa mirada parecia decir mas de lo que los labios serian capaces de espresar.

En fin, la situacion necesitaba algunas esplicaciones puesto que Luigi Vampa parecia disputar el paso á las dos amigas. Así pues, se sacó el sombrero dejando caer la capa y habló.

—Señora, bien os dije yo, que en las sombras y en el silencio de la noche existia un hombre que sufriria una eternidad de tormentos por una simple palabra de vuestros labios. Buscásteis la sombra y el silencio de la noche y... me encontrásteis. Ahora, deberé esperar esa palabra, ó preveer un futuro de tormentos para mi alma! Hablad.

El susto de Luisa d'Armilly, le habia producido un lijero des-

mayó, como sucede á las personas nerviosas, y la pobre jóven apoyada á una de las piedras de aquellas ruinas, con el rostro oculto entre las manos, ni veia ni oia al salteador. Eugenia por el contrario, lo veia y oia, no con temor, sino con una mezcla inesplicable de miedo y de placer, porque ella acababa de reconocer en el hombre del coliseo, al misterioso espectador del teatro Argentino.

—Señor, murmuró ella, aprovecho únicamente esta ocasion inesperada para agradeceros el obsequio que nos brindásteis en la última representacion de Semiramis; quien quiera que seais, creed en mi profundo reconocimiento.

—Y nada mas? pregunto Vampa con la voz demudada y el gesto sombrío.

—Es cuanto debo deciros.

Eugenia retrocedió un paso para despertar á Luisa; pero el salteador avanzó otro, y arrodillándose rápidamente le tomó la mano y dijo:

—Señora, señora! Oh! qué mal pagais el sentimiento profundo que me habeis inspirado....!

—Olvidadlo! murmuró Eugenia queriendo retirar la mano de los labios ardientes de Vampa, pero le faltaban las fuerzas para el sacrificio.

—Oh! imposible.... imposible! continuó Vampa. Sabeis que palabra fatal habeis pronunciado ahora?.... ¡Olvidaros! Oh!..... no: no puedo.....

—Levantaos..... idos... dijo Eugenia; el impulso momentáneo de ese sentimiento que me confesais, puede ser clasificado como locura, si quisieseis prolongarlo.

—Al menos... una palabra sola de esperanza.

—Y qué derecho teneis para exijírmela? preguntó Eugenia.

—Os la suplico....!

—Señor..... esto no pasará de una de esas aventuras maravillosas de algunas novelas..... Espero que la rapidez del pensamiento la deje olvidada en estas sombras y en estas ruinas que nos

cercan, donde sin duda habrán resonado ya palabras semejantes á las vuestras, y que no serian repetidas fuera de este recinto. Mañana os reireis de vos mismo..... pero no de mí.

—Ah! os comprendo! dijo Vampa con una sonrisa mezclada en amargura. Solo podriais creer en mis palabras, cuando os convenciéseis de que el tiempo no las desmiente!

—Bien lo veis.... replicó Eugenia; ni siquiera os conozco.

A estas palabras el salteador se levantó y su fisonomía se cubrió de una esposa nube de tristeza. Su mirada ardiente y apasionada se clavó fijamente en el rostro de Eugenia.

—Teneis razon!... pero no me impedireis que os siga á todas partes!

Diciendo esto levantó la capa, se envolvió en ella, y desapareció por entre las ruinas. Benedetto, que habia presenciado esta escena, salió tambien de su escondrijo, y siguió las pisadas de Vampa, murmurando:—voy haciendo progresos en mi estudio *arqueológico*; reconozco que el Coliseo es el lugar seguro de encuentros amorosos; y tan cierto, que los interesados ya no tienen necesidad de designarlo: apuntarémos este descubrimiento bajo la clasificacion de costumbres romanas.—Característico del Coliseo.

—Amiga mia! mi Luisa... dijo Eugenia moviendo el cuerpo de su amiga.

—Ah! el susto me ha helado, murmuró ella momentos despues.

—Te aseguro que fuiste víctima de un terror espantoso.

—¿Y el hombre? preguntó Luisa muy trémula.

—¿Cuál? replioó Eugenia, bien lo ves... aquí no hay hombres, hay únicamente noche, sombras, aislamiento. Vamos.

Las dos amigas subieron la escalera en donde las esperaba el fiel *cicerone*, que se levantó para recibirlas con una sonrisa encantadora que le granjeó de la mano de Eugenia, el doble de la paga estipulada para la esplicacion del monumento de Flavio Vespasiano.

Benedetto apresuró el paso, y alcanzó en breve á Luigi Vampa.

—Ah! ya me cansaba de esperar! dijo Benedetto con estudiado enojo. Y en verdad creia que hubiérais ido primero á cumplir alguna entrevista amorosa!

—Disculpadme, murmuró Vampa. Vagaba entre las ruinas y os habeis desencontrado conmigo; eso es todo.

—Pero me parece que no teniais mucha prisa de este encuentro.

—Por el contrario. Lo esperaba con interés, pues creo que habeis convenido conmigo en darme los esclarecimientos necesarios.....

—Vamos, voy á darlos. Recibí de vuestra mano ocho mil piastras para comprar con ellas el buen humor de aquel bribonazo baron Danglars; el hombre recibió el dinero, y os ha de recibir con toda delicadeza ocultando vuestro verdadero nombre. Ahora podeis presentaros en casa de vuestro antiguo huésped de las catacumbas. Eugenia, su hija, debe visitarlo mañana.

El salteador se estremeció de placer oyendo estas últimas palabras.

Benedetto continuó:

—Estamos, pues, de acuerdo. Efectuareis el rapto de Eugenia, y le propondreis el rescate proporcionado al capital que le suponemos. Despues haremos cuentas, capitan Vampa.

—Muy bien, dijo el salteador reflexionando un momento, durante el cual Benedetto no perdió uno solo de sus movimientos.

—Muy bien: voy á partir á casa del baron, y entretanto es necesario dar algunas órdenes á Pepino, lo que solo podrá ser hecho por persona de confianza. Quereis desempeñar esta comision?

—Sin duda. ¿Dónde encontraré á Pepino?

—En las catacumbas de san Sebastian, replicó el salteador. Ya no debo tener secretos con vos. Sabed, pues, que siguiendo á lo largo de la via Appia, encontrareis á vuestra izquierda la escavacion profunda del circo de Caracalla; ahí vereis una senda tortuosa que desciende por entre la roca; al principiar esa sen-

da, sobre vuestra derecha, está la entrada misteriosa de las catacumbas.

—Pero allí habrá probablemente algun centinela que me estorbe el paso.

—Le dareis una señal y pasareis adelante.

—Dádmela.

—*Al sus comodo!* respondió Vampa.

—¿Y las instrucciones para Pepino?

—Aquí están.

Y le entregó un papel manuscrito.

—Contad con mi celo.

Benedetto se retiró rápidamente, y salió del Coliseo, mientras que Vampa le seguia con una mirada siniestra murmurando:

—Ve, que no volverás! mi secreto quedará sepultado contigo.

XXI.

Comedia.

Bien podrá presumir el lector que Benedetto no se dirigió á las catacumbas de san Sebastian, á pesar de la recomendacion de Luigi Vampa; y sin embargo, Vampa, el famoso salteador que desde muchos años asolaba los alrededores de Roma, ese famoso salteador, protegido misteriosamente por las autoridades civiles, este hombre de una tan vasta cuanto fatal inteligencia, creyó ciegamente que sus planes estaban de tal modo combinados, que podria lograr impunemente sus deseos, mientras que Benedetto moriria á manos de los bandidos á la entrada de las catacumbas apenas saliese de sus labios la falsa seña que le habia dado.

Vampa estaba dominado por el delirio de esa pasion que lo arrebataba. Su sangre enardecida por la fiebre, le ofuscaba la razon; su mirar inflamado no veia ni conocia ya á los hombres y á las cosas con aquella perspicacia superior que le caracterizaba

antes de ahora. El delirio del bandido se asemejaba mucho al delirio fatal que precede á la muerte y que poco á poco se estingue dejando al hombre en un entorpecimiento brutal, sin dolor ni sufrimiento, y durante el cual se opera la separacion eterna entre el alma y el cuerpo!

Benedetto, por el contrario, sin la menor pasion que le alucinase, combinaba en perfecta calma sus ideas, calculaba con firmeza el punto hasta donde deberia avanzar, sin peligro de caer en Scila por huir de Caribdis; esto es, sin concluir á manos de Vampa, ó descubrirse á los ojos de la justicia.

De uno de estos peligros se habia salvado ya. Vampa, contando con que lo asesinasen en el momento de presentarse á la entrada de las catacumbas, no pensó mas en Benedetto; y Benedetto, que habia de antemano visitado al intendente de policía, nada temia por esta parte.

Vampa salió pues del Coliseo, media hora despues que las actrices, y bien embozado en su capa, dirigióse á la posada de Londres en la *via del Corso*.

Buscó á maese Pastrini, que lo recibió misteriosamente en el pequeño cuarto que le servia de escritorio.

—Ah! *signor* Luigi! esclamó aquél: cuanto tiempo hace que no tengo la honra de veros.—*Che cosa*?

—Un carruaje con todo lo necesario para ser perfectamente servido, respondió Vampa.

—Oh! creo que el último que os ha servido, llenó todos vuestros deseos *signor* Luigi, aunque hace mucho tiempo, todavía me ácuerdo: el carruaje salió de aquí conduciendo un francés que llevaba en su cartera una suma enorme, recibida de la casa Thompson y French, haria media hora. El carruaje siguió velozmente hasta las cercanías de Aquapendente, donde mudó caballos; volvió despues por otro camino én direccion de Roma y fué á dar al camino de...

—¿Al camino de que....? preguntó rápidamente Vampa, que habia escuchado todo esto con inquietud.



—Ah!... este es secreto que os pertenece y que el postillon no revela de miedo de su pellejo, respondió Pastrini.

—Muy bien, maese Pastrini... mejor es que no lleveis vuestra curiosidad hasta el punto de querer conocer cosas que no os interesan.

—*Sangre de Cristo!* esclamó Pastrini; decís una verdad como un puño, *signor* Luigi.

—Preparadme, pues, un carruaje como ese de que me habeis hablado, y un postillon tan inteligente como el que condujo al francés á su palacio.

—Carruaje y postillon pueden ser los mismos.

—Eso sería mejor.

—Para cuando lo necesitais?

—En el instante.

—¡Oh! andais muy de prisa, *signor* Luigi.

—Os he dicho que en el momento, repitió imperiosamente Vampa.

—Pero me dareis sin embargo tiempo para deciros dos palabras sobre este negocio porque lo creo muy urgente.

—Hablad!

—En primer lugar, dijo maese Pastrini, sabed que vuestro teniente Pepino no ha parecido por aquí.

—Habria faltado á mis órdenes si abandonase ni un momento nuestro *cuartel general*, respondió con enojo Vampa.

—Ahora bien: aunque no apareciese Pepino, he recibido un importante aviso confidencial de un agente particular de la casa de Thompson y French, que como sabeis, toma mucho interés en vuestra seguridad.

—Tal vez! murmuró Vampa.—Muchas veces hice retornar á sus cajas, con un pequeño lucro, los capitales que sus recomendados venian á estraerle aquí. La casa Thompson y French no pierde conmigo.

—Es, pues, el caso, continuó Pastrini, que el agente particular de que os hablé, ha venido ayer en busca de Pepino para noticiarle que un desconocido natural de Francia se habia presenta-

do al intendente de policía para recibir el precio enorme ofrecido por vuestra cabeza... Estad pues alerta.

—¡Hola! ¿y ese hombre habrá conseguido ya mi cabeza? preguntó Vampa con toda sangre fria.

—Espera, sin embargo, conseguirla; porque ya pidió auxilio de fuerza armada, prometiendo guiarla él mismo á vuestro encuentro.

—En qué punto? preguntó Vampa.

—Ahí está el secreto del traidor.

—¿Y su nombre...?

—Él solo y la policía lo saben.

—Y cuando debe efectuarse la empresa?

—Prontamente, *signor* Luigi, y así debeis no descuidaros. Mirad que la cabeza no es cosa que se debe perder como un puñado de piastras.

Vampa soltó una carcajada estridente cuyo valor no comprendió Pastrini.

—Ah! el traidor ya habrá recibido á la fecha el premio, esclamó Vampa. Vamos, maese; os he dicho que queria un buen carruaje y un postillon inteligente.

—Pero, y lo que os he dicho?... preguntó asustado Pastrini.

—Nada temo.

—¡Como!

—Pastrini, gritó Vampa: sois curioso en demasía, y esto es muy malo, porque me desagrada.

Pastrini murmuró una disculpa, giró sobre sus talones, saliendo inmediatamente de su pequeño escritorio, donde el salteador romano quedó esperando la llegada del carruaje.

Media hora despues, Vampa dejaba la posada de Londres, y subia á un carruaje de magníficos caballos, mientras Pastrini decia al postillon á media voz.

—Afuera de las barreras, con paso lento; su escelencia os dirá lo demás.

Y en seguida se retiró.

El postillon castigó los caballos, y el carruaje rodó á lo largo de la *via del Corso*.

Eran las nueve y media de la noche.

A las diez habia dejado atrás las murallas de Roma, que quedaban ya á alguna distancia: el postillon se encontró frente á tres caminos que conducian á diversos rumbos, y así sujetó los caballos esperando las órdenes del viajero.

Vampa sacó la cabeza por la ventanilla y le dijo:

—Por el camino de Aquapendente.

El carruaje volvió á rodar con duplicada velocidad.

Mientras Luigi Vampa se dirigia á las cercanías de la pequeña ciudadela, el baron Danglars, seguido de un criado que tenia en la mano un candelero con una vela encendida, acababa de pasar revista á su nueva propiedad desde las bodegas hasta los techos. El baron habia ordenado hacer una limpieza general en el edificio en la inteligencia de recibir al siguiente dia á la señorita Eugenia y á su amiga d'Armilly. Por esto examinaba escrupulosamente el trabajo de sus dos criados; de que sin embargo se mostraba poco satisfecho.

—Vamos! dijo él entrando á la sala tapizada de raso y sentándose *á lo banquero* en un enorme sillon de madera dorada con relieves y forrado de terciopelo punzó, mueble que por su gusto y estado de vejez, indicaba su orígen remoto: vamos, debo declararos que mis órdenes fueron ejecutadas, pero mal ejecutadas!

—Hicimos cuanto era posible, escelentísimo, respondió el criado; pero por muy limpias que estén estas salas siempre han de parecer enpolvadas por el triste aspecto de los muebles viejos y de las paredes llenas de figurones! Si todo esto se hubiese mudado como las cortinas de las ventanas, veriais como lucian estas salas.

—Sois un ignorante, gritó el baron; de otro modo dariais su verdadero valor á estos antiquísimos muebles, únicos restos del esplendor de alguna ilustre familia romana. En cuanto á las paredes, imbécil! os diré que presentan un magnífico cuadro de to-

da la mitología. Sabeis por ventura lo que es mitología? nó; pues bien, sabed que la mitología es una estupenda cosa.

—¡Ah! Vuecelencia tiene muy profundos conocimientos, repuso el criado, y por eso no me admiro de que aprecieis tanto estos restos de la antigüedad.

—Oh! no será difícil que ellos remonten á la época de Alejandro VI. Ya veis entonces que estos muebles, estas sillas, donde quizá se habrá sentado alguna vez.... un Spada, por ejemplo, un descendiente de esa familia de príncipes, cuya riqueza se ha hecho proverbial por largos años en Roma, estas sillas son de inapreciable valor. Ah! se han ennegrecido sus dorados? su terciopelo se ha gastado?... Mejor; eso aumenta su mérito.

Vamos, solo me falta saber si habeis cumplido mi encargo referente á una mujer de regular edad que pueda servir de criada en el cuarto de mi hija, durante los dias que permanezca aquí.

—Ya ha venido, escelentísimo. Es una escelente mujer de la villa próxima; os respondo de ella como de mí mismo.

—Está bien: á lo menos, no teneis el defecto de ser olvidadizo.

—Me esfuerzo en complaceros.

—Alúmbrame: la cena debe estar en la mesa.

—Iba á preveniros eso mismo.

—Vamos, pues.

—El baron, siguiendo al criado que le alumbraba el camino, salió de la sala, y atravesando un pequeño pasillo, entró en el comedor donde lo esperaba otro criado cerca del aparador.

La cena estaba en la mesa.

El baron tomó asiento frente al único servicio de mesa, y dirijió á su alrededor una mirada satisfecha acompañada de un profundo suspiro. ¡Ea Danglars!... se dijo dentro de sí mismo, estás solo; pero estás bien y podrás mejorar de posicion en poco tiempo. Decididamente existe algo de bueno en él mundo, á cuya influencia yo debo grandes beneficios. Creí por un instante que ese algo fuese mi mujer para darme así el desquite del tiempo que fué mala; pero ya pasó la ilusion... y ahora juzgo que...

El agudo sonido de la campanilla del porton del jardin, interrumpió bruscamente el raciocinio del baron. Los criados hicieron un movimiento; pero se detuvieron mirando indecisos al ilustre banquero retirado.

Antes que pudiera decir una palabra, el sonido se repitió segunda vez con tal violencia, que todos creyeron que la campanilla habia sido arrancada de las barras de hierro de la puerta.

—Y bien : ¿qué es esto? esclamó el baron levantándose y volviéndose á sentar con un solo movimiento.

—Llaman... dijeron los criados.

—Llaman, repitió el baron, y llaman de tal modo, que harian huir las sombras de Leteo. Y vuelven á la carga por tercera vez sin la menor ceremonia. Ah! corred en el acto, imbéciles! continuó el baron como asaltado de súbito por alguna idea nueva. Mañana os pondré á todos en la calle. Están llamando hace una hora, y aun permaneceis ahí como estátuas! ¡Ah! ¿no sabeis que es sin duda mi hija la señorita Danglars, que aprovechó la belleza de la noche para despertar mañana en mi casa? ¡Oh! qué sorpresa tan agradable! ¡Ea! ligero; dos cubiertos mas para la mesa; encended las velas de aquel candelabro, aproximad sillas. Oh! yo le probaré que el corazon de un padre es cariñoso siempre para con su hija única!

El baron se paseaba agitado por el comedor, y examinaba el modo como el criado ejecutaba sus órdenes.

Entretanto se oyó el crujido de la puerta del jardin y el rodar de un carruaje que se detuvo al pié de la escalera que conducia á la sala de los tapices de raso. Danglars dió algunos pasos hácia ella á tiempo que se encontró con el criado que regresaba.

—Quién es?

—Escelentísimo, es un caballero que se presenta como persona de toda vuestra intimidad, y que mandó inmediatamente entrar el carruaje al jardin apenas abrí la puerta.

—Un caballero! dijo el baron: al menos espero que os habrá dicho su nombre?

—No escelentísimo.

—Miserable! nunca pasareis de un criado de aldea! esto es imperdonable.... Ah! es raro: un caballero que se dice de toda mi intimidad!.... Sin embargo... tráiganme un traje mas decente que este:.. ¡pronto! Hacedle subir... poned luces en la sala!... ¡Cáfila de pícaros!.... yo os enseñaré vuestro deber.....

Y al decir esto, Danglars se habia sacado ya una manga de su ropon, y estaba á punto de desnudarse de la otra, cuando el caballero en cuestion se dejó ver súbitamente á la puerta del comedor, diciendo con ironía:

—Despacio... despacio, señor baron; el hábito no hace el monje.

—¡Ah! esclamó Danglars, retrocediendo y cambiando repentinamente de color, mientras hasta se olvidaba de vestir su nuevo traje ó desnudarse totalmente del que aun tenia.

El recien llegado se sonrió, y adelantándose con toda confianza se sentó á la mesa frente al nuevo servicio colocado. El baron apenas podia tenerse en pié, y retrocedió aun mas para buscar apoyo en la pared.

—Señor Danglars, dijo aquél; tomad una resolucion definitiva; esto es; vestid vuestro ropon del que parece os habeis olvidado: es necesario que deis algunas órdenes á los criados, y espero que no se las hareis esperar, fuera de que, de otro modo, tendremos el disgusto de tomar la cena fria.

—Es verdad.... tendremos ese disgusto, repitió el baron, con la voz semi-cortada en la garganta.

—Señor baron, dad las órdenes convenientes!.... teneis todo el aspecto de un imbécil?

—Sí; señor..... es decir.... que yo debo ordenar algo?.... no comprendo bien.

—Oh! mandad guardar mi carruaje; teneis una pequeña cochera al lado del jardin... Vaya... no quiero que se resfrien mis caballos.

—Así, pues... vos conoceis bien esta casa, no es verdad? preguntó el baron estupefacto, mirando con asustados ojos al recien llegado.

—Creo que sí, señor baron. Pero estais perdiendo tiempo sin necesidad alguna. La cena se enfria, y si no os resolveis á dar vuestras órdenes, iré yo mismo.

—Acomodad el carruaje y los caballos de.....

—Ah! eso basta! Oyes? continuó el huésped dirigiéndose al criado que iba á salir: que vuelva el postillon á cenar contigo; despues dale una linterna y algun cobertor para cubrirse mientras duerme.

Y volviéndose al otro criado, le dijo:

—Puedes retirarte... el señor baron nada necesita.....

El criado viendo que el baron no le contradecia, se inclinó y salió.

Ambos quedaron solos.

—Yo me persuado, dijo Danglars con visible esfuerzo, que no nos comprendemos bien; sin duda que vos estais sufriendo un engaño.

—Puede ser..... ¿Y en qué?

—Me parece que..... en todo.

—Al contrario; yo soy el que no os entiendo, mi querido; pero cenemos entretanto, pues os confieso que lo necesito.

El baron hubiera de buen grado dejado de cenar sin el menor disgusto: pero era necesario aparecer con energía; así pues, caminando arrimado á la pared, se sentó á la mesa, dejando entre sí y su imprevisto compañero un cubierto y una silla.

—Por lo que veo ó no contabais solamente conmigo, ó creiais que viniese acompañado.....

—A deciros la verdad, yo no esperaba una cosa, ni contaba con la otra; esto es, creia que esta noche cenaria solo.

—Y ved ahí que á mí se me ocurrió lo contrario por el placer que tengo de viajar de noche.

—Y está efectivamente bella! aunque algo calorosa..... ¿no es verdad? preguntó el baron, enjugando con el pañuelo el sudor de su frente.

—Ah! señor baron... mirad que habeis puesto vuestro pañuelo en el plato en vez de guardarlo en el bolsillo.

El baron se puso como una grana, y se apresuró á guardarlo.

—Hace mucho tiempo que no nos veíamos, señor Danglars; segun recuerdo, desde aquella noche en que tuve el placer de hospedaros en mi pequeño palacio.

—Bello palacio; por vida mia! murmuró el baron. Estos malditos salteadores romanos tienen la manía de llamar palacios á las cuevas en que se esconden.

—Sufristeis allí aquel ligero chasco que os jugó el conde de Monte-Cristo; pero al fin debeis confesar que os presenté una buena cena, señor baron. Ah! ¿pero qué vale el pasado que no tiene remedio? El porvenir no nos pertenece... tratemos pues del presente que es nuestro. Yo deseo que mi cama esta noche sea en vuestro cuarto.

Pero esta vez el baron sintió erizársele los cabellos en su cabeza y correrle un frio escesivo á lo largo de la espina dorsal.

—Vuestra cama! esclamó él. Vuestra cama!....

—Y bien, que hay en eso de estraño, mi querido? Será costumbre no dormir en vuestra casa?

—Es costumbre, sí señor; pero lo que no es costumbre... es...

—¿Es qué?

—Todo aquello que fuere estraordinario, respondió al fin el baron arrojando con despecho el tenedor y el cuchillo sobre el plato.

—Convenido, dijo Vampa: pero debiais esperar que yo durmiese en vuestra casa, señor baron.

—Yo... nunca! respondió él sonriéndose.

—Vaya! mi querido señor Danglars; os comprendo admirablemente.

—Vos!

—Como lo ois! replicó Vampa; yo os entiendo y sabré desvanecer vuestros escrúpulos. Ahora no seria malo que nos recojiésemos... teniendo como tenemos necesidad de descansar.

—Ah! Matadme de una vez! esclamó Danglars levantándose todo trémulo. Matadme..... pero creed que no hallareis en mi casa

una cantidad igual á aquella que ya me robasteis en vuestra cueva.

—¿Qué es eso? señor baron, estais en un crasísimo error, dijo Vampa, levantándose tambien. Ya os olvidasteis de lo que se os ha entregado.....

—¡Y bien... continuad! ¿Qué nueva idea será la vuestra?

—Ah! teneis poca memoria, señor baron, y voy á recordaros lo que sucedió. Vino aquí un hombre compatriota vuestro, llamado Benedetto. Este hombre despues de hablar con vos algun tiempo tuvo la honra de pasar á vuestras manos alguna cosa de gran valor. No sé si papel ó metálico: tal vez ambas cosas.

—¿Y despues? preguntó el baron, cambiando alternativamente de color.

—¿Despues?... ¡Diablo! que olvidadizo sois, señor Danglars. El hombre de que os hablo, aquel amable Benedetto, os habló de mí..... y vedme aquí.

—Pero, al cabo... dijo el baron; ¿qué hay en esto de comun entre vos y Benedetto?

—¡Pisch! Nada.... respondió Vampa desdeñosamente.

—¡Qué quereis, pues, de mí!

—El cumplimiento de vuestro compromiso.

—¿Y en qué compromiso he convenido yo?....

—Acabemos de una vez, señor baron, dijo Vampa que empezaba á impacientarse. Habeis quizá creido poco el dinero que se os ha dado y reflexionásteis sin duda, que mi vista podria proporcionaros mas; yo no hago cuestion de semejante bagatela, porque nunca fuí banquero como vos. Tomad, pues, mi bolsillo, señor Danglars, pero sed discreto.

Luigi Vampa arrojó entonces aquél sobre la mesa, y enfrente del baron que cada vez parecia mas admirado.

—¡Eh! continuó el salteador, viendo que el baron dudaba aun. Os aseguro que contiene tal vez el doble de la cantidad que ya habeis recibido. Es el bolsillo de un bandido romano, agregó con orgullo salvaje, derramando el oro á la vista de Danglars.

—¿Estamos ahora de acuerdo?



La mano del muerto. Lit. Labielle, c. Monserrate 3

Es que os mataré; respondió Benedetto, presentando un puñal sobre el pecho de la Baronesa.

—Qué quereis entonces... señor Vampa?

—Una bien sencilla cosa: hospedaje por hoy y mañana. El baron se estremeció, pero sus manos estaban ya en contacto con el oro del bandido, y la influencia de aquel metal calmó totalmente el espíritu agitado de Danglars.

—Que el diablo me lleve si entiendo ni jota de todo este enredo, pensó el baron guardando el dinero. Me haré cuenta sin embargo de que esta noche fuí á la *comedia* de París, y que no he visto mas que el segundo acto, quedando por consiguiente en ayunas respecto al principio de su argumento.

—Estoy á vuestras órdenes, señor Vampa, agregó en alta voz, acompañando sus palabras con la mas amable sonrisa.

—Yo espero las vuestras, señor baron, le replicó Luigi.

—Tendré el placer de cederos mi misma cama, y yo me arreglaré sobre un antiquísimo sofá que tengo ahí en mi cuarto, y donde acostumbro dormir durante el dia.

—¡Oh! vais á incomodaros así....

—Al contrario, señor: me acostaré mas tarde.... puesto que tengo que escribir algunas cartas para Francia.

El baron llamó á sus criados; mandó poner luz en el cuarto y preparar la cama. Poco despues él y Vampa dejaron el comedor para retirarse á dormir.

Vampa no se desnudó, se envolvió en la ropa de la cama y veló toda la noche espiando los pasos del baron, que estaba sentado revolviendo varios papeles, y muy entretenido en escribir una carta.

Luego que la hubo concluido, se recostó en la silla, y meditó.

—Esta visita original de Vampa, trastorna el placer que me prometia gozar mañana. Pero al cabo... cuatro mil piastras valen la pena de un sacrificio.... y Eugenia prevenida por esta carta, de que un pequeño negocio me llama léjos de aquí.... demorará su visita para cualquier otro dia.

—¡Ah! continuó, creo que ahora he adivinado el primer acto de la comedia. Las autoridades romanas, cansadas de tolerar las

fechorías de Vampa, le seguirán la pista, y el famoso bandido, obligado á ocultarse.... hé aquí que busca un asilo en mi casa .. Vamos... no he cobrado muy caro el hospedaje de un salteador temible.... de un salteador á cuya cabeza se ha puesto un precio considerable! Decididamente, Danglars, la fortuna te proteje.

XXII.

La comedia se complica

Al amanecer del dia siguiente, uno de los criados del baron atravesaba el jardin de la quinta, con el objeto de cumplir una órden de aquél, á tiempo que la voz de Luigi Vampa le detuvo diciéndole:

—¡Hola! podeis hacerme un pequeño servicio?

—El que gusteis, escelencia.

—A lo que parece vais á pasar al lado de la cochera, golpead con fuerza hasta que logreis despertar á ese tunante de postillon, que todavía duerme á pierna suelta, y le entregaréis ese dinero para que pueda halagar su estómago en cualquier ventorrillo.

—Está bien, escelencia.

El criado partió despues de haber recibido una pequeña moneda de plata. Vampa subió la escalera y entró en la sala tapizada de raso, donde encontró al baron que lo buscaba.

—No puedo soportar la mañana en cama, dijo Vampa. La brisa de la mañana me sienta muy bien.

—Exactamente como yo, señor Vampa. Apenas luce la aurora, me levanto.

—Es sin embargo una costumbre impropia de un millonario.

—Oh! es que yo ya no tengo millones, señor Vampa, dijo suspirando el baron.

Mientras tanto el criado golpeaba desaforadamente la puerta

cochera, y cinco minutos despues el postillon, despertando sobresaltado corrió á abrirla.

—¿Qué se os ofrece? preguntó.

—Vuestro patron os envia este dinero, amigo, para que ahuyenteis el frio de la mañana.

El postillon recibió el dinero, y se sonrió picarescamente, lanzándole una mirada inquieta, que lo media de piés á cabeza.

—Esperaos, compañero, dijo él abrochándose su capote, y poniéndose el sombrero. Ya que sois el portador desearia ofreceros una parte de mi almuerzo.

—Gracias .. tengo mucha prisa.

—Bobería... Los patrones siempre hacen esa recomendacion; pero nosotros debemos calcular el tiempo de modo que nos quede algo libre para echar un trago. Venid conmigo

—Gracias, gracias... ya os dije que no puedo.

—A donde vais pues? Cuando menos llevais alguna carta.

—Lo habeis acertado; voy á la ciudad... que es un buen viaje.

—¿Vais á pié?

—Sí; y tengo cuatro horas para llegar allá, aunque quizá no me sea necesario ir precisamente hasta Roma.

—Y por qué?

—Porque puedo encontrar en el camino á la persona para quien va dirigida esta carta del baron.

—Carísimo; ved como habeis hecho bien en ser franco, porque así yo puedo seros mas útil de lo que creeis.

—Como?

—Yo tengo que salir á la ciudad; y en este caso, como mis caballos andan mas que las piernas de cualquier cochero, tendrémos sobrado tiempo para remojar el gaznate; despues subís á la trasera del carruaje y haceis el camino á gusto.

—He ahí un razonable arreglo, que os agradezco.

—Pues entonces, ancha vida....! gritó el postillon, tomándolo del brazo y corriendo con él hácia una pequeña venta que quedaba á corta distancia.

Las horas pasaban en tanto. A las siete el baron Danglars almorzaba con la mejor voluntad en compañía de Vampa, cuando entrambos vieron por la ventana que habia frente á la mesa, que entraba al jardin un carruaje que, como el de Vampa en la noche anterior, fué á detenerse al pié de la escalera que conducia á la sala tapizada.

El baron se estremeció, y Vampa conservó su fisonomía impasible, limitándose únicamente á decir:

—¿Esperais alguna visita, baron?

—Yo....? ¡Ah! os aseguro que..... ¿mas qué será? No puedo adivinar.

—Ahí viene vuestro criado... que os sacará de la duda.

—En efecto... pero ¿cómo es posible....? yo no debia esperar...

—La señorita Eugenia Danglars y la señorita Luisa d' Armilly, dijo el criado abriendo la puerta.

—¡Cómo! esclamó el baron, cual si un rayo hubiera caido á sus piés.

—¿Si no me engaño la señorita Danglars será hija vuestra?

—Es... sí..... es decir..... no hay duda... ¡Oh! vaya un lance diabólico, agregó el baron entre sí. Señor, estoy pensando que acaso no tengais por conveniente dejaros ver... y en este caso permitidme que....

—¡Al contrario, señor! tendré el mayor placer en presentar mis cumplimientos á la señorita Danglars.

—Pero... y vuestro nombre? dijo el baron en voz baja y temblando como un azogado Vuestro nombre es tan conocido!.. ¡Ah! se me ocurre una idea... adoptad por el momento un nombre supuesto.

Vampa se sonrió respondiendo:

—Convenido, señor baron; dádmelo vos mismo.

—El de una familia ilustre ... por ejemplo.... un Spada!

—¡Sea! contestó Vampa, cuya fisonomía se oscureció súbitamente.

—Así todo se arreglará, continuó el baron preparándose á salir y haciendo señal á Vampa, que se quedó sentado.

La señorita Danglars y su amiga Luisa esperaban en la sala de la tapicería y examinaban con curiosidad los antiguos muebles que decoraban su sombrío recinto.

—Amiga mia, dijo la primera, te pronostico un agradable dia: mi padre es un *bon vivant* y nos hará reir mucho con sus originales ideas. Conozco que este dia me hará un gran bien, y por eso me he apresurado.

Apenas habia concluido estas palabras, cuando el baron se presentó en la sala. La fisonomía de Danglars, si bien espresaba el mas completo regocijo, tenia *un no se qué* de sobresalto é inquietud, que no escapó á los ojos de Luisa. Eugenia corrió á besarle la mano, y aquella le saludó con amable cortesía.

—Ved, padre mio, le dijo Eugenia; ved como os pago sin demora vuestra visita; y no creais que es únicamente por mera etiqueta.....

El baron iba á responder; pero como si le asaltase una nueva idea, preguntó:

—¿No habeis recibido una carta mia?

—¡Una carta! no, en verdad, padre mio.

—Pues yo os la habia escrito y enviado! reflexionó el baron. Ah! felizmente el conductor se desencontró con vuestro carruaje.

—¿Cuál era el objeto de la carta?

—No vale la pena..... dejemos eso..... os daba únicamente un consejo.

—¿Un consejo? Los vuestros siempre los recibo y cumplo con gusto.

—Gracias, hija mia! esclamó el baron abrazándola. Ah! señorita d' Armilly..... qué os parece mi pequeña casa..? Todo lo que veis lo he comprado en malísimo estado, como podeis observarlo... pero esta venerable antigüedad me inspira un profundo respeto, y he creido una profanacion cambiarla por la novedad de la moda.

—¡Oh! señor; mas estimables son estas reliquias de los siglos, respondió la jóven d' Armilly, y pienso que Eugenia es de mi parecer.

—Muy reconocido! dijo el baron, siempre inquieto, y mirando al largo corredor que conducia al comedor, en donde veia la siniestra figura de Vampa sentado á la mesa, sobre la que apoyaba los codos, escondido su rostro entre las manos. Danglars hizo al cabo un esfuerzo sobre sí mismo y tomando á Eugenia de la mano, la dijo:

—Hija mia: mi visita no es de etiqueta.... y por lo mismo no le encontrais en esta sala. El almuerzo está en la mesa, venid y tendré el gusto de presentároslo.

—No os entiendo, padre mio! dijo Eugenia, fijando su atencion en el modo con que este confundia las palabras *almuerzo* y *visita*; de manera que no era posible comprender á cuál de los dos se referia cuando habia usado el verbo *presentar*.

—Hàbeis hablado de una visita de confianza..... agregó Luisa..... y celebro mucho, señor baron, que ello sea así.

—No, Luisa, dijo Eugenia, mi padre no se refiere á nuestra visita.....! Sin embargo, si no nos trata con confianza..... en verdad, que no dejaré de admirarme! De quién hablais padre mio?

—¡Pues qué! ¿no os he dicho todavía que tengo un, sí..... un huésped ?

—No, señor.

—Quién es ?

—¡Oh! es vástago de príncipes, respondió el señor Danglars, sudando á mares. Es..... figuraos..... por ejemplo..... un Romanelli Spada.

El baron quedó sin fuerzas apenas concluyó su improvisacion.

—No me es conocido, dijo Luisa.

El baron bajó la cabeza y se dirigió con Eugenia al comedor. Luisa, accendiendo á la invitacion que aquél le hizo por un ademan, les precedia en su marcha.

Luego que llegaron á la estremidad del corredor, Luigi Vampa se levantó con impasibilidad, como esperando el momento de ser presentado á la señorita Danglars.

—Mi querida hija, y vos señorita d' Armilly, tengo el honor de presentaros..... al señor Romanelli Spada.

Eugenia dirigió su mirada al rostro de Vampa y se estremeció á punto de tener que apoyarse en el brazo del baron, que percibió con inquietud la emocion de su hija.

—¡Oh! se dijo para sí ¡Esto se complica! si se conocerán por ventura ?

Eugenia comprendiendo la difícil situacion en que se hallaba, se revistió de toda su presencia de espíritu, y saludó al supuesto Spada, con una sonrisa llena de dulzura.

Nunca la jóven Danglars habia pasado mas agradable mañana. Estaba al lado de su padre, que parecia haberse despojado de todo el rigorismo antiguo adquirido en el árido contacto con los guarismos de que se ocupaba al lado de su amiga sincera, por quien esperimentaba la mas sublime amistad; y ante sus ojos tenia al hombre que le inspiraba ese amor profundo que solo una vez podemos sentir en la vida.

Las horas, esas hermanas inseparables que vuelan incesantemente sobre la tierra; tan lentas cuando traen en sus alas el dolor y las penalidades; y tan veloces cuando conducen el placer y la alegría... las horas pasaban rápidas como el pensamiento de los hombres, y Eugenia con desasosiego veia huir esa mañana, ese dia, que era para ella el mas bello de toda su vida.

XXIII.

El rapto.

Sin que Eugenia hubiese dicho á Luisa una sola palabra acerca del huésped del baron, ella conoció bien que aquél era el hombre que inspiraba á su amiga la pasion que le habia confesado. Luisa se sonreia dulcemente cuando en el decurso del dia reclinaba Eugenia la abrasadora frente en su seno, ó la oprimia con transporte contra su agitado pecho. Y en esa blanda sonrisa de

mujer á mujer, en aquellas miradas cariñosas que se cambiaban entre sí, habia mas espresion y verdad que cuanto pudiera inventar la palabra.

Vampa permaneció siempre triste y sombrío; en su frente de criminal estaba estampado el sello de los brutales sentimientos que lo dominaban. Su impúdica mirada se hundia con avidez en el seno palpitante de Eugenia, y allí tomaba el poderoso fuego que le devoraba. Eugenia se sentia dominada por el influjo fatal de esa mirada, á que no podia resistir. Sus fuerzas no eran bastantes para disfrazar la conmocion que le causaba, y Vampa triunfante conocia todo el poder de la pasion que inspiraba á Eugenia.

—¡Oh! me ama! sí, me ama! esclamaba delirante viéndose en el jardin completamente solo. Ya no puede ocultarlo! Su vanidad de mujer, su orgullo de aplaudida actriz, todo, todo cede y sucumbe al peso de la mirada con que la fascino y la devoro.....!

Vampa cruzó los brazos sobre su pecho conmovido, y permaneció ensimismado largo rato; su arrugada y sombría frente parecia meditar el crímen; su torva é incierta mirada, revelaba la fiera entregada al deseo brutal que la enardecía.

El baron Danglars paseaba entretanto con las dos cantatrices en la sala tapizada de raso, cuyas puertas abiertas dejaban ver el jardin, con sus estátuas de piedra y sus estanques circulares. El sol derramaba sobre aquel verde amarillento del otoño, sus últimos y tibios rayos casi horizontalmente; esos rayos que atravesando el Asia y el Mediterráneo, parecian llegar á decir á Roma su adios hasta la nueva aurora.

Eugenia acababa de manifestar á su madre sus deseos de pasar la noche allí y que partiria á las tres de la tarde del siguiente dia. Danglars, viendo que se cumplia la prevencion de Benedetto, empezó á reflexionar detenidamente sobre aquella comedia, cuyo argumento se convenció de no haber comprendido aun, como lo habia creido la noche anterior.

No habia visto el salteador desde la comida, y esta ausencia lo

inquietaba entonces á punto de que se echó á recorrer la casa y el jardin buscándolo El baron pidió que lo disculpasen por un momento pretestando que tenia algunas órdenes que dar para preparar las habitaciones de Eugenia y Luisa; y salió de la sala subiendo apresuradamente á su cuarto para examinar los cajones de su escritorio, como guiado de un recelo vago ó instinto casi sobrenatural.

Eugenia al verse sola con Luisa, le dió su brazo y bajaron al jardin en cuyas alamedas se introdujo.

Un pensamiento indefinido como el recelo del baron, condujo á Eugenia por entre aquellos sombríos y solitarios caminos. Las hojas secas que alfombraban el suelo, crujian bajo sus piés, y algunas que la brisa de la tarde desprendia sin vida de las ramas sin sávia, caian sobre su frente como si quisieran darle un aviso misterioso.

Lágrimas involuntarias temblaban en los hermosos párpados de Eugenia; y secábanse luego en el fuego de sus mejillas. Luisa no se atrevía á despertar á su amiga del sueño lánguido en que se adormecía: caminando silenciosa á su lado contestaba apenas con una hechicera sonrisa cuando Eugenia le dirigia una mirada tierna y suplicante.

Repentinamente al doblar un ángulo de la alameda Luisa se estremeció viendo á poca distancia la figura melancólica de Vampa: su mirada llena de fuego, brillaba en la sombra que empezára á envolver parte del jardin.

Eugenia lo habia visto tambien.

Hubo un momento de indecision y silencio.

Retroceder, seria un desaire manifiesto á un hombre cuyos modales y nombre lo presentaban como un perfecto caballero; así pues, Luisa continuó su camino con Eugenia, y Vampa se adelantó á hablarlas.

—Oh! que balsámico aire se respira en este jardin, les dijo. En verdad que debo felicitarme de haber venido á disfrutarlo, toda vez que vos tambien lo habeis buscado, señorita.

—Es cierto, señor, respondió Luisa; pero la tarde se va poniendo fresca, y las noches del otoño mas bien convidan á la atmósfera templada del salon que al aire libre de un jardin.

Eugenia le dirigió una mirada suplicante.

—Me permitiréis el honor de acompañaros, dijo Vampa.

Eugenia habia preferido aquel aire fresco y vivificante del jardin antes que la atmósfera templada del salon; pero no tuvo valor para pronunciar una palabra y se dejó conducir por su amiga.

Vampa caminaba á su lado.

Cuando llegaba cerca de la escalera, él dejó subir primero á Luisa; cuando Eugenia se disponia vagarosamente á seguirla, le dirigió la palabra.

—Señorita; permitidme antes os dirija mi adios, díjole con voz trémula y profunda

Eugenia se detuvo y volviéndose.

—Nos dejais?... le preguntó.

—Quizá para siempre!

—Qué decís.....?

—La Italia me mata.

—Y qué buscais fuera de ella?

—Olvidar, si me fuere posible, una pasion poderosa que me domina. En Italia no podria conseguirlo....!

Y qué motivo teneis para desear tal olvido?

—¡Ah! replicó Vampa con amarga sonrisa. Cuando se sufre y se ama como yo, no hay mas que dos puntos estremos marcados en la escala de nuestras sensaciones! La recompensa de tanto amor y de tanto sufrimiento..... ó un olvido absoluto....!

—Segun eso..... preferís mas bien esto último?

—¡Y vos me lo preguntais!

—Y qué... nadie podria haceros cambiar de resolucion?

—¡Oh!.... sí.... con una sola palabra....

—Qué feliz podria considerarse esa persona, balbuceó Eugenia.

—Lo que yo puedo aseguraros es que solo Dios y yo seríamos capaces de comprender la ventura que esperimentaria en el

instante que oyese una sola palabra tan espresa y positiva que encerrase en sí fuerza bastante para cambiar mi desesperada resolucion!... ¡Ah! figuraos un hombre que despues de los horrores de la muerte, si la muerte no es el aniquilamiento completo del alma y del cuerpo, volviese repentinamente á la vida sembrada de placeres inesplicables! que sensaciones esperimentaria...! podria concebirlo nadie...?

—Ved, señor, que traspasais los límites de lo verosímil.....! Un amor profundo como los hombres lo sienten, se cree con facilidad, por una simple palabra; pero el amor que nos describen los idilios de una imaginacion sutil ó exaltada...... quién puede creerlo....?

—Teneis razon..., replicó Vampa. Nadie le cree... y es una locura esponerlo á la indiscreta risa del mundo! Vos pensais como todos.... os mofais tambien de la pasion que os confesé cobardemente!

—¡Oh! mas cómo quereis que la crea......? qué pruebas me dais......?

—Deseariais, por ventura, un año de esas ridículas y sucesivas pruebas, hijas siempre del cálculo y de la afectacion.... Ah! no pasaré.... dejadme partir...

Vampa dió un paso.

Eugenia lo siguió fascinada.

—Esperad.... le dijo involuntariamente.

—Qué quereis de mí..... señora? preguntó Vampa con aire sombrío.

—¡Ah! disculpadme! Reflexionando bien..... qué cosa habrá capaz de deteneros al lado de quien os es indiferente.....?

—Señora! dijo Vampa, no ultrajeis así la pasion que os he declarado, porque seria escarnecer la obra mas perfecta de la naturaleza ...! Yo os amo.... mi ambicion y felicidad se cifran en esa hermosa mano, de quien depende la ventura ó la desgracia que deba herirme......

Y Vampa imprimió un beso de fuego en la mano de Eugenia.

—¡Loco de mí.....! continuó. Vuestro génio altivo y soberano, no cede á la confesion ingénua de un amor intenso, que no será para vuestros ojos mas que un simple capricho!.....¡Oh!.. adios, Eugenia... adios para siempre.... os he visto una vez mas...... respiré un dia entre el mismo aire que vos respirais... he sido feliz un solo dia ... ahora, que venga el infortunio!

Vampa le tendió rápidamente su mano, y dió algunos pasos en direccion de la puerta del jardin.

Eugenia lo siguió aun, como movida por un misterioso impulso.

—No.... no partiréis, sin que yo sepa el dia en que habeis de volver ...!

—¡Oh! qué de ilusiones en un solo dia....! continuó Vampa, deteniéndose un instante, y tomándole nuevamente la mano.

—Qué de ilusiones en un solo dia... ¡Ah! pero son ilusiones.... ilusiones no mas! qué importan ellas ahora que la desgracia me abruma! Eugenia... Eugenia, no os olvideis del hombre que os amó como se ama una sola vez en la vida.

Y Vampa abrió precipitadamente la puerta del jardin y dió dos pasos fuera de ella. Eugenia no le soltaba su mano, y permanecia á su lado trémula, respirando apenas, y dominada por un sentimiento poderoso que aumentaba gradualmente, abrasándole sus venas, y produciéndole la fiebre del delirio.

Vampa miró al rededor de sí, como persona acostumbrada á ver en la oscuridad, y distinguió á corta distancia un bulto que conoció ser el carruaje.

—Y bien, señorita, dijo él.... ved que estamos fuera del jardin.... volveos, y esta puerta nos separará para siempre...! Mañana acaso ya no os acordaréis de mí! Volveos ...

—¡Ah!...... Yo os amo.... yo os amo... y vos no me abandonaréis. .!

—No! dijo Vampa, ciñéndole la cintura con su robusto brazo, y corriendo en direccion del carruaje.

Eugenia lanzó un agudísimo gritó, mezcla incomprensible de placer y de sorpresa.

—Míentras esta escena tenia lugar, el baron Danglars concluia de pasar revista á los cajones de su escritorio, y de convencerse que las cerraduras estaban intactas; y se volvia á la sala donde ya el criado habia puesto luces, y viendo á la señorita d'Armilly, le preguntó por Eugenia.

—Eugenia se paseaba en este instante en aquel terraplen....... Pero la noche avanza y voy á rogarla que deje su paseo.

—Yo os acompañaré, señorita, dijo el baron.

Luisa, inquieta con su tardanza, caminó apresurada y bajó la escalera donde presumia encontrar á Eugenia escuchando las amantes palabras del fingido príncipe Spada; pero se sorprendió de no hallar en ella á nadie.

—¿Y Eugenia.....? preguntó sobresaltado el baron bajando á su vez la escalera.

—¡Ah! quizá se paseaba en la alameda que conduce al lado.

—¡Eugenia! gritó el baron.... Nada.... no responde.... caminemos algo mas.

Luisa y Danglars se adelantaron por la calle que partia de la escalera. Habian acercádose apenas á la puerta del jardin, cuando el agudo grito de Eugenia llegó á sus oidos.

—Dios mio!... dijo Luisa corriendo á la puerta. El baron quedó como petrificado.

—Dios mio, Dios mio! acudid, señor Danglars, acudid... aquí sucede alguna desgracia... acabo de reconocer perfectamente la voz de mi amiga!

El baron abrió la puerta movido por los ruegos de Luisa, y dió un paso, pero se detuvo por no ser aplastado por los cascos de dos briosos caballos que arrastraban un carruaje al galope.

—Ah! señor ... señor, dijo Luisa temblando y aproximandose á él amedrentada. Eugenia no parece...! y ese carruaje. ... ¡ah! Dios mio.... protejednos.

—Señorita, dijo el baron... por piedad esplicadme lo que sucede.

—Yo?

—Sí..... vos! Eugenia os acompañaba en el jardin .... y no



era solamente con el objeto de gozar el ambiente de la noche...

—Qué decís.... señor.

—Lo que oís... y ahora decidme: ¿Eugenia estaba sola?

—¡Oh! Dios mio! La dejé con el príncipe Spada.

—¡Infame bandido! gritó el baron.

—Esplicaos por favor! dijo Luisa aterrada, apoyándose en el brazo del baron.

—Señorita d'Armilly, continuó éste: hace dias que se empezó en mi casa un drama terrible!!... El desenlace... es el que veis... ¡Ahora lo comprendo!

—Cuál?

—Un rapto... un rapto... miserable de mí!

—Eugenia de mi alma! mi querida Eugenia! esclamó Luisa cayendo de rodillas.

El baron cruzó los brazos sobre el pecho y miró con penosa inquietud en la direccion de aquel camino por donde se sentia rodar el carruaje del salteador romano; murmurando en sí:

—¡Ah! si yo lo hubiera adivinado!

XXIV.

Campilugentes.

Era de noche aun cuando el carruaje de Vampa, entrando en la via Appia, fué á detenerse frente al Circo de Caracalla, lugar pavoroso en fuerza de las fábulas que de él se referian, y del terrible nombre de Vampa que en el silencio de la noche y la hora del crímen, resonaba asustador en aquellas sombrías bóvedas de piedra.

Vampa, fascinado por el sentimiento que lo dominaba, no se habia apercibido de que ni un solo centinela le habia pedido la consigna desde que su carruaje rodaba entre los lúgubres monumentos de la via Appia: tomó en sus poderosos brazos el débil

cuerpo de Eugenia, y cual un nuevo Pluton, descendió con su dulce carga por entre las sombras de la noche hasta la entrada de su medroso subterráneo.

Vampa se detuvo á descansar un momento. Ni una voz humana llegaba á su oido. En derredor volaban solo despavoridas aves nocturnas, cuyas duras y ásperas alas azotábanle á veces sus mejillas abrasadas por la fiebre. Ninguna luz lo guiaba á lo largo de aquella bóveda subterránea; y sin embargo, caminó con firmeza hasta el anchuroso lugar en que existian las ruinas del antiguo altar y la mesa que servia en otro tiempo de tabernáculo y ahora á los festines bacanales de los bandidos. Vampa, que sabia su direccion, se dirijió á ella, y colocó allí el cuerpo de Eugenia.

Ni uno solo de sus famosos satélites venia á él alzando en su brazo una luz con que iluminar aquel cuadro de violencia, ni á pedirle en nombre de sus compañeros, la parte que les correspondia de aquel crímen.

—No! gritó Vampa: esta mujer será mia... Desgraciado de aquel que osare disputármela.

Y apretaba con una de sus trémulas manos las manos de Eugenia mientras la otra descansaba amenazadora sobre la culata de una pistola que adornaba su cinto.

—*Roca Priori!* (1) gritó él, oyendo apenas en respuesta el eco nocturno de las bóvedas.

—*Roca Priori!* continuó Vampa alzando aun mas la voz. ¿Será tan profundo vuestro sueño que no logre despertaros la voz de vuestro jefe!... ¡Perros que os dejais dominar por el sueño olvidando la vigilancia de vuestro único asilo!.... ¡Ea,...! recordaos!.... recordaos....!

Vampa sacó la pistola y disparó uno tras otro sus dos tiros, cuya claridad momentánea se reflejó sobre el rostro de Eugenia estendida aun sobre la fatal mesa de mármol negro.

(1) Así se llamaba Pepino (Véase el Conde de Monte Cristo.)

La detonacion fuese poco á poco estinguiendo. Vampa, con el oido atento, recogió hasta el último sonido que sucede al eco de las rocas cuando repiten el estampido rápido y fuerte de un tiro.

El salteador, comprendiendo que estaba solo, se estremeció de súbito, y su mano temblorosa y fria apretaba aun convulsivamente la corona de la pistola descargada. ¡Se habia desarmado!

El presentimiento de un vago temor se apoderó de él. Un sudor frio le inundaba la frente; era la primera vez que Luigi Vampa conocia el miedo; su cuerpo se estremecia y helaba.

—¡Pepino! murmuró. ¡Me habrá traicionado! ¡Seré quizá víctima de alguna imprevista celada! Ah!. .. no.... eso seria increible! Habrá salido acaso con mis bandidos á hacer alguna buena presa, creyendo que yo no regresaria tan pronto .. ! Pero..... las catacumbas parecen desiertas.....

Pepino no debiera haber salido sin dejar aquí dos centinelas: mi cabeza está hace tiempo puesta á precio; y aunque tengo personas interesadas en mi seguridad... tengo tambien innumerables enemigos.

Felizmente la policía ignora aun la misteriosa entrada de las catacumbas; y ni aun se atreve á investigarla desde que ya muchas veces sus miserables espías han quedado tendidos en las profundidades del circo de Caracalla, ó en la vía Appia, en cuyos monumentos les emboscaban mi gente.

Esperemos, pues; Pepino volverá.

Vampa sentóse al lado de Eugenia, alhagado aun por ese último rayo de esperanza que su imaginacion concebia; como sucede á todos los hombres débiles y pusilánimes que no pueden convencerse de la fuerza de estas palabras: «todo está concluido.»

Vampa lo esperaba todo, menos su ruina.

Las horas corrian entretanto vagorosas y el salteador esperaba inutilmente el regreso de Pepino. Su pensamiento repelido por el tiempo y la realidad, de ilusion en ilusion, llegó á la última.

Esa fué gradualmente matando las otras.

Vampa lanzó un grito salvaje.

Notó por primera vez el sueño profundo pue parecia haberse apoderado de Eugenia. Aquel cuerpo que allí yacia estendido sobre la mesa en que antiguamente se colocabán los muertos, sobre aquel marmol que él y sus bandidos habian profanado con sus bacanales, le horrorizó. Levantó su brazo en ademan de despertar á Eugenia, pero el brazo no tocó el cuerpo de la víctima, y una sonrisa amarga contrajo los labios del verdugo.

Despertarla....! so dijo. De qué serviria despertarla? Sus gritos y sus lamentos resonarian luego en estas bóvedas desiertas y tenebrosas, como para aumentar el pavor que aun ahora me causan! ¡Oh! y si este sueño que pesa sobre sus párpados, fuese la muerte....!! si yo estuviese al lado de un cadáver...! No.... no! yo siento aquí su corazon que palpita bajo mi mano. Ella vive... pero duerme fatigada .... ¡Qué duerma..... que ya despertará mañana....!

Momentos despues continuó:

¡Oh! esta noche.... esta noche interminable...! Parece que estuviera condenado para siempre á las tinieblas y al horror .. ! se complacerá acaso algun genio infernal en darme por compañera eterna esta mujer, que duerme como si estuviera muerta...?

La tierra tambien encierra tesoros y tu serás de hoy en adelante el mas precioso que ella esconda á los ojos de los hombres! Pero que importa tu belleza si esta fuese eterna! Cómo podré mirarte y embriagarme con tu llanto de placer?

—¡Oh! desesperacion...! Venga la muerte en buen hora, pero venga la luz aunque sea por un solo instante...! Las tinieblas me ahogan... Esta atmósfera húmeda como la del sepulcro me hiela la sangre en las venas....!

Ahora han vuelto á ser estas bóvedas lo que siempre fueron... un panteon y para mayor verdad, ahí duermen los esqueletos su sueño eterno en esas paredes...! ¡Cuántas veces el reposo augusto de estos muertos ha sido perturbado con el bullicio de mis orgías y de mis delitos.. ! Y vedme aun perturbándolo con el último de mis crímenes ..! ¡El último! repitió rápidamente reflexio-

nando lo que habia dicho... ¿Y por qué será el último? ¡Ah!... sí; hace mucho tiempo que pienso abandonar el hierro homicida que hasta hoy he empuñado! ¡Hagámoslo pues!

Y arrojó lejos de sí la pistola descargada que aun conservaba en su mano.

—Adios para siempre... arma fatal y mortífera! Y ahora Eugenia... Eugenia mia... despierta para conducirme á la verdadera felicidad...

—¡Insensato! y quién podria repetir sin rabia y horror el nombre del bandido que durante largo tiempo robó, asesinó y estupró, inmolando sin piedad ancianos, niños y mujeres para satisfacer su ambicion ó sus brutales deseos? No.. mi condenacion es eterna. ¡Infeliz! espero en vano que esta mujer despierte, que sus lábios me dirijan la palabra, que me miren sus ojos, sin pensar que su primer mirada, su primer grito, será de sorpresa y maldicion! Eugenia... Eugenia mia!... perdóname...

Vampa cayó de rodillas al lado de la mesa ocultando el rostro en sus manos..

Pocos instantes despues un rayo de roja luz que brillaba en la galería subterránea, vino á sorprenderle.

Alzóse con energía respirando como si una nueva vitalidad se le hubiese comunicado.

—Pepino!...

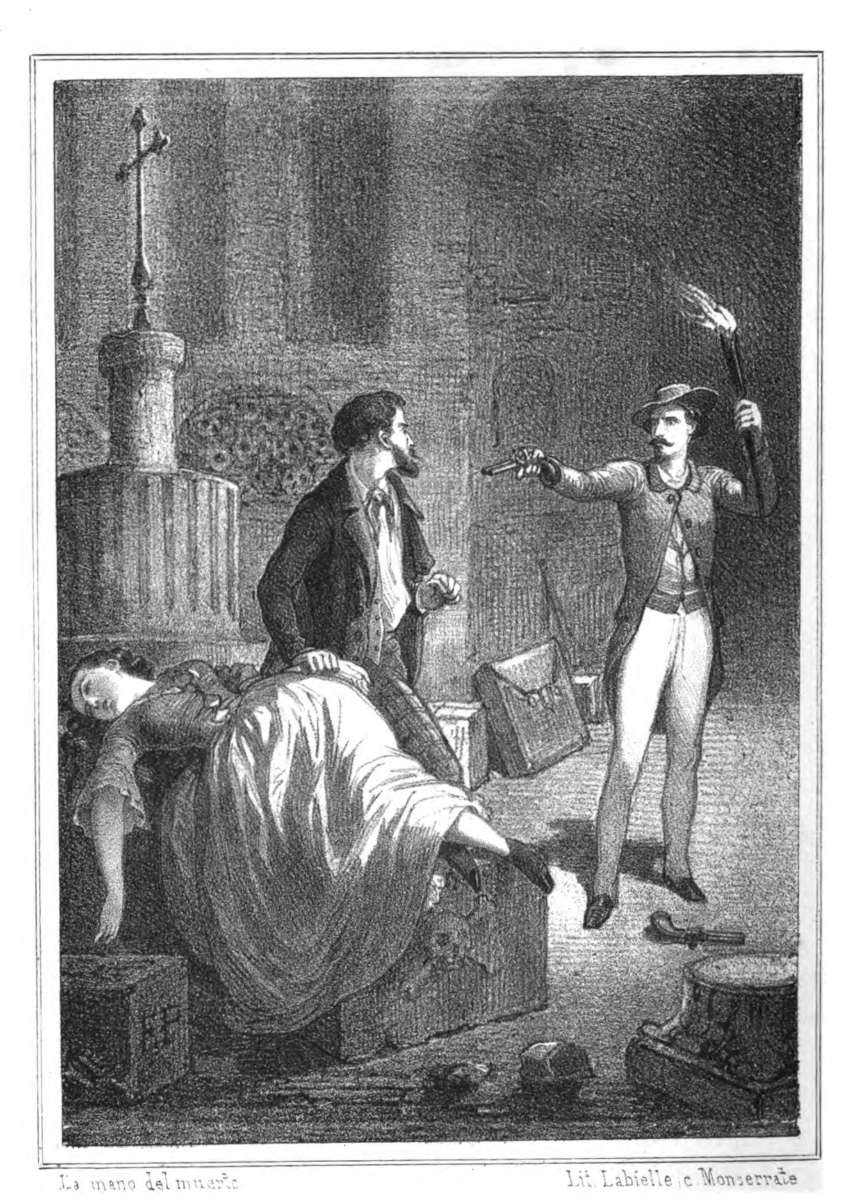
Nadie le contestó y la luz avanzaba.

—Pepino! repitió todavía; y el mismo silencio continuaba.

Estremecióse entonces porque estaba desarmado y solo, y así no podria hacer frente á ninguna sorpresa. La idea de ocultarse asaltó instantáneamente á su imaginacion. Conocia perfectamente el subterráneo, y podria esconderse en una de sus profundas cavernas. Pero de pronto un hombre que apareció á la entrada de la galería, lo detuvo con estas palabras.

—Te he reconocido y es inútil todo esfuerzo!

La luz del hachon que traia ese hombre, iluminó aquel lúgubre recinto.



La mano del muerto. Lit. Labielle, c. Monserrate

Silencio, Vampa ó mueres!...

Vampa quedó inmóvil.

El desconocido se adelantó: en su mano derecha brillaba el cañon y la llave de una pistola de largo alcance.

—Benedetto! murmuró Vampa retrocediendo lleno de asombro y horror.

—Silencio, Vampa, ó mueres! contestó este apuntándole con la pistola y elevando sobre su cabeza la antorcha para distinguir mejor el cuerpo del bandido.

—Por ventura se levantan hoy los muertos para atormentarme! pensó Vampa.

—Has saciado tu reprobada pasion, dijo Benedetto, pues yo vengo á recibir la parte que me corresponde.

—Pepino me ha vendido, murmuró Vampa, agregando luego en voz alta:

—Ah! si vienes con ese objeto... te cedo el puesto! acabo de consumar el rapto; y en cuanto al rescate... lo obtendrás mas tarde.

—Pues á pesar de todo me es necesario hoy mismo el dinero.

—Es imposible.

—No tanto como lo exagerais.

—¿Cómo?

—Porque lo exijo ahora mismo.

—Y que me importa?

—Importará á tu vida, amigo Vampa! Yo soy tan pronto en mis acciones como en mis palabras. Ya ves que estoy armado...

—Y yo?

—¡Bien sabes que no!

—Me has espiado!... murmuró Vampa con rabia afectando sin embargo la mayor calma, aunque en aquel momento se acordaba del aviso terrible que maese Pastrini le habia dado en nombre de la casa de Tompson y French.

—Y qué me importa estar desarmado, continuó cuando no me faltan armas contra tí, puesto que al mas leve grito mio correrian á mi socorro veinte hombres prontos á ejecutar mis órdenes?

Benedetto movió la cabeza con aire de desprecio y respondió:

—Haz la prueba!

Vampa tembló á pesar suyo; pero recobrando luego su enerjía gritó con audacia:

—Miserable!

Benedetto soltó una carcajada burlona, como quien desprecia la rabia impotente de un niño.

—El miserable eres tú! le dijo: tú que te has dejado arrastrar por una brutal pasion, mirando sin ver, y oyendo sin escuchar! Vampa, ignoras que lo sé todo? Estás desarmado y solo en estos subterráneos, teniendo por única compañía, la víctima de tu pasion violenta! Desde que supe que bajabas aquí conocí que descendias á tu sepulcro; y esperé ocasion de presentarme como buen sepulturero á despojarte de tu mortaja; escuché los tiros que disparaste, y entonces bajé porque el dragon ya no tenia dientes; acaso te queda el puñal pero yo poseo esta pistola con hermosas balas para dejarte tendido! Vamos, amigo Vampa; ahórrame al menos el trabajo de desnudarte por mis propias manos, lo que equivale á aprovecharte de un poco de vida que encierras aun en tu pecho.

Sé que has estraido cuanto dinero habia en las arcas de la cuadrilla, y es eso lo que yo reclamo. Venga, pues, tu cinto, Vampa, si no quieres morir.

—Traidor! gritó este

—Tu comprendes mejor que yo el valor de esa palabra. ¡Ea! yo no hago mas que lo que tú hiciste. Robo. No te demores, Vampa! ó la bolsa ó la vida...

—Yo nada tengo!...

—Vampa... vamos!...

—Espera, dijo Vampa, mirando con desesperacion suprema en derredor de sí; tú eres el francés que prometió mi cabeza á la policía romana? Bien ves que tambien sé yo tu secreto!

—No llegué á tanto...

—Benedetto! quieres robarme y venderme? dónde está pues tu

fé? cual es la nueva escuela de tus crímenes? De dónde has venido, demonio de la traicion, tan audaz como emprendedor? Oh!... acuérdate de que he robado siempre á los viajeros, asesiné tambien á algunos, pero nunca vendí la cabeza de nadie.. !

—Me fastidia tu historia... y aun mas tu panegírico... porque no sé quién te hizo comprender que me habia acordado de vender tu cabeza! Yo no soy traficante de cabezas.

—Vamos: resígnate con tu suerte, pues que tú mismo la has preparado. Arrastrado por el delirio insensato de tu pasion, llegaste á este lugar llamado *Camprilugentes* que la fábula nos describe; ahora deja correr tus lágrimas por este suelo fatal; sufre y padece porque llegó tu vez, así como yo tuve tambien la mia; pero no perdamos tiempo, Vampa! ó tu bolsa ó tu vida! Tú conoces bien la fuerza de esta frase, porque eres famoso maestro en el oficio.

—Y quién me asegura que no me asesinarás desde que te dé mi dinero!....

—Ya podia haberlo hecho; y lo haré si te detienes un solo minuto mas!

—Pues bien; acércate....

—No... colócalo en esa mesa de mármol, al lado de tu víctima, y retrocede en seguida.

—¡Pobre Eugenia! ... continuó Benedetto con severo ademan. Tambien tú has sufrido la mano del infortunio! tú... que abandonaste la proteccion de tu madre y te lanzaste sola en el mundo... mientras otros desearian esa proteccion sincera, esos cariños delicados, que tú has despreciado!.... Eugenia... si tu sueño no es el de la muerte, sufre, que bien lo has merecido!

Vampa habiá dejado entretanto su cinto sobre la mesa, y retrocedió algunos pasos. Benedetto examinó y guardó el dinero.

Aunque el salteador romano habia absorvado atentamente los movimientos de Benedetto, dispuesto á sorprenderlo con rapidez, éste se condujo con tal astucia que no dejó de tener un solo instante la cabeza de Vampa bajo la puntería de su pistola. Así que

hubo guardado el dinero, Benedetto retrocedió hasta la entrada de la galería llevando consigo la luz y dejando de nuevo al salteador entregado á la oscuridad y al sufrimiento.

Vampa se dejó caer al lado de la mesa, mesándose los cabellos.

El hijo de Villefort llegó á la estremidad de la galería, y pasando por la abertura practicada en la roca, encontróse con un grupo formado de diez ó doce hombres, entre los que se percibia el sonido de las armas. A alguna distancia se veía un piquete de caballería.

—Señor, dijo Benedetto á uno de esos hombres; el salteador está solo.

—Acabais de verlo?

—Sí.

Ambos se retiraron entonces misteriosamente á un ángulo del camino, donde continuaron su conversacion.

—Señor, agregó Benedetto, yo hago sin duda un importante servicio á Roma entera; y sin embargo, pienso que no me dejareis retirar sin ser acompañado por alguno de vuestros soldados aun que nada tenga la policía que desconfiar de mí! Entretanto ya he recibido el precio ofrecido por la cabeza del salteador, y esto basta.

—Qué quereis decir?...

—Aceptad la cuarta parte y decid que me escapé por algun oculto pasaje de las catacumbas.

—Oh! vuestro recelo no será quizás infundado; pero en fin... vos que no desais poneros en contacto con la policía, sabreis lo que os pesa en la conciencia. Dadme, pues, la cuarta parte del premio que habeis recibido, no por el hecho de que deje de cumplir las órdenes que se me hayan dado, sino porque os permito partir despues de lo que me habeis dicho. Tenia órden de dejaros en libertad, luego que nos apoderásemos de Vampa.

Benedetto hizo un movimiento de sorpresa, y pasó un pequeño rollo de papel á las manos del jefe de los agentes de policía.

—Es oro?

—Examinadlo.

—Estamos conformes; ahora esperad solo un momento, hasta que mis soldados se apoderen de Vampa, y partireis en seguida.

El jefe se dirigió al grupo y gritó. Encended los hachones y bajemos! ¡Ea! camaradas, venid!...

Las luces brillaron en seguida y el piquete de caballería se aproximó rápidamente á la entrada de las Catacumbas; las espadas salieron de sus vainas, y los agentes descendieron á buscar á Vampa.

Un grito desesperado, loco, frenético y que esprimia la mas profunda rabia resonó poco despues en lo interior de la bóveda subterránea.

—Oís?...

—Sí...

—Es el grito del leon que cae para no levantarse jamás! Es el famoso Luigi Vampa que está en poder de la justicia romana.

—Idos pues; estais libre!

Y el hijo de Villefort desapareció en las tinieblas de la noche.

XXV.

Perfeccion de la justicia divina.

Vampa, el salteador, que por tanto tiempo habia asolado los arrabales de Roma, habia finalmente caido en poder de la justicia, y en breve recibiria el premio debido á sus repetidos crímenes.

Ninguna voz habia en Roma que se elevase á su favor; y el hombre que fué siempre mudo á las súplicas de sus víctimas, é indiferente á la agonía de los infelices, vió con terror levantarse en frente de sus ojos el terrible tablado para su suplicio, sin notar entre los curiosos espectadores ni uno solo en cuya fisonomía

pudiese leer la mas leve señal de compasion. El silencio, la indiferencia que él siempre usó á vista de sus víctimas, era lo único que recojia, como si la Providencia le quisiese hacer comprender cuánto cuesta el último momento de la existencia humana; cuando no es consolado por las palabras sublimes de una amistad verdadera, ó por el bálsamo consolador de una religion pura.

Luego que los agentes de policía habian penetrado en las subterráneas bóvedas de las Catacumbas de San Sebastian, Vampa lanzando aquel grito feroz, á que Benedetto respondió con una carcajada, intentó aun una defensa desesperada, pero reconociendo luego la imposibilidad de luchar inerme contra ocho hombres armados y decididos, se sometió á la prision que estos le intimaban.

Vampa comprendió entonces la suerte que le esperaba.....! el cadalso y el verdugo con su larga maza de hierro se le aparecian en el centro de la plaza del *Popolo*, y el salteador se esforzaba en vano por apartar de su imaginacion el lúgubre y aterrador aspecto de su próximo suplicio.

¿Qué podria salvarlo?

¿Amigos? no tenia uno solo.

¿Dinero? estaba saqueado.

Su rostro siniestro se volvió todavía una vez mas para contemplar á Eugenia; una sonrisa amarga vagó en sus lábios, y su mirar azorado, como si saliera de un horrible sueño, inesplicable y opresor, parecia maldecir la hora en que se le habia aparecido aquella mujer!

Mientras el salteador era conducido á la ciudad, entre la escolta de caballería, el hijo de Villefort envuelto en su larga capa, acababa de bajarse de un caballo á la puerta de la pequeña propiedad del baron Danglars.

Buscó el cordon de la campanilla, y tiró con violencia, hasta que un criado vino á indagar la causa de tan inesperado ruido.

Apenas asomaba el dia.

—Decid al señor baron Danglars que vengo á comunicarle una cosa de grande importancia. Y daos prisa porque espero que no me tengais mucho tiempo en la calle.

—Disculpad; pero yó tengo órden positiva de no abrir sino á persona conocida: y aun creo que S. E no recibirá ahora á ningun estraño. Así pues no hariais mal en darme vuestro nombre.

—Aunque os dé mi nombre estoy cierto que no dejaré de pasar por un estraño: pero decid al señor baron que soy un agente de policía que pretende obtener algunos esclarecimientos acerca de una catástrofe sucedida esta noche á alguna persona que debe indudablemente interesarle mucho.

El criado se retiró y Benedetto esperó.

Luisa d'Armilly, que durante aquella noche fatal no habia podido conciliar el sueño, estremeciéndose al menor ruido y creyendo oir los gritos de su amiga, mezclados con la brisa de la noche, se asentó ajitada sobre el sofá en que se hallaba reclinada en el momento en que oyó sonar con violencia la campanilla de la puerta.

Mil ideas estravagantes se le presentaban confusamente: su corazon palpitaba precipitadamente como sucede á quien sufre un ataque violento en todo el sistema nervioso; y la voz casi espiraba en la garganta.

El baron Danglars, aunque en estremo contristado por el rapto de su hija, no pudo esquivarse de aquel peso que la noche parece colocar en nuestros párpados, obligándolos á cerrarse á pesar nuestro. Danglars dormia desde algunas horas, habiéndose acostado vestido sobre la cama. Fué, pues, la señorita d'Armilly la que primero supo quién era el desconocido que se presentaba allí tan temprano.

La palabra—agente de policía—proferida por el criado, fué para Luisa un presentimiento, y calculó que los gritos de su amiga habrian llamado la atencion de los estraños, y que el car-

ruaje del supuesto Spada habria sido detenido por la policía, siempre vigilante en rondar, donde no dejan de ser frecuentes estos casos de violencia.

Ella misma corrió al cuarto del baron y lo despertó precipitadamente despues de haber dado órden al criado para introducir en la sala al agente de policía.

El baron recordó sobresaltado, y habiéndose impuesto del objeto de aquella inesperada cuanto feliz visita, se preparaba á bajar.

Luisa, saliendo del cuarto del baron, se apresuró á ocultarse detrás de una puerta, con la intencion de no perder ni una palabra que saliese de los lábios del agente: pero en vano y admirada lo buscó con la vista por la sala.... la sala estaba desierta. Volvió sobre sus pasos, preguntó si el recien venido habia sido introducido en la sala: el criado le respondió afirmativamente; y entonces habiéndose juzgado presa de una ilusion, se volvió á la sala, abrió la puerta, entró, habló...... pero nadie le respondia. La sala continuaba desierta.

Entretanto el baron Danglars iba á bajar cuando una voz que no le era desconocida le detuvo.

—En efecto, señor baron, siempre sois muy pesado en vuestros movimientos.

—El baron se volvió rápidamente, como si procurase desmentir aquella acusacion, y soltó un grito de espanto.

—¿Vos aquí? dijo él. ¿Por dónde os habeis introducido? El cuarto no tiene mas que esa puerta!

—Ah! os olvidais que la mano del muerto sabe buscar en las sombras la puerta que otra mano no podria abrir?

—Dejaos de burlas, señor, y esplicadme..... por dónde entrásteis..... qué razon os obliga á atropellar así mi domicilio.... hablad ó gritaré!.....

—No griteis porque no teneis motivo para hacerlo. Si yo no viniese aquí con buen fin, tiempo he tenido para haber logrado mi objeto.

—Mas qué quereis?.... Por dónde habeis entrado? volvió á preguntar el baron siempre inquieto.

—Responderé solo á vuestra primera pregunta y espero que nos acomodarémos convenientemente; cerrad bien esa puerta, señor baron, sino podrán venir á incomodaros!

—Ah!. .. Pero soy esperado allá abajo!... ignorais acaso..... oh! no lo debeis ignorar.....

—Nada ignoro, señor; os han robado á vuestra Eugenia! ni mas ni menos.... Locuras de vuestro amigo Vampa!

—¿Amigo mio. ..?

—Os dió dinero y lo aceptásteis.

—Yo!....

—Sí; y qué esperábais entonces, recibiendo dinero de las manos de un bandido, y teniendo en casa á vuestra hija? Me parece que comprendeis mejor los guarismos que los hombres!

—Lo que yo no sé entender, son los hombres que no se esplican... por ejemplo como vos.

—Voy á satisfaceros: cerrad primero esa puerta.

—Bajad antes conmigo, y esperad mientras yo hablo á un cierto agente de la policía que viene á buscarme.... que viene á darme parte sin duda, de que está preso el famoso raptor y que se espera mi declaracion para saberse quién es. Ah! la vida del señor Vampa está ahora en mis manos!

—Delirios! señor baron; no sois hombre de algun tino, evitad el encuentro con el agente de policía.

—Y por qué?

—Aunque no sea mas que por precaucion.

—Qué quereis decir?...

El baron se puso pálido, y su mano agitada dió rápidamente una vuelta á la llave de la puerta.

—Muy bien, señor baron. Ahora aproximaos y escuchad.

En este momento golpearon á la puerta y se oyó la voz de la señorita d'Armilly.

—¿Señor Danglars?

El baron iba á responder, pero Benedetto le impuso silencio con un gesto.

—Señor Danglars!...... Oh! qué misterio hay aquí, Dios mio?..... esto me asusta.... dijo la señorita d'Armilly volviendo á bajar, y escuchándose aun momentos despues su voz que llamaba á un criado.

—Señor baron, dijo Benedetto, yo lo sé todo. Vampa acaba de ser preso: declaró que estuvo aquí, y dió vuestro nombre; ahora podeis comprender que la justicia no dejará libre á un hombre en cuya casa pasó la noche el salteador Luigi Vampa.

El sudor caia gota á gota de la frente espaciosa de Danglars.

—Y bien...? preguntó éste asustado y mirando inquieto hácia la puerta.

—Vaya, el caso es bien sencillo ..! respondió Benedetto con calma.... y apenas supe esta novedad, corrí á avisaros.

—Pero, qué haré?... preguntó de nuevo el baron en la mayor agitacion.

—¡Qué torpe sois!..

—Ah!... teneis razon amigo mio; pero hay ciertas cosas tan imprevistas, que producen en mí un efecto singular.—Sin embargo, conozco que no hay tiempo que perder.

—¿Qué hicisteis en París cuando comprendisteis la dificultad de vuestra posicion, y la enormidad del *deficit* de vuestros libros de caja?

—Ah!.... mientras el procurador de las huérfanas y viudas esperaba su limosna de cinco millones, me evadí.

—Qué mas quereis? mientras el agente de policía espera en la sala el momento de echaros la garra, dad á vuestra casa el último adios, y haceos á la vela.

Eso mismo estaba pensando ahora, mi amigo; pero, ¿por dónde huyo?

—Yo os guiaré.

—¿Me lo prometeis? preguntó el baron con ademan suplicante.

—Puedo jurarlo; ea, preparaos: dentro de un momento ven-

drán á echar abajo la puerta.... el dia vá aclarando y entonces no podreis huir.

—Ah! ah!... maldito Vampa! murmuró el baron dirigiéndose á su secretaría, y examinando á la luz de su lámpara el rincon en que tenia el dinero.

—Dejad esa niñería, le dijo Benedetto, yo tengo aquí dinero y os prestaré alguno.

—¿Qué decís? dejar lo que tengo para que la justicia se aproveche de todo? respondió el baron, metiendo en el bolsillo cuanto dinero y cuantos valores encontró en la secretaría. No es tanta la prisa que no puede aprovechar dos ó tres minutos, á trueque de una no despreciable suma de piastras. Estoy pronto..... huyamos.

A estas palabras, Benedetto hizo uso del resorte del cuadro ya mencionado que decoraba una de las paredes, y el cuadro giró inmediatamente sobre uno de sus ejes, dejando ver una escalera que se perdia en la sombra por lo interior de la pared ...

—Por aquí, señor baron! dijo Benedetto, y tened cuidado porque la escalera es en espiral, y sus escalones están resbaladizos por la humedad.

—Ah! que bueno sois! respondió el baron dejándose conducir y viendo con placer que el cuadro volvia á ocupar su lugar en la pared. Yo ni por el diablo habria dado con este maravilloso secreto..

Luisa d' Armilly habia vuelto entre tanto á llamar al baron Danglars acompañada de sus criados. La puerta se conservó cerrada, y ninguna voz respondia á sus gritos. Entonces mil pensamientos estravagantes la asaltaron, de los que solo uno parecia posible á los criados, era que el baron Danglars hubiese sido atacado de alguna enfermedad que no le diese tiempo de abrir la puerta; pero Luisa ya habia estado en la habitacion del baron, y no comprendia porque él hubiera tenido que cerrar la puerta. Los criados resolvieron echarla abajo. Luisa los detuvo unos instantes mas llamando fuertemente al baron, y viendo que sus gri-

tos no obtenian la menor respuesta, hizo señal á los criados de que empezasen su tarea.

Despues de algunos esfuerzos de aquellos, la cerradura y los goznes saltaron de su quicio, y la puerta cayó á lo largo del pavimento.

Luisa penetró en la habitacion, iluminada aun por la débil luz de la lámpara colocada sobre el escritorio y miró con espanto alrededor de sí.

El cuarto estaba desierto.

El terror la dominó entonces; su rostro se puso estraordinariamente pálido, y su pecho palpitaba con violencia.

Habia entrado en casa un hombre, que se decia agente de policía, y ese hombre desapareció como por encanto. El baron no estaba en su cuarto, y este se hallaba cerrado, advirtiéndose la llave colocada del lado interior de la puerta.

Cómo podrian esplicarse estos dos accidentes estraordinarios, y especialmente el último?

—Ah! dijo ella, haciendo un esfuerzo para no dar á conocer á los criados el miedo que la agitaba: me parece que el señor baron ha salido y es necesario buscarlo, mas.....

—Pero señorita.... ¿por dónde queréis que haya salido? dijo uno de los criados; á no ser por la ventana, y esa está atrancada!

—No lo sé, respondió Luisa, pero debo suponerlo así. Decid entre tanto al postillon que prepare el carruaje, porque quiero volver á la ciudad, y cuando vuelva el señor baron hacedle presente que le pido que me disculpe por haberme retirado sin esperarlo, en atencion á la necesidad que tengo de no permanecer mas tiempo lejos del teatro.

Los criados obedecieron, y poco despues Luisa d' Armilly helada de susto, temblaba en el fondo del carruaje que la conducia.

Cuando llegó á su casa, la señora Aspasia corrió á prevenirla que su amiga Eugenia habia llegado á la madrugada, y que sintiéndose algo incomodada, no habia podido esperarla sino en cama.

Luisa, á pesar del aviso, corrió con lágrimas en los ojos al dormitorio de Eugenia, y arrojándose sobre su lecho, la abrazó con la espresion mas sincera de una profunda amistad.

Las dos amigas cambiaron con entusiasmo sus besos y confundieron sus lágrimas.

Eugenia escondió su rostro en el pecho amigo que le ofrecia Luisa, sin otro sentimiento estraño á la pasion que desde mucho tiempo las unia.

Mientras las dos amigas se abrazaban, y Eugenia arrepentida de la afeccion insensata que habia dejado la dominase, procuraba borrar de su memoria cualquier recuerdo que no fuera el de su Luisa, el baron Danglars conocia la verdadera posicion en que se hallaba temblando de rabia y de desesperacion enfrente de Benedetto.

Estaban ambos al pié de la escalera tortuosa, por la que el baron creyó salvarse guiado por el hijo de Villefort.

Enfrente de ellos habia una puerta que daba comunicacion á una casa al nivel de tierra. La luz de la mañana entraba por las hendrijas de una pequeña abertura, practicada á manera de ventana en una grande altura de la pared.

Cuando Benedetto llegó á aquel lugar, se volvió rápidamente hácia su compañero y le presentó la boca helada de una pistola pidiéndole en tono imperioso cuanto dinero y valores traía consigo.

El baron se detuvo súbitamente, y con la voz embargada, pero haciendo un gran esfuerzo, consiguió decir estas palabras:

—¡Ea! dejaos de burlas conmigo, mi querido señor... Ah!... ah!... ya conozco bien vuestro genio.....

—Debeis saber entonces que os mataré sin escrúpulo y sin la menor dificultad si no me entregais el dinero que trajisteis de vuestra linda secretaría. Vamos, señor baron, ese estado de estupor en que os ha dejado la sorpresa, seria muy conveniente si yo fuese capaz de horrorizarme con la idea de matar á un hombre para robarlo...

—Señor!.... balbuceó el baron, por cierto que quereis diver-

tiros á mi costa. . Oh! el momento no es el mas oportuno....

—Habeis dicho la verdad, porque pueden cercar la casa, descubrir este camino misterioso y prenderos.

—Es que entonces os prendarán tambien á vos!... se apresuró á decir el baron, recostándose mas muerto que vivo en el umbral de la puerta.

—Vuestras palabras son las de un buen profeta, señor Danglars; pero voy á terminar este negocio, respondió Benedetto con una sarcástica sonrisa martillando al mismo tiempo su pistola.

—Oh! quereis entonces robarme! murmuró el baron desesperado y arrancándose los cabellos. ¡Sois un traidor!

—Hola! replicó Benedetto, ¿y vos qué sois? qué fuisteis? qué sereis siempre?

—Yo?... no lo he sido jamás... ¿qué mal os hice nunca?...

—No os he preguntado eso, ni os lo preguntaré. ¡Baron Danglars; ó la bolsa ó la vida.

—Luego sois un ladron?

—Ya lo sabeis, mi querido baron.

—Sí, ya lo sabia: pero me olvidé de que lo sabia! respondió Danglars desesperado! y no sé como pude cegarme hasta este punto... Ah! fatalidad... fatalidad!. .

— No señor; yo os esplicaré vuestra ceguedad. Desde que pude seros útil en algo; desde que el tiempo redobló mis servicios, y conocisteis no ser del todo mala la posicion en que os he colocado de vivir sin trabajar, tuvisteis la debilidad natural de olvidar mis pequeñas faltas, y de llamar amigo á un hombre que no vino á este mundo para ser amigo de persona alguna. Tuvisteis aquella flaqueza porque vuestra conciencia nunca estuvo pura. Ah! y no era posible que lo estuviese la conciencia de un hombre que premeditó robar el dinero sagrado de las viudas y de las huérfanas! la conciencia de un hombre que despues de insultar á su mujer, tiene la audacia de presentársele para gozar de algunos bienes que le supone duplicados desde algun tiempo, no se sabe como!... La conciencia de un hombre que recibe en su casa

al mas terrible salteador romano, aceptando dinero de su mano criminal, sin tomarse la pena de conocer bien el objeto de tan estraña generosidad!.... Comprendeis ahora cuál fué la venda que os cubrió los ojos, señor baron?

—Ah! y vos que me haceis tales cargos.... quién sois? de dónde habeis venido, que pretendeis?...

—Muy bien: tres preguntas, tres respuestas. Soy un hombre sin nombre, sin familia, sin Dios, sin religion, sin patria y sin amigos. Me levanté de una tumba en una noche fatal, trayendo en el pecho la llama maldita de la desesperacion, la maldicion en los labios, y en la diestra una reliquia singular: la mano que pretendió sofocarme cuando absorví el primer soplo de la vida en este mundo; la mano que despues me bendijo: la mano que yo besé y regué con mis lágrimas .. Ahora, señor, me falta deciros solo lo que pretendo .. Ah! pretendo una venganza justa é implacable!

—Y cuándo os he ofendido yo? preguntó Danglars, sintiendo doblegársele las rodillas.

—Nunca.

—Oh! entretanto, me robais sin piedad....

—Señor: yo robo porque el camino que he de seguir, es difícil y costoso! .... El hombre á quien me dirijo es poderoso, para combatirlo necesito oro! Robo por necesidad absoluta: pero no sacrifico á esta necesidad las personas que yo juzgo agenas al crímen y al latrocinio! Señor, el tiempo corre, vuestra situacion es irremediable: escoged pues entre el oro ó la vida.

Diciendo esto Benedetto estendió la mano izquierda, y fué recibiendo y guardando las cantidades que el baron Danglars le entregaba, acompañadas de largos gemidos.

El baron Danglars, volvió á llamarse pues simplemente Danglars porque estaba mas pobre que nunca.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Benedetto guardó la pistola, y fué á examinar el esterior por una hendija de la puerta.

—Nadie, murmuró él, partamos!

El baron pálido y agitado, caminó arrimado á la pared, hasta reunirse á Benedetto y le detuvo al paso con un ademán suplicante.

—Por piedad.... le dijo: soy un pobre anciano, y mis cabellos blancos deben mereceros alguna compasion; qué quereis que haga ahora? á dónde quereis que vaya á ganar mi alimento. .. Bien conoceis que al menor paso que dé en Roma seré preso.

—Tendreis la casa franca. Qué mal hallais en eso? respondió Benedetto con la mayor indiferencia, disponiéndose á abrir la puerta.

—Socorredme por amor de Dios!....

Benedetto se detuvo clavando en Danglars una mirada investigadora.

—Hola, os vais volviendo místico, buen viejo! esclamó, la miseria es hermana bastarda de la devocion: jamás la abandona aparentemente.

—Al menos por la honra de vuestro oficio, repitió Danglars.

—Ahí está lo que es mas inteligible! Qué queréis pues de mí?

—Que me ampareis.

—En qué?

—Ah! en todo, en todo... salvadme.... protejedme....

—Quereis tambien que os lleve al cuello? viejo impertinente! Yo voy á salir de Italia; un buque me espera en el puerto.

—Un buque! repitió Danglars, respirando con mas libertad y enderezando el cuerpo, como si recibiese una nueva existencia.

—Y bien, qué os importa eso? dijo Benedetto, que notó el gesto de Danglars, metiendo rápidamente la mano en el bolsillo para empuñar la pistola.

—Dijisteis que teniais un buque y que os espera en el puerto.

—Sí.

—Teneis piloto?

—Sin duda.

—Ah!

—Continuad!

—Yo os pedia ese lugar.

—Vos?

—Sí, yo! porque, ya que os disponeis á viajar ireis sin duda á negociar; tomareis tal vez efectos de contrabando en el Mediterráneo; y en ese caso me ofrezco para sobre-cargo.

—Qué prodigio! ... entendeis pues de marinería, y de los intereses mercantiles de la marina?

—Si entiendo! He crecido en el mar y entre los fardos que cargaban el buque.

—Qué decís? y vuestros blasones!... y el nombre de vuestros antepasados?....

—Empecé de marinero... ascendí, me elevé, llegué á lo que fuí, ahora desciendo y voy á acabar en el punto de donde he partido.

—Me asegurais por vuestra vida que decís la verdad?

—Sí!

—Mirad que puestos en el mar y reconocida que sea vuestra incapacidad .. tendreis un cementerio digno de vos! el vientre de un tiburon.

—Respondo de mí....

—Vamos, guardad pues vuestros títulos en el bolsillo y venid conmigo. Ah! vuestra historia me parece bien interesante! me la contaréis cuando estemos en el mar. Os aseguro que nadie seria capaz de reconocer allí, debajo de vuestro vestido de hermoso paño, la corteza ordinaria y grosera del marinero!.... Miserias del mundo!

XXVI.

Una noche en el Mediterráneo.

Cuando un hombre sin posicion social consigue elevarse y crear un nombre enteramente suyo, á fuerza de un trabajo laudable, y de un estudio adecuado á la clase á que aspira lle-

gar un dia; quien puede echarle en rostro para vilipendiarlo, el oscuro estado en que haya nacido?—Pero si ese hombre de la oscuridad social se eleva por la intriga ó por el crímen; justo es aplaudir la irrisoria caida del que desciende de la cumbre de su fortuna, hasta confundirse en el polvo á que debe su orígen.

Es verdad que esa bella teoría no es la que se practica en el mundo, ni representa el carácter de la sociedad en sus diversas faces; porque la intriga, la cábala y frecuentemente el crímen, se estiman en ella como la ciencia, el estudio y la virtud. Aquellos alcanzan con su ambicion el puesto á que aspiraban, y una vez en él, lo defienden con obstinada pertinacia.—Estos reciben su posicion mas bien como limosna que como recompensa, y se conservan en ella sin pretensiones, en tanto que no se la envidian.

Es que la justicia de los hombres, contradictoria y absurda en casi todos sus actos, no llena ni llenará jamás esta idea que ellos mismos conciben, pero no esplican, de una justicia divina y perfecta, á que llaman justicia de Dios!

Cuántas veces este título sublime cubre un acto de violencia y de latrocinio! Cuántas el hombre en su ceguedad de turpa, destruye y aniquila las evidentes pruebas de esa justicia divina, que se nos revela por una singular é inesplicable combinacion de acontecimientos, tendentes al único fin de castigar al impostor, al malvado que se nos presenta bajo la máscara de hipócrita!

El baron Danglars recibia uno de esos golpes supremos que hieren para siempre, y reducen al hombre á la necesidad de meditar en todo su criminal pasado!—Hasta entonces ninguno habia tenido poder para descargar tal golpe; porque nadie se habia interesado en preparar las situaciones y combinar los hechos para hecerlo caer de escalon en escalon hasta el fango de donde habia salido! Habia en ello una voluntad superior á la de los hombres, que lo habia impelido á su caida: habia en ello una inteligencia divina que lo condenaba, juzgando con calma las acciones de su vida; habia un brazo omnipotente que lo heria....

Hombre despreciable, nacido de la nada, comenzó por la traicion, llegó al latrocinio y á la intriga, y se encontró grande y orgulloso de lo que era, olvidándose de lo que habia sido!

Lo traicionaron entonces y fué mas tarde víctima del robo y de la intriga; esto es: descendió los mismos escalones por donde habia subido, y que lo conducian de nuevo en su descenso á la nada que le diera orígen!

—Era esto la justicia de Dios!

Danglars habia acompañado á Benedetto, y al dia siguiente, se encontraba á bordo del yate que navegaba en direccion á la Córcega, despues de haber salido del Tiber.—La tripulacion de aquel buque no parecia desconocida á Danglars; su segundo era Pepino y este conocia á Danglars desde algun tiempo.

El yate, hinchadas sus velas latinas por la brisa de la tarde, inclinaba con coquetería su amura sobre la blanca espuma de las pacíficas aguas que hendia, apartándose con rapidéz de la Italia —Luego de ejecutada la maniobra, recojido los cables y concluido sus faenas, los ocho marineros que lo tripulaban pasaron á barlovento, y se recostaron indolentemente sobre el convés preparando sus pipas para fumar.

Pepino estaba en pié arrimado al palo de proa, arropado en su camiseta de bayeta y miraba con aire de curiosidad al timonel que no desviaba su vista ya del cataviento, ya de la brújula.

Benedetto, envuelto en la capa, permanecia al lado de este hombre, como si examinase la direccion que daba al buque.

La brisa refrescaba á la aproximacion de la noche, y el yate que podia aprovechar mejor el viento, empezó á marchar con doble velocidad.

Al advertirlo el timonel, dijo á Benedetto.

—Ved que la noche refresca; vamos á entrar en la línea del viento, y creo que no seria malo navegar solo con los trinquetes y aferrar las latinas.

—Me estais hablando en griego, y sobre griego, y solo tuve un abuelo muy afecto á ese idioma, maese Danglars, respondió

Benedetto, pero llamaré á quien os entienda.—¡Ola! *Roca Priori*, llamad al piloto.

—¡Listo! gritó al momento un hombre que se levantó con presteza del círculo de los marineros, y se dirigió á popa.

—Maese Danglars quiere aferrar las latinas, dijo Benedetto.

El piloto se sonrió con desprecio, lanzando sobre Danglars una desdeñosa mirada, y agregando:

—¿Para qué?

—Vamos á entrar en la fuerza del viento, y correremos bastante con solo el trinquete, respondió Danglars.

—Y qué ¿pensais no dejar descansar los brazos de los marineros? ¿Para qué entrais en la línea del viento?

—Pero no conoceis la situacion de la isla de Elba, y no veis que refresca el sudoeste?....

Y el yate cuanto mas recibia de popa el viento, caminaba menos, porque iba dejando la bolina.

El piloto, visto esto, se encogió de hombros murmurando algunas palabras al oido de Benedetto, de las que Danglars pudo alcanzar estas:

—Yo no entiendo este modo de gobernar.... aunque no necesito entenderlo... porque me parece que este pobre diablo tiene miedo de ir á la bolina.

—¡Vamos! dijo entonces Benedetto: á sus puestos muchachos; maese Danglars va á mandar la maniobra.

Despues acercándose á este, le dijo:

—¡Mirad lo que haceis! y acordaos que en el momento en que yo me aperciba de vuestra nulidad á bordo, os enviaré de regalo á los peces!—Ya os he dicho que no me apuro por llegar á la isla de Monte-Cristo.

—Perded cuidado, replicó Danglars con calma: conozco bien el Mediterráneo, y aunque no sepa la situacion de la isla, hemos de dar con ella.

La tripulacion estaba lista.

Unos tomaban las cargaderas, otros las escotas, y las drizas de la cangreja de popa.

Danglars miró la brújula, cerró el timon á la banda y cuando el buque daba la popa al viento, mandó con voz clara y fuerte:

—¡Arrea y carga!

Y en seguida:

—¡Larga trinquete y amura!

El yate elevó su costado de entre las aguas, la vela tomó viento en el acto, mientras el foque y la latina de proa empezaban á flamear.

—¡Carga latina de proa!—¡arrea foque y amarra! Y basta....

Y al decir esto, Danglars miró á Benedetto que parecia estar satisfecho.

El piloto empezó á pasearse, mirando con torvo gesto á maese Danglars.

El yate cortaba las aguas viento en popa y no preocupó ya mas á Benedetto, que dejó escapar un pofundo gemido, respirando en seguida con avidez el aire libre del mar. Los marineros reunidos á proa repetian un estribillo en tono acompasado y monótono, contestando á las coplas que Pepino cantaba en su centro. El acorde de estas voces parecia distraer la imaginacion de Benedetto, que sentia plena necesidad de estar á solas, y de escuchar apenas á su derredor el silbido del viento en el cordaje del buque, y el zuzurrar de las aguas cortadas por su quilla.—Despues de una vida de agitacion, y á presencia de una empresa difícil y arriesgada; sintiendo en su alma la desesperacion, acaso el remordimiento y una sed horrible de venganza; colocado sobre un abismo y teniendo á sus ojos la inmensidad del espacio, queria reconcentrarse en sí mismo, y meditar en la justicia y la razon de la causa que lo impulsaba á una obra de martirios, de lágrimas y de sangre

Llamó pues á Pepino y le ordenó que hiciese recojerse á la tripulacion sin dividirla en guardias, porque él se encargaba de vijilar el buque durante las primeras horas de la noche.

—Entonces teneis confianza en la inteligencia de Danglars? preguntó á Pepino.

—Y por qué no? dijo este. Yo no soy tan lerdo en el oficio, y

puedo asegurarte que si el viento no cambia echaremos unas seis millas y media por hora, y mañana al nacer el sol estaremos próximos á doblar la isla de Elba!

—Déjame, Pepino! dijo Benedetto.

Pepino obedeció, y poco despues la tripulacion se habia recojido.

Solo dos personas quedaron sobre cubierta, Benedetto y Danglars.

Ambos parecian meditar profundamente: puesto el primero de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, y la frente descubierta, clavaba los ojos en ese mar que se agitaba y hervia en torno suyo, bajo el oscuro manto de la noche: y el segundo con el brazo derecho apoyado en la caña del timon, y la izquierda metida entre el pecho de su camiseta, dejaba conocer en su fisonomía la espresion innegable del que recuerda los hechos de su vida. Uno meditaba el porvenir; el otro pensaba en el pasado.

Benedetto se dirigió á paso lento hácia Danglars; y contemplándolo algunos instantes, le tocó ligeramente con la mano en el hombro.

—No hay novedad! dijo Danglars vivamente, estremeciéndose y mirando luego hácia la brújula: el buque sigue en viento favorable....

—Bien lejos estábamos ahora los dos de pensar en el buque! dijo Benedetto, sin dejarle concluir.

—Os aseguro. ...

—Basta!... replicó Benedetto. Qué importa el buque ni el mar á cualquiera de nosotros, en este momento de soledad y de tinieblas? Yo me ocupaba del porvenir.... y vos..... sin duda recordabais el pasado! Nada mas natural! uno de nosotros debe entregarse en cuerpo y alma á perseguir á un individuo, de quien juró vengarse á su padre moribundo! El otro debe meditar los actos de toda su vida pasada para conocer de cuál de ellos procede la fatalidad que le agobia hace algun tiempo! Hablad, señor... hablad.... necesito oir á alguien que haya cometido crímenes! quiero estudiar el crímen en todas sus faces.... quiero conocer bien

los diversos modos de hacer sufrir á un hombre en este mundo! Hablad... ¡Ah! yo quiero estinguir lentamente y una á una todas las caras afecciones de un hombre; quiero inventar martirios y suplicios hasta arrancarle del pecho dolorosísimos gemidos!..... ¡Ay de mí si yerro el golpe! si mi brazo cayese inerme, si mi inteligencia se agotase!... Ah! padre mio... padre mio... tú no serias entonces vengado!...

Danglars miraba atónito á Benedetto: jamás le habia escuchado semejante lenguaje; jamás habia escuchado su voz entrecortada por los sollozos de un amargo llanto.

Hubo unos instantes de silencio, durante el que Benedetto dió libre curso á sus lágrimas, paseándose por el buque con agitacion estremada, hasta que se detuvo de nuevo ante Danglars.

—Decidme; preguntó á este: ¿quién era, de donde surgió poderoso, vengativo y sin piedad ese hombre á quien llamaban el conde de Monte-Cristo, ó Edmundo Dantes?....

Danglars se estremeció

—¡Cómo podré revelaros un secreto que permanece sepultado entre Dios y ese hombre!....

—Y porqué no decís mas bien entre él y el infierno? esclamó Benedetto.

—Ah! porque empiezo á creer en un principio sublime, del que dimana la verdadera justicia!

—Creeis entonces que Edmundo Dantes era inspirado por ese principio sublime de que hablais?.... preguntó Benedetto con una sonrisa impía y escarnecedora.

—¡Con toda mi alma!

—¿Vos?

—Sí..... y os lo probaré, si quereis oirme.

—Hablad.

Danglars concentró por un momento sus ideas y prosiguió.

—Habia á principios de 1815 en Marsella un pequeño buque perteneciente á la casa de Morrel é hijo, y yo era su sobrecargo. En febrero de ese murió el capitan del buque á la altura de Porto

Ferrajo, y el 25 del mismo mes entraba al puerto de Marsella comandado por un jóven marino, en quien el capitan habia depositado su confianza. Ya podeis figuraros que la vacante dejada por la muerte de éste despertó la ambicion en algunos pechos: yo era uno de esos hombres, y en consecuencia, empecé á trabajar para conseguir la plaza de capitan. Mi antigüedad á bordo, y mi esperiencia marítima, todo debia concurrir en mi abono; pero la fatalidad quiso que el jóven marino fuese preferido! Entonces juré perderlo! Ese jóven era Edmundo Dantes; amaba á una muchacha catalana, y el amor que esta le concedia, á despecho de un paisano suyo, despertaba los violentos celos de este! Conociendo bien yo el carácter del catalan y calculando hasta donde podia arrebatarlo la llama que le abrasaba, procuré atizarla de un modo que se volviese fatal á Edmundo Dantes.

—Y cómo lo conseguisteis? preguntó Benedetto con la voz grave y el sombrío gesto del que aprecia y juzga los hechos por las palabras que escucha.

—Aprovechándome de una coincidencia del viaje, denuncié por medio del anónimo á Edmundo Dantes, diciendo que de regreso á Marsella habia tocado en la isla de Elba, donde habia desembarcado. Puesta la denuncia en manos de la autoridad, Edmundo Dantes fué preso por bonapartista, en el momento en que se sentaba á la mesa para celebrar sus desposorios con la hermosa catalana.

Desde ese dia desapareció de la faz de la tierra el hombre que me hacia sombra.... pero reparad bien señor ... que yo no pude lograr el puesto de capitan del buque!

Quince años transcurrieron, y al fin de ellos la catalana que se habia casado con el rival de Edmundo, era condesa de Morcef, mientras yo, que me habia enlazado con la viuda del señor de Nargone, tenia mi título de baron Danglars y una buena cantidad de millones de francos!

Pero hé aquí que un dia surge, no sé de donde, si del seno de la tierra ó de la profundidad de los mares, un hombre inmensa-

mente rico y poderoso! este hombre era el conde de Monte-Cristo. Desde entonces la fatalidad empezó á oprimirnos. Comprometido por el crédito ilimitado que él alcanzó sobre mi casa, tuve que abandonar á París, huyendo para salvar el resto de mi fortuna. La condesa de Morcef, esa mujer que en otro tiempo habia sido su querida, sintió la pesada mano de la desgracia conmover todo el edificio de su felicidad! la ruina, el dolor y la miseria la alcanzaron en breve!....

—Esperad! dijo repentinamente Benedetto. Y por qué motivo Edmundo Dantes quiso reducir á la miseria y al sufrimiento á la misma mujer á quien tanto habia amado? Cuál era su crímen para merecer el terrible castigo que hizo descender sobre su cabeza, ese hombre que se decia inspirado por Dios? Pretendia acaso Edmundo Dantes que esa mujer hubiese quedado para siempre sujeta á los votos que su larga ausencia habia destruido?... Pretenderia que una viudez perpétua fuese el estado de la infeliz mujer que aun no era suya por los vínculos del matrimonio? Ah! hé aquí tu primera falta, Edmundo Dantes!.... Hé aquí tu manifiesta ceguedad!.....

—Oh! pero os olvidais de que Edmundo Dantes necesitaba vengarse del conde de Morcef?..... dijo Danglars.

—Y ese hombre que se juzga superior á los demás.... aquel hombre que se decia justo como Dios... no conoció que la misericordia es el mas bello atributo de la divinidad cristiana! replicó Benedetto. Ved el modo como su inteligencia comprendia la justicia! sacrificando á una venganza terrible la pobre mujer que lo habia amado, y que daria tal vez la vida por él!.... insensato en el foco de tu mentida gloria! miserable en el apogeo de tu soñada grandeza!... hipócrita en el cumplimiento de la palabra de Dios!

—No.... no!... murmuró Danglars, trémulo y ajitado, Dios le habia dado poder para castigar el crímen..... yo creo en ese ministerio!

—Si la justicia divina fuese como nos la reveló Edmundo Dan-

tes, reniego de tu Dios cualquiera que él sea! gritó Benedetto alzando al cielo sus crispados puños.

Danglars le detuvo con el brazo izquierdo.

—Qué decís! Cuando nos hallamos sobre el abismo, entregados al capricho de las aguas y de los vientos.... así os atreveis á renegar de la única esperanza del marino! Sois un insensato! que no calculais los hechos ni conoceis en su correlacion perfecta la mano de ese Dios poderoso que existe sobre nosotros! Yo que fuí millonario, y me creia al abrigo de la miseria en que habia nacido, he visto mis caudales desaparecer como las nubes de polvo impelidas por el soplo de los vientos; y vedme ahora tal como estaba cuando dí el primer paso en la carrera del crímen! Oh! sí... existe un Dios omnipotente..... en quien creo en lo íntimo de mi alma!

—Así será, si os place! dijo Benedetto, despues de un momento de silencio. Yo tambien quiero creer en Dios! Sí: debe haber un Dios justo y omnipotente porque él es sin duda quien me envia para herir al hombre que se mofaba de su misericordia infinita, negándola á todos sobre la tierra!.... Sí, necesito creer en ese Dios poderoso, porque me siento débil y sin fuerza por mí mismo solamente! porque me reconozco pequeño y miserable en el centro de la inmensidad del espacio que nos rodea!.... Necesito creer en Dios porque siento en mí un principio superior á la materia terrestre, que esta no podria aniquilar!... Oh!... Dios... Dios mio!.. si mis sentimientos son criminales en este instante, si la venganza que he jurado no es enteramente justa... sepultadme para siempre en este abismo que se ajita bajo mis piés!... y Benedetto, por la primera vez de su vida, cayó de rodillas elevando sus ojos al cielo.

Una calma estraordinaria comenzó á hacerse sentir: la superficie de las aguas se asemejaba á un vasto y bruñido espejo! y antes que Benedetto tuviese tiempo de llamar á los marineros para la maniobra, antes que Danglars pudiese terminar esta, una cinta roja, que rasgaba velozmente el cielo, seguida de un estampido aterrador, anunció súbitamente una de esas tormentas secas, tan frecuentes en el Mediterráneo.

De los cuatro opuestos puntos del horizonte, parecia abrirse el cielo para vomitar terribles rayos que venian á sumerjirse en las aguas alrededor del pequeño yate, inmóvil sobre ellas. Los truenos rujiendo impetuosamente, se sucedian con pequeños intérvalos; y á poco rato el firmamento ofrecia el grandioso aspecto de un vasto incendio!

XXVII.

El naufragio.

Atónita por este inesperado incidente, toda la tripulacion del buque subió apresuradamente sobre cubierta. Danglars sujetando con sus trémulas y frias manos la caña del timon, miraba con terror á Benedetto, que puesto en pié y cruzando los brazos sobre el pecho, destacaba su figura siniestra en el horizonte de fuego que parecia amenazarlo.

El piloto se aprovechó de este suceso para perder á Danglars á los ojos del patron del buque. Hombre habituado á presenciar aquellas luchas teribles de los elementos, no tenia, ni perdia la esperanza hasta el último momento. Corrió, pues, con audacia hácia el timon, y arrancando bruscamente la caña de las manos de Danglars, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Ánimo, muchachos, y á sus puestos! Este bellaco tiembla de miedo y va á perdernos!

—Misericordia! esclamó inconsideradamente Danglars, que advertia aterrorizado, que para su completo castigo hasta habia allí mismo un hombre que le disputaba su puesto como él habia disputado el de Edmundo Dantes.

—Ah! con qué tú pides ahora misericordia.....? replicó el piloto sacando su puñal y abandonando el timon.

—¡Piedad! piedad, Dios mio! balbuceaba aun Danglars retrocediendo despavorido ante la amenazadora figura de su adversario.

—A él muchachos.....! á él que quiere amendrentarnos con sus

intempestivos gritos! continuó el piloto. A él, que tiembla como un perro, de ver saltar el agua al rededor de sí.....

A la insinuacion del piloto, Pepino echando mano de un machete, acometió á Danglars.

En medio de la lucha de los elementos, comenzóse entonces otra lucha parcial, tan horrible como la primera.

Al fulgor no interrumpido de los relámpagos, percibíase un hombre en el mayor grado de desesperacion, subiéndose á la amura del buque, mientras con la mano izquierda se agarraba de las jarcias, y con la derecha armada de un machete se defendia contra los golpes que le asestaban dos hombres, uno de los cuales era el piloto y el otro Pepino, ó sea *Rocca Priori.*

La tripulacion corria desordenadamente de uno á otro costado del buque, clamando piedad y abandonóse irreflexiva al miedo que le habian inspirado los gritos de Danglars.

El yate se azotaba sin gobierno sobre las aguas, mientras duró aquella escena de confusion.

Por último un grito agudísimo, y espresando una estremada angustia, resonó sobre todos los demás gritos.

Despues, todas las voces se estinguieron á bordo, escuchándose solo á poco rato la del piloto que decia:

—A la maniobra, muchachos! A tomar rizos al trinquete! pues es probable que el huracan no tarde

—Ánimo! que esto no es nada; y quien está al timon es un verdadero marino!

La tripulacion obedeció, y el buque dirigido por una mano hábil, se conservó á la capa durante la tormenta que no podia huir por falta de viento.

Benedetto permanecia aun en el mismo lugar, como si una voluntad poderosa lo hubiese detenido allí. En torno suyo habia sucedido alguna cosa terrible que él adivinaba, aunque no comprendia bien; pero su espíritu en armonía con la tempestad, absorbia su pensamiento en una sola idea.

—Dios mio! murmuraba Benedetto. Yo me inclino ante el

poder sin límites de tu voluntad que revuelve los elementos desde el fondo de los abismos hasta la altura de los cielos! Jamás habia presenciado el espectáculo magnífico y terrible á la vez en que ostentais la fuerza de vuestro brazo! Perdonadme, Señor, si en mi ignorancia he negado á veces la existencia de vuestro ser sobrehumano. Ahora, Señor, si no condenais aun al hombre á quien persigo, si él merece tu proteccion, á pesar de la inocente sangre con que manchó sus manos!..... despedazad y aniquilad para siempre este frágil leño en que me elevo sobre las profundidades del mar!..... ¡Ah! pero estos rayos de fuego que se sepultan en las hondas en torno mio parecen respetarme, y me hacen creer que soy el elegido terrible de vuestra justiciera voluntad, para castigar sin misericórdia al impío que os ha ultrajado en la persona de un niño; que es la mas débil criatura de la tierra, como tú eres el mas poderoso de los cielos..... Eduardo.....! Eduardo.....! hermano mio: yo no pude conocerte jamás..... pero tu sangre era mi sangre..... tu sangre pide venganza.....! y Dios no permitirá que el asesino quede impune!

Cuando Benedetto volvió de su éxtasis, y observó los objetos que le rodeaban, habia ocurrido otro incidente.

Como lo habia previsto el piloto, el viento, revolviendo y agitando las aguas habia aumentado el horror de la tormenta.

El yate, tomados todos los rizos en su pequeño trinquete, bailaba sobre montañas de agua que se formaban bajo su quilla, haciéndolo avanzar y retroceder alternativamente, como un juguete de los furores de la tempestad.

El piloto inmoble en su puesto, hacia algun tiempo que escuchaba con desasosiego ciertos gemidos y gritos que las ráfagas del huracan, parecian traer de lo lejos, débiles unas veces y apenas inteligibles, se asemejaban á los gemidos de un hombre en la agonía; fuertes, agudos y penetrantes otras, revelaban entonces la desesperacion estremada del que pide por última vez un socorro de los hombres, antes de solicitarlo de Dios.

El oido fino y atento del piloto, recogia los menores sonidos

que pudiesen indicarle la direccion positiva de la catástrofe, pues él comprendia bien que era algun buque que se veía en peligro.

Clavando en la brújula su inteligente mirada, mandó bracear un poco el trinquete por sotavento, y esperó con profunda atencion que el yate obedeciese al timon.

De repente, los gritos que habia escuchado se repitieron mas fuertes y espresivos á barlovento del yate, y el piloto reconoció inmediatamente por el movimiento de su buque la proximidad terrible de un gran buque.

En efecto, á la claridad de un relámpago, todos vieron con espanto una masa negra que una poderosa ola elevaba sobre su dorso ondulante, á una gran altura del pequeño yate, dejando en medio de ambos un abismo á que este descendia ajitándose con violencia de popa á proa.

Entonces se escucharon numerosas y aflijentes voces pidiendo socorro.

Benedetto, agarrado al mástil de su yate, percibió con interés un grito que dominaba á todos los demás; una voz que decia con el eco de la mas profunda afliccion estas palabras:

—¡Pobre madre mia.....! Dios no permite que nos abracemos.

Esta frase halló un eco doloroso en el pecho de Banedetto: la palabra —*Madre*— lo hizo estremecer! Era quizás el lamento de un hijo que despues de una larga separacion volvia á los brazos de su tierna madre, y tal vez al término de su viaje veia prepararse sobre su cabeza el golpe terrible que deberia herirlo!

—¡Ah! tampoco el destino permitió que yo viese á la mujer á quien debo mi existencia.....! murmuró. Y Dios permita que yo no muera sin conocerla, aunque sea por un instante! ¡Oh! si yo pudiera arrancar á ese infeliz de la suerte que lo amenaza!

Con todo aquel sosiego consumado y valiente presencia de espíritu, característico del marino acostumbrado á luchar constantemente con el peligro, el piloto, reconociendo la imposibilidad de salvar la gente del próximo naufragio, trató de evitar el choque terrible de las dos embarcaciones, por medio de una hábil ma-

niebla, ejecutada con presteza; ella fué sin embargo inútil porque el buque que elevaban las olas sobre el yate, hundióse instantáneamente en el abismo formado por la separacion de aquellas móviles montañas, que se despeñaron luego con estruendo sobre el frájil leño.

Despues del último grito de todos aquellos infelices, ninguna otra voz humana resonó en el espacio, durante algunos minutos.

Cada uno parecia entregarse en silencio á las tristes reflecciones que despertaba aquel cuadro de horrores, cuando la voz imperiosa y audaz de Benedetto, sacó á los marineros del estupor en que los habia sumido la presencia de la desgracia.

—¡Al mar la lancha! gritaba, cortando precipitadamente por su misma mano los cables que la sostenian.

—¿Al mar la lancha? repitió el piloto con una sonrisa burlona. Pero no veis el furor de las olas .....?

—¿Quién se atreve á contradecirme? preguntó Benedetto con amenazador semblante, y volviendo la cabeza en la direccion en que se habia oido hablar.

—¡Ea, Pepino! continuó despues de un momento de silencio: ahora es tiempo de esperimentar el valor de tu gente! Quién se crea hombre de bríos salte en esta lancha, y reme con denuedo! ¡Eh! gente miserable, y sin coraje! pues bien; yo bajaré; yo: porque el mar no me da miedo, ni me asustan las tinieblas! *Roca-Priori*, acompáñame y bajemos..... ahí escucho aun la voz desfallecida de un hombre que pide socorro!

Pepino saltó sin demora dentro de la lancha con su gefe, que mandó arriar los cabos; empuñando los remos con que pretendia triunfar de las alborotadas olas.

La tripulacion vió desaparecer la pequeña lancha con los dos hombres, sin acordarse de pensar en su vuelta, pues el mar estaba ajitadísimo, y el piloto aseguraba ser una muerte cierta semejante audacia.

Incansable y lleno de coraje Benedetto remó, ayudado por Pepino, en la direccion donde parecia escucharse los gritos sofocados de un hombre que pedia socorro.

Ni el fuego que las nubes lanzan con estrépido de sus preñados senos, ni los torrentes de lluvia, ni el mar embravecido y furioso, atemorizaban á Benedetto, á pesar de verse casi aislado en medio de la tempestad.

Pepino, admirado de la intrepidez de ese hombre, sentíase inspirado y fortalecido para luchar con enerjía contra los elementos.

Erguidos á la cumbre de las espumosas olas, sepultados á las profundidades del abismo, vedlos remando sin cesar dirijiéndose hácia el lugar en que se oian los lamentos que cada vez se tornaban mas inteligibles.

Benedetto respondió con un grito poderoso, al infeliz que suplicaba proteccion.

—¡Ánimo!..... que Dios os envia un socorro!

. . . .

XXVIII.

La mujer sin nombre.

Dejemos á Benedetto luchar con el mar, el viento y los rayos, respondiendo con sus gritos al clamor de un desgraciado, como si fuera el ángel de la salvacion que Dios le enviaba, y relatemos algunos sucesos que tenian lugar mientras describíamos las últimas escenas de este drama.

En uno de los mas apartados puntos de las playas de Marsella, de esa pequeña cuanto interesante ciudad comercial, cuyos buques surcan constantemente las aguas del Mediterráneo, desde Tunez á Venecia y desde Málaga á Constantinopla, sobre un pequeño promontorio de granito que las aguas del mar bordaban con sus algas, habia desde largo tiempo construida una reducida vivienda cuyas paredes vistas del lado de la ciudad se destacaban claramente en el horizonte.

En torno de esa casucha, besada por la suave brisa del Mediterráneo, podria advertir el observador los restos ó mas bien las señales de otras frágiles habitaciones, semejantes á las pobres cabañas de esos hombres que nacen y mueren entre el cielo y el mar, agenos á todo sentimiento que no sea el de proporcionarse la súbsistencia diaria de su familia, y á quienes se dá el nombre de pescadores.

Es que en otro tiempo, antes del imperio de los cien dias, era aquel lugar la residencia de una miserable colonia de pescadores que, semejante á una banda de aves de emigracion, habia desembarcado un dia en aquellas playas, sin saberse de dónde llegaba, hablando un estraño dialecto que no era ni francés ni español, ni vascuense de ninguna de las dos naciones.

Esta colonia, que habia obtenido permiso de las autoridades de Marsella, para construir allí sus habitaciones, vivia de su mezquino trabajo, conociéndose con el nombre de —*los catalanes*— que les daban los marselleses. Pero cuando Bonaparte dejó la isla de Elba y entró de nuevo en la península, llamando á las armas á todos los hombres sin distincion de clase, los catalanes obligados á seguir las banderas del intrépido Corso, abandonaron sus míseros albergues.

Desde entonces quedó desierta la pequeña aldea de los catalanes y de aquella tribu errante y misteriosa, apenas existe hoy un pequeño recuerdo, que nos trae á la memoria el lugar donde se detuvo un momento al frente de las aguas.

Era en ese mismo lugar donde se elevaba la casita aislada de que hemos hablado al principio de este capítulo, y que era habitada por una mujer.

Una cama grosera, un banco, dos sillas y un enorme crucifijo con la imágen del Redentor, tallada en marfil, componian el menaje de su vivienda. Frente á su lecho habia una gran ventana, por la que aun acostado en cama podian verse las aguas del Mediterráneo, y contarse las velas que lo cruzaban. Contigua á esa habitacion habia otra, con su cama preparada, una mesa y una

silla. Seguia luego el comedor, despues una pequeña cocina, y ved aquí todo el plano de esa casa.

En cuanto á la mujer que la habitaba, circulaban, entre los curiosos de Marsella, diferentes anécdotas mas ó ménos verosímiles. Decíase que era aquella una noble señora, cuya desgrácia en su fortuna le habia obligado á buscar la soledad, el silencio y el olvido de su antiguo esplendor; y protestaban haber reconocido en el semblante de esa mujer, el surco profundo de un amargo llanto, asegurando que era víctima de una gran desgracia, mas terrible que la completa ruina de su fortuna, puesto que este solo acontecimiento nunca podria afectar de tal modo el alma de una mujer, especialmente cuando esa mujer tuviese todavía un nombre ilustre y sin mancha.

De esta última hipótesis, establecida por los analizadores que mas se aproximaban á la razon, formaban otros su raciocinio del modo siguiente:

—Esa mujer que lloraba sin cesar en la soledad absoluta á que se habia entregado, no lamentaba de cierto una de esas desgracias que el tiempo nos trae, y cuyo recuerdo amargo se lleva consigo el tiempo mismo; luego habia otra causa que producia aquel constante llanto: pero ¿qué podia ser?... ¿Qué hay en esta vida que no puede gastar y destruir el tiempo.... y qué cosa que lejos de estinguirse en nosotros, se aumente, se fortifique y crezca, sino el remordimiento?.....

Entretanto los que habian escuchado el timbre melodioso y tierno de su voz, ó sentido la blanda impresion de su mirada franca y resignada, no podian creer que el remordimiento devorase el pecho de aquella mujer misteriosa.

Los autores del raciocinio antes citado, combatian esta incredulidad diciendo, que el arrepentimiento es un bálsamo que destruye las heridas del remordimiento, restituyendo la calma al individuo y la pureza al alma que se nos revela en la voz y en la mirada; pero esto era á su vez contestado por los que comprenden algo de nuestra alma, y del influjo que ella esperimenta por

medio de las diversas sensaciones que nos afectan; porque el arrepentimiento consumado, decian, seca hasta las lágrimas en nuestros ojos, y coloca en nuestros lábios aquella dulce sonrisa de una esperanza inefable é infinita como la bondad infinita que atribuimos al Creador!

Sobre tales controversias se fundaban los diferentes rumores relativos á la señora de la aldea de los catalanes; y como no era posible obtener de cuanto se decia resultado alguno positivo, contentábanse todos con llamarla la mujer sin nombre.

Como esa infeliz vivia, era bien notorio á todos. sentada á veces enfrente de una de las ventanas abierta, miraba el mar con tristeza, dejando correr libremente sus lágrimas; otras recostada sobre la roca á cuyos piés venian á deshacer las ondas sus encajes de espuma, parecia recoger con atencion aquel vago arrullo de las aguas, que para un oido indiferente no espresa nada, pero que los desgraciados entienden y traducen como si correspondiesen á la voz misteriosa de su alma! Cuando el sol empezaba á teñir con su magnífica púrpura las nubes del espacio, ella erguia al cielo sus ojos inundados de llanto, y sus lábios agitándose blandamente, parecian murmurar una plegaria: despues, con los últimos rayos del astro del dia desaparecian entre la superficie de las aguas; cuando la naturaleza se cubria con su pesado manto de las tinieblas para descansar, un gemido doloroso se escapaba del pecho de la infeliz, como la espresion sincera de una esperanza malograda.

Y esto sucedia todos los dias, engañándose sin embargo durante las noches con la ilusion de ver realizada al siguiente la esperanza que no se habia cumplido en la víspera! Llegaba en tanto el dia, y silencioso y triste como las anteriores, pasaba monótono y vagoroso sin otro consuelo para ella! Venia despues la noche, y con su sombra nuevas ilusiones á que se sucedian esperanzas nuevas!..

Y la infeliz esperaba en vano; porque parecia que la mano de hierro de la desgracia se empeñaba en prolongar su martirio hasta llevarla á la desesperacion.

La desesperacion no se hizo esperar.

Ella sintió entonces la necesidad de oir la voz consoladora de alguien que le hablase de Dios y de su bondad infinita! Escribió algunas líneas que dirigió á Marsella.

Una hora despues, se aproximaba á la pequeña aldea de los catalanes un anciano religioso, en cuya fisonomía se veía el sello innegable de la abnegacion y de la caridad, y se dirigió á la única habitacion de la aldea. Reparando que la puerta de aquella estaba abierta, entró despues de haber golpeado.

Nadie respondia.

Esperó un momento y mirando por casualidad á la ventana, distinguió en la estremidad de la roca, una mujer puesta de rodillas, con los brazos tendidos hácia el mar, y los ojos clavados en el cielo.

Poco despues el buen religioso estaba á su lado, sin osar interrumpirla, y recogiendo con interés las palabras que proferia entrecortadas por un amargo llanto.

—Ya no le veré mas! decia ella. Quiere el destino que yo apure hasta las heces este cáliz de tormentos que hace muchos años no se aparta de mis lábios! Alberto!... Alberto!... muerto ó vivo, recibe este cariñoso abrazo, porque siento que la muerte se aproxima.

—Oh! no! yo no moriré... yo no quiero, yo no debo morir sin estrecharte contra mi pecho! Seria imposible que en mi postrimera hora Dios me permitiese dudar de su existencia consoladora! Dios mio .. Dios de los aflijidos!....

—Eso nunca, señora! gritó por fin el religioso alzando al cielo su brazo para mostrarlo á los llorosos ojos de la infeliz mujer que soltó un sofocado grito al reparar en la majestuosa presencia de aquel hombre.

—Hay un Dios Omnipotente que si bien reside en el cielo invisible á nuestros ojos, lo percibe nuestra inteligencia! continuó él. ¿Quereis dudar de Dios? dudad primero, si podeis, de vos misma!

—¡Oh! padre mio! esclamó ella, pero mi sufrimiento no tiene límites...

—No ha mucho que hablabais de la muerte; de la muerte que es un término fatal para el sufrimiento físico ....!

—Qué decís!.... ah!.... la muerte... sin ver por última vez á mi hijo.... Vos no sabeis lo que es el amor de una madre. Vos ignorais que separada de mi hijo, que era mi única afeccion en la tierra, hace años que lo espero dia por dia, hora por hora, minuto por minuto... y siempre en vano! Vos ignorais cuanto padezco, y no podeis calcular todo mi dolor!

—He venido para conocerlo, y estoy dispuesto á sostener vuestra fé despues que os haya escuchado! Hablad....

—Venid, padre... yo tambien necesito escucharos! porque siento que desfallece mi fé, al peso de una horrible fatalidad!

El religioso siguió en silencio á aquella mujer misteriosa hasta la reducida habitacion en que vivia aislada.

—Ella subió á su cuarto, y sentándose junto á la ventana, miró aun el Mediterráneo, cuyas aguas se estendian hasta perderse de vista en el horizonte; despues volvió resignada sus ojos al hermoso crucifijo pendiente de la pared, y parecia como que murmuraba una oracion.

—Padre, dijo al poco rato; permitidme que os oculte los sucesos de los primeros años de mi vida! Existe en ellos un secreto entre Dios, yo y un hombre á quien no he de ver jamás....!

He hizo aquí una pequeña pausa para murmurar el nombre de Edmundo Dantes! continuando luego:

—Víctima de una venganza poderosa, recibí el terrible golpe de una desgracia repentina! Viuda y pobre, teniendo por todo amparo á un hijo único, quiso aun la fatalidad que éste fuese obligado á abandonarme por algunos años, como si yo debiera así llorar en completa soledad, un yerro involuntario de mi vida pasada! Hoy, hoy que soy madre ... no lloro, no debo llorar ese yerro.... ! él consistia solo en haberme olvidado de un hombre á quien habia consagrado mi amor; despues de haber esperado durante muchos años su vuelta, derramé sobre su supuesta sepultura la última lágrima de amante, y al siguiente dia, mi mano de

esposa se enlazaba á la de su antiguo rival, entonces mi único apoyo en el mundo.

Hoy lloro como veis; pero lloro la prolongada ausencia de ese hijo querido..... lloro porque siento que mi existencia se concluye antes de que mi hijo retorne á mis brazos.....! Oh! si él volviese, conozco que yo no moriria!

—Esperad, señora; la bondad de Dios es infinita!

—Esperad.....! ¿y qué otra cosa hice despues de muchos años?. . preguntó ella con una sonrisa rebosando de angustia. ¡Esperad....! oh! vos no reflexionais lo que importa esta palabra repetida al presente, á quien ha esperado siempre en vano la bondad de Dios!... Habré sido por ventura olvidada por ese Dios supremo... y votada á la fatalidad acá en la tierra...?

—Ah! no blasfemeis.....! Dios no olvida jamás á sus criaturas! murmuró el religioso con persuasivo tono.

—Y porqué entonces, no me es dable el sublime y único placer que le suplico de abrazar á mi hijo!.... Cuando ha sabido crear este sentimiento íntimo y perfecto que un hijo despierta en el corazon de una madre; no ve que es el mayor de todos los martirios, el que yo estoy sufriendo.....?

Una dulce sonrisa vagó en los lábios del anciano, al escuchar estas palabras de afliccion.

—Pensad vos tambien cual habrá sido el cruel martirio de María, cuando sus brazos sostenian el cuerpo exánime del Redentor del mundo, su única esperanza y consuelo! Meditad, si teneis valor para ello, esa noche perpetua de un dolor supremo, que se desenvolvió á los divinos ojos de la sacrosanta Madre.... Y.... todavía ella alimentando en su pecho la fé y una resignacion profunda, cuando ya no pudiera ser la esperanza, era la primera en enjugar el llanto de las piadosas mujeres que la rodeaban!....

—Ah! padre mio... el ejemplo es sublime... y yo soy débil, porque me faltan las fuerzas...!

—La Virgen os sostendrá... creed entre tanto, y esperad en su infinita misericordia; y cuando llegue el postrer momento en

que el Eterno os llame á sí, antes de abrazar á vuestro hijo...

—Y bien, padre! ... cuando ese momento llegare, esclamó con febril exaltacion, cuando ese momento llegare... quereis todavía que tenga fé... y que alimente esperanzas aun mas allá de la tumba?.....

—Sí... debeis resignaros entonces, y sacrificar vuestro dolor, ante la felicidad eterna que os aguarda.

—Padre, rogad por mí! murmuró la infeliz. Empiezo á ver la tierra en medio de este mar de aflicciones!

—Creeis en la justicia de Dios?....

—Qué quereis que os responda?....

—Señora, ella es infinita y tan perfecta que nosotros no podemos comprenderla!

—¡Ah! teneis razon! tampoco yo la comprendo!

—Por piedad! esclamó el sacerdote levantándose y estendiendo el brazo en direccion al crucifijo. Fijad los ojos en el sacrosanto madero de nuestra redencion, y dudad si podeis de la justicia y de la bondad infinita de aquel mártir, que quiso crucificarse por nosotros! Hé ahí su imágen! Hé ahí su sangre, que parece gotear aun de su pecho, como precio de vuestro perdon!... Ved esa frente soberana, humildemente doblada, bajo la corona del martirio, es la frente donde bulló el pensamiento generoso y sublime de la regeneracion de los pueblos! ¡De rodillas, señora! de rodillas... Él solo puede perdonaros!.....

Y la infeliz cayó de rodillas en el suelo frente al crucifijo, y derramando gruesas lágrimas que rodaban por sus pálidas mejillas.

—Ah! Dios de bondad! ... esclamó; ¿cuál ha sido mi culpa para mereceros tan duro castigo?

Siguióse un momento de silencio, durante el cual se escuchaba la débil voz del sacerdote que murmuraba una plegaria. La pobre mujer se levantó; en su fisonomía se pintaba la resignacion; sus lágrimas habian cesado de correr, y en su mirada serena, se leía el sentimiento verdadero de esa resignacion profunda.

La fé estaba en su corazon.

Transcurrieron muchos dias, durante los que el buen religioso repetia sus piadosas visitas á la habitadora de la aldea de los catalanes, y parecia mas sosegado el espíritu de aquella, esperando resignada la voluntad del cielo. Pero en medio de todos sus males, presentóse súbitamente otro, que no tenia remedio.

Habia concluido todo su dinero; no le quedaba otro recurso que la caridad pública.

Y sin embargo se decidió firmemente á no recurrir á ella, aunque hubiera de morir de miseria, antes que ser el blanco de la curiosidad de Marsella, pidiendo de puerta en puerta el pan de su sustento diario.

Sonriéndose amargamente, dispuso de su última moneda para comprar alimento: en vano habia disminuido gradualmente sus comidas diarias... los dias pasaban, y no le quedaba ya mas que la mitad de un pan y alguna fruta seca.

Estas mezquinas provisiones, fueron divididas aun de modo que pudiesen alcanzarle para ocho dias, durante los que esperó un socorro cualquiera.

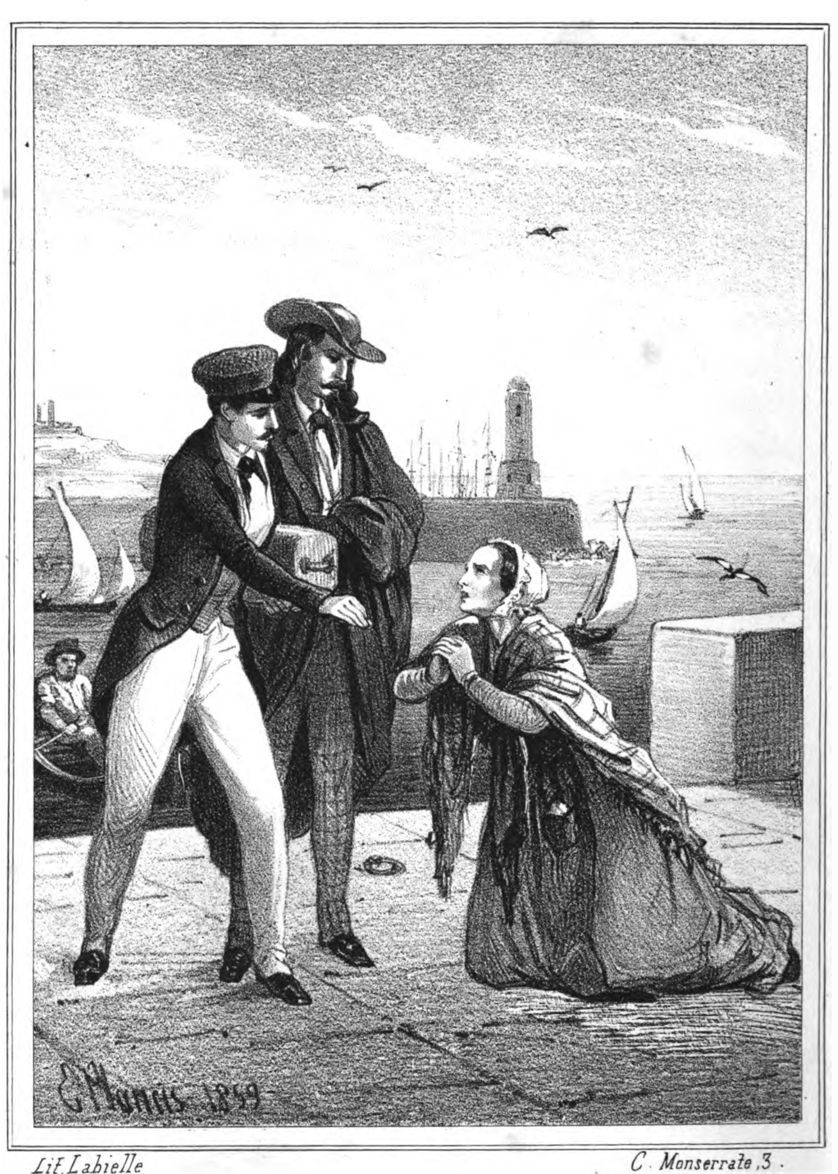
Los ocho dias pasaron como los anteriores y el socorro fué esperado en vano.

Ella esperimentó el primer dia de hambre! Terrible dia que le trajo en cada una de sus lentas horas, amargos recuerdos de un pasado que se esforzaba en olvidar! Al segundo dia, sintióse débil y abatida: su pecho se levantaba con violencia, y el calor de una fiebre lenta, le producia desmayos y vértigos.

El delirio no podia tardar.

En uno de eses momentos de escitacion se levantó y fué á recoger con sus lábios los migajas de pan que habian quedado aun esparcidas sobre el banco! no tardaria acaso el momento en que las buscase en el suelo! Y sin embargo estaba dispuesta á dejarse morir de miseria.

¡Proyecto loco!.... al fin del cuarto dia de hambre, sintió, por decirlo así, un rayo de esperanza en su pecho. ¿Quién sabe, se dijo, si de aquí á ocho dias llegará mi hijo!.... y de aquí á ocho



¡ Me muero de hambre!.. socorredme por el amor de Dios!..

dias habré muerto de hambre.....! ¡Ah!.... no.... no... esperemos aun estos ocho dias... esperemos mientras hay respiracion en mi pecho... esperemos! esperemos!

Y la infeliz señora, saliendo guiada por un pensamiento vago, empezó á caminar al puerto de Marsella...

Detúvose muchas veces para descansar y tomar aliento; y entonces alargaba su diestra á los viajeros que pasaban á su lado; pero sus lábios quedaban inmóviles, y su mirada se clavaba en el suelo.

Así fué hasta la ciudad sin obtener una sola limosna. Entre tanto el hambre se aumentaba, y bebia agua que redoblaba aun mas esa terrible necesidad que la devoraba. Su mirar debilitado distinguia apenas los objetos á la distancia: un velo como de polvo la cercaba, y las personas que pasaban á su lado, parecíale que se moviesen y girasen rápidamente, trastornando su razon.

Por un instinto natural se dirigió al muelle; se adelantó hasta el parapeto, mirando sin distinguir, y oyendo sin entender.

Preguntó maquinalmente si ya era de noche, y obtuvo una carcajada mofadora por toda respuesta, pues el sol brillaba en su cénit.

Ya no veía, ni conocia nada; tenia solo hambre; tenia el poderoso instinto de todo animal, que lo arrastra al último estremo de la desesperacion, con el único fin de llenar una voluntad única! Dió algunos pasos precipitados, y cayendo de rodillas frente á dos hombres que acababan de desembarcarse, gritó con estremada agonía.

—¡Me muero de hambre!..... Socorredme, por el amor de Dios!....

Era su primer grito, pidiendo una limosna.

XXIX.

El auxilio del cielo.

Esos dos hombres que apenas desembarcados de un pequeño bote oyeron el grito supremo de la miseria, detuviéronse fren

te á la pobre mujer que les pedia limosna por el suelo.

Uno de ellos sacó de su bolsillo una pequeña moneda, y dirigiéndose á la mendiga, le dijo:

—Levantaos, señora, aquí teneis un pequeño socorro.

El dinero cayó en la mano de la mendiga, que se conservó aun de rodillas, y los dos hombres continuaron su camino; pero uno de ellos, el que parecia mas jóven, se detuvo.

—Perdonadme, señor, dijo á su compañero mirando en direccion á la mendiga, no quiero dejar de cumplir mi deber.

—¿Qué deber?

—Al primer paso que doy en tierra despues de la tempestad horrible de que me habeis salvado como si fuéseis un ángel enviado por Dios, creo que no debo escuchar con indiferencia el grito de la miseria.

—Qué quereis hacer entonces....?

—Repartir con esa desgraciada el poco dinero que pude salvar en mi bolsillo; esto me parece justo.

—No quiero contradeciros caballero; antes bien aplaudo vuestra idea, porque siempre la voz de la miseria me afecta profundamente.

Al decir esto, los dos recien llegados, volvieron sobre sus pasos aproximándose á la mendiga, que estaba de rodillas aun.

El mas jóven inclinóse hasta ella y le dijo:

—Y bien señora... que esperais aquí?

—Espero al hijo de mis entrañas!.... murmuró la infeliz alzando el rostro.

—¡Ah!.... madre mia!... ¡madre de mi alma!... ¡Oh! esto es una ilusion!.... decidme si estoy loco! ... esclamó él levantando entre sus brazos á la mendiga, en cuyos cárdenos lábios vagaba entonces una dulce sonrisa, como única respuesta á las palabras del jóven.

—Qué decis, señor de Morcef? interrumpió su compañero.

—¡Oh! venid... venid... caballero, y trasportemos á esta infeliz! amigo mio... el cielo me hiere sin piedad... ¡Ella es mi madre!...

El jóven no pudo continuar: abrazando á la mendiga, unia sus húmedos lábios á los ardientes y tostados de su madre, como si quisiera reanimarla con sus besos.

Benedetto contempló durante algunos instantes aquel cuadro enternecedor.

Despues hizo algunas diligencias necesarias para conducir á la mendiga hasta una casa cercana impidiendo que los curiosos la siguiesen hasta el lecho en que la colocaron.

Pasadas algunas horas, y merced á los desvelos de una caritativa mujer, ella abrió los ojos, y dió señales de vida. Alberto queria hablarla, queria besarla, queria llamarla repetidas veces *madre mia* con aquel sentimiento sublime é inesplicable, que los recuerdos y el placer despiertan en el alma: pero Benedetto, haciéndole conocer que la infeliz no podria resistir á la conmocion de una tan fuerte sensacion, por su estado mismo de abatimiento y de debilidad, consiguió que Alberto esperase el tiempo necesario para su completo restablecimiento.

Alberto, pues este era el nombre del jóven que acompañaba á Benedetto, no abandonaba un instante la puerta del cuarto de su madre Un médico que acababa de verla, le aseguró que no corria peligro, y que el restablceimiento de aquella señora, podria conseguirse al cabo de pocos dias, con tal que hubiese en torno de ella el mas perfecto sosiego.

Alberto pareció animado por las lisonjeras seguridades del facultativo, y lanzando aun una mirada inquieta al interior de la habitacion, fué en seguida al encuentro de Benedetto, á quien halló dando algunas órdenes á *Roca Priori*, su segundo en el pequeño yate.

—Amigo mio, le dijo Alberto, apretándole la mano: el médico acaba de asegurarme que no debo tener el menor recelo de peligro en cuanto á la salud de mi madre! Oh! Dios mio!... yo os agradezco!... murmuró dirigiendo al cielo una de aquellas miradas puras en que el alma esprime todo su profundo reconocimiento á su Creador,

—¡Oh! podeis creer, caballero, que me complazco vivamente de ello. Ahora mismo acabo de dar órdenes á mi segundo, para que carguen provisiones y hagan aguada sin demora ...

—Y por qué?... pensais dejarnos por ventura?... preguntó Alberto interrumpiéndole precipitadamente

—Y qué quereis que haga?..... replicó Benedetto: mi mision está cumplida en lo que os respecta. Os dejo en tierra al lado de vuestra madre... sois ya feliz... y creo que puedo partir.

—Tan pronto! replicó Alberto, clavando su mirada contristada en el suelo, y estrechando con interés la mano de Benedetto. Yo desearia, continuó Alberto; que mi madre os viese para que pudiera tambien agradeceros vuestra noble conducta buscándome en medio de la tempestad para salvarme!

—No os he salvado yo, caballero... replicó Benedetto; fué la mano de Dios que os arrancó de las olas, y os suspendió sobre el abismo!.... Os he repetido muchas veces esta verdad, que no debeis olvidar jamás! Qué interés sino podria haber despertado en mí vuestro agonizante grito, hasta el punto de hacerme despreciar mi misma vida, por salvar la vuestra? qué instinto me habria guiado en medio del fuego y del agua, al lugar en que vuestros brazos cansados, luchaban en vano por sostener vuestro cuerpo sobre las olas, si Dios no me hubiese impedido á cuanto ejecuté?... Nada me debeis pues! Vuestra vida, marcada en el libro del destino, no habia llegado aun á su última y fatal página!

—Dignaos, sin embargo, demoraros algunos dias mas... la delicadeza con qué os habeis escusado de hacerme pregunta alguna acerca de mi vida, me obliga á hacérosla conocer. Oh! yo no me creo con el menor derecho á vuestra estimacion... porque... al cabo...! para vos no soy mas qua un estraño... pero, quedaos...

Una sonrisa irónica asomó á los lábios de Benedetto, apenas oyó esta última palabra.

—Ignorais entonces que mis momentos están contados, y que no debo detenerme en el camino que sigo?...

—Siempre la misma respuesta, que no puedo comprender, pe-

ro que me revela algo de muy terrible en vuestra existencia...... acaso algun acerbo disgusto que os atormenta!- y si en alguna ocasion me hubierais dirigido la menor pregunta, yo no insistiria ahora en preguntaros tambien con interés, cual es ese disgusto! yo sé valuar con precision eso que se llama profundo pesar!.... dijo Alberto suspirando.

Benedetto le dirigió una escudriñadora mirada, como si procurase leer en su fisonomía algun sentimiento, escrito en ella en un surco ó una arruga cualquiera.

—El camino que yo sigo, dijo despues de una breve pausa, no es un secreto. Corro en busca de un hombre, cuyo paradero ignoro.

—Seré indiscreto preguntándoos quién puede entonces guiaros á su encuentro?

—Oh! es muy sencillo; la mano del muerto! respondió con frialdad Benedetto.

Alberto lo miró con inquietud, pues que creia que tales palabras solo podrian ser efecto del delirio.

—Perdonad señor! le dijo: pero vuestras palabras terribles incitan mas aun mi curiosidad! y en este momento en que me ha herido como habeis visto, el golpe violento de la fatalidad, ellas producen un efecto singular!

—Pues bien, amigo mio; no me creais loco al aseguraros que sobre la mejilla de los vivos se halla alzada la mano del muerto temblando aun con la rabia que no ha podido morir con él!.

—Oh! debe ser formidable el hombre hácia quien os guia tan estraño conductor!

Benedetto miró al rededor de sí, como para cerciorarse de que nadie los escuchaba, y tomando á Alberto del brazo le dijo en baja pero acentuada voz:

—No habeis oido jamás hablar del conde de Monte-Cristo?

A este nombre, pronunciado con feroz expresion por Benedetto, Alberto retrocedió un paso, tornándose pálido como un cadáver; despues, juntando las manos y elevándolas sobre su cabeza,

dejó caer los brazos con violencia, gritando al mismo tiempo:

—Maldicion sobre él!

Benedetto recojió con un ademan inesplicable aquella maldicion proferida contra Edmundo Dantes.

—Conoceis á ese hombre?... preguntóle con marcado interés, aproximándose á Alberto.

—Preguntad á la víctima si conoce á su verdugo! respondió este. Alzándose del polvo aquel espectro poderoso, vedlo atrayendo la fatalidad sobre toda mi familia! Oh! maldito... maldito mil veces sea!

Y Alberto enjugó una lágrima, murmurando:

—Oh! madre mia, perdon si no puedo respetar como vos la memoria de aquel hombre, cuya terrible conducta es todavía para mí un misterio.

Benedetto enjugó el sudor frio que se deslizaba en gruesas gotas por su frente.

—Oh! Dios mio!... él tambien; aun aquí se oye un grito que condena á ese hombre singular! Su sentencia está, pues, escrita en todas partes por tu mano poderosa.

Hubo un momento de silencio.

Benedetto comprendió por la exaltacion de Alberto, que éste conocia de cerca á Monte-Cristo; y así se dispuso á investigar con exactitud la causa de aquel grito de maldicion, que habia escuchado.

—Amigo mio, dijo dirigiéndose á Alberto, que parecia sufrir aun el singular efecto que le produjo el nombre de Edmundo Dantes; perdonad mi indiscrecion si os pregunto qué género de relaciones ha existido entre vos y el conde de Monte-Cristo porque entre él y yo existe una deuda de sangre, y necesito conocer bien al hombre á quien me dirijo.

—Voy á complaceros, señor, respondió Alberto; permitidme primero conocer el estado de mi madre, pues deseo hacerla transportar cuanto antes de aquí.

—Id; pero os doy por consejo que no penseis todavía causarle

la mas leve emocion. Podeis deteneros en esta posada hasta su total restablecimiento.

Alberto dirigióse sin responderle, al cuarto de su madre, y se acercó de puntillas hasta el lecho en que dormia, la contempló por algunos instantes, dióle un beso en la frente, y regresó despues á la sala donde le esperaba Benedetto.

—Héme aquí, caballero: y voy ahora á manifestaros el ódio que me inspira ese hombre llamado el conde de Monte-Cristo! Me habeis dicho que entre vos y él existia una deuda de sangre, en la que figurais como acreedor: pues bien, la deuda que hay entre nosotros, no es menos terrible, sin ser como la vuestra! He prestado sin embargo un juramento solemne de no vengarme!

—Y quien os ha exigido ese juramento?

—Mi madre! respondió Alberto respetuosamente.

—Empezad, pues, señor.

A esta indicacion, Alberto cruzó los brazos sobre el pecho, recostóse en la silla, y se expresó en estos términos:

XXX.

La serpiente.

Vivia en Francia, en el año 1838, una pequeña familia, cuyo jefe era el conde de Morcef, mi padre; esta familia, componíase únicamente de mi madre é yo. Yo, que pertenecia entonces como toda mi familia, á la llamada sociedad escojida de París, determiné ir á pasar el carnaval de ese año en Roma, con mi amigo Franz de Epinay, y partí para Florencia donde debíamos encontrarnos. Fué en Roma donde conocí al conde de Monte-Cristo estando mi amigo y yo en una difícil situacion de la que nos libró el conde ofreciéndonos su carruaje para el primer dia del carnaval, el 22 de febrero.

Aquel hombre á quien Franz conocia ya por haber estado con él en la famosa gruta de Monte-Cristo,

A estas palabras, Benedetto arrugó las cejas y preguntó con aire de incredulidad:

—Y habeis creido vos alguna vez en la existencia de esa fabulosa gruta?...

—Franz me ha jurado que ella existia! respondió Alberto; así como yo os juro haber sido hospedado en ella por el conde.

—Continuad, pues!....

Alberto prosiguió.

—Mis relaciones con el conde de Monte-Cristo, datan del 22 de febrero de 1838. Figuraos una amistad sincera, tan sincera como pueda serlo la mas estremada; tal era la que simulaba aquel hombre fatal que yo le habia inspirado. Como yo supiese que él pensaba ir á París desde Roma, me apresuré á ofrecerle la casa de mi padre, y á servirle de cicerone romano, no solo en la capital, sino tambien en los círculos de su alta sociedad, de que yo formaba parte segun os he dicho.

El conde aceptó mi oferta.

Al poco tiempo pude apreciar el modo como comprendia el conde la exactitud, con motivo del dia y hora señalado para presentarse en mi casa! El reloj señalaba apenas la hora designada; y cuando los amigos que estaban reunidos en mis habitaciones se impacientaban por la demora en el almuerzo, con que yo intentaba obsequiar á aquél, se deja ver el conde á la puerta de mi gabinete!....

Terminado el almuerzo, lo presenté á mi familia... Él continuaba demostrándome siempre y en todas ocasiones la mayor amistad.

Oh! muchas veces mi pobre madre, al conocer aquella ceguedad que me ofuscaba, me preguntaba con los ojos llorosos y una triste sonrisa en los labios, si aquel hombre era realmente mi amigo..! Y muchas tambien, pobre jóven inesperto y poco conocedor del mundo y de los hombres, le aseguraba la verdadera amistad del conde! ¡Pero el malvado poseía la astucia de la serpiente, y el poder magnético que se encuentra en la fascinadora

mirada de ese reptil traidor, que se arrastra á nuestros piés para levantarse mas tarde y herirnos en el corazon!.....

Durante algunos meses fuí el compañero inseparable del conde de Monte Cristo. Parecíame que aquel hombre no tenia secretos para mí, y que en sus horas de melancolía, me abria todo su corazon lleno de bondad y de justicia!

Oh! .. pero el desengaño... el término de mi ilusion llegó en breve, terrible y fatal!

Una acusacion espantosa hecha públicamente en un diario contra mi padre, acababa de derramar el luto en mi familia. París no tenia ya entonces el menor encanto para mí, que veía menoscabado un nombre que era el mio, y que hasta entonces constituía mi orgullo!

En mi estado de abatimiento, vino aun en mi ausilio el hombre que yo reputaba mi mejor amigo, aunque mi madre constantemente me repitiese con misterio que el conde no podia ser conmigo tan sincero como creía.

Él instó sin embargo y se esforzaba en obligarme á que le acompañase en un pequeño viaje de placer. Abracé á mi pobre madre, y partí con él.

Nada dejó de hacer el conde para procurarme distracciones: la caza, la pesca, las correrías á caballo; á todo me arrastraba con la sonrisa del traidor en su semblante hipócrita!

Pasados algunos dias, recibí una carta de un amigo mio, avisándome que se habia descubierto el autor de la acusacion contra el honor de mi padre.

Parto, dejando al conde de Monte-Cristo, y corro á París. En efecto! todo se habia aclarado!... Yo leí los papeles que probaban el pasado crímen de mi padre! Ví el esplendor de su nombre y el mio, deshecho, aniquilado para siempre, ante la sarcástica risa de nuestros enemigos! Ví las puertas de los salones de la sociedad selecta de París, cerradas para mi madre y para mí..... Para mí... para mí... que creía poseer un distinguido nombre, enaltecido por el valor de un guerrero... para mí que pensaba

poder mirar cara á cara á los que se decian hijos de los mas nobles y honrados caballeros! Ah! y me fué forzoso reducirme á las proporciones de un hombre que no tiene el menor título para merecer la consideracion de la sociedad!

Loco... abrumado bajo el peso formidable de la vergüenza, escuché los desgarradores sollozos de mi madre y la exánime voz de mi padre, pidiéndome que lo vengase!

Me dispuse entonces á herir á aquel mortal enemigo, que sin consideracion ni piedad alguna llevaba al escándalo público un delito de mi padre, sin acordarse que mi padre estaba ligado á una respetable señora, y que tenia un hijo inculpable de ese delito! á aquel desnaturalizado enemigo que por herir á un hombre, castigaba tambien á la mujer y al hijo de ese hombre!

Pregunté entonces quién era el autor de mi desgracia...... Ah! figuraos cual seria el nombre que me repitieron......! *El conde de Monte-Cristo!* dijo Alberto, alzándose amenazador, como si viera delante de sí en aquel momento al mismo cuyo nombre acababa de pronunciar.

Yo no podia creerlo, continuó poco despues: pero aquel nombre terrible estaba firmado al pié de los papeles que yo examinaba!

¡Oh! ved de qué modo el traidor abusaba del sentimiento que me manifestaba despues de tanto tiempo! ved como su fin correspondia á la sincera amistad que siempre le habia profesado.......! Traidor..... mil veces traidor! Si existe un Dios en el cielo tan justo y bondadoso como yo lo concibo, el crímen que has cometido no te será perdonado jamás! Desde el primer dia en que tu mano estrechó la mia, en que dividiste conmigo mi mesa, y me convidaste á participar de la tuya, y en que me hablabas y recibias con un cariño falaz que venciese mis temores...... tú combinabas la traicion que has ejecutado.....!

Señor, continuó Alberto, haciendo una breve pausa, y llevando á la frente su trémula mano: yo no podia ya rehabilitar el honor de mi padre, pero podia vengarlo!

Busqué, pues, al conde.

Hallábase en un palco de la ópera, y allí me presenté para insultarlo, sabiendo que solo así conseguiria que se batiese conmigo.

El malvado me recibió aun con su aire bondadoso y lleno de dulzura y esta hipocresía villana encendió aun mas la llama que me abrasaba! Le expuse el objeto de mi visita, y recibí por toda respuesta una carcajada! Ambos nos hicimos el blanco de las miradas de toda la platea! Y como el escándalo habia sido público, yo quise tambien que el desagravio, si era posible, fuese igualmente público!

Mi guante casi azotó la mejilla del conde de Monte-Cristo.

A los pocos dias deberia tener lugar el duelo.

—Y acaso fué vuestro brazo tan débil y poco firme que no supo sostener la puntería? preguntó con interés Benedetto.

—No! respondió Alberto con resignacion. Fuí desarmado en el lugar del duelo, y allí en presencia de los testigos, me he visto obligado á dar satisfaccion al conde de Monte-Cristo, y á apretarle su mano!

—Miserable! gritó Benedetto, levantándose y mirando con expresion de disgusto á Alberto que se conservó inmóvil.—Despues, como arrepentido de la palabra que habia empleado, tornó á sentarse y le preguntó con voz suave y conmovida.

—Pero os habriais vuelto loco....!

—No! murmuró Alberto.

—Y entónces?

—Hubo una persona que entró en mi cuarto la víspera del dia del duelo, á exigirme el juramento de no tirar al conde de Monte-Cristo!

—¿Y quién tuvo poder sobre vos hasta arrancaros tal juramento....?

—Una mujer á quien yo amaba de un modo como nadie es capaz de explicarlo ni comprenderlo! Una mujer cuya felicidad de una hora compraria por un año de tormentos en mi vida! Una mujer cuyas lágrimas me despedazaban el corazon....y esa mujer era mi madre.....!

XXXI.

Dos víctimas inocentes de una venganza terrible.

Cuando Alberto hubo concluido la primera parte de su historia, quedó conmovido á punto de no poder continuar.

Levantóse, fué á ver á su madre, observando con inexplicable placer que su respiracion era mas libre, y su sueño menos ajitado; despues volvió á la sala, y comió en compañía de Benedetto, que parecia resuelto á quedarse en Marsella el tiempo necesario para el completo restablecimiento de la madre de Alberto.

Sin pretender buscar la causa productiva del procedimiento del hombre á quien habia perseguido Monte Cristo; el hijo de Villefort concebia que no podia haber raciocinio alguno del que pueda deducirse la justicia de llevar la venganza hasta el estremo de atraer la desgracia sobre personas que jamás nos ofendieron!

Tendria el conde de Monte-Cristo una necesidad absoluta de vengarse de una afrenta, de un robo, de una crueldad cualquiera que se hubiera cometido contra él ó contra alguien de su familia? —Enhorabuena!

La mayor virtud de un verdadero cristiano consiste en saber perdonar las injurias; y aunque el conde de Monte-Cristo no tuviese, como la generalidad de los hombres no tiene, esta virtud sublime de que el Salvador nos dió magnífico ejemplo sobre la cruz de su martirio, quedábale al menos la filosofía para contener el exceso de una pasion vehemente.

Vengarse un hombre de otro hombre, que le infiere un agravio, es un hecho que el mundo no estraña ya en virtud de la costumbre; pero sacrificar á esa venganza á aquellos que jamás lo ofendieron; sacrificarlos sin miramiento y sin piedad, robándoles el padre, el protector y el amigo, aplastándolos con el peso de una vergüenza perdurable, de una fatalidad eterna, este es un proce-

der incalificable en el mundo civilizado Qué habria, pues, en la tierra, capaz de librar á Edmundo Dantes de su enorme y monstruosa culpa? Cuántas buenas acciones seria necesario echar en la balanza del juicio final para equilibrarla con su peso? Aunque Edmundo Dantes viviese mil años dedicado á la práctica de las virtudes, no es de creer que se purificase de tan graves errores, cometidos en el corto espacio de seis meses, que constituye apenas un imperceptible instante de la eternidad.

Benedetto que habia tomado un vivo interés por la narracion de Alberto, fué el primero que al siguiente dia invitó á éste para que la terminase.

Alberto, despues de informado de la salud de su madre, reanudó el hilo de su historia, sentándose como en la víspera, al lado de Benedetto, en uno de los cuartos que ocupaban en la

POSADA DE LA CAMPANA Y LA BOTELLA.

Despues de un momento de silencio en que Alberto parecia coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Cuando me retiré del campo destinado al duelo, volví á casa dejando con mi conducta motivo para las mas graves murmuraciones de parte de los que habian sido mis amigos.

Mi plan estaba trazado

Reuní todo mi dinero, dispuse de los muebles que me pertenecian en la casa paterna, y cuando todo lo habia arreglado para mi partida, me dirigí á los aposentos de mi madre. Ella habia hecho otro tanto: todo su dinero estaba en una cartera, y se encontraba dispuesta á partir conmigo. Habia adivinado mi resolucion así como yo habia previsto la suya. Media hora despues, se apoyaba en mi brazo, descendiendo las escaleras de aquel palacio, que habia sido el teatro de su felicidad y de su desgracia, para no volver mas á él.

—Y vuestro padre? preguntó Benedetto. Vuestro padre seria acaso abandonado así por su esposa y por su hijo..... sin darle al menos el último adios?

—Mi padre, continuó Alberto, no era hombre que considerase un bien ese doloroso adios á que os referís!.

Él se encargó de advertírnoslo..... un tiro de pistola resonó en el vestíbulo de la escalera, en el momento en que mi madre y yo entrábamos al coche de viaje.

El conde de Morcef se habia hecho justicia por su mano!

Alberto se detuvo un momento.

Benedetto cruzó los brazos sobre el pecho, mirando con interés al jóven que le narraba una tan terrible historia!

—Era yo el único apoyo de mi madre, continuó Alberto. Yo que sin embargo no tenia ni fortuna ni nombre! Yo tan lleno aun de las costumbres de mi pasada aristocracia, y que ni siquiera podria pedir una limosna, cuando el tiempo lo hiciese necesario! Y era preciso meditar bien el porvenir; adoptar un modo de vivir, y escojer una posicion, porque el tiempo corria con velocidad y la miseria no podria tardar!

Entonçes tomamos un partido.

Yo corrí á engancharme para el servicio militar, y aumentando con aquel pequeño producto de mi sudor, nuestro diminuto capital, me dispuse á partir á Africa con el vivo deseo de demostrar alguna vez á todo París que los delitos morales no son hereditarios en la familia de Morcef.

Oh! disculpadme!.... se interrumpió con prontitud; yo dejé de usar ese apellido..... y me reduje á otro mas sencillo, mas obscuro, mas popular..... me llamé desde que senté plaza, Alberto de Mondego.....

—Podriais adoptar algun apellido de la nobleza materna, le observó Benedetto.

Alberto se sonrió desdeñosamente, y contestó:

—Mi madre era hija de pobres pescadores. Un mes despues de haber yo sentado plaza, continuó él, partí para el Africa, donde permanecí hasta ahora, aumentando en el alma este dulce recuerdo por la única persona á quien amo...... por mi madre! ¡Oh! y cuando volvia placentero á abrazarla, olvidando por este solo

placer, todos mis pesares y pasadas fatigas, hé ahí que el destino me hirió tan sin piedad, como si aun no se hubiese llenado la copa de mi desgracia! Mi pobre madre sufrió la miseria y el hambre! mi buena y querida madre .... fué obligada á estender su mano demandando un pedazo de pan! Sí.... y esto Dios no ha podido quererlo! Es algun demonio que nos abrasa con su aliento maldito... . Es la fatalidad que nos agovia .....!

Alberto escondió el rostro en sus manos, para ocultar las lágrimas que surcaban sus mejillas tostadas por el sol del Africa.

Benedetto lo contemplaba aun en silencio, como si no tuviera enerjía bastante para interrumpirle en aquel recogimiento solemne de un hijo que lloraba las desgracias de su madre

—Ahora, señor, continuó Alberto; ya sabeis qué género de relaciones existian entre el conde de Monte-Cristo y yo: sabeis tambien quien soy: que me llamo Alberto Mondego; y que soy hijo de Mercedes. No poseo ningunos bienes; el pequeño capital que traje de Africa, lo he perdido casi todo en aquel terrible naufragio de que me salvásteis; no tengo amigos ni relaciones en Marsella; pero si en algo puedo seros útil, contad conmigo!

Y Alberto tendió su mano á Benedetto que la apretó con interés.

—Vuestra narracion me ha conmovido! le dijo éste: el amor que consagrais á vuestra madre, conozco que es una de aquellas raras afecciones, que pueden contribuir á formar la felicidad íntima de un hijo! ¡Cuántos hay á quienes no es dado siquiera verter las lágrimas de los recuerdos sobre el regazo de una madre...!

—Cómo! preguntó Alberto.

—Por ejemplo, cuando el hombre no conoce á la que le ha dado el ser.....!

—Ah!....

—Cuando sabe que le abandonaron luego de haber nacido.... creedme caballero; hay hombres mas infelices que vos! ¡Hay desgracias mas terribles que la vuestra!

—Tal vez! murmuró Alberto.

Benedetto soltó una carcajada irónica, esclamando luego:

—Sabeis acaso vos lo que es una existencia de proscrito...... pero proscrito sin familia, sin patria..... sin una esperanza siquiera en su alma? Sabeis lo que es la rabia, la desesperacion..... la venganza? ¡Ah!... continuó aun mas despacio: habeis visto el negro aspecto del cielo en la noche de la tempestad; aquellas revueltas y ajitadas olas; aquellos rayos de fuego rasgando sin cesar las gruesas masas de las nubes? Os acordais de la afliccion que sentiais cuando érais el juguete de las ondas? Teneis bien presente lo terrible que os parecia el bramido espantoso de los truenos?..... ¡ah! allí hubo un momento en que habiais perdido toda esperanza de vida... y os veiais en brazos de la muerte! pero no era ella la vírgen silenciosa y triste que os estrechaba poco á poco contra su helado seno....! era la desenvuelta furia que os martirizaba en sus brazos de fierro, y os arrancaba cada esperanza de vuestra alma en cada respiracion de vuestro pecho!..... Pues figuraos ahora que semejante situacion fuese larga como el suplicio de Prometeo, y decidme entonces, si el mártir que lo esperimentase de ese modo, no seria mas desgraciado que vos.

—Pero existe él, por ventura, fuera de la fábula?

—Existe ante vos! gritó Benedetto.

Carezco de amigos, de protectores y de padres, porque estos me sepultaron vivo aun, despues de mi nacimiento, y hoy no existen! Mi herencia es la proscripcion; mi legado la venganza... Ah! la venganza... que voy á saborear lentamente estudiando suplicios nuevos para arrancar del pecho de un hombre gemidos tan dolorosos como los ecos no habrán repetido jamás.

—Cómo! dijo Alberto. Os he escuchado hablar de Dios, y no puedo imaginarme, cómo vos, que creis en ese Dios poderoso y magnánimo, os dejais dominar de tan abominable sentimiento de venganza!

—Es porque no os he dicho acaso, que el hombre que me lo inspira, no ha sabido perdonar jamás; y ha sacrificado á una venganza particular hasta los que eran inocentes del crímen que él quiso castigar. Y entonces es necesario que yo sienta en mi

pechó toda la rabia que me domina, y me vuelve feroz, porque tengo la conviccion de que Dios me ha elejido para castigar el orgullo con que ese hombre quiso conducirse en la tierra, creyéndose inspirado y justo, cuando no era mas que el ludibrio de una pasion predominante de su existencia; y cuando su poder sobre los hombres se basaba en sus inmensas riquezas! Maldicion eterna sobre él.... Sí, llamad conmigo la maldicion eterna sobre él, porque él era el conde de Monte-Cristo!!!

Despues de estas palabras un grito desesperado y loco resonó en la sala; Alberto y Benedetto quedaron estáticos por un momento.

XXXII.

La posada de la Campana y la Botella.

Mercedes estaba en el umbral de la puerta.

En la palidez de su semblante resaltaban los colores de la fiebre, su mirada inflamada é incierta revelaba el delirio.

Despertada de su languidez por el esceso de la fiebre, animada por la fuerza inesplicable de ese estado de exaltacion de la sangre, guiada por un pensamiento vago y confuso se arrojó fuera del lecho envuelta en las ropas de la cama. Una bata mal ceñida á la cintura, una camisa cubriendo apenas su seno palpitante, el cabello suelto en desórden sobre los hombros, y la mirada incierta; todo daba á su fisonomía la terrible apariencia de la locura.

Habiendo caminado hasta la puerta de la sala, escuchó durante algunos momentos las palabras de Benedetto, soltando un grito agudísimo al pronunciar éste el nombre del conde de Monte-Cristo.

Alberto, pasado el primer momento de sorpresa, corrió hácia su madre, que lo repelió avanzando hasta el centro del aposento, echando en derredor una mirada vaga y delirante.

—Edmundo! dijo ella con una dolorosa sonrisa. Eres tú quien ha asesinado á mi hijo? Eres tú quien me ha lanzado á la viudez,

á la miseria, al sufrimiento y al hambre?... ¡Ah!. . qué mal has recompensado las abundantes lágrimas vertidas por el hombre á quien amé!....

Dónde está ese hombre? ah!... que no venga porque me acriminaria el brazo, el beso que yo reservo para mi único hijo....

Se siguió un momento de silencio: Alberto estaba de rodillas con los ojos fijos en su madre: con los lábios entreabiertos como si el esceso de la sorpresa y del pesar le hubiesen sorprendido estas palabras—¡madre mia.... aquí estoy!...

Benedetto, con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba con profunda atencion las palabras de Mercedes.

—Yo te amé mucho!... continuó ella... Yo te amé mucho, Edmundo; te amé tanto como una mujer puede amar!... y tú no volviste nunca á buscar tu desposada .. partistes en la hora de nuestras nupcias.. .. y se pasaron quince años, quince siglos.... quince veces la eternidad... y tú siempre ausente!.... cuantas angustias sufrí, cuántas lágrimas derramé!... Interroga á la Roca de los Catalanes, y ella te hablará de mí y de mi sufrimiento! interroga la corona que me ciñó la frente en la hora de mi casamiento; verás allí una lágrima que yo te consagraba! ... escucha mi lecho matrimonial, y él repetirá todavía los gemidos que la esposa criminal consagraba á la memoria de un hombre que no era su marido!.... ese hombre eres tú!... Y porqué te merezco la desgracia? qué mal te hizo mi hijo? Edmundo.... la justicia de Dios no fué la tuya! Escuchemos ... Oh! allá viene mi hijo... mi hijo... que el alma espera ansiosamente... ven!... ¡oh! ven!...ven!.....

Mercedes pronunció estas últimas palabras con vehemencia y abrió los brazos: como si esperase en aquel momento unir á su pecho al hijo á quien llamaba.

En efecto, Alberto levantándose con rapidéz, se precipitó en los brazos de Mercedes esclamando:

—Vedme aquí, madre mia!...

Un beso y un abrazo loco, frenético, fué la única respuesta de Mercedes.

Siguióse un profundo silencio durante el cual mil caricias apenas concebibles, se cambiaron entre la madre y el hijo. Mercedes parecia mas sosegada á consecuencia de haber disminuido el acceso de la fiebre; pero sus ideas todavía imperfectas, su pensamiento poco determinado, se revelaban en su mirada que corria despavorida por cuanto la rodeaba.

Apretaba repetidas veces la mano de Alberto, reclinando su abrasada frente en el seno de su hijo, en cuyos ojos brillaba el llanto, arrancado por los sentimientos simultáneos del pesar y del placer.

—Alberto!... dijo al fin Mercedes; eres tú realmente mi hijo? Sí, yo sé que eres ese hijo que se vendió para alimentarme... ese hijo por quien yo daria siempre mi existencia... Y tú no volverás á dejarme ahora? ¡no! ¡no me dejarás mas!

—Calmaos madre mia!... yo viviré siempre con vos, respondió Alberto...

—Y si aquel hombre poderoso y vengativo... viene otra vez á separarnos?... Ah! tú no sabes que circula en tus venas la sangre del rival de Edmundo, y que Edmundo no siente sin extremecerse estos besos que te doy?

—No! no! dijo Alberto con fuerza. Edmundo está lejos. Edmundo dejó de querernos mal!... Oh Dios mio..! continuó él consigo mismo, ten piedad de mi madre!...

—Pero dime, Alberto... ¿dónde estamos nosotros? preguntó Mercedes, mirando siempre inquieta al rededor de sí.

—En Marsella, respondió él, no os acordais de Marsella?

—Sí... y esta casa?....

—Esta casa es la posada de la Campana y la Botella.

—¿Qué? esclamó Mercedes tomándole el brazo y estremeciéndose.

Alberto repitió la denominacion de la posada.

—Ah! dijo Mercedes como si sintiese un agudo dolor. ¡Qué escena terrible se pasó aquí! continuó ella... Aquí... aquí en esta sala... sí... yo veo allí la mesa en que se preparaba el festin de mi casamiento... veo allí el rostro apasionado de Edmundo! mas

allá la fisonomía celosa y traidora de Fernando Mondego.....

—Madre mia!... gritó Alberto con afliccion.

—Escucha... escucha... continuó ella arrugando la frente, y conduciendo á Alberto á una de las ventanas, por la que se distinguia la plaza. ¿Tú no oyes las campanas que repican...? Es para un casamiento. No ves aquella mujer vestida de blanco, adornada su frente con una hermosa corona de flores? es la jóven que fué á buscar allí su anillo de desposada. Ella viene al lado de Edmundo, cuya mirada luminosa esprime el sentimiento puro que hay en aquel pecho. Pero, en pos de los esposos... no ves un jóven que camina con la cabeza baja, siniestra la mirada que clava en la tierra, y la frente arrugada como meditando la traicion?

¿Dónde está toda esa gente alegre y holgazana que te mostré atravesando la plaza?.... Míralos en la mesa de la posada de la Campana y la Botella! El novio al lado de la novia, y el traidor devorándolos abrasado de celos, con su mirada traicionera!.... Oh! Dios mio! gritó ella... ¡Dios mio! ¿por qué me arrebataron del brazo á mi esposo? Fernando Mondego lo denunció por bonapartista! él es conducido por los soldados.... yo quedo viuda... antes de haberle pertenecido.

Acabando de decir estas palabras, Mercedes cayó en los brazos de Alberto, que la condujo á su cama, entregándola á los cuidados de otra mujer, mientras Benedetto corria á buscar un facultativo.

Felizmente aquel estado de exaltacion febril cedió á los primeros remedios aplicados, y en breve pudo Alberto hacer trasportar á su madre á la pequeña propiedad de los Catalanes.

Su restablecimiento empezó entonces.

La presencia de su hijo, el aire libre del espacio que se respiraba allí, los desvelos que la cercaban, todo concurrió á apaciguar su espíritu, alejándole del pensamiento aquellas imágenes tristes de un tiempo infortunado.

Ella recobró enteramente el estado normal de sus facultades intelectuales, y llegó á poder dirigir á Benedetto algunas palabras de agradecimiento verdadero, por el interés con que habia des-

preciado la vida para salvar á su semejante de una muerte horrible.

Entretanto Alberto conocia que se aproximaba la partida de Benedetto. Aquel hombre le habia inspirado un tan profundo interés que Alberto no tuvo duda alguna en concederle el título de amigo. En efecto, el dia de la separacion no tardó, Alberto lo habia adivinado: y apretó fuertemente la mano de Benedetto como si le diese el último adios.

—Señor, le dijo una mañana Benedetto entrando en su cuarto, de qué modo mirais vuestro porvenir?

Alberto á esta pregunta inesperada, miró un momento á Benedetto en cuya fisonomía impasible, nada habia que traicionase sus sentimientos.

—Perdonad esta indiscrecion, continuó él, pero tenemos siempre un vivo deseo de conocer cual será el porvenir de un hombre que nos interesa, cuando lo dejamos tal vez para siempre!

—Agradezco vuestra delicadeza, respondió Alberto, y voy á satisfaceros. Habiendo alcanzado permiso para dejar un hombre de personero por mí en ultramar, volvia, como os dije, con una mediocre fortuna para asegurar el reposo y sosiego de mi madre. ¡Dios, ó la casualidad quizá, no quiso que así fuese! Todo lo he perdido, y hoy solo me resta lo necesario para hacer frente al tiempo, mientras alcanzo algun pequeño empleo civil.

—¿Y si no lo obteneis?

—Trabajaré de jornalero, respondió tristemente Alberto; agregando luégo, con orgullo: pero os aseguro que mi madre no sufrirá la menor privacion....

—Os envidio este cariño que tributais á vuestra madre: os envidio ese sentimiento, y esa resignacion profunda con que aceptais la voluntad de Diós.

—Débo trabajar para alimentar á mi madre; esto me parece bien natural, replicó Alberto con sencillez.

—Os hallais entonces dispuesto á trabajar?

—Sí.

—Está bien, Alberto. Ya veis que soy poco mas ó menos de

vuestra misma edad, pero sin embargo creed las palabras que voy á deciros porque ellas son hijas de la esperiencia. Por mas fatal que el destino parezca al hombre, este debe creer siempre, que existe un principio superior y divino, cualquiera que sea, que jamás se olvida de pesar nuestras acciones en la balanza de la justicia, premiando luego la inocencia!

—Y habeis recibido vos el premio de esa inocencia? preguntó Alberto sonriéndose.

—Nó: porque yo soy culpable, y creo firmemente en el castigo de mis culpas, así que finalice mi mision: pero he reconocido que los malos tienen un castigo terrible de sus servicios y errores en este mundo, y por eso os aseguro que los inocentes tambien tendrán el premio de sus virtudes. Quedad en paz, Alberto; sobre nosotros hay sin duda un Dios que nos juzga.

Y al decir esto, Benedetto se retiró del cuarto de Alberto, que impresionado vivamente por el ademan solemne, y por las suaves palabras de aquél, no tuvo energía bastante para responderle, á pesar de haber conocido que sus últimas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, esprimian su último adios.

XXXIII.
La partida.

Media hora despues, sintió Alberto la voz de su madre que lo llamaba.

Subió á su cuarto, y la halló enfrente á la ventana, mirando con atencion para el mar.

—Dime Alberto, qué embarcacion será aquella que hace poco levantó el ancla, y ahora se hace á la vela? Desde ayer la veo aquí enfrente de nuestras rocas.

Alberto miró en la direccion que Mercedes indicaba y distinguió un pequeño yate, ligero y gracioso como el cisne cuando abre las alas al soplo de la brisa y se deja deslizar por la surperficie de las serenas aguas de un lago.

—Ah! murmuró Alberto, despues de haber contemplado un momento el pequeño barco que empezaba á moverse: es el yate de Benedetto! Yo adivinaba que él iba á dejarnos... Hombre singular que pareceis poseer el secreto de triunfar de las tormentas, corriendo osado por entre el fuego y el agua semejante á un génio benigno que se empeñaba en salvarme. Adios para seimpre..! Adios!

—Roguemos por él, dijo Mercedes, y fué á arrodillarse en frente de un crucifijo colgado en la pared.

—Sí: orad madre mia... orad!.. en este momento en que él se acuerda de nosotros tambien.

Alberto habia distinguido una pequeña nubecita blanca en el bordo del yate, y luego despues oyó la detonacion del tiro de uno de sus morteros, en el momento en que doblando las puntas de las rocas pasaba en frente de la casa de Mercedes.

Era el último adios de Benedetto.

Alberto se conservó mucho tiempo en la ventana con los ojos fijos en aquella pequeña embarcacion que empezaba á correr con velocidad impelida por la brisa de la costa. Mercedes oraba todavía postrada ante el crucifijo, y sus palabras suaves imploraban la clemencia del cielo para el salvador de su hijo.

Cuando ella terminó su oracion, se levantó y fué á reclinar su frente en el hombro de Alberto, diciéndole:

—Hijo mio, nuestro deber está cumplido para con el estranjero que tan generosamente salvó tus dias: solo le debemos en la tierra una eterna gratidud. ¡Que él sea feliz en su viaje y que á nosotros tambien nos sea dado gozar de la paz!

—Sí, mi buena madre, respondió Alberto abrazándola con estremado cariño. ¡Que podamos nosotros gozar la paz y sosiego íntimos que tanto necesitamos

—Mas por qué motivo tiemblan dos lágrimas en tus párpados, hijo mio, cuando dices esas palabras? preguntó Mercedes con ternura.

—Oh! porque no puedo realizar mis sueños de todas las noches! Porque no puedo haceros olvidar el pasado como yo lo habia creido!

—Y crees tú que los recuerdos tristes de ese tiempo de desgracia y fatalidad, no me ofrecen un cierto placer amargo, que tú no puedes comprender bien?

—Pero yo no quisiera solo enjugaros el llanto: quisiera evitároslo

Mercedes se sonrió: era una de esas sonrisas melancólicas del desgraciado la que aparecia en sus labios; una sonrisa tierna é irónica al mismo tiempo, despertada por el sentimiento profundo de la desgracia.

—Y cómo podrias tú evitar este llanto, originado por largos años de fatalidad?

—Dios me ayudaria! Suponeos que, poco á poco, yo iba desarrollando á vuestros ojos una cortina en que brillasen los mas ricos y soberbios paisajes, superiores aun á los pinceles de los mas célebres autores: el aspecto floreciente de muchas ciudades que hay en las márgenes de este hermoso lago, desde Gibraltar á los Dardanelos; las variadas costumbres de muchos pueblos; sus tipos diferentes desde el circasiano al americano: las magníficas escenas desde el cristianismo hasta la mas baja idolatría!.. Despues, esas famosas páginas de los siglos, á que llamamos ruinas dispersas sobre la tierra, y con sus soberbias inscripciones; la meditacion, el estudio de todo esto, madre mia, tal vez no diese lugar á imágenes tristes que en el presente os arrancan ese llanto que surca vuestra faz. Ah! pero no quiso el destino que yo dejase de ver esas lágrimas tan repetidas!.. esclamó Alberto inclinando la frente sobre el pecho.

— Pues dejaré de llorar, Alberto, dijo Mercedes con dulzura... te hacen mal mis lágrimas.. ah!... hijo querido... ya no lloro... sí, no ves que no lloro?... no, no debo afligirte... no debo inquietarte con este llanto que yo misma condenaria, si no fuese derramado por tí.

—Por mí? lágrimas por mí... por mí que estoy á tu lado; que te abrazo? preguntó Alberto cuya voz se anudó en la garganta, como si lo sofocase la violencia del sentimiento y de la conmocion.

—Tú eres bien generoso, hijo mio; yo sé cuánto te debo..! yo que te ví vender tu sudor para alimentarme: que te ví despreciar al mundo para seguirme en la soledad!... Alberto, y que no pueda aun verte feliz! que no me sea dado morir al menos con la idea de que tendrás un futuro risueño... tú que tanto lo merecias!...

Alberto, todos los dias, todas las noches meditaba el modo de alcanzar una posicion cualquiera en la cual pudiese hacer frente al porvenir, evitando la miseria, esa compañera inseparable de la desgracia; y todos los dias, y todas las noches él reconocia la imposibilidad de adquirir esa posicion.

Mercedes, que despues de una estremada desesperacion, habia visto y comprendido hasta donde llegaba la misericordia de Dios, era entonces la primera á repetirle que esperase; palabras consoladoras cuyo sentido no comprende aquél que jamás vió brillar en la oscuridad de la desgracia, el rayo de la misericordia divina. Este rayo brilló á los ojos de Alberto; él reconoció por la segunda vez, que Dios no lo habia desamparado.

El eclesiástico que algunos meses antes habia sido llamado por Mercedes á la aldea de los Catalanes, volvió allí buscando á Alberto.

—Aquí me teneis, señor, dijo el jóven presentándosele.

—Vos sois Alberto Mondego?

—Sí, padre.

—Hijo de Mercedes la catalana?

—Exactamente.

—Servíos darme sin embargo algunas señas mas en comprobacion de que sois el mismo á quien un deber me obliga á buscar.

Alberto meditó un momento, mirando varias veces el rostro del eclesiástico, de un modo que parecia querer adivinar el sentido de su pregunta.

—Volviendo del Oriente, respondió despues, sufrí un temporal de que escapé milagrosamente, salvado por un hombre cuyo nombre es Benedetto. Venia yo en un buque que, segun me dijeron, pertenecia á la casa de Morel, muy antigua en Marsella.

—Haciais parte de la tripulacion?...

—No señor; venia como un simple pasajero. Habiendo militado en Oriente volvia con mi baja del servicio.

—Muy bien; sois el mismo.

Diciendo esto el padre le presentó una carta y esperó que Alberto la abriese.

Alberto dudaba aunque habia leido en el sobre su propio nombre.

—Leed, dijo el eclesiástico.

—Dios mio! gritó Alberto apenas concluyó la lectura; yo os lo agradezco.

Hubo un momento de silencio durante el cual Alberto leyó segunda vez la carta como si estudiase cada una de sus palabras.

—Esta será la primera limosna que recibo de la mano de un hombre! no... no debo aceptarla... Benedetto... tu generosidad no me ofende, pero en el mundo hay hombres mas desgraciados que yo... sea para ellos esa limosna; pues que yo puedo todavía trabajar.

—Hé ahí hasta que punto os ciega el orgullo! dijo el padre.

—El orgullo? repitió Alberto. El orgullo cuando hablo de hombres mas desgraciados que yo con la idea de volver en su favor una limosna que se me ofrece?... á mí, que puedo trabajar?

—Jóven, replicó el eclesiástico sonriéndose, repito que no es solo el sentimiento de la caridad el que os hace hablar de ese modo! Hay en vos un resto de orgullo. Este orgullo con que rehusais la limosna, ofende á Dios, ofende al hombre generoso que se interesó por vos, y me ofende tambien á mí, porque soy yo quien viene á depositar la limosna en vuestras manos.

—¿Vos sabeis entonces el contenido de esta carta? preguntó Alberto.

—Fué dictada por mí, pues así lo exigió Benedetto.

—¿Conoceis por ventura á aquel hombre?

—Nunca lo habia visto.

—¿Comprendeis al menos, los sentimientos que lo dominan?

—Sin duda; un sentimiento profundo ajita su existencia, y este

sentimiento no traspasa los límites del confesonario, hijo mio. Pero puedo aseguraros que la mas pura conviccion de haber llenado la voluntad de Dios lo animaba en el momento en que él depositó en mis manos la suma que os ofrece. Aceptadla por tanto; Benedetto no es mas que el órgano, en este momento, por el cual se ejecuta la ley del cielo. El está ahora lejos de vos, y puedo aseguraros que no lleva consigo el menor sentimiento de orgullo y de vanidad por la buena accion que practica concediéndoos esta pequeña fortuna. Aquí la teneis.

Diciendo esto, el padre pasó á manos de Alberto un pequeño envoltorio de papel.

—Ahora, continuó él, aseguradme, como Benedetto requiere, que un secreto inviolable guardará para siempre en vuestro pecho el sentimiento que su proceder pudiera despertaros.

—Hombre generoso! esclamó Alberto. si hay un crímen en tu vida, tendrás por cierto el perdon de Dios!...

Momentos despues, Alberto estaba en su cuarto y tenia en su cartera la cantidad de un millon y quinientos mil francos en papel moneda.

XXXIV.

Venecia.

A principios del ano 1841, hallábase en Venecia un jóven francés, que sin pertenecer enteramente á la clase distinguida y elevada de Paris, era hijo de una buena familia y poseia una educacion completa que le daba una distinguida posicion social. Este jóven se llamaba Maximiliano Morel. Era casado con la hija de un antiguo magistrado francés, descendiente por línea materna de la ilustre familia de los marqueses de Saint Meran.

Maximiliano y Valentina, casados apenas hacia dos años ó dos años y medio, no habian tenido aun entre sí la menor discordia; vivian en perfecta armonía, vaciando, por decirlo así, sus pensamientos en un mismo molde.

No habia placeres para uno, cuando los pesares oprimian al otro; el placer y el regocijo, el dolor y el sufrimiento, eran compartidos entre ambos, como si hubiesen comprendido bien los deberes impuestos por el vínculo contraido ante el altar de Dios, bendecido y santificado en su nombre.

Valentina no tenia hijo alguno, ni durante el poco tiempo que llevaba del matrimonio, podia aun haber llenado ese deseo íntimo de la maternidad. Ella no se separaba de Maximiliano: lo veía á cada instante, y las caricias que este le prodigaba, no le dejaban tal vez sentir el deseo sublime de las caricias de un hijo, en cuyo rostro infantil una madre gusta de descubrir é imaginar poco á poco el semblante y la imágen de su esposo en las horas de su ausencia.

Maximiliano no tenia mas que de 28 á 29 años y Valentina de 17 á 18. El primero era una de esas constituciones fuertes y robustas, tipo completamente meridional, pálido, ojos y cabellos negros como el ébano. La segunda, aunque de talle lijero, cuerpo flexible y delicado anunciaba tambien una organizacion robusta y templada.

Habiendo vivido casi esclusivamente en Francia desde su casamiento, cedian ahora al vivo deseo de ver y examinar otras sociedades, otras costumbres diversas de las que se pueden observar en los salones aristocráticos de París. Venecia fué el primer punto á que se dirigió su curiosidad. Las tradiciones de esta antigua reina del Adriático y del Mediterráneo, el prestigio de su antiguo esplendor, y sobretodo la belleza de sus edificios, canales y puentes, todo concurrió para merecer la preferencia de los jóvenes esposos.

En efecto, Venecia que por su posicion geográfica está en comunicacion directa con el Asia y la Europa, ofrece constantemente un cuadro variado de tipos y de escenas las mas notables del cristianismo.

Su plaza, siempre concurrida por negociantes de todas las naciones, muestra todavía un resto de la grandeza de su antiguo comercio, aunque en mal hora el alado Leon de San Marcos haya perdido el prestigio que lo cercaba: aunque en mal hora las torres de San

Marcos no eleven yá con arrogancia los bizarros trofeos de su gloria, en los cuales el estranjero podria leer las escenas sucesivas de las conquistas de la república: la vieja catedral allá está, todavía con su aspecto venerable, ocupando el fondo de la gran plaza, y ostentando á la faz de su arquitectura bizantina, la increible arrogancia del arte griego.

Ella ostenta aun todos sus bellos ornamentos; los famosos arcos, los elegantes palacios de sus antiguos patricios, la mole imponente del palacio ducal, las columnas de granito de la Diazzeta, el campanario, de una arquitectura graciosa y compuesta de la basílica cristiana: despues los canales, y las escaleras de mármol donde el agua murmura mansamente; finalmente, Venecia, aunque haya decaido de su antiguo esplendor, es todavía Venecia, quiero decir, es todavía la hermosa princesa adormecida en las aguas del Lido, como descansando risueña de sus lides de otro tiempo.

Era, pues, en Venecia donde estaban Maximiliano y Valentina, gozando aquel aire sin igual y aquel cielo trasparente que todavía es el cielo de la Italia.

En la hora en que el sol reflejaba sobre la antigua catedral sus últimos tibios rayos, descendiendo rápidamente y ocultándose detrás de las montañas del Tirol; Maximiliano y Valentina atravesaban la Piazza, y caminando á lo largo del antiguo Poroglio, se dirigieron al puerto, en cuyas argollas estaban amarradas centenares de góndolas de todos tamaños.

—Mi querida amiga, dijo Maximiliano á su esposa, despues de haber paseado con ella algun tiempo por el puerto; las noches tranquilas y dulces, convidan á gozar de la frescura de los canales, donde la luna parece mirarse con cariñoso misterio.

—Embarquémonos, Maximiliano, respondió Valentina, apretando dulcemente el brazo de su marido y mirando al mismo tiempo recelosa un hombre embozado en una capa y con el rostro oculto por las alas de su enorme sombrero.

Maximiliano no reparó en el rostro de Valentina que seguia con la vista al hombre del sombrero grande y de la parda capa.

—Muchas góndolas van y vienen por el canal, dijo Maximiliano. Los canales son las calles de Venecia, y sus carruajes las góndolas. Antiguamente pocos carruajes habia en Venecia. .... vamos, creo que está allí una góndola capaz de servirnos bien; el gondolero, segun me parece, ya comprendió nuestro deseo.

Valentina caminó silenciosa al lado de Maximiliano en la direccion de las escaleras; pero su mirada inquieta parecia examinar todavía á un estraño que no estaba lejos.

En efecto, á pequeña distancia de Valentina, se veía una figura triste y pensativa que seguia tambien con los ojos los movimientos de Valentina y de Morel.

Entretanto se habian parado al frente de un gondolero, que por la limpieza de su camiseta encarnada y por el buen estado de su gorro tricolor, parecia estar al servicio de una casa noble.

—Tu góndola está pronta, Giacomo? le preguntó Maximiliano sonriéndose.

—Sí, escelencia, y tendré grande honra en recibiros en ella.

—Hé ahí la delicadeza y dulzura que caracteriza á los venecianos, y que no es fácil encontrar bajo otro cielo que no sea el de Italia, principalmente entre las clases laboriosas, replicó Maximiliano. ¿Oisteis Valentina? este buen hombre nos dice que tendrá grande honra en recibirnos en su barca! Me pareces un buen hombre.

—Tambien lo agradezco al cielo y al antiguo patrono de Venecia, el señor San Marcos. Yo por mí seria siempre grosero y ruin en comparacion de vuestra escelencia y la señora que tiene la bondad de mirarme.

—Ah!.... ah!...... es porque sin duda está notando el buen estado y la elegancia de tu camiseta, y la blancura de tus pantalones.

—Es verdad, añadió Valentina. Me admira ese aseo en un hombre de esta profesion.

El gondolero se dispensó de contestar, pero hizo una profunda cortesía.

—¿Cómo se llama tu góndola? preguntó Maximiliano.

—Valentina, respondió el gondolero.

—¿Que dice? preguntó la señora Morel mirando con asombro á su marido.

—Dice que se llama Valentina: esto es bien sencillo, amiga mia; y me hace redoblar el deseo de pasear en los canales de Venecia. Vamos... Giacomo..... tu barca.

El gondolero corrió hácia la escalera, tiró de una cadena de hierro, y atracó su góndola de modo que Maximiliano y Valentina pudiesen embarcarse.

Valentina, aunque hacia poco tiempo que estaba en Venecia, reconoció al primer golpe de vista, que no era tan comun como las otras la góndola en que entraba. Esta pequeña góndola tenia la proa dorada con esmero, un lindo toldo de seda, los asientos perfectamente acolchados, y el fondo bien pintado.

Pero Valentina, como si alguna otra cosa le llamase la atencion, no dirigió sobre ello la menor pregunta á su marido.

Entró en la góndola y se sentó; despues, cuando el gondolero, manejando el remo con destreza, impelia la barca que pasaba por el muelle, Valentina volvió la cabeza y dirigió á la *Piazza* una mirada todavía inquieta. Luego que la góndola se alejó del muelle, deslizándose blandamente á lo largo del gran canal, el hombre que observaba los movimientos de Maximiliano y Valentina se adelantó con precipitacion hácia el muelle, y dando un pequeño grito semejante al de una ave nocturna, esperó con paciencia á alguien que le respondió del mismo modo.

—*Vecchio*, dijo él en italiano á otro hombre que se le aproximó, has desempeñado las órdenes que te dí?

—Sí, señor: respondió el recien llegado, hablando en voz baja y con cierto aire de misterio.

Estuve hablando mucho tiempo con el gondolero de la camiseta encarnada, y supe que el hombre está desde algunos dias al servicio de un francés rico, llegado hace poco en Venecia.

—¿Y quién es ese francés?

—Ah! el sagaz gondolero fingió que no sabia su nombre.......

—¿Y entónces?

—Por la madre de *Dio*, que sois muy precipitado, replicó el interrogado en su dialecto, entre romano y veneciano. Gasté mas de una hora en lograr mi pesca..., pero en fin, yo tengo algun tino, aunque me considero mas esperto que el tal gondolero veneciano.

—Acaba: dijo el primero con un gesto de impaciencia.

—Sabed, pues, que por mas que trabajé no pude saber el nombre del francés.

—Pues no acabas de decirme que te considerabas mas esperto que el gondolero veneciano? ¿quieres que me ria en tus barbas de tu charlatanismo?

—Paciencia, señor, paciencia; oidme, y despues haced lo que querais. Yo, conociendo que el gondolero ignoraba el nombre de su amo, dirigí mis indagaciones por otro lado, y si bien no alcancé á saber el nombre del francés, conseguí, por lo menos saber su apellido.

—¿Y es?......

—Bien sencillo: Morel.

—Morel! repitió el primero, como si conociese ya aquel nombre de familia.

—Vamos adelante ¿es rico ese Morel?

—Aseguran que sí.

—Dónde vive?

—En las inmediaciones de la Giudecca; en un pequeño edificio que tiene salida al canal, y á la villa de San Martin.

—Muy bien: la lancha?

—Está pronta.

—Embarquémonos, y manda remar en direccion de la Giudecca.

Estos dos hombres desaparecieron rápidamente entre la multitud que invadia la *Piazza* y el muelle.

Entretanto la góndola de Maximiliano navegaba velozmente, levantando á su paso vagoroso por la superficie de las aguas, pequeñas ondas de plata y azul.

Quién no vió todavía, como yo he visto, el cuadro magnífico

de una noche de luna y de calma en Venecia, no puede tal vez calcular la belleza que ella encierra!

¿Nunca habeis soñado una ciudad de jaspe y de mármol, elevada como por encanto en la superficie de un hermoso lago, donde la luna quiebra los rayos de su tibia luz propicia á los dulces misterios de los amantes? ¡Esa ciudad es Venecia! los canales que en todas direcciones la cruzan, parecen en las noches de luna, multiplicadas cintas de plata con que la gentil princesa adorna su blanco seno.

Las torres de San Marcos, la columna de la grande *Piazza*, y todos los otros puntos culminantes que embellecen la ciudad, no parecen sino líneas fantásticas trazadas en el cielo, á los ojos de quien cruza las aguas del Lido. Despues, la comparacion que hay entre la ciudad elegante y hermosa y la tristeza y simplicidad de esa otra ciudad, por decirlo así, de pobres pescadores fundada cerca de las lagunas; el ruido alegre de una, y el sueño tranquilo de otra, nos infunde en el alma cierta misteriosa tristeza, tan dulce como inesplicable.

Maximiliano y Valentina habiendo salido del gran canal de la ciudad, parecian abandonarse á ese sentimiento vago que les despertaba el hermoso cuadro de la noche. Valentina recostaba la cabeza en el hombro de Maximiliano, y su dulce mirada se fijaba entonces con interés en el rostro de ese hombre á quien habia ligado su destino en este mundo.

La góndola, como en un lecho de amores en aquella deliciosa planicie se deslizaba blandamente, contribuyendo con su pequeño y acompasado balanceo á la ternura de aquellos dos corazones apasionados.

A poco rato, las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Valentina: lágrimas de un placer íntimo, indefinible; placer sentido en el alma y en que el alma se nos revela tambien.

Maximiliano apretó con ternura la mano de Valentina.

—¿Tú lloras, Valentina? preguntó él. ¿Qué hay pues en este mundo que pueda causarte ese llanto?

—Crees que sea de sufrimiento? No..... es solo de felicidad; pero felicidad completa que solo esperimento desde que me uní contigo! Ah!... Dios permita que siempre sea esto así, Maximiliano!.....

—¿Y por qué motivo podria dejar de serlo?

—Perdona..... yo seré loca tal vez si te confieso que un temor vago.... indeterminado, me oprime el pecho..... A veces me acuerdo de nuestro bienhechor y tiemblo al mismo tiempo sin saber por qué..... Cuando yo pido las bendiciones del cielo, sobre aquella frente inteligente; cuando invoco la gracia de Dios para aquel corazon generoso, del cual dimana nuestra felicidad..... no sé que hay de misterioso y terrible en el espacio que me cerca, en el aire que respiro..... y que me hace estremecer, como si presintiese la desgracia de Edmundo Dantes.

—Cuanto mas estimamos á aquellos á quienes debemos una gran felicidad, Valentina, dijo Maximiliano, mas tememos su desgracia: pero ese temor, ese recelo es infundado. Edmundo Dantes posee la gracia del cielo, y la bendicion de los que conocen la justicia, y la bondad de su pensamiento inspirado. Descansa, amiga mia, y para escusarte el recelo infundado que te ajita, hablemos de otro asunto.....

—No, amigo mio; prefiero este. Yo quisiera hablarte de Edmundo Dantes, ó mejor dicho, del conde de Monte-Cristo. Quisiera tambien hablarte de la gruta de Monte-Cristo, que hoy nos pertenece, y que fué el último legado que recibimos de la mano del conde.

—Habla, Valentina.

—Dime, Maximiliano, es cierto que somos ricos?....

—Sí, Valentina: agradezcámoslo al cielo y á nuestro bienhechor.

—Te has obstinado tú aun en conservar la gruta de Monte-Cristo con el mismo esplendor, la misma riqueza bárbara con que el conde nos la quiso legar?

—A eso me obliga la gratitud, Valentina.

—Bien: pero la gratitud, amigo mio, puede manifestarse de otra manera.....

—¿Qué quereis decir, mi querida Valentina?

Valentina no respondió; pero despues de breve pausa esclamó con ansiedad.

—Ah! toda aquella riqueza, todo aquel lujo escesivo, me asusta, mi buen Maximiliano! Sí: ha mucho tiempo que yo queria decirte esta gran verdad......pero no tenia ánimo para arróstrar una sorisa tuya de incredulidad. Créeme Maximiliano: esto que te digo no es un recelo pueril de mujer ó de niño: es un recelo que tiene un gran fondo de verdad!

—Veamos; cuál es esa verdad por la que te asusta el esplendor y la riqueza de la gruta de Monte-Cristo?

—Maximiliano..... dijo Valentina con espresion angélica, acompañando sus palabras de una suave sonrisa: por donde quiera que pasamos hay millares de familias para las cuales seria una felicidad completa, aquella riqueza que allí se esconde en el seno de una roca; familias á quienes falta el pan cotidiano, entiendes, amigo mio? y que lo tendrian para un año entero, solo con el valor de uno de los chapiteles de las columnas magníficas que sostienen el pórtico de la gruta de Monte-Cristo..... Si tú dieses fé á un sueño que yo tuve tres noches consecutivas...... si tú no me llamaras visionera...... yo te contaria ese sueño terrible.....

—Habla, Valentina, respondió Maximiliano con gesto grave, disponiéndose á escuchar á su esposa.

Valentina habló así.

XXXV.

Un sueño en la gruta de Monte-Cristo.

—Tú sabes que en el momento en que penetramos en la gruta de Monte-Cristo, acabó, por decirlo así, el mundo para nosotros, y empezó una existencia fabulosa; una existencia que no se puede realizar en el mundo esterior. Pues bien: en una de las tardes que allí hemos pasados últimamente, te acordarás que saliste á la

caza de cabras monteses, que abundaban en aquellas rocas escarpadas. Yo quedé sola.

No fué la primera vez que esto sucedia; pero fué la primera en que me asaltó un temblor convulsivo é inesplicable... cansada de mí misma me dormí... entonces tuve un sueño espantoso.

Yo veía las soberbias salas de la gruta iluminadas como si en ellas penetrasen los rayos de un sol brillantísimo.

Las bellas columnas de mármol con sus chapiteles de oro fino; la bóveda sembrada de piedras preciosas; el pavimento cubierto de los mejores tejidos de la Turquía; las estátuas magníficas compradas á elevado precio por ser hijas de los cinceles clásicos desde el de Rafael hasta el de Canova, todo estaba como te dije, inundado de una luz que me cegaba.

Los perfumes orientales, como de costumbre, elevándose de los pebeteros de plata, que rodeaban el recinto, embalsamaban la atmósfera que respiraba; y cediendo yo al impulso mágico de esos perfumes de Oriente, caia en aquella languidez suave que es precursora de un sueño profundo, tranquilo, lleno de gratas ilusiones. Oh! pero aquella vez no gocé de esas ilusiones! un sueño terrible... y mi martirio duró mientras tanto como el sueño mismo.

A través de las sedas que cubren las paredes de la gruta, á través de las rocas en que ella fué abierta, yo distinguia una multitud de mendigos y proletarios reducidos á la última miseria, cercados de sus hijos y mujeres que pedian pan en altas voces.

Sus gritos y sus lágrimas de hambre y de angustia, me hacian estremecer de miedo. Yo veía con terror que toda aquella turba guiada por un hombre desconocido se aproximaba á la gruta y caminaba al rededor de ella, como buscando la entrada. Quise levantarme y huir: pero me faltaban las fuerzas aun para evitar el peligro, y no pude levantarme de las almohadas en que me habia reclinado.

A cada momento se aproximaban mas hácia mí los gritos de la miseria y del hambre, hasta que ví con terror aquella onda viva de miserables y hambrientos, precipitarse por la escalera é invadir el recinto.

Ah! todavía me acuerdo de la afliccion que sentí, viendo aquel espectáculo. El eco doloroso que encontraban en mi pecho los gritos de los niños, las carcajadas convulsivas de las madres, y el murmurar rabioso de los hombres deslumbrados por el esplendor y la magnificencia de los aposentos de nuestra gruta.

A una seña del desconocido que parecia conducir aquella turba, los gritos y las carcajadas concluyeron; el mas profundo silencio reinó entonces en derredor de mí.

El desconocido avanzó, y colocándose en lugar que pudiese ser visto de toda la gente, elevó su brazo en cuya mano brillaba una llave de oro.

—Hermanos! gritó él con voz sonora, clara y enérgica; inmensas riquezas amontonadas desde muchos siglos en las entrañas de una roca, fueron allí creciendo á proporcion que los pobres feudatarios de una familia avara derramaban sus lágrimas de hambre, y pasaban sus dias entregados á un trabajo tan violento como infructuoso para sus hijos!

El castigo que Dios determinó enviar á esa familia avarienta, consistia en su propio pecado, pues ella vivió siempre en la miseria, solo para alimentar aquella pasion desmedida, que se les habia trasmitido de padres á hijos. De siglo en siglo fueron creciendo sus tesoros y la roca escarpada de una isla desierta los recibia en su seno de granito, hasta que el secreto de la existencia de ese tesoro quedó perdido en una generacion, en que finalizó aquella familia maldita.

Tiempos despues, como si Dios quisiese hacer volver á favor de la miseria, lo que habia sido alcanzado por los esfuerzos de los miserables esclavos del feudalismo, con su brazo potente escogió en una clase laboriosa un hombre para ser el intérprete de su voluntad sublime.

Este hombre cuya paciencia, fé y creencia fueron esperimentadas en algunos años de desgracia, recibió la revelacion de la existencia del tesoro oculto en la isla desierta.

Mas tarde aun, el brazo de Dios lo colocó sobre la roca que do-

mina esa isla desierta, y ese hombre oyó entonces una voz íntima que le decia, «desciende á las entrañas de la tierra; y vuelve despues al mundo donde podrás enjugar el llanto de la miseria, derramando la felicidad en tu camino.»

Así lo hizo, es decir, descendió y vió el tesoro que allí existia desde muchos siglos. Pero en ese momento Satanás estaba á su lado, y Satanás decia para estraviarlo estas palabras traidoras. «Tú eres de hoy en adelante el hombre mas poderoso del mundo. Manda, y verás que hasta los reyes te obedecen!...»

Estas palabras produjeron su efecto

El hombre, vanidoso, volvió á la superficie de la tierra, y mirando con desden al mundo, se creyó grande y poderoso desde el pedestal en que estaba erguido sobre todos sus hermanos.

Dejándose arrastrar por una pasion que lo dominaba y que habia crecido con su repentina riqueza, tuvo el orgullo de querer disponer á su alvedrío de los hombres y de las cosas solo por los caprichos de su imaginacion exaltada. Finalmente, en vez de repartir con los pobres lo que le habia sido alcanzado por el sudor de los pobres, se hizo opulento y tomó un nombre capaz de corresponder al prestigio inmenso de sus haberes.

Dios abandonó á ese hombre y buscó á otro.

Aquí está, soy yo! La llave de oro que recibí del cielo está en mi mano! yo abrí con ella el secreto que esconde vuestro pan! Comed, bebed, hijos de la miseria, todo esto os pertenece porque Dios os lo da!

Dichas estas palabras, continuó Valentina despues de un momento, dejóse oir un grito muy estremado de placer y de contento. Una llama precipitada aniquiló para siempre todo cuanto allí habia de riqueza, y de la gruta de Monte-Cristo, de las columnas de la bóveda, de las estátuas, joyas y aromas, nada mas quedó que las paredes sombrías de la roca, y la tierra donde ellas tienen su orígen.

Valentina se detuvo de pronto, ocultando el rostro entre las manos, como para evitar aun la vista de ese espectáculo que acababa de describir.

Un no se qué de solemne y vago terror infundian aquellas palabras en el ánimo de Maximiliano. La hora, el silencio, la calma de aquella noche, y de aquel espacio inmenso de las aguas, sobre las cuales las tristes palabras de Valentina se elevaron como una lúgubre armonía; la espresion ingénua y sentida de Valentina, en el momento en que ella hacia la esposicion de aquel sueño pueril; todo concurrió poderosamente para despertar en Maximiliano ese temor vago é indefinible.

Aunque todo concurriese para conmover su espíritu, Maximiliano vencido un momento por el recelo y el pavor de Valentina, le respondió con firmeza y dulzura:

—Convengo que un sueño de esos, tal como el que has esperimentado, Valentina, es en verdad capaz de agitar el espíritu mas fuerte y resuelto; pero no al que tuviera entera fé en la justicia omnipotente de Dios.

—Lo crees así? preguntó ella, con una leve sonrisa de duda, continuando luego con voz solemne y firme.

—Oh! es que los sueños que tenemos, no una vez sola sino repetidas veces, siempre conforme lo concebíamos en la primera, son, por decirlo así, un aviso que el cielo nos envia para prepararnos.

—Valentina, esclamó inmediatamente Maximiliano, tomándole las manos.

Valentina clavó sus lindos ojos en el rostro inquieto de su esposo, como si quisiese preguntarle estas simples palabras: ¿qué haremos entonces?

Se siguió un momento de silencio.

La góndola hasta allí serena como el cisne que descansa en el lago, empezó á agitarse sacudida por el virazon de la noche: y las aguas cuya superficie parecia un vasto espejo donde se reproducian las imágenes de la tierra y el cielo, empezaron á revolverse bajo la presion atmosférica.

El gondolero notando esto, agitó sus remos; la góndola, fiel al empuje, volvió la proa en la direccion del gran canal de Venecia.

Poco tiempo despues llegaba al muelle, y Maximiliano, hacien-

do seña al gondolero, le indicó el pequeño canal que conduce á la *Giudecca*.

XXXVI.

Indagacion.

Luego que llegaron á casa, Valentina entró en su cuarto, y postróse frente á la imágen de la Vírgen, cuadro soberbio de Rafael, colocado en la pared principal del aposento.

Maximiliano entretanto, daba algunas órdenes particulares á sus criados.

Valentina ajitada por aquel recelo vago, suscitado por el sueño narrado en el anterior capítulo, oró llena de aquella fé sublime que un alma afligida y creyente consagra á la imágen de María. Sus ojos estaban humedecidos por las dulces lágrimas de quien lo espera todo de la misericordia divina, conformándose con los decretos inesplicables de Dios.

Maximiliano abrió la puerta del cuarto, y no se atrevió á interrumpir á Valentina en su ferviente oracion: esperó que ella se levantase; fué en seguida á su encuentro y la abrazó con ternura, absorviendo en dos besos las lágrimas que aun se veian en los aterciopelados ojos de Valentina.

—Amiga mia, le dijo él ¿es acaso el recuerdo de tu sueño todavía, lo que te causa este llanto? Destierra de tí aquellas imágenes mentidas que de nada valen cuando estás bien cierta de merecer por tus virtudes la clemencia constante del cielo.

—Tú llamas imágenes mentidas á las imágenes de mi sueño? de un sueño tantas veces repetido? le respondió Valentina, acompañando sus palabras con una sonrisa angelical; y si yo te dijese además, Maximiliano, que ya he visto á aquel hombre singular, que parecia guiar los hambrientos y los miserables á nuestra gruta de Monte-Cristo?

—Qué dices, Valentina, estás loca? esclamó Maximiliano estremeciéndose súbitamente al advertir el terror que presentaba la fisonomía de su mujer.

Ella soltó una risa convulsiva continuando en seguida.

—No estoy loca, no. Te dije que yo habia visto al hombre representado en mis sueños. La mirada de fuego con que él parecia devorar nuestras riquezas supérfluas, era aun la misma que él fijaba en mi pecho como si pretendiese leer en mi corazon. Este hombre no era una mera ficcion mia; un cuento originado por el terror, que todavía me inspiraba el sueño. No; este hombre hace tres noches que parece observarme con atencion, cuando yo paseo contigo por la *Piazza*; me hace estremecer siempreque él con su mirada inspirada parece preguntarme: «Valentina; no cumplirás tú la voluntad de Dios? Quieres por ventura que muchas familias de miserables proletarios, cuyo patrimonio es el hambre, maldigan la mujer usurera que esconde en las entrañas de una roca aislada, lo que para ellos seria una felicidad suprema, repartiéndoles la mitad de tus haberes? Valentina, el mayor esplendor de que puedes cercarte consiste en las bendiciones de todas esas familias miserables, á quienes podriais librar de los horrores del hambre.»

Valentina calló: su mirada firme y resignada interrogó el rostro de Maximiliano, donde podia leerse la espresion de la duda y del terror á la vez.

Varias veces pretendió él dudar de las palabras de Valentina; pero la regularidad que habia en los movimientos y en el modo de hablar de esa mujer, era tal, que no dejaba la mínima sospecha de desórden de su estado intelectual. Entretanto, él, hombre de una educacion superior y un poco templado por la libertad del pensamiento en las incredulidades del siglo, no podia compreuder como era posible que Valentina, en su perfecto estado normal, se dejase poseer de aquel sentimiento exajerado que un simple sueño habia cimentado en su pecho.

Maximiliano conoció que alguna cosa de sublime y superior á

las cosas de la tierra se revelaba en la espresion pura de Valentina; y como no le era dado combatir, ni evitar la influencia de ese principio inesplicable, abatió su raciocinio ante la fuerza irresistible que lo abrumaba.

Valentina triunfó.

Renunciando todo el fausto, que la opulencia podia proporcionarle, quiso reducirse á la mediocridad, repartiendo con los pobres su fortuna: pero Maximiliano aunque partícipe de los generosos sentimientos de Valentina, no podia destruir, como ella lo queria, la fabulosa riqueza, regalo estraordinario del conde de Monte-Cristo.

—Valentina, le dijo Maximiliano un dia, suponeos que mañana nuestra opulencia de hoy ha desaparecido para siempre; cuál será el patrimonio del hijo que Dios quiera concedernos?

—Y qué mejor patrimonio que un nombre bendito sobre la tierra en familias enteras y transmitido de padres á hijos? preguntó Valentina con indecible espresion de candidez, continuando en seguida: créeme, amigo mio, si yo tuviera la certidumbre de que este magnífico regalo que hemos recibido del conde no habia sido adquirido por él ó sus ascendientes á costa de la desgracia del pueblo, yo no titubearia en conservarlo y aumentarlo para trasmitirlo á nuestros hijos..... pero.....

—¿Por qué dudas, Valentina? Olvidas, pues, el desvelo y desinterés con que el conde se empeñó en salvarnos, y no le merece el menor reconocimiento su bondadoso carácter?

—Pero el sentimiento de mi gratitud á la proteccion del conde, nada tiene de comun con el deseo de alejar de mí el esplendor de que él quiso rodearnos. Mi querido Maximiliano, este fausto me asusta; ni lo quiero, ni lo merezco; repartámoslo, pues, entre los miserables, y llenaremos así uno de los mas santos preceptos de la caridad y de nuestra religion!

Maximiliano nada opuso; y Valentina, alimentando la esperanza de satisfacer la pasion sublime que la dominaba, esperó con ansiedad el momento en que las prodigiosas riquezas de la gruta de Monte-Cristo pudiesen consagrarse al alivio de la miseria.

Entretanto, ocupémonos nosotros en referir al lector quién era aquel hombre en quien le hicimos fijarse cuando Valentina y Maximiliano se embarcaban en la góndola.

Luego que estos desembarcaron en la Giudecca, y que la pequeña góndola se desvió del pórtico del edificio, una embarcacion larga y estrecha, como un esquife, impelido por dos remos, pasando con rapidez al costado de aquella, lanzó á su bordo dos hombres.

El gondolero veneciano, admirado del estraño abordaje, lanzó un lijero grito de sorpresa; pero antes de que tuviera tiempo de adoptar una resolucion, sintió rozar su garganta la fria y acerada hoja de un puñal.

—Silencio, ó eres muerto! esclamó el agresor.

—Qué quieres de mí? preguntó el gondolero, cobrando ánimo.

—Hacerte feliz.

—Estraño modo de ofrecerlo! replicó aquél, mirando asustado al hombre que le brindaba la felicidad, presentándole un puñal. Si para que yo fuese feliz bastase guardar silencio, juro por San Marcos, que ni durante ocho dias diria ni siquiera un *Dios te salve.*

—Eres discreto? preguntóle el desconocido.

—Como el canal Orjano, que segun las antiguas tradiciones, nunca deja flotar el secreto á la par de los cadáveres! respondió el veneciano.

—Muy bien: continuó el primero, guardando el puñal, y dejando caer algunas monedas de plata sobre los cojines de la góndola. Despues, volviéndose hácia su compañero que amarraba el esquife por la proa, díjole en dialecto romano lo siguiente:

—Roca, este hombre es nuestro; echa un cable á la góndola y rema en direccion al yate.

Esta órden fué ejecutada, y en breves momentos la góndola remolcada por el esquife hendia las aguas del canal, dirigiéndose al lugar en que fondean los buques mercantes. Media hora despues el pequeño convoy atracaba al costado de una de esas embarcaciones lijeras, de dos palos, que abunda en las aguas

del Mediterráneo, y que se conocen con el nombre de yates.

El gondolero veneciano que no podia retroceder en aquella nocturna aventura que se le ofrecia de un modo tan significativo para que la despreciase; subió resueltamente la escalera de cuerda que pendia al costado del yate y saltó sobre su cubierta, seguido de los dos hombres que lo habian sorprendido. El vigía, despues de saludar con profundo respeto á uno de ellos, volvió á su puesto y esperó sus órdenes, sin dignarse siquiera mirar al gondolero veneciano.

—Amigo, le dijo el que parecia capitan del yate, voy á interrogarte, y te advierto desde ahora que pagarás muy cara la falta de verdad en tus respuestas. Quién eres?

—Giacomo del Lido, por el favor de San Marcos, y soy desde algunos dias el gondolero especial del *signor* Morel.

—Qué clase de hombre es ese? Como su gondolero, debes conocerlo.

—Sé que es un francés, respondió el gondolero; y segun lo afirman todos en la Piazza, es millonario!

—Tienes algun dato para creerlo? preguntó el capitan.

—Yo, continuó el primero, he oido hablar de las riquezas que posee..... pero ignoro dónde existen. ..

—Cómo, interrumpió el capitan, ¿será posible creerte, cuando las localidades que se refieren en cualquier discurso, es lo que retenemos en la memoria?

—Suponed, señor, que nada se hubiese dicho sobre la localidad en las palabras que he oido.

—Muy bien; pero repítemelas.

—Esta tarde, dijo el gondolero, conduje al *signor* Morel y su esposa fuera del Lido, y entonces le oí lo que paso á referiros sin temor de la cólera de San Marcos, puesto no era un secreto.

Al decir esto, el gondolero empezó á contar cuanto habia escuchado á Valentina, respecto al sueño de la gruta de Monte-Cristo. El capitan del yate no perdia una sola de sus palabras.

— Basta, le dijo: ¿sabes tú si en efecto existe en el Mediterráneo la tal isla de Monte-Cristo?

— Poco he salido del Adriático, y no conozco sino los principales puntos del Mediterráneo, replicó el gondolero, agregando despues: la isla en cuestion es desconocida en las escalas del comercio.

El capitan del yate, despues de reflexionar un momento, hizo seña para que encendiesen luz en la cámara, donde apenas habia el espacio necesario para que un hombre pudiese revolverse ó para que hablasen dos.

Miró escrupulosamente al gondolero, como si quisiera leer en su rostro quemado por la brisa de los canales, el fondo de verdad que habia en su espresion. Despues se sentó, y apoyando las mejillas en sus manos, habló así sin mirar al veneciano.

—Ciertamente, existe en la isla de Monte-Cristo un tesoro inmenso, escondido allí por los bárbaros. Y este tesoro que á nadie pertenece directamente hoy, es del primero que pueda echarle el guante. Yo conozco poco el Mediterráneo... pero si alguien me indicase la direccion de la isla, juro por el cielo, haria la felicidad de ese hombre.

— Ah! ¿Y cómo será posible disponer de las riquezas que allí existen, replicó el gondolero, si ellas pertenecen á mi señor?

—Y de quién las hubo? preguntó el capitan. Ya te dije que pertenecen á él igualmente que á tí, ó á cualquiera otro que sepa el secreto para hallarlas en el seno de la tierra. Si algun dueño de ellas existe... cree que son los pobres, porque dimanan del sudor de estos, convertido en oro y joyas de las manos de algun viejo señor tan bárbaro como avariento! Si tú eres hombre, si tienes un pensamiento digno del alma que te anima, debes creer que el sudor de los pobres, es justo que se emplee en favor de ellos, antes que dejarlo caer en las arcas de la opulencia. Dejemos esto sin embargo, voy á mandar que te sirvan un trago de *lácrima-cristi*, para indemnizarte de la incomodidad que has sufrido, agregó con indiferencia el capitan, golpeando el asiento con la mano.

Poco despues el gondolero, habiendo tomado con desembara-

zo, una copa del precioso vino, encendió su pipa, y apretando la barba entre los dedos, lanzó á su interlocutor cierta mirada inteligente, que este aparentó no compreder.

—Yo conozco algunos muchachos del *bando!* dijo aquél.

—De que bando?

—Sí, del *bando!* repitió el gondolero sonriéndose. Ignorais lo que es el *bando*? No habeis oido jamás hablar del *contrabando*? preguntó él bajando la voz y estirando el cuerpo.

—Ah! ya comprendo!

—Pues entonces esto es claro! conozco algunas personas que son capaces de esplicar la altura de cualquier secreto paraje del Mediterráneo, tan bien como yo los mas encrucijados canales de Venecia.

—Y bien.

—Ellos deben, sin duda, conocer la isla de Monte-Cristo.

—Y luego?

—Yo podia hablarles.

—Bien.

—En esta noche misma... pero .. pueden tener algunos escrúpulos... y esa gente es tan afectada al dinero, como un viejo abad lo seria de este vino añejo.

—Eso es lo de menos.

—Será, si vos contestais de ese modo, repuso el gondolero; lo que yo puedo hacer es entenderme con ellos, y traeros su respuesta.

—Muy bien; vé á cumplir tu comision, y si no eres loco, escuso de recomendarte silencio.

El gondolero hizo un ademan de inteligencia, y se levantó para salir.

—El nombre de vuestro buque? preguntó.

—La *Tormenta*, respondió el capitan.

—Por San Marcos! escojeis bien fatal nombre para él! observó el gondolero saludando y subiendo la escalera de la cámara. Luego que saltó á su góndola y se puso en camino, el capitan del

yate llamó á su segundo, y designándole al veneciano que ya iba lejos, le dijo:

—Rocca Priori, que todo esté pronto para salir mañana á la primera señal. Aquel hombre me ha revelado cuanto yo queria saber.

XXXVII.

Los contrabandistas.

Apenas el gondolero Giacomo habia amarrado su góndola á los escalones de la Giudecca, cerca de la casa donde vivia Maximiliano Morel, corrió con una lijereza que le hacia honor, por una angosta vereda que conducia á lo largo del canal, y fué á llamar á la puerta de una casita de un solo piso.

—Madre de Dios! esclamó de adentro una voz de mujer; si yo no esperase al tunante de Giacomo, apostaria que algun visitante del resguardo queria derribar nuestra puerta por denuncia de algun envidioso! Eres tú, Giacomo?

—Sí, yo soy! abre pronto.....

—Espera, es preciso decir eso con mas política; la puerta tiene seguros los cerrojos, y mis manos no tienen la piel tan gruesa como las tuyas.

—Estamos perdiendo un tiempo bien precioso! esclamó Giacomo, impacientándose con la demora.

—Vaya!.... vienes tal vez á proponerme el dia de nuestro casamiento en la antigua catedral de San Marcos! ¿no es así Giacomo?

—Tal vez, no dices mas que la verdad!....

—Hola! esa tenemos? repitió la mujer con una carcajada sardónica, que hizo estremecer el corazon ya ajitado del gondolero.

—¡Y bien! ¿abres la puerta ó no?

—Aquí estoy, veamos lo que quieres.

La puerta se abrió, y Giacomo se encontró cara á cara con

una bonita muchacha de 20 á 22 años cuyos brazos desnudos hasta mas arriba del codo revelaban en su muscular forma el vigor de la bella veneciana.

—¿Dónde está tu hermano Pietro?

—Ah! son esas, pues, las buenas noches que me das?..... Vuélvete, pues, en hora mala, que yo voy á acostarme. ¡Bien he empleado el tiempo en esperar á semejante mónstruo!

—Mi buena Rosina, ¿por qué dices eso? Si supieses lo que hay aquí dentro, no estrañarias que me hubiese olvidado de decir buenas noches.

—Sí: pensabas tal vez en alguna tabernera que da el vino de balde. Siempre has de ser un gran bribon!

—Rosina! esclamó Giacomo, viendo que ella llevaba la estremidad del vestido á los ojos, para enjugar las lágrimas: no seas tan celosa, porque tu Giacomo no lo merece. ¿Quiéres saber por qué te pregunté por tu hermano Pietro? ¿quiéres?

—No: no quiero saber nada..... ojalá que Vd. me dejase!

—Pero, escucha: no seas así; yo preguntaba por Pietro para...

—Todo es inútil! gritó Rosina, sentándose bruscamente al lado de un banquito donde estaba un botellon y un vaso. No quiero saber nada, ¿entiende Vd. *signor* Giacomo?

—Eso son celos.....

—Celos! replicó ella, levantándose con altivez y poniendo la mano en la cintura; siempre sereis bastante necio! para tener celos de Vd. era preciso primero que lo amase, y yo no he incurrido en semejante disparate.

—Vaya! tú que eres una mujer de tino estás ahora con esas cosas!..... Ea, seamos amigos, y yo te contaré lo que me alegró hasta el punto de olvidarme de darte un abrazo y un beso, cuando llegué

—Un beso! eso tendria mucho que ver; dijo Rosina soltando una segunda carcajada. Por ahora mis besos no son para los de su clase, *signor* Giacomo.

—Eso sí que es modestia ....!

—Tú eres muy atrevido, y yo te haré entrar en juicio, aplicándote la vela á las narices si me haces enojar. Mira, pues, como hablas, porque bien conoces á Rosina.

Giacomo reconociendo que no podia sacar partido ventajoso de aquel diálogo, se limitó á responderle con una sonrisa de compasion, y se sentó para llenar de tabaco su pipa; despues, cuando él se disponia á encenderla á la luz de un viejo candelero de cobre, Rosina agarró el candelero y empezó á despavilar la luz, demorándose tanto tiempo cuanto bastase para impacientar al gondolero.

Este, empero, arrojó lejos de sí la pipa, y se levantó como persona que toma una resolucion.

—Yo esparaba encontrar á Pietro en casa, dijo él paseando de un lado á otro. Este negocio no admite la menor demora.... y no es cosa que se desprecie así. Esperemos: Pietro ha de venir.

Diciendo esto, Giacomo se dirigió á la mesa y tomó un vaso, alargando al mismo tiempo la otra mano hácia la botella; pero Rosina, fingiéndose distraida, se recostó con todo el peso de su cuerpo en el banco, de modo que volcó la botella derramándose el vino.

Giacomo dejó inmediatamente el vaso, é hizo sonar la lengua en el paladar, volviendo luego la espalda á Rosina.

La paciencia y la resignacion con que el pobre gondolero sufria estas interesantes maldades de la linda tirana, contribuyó mucho para vencer su mal humor.

Fué ella quien rompió primero el silencio que hasta entonces se habia establecido.

—Con que entonces, dijo Rosina, el *signor* Giacomo, gondolero de Rialto, está dispüesto á quedarse hoy en mi casa?

—Como no tienes por costumbre acostarte antes de llegar tu hermano; creo que no te incomodo.

—Haga Vd. cuenta que no viene á casa esta noche.

—Oh! eso seria muy malo, Rosina dijo Giacomo. Necesito hablar con él hoy mismo.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? desearia que me lo dijeses.

—Imagina tú que se descubrió un tesoro encantado...... en una isla, que solo tu hermano será capaz de conocer.

—Ah! tenemos historias? Veamos si la muchacha se deja engañar... ..Tienes que vivir mucho para hacerme comulgar con ruedas de molino.

—Rosina, le dijo Giacomo, despues de mirarla con seriedad: yo no soy de los que se engañan con historias; sé lo que digo, y pienso como seria capaz de hacerlo el mas pintado.

—Sí, siempre fuistes muy astuto.

—Créeme Rosina, replicó Giacomo. Hace un año que prometí casarme contigo, y desde entonces hasta hoy no he dejado de pensar en el modo de hacer fortuna.

—Cosa estraña! interrumpió Rosina con aire ingénuo: ¿cómo siendo tan vivo, no has hallado el modo de hacer fortuna?

—Oh! si nuestro divino patron no me hubiese dotado de esta paciencia original..... ya habria hecho una locura solo para hacerte callar! pero... continuó Giacomo exhalando un suspiro: la fortuna que por ahí se representa en figura de una mujer con los ojos vendados, la tengo yo por un lindo pájaro de pluma dorada, que anda siempre revoloteando delante de los pobres, sin que ellos puedan tocarlo ni con un dedo siquiera. Ah! pero esta vez lo toqué yo: y tengo el pájaro en la mano, tan cierto como que el leon atado está á los piés de San Marcos.

El aire de conviccion con que hablaba el gondolero, puso en ansiedad el espíritu curioso de la bella Rosina, que clavando sus lindos ojos negros en la fisonomía de Giacomo, le preguntó con amable sonrisa.

—No tienes sed, Giacomo? Ya debiera de haberte servido un vaso de vino, puesto que esta botella está vacía.... pero, eso no importa; esa tardanza habrá aumentado tu sed, y esperimentarás mayor placer en satisfacerla.

Y la muchacha abrió una alhacena practicada en la pared, y sacó una jarra de vino que presentó al gondolero.

—¡Vaya! á tu salud, mi querida Rosina; y otra vez no

me recibas con ese mal humor que tanto me disgusta!

—Mal humor! repitió ella con finjida candidez. ¡Aprensiones tuyas! Habla sino conmigo, y verás como es cierto. Vamos, no me habias dicho que la fortuna, cual pájaro de brillante plumaje, huía siempre de tí?

—Al contrario: que ahora tengo el pájaro en mis manos! repuso el gondolero, sentándose á su lado y pasando su musculoso brazo alrededor de la delicada cintura de la interesante hija del Lido.

—¿Cómo es eso? preguntó ella.

—Estoy invitado para explorar un tesoro inmenso, que existe en una isla del Mediterráneo.

Rosina frunció el entrecejo, haciendo á la vez un jesto de duda, pero no obstante preguntó:

—¿Qué isla?

—Me guardarás un inviolable secreto, si te lo digo?

—¿Para que me lo preguntas?

—Perdóname, mi Rosina, pero he oido decir... y es voz constante... que un secreto en boca de una mujer.... es lo mismo que un corcho en el mar...

—¡Qué ocurrencia! esclamó Rosina, dejándose abrazar por el gondolero. Bebe un trago mas.... ¡parece que no te gusta mi vino!

—Lo amo tanto como á tí! dijo Giacomo, vaciando una segunda copa.

—Así, pues, la isla está muy lejos?

—Es la isla de Monte-Cristo! contestó el gondolero.

—¡Cómo! esclamó Rosina haciendo un movimiento para levantarse.

—La conoces? preguntó Giacomo inquieto.

—¡Ah! yo no..... pero su nombre me ha parecido tan hermoso.......!

—Monte-Cristo? preguntó el gondolero.

—Sí, cabalmente, Monte-Cristo!... Y dime Giacomo; á qué nacion pertenece la isla?

—Eso no lo sé; pero es cierto que encierra un gran tesoro perteneciente á los pobres, puesto que allí se colocó con el sudor de estos! Así, pues, á nosotros nos corresponde alguna parte de estas riquezas.... y entonces mi querida Rosina.... allí está la catedral de San Marcos para recibirnos! Ahora solo aguardo á tu hermano Pietro para que me enseñe la situacion de la isla, pues él conoce el Mediterráneo tan bien como yo el Lido.

—Pietro no viene esta noche, dijo Rosina despues de un momento de silencio.

—Y por qué? Ha habido, por ventura, gran faena por afuera...

—No te engañas, porque se trata de arreglar una partida de buenos vinos de Chipre y Constanza para la casa de Gradenigo, que dará en esta semana un espléndido baile para recibir á un amigo de la familia.

—Maldito sea el baile y el amigo! esclamó el gondolero dando un puñetazo sobre la mesa.

Rosina le miró de reojo como por via de reprension, y se separó de él tarareando una cancion popular.

Giacomo permaneció silencioso con el brazo apoyado en el banco, y la frente doblada hácia el pecho, pareciendo entregado á la meditacion de un medio cualquiera para suplir la falta de Pietro.

—Giacomo, le dijo Rosina levantando el dedo índice como para mandarle callar; y contando los graves y pausados sonidos del reloj de la Catedral que daba las doce de la noche: tu visita no debe prolongarse hoy por mas tiempo. Ya es media noche, y yo debo levantarme al salir el sol.

—Luego es cierto que tu hermano Pietro no viene esta noche?..

—Santa Madre de Dios! ni quizá mañana, cuanto mas esta noche.....

—Bien: replicó el gondolero, pasándose la mano por el rostro; en ese caso me voy. Buenas noches, mi buena Rosina, y acuérdate de lo que Giacomo te ha dicho: el dia de nuestra boda ya está designado.

Rosina se sonrió del modo mas amable á las palabras de Gia-

como y cerró escrupulosamente la puerta apenas hubo salido, escuchando con atencion si se retiraba ó no, y cuando se convenció de que ya se habia alejado, corrió apresuradamente á un cuarto interior, á cuya puerta golpeó diciendo repetidas veces:

—Pietro!..... Pietro!!!

—Qué se ofrece? preguntó la ronca voz de un hombre que bostezaba como si cayese de sueño.

—Levántate; porque segun creo, llegó el tiempo de ser útiles á nuestro protector.

Rosina repitió dos ó tres veces estas palabras hasta que su hermano comprendiendo bien su sentido, se dejó caer de la cama, se envolvió en la manta, y vino al encuentro de aquella.

Pietro era un muchacho de 24 á 25 años; de regular estatura; rostro moreno y espresivo; maneras francas y fisonomía ya suave, ya enérgica, como la de todos los hijos de Italia.

—Y entonces, que quieres decir con esto, Rosina? le preguntó Pietro aun otra vez, frotándose los ojos.

—Pietro, respondió ella; cuando nuestro padre estaba próximo á espirar, exijió de nosotros la promesa de respetar siempre al hombre que protejia nuestro comercio de vinos.

—Y bien?

—La isla de Monte-Cristo, donde él hacia generalmente su carga, tomándola de otros buques, era, como tú sabes, propiedad de *Sindbad el marino*; y todos los contrabandistas han jurado eterna adhesion á ese hombre! Ahora bien: *Sindbad el marino* tiene allí un palacio subterráneo que nuestro padre aseguraba habia visto, y en el que hay grandes riquezas.

—Sí; bastantes veces he oido hablar de esa maravilla á mis compañeros; aunque me parecia inverosímil, sobre todo cuando sentado yo en la playa, miraba aquellos áridos y escarpados peñascos que forman la cúspide de la isla.

—Eso no pasa de una opinion tuya, Pietro; replicó Rosina. Lo cierto es que hay alguien que intenta saquear el palacio.

—Brava idea. Solamente el entrar á él es imposible, sin saber cierto secreto.....

—No delires; Giacomo estuvo aquí hace poco, y segun lo que me dijo sospecho que se ha organizado alguna cuadrilla de aventureros para dirigirse á la isla. Créeme, Pietro, bueno será que hables con alguien que te indique lo que se debe hacer, puesto que hemos jurado respetar los intereses de *Sindbad el marino*, así como él respetaba los nuestros. Giacomo me preguntó por tí, pero yo dije que estabas ocupado en arreglar una partida de vinos para el conde Gradenigo.

—Afortunadamente eso ya está arreglado! respondió Pietro. Descansa, Rosina: mañana veremos lo que se debe hacer para evitar el robo que, segun dices, se medita en el tal palacio subterráneo de la isla de Monte-Gristo.

—¡Ah! y sin embargo, yo pierdo tal vez mi fortuna, murmuró Rosina momentos despues acostándose en su cama; pero seré fiel á la promesa que hemos hecho de respetar los intereses de aquel que no solo respetó sino que protegió los nuestros!

Al siguiente dia, Pietro despues de rezar un breve rato en la catedral de San Marcos, atravesó la Piazza, y se dirigió al muelle mirando á uno y otro lado, como quien procura descubrir á alguien entre la multitud que lo rodea.

Un momento despues de haber interrogado su mirada perspicaz á aquella onda viva que afluia y refluia en el muelle y en la Piazza, Pietro distinguió al gondolero Giacomo que parecia amarrar su góndola á una argolla de hiero clavada en la piedra, y corrió hácia él.

—Hola, amigo Giacomo..!

—¡Ah! eres tú, Pietro? ¿tú por aquí....?

—Llego en este instante...

—Pues yo te creia entretenido aun con la partida de vinos del conde Gradenigo... dijo Giacomo en voz baja, acabando de asegurar la cadena de la góndola, y volviendo háeia su interlocutor. Concluí mas pronto de lo que pensaba.

—Mas vale así, Pietro, porque tengo otro negocio que proponerte.

—Así me lo dijo Rosina, y por eso corrí á tu encuentro, seguro de que estarias aquí en el muelle.

Pietro y Giacomo se separaron de la multitud, y fueron aproximándose á la escalera de los gigantes que en aquel momento estaba desierta por ser muy temprano.

—Cual es, pues, tu negocio?

—Muy sencillo; me han hablado para conducir un pequeño buque al Mediterráneo á una isla llamada de Monte-Cristo. Aunque no me es desconocido el Mediterráneo, como tú lo sabes, ignoro la situacion de la isla, porque creo que es poco frecuentada.

—No ha mucho que estuve en ella para recibir algunos barriles de Málaga legítimos y trasportarlos á Venecia, respondió Pietro.

—Oh! sí, sí; yo sé que los hijos del *bando*, interrumpió el gondolero, conocen la isla, como yo los dedos de mi mano; pero quisiera que tú me indicases el rumbo que debe seguirse y la altura de la isla...

—¿Si? pues no es mucho lo que pides! reflexionó Pietro sonriéndose.

—Vaya, vaya, Pietro! que esto no es solo negocio de palabras...

—¡Ah! entonces produce dinero?

—Tan cierto; como que San Marcos jamás quiso negociar con los turcos, cuando Venecia era Venecia! Y si tú quisieses acompañarme hoy á un cierto sitio, verias la verdad de lo que te digo.

—Estoy pronto.

—Bravo! A la oracion iré á buscarte con mi góndola al embarcadero del Canal Orfano.

—¡Diablo!

—¿Qué es eso?...

—Has tenido mala idea!

—Por qué?...

—Siempre he oido tales cuentos respecto del Canal Orfano, que me hace estremecer!

—Eres un visionario!

—Yo no! y para probártelo, cuenta conmigo: allí estaré.

—Entonces, buena salud.

—Dios te guarde, Giacomo.

Y ambos se separaron en seguida, confundiéndose con la multitud, mientras un hombre, que á alguna distancia los habia observado escrupulosamente corrió tras el gondolero y le tocó la espalda.

—¡Hola! gritó este, volviéndose rápidamente. ¿Vos aquí?

—No te admires, porque estoy siempre donde quiero estar! ó más bien: estoy en todas partes y lo veo todo!

—Dio!... esclamó el gondolero No esperaba yo tanto de un simple capitan de yate...

—Es que tú te olvidas de que el yate es el *Tormenta,* y no sabes que su capitan es la voluntad de Dios!

El gondolero le miró asombrado, por lo estraordinario de tales palabras.

—Vamos, Giacomo, desde que abandonastes mi buque, mi vista te ha seguido á todas partes. Te miré cuando dormias; y te ví exaltado con el delicioso sueño de las riquezas que existen en la isla de Monte-Cristo.

—Es verdad, señor; es verdad... porque aun que yo nada tengo de ambicioso, sin embargo, desearia ver de cerca aquel tesoro.

—Y lo verás!

—Ya conseguí el medio de saber la altura de la isla.... y el rumbo que debe seguirse para llegar á ella.

—Muy bien!

—Esta tarde, despues que dé la oracion la campana de la catedral de San Marcos, esperadme á bordo del *Tormenta.*

XXXVIII.

Terror.

La familia Gradenigo era una de las mas antiguas y nobles de Venecia. Su esplendor databa desde el tiempo de Faliero, de ese Dux tan sabio é inteligente como infeliz. Todos los antiguos jefes de esta familia, noble segun lo eran todos los nobles de esa época; es decir, solo por blasones heráldicos, habian ocupado sucesivamente un distinguido asiento en el senado, y si alguno de ellos no obtuvo el gorro de dux, fué por lo menos candidato para este alto distintivo, que consistia únicamente en simbolizar en un solo hombre la figura soberbia y mentida de la república.

Los Gradenigos eran nobles aun, al menos en el tiempo en que estos sucesos tenian lugar, aunque el carácter de Venecia hubiese cambiado de faz. Si en esta ciudad famosa por sus antiguos recuerdos, se reconoce y distingue aun hoy como en todas partes la nobleza del mérito superior á la nobleza de cuna, acaso por influjo de la costumbre, disfruta todavía parte de la consideracion debida en otro tiempo á sus blasones.

La magnificencia de su palacio, el esplendor de que se rodeaban, y además, el arrogante orgullo de su vida pública, con que se veian forzados á cubrir la privada, todo contribuía á que el *signor* Gradenigo fuese distinguido con esa apariencia de obsequiosidad con que en la buena sociedad se acoge por deferencia un hombre, al que la cuna hizo, si no distinguido, por lo menos usual.

Cuando las bellas columnas cinceladas del palacio Gradenigo, reverberaban los reflejos de las multiplicadas luces de sus lámparas de alabastro; cuando las flores entretegidas con arte adornaban las escalinatas y las galerías: cuando una escogida orquesta hacia vibrar sus armonías en aquellas soberbias bóvedas, nadie se complacia mas que el *signor* Gradenigo en ver sus salones llenos de cuanto habia de distiguido y bueno en Venecia, cuya alta so-



ciedad concurria á ellos con la sonrisa benévola, del que vá á gozar para despues dormirse. Tratábase entonces de una de esas agradables noches en el Palacio de Gradenigo.

La rapidez con que se hacian los preparativos; la superioridad del pensamiento, y el órden que precedia á la ejecucion eran suficientes datos para que hasta los menos esperimentados creyesen en la costumbre que habia de dar esos saraos, y en la proximidad del que hoy los preocupa. En efecto el *signor* Gradenigo iba á dar un baile.

Su orígen variaba segun las diversas opiniones, como sucede siempre; pero lo que se opinaba con mas generalidad era, que el *signor* Gradenigo deseaba obsequiar á un amigo suyo, cuya llegada esperaba. Las invitaciones se habian hecho, y el mundo veneciano de los bailes esperaba ansioso la prometida noche

Pero ¿quién era ese hombre bastante rico para obligar al *signor* Gradenigo á preparar tan magnífico recibimiento, que se registraria en los anales del mundo elegante como un esplendoroso hecho de alta política social?

Maximiliano, que habia traido de Francia algunas cartas de recomendacion para el *signor* Gradenigo, se contaba tambien en el número de los relacionados, y estaba convidado para el proyectado sarao.

Aunque Valentina prescindiese del placer que le prometia aquella noche; ella que no pensaba como la generalidad de las mujeres ricas, en cuya vanidosa frente no hay la menor idea de lo que importan la pobreza y la miseria; no podia sin embargo rehusarse á comparecer en los salones del palacio Gradenigo; y Maximiliano, satisfecho de la distraccion que su esposa podria encontrar en aquel baile, esperó que se debilitase en ello el pensamiento de aniquilar la famosa gruta de la isla de Monte-Cristo.

En la semana próxima á la en que el baile del *signor* Gradenigo debia darse, unas pocas palabras bastaron para turbar de nuevo el espíritu de Valentina.

Una mañana fué buscada esta por una muchacha del pueblo.

La esposa de Maximiliano, con su afabilidad acostumbrada fué al encuentro de la jóven, no queriendo recibirla en su gabinete, donde el lujo y la riqueza de sus adórnos, podrian ofuscar el sencillo pensamiento de la pobre hija del pueblo.

No habia apenas aparecido Valentina, cuando la jóven alzando el velo que le ocultaba el rostro, ó por mejor decir, desembarazándose del manto que envolvia su cabeza y su cuerpo se precipitó á sus piés.

—Por piedad, señora, esclamó ella, amparadme, que estoy perdida!

—Qué decís! Quién sois vos?... preguntó Valentina afligida por la desolada afliccion que espresaba el rostro de la jóven. Levantaos, hija mia; y advertid que solo ante la imágen de María debeis implorar proteccion de ese humilde modo.

—¡Ah! que buena sois... no me engañaron, pues, cuando me hablaron de la bondad y dulzura de vuestro carácter! dijo aquella, levantándose y besando las manos de Valentina.

—Pero esplicaos al cabo; me afecta el veros en ese estado de agitacion, y vuestras lágrimas y el luto que os cubre me anuncian que acabais de perder sin duda á vuestro padre ó á vuestra madre... y acaso sois huérfana en la flor de vuestros años!..... agregó Valentina exhalando un suspiro de lo íntimo de su alma.

—¡Oh! sí, señora... desgraciadamente soy huérfana; huérfana de padre y madre hace seis meses; pero no es esa la única desgracia que me obliga á pediros proteccion!

—Hablad.

—Yo tenia un hermano, dijo la jóven, un hermano que era mi único amparo en el mundo; y ese hermano... oh! Dios mio, creo que ha sido víctima de una horrible celada!... estoy sola... y no tengo nadie que me sirva de apoyo!

—¡Pobre hija mia!... pero que ha sucedido á vuestro hermano... qué género de proteccion quereis que os dé? Hablad y desde ahora os aseguro cuanto me pidais...

—Oh! sí, señora: yo hablaré... yo os abriré mi corazon... y

os diré cuanto necesito de vos... Yo me llamo Rosa, y soy generalmente conocida en las cercanías de la Giudecca y en Rialto por el nombre de Rosina, dijo la hermana de Pietro, continuando despues de haber mirado rápida y escrupulosamente alrededor de sí. Mi padre era gondolero, y mi hermano Pietro heredó la góndola, y los avíos de mi padre, como este los habia heredado de mi abuelo. Hace quince dias se presentó en nuestra casa el gondolero Giacomo... que era... Ah! vos no conoceis á Giacomo? Es el gondolero que está al servicio de vuestro esposo. Giacomo tenia, segun he podido comprenderlo, y se deducia de sus palabras, relaciones misteriosas con alguna cuadrilla de salteadores, y queria que mi hermano le indicase la situacion de cierta isla poco conocida y deshabitada, donde Giacomo aseguraba que habia un tesoro oculto. Era la isla llamada de Monte-Cristo, continuó Rosina, sin reparar en la turbacion que parecia crecer en Valentina á cada una de las palabras de Rosina. La isla de Monte-Cristo, pertenece á un señor á quien mi familia debe eterna gratitud, y por eso yo me opuse á que mi hermano hablase á Giacomo; pero en vano; Pietro se vió con él, y aunque dispuesto á eludir las intenciones de éste, le hizo creer que le enseñaria la situacion de la isla. ¡Oh! continuó Rosina.... pero ayer he recibido una carta de mi pobre Pietro, cuyo contenido podeis ver.

Rosina sacó de su bolsillo un papel y lo entregó á Valentina, que reunió todas sus fuerza para descifrar lo que ese papel contenia: lo abrió y leyó lo siguiente:

«Hermana mia: he sido víctima de una traicion que me preparó Giacomo, el gondolero de Rialto. Estoy preso en la *Tormenta*, buque desconocido, cuyo capitan me obliga á conducirlo á la isla de Monte-Cristo, donde sin duda se efectuará un gran robo. Nada mas puedo decirte... corre á prevenirlo á los patrones de Giacomo y haz que lo prenda la justicia.

«Tu infeliz hermano

«PIETRO.»

Valentina lanzó un grito agudísimo al finalizar la carta; Rosi-

na sin comprender á qué podria atribuir ese grito de afliccion, corrió hácia ella estendiendo los brazos como para sostenerla.

—Qué teneis, señora! esclamó, advirtiendo sobresaltada la palidez que cubria el semblante de Valentina.

—¡Oh! no es nada!.... dijo esta poco despues con voz débil y vacilante.

—Señora.... socorredme, por amor de Dios! dijo Rosina juntando las manos con ademan de estremada angustia.

—Hija mia! pero qué quereis que os haga? yo, pobre mujer, contra el destino que pesa sobre nosotras?

—¡Ah! yo quisiera influyeseis con vuestro esposo para hacer prender á Giacomo. Acaso éste lo descubra todo, y se sorprenda á los agresores, volviendo así mi hermano á mis brazos, y evitando el que *Sindbad el marino* sufra ese robo en la isla de Monte-Cristo.

—Conoceis á *Sindbad el marino*? se apresuró á preguntar Valentina.

—Oh! á deciros verdad, yo nunca lo he visto..... pero él era, como ya os he dicho, el protector de los intereses del arriesgado comercio de toda nuestra asociacion..... á quien dejaba desembarcar impunemente en la isla....

—Pero qué asociacion es esa, cuyo comercio decís es tan arriesgado?....

—¡Ah! señora; yo soy hija de contrabandistas! murmuró Rosina, cayendo de nuevo á los piés de Valentina, que la levantó en sus brazos.

—¡Oh! descuidad... descuidad... se hará lo que podamos, hija mia! Vuelva vuestro hermano á vuestros brazos, y lo demás... que importa lo demás?... La isla no pertenece ya al antiguo protector de vuestra familia... dejad que roben en buena hora cuanto allí exista... porque todas esas riquezas pertenecen á los pobres, puesto que ellas son el fruto del sudor de los pobres!

—Qué decís! esclamó Rosina, atónita con las palabras de Va-

lentina, pues eran las mismas que habia escuchado de boca del gondolero Giacomo.

—Volved á vuestra casa, yo hablaré á mi marido, entretanto no digais la menor palabra de este suceso.

—Pero; y no será preso el gondolero Giacomo?

—No.

—Y los malvados perpetrarán el robo?

—Sin duda!

—Y mi pobre hermano...

—Volverá.

—Podeis por ventura asegurármelo?

—Os lo aseguro! murmuró maquinalmente Valentina, estendiendo su mano que Rosina besó en señal de gratitud.

Valentina, despues de oir la estraña narracion de esta, corrió á encerrarse en su cuarto, derramando copiosas lágrimas, que sin embargo cesaron en breve porque Valentina buscó en Dios el bálsamo que la curaba de cualquiera pasion.

Formando firme propósito de ocultar á su marido lo que pasaba, recomendó de nuevo el mayor sigilo posible á la hija de los contrabandistas, prometiéndole al mismo tiempo que haria todos los esfuerzos posibles para restituirle su hermano Pietro.

Y en efecto: Valentina empezó á trabajar.

A la hora en que el sol empezaba á ocultarse en las montañas del Tirol, Maximiliano tenia la costumbre de ir á disfrutar la frescura de la tarde en el inmenso paralelógramo de la Piazza. Valentina, bajo pretesto de una leve indisposicion, no le acompañó, quedando de este modo en plena libertad para meditar la ejecucion de un plan cualquiera relativo á la promesa hecha á Rosina.

Sentada á la ventana de su habitacion, veia las aguas del canal en que se movian vagarosamente algunas góndolas, asemejándose al indolente cisne que se desliza por la superficie de un lago.

Valentina las observaba con interés; y pareciéndole reconocer

á uno de los gondoleros, le hizo señal con la mano para que se detuviese.

El góndolero era Giacomo.

Momentos despues, Valentina echando un schal sobre sus hombros, y envolviéndose en él, descendia al vestíbulo del edificio donde habia algunos escalones de mármol negro que daban al canal de la Giudecca. Giacomo esperaba allí con su góndola, y apenas distinguió á Valentina, saltó á la escalera, quitándose inmediatamente el gorro.

—Acércate, le dijo Valentina, abriendo una pequeña puerta que habia á su derecha, y entrando en uno de esos cuartos que hay en todos los edificios de Venecia, que daba á uno de los canales, y servia para guardar los utensilios de las góndolas del servicio ordinario.

Giacomo, antiguo gondolero de Venecia, y acostumbrado desde niño á los caprichos de las bellas venecianas, no estrañó por lo mismo el misterio con que Valentina parecia desear envolver sus acciones y sus palabras. Conservóse inmóvil enfrente de Valentina, esperando que ella hablase.

—Eres tú el gondolero de Rialto? le preguntó.

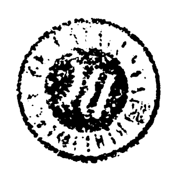
—*Signora!* respondió Giacomo: hace treinta años que volví del mar; donde navegaba en un buque mercante, y desde entonces hasta hoy San Marcos me ha visto y protegido en los canales de Venecia y en el Lido, donde por decirlo así me han despechado. Soy Giacomo por la gracia del santo Patrono, y tengo la honra de estar al servicio de V. E. y de vuestro escelentísimo esposo!

Valentina meditó un momento el modo como habia de empezar su estraño diálogo con el gondolero.

—Desde que me has dicho, Giacomo, que has vivido en los canales de Venecia y en el Lido por el espacio de treinta años, debes conocer todos los buques que han llegado aquí.

—Casi todos, *signora!*

—Y no solo sus buques, sino tambien sus capitanes.





—Al menos la mayor parte!

—Muy bien; yo deseaba hacerte algunas preguntas acerca de un buque.... y te prevengo que no perderás tu tiempo, Giacomo!

—Ah! Madre di Dio!!.... os diré cuanto quisiereis, *signora!*

—No tienes que fatigar mucho tu memoria para responderme, pues se trata de un buque que estuvo hace quince dias en el Lido.

—¡Oh! entonces os puedo responder á ojos cerrados.

—Es el yate *Tormenta.*

—El yate *Tormenta!* esclamó el gondolero.

—¿Quién era su capitan? se apresuró á preguntar Valentina.

—*Per Bacco!* respondió Giacomo, receloso. Hablarme de un búque que apenas conozco!....

—Yo te recordaré algo que aclare tus ideas: el *Tormenta* vino aquí porque su capitan deseaba tomar informes respecto á la isla de Monte-Cristo, donde se supone existe un tesoro escondido....

—Pero que de hecho no está allí?... preguntó Giacomo de un modo que lo traicionaba.

—Eso es otra cuestion, que debe interesarte poco, Giacomo. Respóndeme solo á lo que te pregunto.

—*Signora*, por las señas que me dais, recuerdo bien el pequeño buque y su capitan, en cuya compañía bebí, no sé en que casa, una magnífica copa de *lacrima-christi.* Algo malicié yo de tal amigo! Era un hombre trigueño, de cabello gris, ojos negros y espresion siniestra...... y sobre todo tenia un modo de hablar que haria morir de miedo á una señora como V. E., que se dignase escucharlo.

—Y entonces que decia él?.... preguntó Valentina, con trémula voz.

—¡Ah! decia cosas tales que San Marcos no las perdonaria en la boca del mas indigno veneciano! Y en verdad que las obras del maldito se parecian bien á sus palabras, segun mi pobre opinion. Aseguraba que poseia dentro de un cofre la *mano de un muerto!* y lo peor es que queria enseñármela.....

—Y te esplicó el motivo porque traia tan estraña reliquia?



preguntó Valentina con espresion mezclada de interés y de terror.

—Me esplicó allá á su modo, y de tal forma, que solo el diablo seria capaz de repetir: que la *mano del muerto* estaba levantada sobre un vivo! y que él representaba la voluntad de ese muerto erguido aun fuera de la tumba y protegido por Dios! Valentina sintió que un sudor frio le cubria la frente, al escuchar á Giacomo; porque el interés que le despertaban esas singulares palabras era tal que la obligó á dirigir aun algunas preguntas mas, relativas al célebre capitan del yate *Tormenta*.

—Y aquel hombre, dijo ella, es cierto, segun me aseguran, que consiguió comprar á cierto marinero llamado Pietro, para que le indicase la situacion de la isla de Monte-Cristo?

—¡Oh! sí.... sí!.... se apresuró á decir Giacomo, adoptando la idea de Valentina. Pietro se vendió al capitan del yate, partió con él para la isla de Monte-Cristo. Me aseguró que el capitan va á saquear la isla y..... pero yo espero que no hallará sino las grandes masas de granito que la forman! Solo las rocas serán los enormes tesoros de que él habló, diciendo que pertenecian á los pobres porque habian sido alcanzados por el sudor de los pobres! Valentina tembló de terror esta vez, reconociendo la coincidencia doble que existia entre las palabras de Giacomo y el sueño que ella habia tenido en la gruta de Monte-Cristo.

Firme aun en su propósito de no impedir aquel robo, y acordándose de lo que habia ofrecido á Rosina, cambió entonces de asunto preguntando:

—Crees que Pietro volverá á Venecia?

—Ah! yo lo creo así! respondió Giacomo. El capitan del yate no le hará mal alguno, y el pobre muchacho, apenas concluya su mision á bordo del *Tormenta*, volverá á los brazos de su hermana Rosina.

—Y cuando terminará su trabajo á bordo del *Tormenta*?

—Llegará cuando mas dentro quince dias.

—Estás seguro?

—Aquí lo esperamos todo de la misericordia de nuestro santo patron.

Hubo un momento de silencio, en que Valentina pareció concebir una nueva idea.

—Giacomo, dijo al fin, he oido elogiar algunas veces la discrecion y diligencia de los gondoleros de San Marcos.....

—Habeis oido la pura verdad, *signora*! Yo, aunque me considere el mas indigno de mis hermanos, tengo aun un resto de orgullo en merecer la confianza de las personas que hasta hoy se han dignado ocuparme

—Puedes disponer de un buque capaz de surcar las aguas del Mediterráneo?

—Ah! un buque tan seguro como era el antiguo Bucentauro, segun la crónica! respondió el gondolero.

—Muy bien; aquí tienes oro: mañana á esta misma hora volverás aquí y yo te daré las instrucciones necesarias para el servicio que quiero que me prestes.

Al decir esto Valentina le entregó un bolsillo con dinero, haciéndole señal de que se retirase.

Despues subió las escaleras del vestíbulo, que conducian á las salas, las atravesó y entró á su cuarto.

Apenas hubo entrado, hizo un movimiento de sorpresa, viendo á Maximiliano sentado en un sofá, leyendo un libro.

Maximiliano no hizo el menor movimiento cuando vió á Valentina á su lado; pero le preguntó simplemente:

—Te hallas mejor, Valentina? y esta pregunta fué hecha además con un tono seco y sin levantar los ojos de las páginas del libro. Valentina, aunque no pudiese dejar de notar el gesto indiferente con que Maximiliano le dirigió la palabra, lo atribuyó sin duda á la demasiada atencion que le merecia la lectura del libro que tenia delante de sí; y le respondió con toda la espansion de su carácter afable.

—Sí, amigo mio, me siento mejor..... Creo que en poco tiempo te podré acompañar.

—Ah! no quiero que te espongas aun al frio de los canales y de la Piazza, replicó Maximiliano, siempre con la mirada clavada en las páginas del libro.

—Sí, convengo que el aire de Venecia no me prueba mucho, dijo Valentina sentándose al lado de Maximiliano, y colocando su mano sobre la de este.

— Entonces quieres salir de Venecia? preguntó él.

Valentina no respondió, mas tocando con la estremidad de sus delicados dedos en las tapas del libro en que Maximiliano parecia leer, lo cerró

Maximiliano se recostó en la silla y cruzó los brazos dejando caer la frente sobre el pecho.

—¿Qué tienes amigo mio?.... le preguntó Valentina apoyándosele en la espalda y presentándole ingénuamente la frente.

—Oh! perdóname Valentina!... perdóname! esclamó Maximiliano levantándose y paseándose agitado por el aposento.

—¿Qué dices? preguntó Valentina levantándose tambien: mas conservándose inmóvil con la vista espantada y fija en su esposo.

—¡Es que no hay felicidad perfecta en este mundo! comprendes esto, Valentina? Cuando creemos que somos felices, cuando nuestra loca imaginacion casi alcanza los límites de la felicidad suprema..... hé ahí que un demonio empieza á rasgar á nuestros ojos el velo de las ilusiones que acariciaba el alma, dijo Maximiliano deteniéndose frente á su esposa, y metiendo la mano derecha entre el chaleco y la camisa, como si quisiese comprimir el corazon, mientras que con la izquierda levantó rápidamente el cabello que le caia sobre la frente.

—Yo mas que nadie he creido en la duracion de la felicidad mientras la gozaba! continuó él sin dar tiempo á que hablase su esposa. Yo mas que nadie me he engañado en este mundo!.. .. Y ahora.......

—Y ahora qué?.... preguntó Valentina, cuyo corazon empezaba á agitarse.

—Ahora Valentina... ahora... que quieres que conteste! pregun-



tó él á su vez acompañando estas palabras de una amarga sonrisa.

—De ningun modo puedo esplicarme tus palabras..... amigo mio! díjole estupefacta, y continuó en seguida:

—A menos que tú pienses que rompe tu felicidad y la mia, el deseo que tengo de abandonar á los pobres la riqueza de Monte-Cristo, ó la partida de Venecia.

—Triple, cuádruple de lo que poseemos en Monte-Cristo, daria yo gustoso, si me fuera permitido aniquilar este dia, ó enviarlo como presente á Satanás!

—Blasfemas...... tú, Maximiliano.

—No .... no.. .. perdóname, y que Dios tambien me perdone!. Pero por el amor de ese mismo Dios, no me interrogues mas, Valentina!.....

Era esta la primera vez que Maximiliano hablaba así á su esposa, ocultando su pensamiento.

Valentina, convencida de la absoluta imposibilidad de conocer ese pensamiento misterioso, no insistió mas en pretender descifrarlo en las palabras de Maximiliano; pero lloró en silencio aquella noche qne era la primera en que reinaba el desacuordo entre ambos.

XXXIX.

La gruta de Monte-Cristo.

En la tarde del siguiente dia, Maximiliano salió, como tenia de costumbre, á respirar la refrigerante brisa que corria en la Piazza.

Valentina, á la hora en que el sol se ocultaba como en la víspera tras de los Alpes del Tirol, se puso á la ventana de su cuarto y esperó la llegada de Giacomo; no se hizo de esperar y llegó remando en su góndola en direccion al edificio en que habitaba Maximiliano. Cuando tocó las escaleras del vestíbulo, saltó su

primer escalon, ató la barca, y subió á aquél, donde Valentina apareció poco despues.

—Y bien, Giacomo? dijo esta.

—Perdon, *signora*! murmuró el gondolero, mirando al canal con escudriñadora ojeada. Ocultaos de modo que no os vea aquel importuno que está allí en su góndola! Por San Teodoro!... Deseos me han venido de hacerlo viajar en el fondo del canal!...

—Quién me observa pues? preguntó Valentina, y por qué debo ocultarme?

—Santa madre di Dio! Vos ignorais lo que ha sido siempre y es aun hoy esta ciudad! Estamos en la hora de los acontecimientos nocturnos, sois jóven, por la gracia de todos los santos estoy aquí, como está allí mi góndola... y á nuestro frente tenemos el que conduce á tantos parages lejanos...

—Giacomo...

—Perdon, *signora*, nadie respeta mas que este humilde servidor vuestro, el decoro de una señora; pero quiero deciros que teniendo yo aquí á mi Rosina, á pesar de reconocer que es una muchacha del pueblo, no me agradaria mucho que me dijesen que alguno la habia visto á esta hora en frente de una góndola, y hablando con el gondolero!... á menos que el gondolero fuese yo mismo! Ah! *signora*... esto aquí en Venecia produce mucho dinero, y hay ciertos enemigos de nosotros, los pobres gondoleros, que lo observan todo para ir á referirlo á los maridos, á los padres, á los hermanos y á los amantes... y esto aun que no quieran ellos saberlo.

—Y tú conoces al que me observa?

—Al embarcarme ayer, lo he visto en la orilla del canal, frente al vestíbulo, y cuando me volví á la góndola, despues de haber tenido la honra de hablaros, me llamó para que lo condujese en ella!

—Quién es pues? preguntó Valentina con la firmeza de la inocencia.

—Es el hijo del *signor* Gradenigo... esto es; se llama Giovanni

Gradenigo! Habeis oido hablar de esta familia, célebre tanto por su riqueza como por su despilfarro, que parece antiguo legado de padres á hijos? Oh! pocas jóvenes del pueblo hay en Venecia que se atrevan á mirar cara á cara al *signor* Giovanni Gradenigo.

Valentina al escuchar estas palabras se estremeció ajitada por un vago pensamiento que no podria traducir aunque lo intentase, como nos acontece frecuentemente, cuando por decirlo así, el alma empieza á revelarnos una idea cuya comprension está aun fuera del alcance de nuestra imajinacion.

Ocultóse en la sombra del vestíbulo, mientras el gondolero examinaba los movimientos del nocturno paseante del canal y despues, al regresar Giacomo, se le aproximó de nuevo.

—Y bien, Giacomo: qué hay?

—Podeis hablar. El *signor* Giovanni se alejó.

—Muy bien: ayer te encargué me hicieses preparar un buque para el Mediterráneo

—Está pronto, *signora*.

—Así pues, ¿podrá hacerse á la vela tan luego como lo deseemos?

—Bacco! esclamó el gondolero.—Vos no conoceis entonces la exactitud de la marina de San Marcos? Aunque, á la verdad..... ya han pasado los tiempos, que yo no he alcanzado, de su esplendor y fuerza; pero aun nos quedan vestigios de ella.

—Como se llama el buque? preguntó Valentin.

—*La bonanza*, contestó el gondolero, y es un ligero yate que suele cargar de vinos y que llegó hace poco al Lido por cuenta del *signor* Gradenigo, segun se dice en el muelle.

—Escúchame entonces, Giacomo:— Si dentro de dos dias vieres una tohalla blanca en la ventana que da sobre este lado del canal, y cae hácia el embarcadero, es señal de que debemos partir al dia siguiente, y deberás hallarte aquí de madrugada con tu góndola. Si, por el contrario, durante esos dos dias viéseis la misma ventana con las persianas siempre cerradas.....

—Quiere decir que ya no partireis?

—Sí.

—San Teodoro nos ayude *signora*, murmuró el gondolero descubriéndose con todo el aire supersticioso y peculiar de los marinos.

Valentina le regaló algunas monedas de plata y le despidió, retirándose en seguida á sus habitaciones.

En el momento mismo en que Giacomo saltó dentro de su góndola y preparaba el remo para hacerla andar, un bulto que se habia conservado á cierta distancia en observacion al parecer de cuanto sucedia en el vestíbulo del palacio, se acercó entrando rápidamente en la góndola.

—Madre di Dio! esclamó Giacomo levantando el remo como para defenderse.

—Qué es eso Giacomo? dijo con arrogancia el hombre que habia entrado en la góndola.

—*Signor* Gradenigo!.., balbuceó Giacomo quitándose la gorra.

—Ya sabes bribonzuelo, que te trataré peor de lo que trataria á un hereje del tiempo de la república, si sueltas un sola palabra que me comprometa.

—Pero.... os recelais de eso?... preguntó Giacomo con malicia.

—No, porque estoy seguro que has oido decir como trato yo á los pícaros.

—Oh! creo firmemente que en los calabozos de las prisiones de San Marcos no se encontrará uno solo capaz de competir con vos sobre este punto!

—Muy bien Giacomo; añadió el *signor* Giovanni Gradenigo, golpeándole amigablemente el hombro. Tambien tendrás noticias de la generosidad con que recompenso cuando soy bien servido.

—Perdon, escelentísimo! pero aunque jamás tuve pariente alguno que fuese estudiante en Padua, poseo ciertos principios de lógica que me enseñan á poner en duda ciertas cosas mientras no las vea y palpe.

Apenas dijo estas palabras, Giacomo sintió caer á sus piés una pequeña bolsa con dinero.

—Silencio, perro! añadió al mismo tiempo el *signor* Giovanni Gradenigo.

—Tengo el honor de reconoceros por el modo de hablar, replicó Giacomo agachándose para levantar la bolsa.

—Es bueno que sea así, Giacomo... porque mi paciencia tiene estrechos límites.

—Y sino que lo digan los muchachos de Rialto, *signor* Giovanni Gradenigo.

—Basta!

—Aguardo pues vuestras órdenes, *signor*.

—Boga de prisa.

Dichas estas palabras el brazo vigoroso de Giacomo armado de su remo, cortó la superficie de las aguas, dando á la góndola un rápido impulso que la alejó del palacio.

Luego que Giovanni se vió lejos indicó con el brazo la direccion del gran canal de la ciudad, y embozándose bien en su ancha capa, sentóse en el cojin á esperar el momento en que poder hablar sin recelo de que sus palabras fuesen á encontrar eco en los oidos de algun curioso.

Cuando la góndola se vió enteramente apartada de todas las demás, Giovanni habló entonces.

—Giacomo, dijo, la mujer que acaba de hablar contigo no es compatriota tuya ni mia.....

—Es francesa.

—Lo sé muy bien: mujer de un francés, cuyo oscuro nombre no puede conservarse en la memoria de quien se apellida Gradenigo! Hay mil casos diferentes para obligar á esa mujer á conferenciar contigo dos noches seguidas, pero el mas probable es el de algunos amores clandestinos, para los que se requieren los servicios de tu góndola y de tu inteligencia. Ahora bien, una muger que en ausencia de su marido, trata para entretenerse, de esa clase de negocios, debe darse por muy bien servida de que yo me ocupe en dedicarle un pensamiento.

—Comprendo el significado de tal pensamiento, replicó Giaco-

mo dándose aire de profundo entendedor.

—Luego quien mal anda mal le acontece, y de que se cumpla este dictado no podrá ella quejarse sino de sí propia! Hace mucho tiempo que me ocupo de esa mujer.... continuó con tono de aburrido: he hablado de ella algunas veces..... y necesito nuevos motivos para volver á hablar..... cuéntame pues todo ese enrédo en que ella te ha metido.

Giacomo, despues de breves reflexiones, dijo á Gradenigo cual era el género de servicio en que Valentina lo habia ocupado, añadiendo diferentes comentarios propios para despertar el gusto del signor Giovanni Gradenigo, á punto de que hiciese una locura digna de su genio estravagante. Giovanni Gradenigo desde luego determinó sacrificar á sus placeres el reposo de Valentina; mancebo de una educacion detestable, animado tambien por los ejemplos de un padre viejo y libertino, Giovanni no reconocia en la vida social principio alguno capaz de embarazar el ímpetu y la accion de todo aquello en que él meditase empeñado su genio y su fortuna. Despues de conferenciar por algunos momentos con el gondolero Giacomo, desembarcó en la Piazza y terciando con elegancia su capa, se dirigió con el peculiar aire de los leones sociales al encuentro de sus amigos, que por efecto de una costumbre muy antigua en Venecia se paseaban bajo las arcadas del célebre palacio ducal, paraje todavía designado á la buena sociedad con la denominacion de Bro glio.

Allí se reunian todos los calaveras de Venecia, y allí por consecuencia se recitaba la vida pública y privada de todas las mujeres del mundo elegante.

Giovanni Gradenigo fué recibido con entusiasmo, obteniendo inmediatamente la palabra para narrar una nueva aventura, pues nadie ignoraba que el heredero de la antigua casa de Gradenigo habia tambien heredado con su sangre noble, el genio aventurero y libertino de la mayor parte de sus abuelos.

Gradenigo, tomando la palabra, habló sobre la materia, de tal modo, que hizo reir á carcajadas á sus locos oyentes.

—Sois verdaderamente prodigioso en la rapidez con que llevais á cabo vuestros raciocinios.

—Es defecto mio, señor de Morel, respondió Gradenigo.

—La felicidad en el juego y en los amores es muchas veces hereditaria en ciertas familias, observó entonces un veneciano continuando inmediatamente:

—Deciais, *mio caro* Gradenigo, que fastidiado de las aventuras de nuestro lindo pais os habeis pasado al estranjero?

—Dije la verdad, y entiéndanlo como mejor les parezca...... contestó Gradenigo riéndose mucho.

—¿Y en qué país deberá realizarse esta vuestra última aventura?

—Juzgo que en el vuestro, señor de Morel. Que descansen un poco las lindas hijas de San Marcos, continuó en tono de burla dirigiéndose á Maximiliano Morel, en tanto que vuestras compatriotas, que no dejan de ser bastante hermosas, tienen la bondad de ofrecerme algunos momentos agradables.

Maximiliano se mordió los labios pasándose la mano por la barba:

—De conformidad con lo que he colejido de mis estudios, continuó Gradenigo, las señoras francesas que tienen la satisfaccion de ser casadas, toman la variedad por divisa, y la prueba está en que, segun me aseguran, hay en París mayor número de modistas que en ninguna otra capital de Europa; por mi parte juro que hacen muy bien y estoy pronto á coadyuvarlas en todo lo que me sea posible.

—Me admira *signor* Gradenigo, dijo Maximiliano, que habiendo hasta hoy cometido la falta imperdonable de no salir de vuestro pais, os imagineis tan hábil moralista de las costumbres de las damas francesas.

—Suponed, señor Morel, que hay aquí en Venecia, como ya tuve el gusto de esplicároslo ayer, una señora compatriota vuestra que lleva sus bondades al estremo de dar lecciones á la claridad de la luna.

Un sudor frio bañó la frente de Maximiliano, en cuyos lábios apareció una sonrisa forzada como en respuesta al coro infernal de carcajadas satíricas de los nobles mancebos de Venecia.

—Nada es imposible en este mundo! continuó Gradenigo. Si no fueseis poco mas ó menos de mi edad, jamás os diria que está en Venecia cierta señora estranjera que sabe aprovechar con todo el delicado gusto que la caracteriza los cortos momentos en que su marido está ausente. Un viejo no sabria tolerar semejantes palabras, cuyo significado es demasiado cierto, para que pueda inducir á un jóven á incurrir en el error de una contradiccion.

Aplauso general cubrió estas últimas palabras de Gradenigo.

—Os felicito, *signor*, dijo Morel afectando la mayor complacencia de espíritu. Con todo, me permitireis que os haga una pequeña advertencia. Si el marido de la dama que os corresponde es un hidalgo, debeis recelaros de sus criados porque él os mandará asesinar. Si por el caso contrario, es un jóven como vos, ó como yo, en ese caso que no comprendo, como ninguno de nosotros comprendiera la vida mas allá del deshonor, tendreis que responderle á la punta del pañuelo y con una sola pistola cargada. Señores; hay todavía otro caso mas, gritó Maximiliano para restablecer el silencio, que consiste en la diferencia de razas: un francés cualquiera, hijo de la medianía social, odia á los plebeyos y á los nobles cuando cualquiera de ellos le ofende. Los odia de muerte y no se desagravia por vias comunes, los mata cuando puede.

—Dio! esclamó el *signor* Gradenigo con una amable sonrisa, eso es nada aquí entre nosotros los venecianos; nuestras costumbres se apartan tanto de las costumbres de las demás sociedades como nuestra linda ciudad se aparta de la tierra que sirve de base á las otras conocidas; y aun cuando el temor de la muerte fuese de algun peso entre nosotros, yo sabria desecharlo por la satisfaccion de cualquier capricho. Sabeis que mas, *signor* de Morel? encontraria un placer deliciosísimo en convertir en una querella pública este pequeño asunto de amoríos; el marido de la dama en cuestion es un jóven, puedo asegurarlo, que no pasa de vuestra

edad, por lo tanto podré dar á mis amigos, y á vos, á quien cuento entre ellos, el espectáculo enteramente nuevo de un duelo, á la punta del pañuelo y con una sola pistola cargada.

Maximiliano, aprovechándose de un momento en que el asunto se apartaba del punto principal, salió del Broglio, y se dirigió á la Giudecca en donde Valentina lo esperaba.

—Hoy ha sido mas largo tu paseo, amigo mio.... le dijo ella abrazándolo.

—Estuve oyendo una larga narracion de Giovanni Gradenigo, respondió Maximiliano secamente.

—¡De Giovanni Gradenigo! esclamó Valentina involuntariamente.

—¡Es verdad!

Hubo un momento de silencio.

—El asunto era interesante y me ví obligado á esplicarme como un francés se desagravia llegado el caso, dijo Maximiliano con un gesto sombrío, que dispertó en Valentina un terror vago.

—¡No me agradan los venecianos! dijo Valentina con aburrimiento.

—Haces mal, son amables.

—Querria distraerme del fastidio que me causan. Dime Maximiliano.... ¿querrias acompañarme á la roca de Monte-Cristo? creo que la soledad me haria bien ahora!

—¿Y el baile de Gradenigo?

—¿Qué importa un baile? replicó ella con la espresion ingénua y natural de quien siente lo que dice.

—Con todo me parece que no hay motivo que nos disculpe de la falta que quieres cometer, Valentina!

—¿Ni mi salud? entretanto si juzgas lo contrario, para mí es lo mismo, permaneceré en Venecia é iré tambien al baile del signor Gradenigo.

—No! no! esclamó Maximiliano levantándose con arrebato! no irás al baile del conde Gradenigo, saldremos de Venecia!... tambien este aire que aquí se respira me causa á mí un padecimiento horrible, inesplicable, y que jamás habia esperimentado.

Al decir esto dos gruesas cristalinas lágrimas le cayeron por las mejillas mojando su espeso y sedoso bigote. Su mirada apasionada se clavó en el rostro sincero y blanco de Valentina, con la espresion indecible de quien desea obtener el perdon de un pensamiento concebido á despecho de la voluntad.

Valentina le alargó la mano familiarmente.

Él la llevó á los lábios con fervor.

Al dia siguiente Valentina mantuvo abierta la ventana de su aposento, para darle al gondolero la señal convenida.

Giacomo pareció haber comprendido bien la señal, pues luego al llegar la noche una góndola deslizándose por el canal paró á corta distancia de los escalones del palacio.

Dentro de la góndola se hallaban dos hombres vestidos conforme al uso de los gondoleros.

—Salta en tierra y retírate Giacomo, dijo uno de ellos.

—No olvides el amarradero del yate ni su nombre.

—Es la *Bonanza*?

—Sí, escelentísimo.

—Aquí tienes oro.

—Buenas noches! San Antonio os ayude.

Giacomo saltó en tierra y el otro gondolero permaneció en la góndola, remando hasta atracar en la misma puerta del vestíbulo.

En el entretanto Valentina tomada del brazo de Maximiliano, bajaba en silencio la escalera interior del palacio dirigiéndose al vestíbulo en cuyos escalones se agitaban las aguas del canal.

— Está ahí vuestra góndola, amigo mio, entremos en ella, dijo Valentina: vamos á viajar.... suponed.... que vamos de viaje.... fuera de Venecia . .

—No todo es tan fácil como se presenta al pensamiento, querida mia! dijo Maximiliano, sin embargo por su misma facilidad podemos adoptarlo en este momento.

—Para dónde quereis ir?

—Para Monte-Cristo, por ejemplo.

Al decir esto, Maximiliano dió la mano á Valentina para ayu-

darla á entrar en la góndola. En este instante el gondolero, notando la presencia de Maximiliano, retrocedió un poco estremeciéndose.

—Podeis bogar! le dijo Maximiliano observando su inaccion.

—Parece no haber oido tus palabras....

—Vamos Giacomo! gritó Maximiliano, llévanos al Lido.

El gondolero tomó el remo y principió á bogar, pero de una manera tal, que daba á conocer su turbacion.

—Qué barco es aquel que está á poca distancia de nosotros, y para el cual parece dirigirse nuestra góndola? preguntó Maximiliano.

—Bueno! segun se vé estoy mas adelantada que tú en asuntos marítimos! contestó Valentina, riéndose alegremente, es el yate Bonanza!

—Pero nuestra góndola parece dirijirse á su bordo. La tierra ya queda lejos.

—Oh! y si el gondolero continúa en enjugarse el sudor como lo ha hecho hasta ahora... no llegaremos al yate en toda la noche, replicó Valentina.

—¿Luego intentas realizar el pensamiento que me indicastes?

—¿Y qué dirás tú, Maximiliano, si aquel yate nos lleva fuera del Adriático?

—Vamos, comprendo que soy prisionero, murmuró Maximiliano, tomándola la mano y poniéndose en pié, porque la proa de la góndola tocaba ya en el yate.

La luna que hasta entonces ocultaban algunas nubes, súbitamente brilló en un cielo azulado y trasparente, iluminando con su luz melancólica todos los objetos de la tierra.

Maximiliano soltó una carcajada estrepitosa notando la fisonomía del gondolero.

—Cómo es esto: signor Giovanni Gradenigo! le dijo á media voz. Teneis originales caprichos. A qué debo el honor de ser conducido por vos hasta aquí? Oh! no quiero que quede olvidado entre las sombras de la noche este servicio, y voy á suplicar á

mi esposa de viva voz reuna á los mios sus agradecimientos Al decir esto se disponia á llamar á Valentina, pero Giovanni Gradenigo hizo un gesto espresivo como para detenerlo.

—Señor de Morel, dijo Giovanni tambien á media voz, hallo siempre un singular placer en todo lo que es estravagante; y si os conduje hasta este punto fué únicamente por el deseo de ejercitarme en el oficio de gondolero.

—Oh! sin embargo ya que una vez he tenido la honra de esplicaros el modo como un francés sabe castigar cuando le ofenden, replicó Maximiliano, debo ahora tambien evidenciaros cuanto el corazon de un francés es generoso en presencia de la miseria estranjera. Ahí teneis mi bolsillo! y al decir esto tiró una bolsa á los piés de Giovanni que se estremecia poniéndose colorado como si le hubiesen dado una bofetada.

Maximiliano repitió entonces en alta voz estas palabras:

—Buenas noches maese Gradenigo, San Antonio os proteja!...

Al cabo de dos dias de viaje el yate Bonanza, habiendo doblado el cabo de Elba, se hallaba enfrente de unas rocas altas, cuyas crestas recortadas se diseñaban en el cielo bajo un aspecto fantástico á los primeros rayos de la aurora.

Era esta la isla de Monte-Cristo.

Valentina apoyada en el brazo de Maximiliano miraba sosegadamente para aquellos promontorios desiertos de la isla, que poco á poco iban tomando formas jigantescas en proporcion que el yate se avanzaba.

La escala de sensaciones que esperimentaba el pecho de Valentina era por cierto muy diferente de la que recorria Maximiliano; éste parecia agitado en frente de aquellas rocas enormes, guardianes inmóviles de un tesoro inmenso.

Valentina pareció complacerse con la idea de que esas mismas rocas no encubrian ya, con su cuerpo jigante, ninguna otra cosa que un monton de cenizas.

En cuanto el yate echó el ancla en el pequeño arrecife abierto de propósito para abrigo de cualquier embarcacion que arribase

á la isla desierta, Maximiliano manifestó deseos de desembarcar al instante, pero Valentina observó que seria mucho mejor desembarcar al dia siguiente, en razon de estar muy próxima la noche y ser malo el camino que conducia hasta la entrada del palacio subterráneo.

Maximiliano convino, y quedaron á bordo hasta el dia siguiente.

Entretanto observemos lo que sucedia en el interior de la isla.

En la base misma de una de las rocas centrales se hallaba practicado un portal, cuyo entablamento era soportado por dos famosas columnas góticas de mármol. De un lado y otro las enormes masas de granito, todavía vírgenes del cincel, cotrastaban singularmente con el primor y la elegancia del mencionado portal.

Seguíase una escalera tambien de mármol que conducia á un salon subterráneo en el que habia algunas puertas practicables.

Este salon recibia la luz del dia por cuatro aberturas en la roca, y por medio de ellas circulaba tambien el aire. Observando atentamente aquel recinto, se reconocia que recientemente una mano devastadora habia allí destruido todo cuanto el arte, ayudado por el gusto y la opulencia, puede producir de bello y sorprendente.

Todavía las famosas estátuas de la escuela griega se elevaban sobre magníficos pedestales á lo largo de las paredes en las cuales se podian advertir los restos de un rico entapizado de damasco y brocado.

Un hermoso tapete oriental estaba enrollado en uno de los ángulos del aposento; blandas otomanas, colocadas indistintamente aquí y allí completaban el célebre cuadro de desórden y riqueza que ofrecia el interior de la gruta de Monte-Cristo. Benedetto era el único habitante de aquel lugar

Se paseaba de un estremo á otro de la sala, cuando un hombre bajando rápidamente la escalera vino á interrumpirlo.

—Patron, dijo el recien llegado; acaba de descubrirse un yate anclado en el pequeño arrecife del oriente!

—¿Nada mas que eso, Pepino? preguntó Benedetto.

—Se sabe el nombre del barco. Pedro, aquel famoso contrabandista que trajimos del Lido me asegura que conoce el yate cuyo nombre es la *Bonanza*. Y yo puedo aseguraros que no es el yate de *Sindbad el Marino*.

—Está bien Los fardos ya están embarcados?

—Todos. Nuestra embarcacion está como sabeis, en el arrecife del poniente, y por esa razon la gente que ha llegado no puede ver el movimiento de la nuestra: ahora será prudente que os embarqueis, una vez que no tengais negocio que os detenga. La gruta está completamente despojada; las alhajas en nuestro poder... qué mas tenemos que hacer en la isla de Monte-Cristo?

—Rocca-Priori, dijo Benedetto, despues de alguna meditacion; me has dicho que el camino que conduce al arrecife del poniente es mucho mas corto que el del arrecife del oriente?

—Así es.

—Bien, prepara con los objetos que todavía quedan por aquí, una hoguera en aquella sala próxima.

Pepino, acostumbrado á obedecer, ejecutó la órden de Benedetto, mientras éste con sus propias manos colocaba las estátuas que adornaban las paredes en el centro mismo de la hoguera. En pocos instantes completó el trabajo.

—Ahora agrega esta porcion de pólvora y ayúdame á establecer guia, continuó Benedetto sin perder un solo instante.

Esa operacion se ejecutó con toda prontitud.

—Ata pues; está preparado el festin para recibir al propietario de este célebre palacio, esclamó Benedetto lleno de énfasis. Que venga cuando le parezca!.... para deletrear á la luz de las llamas las palabras que voy á escribir en las paredes.

Diciendo esto tomó un pedazo de madera quemada y escribió en la pared con grandes caractéres unas palabras que Pepino no pudo leer á causa de las tinieblas que empezaban á derramarse en el interior de la gruta.

Al dia siguiente Valentina y Maximiliano desembarcaron del

pequeño yate *Bonanza* y tomados del brazo el uno del otro se dirigieron solos al portal de la gruta.

Mientras ellos se avanzaban, un hombre corriendo ligeramente por entre las rocas escarpadas y ocultándose entre la vejetacion salvaje que en ellas se producia, parecia observar atentamente la direccion del camino que ambos seguian.

Ese hombre, cuya feroz mirada brillaba como la del tigre cuando acecha los movimientos de su presa, luego que se convenció que se dirigian para la gruta, los dejó continuar, y cuando ya estuvieron á una cierta distancia, tomó por un atajo en declive y dejándose escurrir por la roca se lanzó á carrera por un camino que flanqueaba uno de los terribles despeñaderos de la isla.

Cuando llegó á la cima dirigió sus miradas escrutadoras en la profundidad de los abismos, y distinguió un yate que se balanceaba sobre las olas del arrecife del poniente.

Era el yate *Tormenta*.

Una lancha tripulada por dos hombres se hallaba próxima á la playa como si esperase á alguien en aquel punto.

Benedetto respiró entonces. Volviéndose sobre su derecha se dirigió para el portal de la gruta que le quedaba á poca distancia.

Una suave brisa agitaba la vejetacion salvaje de toda la isla, zumbando por entre los cortes y las grietas de las rocas.

Pesadas masas de nubes corriendo sombrías del poniente al oriente, interceptaban alternativamente los rayos del sol; y entonces la isla parecia cubrirse con un denso velo de misterio, que aumentaba los encantos de aquel cuadro salvaje.

Al pié de las rocas se oia romperse el mar y el murmullo rencoroso de las olas, repetido por el eco de las rocas, se elevaba como un coro singular de voces humanas.

Valentina se estremecia á pesar suyo en proporcion que se acercaba á la gruta, y tratando de hablar de cosas diversas procuraba evitar que Maximiliano se apercibiese de la turbacion de su espíritu.

Finalmente, el magnífico portal de la famosa gruta apareció de repente al volver el ángulo de una de las rocas.

Valentina se paró súbitamente.

—Te sientes cansada amiga mia? le preguntó Maximiliano; nos falta poco para llegar á nuestro palacio subterráneo.

—Ahí está el portal.

—Sí, ahí está! repitió Valentina. Ahí está el santuario de nuestra primera felicidad, Maximiliano! Ahí fué construido todo el edificio de la ventura que hasta hoy hemos gozado. Déjame respirar... déjame pensar en aquel dia que rayó brillante y suave despues de un largo período tormentoso! Ah! cuan feliz me sentí en aquel dia!.... cuán bello y grandioso me pareció todo el espectáculo que nos rodea! mis pensamientos poblaban de flores todas estas rocas salvajes... y en cada una de esas flores estampaba yo tu ímágen. Entre tanto, hoy, ya no veo flores en estas rocas, y me imagino que el áspero soplido del recio vendabal las arrancó para siempre! Estas rocas, esta soledad, este triste silencio interrumpido apenas por el susurrar de las aguas, me causan miedo, Maximiliano! Aquel portal de la gruta de Monte-Cristo me parece hoy la entrada misteriosa de un sepulcro.

—Valentina, esclamó Maximiliano, qué razon tienes para proferir tales palabras?.... qué cosa puede causar esas lágrimas?... Qué crímen hemos nosotros cometido para merecer la desgracia que imaginas?

—Crímen, ninguno! respondió Valentina, pero si el hombre que nos dió la felicidad no éstaba autorizado para hecerlo, crees tú, amigo mio, que gozaremos de ella mucho tiempo?

—Valentina, esas palabras que en Venecia escuchaba con indiferencia, me produce ahora una viva sensacion! estamos solos entre el mar y el cielo, entre los abismos y Dios!

—Hagamos pues á Dios un voto de humildad, abandonando para siempre el lujo bárbaro que el conde de Monte-Cristo nos quiso hacer participar. Vivamos de nuestro trabajo, seamos felices en la mediocridad y consagremos á la miseria y á la pobreza.

que por todas partes encontramos, esos haberes que el conde de Monte-Cristo nos legó tal vez sin la suficiente autorizacion para hacerlo

Cuando Valentina acabó de hablar se hallaba tan próxima al portal de la gruta que entró insensiblemente coducida por Maximiliano.

Bajaron juntos la escalera y en el momento en que entraron en el sa'on, un grito de estrema sorpreso salió de sus labios.

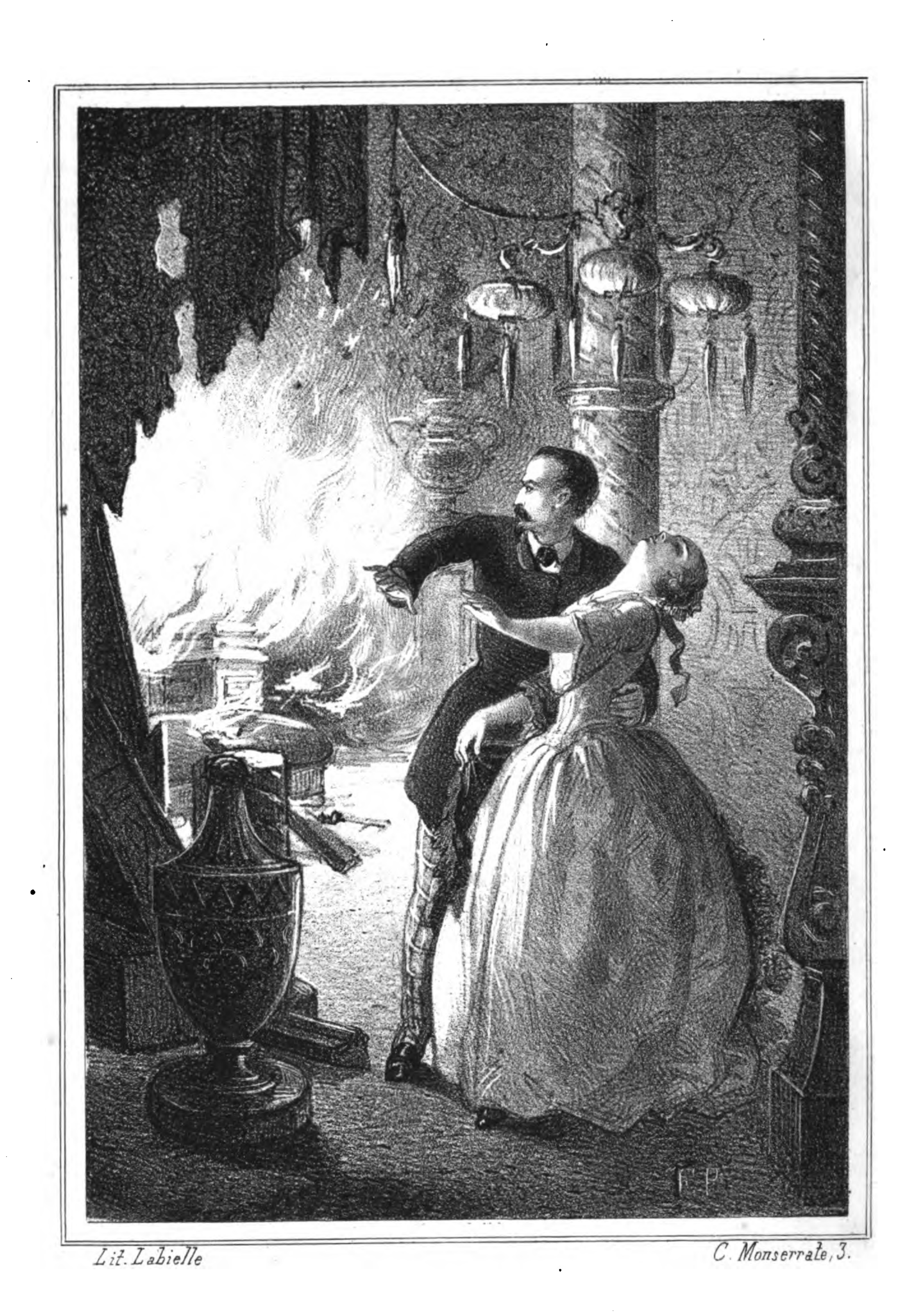
El fuerte estallido de una esplosion resonó por la bóveda subterránea, y luego en seguida el vivo reflejo de un incendio invadió todo su recinto.

—Valentina! esclamó Maximiliano queriendo retirarse con ella.

—Quedémonos! dijo Valentina, deteniéndolo en sus brazos, quedémonos, por ahora el fuego arde en aquella sala.... en ella misma fué que el conde de Monte-Cristo nos hizo la donacion de esta gruta y de sus alhajas preciosas.

—Oh! huyamos... Huyamos Valentina! gritó aterrado Maximiliano: no ves allí... allí, aquella sentencia terrible? y apuntó para la pared principal de la gruta, donde se hallaban escritas estas palabras: «*A los pobres, lo que es de los pobres: La Mano del Muerto está levantada sobre Edmundo Dantes.*» Mas, ¿que terrible misterio hay en esto? esclamó Maximiliano, recobrando todo su ánimo. Cual habrá sido la mano traidora que escribió aquellas singulares palabras en este recinto, que sin duda ha saqueado como un audaz ladron? .. Valentina, no conoces que esto todo es obra de un hombre que pretende sacar partido de un débil espíritu de mujer? Que venga pues ese hombre y esplique si es posible el enigma traicionero que está allí. ¿Cuál es el muerto cuya mano está levantada sobre Edmundo Dantes?

—Yo te lo diré, Maximiliano Morel, contestó una voz salida del interior de la gruta. La mano abierta para recibir la sangre, las lágrimas, el reposo de Edmundo Dantes, *es la mano de un muerto* á quien él le debé la usura de una venganza escesiva: el muerto es el señor de Villefort!



Lit. Labielle

C. Monserrate, 3.

Mi padre! gritó Valentina aterrorizada, cayendo sin sentido en los brazos de Maximiliano.

—Mi padre! gritó Valentina aterrorizada y cayendo sin sentidos en los brazos de Maximiliano que se quedó estático sobre el peldaño de la escalera, interrogando los aires, el fuego y las rocas!....

El incendio se aumentó con rapidez, y en poco tiempo del esplendor fabuloso, de la riqueza del conde de Monte-Cristo, apenas quedaba un monton de cenizas entre las paredes de las rocas denegridas por el fuego.

Dos pequeños yates, habiendo salido el uno del poniente y el otro del oriente de la isla de Monte-Cristo navegaban en direcciones opuestas.

El que parecia dirigirse á doblar ese brazo de tierra que se llama la Italia, era el yate *Tormenta:* el segundo que navegaba para el puerto Vecchio, era el yate *Bonanza.*

XL.

El baile del conde de Gradenigo.

Una gran novedad agitaba en Venecia á todos los espíritus.

Hacia ya algun tiempo que todos hablaban vagamente que á alguno se le habia ocurrido de profetizar: y las ideas alborozadas acaban de fijarse en puntos terminados con motivo del baile.

Nadie habia ya en Venecia que ignorase que el baile seria de máscaras y uno de los mejores de ese género que se daba desde mucho tiempo en Venecia.

Habia llegado del Oriente un amigo opulento del conde Gradenigo, abriendo, iluminando, rellenando de damas y caballeros los espléndidos y deliciosos salones de su palacio en que recibiria á su amigo en el centro mismo de un placer general.

El amigo del conde Gradenigo era el conde de Monte-Cristo, rico propietario, natural de Francia y que desde mucho tiempo atrás habia adoptado por patria el Oriente, en donde habia

casado con la hija única de un antiguo Pachá de Janina.

Un baile, como el que se esperaba tendria lugar en el palacio de Gradenigo, fué siempre una cosa que se inscribe de antemano y en seguida se comenta y se discute con pertinacia, en los anales del mundo elegante.

Eso mismo era lo que se hacia en Venecia desde el Broglio hasta los mas recónditos aposentos de las hermosas vírgenes venecianas.

A par de esa discusion, de ese análisis de los incansables elegantes crecia la admiracion y el interés por el hombre en cuyo obsequio se daba el baile: y ninguno de los jefes, herederos, ó parientes de las bellas familias de Venecia dejaba de ir á cumplimentar al señor conde de Monte-Cristo, dejando un flexible cartoncito en el azafate de oro y marfil que estaba en su sala. El señor conde de Monte-Cristo se dispensaba siempre de recibir personalmente á las personas que no pertenecian al escogido círculo de su convinencia usual.

Antes de tratar detenidamente del baile del *signor* Gradenigo, queremos decir dos palabras relativas á ese hombre á quien llamaban el conde de Monte-Cristo, y que dió el título á la novela predecesora de esta.

Cuando una vez hemos visto y conocido un hombre cualquiera que él sea; cuando lo acompañamos en todas las situaciones de su vida pública; cuando ese hombre ha llegado á despertar en nosotros un sentimiento de simple curiosidad, aun que sea... sentimos siempre una fuerte sensacion en el momento en que lo volvemos á ver despues de un largo período de separacion.

Nos complace mirarlo, y analizar, confrontar y discutir todas sus maneras, palabras y acciones porque en ello nos ofrece á cada paso una alteracion, una diferencia, una nada, entre lo que fué y ahora es.

La edad, los nuevos lazos que el hombre contrae, la atencion ó el abandono de sus pensamientos, todo concurre para aumentar los puntos de nuestra natural curiosidad.

El conde de Monte Cristo era uno de esos hombres en los cuales el tiempo ha operado grandes mudanzas mientras los hemos perdido de vista. Cuando por la primera vez se describió y se presentó ocupaba el conde de Monte-Cristo una posicion, si recordamos bien, de esas que la naturaleza parece haber creado para un ente determinado, y que está escrita en ese libro famoso del destino, en que Dios, el hombre ó Satanás, escriben, describen y borran simultáneamente. El conde de Monte-Cristo tenia todavía por delante de los ojos todo el pasado entero y desgraciado de Edmundo Dantes con el sudario terrible de sus martirios, donde se encontraban escritos con su sangre y con sus lágrimas los nombres de todos sus verdugos. La voz del viejo abate Farias, aquella voz que le habia enseñado á descubrir los misterios de la ciencia humana, resonaba aun á sus oidos presentándole los perversos sentimientos de esos verdugos.

El conde de Monte Cristo tenia sed de sangre... como hombre no pudo elevar su filosofía al punto de olvidarse de aquella sed ardiente que lo abrasaba. Hirió sin piedad, sin dolor! Rióse cuando oyó llorar, blasfemó cuando oyó pronunciar el nombre de Dios, que lo habia hecho grande y poderoso!... Nada tenia en la vida que le endulzase aquel cáliz de amargura en el que bañaba constantemente los labios.

Sin embargo, cuando el tiempo llegó á cubrir con su hielo todo aquel cuadro del pasado; cuando debajo de ese hielo ni humeaban ya las lavas de las pasiones fuertes, cuando las caricias de una esposa y de un hijo inocente le ofrecian una nueva existencia, en la que espesas camadas de flores cubrian enteramente los abrojos del camino, en el que se tropieza con el sepulcro apenas salidos de la cuna.... El conde de Monte-Cristo no era ya el mismo hombre. La felicidad pacífica del mismo lar, esa felicidad suprema tan desdeñada en las ciudades, por los que jamás conocieron la verdadera desgracia, era ahora su verdadero y único placer, y si no se hubiese encontrado un caso particular en su vida anterior, jamás habria vuelto al bullicio de las grandes

ciudades de la Europa. Su esposa Haydéa, herida de un abatimiento físico, comenzaba á padecer los accesos de una de esas fiebres lentas y misteriosas, para cuyo restablecimiento, dicen los médicos, sernos necesario respirar los aires de un pais estraño si padecemos en el pais natal, ó respirar los aires patrios si se empieza á padecer en tierra estraña El conde de Monte-Cristo acordándose de su amigo el *signor* Gradenigo, le escribió con anticipacion previniéndole la visita que en breve se proponia hacerle.

Por mas grandes y sinceras que fuesen las diligencias que el *signor* Gradenigo realizó para hospedar en su mismo palacio al conde de Monte-Cristo, éste, por una costumbre inalterable, habiendo mandado un criado á Venecia còn órden de alquilarle un domicilio, rehusó con delicadeza las instancias obsequiósas del conde Gradenigo.

El conde de Monte Cristo fué á ocupar el mismo palacio que en la Giudecca acababan de dejar Maximiliano y Valentina.

Haydéa era todavía hermosa y jóven: en su semblante aunque estuviese manifiesto el abatimiento físico de que adolecía, se encontraba todavía aquella espresion blanda y suave que tanto agradaba á todos los que alguna vez la vieron en Roma ó en París.

Tenia un hijo que apenas contaba tres años y medio y el que reuniendo en su rostro infantil el gesto vehemente del conde de Monte-Cristo con la blanda espresion de Haydéa, ofrecia un compuesto singular de belleza que en lo futuro deberia realzarse con la escojida educacion que le prodigaban. Ni un solo instante se apartaba Haydéa del lado de su hijo y por eso el conde de Monte-Cristo, encontró alguna dificultad en conseguir que Haydéa lo acompañase al baile del *signor* Gradenigo; mas, no ir habria sido una ofensa directa al noble veneciano, y Haydéa, confiando por la primera vez su jóven hijo á los cuidados de una mujer que la acompañaba desde el Oriente, se dispuso á entrar en los salones del conde Gradenigo.

Tanto el palacio como los jardines del ilustre conde veneciano,



estaban soberbiamente iluminados, resonando en ellos la música de bien combinadas orquestas.

Desde la tarde, el gran canal de Venecia para el cual daba el frente del palacio, se veia cubierto de góndolas, en las que convidados y curiosos se disputaban el paso. En todas las partes desde donde era posible avistar el palacio se advertian enjambres de cabezas humanas, ondulantes como las olas ajitadas por una brisa suave.

Millares de luces brillaban por entre los arbustos del jardin; como luces de fulgentes rayos salian tambien de las ventanas abiertas, estendiéndose sobre la multitud. Finalmente se podia decir que la pompa y la brillantez del palacio de Gradenigo asombraba á la ciudad de Venecia.

El baile era, como ya dijimos, de máscaras.

Por lo tanto era de notarse la mezcla singular de trajes que ofrecian los mas soberbios contrastes.

Quien haya vivido, por decirlo así, la vida ajitada de esos bailes, de esas reuniones prolongadas hasta la alta noche, en contacto social con las mas bellas y jovenes mujeres, podrá formarse idea, aunque poco exacta, de lo que era el baile del señor conde de Gradenigo. Aquel famoso desórden, en que consiste el órden apreciable de un baile, se hallaba allí en todo su auge, cuando á alguno se le ocurrió anunciar con sigilo, que inmediatamente se divulgó, la presencia del señor conde de Monte-Cristo y de su esposa la bellísima Haydéa.

Damas y caballeros corrieron al instante al encuentro de los recien llegados.

Haydéa, magníficamente vestida conforme al uso de su pais, daba el brazo al conde que iba en trage completo de beduino.

Su figura y la naturalidad con que se presentaba, la gracia y el gesto delicado de Haydéa, todo concurria á llamar decididamente la atencion.

El *signor* Gradenigo, advertido de la presencia de su amigo, fué graciosamente á ofrecer su brazo á Haydéa y despues de

apretar la mano de su amigo el ilustre beduino, la condujo á las salas en donde se bailaba.

El conde se quedó solo y para evadirse á los diálogos insulsos que principiaba á originar en su alrededor, se envolvió en una turba de damas enmascaradas procurando reconocer alguna de ellas; pero muy luego se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos para realizar su proyecto, y apartándose se dirigió á los jardines, donde tambien bailaban. Allí se paró junto á una glorieta de flores y verdura, de la cual salian voces femeninas, que aun cuando le fuesen totalmente desconocidas, decian tales cosas, que desde luego llamaron toda la atencion del conde.

Envolvióse pues en su blanco albornoz y recostándose en el tronco de un árbol secular, prestó oido atento á lo que se decia.

—Ya sabes que las d' Armilly están en Venecia ?

—Sé todavía algo mas!

—Como así, Laura?

—Sé que están aquí en el baile.

—Qué dices? pues el conde Gradenigo, que por varias veces ha tenido cuestiones con mi padre acerca de la antigüedad de ciertos capítulos de la nobleza de nuestras familias, convidaria á su baile á dos actrices?

—He oido decir que está hoy considerada como muy noble la carrera artística del teatro, amiga mia, y siendo así, ¿qué mal hay en ello?

—Con todo, Laura, hay mucha distancia de pensar ó decir las cosas á ponerlas en práctica! Yo, por mi parte no me juzgo ofendida..... pero.....

—Mira que aun hay otras razones en favor de las d' Armilly; se dice afirmativamente que son hijas de muy buenas familias, principalmente la mas jóven, que se llama Eugenia y desciende de una familia francesa cuyo título es Serviéres.

—Oh! en ese caso no hablaré mas del convite que les ha hecho el conde.....

—La nobleza de la sangre jamás se extingue en la persona, ni aun cuando esté muerta.

—Seguramente!

—¿Cómo las reconoceré entre tantas máscaras?

—Por la aplicacion de un principio mneumónico!.....

—¿Cuál es ese principio?..... habla.

—Giovanni Gradenigo es uno de los apasionados de las dos d' Armilly. Cuando la otra vez estuvieron aquí, antes de ir á Roma, muchísimas veces le oí apasionados discursos relativos á una de ellas ó á ambas; por lo tanto, es de suponer que las siga esta noche por todas partes; ahora bien, desde que por mas que se disfrace Giovanni tú lo reconoces.....

—Puedo ser.... es mi primo!

—Bien, pues, la mujer á que él rinda finezas, lo que será fácil conocer por sus habituales singularidades, será sin duda alguna de las d' Armilly.

—Muy bien: pongámonos nuestras máscaras, Laura, y vamos á tentar el reconocimiento. Ah! has oido hablar del conde de Monte-Cristo?

—Ya llegó.

—Qué tal es su mujer?

—Es una griega de alta nobleza, segun dicen; yo todavía no la he visto.

—Y qué se ha hecho aquella francesa, que estaba ahora poco en Venecia... la mujer de Maximiliano Morel, el propietario de la isla de Monte-Cristo?

—Segun nos lo aseguró el gondolero Giacomo, que está ahora á nuestro servicio, ha salido de Venecia para la soledad de su isla desierta en donde posee un hermoso palacio.

—Oh! te aseguro Laura que si yo fuese propietaria de la isla, muy luego la haria poblar con los mas distinguidos caballeros.... principalmente habiendo ya allí un palacio... Ah! te confieso que encontraria infinita gracia en un baile dado entre rocas salvajes en cuya base se estuviese rompiendo el mar embravecido..... vamos, cara Laura! ponte la máscara y vamos á ver si reconocemos las d' Armilly.

Cuando las interesantes interlocutoras salieron de la glorieta, ya el conde de Monte-Cristo habia desaparecido de aquel punto y andaba indagando cual de las máscaras era el conde Giovanni Gradenigo.

En el momento en que le indicaron al heredero del ilustre veneciano, Monte-Cristo lo perdió de vista, interrumpido por un dominó que con pertinacia se le puso enfrente mirando con una ojeada ardiente al través de su impasible máscara negra.

—¿Quién sois vos?.... que me quereis?..... le preguntó con altivez el conde de Monte-Cristo.

—Te quiero mucho! respondió el dominó con cierto metal de voz que hizo estremecer á pesar suyo al conde de Monte-Cristo.

—Lo agradezco, contestó Monte-Cristo, mas como nada quiero de vos, os prevengo que perdeis el tiempo haciéndome desperdiciar el mio.

Y dió un paso para desviarse de allí, pero el dominó volvió á colocársele de frente.

—Aunque nada quieras de mí, yo quiero muchísimas cosas de tí. Eres un hombre de quien se puede querer mucho.... y tú lo sabes bien.....

—Oh! os haceis importuno, si no variais de idea! Si me conoceis, habladme por mi nombre.

—Así lo haré: mas qué nombre quieres que pronuncie?

—Rara pregunta! el mio.

—En ese caso te llamaré Edmundo Dantes

A estas palabras el conde de Monte-Cristo retrocedió de un paso midiendo, con una mirada de asombro á su estraño interlocutor de la cabeza á los piés.

—Conoces que yo sé bien quién eres? le preguntó el dominó.

—Eso es diferente, contestó el conde disimulando esmeradamente su turbacion; si quereis daros el trabajo de decirme tambien vuestro nombre?

El dominó soltó una carcajada estridente.

—Dadme siquiera una señal... continuó Monte-Cristo sin po-

der vencer la curiosidad que el desconocido le despertaba.

—Te la daré, dijo el dominó; ¿te acuerdas de Mercedes?

—Mercedes! murmuró Monte-Cristo como si tradujera el eco profundo y doloroso que todavía le arrancaba del pecho aquel nombre sencillo! Oh! quién sois vos! añadió: deteneos un instante... habladme... voy ya á conoceros.

—Entonces, quién soy?

—Sois Alberto de Morcef.....

—Te engañas; debiais recordar que Alberto es mas bajo que yo.

El conde encontró exacta esta observacion, y se quedó nuevamente pensativo delante de aquel hombre misterioso.

—Buenas noches, Edmundo, hasta un dia!

Y sin darle tiempo ni para una palabra mas, el dominó desapareció con lijereza entre la turba bulliciosa y alegre de los otros enmascarados.

En vano el conde intentó seguirlo con la vista; el máscara habia totalmente desaparecido. Entonces como para distraerse del osado que le causára aquel pequeño é inesperado diálogo, el conde de Monte-Cristo continuó su interrumpida tarea de procurar reconocer las dos jóvenes d' Armilly siguiendo el principio mnemónico establecido por las dos de la glorieta.

Despues de mas de media hora de vana fatiga, se encontró con su viejo amigo el conde Gradenigo con el cual tuvo que sostener un cambio de frases, esperando siempre la ocasion de hacer racaer la conversacion sobre el asunto que le interesaba.

—Es una soberbia concurrencia, dijo Monte-Cristo; y segun me está pareciendo vuestro hijo se esmera tanto como su digno padre en recibir con el tacto de la mas completa delicadeza que lo caracteriza, á las personas que han correspondido á vuestro convite.

—Oh! Giovanni hace lo que puede.... respondió el anciano caballero. No se quiere dar el trabajo de saber mas.... y es por eso..... ¡ah! la edad completará su educacion, lo espero así: ya lo reconocísteis?....

—Me lo indicaron. .. pero..... se me perdió de vista.... ahora creo que nuevamente lo volveré á confundir con las otras máscaras.

—Mirad á vuestra derecha, dijo vivamente el *signor* Gradenigo; ahora da el brazo á una gentil circasiana.....

El conde estaba á punto de reconocèr al hijo de Gradenigo; pero en ese mismo instante un enmascarado, poniéndosele de frente, le dirigió estas palabras:

—Bien venido, señor conde de Monte-Cristo! hicisteis mal en descubriros el rostro porque anda alguno aquí por que os aguarda.

—Que quereis decir?...

—Por ahora poco; pero vendrá dia en que diré mucho.

—No os conozco, ni tengo el menor deseo de conoceros: buenas noches.

—Esperad, conde: no se acostumbra tratar así á la persona que espera á otro despues de muchísimo tiempo.

—Sin embargo creo que no existen relaciones de ninguna especie entre nosotros.

—No, pero ya existieron; es lo mismo, y por eso sois acreedor á mi agradecimiento.

—No hablemos del pasado que ya está lejos. Tratemos solo de lo presente. Quien sois vos? decídmelo francamente, pues veis bien que no hago el menor esfuerzo por adivinar vuestro nombre.

—Historias! caro marinero del Faraon!... yo soy un correo del otro mundo por medio del cual te envia infinitos recuerdos el señor de Villefort

—Oh! esclamó Monte-Cristo pasándose la mano por su pálida frente; quien quiera que seais, habeis tenido un pésimo gusto en la eleccion de vuestro tema de broma. Respetad á los que duermen el sueño eterno!

Cuando el conde de Monte-Cristo acabó de decir éstas palabras, la persona á quien él se dirigia habia ya desaparecido.

Monte-Cristo se sintió vivamente impresionado con la chanza bárbara que acababa de escuchar, sin saber de quién: pero tra-

tando de olvidarse de esas palabras sin fundamento determinado, hijas apenas de una inoportuna eleccion, dirigió sus pasos en la direccion que suponia encontrar á Giovanni Gradenigo acompañado de la gentil circasiana á quien daba el brazo; pero fuese casualidad ó premeditada malicia, en el momento en que iba, despues de media hora de trabajo, á reconocer al hijo del noble veneciano, otro máscara embarazándole el paso de repente, comenzó á hablarle de tal manera, que llamó ènteramente la atencion del conde.

Llevaba el enmascarado el traje completo de un majistrado en sesion de tribunal, y hablaba el francés con toda la pureza de una persona distinguida.

—Buenas noches, conde de Monte-Cristo, dijo el máscara. Volvísteis por segunda vez á Europa, con la firme intencion de vengaros de algunas familias; ¡ah! se podria decir que sois un corso de nacimiento, pues la palabra *Vendetta* esprime en vos un sentimiento increible.

El conde de Monte-Cristo con gran curiosidad miró aquella figura magistral que le dirigia la palabra en términos tan familiares.

—Cómo lo pasa tu bella esposa Haydéa? continuó el fingido magistrado en sentido francés; corresponde á las inspiraciones sublimes de aquella alma inocente?...... pobre Haydéa.... creo que no podrá ser feliz por mucho tiempo.

—Cómo! como! esclamó el conde, forzando una sonrisa de escarnio. Caeis en todo el ridículo de un profeta de mal agüero, mi interesante magistrado: será tal vez para distraeros del enfado que os causa vuestro oficio?

—Jamás me enfada el oficio de procurador régio, respondió el enmascarado, oficio que hace mucho que ejerzo en París recogiendo los elogios de todos cuantos me conocen. Ahora aguardo una interesante causa que debe inmortalizar mi nombre...

—Sois un tanto vanidoso! interrumpió el conde.

—Ignorais entonces la causa de que se trata y el nombre del hombre á quien se condena?

—Explicaos....

—Se trata de juzgaros y condenaros, mi querido conde de Monte Cristo, y ahora comprendereis la razon de mi profecía relativamente á Haydéa, no es así?

—Pero bien, de qué soy acusado? preguntó Monte Cristo, tratando de entrar en carácter y sostener el papel que el dosconocido máscara le ofrecia.

—Estais acusado de haberos olvidado en un drama horroroso que compusisteis, la palabra sublime de Dios! Sobre la tumba helada de las familias de Saint Meran y Villefort, se levantaba un rumor siniestro contra vos, y uno de los muertos levanta su mano descarnada para señalaros en el mundo. Cuidado, señor conde; el soplo de la tempestad ha dado vuelta á la página que os condena en el libro del destino! Yo soy el encargado de interpretar aquellas palabras tremendas de la justicia de Dios! y seré inexorable contra vos.

—Si me lo permitís, replicó el conde friamente, tomaré vuestro acalorado discurso como el efecto singular de una locura repentina.

—Sin embargo, prosiguió el enmascarado, observad lo que hay en mí que pueda recordaros á una de vuestras víctimas! Sois olvidadizo, señor conde! Cuando yo os hice conducir al castillo de If, como agente bonapartista, no cesábais de repetir mi nombre en la oscuridad de la cárcel en que fuistéis encerrado. Yo soy Villefort!

—Muy bien. Tengo el mayor gusto de encontrarme con vos, y os pido el favor de una conversacion mas detenida lejos del bullicio de estos salones.

—Estoy á vuestras órdenes; sin embargo ya os previne que ha de ser corto vuestro diálogo, pues tengo muy poco que deciros: seguidme si gustais.

Al decir esto el supuesto Villefort caminó por el centro mismo de los salones, dirigiéndose á los jardines en donde tomó por una alameda de copudos árboles hasta llegar á un lugar apartado

en donde llegaban los sonidos de la orquesta y las risas de los convidados como el adios de una despedida.

Allí se detuvo el máscara y colocándose al frente del conde parecia medirlo de piés á cabeza con miradas encendidas.

—Ahora, dijo el conde, ya veis que yo no tengo máscara en el rostro; estoy pues en mi derecho exigiendo que os quiteis la vuestra.

—Detrás de esta máscara que estais viendo, señor conde, no se oculta un rostro de hombre como el vuestro! respondió el enmascarado con voz lúgubre.

—Basta de bromas! Quien sois! preguntó el conde haciendo un movimiento.

—Vuestro juez, señor!

—Yo soy Edmundo Dantes, conde de Monte-Cristo, y ¿vos quién sois?

—Ya os lo dije Edmundo Dantes: ya sabeis quién soy.

—Veo que intentais prolongar esta comedia ridícula que habeis meditado, replicó Monte-Cristo; haceis mal señor incógnito... eso se llama ignorar quién es el conde de Monte-Cristo...!

—No lo ignoro! Sois un hombre que dejándose arrastrar por la sed vehemente de una venganza bárbara, esgrimisteis frenético el cuchillo de la justicia, que Dios habia puesto en vuestras manos poderosas!

La mujer que os habia amado con lo mas íntimo de su alma pura, aun derrama lágrimas de sangre cuando se acuerda de vos; le disteis en cambio de su amor profundo, de su martirio prolongado, un futuro de miseria y de viudez!

Al amigo que de vos se confiaba, que no tenia secretos para vos, le disteis por premio la traicion, la desesperacion y la vergüenza! No satisfecho con eso, alimentasteis la llama perversa de una nueva Locusta y os reisteis cuando sus víctimas cayeron! La sangre de una criatura de nueve años os mancha todavía la frente criminal... y en seguida de todos estos crímenes, juzgando redimiros con un acto de simple generosidad, vivís ahora muy

tranquilo diciendo que habeis cumplido con la justicia de Dios!

He aquí en pocas palabras, lo que vos habeis sido, conde de Monte-Cristo; traidor, y asesino desapiadado, que intentabais encubrir todos los horrores de vuestro criminal procedimiento con el pomposo título de Justicia de Dios!

Temblad, hipócrita .. mas allá está el martirio que os aguarda... y despues... despues la tumba en que habeis de tropezar y caer maldecido de Dios y de los hombres!

—Quien quiera que seais, dijo pausadamente Monte Cristo despues de algunos momentos de meditacion, acepto por el presente vuestra acusacion con tal que me concedais el derecho de defenderme haciendo abstraccion de todas las ideas lúgubres, ingeniosos mytos de que os habeis servido para sostener vuestro discurso, en analogía con el trage que adoptasteis: conozco que despues de haber analizado todos los actos de mi vida en París, condenais los sentimientos que entonces me dominaban. Pues bien, la imaginacion es libre y yo no pretendo ni pretendí nunca que los hombres creyesen ciegamente en la justicia de mis procedimientos. Hallaré hoy todavía un placer grande en probaros la justicia de algunas de esas acciones que os parecen las mas violentas, defendiendo mi conciencia de cualesquiera asomo de remordimiento que para lo futuro pudiese tocarle.

Este asunto, entre tanto, no es cuestion para el lugar en que nos hallamos; y una vez que os habeis dado el trabajo de buscarme, apenas vuelto de nuevo á la Europa, no será mucho exijir pediros que me busqueis en la Giudecca en donde á cualquiera hora sereis recibido con todo el interés posible. Hasta entonces os permito guardar el incógnito.

El enmascarado suspiró tristemente apenas Monte-Cristo acabó de hablar.

—Conversaremos algun dia, señor conde, dijo al cabo; mas por muy bien deducidos que sean vuestros argumentos, no habrá filosofía en el mundo cristiano que los sancione!

—Lo veremos! dijo Monte-Cristo.

—Hásta este dia, replicó el máscara estendiéndole la mano derecha.

Monte-Cristo tocó maquinalmente aquella mano estraña que aguardaba la suya, pero lanzó un agudo grito de sorpresa retrocediendo y poniéndose lívido.

—Vuestra mano está yerta!...

—Tiene la frialdad del sepulcro! murmuró el enmascarado esponiéndola á los rayos de la luna.

—Oh! esclamó Monte-Cristo estremeciéndose á pesar suyo *es la mano de un muerto!*

XLI.

Primera oscilacion del Coloso.

En seguida de aquel primer movimiento de sorpresa, el conde de Monte-Cristo, recobrando su ordinaria presencia de espíritu, buscó en vano con la vista al hombre con quien habia estado hablando: este habia desaparecido súbitamente por el antro formado por las ramas del jardin, sin dejar vestigio alguno de sus pasos.

El conde parecia sentir todavía el frio de la mano descarnada que maquinalmente habia apretado en la suya. Por mas completa que sea nuestra filosofía, por mas despejo que tengamos de las preocupaciones de la edad media, ó por mejor decir, del fanatismo, hay momentos en que nos dejamos dominar de una especie de inesplicable temor, sin mostrar por eso debilidad de espíritu! Es porque hay momentos en la vida, ocasiones inconcebibles en que el estudio, la ciencia, el pensamiento son nada en presencia de algunos hechos, que el estudio no es capaz de indagar, que la ciencia no esplicaria y que el pensamiento no puede concebir.

Aunque la escena descrita mas arriba no esté precisamente en ninguno de esos casos que establecemos, para nosotros, que hemos seguido desde su orígen la entera accion de esta pequeña

historia, para el conde de Monte-Cristo era una de las mas singulares, y tal vez la primera de este género de su vida.

¿Quién es ese hombre misterioso que conoció de cerca la historia de Edmundo, y se llegaba á él para acusarlo de la mayor parte de sus acciones y sentimientos?.... ¿Qué mano era aquella que se habia erguido del sepulcro para venir á penetrar en la suya, provocándolo en el momento en que él menos pensaba en el pasado?

Tadas estas inquietudes asaltaron súbitamente la imaginacion del conde de Monte-Cristo, aunque en sus labios firmes estuviese la sonrisa del escarnio.

Un adagio vulgar no seria espresado de tan singular manera! un enemigo obscuro no habria hablado con la firmeza y placidez del desconocido enmascarado! ¿Y quién podria ser ese enemigo?.... El baron Danglars era reconocido incapaz de semejante idea.

Alberto de Morcef habia dado pública satisfaccion al conde de Monte Cristo, en el dia señalado para un duelo de muerte.

Villefort habia enloquecido, y aun quizá no existia ya.

¿Quién era pues aquel hombre?

En vano el conde contó una á una, todas las personas que por mal fundado raciocinio pudiesen juzgarse con el derecho de perseguirlo.

En vano reprodujo en su memoria todas las situaciones de su vida pasada.

—Nadie podria hoy considerarse mi enemigo, al estremo de recurrir á la venganza. Ninguna de las situaciones de mi existencia pasada me ha dejado la mas mínima sombra de remordimiento.

Esos eran los argumentos del conde.

¿Quién seria; pues, aquel hombre?

Esta era la pregunta á que el conde no sabia aun satisfacer, despues de larga y profunda meditacion.

El dia siguiente al del baile del señor Gradenigo, el conde de Monte-Cristo esperó la visita del hombre que lo acusaba.

Pero ese hombre no apareció.

Los dias corrieron con velocidad, y al fin de una semana, el conde ignoraba todavía quién podria ser su enemigo. Cansado de sí mismo procuró distraerse, y entonces se acordó de buscar á las jóvenes d' Armilly, que conocia de París, y á las cuales siempre dispensó el conde sincera amistad.

Las dos jóvenes amigas, habiendo interrumpido sus compromisos en el Argentino, por motivo de su reconocida enfermedad, habian salido de Roma, y vivian siempre juntas en Venecia, en una hospedería francesa.

Monte-Cristo se hizo anunciar bajo un supuesto nombre, y fué recibido despues de alguna instancia.

Luisa d' Armilly fué la primera que le apareció.

—Dios mio! dijo ella mirando al conde. ¿Tengo el gusto de hablar al señor conde de Monte-Cristo?.....

—Sí, señorita, quise probar vuestra memoria, y pido me disculpeis... porque cuando no sentimos en nosotros el mérito necesario para llamar la atencion de los otros, no creemos ser reconocidos despues de un largo período de ausencia.

—Nunca deberiais hablar de esa manera, señor conde; yo y mi amiga Eugenia sabemos apreciar vuestros bellos sentimientos... y aunque el mundo entero os condenase....

—No prosigais, señorita; cuando el mundo entero condena á un hombre, es forzoso que sigamos la opinion general! interrumpió el conde de Monte-Cristo con una sonrisa de benevolencia, continuando despues:

—Me parece que podré apreciar la salud de vuestra interesante amiga Eugenia por el rosado suave que se nota en vuestro rostro.

—Oh! sí... respondió Luisa; Eugenia está mucho mejor, y yo, que muchas veces me estremecí por su abatimiento me alegro en estremo de su restablecimiento.

—He oido decir que vinisteis de Roma..... no era favorable á vuestra amiga el temperamento de aquella ciudad?

—Un disgusto profundo... dijo Luisa mostrándose algo vaci-

lante. Víctima de una traicion horrible.... que hoy está infelizmente publicada.... Perdon, señor conde.... ella me acriminaria si yo perdiese un momento en aunciarle la visita que os dignais concedernos. Corro á prevenirla.

Pocos instantes despues apareció Eugenia Danglars en la sala.

Monte Cristo notó con asombro la mudanza que se habia operado en el rostro de Eugenia, donde se veian los rasgos profundos de muchas lágrimas de esas que nos causa el disgusto cuando está oprimida el alma.

Las rosas de la juventud y del placer de una existencia suave, habian desaparecido de aquella faz, marchitada por el sufrimiento, dejando en ella la paz mortal de la agonía.

Su mirada, en otra época animada por la llama sagrada del genio que la encendia, estaba lánguida y vagorosa.

El gesto enérgico y ardiente que la caracterizaba, era entonces lánguido tambien y triste como la espresion de esas imágenes que se colocan en la cabecera de los lechos mortuorios de la humanidad.

Todo estaba mudado en Eugenia Danglars, y el conde no la habria reconocido si no le hubiesen dicho que aquella era la altiva hija de la señora de Serviéres.

Eugenia escuchó las palabras del conde, respondiendo apenas á algunas preguntas directas que él le hizo.

Despues de media hora de conversacion, en que Monte-Cristo procuró en vano noticias de algunas personas que habia conocido durante el tiempo que estuvo en París, se despidió de las dos amigas, anunciándoles que pensaba dirigirse á Roma.

—A Roma? preguntó Luisa, mirando de un modo significativo á Eugenia.

—Espero distraerme en aquella ciudad, dijo el conde; el fastidio es el mayor de todos los males que podemos esperimentar.

—Entretanto, señor conde, permitid que os advierta que tal vez se aumente en Roma vuestro total fastidio.

—¿Como así?

—Hay allí una cuestion judicial en que algunas veces figura vuestro nombre.

—¿Y cómo es eso? preguntó él con una sonrisa amable, como para poner en evidencia la tranquilidad de su espíritu.

—Oh! tal vez no lo creereis: sabed que fué allí fundado un proceso terrible contra el famoso salteador Luigi Vampa, y que este hombre temible declaró ante los tribunales haber contraido algunas relaciones con vos.

—Realmente... hallo galantería en el *signor* Luigi Vampa! dijo el conde con un modo frio, continuando luego; y el caso es que existian de hecho esas relaciones, y yo soy amigo de aquel hombre! Entretanto, en muy poco tengo ahora la seguridad de su cabeza.

Cuando el conde dijo estas palabras, dos lágrimas corrian en silencio por las mejillas de Eugenia.

El conde iba á continuar, pero Luisa le hizo señal, que él comprendió para no proseguir, y fué á abrazar á su pobre amiga, que se habia abandonado sobre un sofá.

El conde se despidió de ellas, y salió conmovido por el estado de languidez en que habia visto á aquella pobre jóven, y en el firme propósito de emplear todos los medios que estuviesen á su alcance para salvarla; pero para conseguir el buen resultado de este trabajo, que tan generosamente se proponia. era necesario antes de todo conocer y estudiar la causa originaria de aquella enfermedad, contra la cual, segun la inteligencia de Monte-Cristo, los médicos vulgares nada podrian conseguir.

Esperando que con el tiempo él sabria cuanto se dijese respecto á Luigi Vampa, y juzgando este asunto de menor importancia que el segundo, empezó á trabajar.

En pocos dias consiguió el que Eugenia Danglars y Luisa d' Armilly visitasen á Haydéa: estas señoras se estimaron mutuamente y el conde tuvo el placer de formar ese pequeño círculo de convivencia íntima que tanto apreciaba.

Como si realmente el conde de Monte-Cristo hubiese de sentir

el desmoronamiento, piedra por piedra, del edificio de su paz íntima, y de su felicidad, no tardó en que una nube negra y misteriosa cruzase el horizonte limpio de su vida, sin que él pudiese combatirla.

Hacia algunos dias que Haydéa, con el pretesto de una indisposicion, se rehusaba á recibir personalmente á Eugenia y Luisa, y cuanto mas solícito se mostraba el conde con ellas, mas se aumentaba en Haydéa la supuesta enfermedad.

Haydea, si bien educada conforme al usó europeo, conservaba aquel fuego violento que la pasion enciende en el pecho de las mujeres orientales; muy en breve se manifestó ese fuego voraz que los celos exaltan al último grado. Muchas veces ella habia observado con el mirar celoso, como el de la leona de su pais, pasear el conde al lado de Eugenia Danglars, en la gran galería del palacio. El conde parecia entretenido con ella en un asunto grave, fuese cual fuese, pero Haydéa luego se suponia el asunto de esas dilatadas conversaciones, como si encontrase un placer amargo en imaginar, sin datos suficientes, sentimientos que eran totalmente estraños entre el conde y Eugenia.

No era Haydéa quien observaba estos paseos sobre la gran galería del palacio; alguien habia siempre ya en el canal, ya en los corredores que estaban frente al edificio, que no quitaba los ojos de la interesante figura de Eugenia, que paseaba al lado del conde.

Era una de las tardes en que aquellos paseaban en la galería, respirando la brisa suave del Lido. Eugenia parecia mas abatida que nunca, y el conde mas empeñado en descubrir la causa misteriosa de ese abatimiento de espíritu.

—Hija mia, le decia el conde, cuando se tiene vuestra edad, no debemos desesperar del mundo. ¿Qué enfermedad puede haber en vuestro espíritu para la cual no encontreis un bálsamo saludable en todo cuanto os rodea?... Sois bella, sois jóven, revelais uno de esos genios que el mundo admira y aprecia, porque lo reconoce superior... para qué os robais, entonces, á ese mun-

do brillante que rueda á vuestros piés, y os bendice con devocion?.....

—Señor... vuestras palabras son como siempre, nacidas de una sincera simpatía, bien lo sé y os lo agradezco, pero este mundo de que hablais... ¿que puede ofrecer para mitigar este recuerdo precioso, este amor... esta agonía, dulce sin embargo, que yo siento? dijo Eugenia elevando los ojos al cielo con espresion dolorosa.

—Vamos: ahora hablasteis en términos mas precisos, hija mia, replicó el conde: hablasteis de recuerdos, de amor, de agonía, tres palabras que espresan un sentimiento poderoso y violento, en la escalera de las sensaciones humanas..

—Sí... sí... señor! valorad si podeis vos mismo, el sentimiento infinito que hay en este pecho, y compadecedme despues! dijo ella dejando caer la frente sobre el pecho y enjugando una lágrima

—Por el contrario, hija mia, os he de profetizar un futuro, lleno de un placer inmenso, inefable y duradero.

—Oh, no! dijo Eugenia, con un profundo suspiro, como el sonido que se desprende blandamente de las cuerdas de un arpa; todo se va á acabar para mí!

—Escucha, hija mia, dijo el conde con su amable sonrisa de benevolencia; ¿reconoceis que yo me considero perfectamente feliz? tengo una esposa cariñosa cuyas caricias recibo constantemente con indefinible placer: tengo un hijo en cuyos lábios inocentes yo escucho de contínuo mi nombre, como si escuchase un ángel bendiciéndome!... Pues bien... durante el espacio de quince años, quince años larguísimos de soledad y desesperacion..... ¡quince años, hija mia!... yo decia del misno modo que vos ahora, todo está acabado para mí! En ese tiempo contaba yo la edad que teneis hoy, y como vos, desviaba con horror mis ojos del futuro para clavarlos en la tierra donde creia dormir brevemente el sueño eterno! pero yo tuve tambien una voz persuasiva que me decia, creed y esperad! Sí, en estas dos palabras, creer y

esperar, es que se encierra toda la sabiduría humana, como lo reconocí mas tarde, creyendo y esperando.

—Asimismo, dijo Eugenia , las situaciones son tal vez muy diferentes.

—Yo estaba encerrado entre las negras y tristes paredes de una torre inaccesible á la luz clarísima del dia, y que estaba rodeada por la inmensidad del Océano; una bóveda sombría era mi único horizonte... Padre, amigos y amante .. dónde estaban? La noche horrible del sufrimiento me habia separado de ellos para siempre! Mis mas risueñas esperanzas habian sido aniquiladas de un solo, pero aterrador golpe: pero mi fé y creencia, aunque un momento debilitadas, cobraron fuerzas sin embargo entre las tinieblas y la agonía, y yo me atreví á mirar de frente al mundo, la felicidad al través de las paredes y de la bóveda de mi cárcel!

Eugenia apareció meditar un momento.

—Señor, dijo ella despues, vos sois un hombre y yo soy una triste mujer; la escala de sensaciones es diferente en nuestros pechos. Vos podiais haber imaginado vuestra felicidad para siempre desecha sobre la tierra, pero levantado sobre esas preciosas ruinas pudísteis todavía concebir una esperanza. Yo, por el contrario, debo desaparecer del mundo, porque el mundo de hoy en adelante, no es para mí mas que la imágen viva del infierno! Señor, vos nunca habriais imaginado que con la cabeza de vuestra amante, habria de caer la única esperanza de vuestra alma!...

—Eugenia! esclamó el conde, iluminado por las terribles palabras que habia oido: oh! hablad, hablad, que el tiempo corre, hablad .. Dios es misericordioso... Dios tiene un poder inmenso! hablad! hablad. .

—No puedo, murmuró Eugenia, no puedo, el sentimiento me sofoca.

Diciendo esto, se apoyó en el parapeto de la galería, y su mirada pareció estinguirse como el brillo de las estrellas en el horizonte.

La luna se levantaba en el Lido.

Dos góndolas pasaron silenciosas por frente de palacio.

Esas dos barcas se detuvieron un momento porque los dos remeros dejaron de batir las aguas del pequeño canal: entonces se elevó una voz suave y melancólica, acompañada por los sonidos indolentes de una guitarra. La voz era de hombre y repetia en mal italiano estas cuatro estrofas.

¡Altos castillos cayeron,
Bajos albergues se irguieron,
Pequeños pobres subieron,
Y otros nobles descendieron!

Todos tienen una estrella;
Su destino á todos digo,
Tanto al noble ó al mendigo,
Como á la horrible y á la bella.

A los niños inocentes,
A los condes que enamoran,
Y á las esposas dolientes
De los celos que devoran:

De todos diré la estrella;
Su destino á todos digo,
Tanto al noble ó al mendigo
Como á la horrible y á la bella!

La voz se estinguió, dejando oir distintamente el preludio de la guitarra, que era hábilmente tocada.

De allí á un instante la misma voz repitió sus trovas, y un hombre puesto en pié en una de las góndolas agitaba un pañuelo blanco en la direccion de la galería en que estaban el conde y Eugenia.

Cuando el conde se inclinaba en el parapeto de marmol para escuchar lo que decian, sintió que le tocaban suavemente sobre la espalda.

Se volvió y vió á Haydéa con el niño en los brazos.

—Llamadlos, señor, dijo ella con interés.

El conde hizo un movimiento para responderle pero ella le interrumpió.

—Luego que los oí tomé á mi hijo en los brazos, con el deseo



de oir pronosticarle su futuro. Llamadlos, señor, deseo que me digan...

—Tú quieres eso Haydéa? Muchas veces estos aventureros no dicen la verdad; para quien no posee un espíritu templado en las rudas alternativas de la desgracia, siempre es malo oir á esta gente!

—Señora d' Armilly, dijo Haydéa, volviéndose para Eugenia, ¿tendriais tambien algun interés en oir á aquellos hombres?

El conde notó con asombro el gesto vehemente con que su esposa habia hablado á Eugenia Danglars, y para evitar un diálogo intempestivo, sacó su pañuelo blanco é hizo señas á los de la góndola.

XLII.

El Gitano.

En una de las salas del edificio se reunió la pequeña familia del conde de Monte-Cristo.

Eugenia Danglars y Luisa d' Armilly estaban presentes.

La sala era espaciosa, ornada de muebles antiguos y decorada con algunos cuadros de grandes dimensiones, que segun lo habia afirmado el propietario de aquel palacio, eran todavía restos de las antiguas pompas artísticas de Venecia, debidas á los pinceles de Ticiano, Tintoret, ó Pablo Veronese; pero que á una vista entendida, aun dejando de pertenecer á Palma, Belligni, ó Mentegna, comprenderia la simple imitacion de estos tres discípulos de la escuela veneciana, por uno de esos pinceles obscuros que con toda la insolencia del pedantismo deshacen y descomponen poco á poco las obras de los grandes genios.

Estos cuadros enormes, aquellos muebles sombríos, testigos mudos de las escenas de muchos siglos, concurrian de un modo singular para el acto misterioso que se esperaba.

Haydéa tenia á su hijo en los brazos. Eugenia y Luisa estaban sentadas á su lado, y el conde en pié apoyaba el brazo izquierdo sobre el mármol de un papelera.

La luz de una lámpara francesa estaba amortiguada por una pantalla verde y transparente, y el silencio era profundo.

Despues de un instante de espera apareció el gitano. Era un hombre todavía mozo: su talle gracioso y ligero era un modelo magnífico de Phidias, su vestido ajustado y esmerado, tenia la elegancia y gentileza española; finalmente, el gesto animado de su fisonomía, la espresion misteriosa de su mirada, todo concurria para inspirar entera confianza á las mujeres, y vagos recelos á los otros hombres

Monte-Cristo se conservó inmóvil, lanzando apenas un rayo de vista para el recien llegado.

Haydéa se sonreia, tocando con el índice en la estremidad de los labios de su hijo, como para despertarlo.

—Buenas noches, *signor*, dijo el gitano en mal italiano, y procurando dar á sus palabras un acento español. ¿Es cierto que soy aquí llamado para descubrir el secreto de vuestros destinos? Bellas señoras, ¿qué puede haber de malo en vuestro futuro...?

—Empezad! murmuró el conde.

—Por vos, *signor*, si lo quereis...

El conde se sonrió de un modo desdeñoso.

—Gentil caballero, dijo el gitano, teneis la firmeza del genio; al veros solamente, reconozco que sois cual un bajel audaz en el mar de la vida! Ahí están en vuestro rostro las señales de un pasado borrascoso En la pupila un poco dilatada, en los labios irregularmente cerrados, yo leo el sentimiento de una pasion estrema! Fué una flor que no alcanzó á abrirse completamente!

—Gastais vuestro tiempo en cosas de poco interés, observó el conde, que empezaba á impacientarse. Dejad el pasado que va lejos, y cuidad del futuro, ya que teneis la vana presuncion de creeros igual á Dios, á quien solamente pertenece aquél.

—Dadme vuestra mano; dijo el gitano vivamente.

—Tamadla, contestó el conde con un gesto de burla.

Se siguió entonces un momento de silencio; el gitano meneó la cabeza y volviéndose para Haydéa, murmuró estas palabras con un acento lúgubre:

—Pobre Haydéa!

El conde hizo un movimiento de sorpresa, y Haydéa imprimió un beso en los lábios de su hijito.

—He aquí la línea de tierra... continuaba el gitano, mirando para la mano de Monte-Cristo, en cuya frente empezaban á formarse algunas líneas vagas de un sudor frio.

—Sed breve; murmuró él.

—Basta! dijo el gitano mirando para el cielo, y luego despues á la tierra.

—Hablad....

—No debo!

—Cómo?

—Es imposible!

—Sois un bello adivino.... dijo Monte-Cristo con su risa mas burlona, pues atribuia á la ignorancia el embarazo del gitano.

—Pues bien, *signor*, para probaros que no soy tan malo como lo suponeis, escuchadme en secreto.

—Concedo; pero os prevengo que no consentiré que se oculten en la capa del misterio media docena de palabras sin sentido.

—Tal vez, murmuró el gitano con intencion, retirándose con el conde para un lado de la sala.

—*Signor*, dijo entonces el gitano ¿alguna vez visteis los áridos y estensos desiertos del Africa, donde no hay una sola gota de agua para mitigar la sed ardiente del viajero? Habeis notado allí una palmera aislada, erguida en un suelo ingrato en que todo muere abrasado? Nunca os preguntasteis por qué razon vive allí aquel árbol, soportando solo el calor, la calma y esa horrible sequedad que aniquila....? ¿no habeis contado en sus hojas secas la historia de muchos siglos....?

—Qué quereis deducir? preguntó el conde.

—*Signor*, el desierto será la vida; la tempestad y la calma, la desgracia: los siglos serán los años, la palmera sois vos!

—Gracias, mi buen profeta: empero ¿cuál es la garantía que me ofreceis para que yo crea en vuestras palabras, tal vez hijas de una simple improvisacion?

—Sois difícil de contentar, *signor*, replicó el gitano; yo no os conozco, y por eso no puedo combinar hechos algunos de vuestra existencia pasada, para deducir con precision vuestro futuro. Entretanto, os diré que hay en el mundo la mano calcinada de un fantasma que clama por vos.

—Todos tendremos el mismo fin! respondió el conde con impasibilidad.

—Con la diferencia que vos habeis de llegar á ese fin cuando vuestro pecho no tenga ya aliento para soltar un gemido, y cuando en vuestros párpados no hubiese ya ni una lágrima que no sea de sangre.

A estas palabras el conde se estremeció interiormente, y clavando su mirada en el rostro moreno del gitano, procuró descubrir allí un enigma cualquiera, cuya existencia él presentia; pero el rostro del gitano estaba inmóvil como una estátua.

—Aquí teneis este niño...: dijo Haydéa, luego que él acabó de hablar al conde; decidnos cual es su destino.

—Diré, *signora*; pero si alguno de vosotros requiere mis servicios, este inocente será el último. *Signora*, continuó él colocándose enfrente de Eugenia Danglars, vuestra estrella debe ser buena; ¿quereis que la interrogue?

—Es indiferente, murmuró Eugenia.

—Oh! hablad... dijo vivamente Haydéa; esto es divertido..... hablad.

—Muy bien: dadme vuestra mano.

Eugenia estendió la mano, y mientras el gitano parecia observarla todos guardadan un profundo silencio, esperando el resultado de aquel momentáneo estudio.

—Habeis sentido un amor violento, dijo el gitano: un amor

de esos que solamente se sienten una vez en la vida: fuisteis víctima de esa pasion vehemente, pagando en vida en el famoso *Campi-lujente*, el tributo de vuestra malhadada existencia. Lejos de vos veo á vuestra madre que llora en vano por vos; le falta el pan, y cuando os convenzais de cuanto debe una hija á su madre, habeis de ofrecérselo. Finalmente, preparad vuestros vestidos de luto, porque bajo el cuchillo de la justicia, caerá la cabeza del hombre á quien amais.

Eugenia, que durante estas palabras del gitano empezó á agitarse y estremecerse, lanzó un grito doloroso apenas acabó él de hablar.

—Miserable! dijo el conde avanzando hácia él.

—Yo dije la verdad, *signor*, respondió el gitano con un modo humilde, porque notó en un movimiento de Haydéa la resolucion que esta tenia de evitar los efectos de la indignacion del conde.

Entretanto Eugenia, trémula y pálida, se habia levantado, mientras que Luisa, tomándola rápidamente del brazo, procuraba socorrerla.

—Huyamos... Luisa, huyamos... gritó Eugenia con desvarío; aquel hombre está marcado con el sello de la fatalidad! Y apuntó horrorizada para el conde de Monte-Cristo. ¡Oh!.... madre mia..... cuán mal hice yo en abandonarte....! huyamos.

—Diciendo esto, Eugenia tomando la mano de su amiga, corrió con ella por la sala y salió del edificio.

El conde quedó estupefacto, y Haydéa, apretando contra su seno á su hijo, contemplaba con interés aquel cuadro singular.

—Vamos, mi adivino, dijo el conde, tirando su bolsa á los piés del gitano. Está acabado el trabajo: podeis retiraros.

—Todavía no, señor: falta el destino de mi hijo.

—Qué dices, Haydéa? no reconoces que este miserable es un impostor que pretende aterrarnos con sus locas ideas....?

—Oh! reconozco que habeis dicho la verdad! respondió Haydéa, continuando despues: ¿y qué podrá él decir de malo relativo al futuro de este inocente? Sentaos, señor mio, y tomando am-

bos en los brazos nuestro querido hijo, escuchemos la profecía.

El conde, aunque agitado por lo que le habia sucedido, no pudo esquivarse á lo que Haydéa le pedia. Se sentó al lado de ella y pasándole un brazo al rededor de la cintura, cubrió con el otro el cuerpo de su hijo, que estaba estendido sobre sus rodillas.

La criatura parecia satisfecha, y golpeando las manitas, se sonreia mirando á los autores de sus dias, como si quisiera recompensarles ya el amor intenso que ellos le prodigaban.

El gitano se aproximó á aquel cuadro.

En su rostro pálido, medio escondido entre sus espesas patillas negras y lustrosas como el ébano, habia una risa diabólica, cuya espresion no escapaba á la mirada inteligente del conde.

Haydéa, tomando la manita de su hijo, estendió el brazo en la direccion del gitano.

—Aquí teneis su mano, dijo ella.

El gitano la observó en silencio por el espacio de un segundo, con la misma atencion y el mismo escrúpulo, que hasta allí habia empleado en semejantes observaciones.

—Muy bien.

—¿Qué sabeis?....

—Por ahora muy poco.

—Hablad. ...

—Este niño será feliz, muy feliz, despues de grandes trabajos. Pero esos trabajos pueden evitarse: continuó él.

—Hablad.....

—Nació bajo la influencia de un mal signo... Pero aun, segun lo que me dice esta línea curva y.....

—¿Cuál? preguntó Haydéa observando.

—Esto que parte de la última juncion del índice, y vá á acabar en la palma!..

—Ya veo... ¿que os dice ella?

—Que el niño nació en Oriente... tal vez en Constantinopla.

Haydéa miró al conde muy satisfecha de la verdad que habia notado en las palabras del gitano.

—Y por eso, continuó él, no será tan infeliz como podria ser; sin embargo, es necesario emplear algunos medios para evitar la desgracia.

—Hablad.... hablad.... cuanto estuviere á nuestro alcance, todo lo haremos; dijo Haydéa.

—Esta semana habrá en Venecia un banquete ofrecido á los pobres, dijo el gitano pausadamente. Vos debeis comparecer allí con este niño, y hacerle comer del pan de la caridad; será bueno que vos y vuestro marido lo participeis tambien, para que os purifiqueis de cualquier vanidad que haya en vuestros pechos. Despues, debeis hacer que este niño reciba un ósculo de tres pobres que lo tomarán en brazos con ese fin.

—Nada mas fácil, dijo Haydéa... haremos todo cuanto él dice, no es verdad, amigo mio? preguntó al conde con modo ingénuo.

—*Signora*, continuó el gitano, haciendo lo que os digo, creed que habeis alejado del horizonte de esta vida inocente algunas nubes que allí noté. Buenas noches, la Virgen quede en vuestra guarda, y un genio benigno no deje de velar jamás junto á la cuna de vuestro hijo!

Diciendo esto, el gitano se dispuso para salir, y Haydéa con la sonrisa de la esperanza en los labios, y la vista turbada por el llanto de una sensibilidad sublime, estendió la mano al gitano ofreciéndole un anillo magnífico que tenia en el dedo.

El gitano tomó el anillo y lo besó como prueba de profundo respeto y completa satisfaccion.

—Entonces, señor? dijo Haydéa con orgullo á su marido, cuyo mirar inquieto parecia seguir la figura del gitano á lo largo de la sala. ¡Bien os decia yo que nuestro hijo habia de ser feliz! ¿Iremos al banquete de los pobres?...

—Iremos, murmuró, Monte-Cristo.

Haydéa le pasó un brazo alrededor del cuello, uniendo sus labios ardientes á la frente del conde.

XLII.

El banquete de los Pobres.

La próxima piadosa funcion se hizo desde luego el blanco de todos los pensamientos de la jóven madre: ella quiso por su propia mano escoger y comprar el vestido que su hijo debia llevar al banquete de los pobres. Cada dia tenia una nueva idea tendente á ese único fin; ya una flor que faltaba bordar en un claro del vestido, que ella advertia repentinamente: ya una cinta, ya un adorno gracioso cualquiera para completar el cuadro de elegancia que Haydéa habia concebido.

Entretanto el conde de Monte-Cristo se ocupaba de proteger cuanto le era posible á la infeliz hija del baron Danglars..

Corrió á encontrarla al dia siguiente, notando con asombro una silla de posta, colocada á la puerta del hotel

Preguntó por quién esperaba aquel carruaje, y le dijeron que por las dos actrices francesas.

El conde subió apresuradamente las escaleras y sin responder á las objeciones de los criados, entró por las salas hasta encontrar á Eugenia ó á Luisa. Fué Eugenia la primera que se le apareció.

Estaba toda vestida de negro, su rostro pálido tenia el aspecto de quien ha tomado una resolucion violenta.

—Señorita, dijo el conde, permitís?

—Sí, señor conde; conociendo que mi estrella empezó á estinguirse entre las negras nubes de la desgracia, me conformo con la suerte, y voy á agotar el cáliz de un placer tan amargo y cruel, como una mujer en mi caso pueda resistir.

—Eugenia, replicó el conde, tomándola suavemente la mano: es dolorosa la espresion de vuestras palabras ! ¿Será por ventura que vuestro espíritu se debilita al solo peso de un embuste, co-

mo el que escuchamos ayer de un pobre gitano, cuyo simple interés era conmovernos para que le pagásemos bien?

—Oh! señor... respondió Eugenia con una sonrisa lúgubre: no sé que misterio hubo en la noche de ayer.... pero el gitano habló la verdad en todo cuanto dijo respecto á mí. La cabeza del hombre á quien yo amé y amo todavía, sin tener fuerzas suficientes para sofocar este sentimiento, vá á caer bajo el cuchillo de la justicia romana!

—¿Será un imposible evitar este acto de justicia?

—Sí; porque el condenado es Luigi Vampa, y los romanos piden su cabeza! ... ¿Os admira este amor que yo consagré á un vil salteador? Oh! es que Vampa no era como todos los hombres! habia en él algo de enérgico y majestuoso, que lo hacia superior á todos ellos!

—Eugenia, replicó el conde de Monte-Cristo, creed que no hay nada imposible en este mundo, cuando la misericordia de Dios nos proteje. Esperar y creer es toda la sabiduría humana; debeis, pues esperar y tener fé.

—En qué? preguntó Eugenia, como si quisiera decir, todo está acabado!

—En Dios, Eugenia, en Dios!

—Podriais vos alcanzar que Dios proteja á aquel infeliz Vampa?....

—Puedo.

—¿Cómo?

—Ya compré al papa la vida de un hombre: le he de comprar la vida de otro.

—¿Por qué precio?

—En la Tiara de su Santidad hay una esmeralda magnífica; allí habrá un lugar para otra de igual valor!....

—Oh! señor... murmuró Eugenia apretándole la mano respetuosamente, y queriendo llegarla á los labios.

—Disculpad Eugenia, dijo el conde retirando la mano. Apenas os prometí salvar la cabeza de Vampa; pero prometedme tam-

bien que no abandonareis despues la vida grandiosa en que habeis obtenido toda la gloria de un genio.

—Yo os lo juro!

—Cultivareis siempre la ciencia de Talma, mientras el polvo helado del tiempo no blanquee esos hermosos cabellos?

—Sí.

—Muy bien! Voy á empeñarme en salvar á Vampa: alcanzado que sea el perdon del papa, él se hará un hombre de bien: lo conozco bastante, y sé que tiene sentimientos generosos en el fondo del alma.

Cuando el conde acababa de decir estas palabras, apareció Luisa d' Armilly pronta para acompañar á Eugenia.

—No, mi querida amiga, por ahora todavía quedamos en Venecia: le dijo Eugenia.

—¿Cómo así?

—Hubo un rayo de felicidad inesperada: un relámpago de esperanza que ha cruzado el tenebroso cielo que te descubrí ayer, en mi triste porvenir.

—No pierdo un momento, Eugenia, dijo el conde; voy á trabajar para que ese relámpago brille mas constante, y no sea la luz vaga que cruza en el espacio.

El conde dió un paso para retirarse, pero se detuvo para escuchar lo que le decia un criado del hotel, que acababa de entrar en la sala.

—¿Sois vos, escelentísimo, el *signor* conde de Monte-Cristo?

—Sí.

—Es pues, á vuestra escelencia que se dirige esta carta.

—De dónde viene?

—La trajo un hombre que no conozco, pero, segun él lo afirma, la carta viene de Roma por especial favor.

Eugenia hizo un movimiento de interés al oir lo que se decia y el conde, por el contrario, se turbó por lo que acababa de decir á Eugenia Danglars: pero no podia dejar de leer inmediatamente aquella carta, y por eso, en vez de guardarla cerrada en el bol-

45

sillo, con aquel modo impasible que tanto se le admiraba, là abrió y leyó, alejándose un poco de las dos amigas, que se recostaban en el brazo una de otra.

El conde leyó para sí.

«*Signor*:—Acabo de saber que estais en Venecia, pero lo que »yo no sé, es lo que pensais hacer respecto de Luigi Vampa. Di»go esto, porque el pobre Vampa está en poder de la justicia: »tiene sobre su cabeza, suspendida á muy poca altura, el hacha »del verdugo. Vos jurasteis protejerle siempre, y ahora faltais á »vuestra palabra! Venid, pues, cuanto antes... mas tarde todo »está perdido para el pobre Vampa.

»A última hora.

»Acabo de saber que Vampa se ha ahorcado de rabia en su »calabozo, habiendo antes revelado á la justicia sus relaciones »con vos. Sé que el encargado de negocios de Francia tiene in»sinuaciones de su gobierno contra vos, por haber violado y pro»fanado diferentes mausoleos del cementerio del padre Lachaise, »entre los cuales se nombra el de la familia Villefort y Saint-Me»ran. No volvais á Roma, y creed que soy vuestro reverente »criado.

»PEPINO ROCCA-PRIORI.»

Aunque la fisonomía del conde de Monte-Cristo fuese de una firmeza increible, presentando á los mas sagaces ojos un sello inviolable sobre los arcanos de su pecho, aquella vez, por lo menos, se tradujo en ella la sensacion que el conde esperimentó al leer la carta de Pepino. Eugenia comprendió aquella espresion del rostro del conde.

—Alguna noticia desagradable? preguntó ella.

—Oh! esclamó el conde, como si no pudiese contener las palabras y estrujando la carta entre las manos; ¡bien lo dijisteis, Eugenia, la fatalidad pesa sobre mí y sobre todos cuantos fueren conmigo!

—Señor!....

El conde quedó estático.

—Hablad... por piedad... de otro modo me hareis creer en una verdad terrible! murmuró Eugenia reclinando su frente en el seno de Luisa.

—Eugenia... dijo el conde aproximándose á ella con calma, tomándola la mano, y contemplándola con una mirada de compasion.

—¡Comprendo!.... murmuró Eugenia enjugando una lágrima.

Se siguió un momento de silencio, apenas interrumpido por los sollozos de Eugenia.

Ni Luisa ni el conde osaban distraerla de aquel recuerdo, de aquel amor vehemente, cuya espresion amarga estaba en las lágrimas que ella vertia.

Despues, Eugenia levantó la frente pálida y serena, miró al conde como si le dijese adios, y dirigiéndose á Luisa le dijo estas palabras:

—Luisa, todas mis ilusiones cayeron para siempre! Partamos... ¿Quién sabe si mi madre solicita ahora el pan de la indigencia en Roma?.... Partamos... tengo allí dos deberes que cumplir.

Diciendo esto, dió la mano á Luisa y caminó con paso firme á lo largo de la sala.

El conde quedó inmóvil, reconociendo con espanto la verdad de la singular profecía del gitano.............................

....

....

Todos sabian ya en Venecia que un desconocido bienhechor habia pedido licencia para ofrecer á los pobres de la ciudad una comida que debia realizarse con brevedad.

Las autoridades, concediendo aquella licencia, conservaron el incógnito del bienhechor, y por eso nadie mas que ellas conocian quien era él.

El conde de Monte-Cristo ignoraba tambien el nombre de ese hombre, y tuvo que permanecer en esta ignorancia, del mismo modo que los otros curiosos.

El dia destinado para el piadoso banquete estaba próximo. Era un jueves de abril.

Luego que el sol empezó á aproximarse á su zénit, luego que el horario del gran reloj de la catedral apuntaba al mediodía, aquella grande plaza empezó á llenarse de pueblo, que venia allí desde todos los puntos de la ciudad.

Las mesas para el festin estaban preparadas enfrente al antiguo edificio de San Marcos, conteniendo cubiertos para mas de quinientas personas.

Cuatro bandas de música colocadas, dos á los lados de la portada de la iglesia, y dos en distintos puntos de la plaza, ejecutaban sin cesar las mejores piezas de armonía.

Las ventanas de los palacios se veian llenas de señoras; cuyos adornos de multiplicados colores contribuian para realzar aquel magnífico espectáculo.

No se trataba allí de escuchar con entusiasmo la voz tierna y melodiosa de una cantatriz de la alta escuela; no se trataba de admirar el ingenio de una composicion sublime de literatura, ni de divertirse con los saltos y muecas sorprendentes de una compañía de volatines. Se trataba únicamente de ver la pobreza, la indigencia, la miseria, gozar tambien un instante de la opulencia y de la abundancia.

Se trataba de ver un pobre viejo, por ejemplo, que desde largo tiempo lloraba lágrimas de sangre por la miseria de un hijo, reir y llorar de placer al verlo satifecho y contento en la mesa del piadoso festin.

Este espectáculo, raro entre los cristianos, tenia por esa misma circunstancia mucho mas mérito y novedad: y la novedad puede siempre mas que todo.

Las señoras de las mejores familias de Venecia, habiéndose anticipadamente reunido en sesion secreta habian deliberado que, para engrandecimiento de aquel acto de verdadera caridad cristiana ellas ofrecian á Dios uno de completa humildad, yendo para ese fin á la mesa del banquete y servir á los pobres mientras ellos comiesen.

Esta sublime idea de las nobles señoras venecianas tuvo general aceptacion.

Ellas, saliendo con sus mas elegantes *toilletes*, se apeaban de sus bellos carruajes, ó salian de sus preciosas góndolas para dirigirse al átrio de la iglesia de San Marcos, donde la miseria esperaba con ansiedad su hora de satisfaccion.

Era realmente grande el desvelo con que las señoras nobles tomaban en sus brazos las pobres criaturas, y las enjugaban las lágrimas con sus ricos pañuelos perfumados.

El interés con que ellas ayudaban á los viejos á llegar al lugar que les competia en la mesa.

La *fé* con que repetian á las madres las palabras santas del Evangelio, para que tuviesen esperanza y creyesen en la misericordia infinita de Dios.

Al fin el puntero del reloj designó la hora del festin.

La campana grande de San Marcos, girando en sus fornidos brazos de bronce, anunciaba sonora y majestuosa la hora de la justicia, la hora del pan, la hora de la caridad, como si pretendiese con su eco prolongado por las límpidas aguas del Lido, repitiese por el mundo aquel anuncio solemne.

Al son de la música, al doble solemne de la campana grande, á los gritos de entusiasmo del pueblo entero de Venecia, los pobres ocuparon sus lugares y el festin empezó.

Entretanto, por mucha que fuese la curiosidad, nadie podia reconocer al autor de aquel espectáculo, complaciéndose con el efecto maravilloso de él.

El conde de Monte-Cristo al lado de su interesante y hermosa esposa, que sostenia á su hijo en los brazos, en vano lanzaba alrededor de sí aquel mirar sosegado, frio, inteligente y profundo, para ver si reconocia al misterioso y magnánimo bienhechor.

Si él estaba allí en efecto, su fisonomía, modelando, por decirlo así, su espresion, por las fisonomías que lo cercaban, no traicionaba en nada su sentimiento.

Haydéa solo pensaba en hacer comprender á su hijo el espec-

táculo edificante en que la pobre criatura habia de tomar parte conforme al precepto esteblecido por el gitano.

La criatura, viéndose rodeada de toda aquella gente, estrañaba, miraba con el ceño adusto á su madre, como si quisiese preguntarle qué significaba aquella escena sublime del cristianismo.

—Hijo mio! le decia Haydéa en voz baja y llegándolo hácia sí, el Dios del mundo está aquí en toda su gloria y majestad, dando á los pobres lo que es de los pobres; ¿no es así, amigo mio? preguntaba al conde: ¿no hallas bien agradable este espectáculo, no hallas que es verdad lo que acabo de decir á nuestro hijo?

—Sí, Haydéa, respondió el conde: pero así mismo yo no sé lo que me oprime; quisiera que no se prolongase mucho esta ceremonia que me revela mas vanidad en su autor que simple caridad cristiana.

—¿Cómo así? preguntó Haydéa.

—Dice el Evangelio de San Mateo, replicó el conde, insinuándonos á dar una limosna, que cuando nuestra mano derecha la entregue al pobre, no sepa nuestra izquierda lo que hicimos. Y cuanto fueren mas generosos no consintamos que la trompeta de la fama pregonice ante nosotros nuestro nombre y nuestro hecho! Comprendes ahora, amiga mia, la razon de mis palabras? Veo en todo este aparato un segundo pensamiento: esto no es simple caridad cristiana. Todos aquellos pobres que allí están, recibirian con mejor voluntad esta limosna en el centro de sus albergues, solo en compañía de sus hijos y de sus mujeres. Esta pompa los oprime: la presencia de aquellas nobles señoras los tiene cortados. Notad como están silenciosos; con sus fisonomías no espresan todo el gozo que deberia escitarles este banquete; como quedan inmóviles, cuando algunas de las bellas sirvientes se aproximan á ellos...

¡Vanidad humana, hasta qué grado llegas! continuó el conde con espresion de burla, como si él fuese superior á los otros hombres. Hasta en el acto de la limosna, tú quieres hacer ostentacion

de tu pompa infernal! Hé aquí cuanto es imperfecta la creencia del hombre. Ve, Haydéa mia, como es incompleto el acto de humildad que aquellas señoras ofrecen á su Dios! Las mas valiosas joyas brillan sobre ellas; en el mismo instante en que desean igualarse, se enaltecen á sus propios ojos, y marcan ostentosamente la distancia que hay de ellas á los hijos de la miseria. Vamos, ha llegado el momento de presentar á nuestro hijo el pan de la indigencia. Sácale esos adornos que lo cubren, hija mia, rásgale ese vestido de finísima labor, y déjale sueltos sus cabellos para que los ajite la brisa del espacio.

Diciendo esto el conde por sí ayudaba á Haydéa á ejecutar su pensamiento: ella no osaba contradecirlo, aunque le parecia bien singular aquel desórden en el vestido de su hijo.

—Ahora daremos á toda esta gente una leccion, continuó el conde, hablando con su mujer. Mi hijo, que tiene una herencia capaz de comprar la ciudad de Venecia, vá con los cabellos sueltos, descalzo y con el vestido roto, á participar el placer de aquellos desgraciados mendigos, como seria capaz de participar de sus dolores y de sus disgustos, si él ya los comprendiese. Vamos, Haydéa, ha llegado el momento.

Ella, elevando entonces el niño en sus brazos, caminó con él para la mesa del festin. En este momento, algunos pobres se levantaron y venian, como por acaso, en direccion de Haydéa.

—Mis amigos, les dijo ella, por el amor de Dios, haced que mi hijo participe del pan que estais comiendo.

Los pobres se agruparon en derredor de la hermosa y jóven madre, presentando á la criatura un pedazo de pan.

Haydéa separó con los dedos una pequeña parte, é introduciéndola en los labios de su hijo, le decia:

—Come, hijo mio, es el pan de Dios, Ahora dad un abrazo á ésta buena gente que nos cerca, ellos son vuestros amigos, y vos sereis amigo de ellos.

Muy luego aquel pequeño grupo se hizo el blanco de todas las miradas. Todos se aproximaron al local de la famosa escena de

comunion, sorprendidos de la contricion sublime que se veia en Haydéa.

El conde de Monte-Cristo quedó separado por un momento de su esposa y de su hijo.

Todo el pueblo corria para aquel punto, ávido, curioso, incansable de ver y admirar, como siempre. Fué entonces que Haydéa, imprimiendo un beso en el rostro de su hijo, lo entregó en los brazos de uno de los mendigos. Este lo abrazó, y pasó la criatura á los brazos de un segundo.

Haydéa que lo seguia con la vista, lanzó repentinamente un grito agudísimo que sobresalió con horrible espresion de angustia en aquel silencio general y profundo que reinaba entonces.

Este grito de una angustia estremada fué luego seguida por el rumor cavernoso de mil voces humanas, semejante al son lejano de la tempestad.

El conde de Monte-Cristo, rompiendo por entre la multitud compacta del pueblo, intentó llegar hasta su esposa, pero esta era arrastrada delante de él, por la onda viva del populacho.

Muy pronto aquel mar inmenso de cabezas humanas empezó á moverse con mas confusion, tomando un aspecto asustador. El desórden se hizo ya el único órden posible de aquella escena.

Todos gritaban y se movian sin un pensamiento determinado y superior, y entre aquellos gritos de confusion, de dolor y desesperacion se distinguia uno que clamaba con una angustia infinita: «¡mi hijo! ¡mi hijo!»

Era la voz de Haydéa.

Antes que la policía pudiese apaciguar el tumulto de la plaza, muchas cuestiones y combates se habian trabado, muchos cuerpos habian sido estropeados sin consideracion, sin piedad.

El conde, luchando siempre silencioso contra las masas que le embargaban el paso, se adelantaba hácia donde creia encontrar á Haydéa. Ni un grito se escapaba de sus labios, ni una lágrima surcaba las fases pálidas del conde de Monte-Cristo, cuyas fuerzas parecian redoblarse en proporcion que la dificultad crecia.



Lit. Labielle C. Monserrate, 3

¡ Haydéa, Haydéa ! gritó el Conde.

Finalmente la policía consiguió dispersar el pueblo. La plaza de San Marcos habia mudado enteramente de aspecto; la mesa del estin tambien habia sido despedazada.

Las puertas de la iglesia, las ventanas de los palacios estaban cautelosamente cerradas: los gemidos de las víctimas eran ahora la orquesta lúgubre de aquel campo de sangre.

El conde, levantándose entonces sobre la base de una de las columnas del pórtico de la iglesia, dominó con su mirar de fuego todo el cuadro que se desenvolvia ante sus ojos.

De repente desciende y corre en direccion de una mujer que estaba de rodillas en uno de los ángulos de la plaza, con la cabeza caida sobre las espaldas y los ojos cerrados.

—Haydéa!...... Haydéa! .... gritó el conde levantándola en los brazos como se hace con una criatura.

¡Maldicion eterna sobre mí que fuí un insensato!.....

Despues, sacando del bolsillo un pequeño frasco echó algunas gotas de un licor verde en los labios de Haydéa. Ella abrió los ojos, estendió los brazos, y se estremeció como si la sangre volviese á circular en sus venas.

—Dónde está mi hijo?.... Oh! nos robaron nuestro hijo!....

—Haydéa, le respondió el conde con un sosiego tal que contrastaba singularmente con la espresion amarga que habia en su esposa. Dios lo quiso!

XLIV.

La carta.

Los diarios literarios y políticos narraron con la redaccion constante que los caracteriza, aquel drama singular de la comida de los pobres.

La policía, por mas bien servida que se supusiese, no pudo

descubrir el verdadero fin de aquel tumulto, ni aprehender al raptor del hijo del conde de Monte-Cristo.

Haydéa contaba que habiendo entregado el niño en los brazos de los cuatro mendigos, vió un hombre estraño apoderarse rápidamente de él, y desaparecer en seguida por entre el pueblo que retrocedia á su presencia.

Entonces empezaron las diligencias y las pesquisas por uno y otro lado. Habiéndose combinado los hechos, se vino en cuenta de que el gitano estaba de acuerdo con el raptor, ó era el propio perpetrador de este atentado. Inmediatamente los esbirros se lanzaron en todos los lupanares de la ciudad para descubrir al gitano.

Casi nadie lo habia visto.

El misterio en que él parecia haberse envuelto, era impenetrable á los ojos de la justicia humana.

Entretanto el conde recibia las visitas de pésame de todas las familias venecianas. El sosiego, la resignacion con que él sufria aquel golpe, le valia la simpatía de Venecia entera; pero Haydéa que era madre, Haydéa que no poseia el grado de resignacion del conde, lloraba sin cesar la pérdida de su hijo, y los médicos aconsejaron al conde que sin demora la alejase de una tierra que le avivaba en todo y por todo aquel sentimiento doloroso que la perseguia.

Hay tales desgracias que hacen ceder á las mas firmes convicciones. El conde de Monte-Cristo no podia esquivarse á aquel peso total de tan repentina cuanto imprevista desgracia! ¿Cual era el enemigo misterioso que lo perseguia?

Cual seria su crímen para merecer aquel castigo, aquel golpe, que solo puede comprender quien sea padre, quien ha visto y amado dia por dia á un hijo que crece y se desenvuelve como para satisfacer nuestras mas raras ilusiones?

El conde de Monte-Cristo, como todos los hombres cuya patria es el mundo entero, que han esperimentado la desgracia en su auge de amargura, y la felicidad en su último acceso, poseia

aquella tranquilidad, aquella sangre fria, aquella presencia de espíritu necesaria para calcular la suerte y combatirla; ¿cálculo? ¿dónde podria él obtener los datos necesarios para formar su primer raciocinio, y deducir la causa por los efectos?

Hay pesares tan vastos y profundos en que el hombre mas inteligente se pierde, como el átomo en el caos.

Era imposible conocer al raptor de la criatura; era imposible prever la causa de aquel procedimiento: era todo imposible escepto la ilusion. La ilusion, pues, alimentó la esperanza en el conde de Monte-Cristo.

A manera del náufrago, que despues de haber procurado por mucho tiempo distinguir la punta de una roca en que salvarse, repeliendo aun la idea de la muerte, espera fluctuar en las ondas hasta que lo socorran, el conde de Monte-Cristo procuró convencerse de que algun bando de salteadores se habia apoderado de la criatura con el fin de exigir despues el rescate de ella.

Dada esta suposicion, la comunicó inmediatamente á Haydéa, haciéndole comprender que no habia nada mas natural, pues él conocia bien el carácter de los salteadores italianos.

Mucho tiempo se pasó, pues, en esta esperanza.....

Haydéa se empeoraba progresivamente al peso de su infelicidad; y el conde de Monte-Cristo no poseia en todos sus tesoros el precio necesario para evitarla.

Reconoció entonces que en este mundo todo cede al poder de una riqueza infinita, pero que el hombre jamás será suficientemente poderoso para hacer mudar en un ápice la voluntad de un ser omnipotente al que llamamos *Dios*. Él reconoció la facilidad con que el destino nivela los hombres, á pesar de la diferencia de haberes que entre ellos exista.

—Oh! pensaba el conde, habré yo alguna vez empleado mal este poder que Dios me habia concedido sobre todos los hombres?.... Veamos..... ¿no purifiqué yo la sociedad de París? ¿no protegí los huérfanos evitándoles el robo de sus capitales? ¿no uní dos corazones que la malicia y la intriga habian pensado

separar?..... ¿No premié siempre la virtud? ¿no fuí siempre inexorable con el crímen?.... Surgiendo de las ondas, pobre y solo, entré de nuevo en el mundo, pero bastante sábio é inteligente para comprenderlo. Dios me hizo grande y poderoso, como para colocarme superior á las leyes de los hombres; y entonces continué sin embarazo burlándome de muchas leyes absurdas, escupiendo en muchas reputaciones falsarias y empuñando siempre el cetro de una justicia pura y meditada en muchos años de estudio! ¿Alguna vez acaso, la sangre inocente manchó aquel cetro famoso?

El conde palideció repentinamente, como si una voz misteriosa le hubiese murmurado al oido la respuesta de aquella simple pregunta.

Desde ese momento, él, que siempre habia concebido en todos los actos de su justicia la exactitud con que la sangre es el precio de la sangre, segun el Evangelio, ya no pudo nutrir su pensamiento con la esperanza lisongera que habia establecido.

—Dios mio! decia él; en el túmulo de las familias Villefort y Saint-Méran está el cadáver de una criatura muerta por mí!...

¿Será mi hijo el precio terrible de aquella vida que yo estinguí?.... ¡Oh! ¡insensato!..... me juzgué iluminado en la tierra, y erré como el hombre de la mas obscura inteligencia! Me juzgué grande en el mundo y soy pequeño y débil, al primer golpe de la justicia del cielo!..... ¡Hijo mio!.... hijo mio!...... mas, ¿por qué debias tú pagar el error de tu padre?..... Ah! será que los errores de los padres recaen en los hijos hasta la cuarta y quinta generacion?..... Sí...... esta fué mi doctrina! Fué sacrificando la felicidad de los hijos que yo me vengué de los crímenes de los padres! Dios mio, vos quereis ahora demostrarme lo absurdo de esta ley inventada por los hombres? ¡Yo lo reconozco, Señor! yo lo reconozco!

Era así que el conde de Monte-Cristo, como filósofo, doblaba la frente bajo el peso de la justicia de Dios; pero como hombre y como padre no dejaba de imaginar un medio cualquiera para encontrar á su hijo.

Escribió pues á París á Maximiliano Morel para que se le remitiese la carta á cualquier punto en que estuviese, contándole la catástrofe del banquete de los pobres, y pidiéndole que no descansase un momento en el trabajo de buscar un vestijio, una señal cualquiera que pudiese indicar el lugar en que existiera el hijo de Haydéa.

Quince dias despues de haber escrito la citada carta recibió una por mano de Rosina, la hija de los contrabandistas, que lo buscó en la Giudecca.

Monte-Cristo se presentó á Rosina con aquella aparente tranquilidad que lo caracterizaba, aun en la mayor agitacion de su espíritu.

—Escelentísimo, sois vos el *signor* conde de Monte-Cristo?...

—Yo soy, buena jóven.

—Ah! permitid, pues, que os bese la mano en señal de profundo respeto.

—Cómo así? cómo os soy acreedor á ese respeto?

—Vos no conoceis á la pobre Rosina, no; pero yo os conozco desde mucho tiempo por el nombre y por el acto de generosidad que habeis practicado con todos los de mi tribu.

—Hablad.

—Yo, *signor*, soy hija del *bando* que desembarcaba sus géneros en el islote de Monte-Cristo: debeis acordaros de la generosidad con que os dignasteis proteger el comercio de mis padres...

—Estais engañada, buena mujer, respondió el conde con severidad; yo nunca protegí el comercio ilícito de vuestra familia de contrabandistas; lo que yo hice fué no entrometerme en esos negocios peligrosos.

—*Santa Madre!* esclamó la veneciana: eso viene á ser la misma cosa, *signor* conde.....

—Pues bien, continúa.

—Todos nosotros, los hijos del bando, juramos eterno respeto á V. E.; y yo mas que todos, porque mi pobre padre recibió altos favores de vuestra generosa mano, cuando las Aduanas del Lido lo hacian perseguir.

—Pero qué me quereis?

—Entregaros una carta, *signor*.

—De dónde viene...?

—Esa es una pregunta á la que solo san Marcos seria capaz de responder. Me la envió mi pobre hermano Pietro. Lo que puedo hacer es contaros la triste historia de Pietro, y por ella tal vez sepais de donde viene la carta. Tomadla.

—Contadme primero la historia, dijo Monte-Cristo, rehusándose á recibir la carta.

—Escuchadme, *signor* conde. Vino á este puerto un cierto yate denominado *Tormenta*, cuyo capitan era un hombre muy singular

—Apuesto á que tenia piés de cabra? dijo el conde con una risa de burla.

—No, *signor*: pero segun lo que me asegura Pietro, él tiene la mano de un muerto y con ella puede todo.

A estas palabras se turbó la fisonomía del conde, y observó con penetrante mirada el rostro sencillo de la veneciana.

—Este hombre, continuó ella, con el intento de dirigirse á la isla de Monte-Cristo, se apoderó de mi pobre hermano Pietro, y partió con él del Lido, hace ya como dos meses y medio. Por mas que yo llorase y trabajase para obtener la libertad de Pietro, nada pude conseguir hasta hoy, y solo de tiempo en tiempo recibo noticias de él.

—¿Y qué trabajo desempeña tu hermano á bordo del *Tormenta*?

—Es, segun creo, un piloto. Pietro conoce bien el Mediterráneo, y sabe encontrar la isla de Monte-Cristo, bajo cualquier rumbo que se desee, por eso se lo llevaron á bordo del maldito yate.

—¿Y despues?

—Despues, me escribió ayer diciéndome que habia salido de la isla, donde todo quedaba en paz, y me envió esta carta escrita por el capitan del yate para que os la entregase. Quereis verla?

—Dádmela, dijo el conde estendiendo la mano.

—Tomadla, *signor*.

El conde abrió la carta y se arrimó al ángulo de una ventana, colocándose de manera que Rosina no le viese el rostro.

La carta decia así:—«Edmundo Dantes. Tu hijo estará, el dia »último de julio, en la gruta de la isla de Monte-Cristo, donde tú »comparecerás solo para tratar de su rescate.

«El capitan del *Tormenta*.»

—Entonces, *signor* conde? preguntó Rosina cuando él acabó la lectura.

El conde la miró con atencion sin responderle.

—*Santa Madre di Dio!* esclamó Rosina estremeciéndose bajo la mirada del conde.

—Qué esperas? la preguntó.

—Yo, *signor*: espero vuestras órdenes.

—Quieres enviar la respuesta de esta carta á tu hermano Pietro?

—De ningun modo: eso seria imposible, porque no conozco medio de correspondencia.

—Luego ignoras quien te da sus cartas?

—Eso no: es Giacomo.

—¿Quién es este Giacomo?

—El gondolero de Rialto, que las vá á buscar de cuando en cuando á una de las hendiduras de las piedras del canal *Horfáno* sin saber quién las coloca allí.

—Luego si yo contestase esta carta y mandase allí la respuesta, es cierto que tambien la irian á buscar?

—No *signor*: yo he tentado ya lo mismo, y la carta quedó sin que nadie la tocase hasta que yo misma la retiré.

—Muy bien: te deseo salud, y estimaré que al salir de esta casa, dos esbirros no se apoderen de tí.

—*Sangre de Cristo!* esclamó ella temblando sin palidecer, y clavando su mirada suplicante en el rostro impasible del conde, ¿y por qué me han de prender?

—Realmente es muy simple, hija mia; tienes relaciones con un bando de salteadores que circundan á Venecia, cometiendo todo género de delitos ¿es esta una pequeña culpa?

—*Signor* conde, yo no sé nada de lo que me estais diciendo. Yo tener relaciones con los salteadores?—Oh! no, no, *signor*, creedme por el amor divino; venid á decir á los esbirros que yo estoy inocente, que no conozco á los salteadores.

—Está bien, retírate en paz, respondió el conde impidiendo que ella se arrodillase á sus piés: nadie te prenderá, pero es necesario que tú me hagas encontrar con el gondolero Giacomo, de un modo que no sospeche quién soy.

—Nada es mas fácil, *signor*.

—¿Cómo? yo no lo conozco.

—En mi casa, que es un poco mas adelante de la Giudecca.

Ella entonces enseñando su morada al conde, se retiró mirando con recelo para uno y otro lado del canal, á pesar de haberle asegurado el conde que nadie la prendería.

Despues de haber salido, Monte-Cristo leyó segunda vez la carta que habia recibido.

En vano buscó modo de conocer la forma de letra, que era firme y rasgada, demostrando en eso mismo la resolucion de la persona que la escribió.

Era indispensable que el conde fuése á la isla de Monte-Cristo para hacer el rescate de su hijo, que estaba sin duda en las manos de algunos salteadores; y como el conde conocia bien el carácter de estos señores, no dudó en ir á tratar con ellos.

Antes empero de tentar este pequeño viaje, queriendo asegurarse de cuál era el género de relaciones que existian entre Giacomo y los salteadores, fué, como habia convenido, á la casa de Rosina para hablar al gondolero; pero Giacomo le repitió lo que le habia dicho Rosina, y el conde tuvo que renunciar al deseo de profundizar mas aquel secreto.

No habia otro recurso que partir sin demora para la isla de Monte-Cristo.

Los preparativos se hicieron, como los hacia siempre el conde, esto es, de un instante á otro.

Despues de despedirse de todas aquellas familias que le habian manifestado interés y agradeciendo con la urbanidad que lo caracterizaba la manera con que el *signor* Gradenigo lo habia recibido, partió con Haydéa para la hermosa ciudad de Médicis, donde él por la diligencia de su mayordomo, creia encontrar ya un magnífico alojamiento próximo al delicioso paraiso denominado *Cachinas*.

XLV.

El camino de Florencia á Mántua.

Cuando uno de los buenos edificios de ese punto magnífico de Florencia fué tomado en nombre del conde de Monte-Cristo, en vano la descendencia hospitalaria del afamado Poniatowski protestó toda entera que S. E. hacia muy mal en no recurrir á ellos para ser alojado convenientemente en aquella ciudad, pues ni el propio Corsini Monfort se habria dado mejor maña para recibir á S. E. ni mayor exactitud en sus cuentas.

El señor Bertuccio, mayordomo del conde, entretanto cumplia las órdenes de su amo, alquilando uno de los mejores palacios.

Del mismo modo que en Venecia, al momento se supo en Florencia la próxima llegada del conde de Monte-Cristo.

Este hombre, á quien un acaso habia hecho célebre en los anales de la opulencia europea, estaba relacionado en todas las ciudades, y por eso su nombre despertaba siempre un eco de vivo interés en cualquier pais que fuese pronunciado.

El conde, saliendo de Venecia, debia dirigirse por mar hasta Mántua, y de Mántua, donde él habia mandado colocar un coche de viaje con las competentes mudas de espacio en espacio, se dirigia á Florencia, despues á Piza, de este punto se embarcaria de nuevo para la isla de Monte-Cristo; este era el pequeño itinera-

rio establecido con sosiego en Venecia por el conde para su jornada.

Mientras él y Haydéa se demoraban un instante en Mántua para seguir su camino á Florencia, dos hombres que corrian á caballo en direccion á esta ciudad, acababan de detenerse junto á una fuente arruinada, cuya agua despues de lavar una enorme piedra, caia en un pequeño pozo abierto allí para recibirla.

El dia empezaba á declinar: una brisa suave mecia blandamente la copa de los árboles que hermosean aquella parte de camino! y el canto melodioso de los pájaros se levantaba como el eco de una oracion nocturna que por instinto dirigian á su Creador.

Apenas el eco dejó de repetir aquel sonido precipitado de los cascos de los caballos en que venian los dos viajeros, todo volvió á un profundo silencio; los pájaros espantados por el ruido de los caballos habian enmudecido, batiendo con ligereza las alas y precipitándose en el espacio; pero de allí á un momento volvieron y empezaron aquel cántico armonioso con que pagaban el inocente tributo de su creacion.

Los dos viajeros venian cubiertos de polvo del mismo modo que sus caballos, cuyas narices dilatadas temblaban con el movimiento de una respiracion profunda y agitada.

—¿Quieres agua, maestro? preguntó uno de los viajeros, mirando al rededor de sí: allí tienes una fuente.

—No por mí, pero por ese inocente.... respondió el segundo, abriendo la capa en que traia el brazo derecho envuelto y mirando para dentro de ella.

—Entonces? preguntó el otro con interés aproximándose á su compañero.

—Vive, respondió él.

—Dios lo proteje.

Se siguió un momento de silencio, durante el cual el último que habia hablado, y que parecia italiano por la pureza de su pronunciacion, puso el pié en tierra y estendió los brazos como

para recibir un fardo que el compañero le deberia entregar.

En efecto, el que habia permanecido á caballo se desembarazó de la capa y depositó en los brazos del que estaba á pié, una criatura de tres á cuatro años, envuelta en un velo negro; este hombre se apeó luego en seguida; y se dirigió á la fuente, donde los caballos estaban tambien bebiendo.

Los dos viajeros miraban con atencion á la criatura que parecia despertar poco á poco de un sueño violento.

El que la tenia en sus brazos elevó el pié derecho, apoyándolo en la piedra de la fuente, y descansó el cuerpo de la criatura sobre la pierna, mientras que con la mano izquierda la desenvolvia del velo negro en que estaba cuidadosamente oculta.

Era singular aquel cuadro! las fisonomías ásperas de los dos viajeros y su mirar sombrío, contrastaban con la espresion suave y angelical del rostro de la mísera criatura.

Ella abrió los ojos, y mirando á aquellos dos hombres estraños que la acompañaban volvió á cerrarlos como si quisiese evitar el tener miedo de ellos. Despues soltó un gemido lánguido, parecido al sonido que produce el roce de una flor en las cuerdas de una arpa; un sonido que despierta el pensamiento íntimo de la que mas amamos en la tierra; un sonido que se parece singularmente con las armonías que soñamos, que nos dice, nos revela, nos hace entender lo que ninguna voz humana seria capaz de esplicarnos.

Aquel gemido encerraba en su dulzura la espresion del recuerdo: parecia decir con la efusion del sentimiento mas íntimo: «padre ó Dios!» Era la traduccion ingénua que los labios infantiles hacian del sentimiento de aquel corazon puro.

—Con qué fin te reserva Dios esa existencia? murmuró uno de los viajeros, llevando agua á los labios del niño. ¿Qué porvenir te estará reservado en este mundo de intrigas, de vicios, de crímenes y torpezas, donde en cada flor existe un embuste y un veneno disfrazado en la fragancia de ella? Mejor te seria que solo dispertaras de tu sueño para sentarte entre los ángeles en el banquete del cielo...! Sí, mil veces mejor te fuera esto, que vivir en

la tierra espuesto al suplicio bárbaro que los hombres inventaron para sí propios, y al cual llaman ellos, hijos de la casualidad! Como descansas sosegado bajo el peso terrible de un porvenir obscuro, trabajoso y miserable! ¡Cómo respiras con placer este aire, que tal vez algun dia de tu existencia te parezca un veneno! ¡Oh! mejor te fuera..... dejar de existir.....

Diciendo esto, descansó la mano derecha sobre la culatada de una pistola que llevaba en el cinto.

—Alto ahí, Benedetto, gritó el compañero, notando aquel movimiento. Creo que no deseareis echar sobre nosotros el crímen de infanticidio!

—Crímen! repitió Benedetto con una carcajada irónica. ¿A qué llamas tú un crímen, Pepino? Es por ventura un crímen arrebatar un inocente al martirio de una existencia penosa? Es acaso un crímen enviar á Dios lo que es de Dios, porque todavía no le llegó la corrupcion de este mundo....! ¡Crees tú que la muerte es siempre un mal?

Repite esa palabra al oido de este inocente y quizá te responda con su tierna sonrisa, como para agradecer la idea. La muerte, amigo mio, es un mal para el hombre en cuya existencia agitada hay un remordimiento; es un mal para aquellos que sufren, y que no ven en este mundo mas que un jardin de lindas flores; pero para quien no tiembla de lo que ha practicado, para quien no cree en los placeres mundanos, para quien se duerme tranquilo como esta criatura, la muerte no tiene horrores, la muerte es un bien! Lo que asusta al hombre que mas desee la muerte es, la transicion de la vida al sueño eterno. Es ese pequeño período que la voz humana no puede esplicarnos despues que ha corrido, pero que por eso mismo lo imaginamos mas terrible de lo que tal vez sea en realidad.

Ahora bien, esta criatura no tiembla con pensar en ese momento de transicion; luego no sufre, y yo no seré criminal porque no lo hago sufrir. Por el contrario, viviendo él ¿no seré entonces muy criminal por haberlo espuesto al sufrimiento del tra-

bajo, y á los reveses de la fortuna? Tú bien lo sabes: este niño va á entrar en el mundo pobre y solo, ninguna voz amiga lo llama, ninguna mano protectora lo espera para conducirlo... sin nombre y sin fortuna vá á cansar su cuerpo en el trabajo, y á beber el cáliz de amargura, lejos de sus padres, sin que una lágrima siquiera vaya á endulzar ese cáliz!

—Pues bien, respondió Pepino. ¿Y qué certeza tienes tú que harás pasar ese niño de la vida á la muerte sin causarle el mas pequeño sufrimiento....?

—Esperimentemos.....

—¡*Bacco!* eso es tener gran confianza en tí mismo; supongamos que por uno de esos casos que hacen fallar el tiro de una pistola, la bala se desvía, y no se introduce en el lugar conveniente para hacer salir la vida?

Repetireis el tiro, y entretanto este inocente gritaria en los parasismos de la muerte: y entonces seria un asesinato horroroso..... Vamos maestro: dejémonos de esas piadosas ideas mortíferas, y montemos á caballo, porque la noche no es cosa buena para nosotros en las presentes circunstancias.

—Tú dices que conoces todos los caminos de Italia....?

—Oh! si conozco! Florencia todavía nos queda lejos....

—Y el lugar indicado para depósito de este fardo vivo?

—Ah! dejadme orientar, respondió Pepino pasando la mano por la frente. Delante de la primera fuente arruinada hay un atajo, á la derecha, que desciende á un valle; entrando en el atajo como á cincuenta pasos, hay una cabaña de guarda: daremos siete golpes en esa cabaña.

—Adelante! gritó Benedetto, saltando sobre el caballo, y tomando despues la criatura en los brazos.

—Adelante! respondió Pepino, montando tambien á caballo. Los dos viajeros siguieron su camino.

Un cuarto de hora despues era noche completa, y ellos se hallaban enfrente de una cabaña cuya puerta permanecia cerrada. Pepino, habiéndose apeado, daba siete golpes en esa puerta con el cabo de su chicote.

Un instante despues abrieron y los dos viajeros se hallaron cara á cara con un hombre alto, flaco, cuyo rostro macilento aclarado por los reflejos trémulos de una luz que ardia en el interior de la cabaña, tenia una espresion siniestra.

Este hombre, como si estuviese acostumbrado á ver en la oscuridad, lanzó sobre los dos viajeros una mirada indagadora, y esperó en silencio á que ellos se esplicasen.

—*Amico*, dijo Pepino, bien podeis acomodar nuestros caballos y volver para conversar con nosotros, porque sin causaros incomodidad alguna, venimos á depositar nuestros bolsillos en vuestras manos.

—¿Qué es eso? preguntó el guardador abriendo sus grandes ojos al oir la palabra bolsillos.

—Vamos: haced lo que os digo y volved.

En este tiempo Benedetto habia puesto el pié en tierra: el guardador tomando entonces los caballos por las riendas, indicó á los viajeros el interior de la cabaña, y haciendo un pequeño rodeo por el esterior, desapareció costeando el edificio.

Benedetto y Pepino quedaron un momento solos.

—Entonces es este el hombre á quien debemos confiar el hijo de Edmundo Dantes? preguntó Benedetto.

—Este hombre es casado, y la mujer segun lo que nos aseguran es una escelente criatura.

—No obstante que participe de algunos de los vicios de su marido.....

—Todos nosotros tenemos errores en este mundo! contestó sentenciosamente Pepino. Además, este niño no está aun en edad de comprenderlos ó imitar.... Silencio, siento pasos.....

Apenas acababa Pepino de decir estas palabras, cuando asomó en la puerta interior de la cabaña una mujer de mediana edad, sosteniendo una criatura en los brazos. El rostro de esa mujer nada tenia de repugnante, y su mirar inspiraba entera confianza. Ella saludó con buenas maneras á los dos viajeros y fué á sentarse en un banco de madera, moviendo á su hijo para despertarlo.

—Buena mujer, le dijo Benedetto mirándola fijamente; debeis saber desde luego, que os tengo en el concepto de una escelente persona, no obstante lo que por ahí se dice de vuestro marido: esto es..... á pesar de que la gente asegura que desde Mántua á Piza, no hay un cazador mas certero en su puntería.....

—Por el amor de Dios, *signor*; no todo lo que se dice es verdad, generalmente miran con mal gesto á un triste cazador de contrato.... pero yo puedo aseguraros que mi marido posee un bello corazon.

—El fin que me conduce aquí es diferente: poco me importa saber de las buenas cualidades de vuestro marido. Yo traigo un niño que os lo quiero entregar para criarlo....

—¿Un niño?....

—Vedlo....

—Parece enfermo, esclamó la mujer, levantándose y mirando la criatura á la floja claridad de la pequeña luz.

—Es robusto y sano, dijo Benedetto. Este abatimiento en que está es debido á la larga jornada que acaba de hacer recostado en este brazo y adormecido contra este pecho de piedra. En pocos dias vereis como se sonrie al lado de vuestro hijo.... y como le dará el nombre de hermano luego que empiece á hablar.

—¡Pobre inocente! Si yo fuese curiosa, luego os preguntaria si es hijo vuestro, *signor*.

—¡Buena pregunta! pero si yo quisiera responderos diria que comparaseis su rostro con el mio.

—¡Ah!.... ¡ah!.... bien se vé....

—Nada, segun me parece, buena mujer; interrumpió Benedetto.

—En esta edad....

—La mejor desgracia que se puede esperimentar es ser huérfano de madre.

—¡Pobre inocente!

—Debe por esta fatal circunstancia ser acreedor á vuestro interés, buena mujer: tomadlo, pues, en vuestros brazos y juntadlo á vuestro hijo.

—Es una niña....

—Tanto mejor, replicó Benedetto; será su hermano.

Diciendo esto, Benedetto entregó la criatura en los brazos de la mujer del cazador y se sentó á su lado.

Pepino estaba en el umbral de la cabaña y parecia escuchar con atencion un rumor lejano que venia á espirar allí.

—Este niño, dijo Benedetto á media voz á la mujer, tiene como os dije ya, la desgracia de ser huérfano de madre. Yo no puedo ligarlo por ahora á mí, porque nuestras edades nada tienen de comun entre sí, y á mas de eso, este niño seria á mi lado el recuerdo importuno de un error.... Es preciso que él viva lejos de mí; que desconozca á quien debe el ser, que desconozca el mundo falsario en que nació.... Sí, criadlo y educadlo como educariais á vuestro hijo, dejad que ambos corran en estos prados: en estos campos, libres como las mariposas que hienden el espacio. Enseñadle á conocer á Dios en sí propio, y en todo cuanto lo rodea, desde la pequeña flor que brilla entre la selva, hasta el majestuoso esplendor del sol; desde la gota de agua que se balancea entre las hojas fragantes de una rosa, hasta la inmensidad imponente del océano; desde el mas débil insecto, hasta la altiva águila que desprende su vuelo arrogante desde la cima de la mas encumbrada roca. Y cuando alguna vez esta criatura os pregunte á quien debe el ser.... le respondereis que ese es un secreto perdido entre la oscuridad de la noche, y que no hay nadie en el mundo que pudiera esplicárselo.... Por ahora direis á cualquier estraño, que este niño es hijo vuestro.

—Lo diré; ¿y podrá pasar por gemelo de mi hija?....

—Como querais. Tomad este dinero: ese bolsillo contiene doscientas piastras, y de hoy á los tres meses tendreis el doble de esa cantidad.

—Muy bien, *signor*, quedad descansado, que yo trataré lo mejor que pueda á este pobre inocente; le he de criar para mi hija.... continuó ella sonriéndose para los dos niños que estaban en sus brazos. Decidme, *signor*, ¿el nombre de este inocente?

—Eduardo, respondió Benedetto.

Apenas habia acabado de pronunciar este nombre, se oyó un tiro de fusil á corta distancia.

La mujer palideció, y Benedetto le dijo:

—Creo que vuestro marido está cazando.... Hola, continuó dirigiéndose á Pepino, ¿á qué distancia de nosotros calculastes el tiro?

—De cien á ciento veinte pasos, respondió Pepino con firmeza, como si esperase aquella pregunta.

—¿En que direccion?

—En la misma en que paramos hará hora y media. Esta maleza de los alrededores tiene cincuenta pasos: hasta la fuente hay otros cincuenta: calculo veinte mas allá de la fuente, y puedo asegurar que á ciento veinte pasos de nosotros se cometió una emboscada.

—¿Co mo así?

—Habrá un cuarto de hora que sentí rodar un carruaje que se aproximaba con rapidez, ahora el tiro del fusil, y un pequeño grito que parece de mujer. El carruaje paró inmediatamente; es cierto que la bala apenas atravesó el pecho de uno de los caballos.

Benedetto miró el rostro de la mujer, y observó que estaba pálida como la muerte.

—Vaya pues; retírate de la puerta y ciérrala.

—Creo que alguien viene corriendo hácia este lado, murmuró Pepino.

—Será el marido de esta buena mujer, que vuelve de acomodar nuestros caballos.

En efecto un instante despues apareció el cazador con las manos en los bolsillos, y completamente desarmado. Su fisonomía estaba tranquila.

—Buenas noches, *amico*, le dijo Benedetto con la mayor sangre fria. Os ruego que nos deis alguna cosa que comer porque hemos de partir antes de la madrugada. He hablado ya con

vuestra mujer y os recomiendo que repartais vuestro amor paternal con el compañero de vuestra hijita.

—¡Ah! ¿de la chiquita? murmuró el cazador lanzando una mirada oblícua á su mujer. Podeis estar seguro, caballero, que si él es un muchacho, tan pronto como pueda afirmarse en las piernas le prestaré para que juegue los muebles viejos de una escopeta y le armaré por ahí en un banco la montura de un caballo.

—Así lo deseo. Este niño debe ser educado de manera que no tiemble al aspecto del peligro ó del trabajo.

—Puedes ir á acomodar á los niños allá adentro, y despues trata de preparar la cena para estos señores, dijo el cazador á su mujer. Se contentarán con la caza que se encuentra en estos alrededores, y con alguna hortaliza de mi pequeña porcion de tierra.

—Vamos, *signor*, quereis despediros de este niño? preguntó la mujer á Benedetto, presentándole la criatura.

—Le deseo fuerza y coraje para entrar en el mundo, replicó simplemente Benedetto, alejando blandamente con su brazo el cuerpo del niño.

La mujer no insistió y caminó hácia el interior de la cabaña.

El cazador corrió los cerrojos de la puerta y colgó su candileja de fierro en un clavo que estaba en el marco de la ventana; como si quisiese que el reflejo de la llama fuese visto á distancia: despues se sentó silenciosamente al lado de la ventana y apoyó la cabeza en las manos.

Por espacio de un cuarto de hora ningun incidente perturbó el silencio que reinaba en la cabaña.

Benedetto estaba en pié con la espalda apoyada en la pared, y la mano derecha en el pecho; en su mirar fijo en el suelo, y en su frente arrugada, se conocia que meditaba profundamente.

Pepino siempre con el oido atento mostraba el interés con que esperaba un resultado cualquiera de lo que habia observado.

Por fin se oyeron algunos pasos, luego un golpe en la puerta, y despues una voz de hombre que decia en italiano:

—Abrid, abrid, buena gente, que no quedareis descontentos.

A estas palabras el cazador se levantó, y se disponia á abrir la puerta; pero Benedetto, llegándose con rapidez, lo detuvo.

—No quiero ser visto, dijo á media voz.

—No hay peligro de eso .... murmuró el cazador con una sonrisa de inteligencia.

—En hora buena.

—Venid, pues.

Benedetto y Pepino siguieron al cazador á un cuarto interior de la cabaña.

—Quedareis aquí tan escondidos como si estuviéseis á diez millas de distancia, les dijo el cazador. Aquella puerta que veis allá, da para el cuarto donde duermen los niños: el de arriba es otro cuarto pequeño que está vacío. Quedad en paz.

Diciendo esto, el cazador volvió sobre sus pasos, y Benedetto sintió correr los cerrojos de la puerta de la cabaña.

—Buen pastor, dijo un hombre entrando apresuradamente; ¿podriais vos prestar algun socorro á mi amo, cuyo carruaje no puede continuar la jornada por faltarle un caballo?

—Pues qué! murió el caballo?

—Ah! es muy cierto! atravesado el pecho por una bala, y con tal puntería, que hace honor al maldito cazador! Y juraria que no hay mala gente en estos alrededores!

—Vaya: historias! la bala no llevaba sobre-escrito para el caballo.....

—Sí: tal vez lo llevaba para el cochero: el diablo se lleve vuestro mal recuerdo!...

—No digo eso: digo que me parece ser esa catástrofe debida simplemente al acaso de haberse disparado la escopeta de algun guardador. Tambien puedo aseguraros que si hubiese querido matar al cochero no hubiera muerto al caballo; el mas estúpido tirador de estos sitios es capaz de pasar una naranja á cincuenta pasos.

—¡*Bacco!* Y qué hará entonces el mas hábil?.....



—Haria saltar el fondo de una botella, metiéndole la bala por la garganta á la misma distancia, respondió el cazador con cierto orgullo salvaje.

—Admiro tanta destreza, pero no os contradigo ahora, porque no puedo entrar en grandes cuestiones; entretanto, si mi amo viene aquí á pasar la noche, mientras hace traer nuestros caballos, nosotros conversaremos.

—¿Quién es vuestro amo?

—Sois curioso antes de tiempo! es un señor natural de Francia que estuvo en Venecia, y que viene de Mántua para Florencia.

—En cuanto á mí, le ofrezco cuanto poseo, que es cuanto veis; si S. E. quiere honrarme, que venga aquí.

—Preparad, pues, lo mejor que fuere posible este pequeño albergue, mientras voy á prevenir á S. E.

El criado corrió en la direccion del camino, y el cazador sonriéndose con cierto aire de burla murmuró: á pesar de ser pequeño albergue, muy grandes personas la han solicitado ya con lágrimas en los ojos! Vamos, vale mas dar fin á uno de los caballos del tren, que partir el brazo al cochero..... no es costumbre en Italia ahorcar los hombres porque tengan la manía de matar caballos.

Entretanto, Benedetto y Pepino ardian en curiosidad de saber lo que sucedia, y mientras el último fué á informarse, Benedetto empezó á observar con escrupulosa atencion el lugar en que estaba.

Era un cuarto pequeño que tendria ocho ó nueve cuartas cuadradas: la pared de la izquierda, formada por un tabique muy débil, estaba llena de aberturas, por las cuales se veia el interior de otro cuarto en que ardia una pequeña lamparilla, cuyos rayos pálidos aclaraban una cuna pequeña de blanda paja en que estaban acostadas dos criaturas.

Habia una puerta en este tabique, pero estaba cerrada por fuera.

Benedetto iba á llamar á alguien para mandar abrir aquella puerta, cuando apareció Pepino.

—Silencio! dijo éste. Llegaron dos viajeros, que segun me consta, van á pasar la noche aquí mientras llegan nuevos caballos para el carruaje. Me parece que el tal cazador mata los caballos por especulacion: este sin embargo es un método de vida mucho mas decente que otros muchos que yo conozco.

—¿Quienes son los viajeros?

—Poco importa eso, respondió Pepino: no lo sé.

—De cualquier modo, es preciso quedar para vigilar el niño: los viajeros son curiosos..... y estoy con algun recelo de estos. Pepino, tú partirás ahora mismo para Florencia.....

—Qué diablo dices, hombre? partir.....

—Así es preciso; tengo algunas instrucciones que darte.....

—Nada: yo no te abandono en este momento... porque... en fin, los viajeros traen criados, y mas valen dos hombres contra cuatro ó cinco que uno contra tres.

Benedetto no respondió; empezó á pasear de un lado á otro, y sintiendo ruido, fué á colocar el oido en la pared para escuchar.

El sonido de diferentes voces que hablaban, haciendo eco por las rendijas del frágil edificio, llegaba á aquel punto de un modo tal que no era posible entender una palabra: asimismo Benedetto conoció que estaba una mujer en la entrada de la cabaña; porque el rumor confuso de diferentes voces se debilitaba á veces y dejaba percibir las últimas sílabas de algunas palabras proferidas con acento femenil.

Entretanto nada mas era posible entender.

Benedetto esperó.

Media hora despues sintió algunos pasos en el pavimento superior á aquel en que estaba, le pareció que preparaban una cama, sintió cerrar la puerta esterior de la cabaña, y todo vovió á quedar en silencio.

Entonces es que Benedetto esperaba oir algunas palabras que lo iluminasen.

En efecto, distinguió la voz de mujer del cazador que ha-

blaba con alguien, cuya voz no le pareció estraña, pero que no pudo conocer de quien era.

—Es como os digo, escelentísimo, no hay nadie mas en casa.

—Pero conozco que hay un cuarto bajo de aquel que nos ofrecisteis, y sé que vos no dormís en ese cuarto: ¿porque motivo no podeis disponer de él?

—Estais engañado! Es el cuarto en que están mis gemelos, al lado hay otro que sirve para guardar los utensilios del campo, y que no sirve para nada mas.

—Esperad: hablasteis de vuestros gemelos? vuestro marido me habia dicho que no tenia sino una hija.

—Ah! es porque mi marido siempre habla así; el otro es tan enfermizo que muy pocas esperanzas nos dá.

—Qué edad tienen?

—Van á cumplir dos años.

—Pobres inocentes!.... sabeis que yo gusto de criaturas?..... desearia verlos.

—Están durmiendo, escelentísimo.

—Es lo mismo, los veré sin dispertarlos.

—Sois padre, escelentísimo? preguntó la mujer del cazador.

—Yo?... Sí, lo soy, respondió el conde.

—¡Con qué tristeza lo decís!

—Es que la palabra padre, nos produce muchas veces el efecto de un hierro ardiente pasando por nuestros labios.

—*Peccato!* ¿y por qué?...

—Porque Dios lo quiere, respondió el conde, continuando despues como para escusar un recuerdo cruel: mostradme vuestros gemelos..., me parece que sereis muy feliz cuando los mirais; los besais y decís son mis hijos! ¿no es así buena mujer?.....

—Eso es tan cierto, como es cierto el misterio de la Vírgen.

—Venid, pues...

—Pero si ellos se dispiertan... son muy impertinentes: y nos han de dar á todos muy mala noche.

—Sois muy escrupulosa, buena mujer; muchas veces he lle-

gado en alta hora á la cuna de mi hijo, y no se desvelaba; vamos, pues, quiero dotar vuestros gemelos.

A la palabra «dotar» no resistió mas la buena mujer, se dirigió luego para el cuarto en que dormian las criaturas y abrió la puerta.

Entonces fué cuando Benedetto concibió alguna esperanza de conocer quién era el hombre que hablaba con la mujer del cazador.

Pepino empezó á inquietarse, se levantó sin hacer ruido, y se colocó al lado de Benedetto, cuya mirada de fuego espiaba por las aberturas del interior del cuarto próximo.

Luego que el viajero penetró en este cuarto, cuando los rayos macilentos de la pequeña luz aclararon el rostro de ese hombre, el cuerpo de Benedetto se contrajo como el de la fiera que ve delante de sí al enemigo. Se pasó la mano rápidamente por la frente, y apretó los dientes para evitar que se chocasen unos con otros; comprimió despues el pecho como para regularizar la respiracion, é insensiblemente buscó la empuñadura de una pistola que tenia en el cinto.

—Allí están, escelentísimo... dijo la mujer del cazador, alejando un paño que cubria los niños, pero de un modo que apenas pudo el conde distinguirlos.

El conde de Monte-Cristo apoyó entonces un brazo á la cuna.

Benedetto sacó una pistola; la engatilló suavemente, y aplicando el cañon á una de las hendiduras del tabique, apuntó al conde,

—¿Qué es eso? dijo Pepino queriendo retirarle el brazo.

—Acabo de ver al conde de Monte-Cristo, y yo te juro, que en el momento en que reconozca á su hijo, no tendrá tiempo de pronunciar su nombre, respondió Benedetto al oido de Pepino.

—Pero... eso es un asesinato!....

—Calla, Pepino, ó nos perdemos todos!....

—Mira... la mujer dejó caer la sábana sobre las criaturas.....

—Bien veo!.... y veo que el conde retrocede hácia la cuna.

—Entonces, escelentísimo, dijo la mujer del cazador ¿queréis quedar aquí toda la santísima noche?....

—Teneis razon: ya ví vuestros hijos... quiero decir, me parece que los he visto.

—¿Cómo así?

—El que está del lado de la pared es el niño ó la niña?

—Es el niño.

—Tiene el rostro escondido en el seno de su hermana y no pude verlo: en cuanto á la niña os puedo asegurar que es linda...

—Pobres angelitos! esclamó la mujer; quiera Dios que ellos sean felices.

—¿Cómo entendeis su felicidad?

—Que tengan con qué vivir sin miedo de la miseria.

—El trabajo da esa felicidad; pedid sobre ellos la bendicion de Dios. ¿Cómo se llaman?

—La niña Eugenia, y el niño Eduardo.

El conde se estremeció al oir estos nombres; dando despues otra mirada sobre el lecho, salió del cuarto acompañado por la mujer del cazador. Pocos momentos despues, Benedetto oyó la voz de esta que decia:

—Ah! signor, sois bastante generoso, y cuando mis hijos crezcan, les he de enseñar vuestro nombre. ¿Cómo os llamais?

—No os lo digo. Quiero antes que ellos rueguen por la felicidad de Eduardo.

Diciendo esto, el conde subió la escalera y entró en el cuarto superior al en que estaban Benedetto y Pepino.

XLVI.

Sorpresa.

Antes de nacer el sol, el carruaje del conde de Monte-Cristo estaba pronto para seguir la jornada, pues habia mandado buscar una muda de caballos á la primera posta, para reparar la falta del que habian muerto.

El conde y Haydéa se despidieron de la pobre familia, y caminaron por el callejon en direccion al camino donde los esperaba el carruaje; pero mas de una vez el conde se detuvo y miró para aquel sencillo techo de la cabaña, sin poderse esplicar el motivo por qué lo hacia.

A proporcion que se alejaban de la cabaña, sentia una opresion singular, y le parecia que no habia aire en su derredor para respirar.

Haydéa, que caminaba apoyada en el brazo del conde, tambien sentia iguales efectos, y le caian involuntariamente las lágrimas. Uno y otro sin embargo, no osaban interrogarse.

Algunas veces los ojos aterciopelados de Haydéa se encontraron en silencio con los de su marido, y otras tantas ellos miraron la rústica cabaña en que habian pasado la noche.

Cinco minutos despues estaban junto al carruaje cuya puerta fué abierta por uno de los criados.

Haydéa fué la primera en entrar y miró una vez mas para la cabaña que quedaba al fin del callejon; y el conde siguió á su mujer, y cuando iba tambien á mirar la cabaña el lacayo cerró impasible la portezuela, gritando ¿puede andar?

El carruaje rodó con velocidad á lo largo del camino, pero cuando iba á dar vuelta para salir del cercado, el conde gritó con su voz varonil:

—Para!

El carruaje paró.

—Para que nos detenemos todavía? preguntó Haydéa al conde que parecia oprimido.

—Mira, dijo él, no es allí, en el centro de aquel valle, la cabaña humilde en que pasamos la noche, Haydéa?

—Sí... allí es...

El sol asomaba ya en el horizonte, y sus rayos descendiendo al valle, iban á dorar el techo de la cabaña, cuya chimenea exhalaba entonces un vapor azulado y trasparente que poco á poco desaparecia en el aire.

El conde y Haydéa miraron un momento para la cabaña.

Un sentimiento inesplicable les oprimió en proporcion que se alejaban de aquel sencillo edificio.

—Haydéa, dijo el conde, creo que debe ser muy feliz aquella gente....

—Oh! sí... muy feliz, respondió ella ocultando una lágrima.

El conde permaneció con la mirada clavada en la cabaña, que apenas se distinguia en el fondo del valle, y notó con espanto algunas columnas de humo ennegrecido que empezaban á elevarse del centro de la casita; esas columnas engrosaban insensiblemente y el conde empezó á inquietarse, pero antes que tuviese tiempo de tomar una resolucion cualquiera, vió deshacerse el techo de la cabaña, y oyó un grito de terror que parecia partir de aquella direccion.

La vejetacion del terreno impedia que el conde pudiese distinguir las personas que gritaban:

—Fuego! fuego allá abajo... dijeron los criados del conde.

—Sí, repitió éste con espresion dolorosa.

—Oh! socorramos á esos infelices! gritó Haydéa.

—Es inutil, replicó el conde, veo heshacerse la cabaña, y la gente está salva; oigo sus gritos! Dios los proteja!.... Adelante.

—Oh! no, no señor! dijo Haydéa, vos sois bueno y generoso, corramos á socorrerlos!.... aquella buena mujer es madre... tal vez quedará reducida á la última miseria... vamos pues.

El conde no pudiendo resistir al modo con que Haydéa imploraba el socorro, estendió el brazo por la portezuela del carruaje, é hizo señal para que volviese por el mismo camino hasta el callejon.

El carruaje volvió inmediatamente, y cuando iba á doblar el cercado, dos hombres á caballo, corriendo á rienda suelta, pasaron muy cercanos envueltos en una nube de polvo.

—Jesus! esclamó Haydéa; el conde se estremeció á pesar suyo, y tentó reconocer á los dos caballeros, pero la velocidad que llevaban burló sus deseos.

Pocos momentos despues el carruaje pasó frente al callejon, el conde bajó y Haydéa quiso seguirle hasta el lugar del incendio, donde se oian claramente los gritos de una mujer.

Un monton de cenizas humeantes estaban en el lugar de la cabaña en que habia pasado la noche el conde de Monte-Cristo.

—Callaos, callaos buena mujer, dijo Haydéa en mal italiano, apenas llegó al fin del callejon; no desespereis de la misericordia del cielo! nosotros venimos en vuestro socorro.

—Miserable! gritó la mujer del cazador, levantando sus puños frente á la tímida Haydéa. ¡Tú lanzastes fuego en nuestra cabaña!....

—¡Dios mio!... ¿Qué decís?...

—Digo eso! digo la verdad.... y aquel hombre fatal, aquel hombre maldito que te acompaña, sabe si yo digo la verdad!

—Está loca, murmuró Haydéa con amargura, dirigiéndose á su marido, cuya fisonomía inmóvil hacia contraste con la espresion de rabia que se veia en la mujer del cazador..

El conde miró en derredor de sí, como si buscase la figura repugnante del cazador del bosque.

En efecto, allí estaba con el brazo izquierdo apoyado en el tronco de un árbol y sosteniendo con el derecho su escopeta.

—No estoy loca, gritó la mujer; no estoy loca... vos sí que me lo pareceis, pues no sé en que os fiais ambos para venir así á presenciar vuestra obra! Yo lo se todo! vuestros cómplices hablaron de manera que yo los oi... Yo lo se todo! repitió batiendo con desesperacion el suelo, y deshaciéndose los cabellos.

—Buena mujer, dijo entonces el conde de Monte-Cristo con su imperturbable sangre fria y su dulce majestad: el esceso de vuestra desesperacion es terrible! tranquilizaos y esplicadnos, no vuestras palabras que son hijas de la exaltacion, pero sí todo lo que sucedió.

—Poned los ojos en aquel monton de cenizas, y en este inocente que quedó sin pan! respondió el cazador, acompañando las palabras con una mirada feroz, y designando alternativamente el

lugar de la cabaña, y una criatura que estaba tendida en la yerba, junto á unos arbustos.

—Vuestros cómplices, señor, no os sirvieron bien esta vez! continuó el cazador.

—¿Qué estais diciendo? preguntó el conde con aire severo. ¿Qué cómplices son esos á que os referís? ¿Sabeis acaso á quién hablais?....

—Sé, y voy á decíroslo, y avanzó un paso.

—Señor... huyamos! gritó Haydéa echando el brazo alrededor del cuerpo de su marido.

—Silencio, Haydéa, dijo él con blandura: oigamos á este hombre. Hablad.

—Esa intencion tengo yo, ya que no ejecuté mi voluntad, que era alcanzaros, y pasaros el cráneo con una bala, así como ayer agujereé el pecho de vuestro caballo, ya que ahora no os asesino porque vuestros criados os habian de vengar... voy á hablar y decir quien sois. Sois un miserable, todavía mas que yo, porque yo voy á espiar en el camino el carruaje del viajero, despues le hago caer un caballo, imposibilito simplemente la jornada por algunas horas, y vengo á esperar en mi casa que los viajeros pasen allí la noche, y me paguen algunas piastras: pero vos teneis por costumbre cosa peor!

Andais viajando en un carruaje, y adelante mandais dos hombres con una criatura de dos ó tres años; estos hombres buscan la casa y solicitan guardar en depósito el pobre niño; es una mentira como cualquiera otra: despues apareceis vos que vais para la misma casa, fingís que sois generoso para que no os cierren las puertas; salís á los pocos instantes habiendo enseñado é vuestros cómplices el lugar en que creeis que se guarda el dinero, vuestros cómplices roban todo, toman el niño, queman la casa y desaparecen para ir á reproducir en otro punto el mismo embuste.... Hé aquí como yo no soy tonto, mi querido señor de los bienes agenos!

El conde ni pestañeó siquiera al oir tan estrañas cuanto estra-

vagantes palabras. Esperó tranquilo que acabasen, y cuando el cazador se calló:

—Muy bien, dijo él; solo el tiempo me podrá defender de tan loca acusacion. Entretanto permitid que os ofrezca los medios necesarios para que reedifiqueis vuestra cabaña, y compreis el pan de vuestro hijo; pero esplicaos y habladme con sosiego de esos cómplices que me atribuís y de esa criatura que ellos traian.

Diciendo esto, el conde ofreció una bolsa con dinero al cazador, en cuyos labios asomó una sonrisa de burla.

—Agradezco vuestra generosidad, pues tambien se cual es el dinero que me ofreceis.

—Es dinero falso, gritó la mujer; yo lo he oido muy bien decir á vuestros compañeros cuando conversaban avanzada la noche.

—Guardadlo, mi señor hidalgo; replicó el cazador, guardadlo é id á otro lugar donde no seais tan conocido como quí.

—Buen hombre, insistió el conde; sin duda estais alucinado... yo soy el conde de Monte-Cristo.

—Fuera de aquí, impostor! gritó el cazador, dando un violento golpe con la culata de su escopeta sobre la tierra. Fuera... no insulteis todavía á la desgracia.

—Huyamos, huyamos, están locos! gritó Haydéa, empujando al conde.

—No, amiga mia; es preciso que yo sepa quién fué el autor de esta vil intriga; hablad en nombre de Dios, hablad buen hombre; yo os perdono todas las injurias que me habeis dirigido...... pero, en nombre de Dios, decidme quiénes eran los hombres que estuvieron en vuestra casa con una criatura.

—Vos quereis perderme! gritó el cazador, engatillando su escopeta; os voy á meter una bala en el cuerpo, si no me librais de vuestra presencia.

—Piedad! gritó Haydéa colocándose enfrente del conde.

—Oh! Dios mio! esclamó Monte-Cristo con afliccion: ¿será imposible que yo sepa este horrible misterio?

Nada habia allí que probase la inocencia del conde á los ojos del cazador; prolongar aquella escena de desconfianza, hubiera sido una imprudencia, así es que el conde de Monte-Cristo resignándose á la voluntad del cielo, se alejó tranquilamente de aquel lugar donde su nombre quedaba maldecido.

A cada paso, Haydéa temblando volvia la cabeza para observar el movimiento del terrible cazador en cuyas manos estaba todavía la escopeta engatillada.

Pocos momentos despues llegaron al carruaje que los esperaba en el camino, y continuaron su viaje.

El conde, mirando fijamente al rostro angélico de Haydéa, levantó los ojos al cielo como si pidiese proteccion para ella: Monte-Cristo presentia tal vez lo que le iba á suceder. Al dar vuelta al cercado se oyó la detonacion de un tiro, y el conde y Haydéa sintieron el silvar de una bala que atravesaba el carruaje de lado á lado, pasando á un palmo de distancia de sus cabezas.

—Jesus! gritó Haydéa entrelazando su cuerpo frágil con el del conde. ¡Yo quiero morir con vos!

El único recurso para evitar una catástrofe era la velocidad; por tanto, el conde hizo señal al cochero, y los caballos partieron á galope.

El carruaje desapareció del camino entre nubes de polvo, y pocos momentos despues se oyó aun un segundo tiro, pero la bala pasó á gran distancia..

....

El conde de Monte-Cristo habia enviado á Florencia, con antecedencia de quince dias á su mayordomo, con la órden de prepararle un domicilio.

El conde conocia muy bien la inteligencia de su mayordomo el señor Bertuccio, y por eso estaba seguro de encontrar en Florencia un buen alojamiento durante los dias que allí se demorase. Cuando Bertuccio apareció en Florencia, tratando de cumplir las órdenes del conde, notó con asombro la indiferencia con que recibian sus propuestas de contrato: ni el afamado Poniatowski, ni

los astutos Corsini-Monfort se vanagloriaban de recibir en sus casas al famoso conde de Monte-Cristo, cuya opulencia fabulosa era conocida en todas las ciudades no solo de Europa; sino tambien en las de Oriente y Occidente. Poniatowski llegó hasta decir francamente al señor Bertuccio que no tenia el menor interés en recibir al conde en su hotel, porque corrian por ciertas algunas voces tan desfavorables respecto á S. E. que no seria posible admitirlo en ninguna parte.

Los Corsini-Monfort eran los únicos con quienes Bertuccio podria hacer algun arreglo, pero la suma exigida por ellos era tal, que mas valia alquilar uno de los mas bellos edificios próximos al palacio.

Bertuccio fué en el acto á ver si realizaba esta última idea, pero ninguno de los propietarios se acomodaba á las propuestas que les hacia, luego que pronunciaba el nombre del conde de Monte-Cristo.

El mayordomo, pues, empezó á inquietarse con esto; los dias habian corrido con velocidad, y no habia cumplido las órdenes del conde, y el conde ya no podia tardar en llegar á Florencia mas de veinte y cuatro horas á lo sumo.

Finalmente Bertuccio recurrió al servicio de los Corsini-Monfort, cuyo hotel era en verdad magnífico; les satisfizo la suma que exigian, y tomó la mitad del edificio, sujetándose á las condiciones que ellos juzgaron conveniente imponerle.

Una de estas, era que todas las luces serian cerradas por un globo de alambre sobre los globos de vidrio, y que S. E. el señor conde no podria tener palitos fosfóricos en su poder.

—Vaya, esa es buena! y por qué? preguntó el mayordomo.

—Corre en Florencia la voz de que S. E. el *signor* conde ha enloquecido, empezando por manifestar su manía con la accion de pegar fuego á un palacio que poseia en la isla de Monte-Cristo. La manía de S. E. dicen que es pegar fuego á los edificios en que entra.

En vano Bertuccio agotó los recursos de su elocuencia para

probar al florentino el perfecto estado intelectual del conde, porque aquél permanecia firme en lo que habia dicho.

El dia anterior á la llegada del conde, vió Bertuccio que un caso particular concurria para dar la razon al florentino. Alguien contó en Florencia que Monte-Cristo, habiendo pasado la noche en un pobre albergue en el camino de aquella ciudad, lo habia incendiado en el momento de partir.

Entretanto el conde llegó; algunas personas conocidas fueron á saludarlo, pero de un modo tal, que bien manifestaba el dolor que les causaba aquel hombre.

Haydéa estaba mas abatida que nunca; en su rostro sencillo como la rosa del Oriente, se diseñaba la espresion del disgusto profundo que la oprimia.

En consecuencia de su mal estado de salud no pudo el conde partir, como deseaba, para la isla de Monte-Cristo, y se demoró algunos dias en Florencia, esperando que ella mejorase: pero la infeliz señora parecia cada vez mas abatida, y los médicos aseguraron que cualquier fatiga de viaje, por pequeña que fuese, podria serle fatal.

Tanto ella como el conde estaban vivamente impresionados por el suceso de la jornada á Florencia; pero Haydéa, herida por la pérdida de su hijo, no daba tan grande atencion á aquella como el conde, cuyo espíritu superior le daba fuerza necesaria para arrostrar con sangre fria el peligro ó la fatalidad por mas eminente que fuese uno, y decidida la otra.

Noches enteras pasó el conde en Florencia al lado del lecho en que Haydéa descansaba, meditando sobre las palabras que habia oido al cazador: ¿quienes eran aquellos hombres misteriosos, y aquella criatura que ellos conducian...? Se preguntaba á sí mismo sin poder establecer un raciocinio preciso del cual derivase la respuesta. Quién era el enemigo desconocido que le perseguia? Debia, acaso, dar oidos á lo que habia dicho aquel enmascarado en casa del conde Gradenigo, en Venecia?

El conde se perdia en conjeturas, y entretanto la desgracia empezaba á oprimirlo.

Clavó su mirada inteligente y firme en el rostro de Haydéa cuyos párpados estaban cerrados por el sueño, y por la primera vez en toda su vida se estremeció con un pensamiento íntimo, cuya traduccion al estilo vulgar seria tal vez imposible.

Muchas veces nos sucede esto. Hay por instantes un pensamiento que nos sobresalta, y aun cuando tentemos esplicarlo, conocemos su vaguedad, y que no se referia á su imágen precisa ó determinada: y sin embargo, nosotros comprendemos bien ese pensamiento y sabemos á quién se refiere.

El conde, pues, tambien tuvo y se estremeció por uno de esos pensamientos involuntarios, y ese... era el *arrepentimiento*.

Sentia que la desgracia lo amenazaba de tal modo, que no era posible combatirla. Sintiéndose grande y poderoso, celoso y formidable colocado por Dios entre los hombres, calculaba cuán terrible debia ser su caida, y entonces se arrepentia de haber ligado á su destino á aquella mujer inocente, á la hermosa Haydéa.

Era esto lo que el conde sentia, y lo que no habria podido esplicar con las palabras, si intentase espresar con ellas su sentimiento.

Monte-Cristo tomó una resolucion. Aunque fuese eminente y horrible la desgracia que lo heria, era de su deber combatirla y resistirla mientras que tuviese aliento en el pecho. Él lo haria así nó por amor á sí mismo, pero sí por la mujer inocente cuya existencia habia ligado á la suya.

Era alta noche, y el conde se levantó imprimiendo un beso en el rostro de Haydéa adormecida, y se alejó del lecho en que ella reposaba. Habian transcurrido ya ocho dias que estaban en Florencia, y en todo ese tiempo Monte-Cristo no habia aspirado el humo del tabaco; se acordó de encender su magnífica pipa, y entregarse á aquel adormecimiento apacible que nos causa el tabaco de buena calidad.

Preparando por su propia mano la pipa, miró en derredor de sí buscando la direccion de la luz, pero estaba colocada muy alta y además defendida por un globo de cristal metido entre otro de

finísimo alambre. Viendo esto, abrió la puerta del cuarto y salió á la sala inmediata, juzgando encontrar allí alguno de sus criados, porque hacia mucho tiempo que uno quedaba siempre vigilante por órden suya, inmediato á los aposentos del conde.

En efecto, allí estaba un negro que parecia dormitar, sentado sobre la alfombra al uso oriental.

El conde lo despertó, y él se levantó en el acto.

—Dadme luz, Alí!

El negro inclinó la cabeza y salió para obedecer, pero poco despues volvió é hizo algunas señales con los brazos frente á su amo, como si fuese mudo.

—No quieren darte fuego? dijo el conde traduciendo las señales del negro. Alí, quizá no te habrán entendido bien.

—Sí, dijo el negro.

—Oh! en ese caso yo mismo iré á pedirlo; cuando estoy en Europa me acostumbro á estos modos groseros de tratar á los huéspedes en un hotel público.

Diciendo esto el conde salió para el corredor, y distinguiendo luz en un pequeño cuarto que estaba á poca distancia, se dirigió á él empujando luego la puerta.

—Licencia, dijo el conde en italiano, entrando en un cuarto amueblado en forma de escritorio, donde estaba de servicio un agente del hotel.

—¿Qué quereis? preguntó el empleado, sin levantarse de la silla en que estaba.

—Creo que sois empleado del hotel, caballero?

—Es verdad: aquí hay la costumbre de que quede siempre un hombre de servicio durante la noche, principalmente cuando hay una razon especial para ello.

—Muy bien: no indago cual sea esa razon, y encuentro que es una medida bien adoptada. Vengo simplemente á encender mi pipa, porque mis criados se olvidaron de colocar lumbre en mi cámara.

—Y fumareis aquí mismo á mi vista?

—¿Por qué haceis esa pregunta?

—De lo contrario no consentiré que encendais vuestra pipa.

—No consentireis? oh! me parece que no conoceis la fuerza de los verbos.

—La conozco perfectamente, señor, respondió el empleado levantándose.

—¿Cómo es eso, pues?

—Os digo que no saldreis de este cuarto con la pipa encendida.

—Luego está prohibido fumar en Florencia?

—No señor, yo no me opongo á que fumeis; me opongo sencillamente á que salgais de aquí con fuego.

—Os aseguro que nunca me interesó tanto un diálogo! dijo el conde tomando fuego, y encendiendo su pipa. Os deseo buenas noches: me voy á mi cuarto.

—No saldreis! repitió el empleado colocándose enfrente de la puerta.

—Sois insolente!

—No saldreis....! perdonad... no saldreis!

—Vamos, estais atontado por sueño..... el sueño produce muchas veces el efecto del vino... entretanto ya me fastidia vuestra charla... apartaos.

Diciendo esto el conde echó blandamente el brazo sobre la espalda del empleado, y tentó alejarlo de la puerta, pero el florentino afirmó las manos en los marcos de ella y se conservó allí.

—Segun veo quereis impacientarme!

—Y vos quereis eludir las condiciones impuestas por nosotros, cuando mandasteis tomar los aposentos que ocupais en esta casa.

—Yo...? ¿qué condiciones son esas?

—La principal es de no encender fuego en vuestros cuartos, aunque sea nada mas que en vuestra pipa.

El conde soltó una carcajada.

—Y si vos intentais salir de aquí, yo tiro de aquel cordon, y en breve vendrá alguien en mi socorro.

El conde oyó con espanto las palabras del florentino, y tuvo curiosidad de interrogarlo mas.

—Entonces ¿lo que dió orígen á esas condiciones será un secreto?

—No sé, yo cumplo simplemente las órdenes que tengo.

—Es por recelo del fuego ..?

—Creo que sí, señor, á veces sucede... por un descuido... me parece que por uno de esos simples descuidos ardió, no hace muchos dias, en el camino de Florencia, la cabaña en que pasasteis la noche

—¿Y cómo lo sabeis? preguntó el conde aterrado.

—El dueño de ella es cazador contratado, y abastece el hotel con su caza

—Pero aun así, se debe tener confianza en las personas.

—Confianza en unas y desconfianza en otras.

—Y qué, ¿desconfiais de mí?

—De ningun modo, señor; sin embargo, la prevencion no está de mas.

El conde lo comprendió todo. Comprendió que lo acusaban secretamente de incendiario, pero como la justicia no lo incomodaba, muy fácil le fué hacer esta deduccion «solo que me crean loco...»

—Muy bien, dijo el conde pausadamente y vaciando su pipa, mañana pediré esplicaciones minuciosas de lo que sucede, y por ahora os deseo buenas noches.

El florentino lo saludó y él salió.

En todo el resto de la noche el conde no pudo dormir. La fatalidad lo perseguia de cerca.

—Oh! murmuraba con rabia, es preciso que yo conozca al enemigo que me persigue.

Al dia siguiente, llamando á su mayordomo, oyó con afectada indiferencia cuanto por consideracion él le habia ocultado hasta allí. No habia otro medio de desmentir la voz pública sino sujetarse al ejemplo incuestionable del tiempo. El tiempo fué pasando

entretanto, y el conde siempre esperaba que él desmintiese la intriga que se habia tramado misteriosamente.

Al cabo de un mes, como Haydéa se sentia mejor, el conde resolvió partir para la ciudad de Pisa, donde ella debia quedar, mientras él partia á la isla de Monte-Cristo.

Los preparativos se hicieron con la presteza ordinaria: el señor Bertuccio habia partido con antecedencia de cuatro dias, despues de saldar sus cuentas con la casa Corsini, y el conde, dando el brazo á Haydéa, bajó las escaleras del hotel para entrar en el carruaje que lo esperaba para conducirlo al muelle en que debia embarcarse en una *barchetta* para bajar al rio. Una hora despues estaban ambos en la *barchetta* ya distante de la ciudad; de repente los sonidos lúgubres de las campanas, tocando á incendio, llegaron á sus oidos.

—¿Dónde os parece que es el fuego, amigos mios? preguntó á los hombres de la *barchetta*.

—Yo juraria que es en el hotel Corsini, contestó uno de ellos despues de indagar con la vista la direccion del edificio incendiado.

Haydéa, pálida como un espectro, miró al conde, en cuya fisonomía se veia la espresion amarga de la desesperacion.

—Oh! dijo Haydéa á media voz: parece que dejamos la fatalidad por donde pasamos!

Mientras tanto, Bertuccio encontraba grandes dificultades para preparar el alojamiento de su amo en Pisa, y no habia otro recurso sino comprar la propiedad de algun edificio para recibirlo. Este negocio, empero, se demoró mas de lo que Bertuccio se suponia, y cuando el conde de Monte-Cristo desembarcó en Pisa, no tenia un techo que lo abrigase, á pesar del prestigio de su inmensa riqueza; quedaba apenas un recurso, y era entrar en una hostería bajo un nombre supuesto; pero los pasaportes decian bien claro «el conde de Monte Cristo;» á mas de esto, todos sabian ya que un hombre de mediana estatura, grueso, de fisonomía melancólica, ojos y cabellos negros, mirada centelleante, y boca

rasgada casi en línea horizontal, viajaba en compañía de una señora todavía jóven, hermosa y delicada como la rosa de la Turquía; y que ese hombre no era ni mas ni menos que el conde de Monte-Cristo, por lo que se hacia imposible sostener la ilusion.

El conde y Haydéa estaban sobre el muelle, frente á Bertuccio que los habia ido á esperar.

—¿Luego no hay en Pisa un domicilio que me reciba, señor Bertuccio....?

—Os aseguro que hice las mayores diligencias. ..

— Ofrecisteis el doble....?

—El triple, el cuádruplo! respondió Bertuccio.

—Oh! sois pródigo, señor mayordomo.... eso es malo! replicó el conde como si estuviese jugando, y mirando en derredor de sí.

—Y entonces, señor, preguntó Haydéa, ¿para donde vamos...?

—Bertuccio bien lo sabe.... él me habia dado ya la indicacion de la casa, y se fia en eso.... pero le prevengo que me olvidé ...

—Señor. ...

—Vamos, señor Bertuccio, mientras nosotros damos un pequeño paseo por la ciudad, arreglad nuestros negocios por mi cuenta. De aquí á una hora deseo que nos espereis en este mismo parage.

Diciendo esto el conde hizo una señal con la mano y se alejó de Bertuccio, dando el brazo á Haydéa.

Este infeliz quedó estupefacto, él sabia que era preciso obedecer cuando el conde decia «quiero» pero no sabia de qué modo habia de cumplir la voluntad de su amo.

Bertuccio desapareció al fin por una de las calles de la ciudad; tres cuartos de hora despues volvia todo acalorado al lugar en que se habia separado del conde, y en su fisonomía agitada pero risueña, se conocia que habia desempeñado su mision á fuerza de una estremada fatiga.

El conde y Haydéa no tardaron en aparecer.

Bertuccio los condujo entonces por un pequeño edificio cerca del muelle, donde habia conseguido alquilar tres cuartos para Haydéa y el conde.

Muy pronto pensaba este embarcarse para la isla de Monte-Cristo, y con ese fin habia ya comprado una *barchetta*; pero un incidente estraordinario le obligó á partir el dia siguiente.

Era media noche cuando el conde de Monte-Cristo se dispertó sobresaltado por el ruido asustador que reinaba en la calle frente de las ventanas de su cuarto.

Se levantó y corrió á indagar la causa, y en el momento en que abria la puerta, resonó en todo el edificio este grito terrible de muchas voces aflijidas: «fuego.»

Un sudor frio inundó la frente de Edmundo Dantes. Corrió al lecho de Haydéa y despertándola con precipitacion le dijo que se apronlase para huir sin la menor demora

Mientras Haydéa apresuradamente componia su vestido, trémula y vacilante, el cuarto se llenó de muchas personas que corrian en tumulto, armadas con hachas. De todos lados parecia abrirse el suelo para dejar salir esas figuras pálidas y jadeantes por el esfuerzo, que siempre toman parte con apresuramiento en las escenas terribles de un incendio. Las puertas que permanecian cerradas frente á aquellos bandoleros, caian en pedazos al peso de sus hachas. Todos corrian, gritaban sin una idea determinada, y solo con el pensamiento vago de evitar un incendio general.

Una de las puertas del cuarto del conde acababa de caer á los golpes de las hachas y se vió entonces el pavimento en llamaradas que se comunicaban al techo; el fuego progresaba de un modo asustador en dos puntos del edificio.

En el primer impulso de aquella escena de desórden, en lo mas vivo de aquel cuadro terrible que parece diseñado por la mano de Satanás, nadie buscaba al conde, nadie pronunciaba su nombre, y el conde tomando á Haydéa en sus brazos vigorosos descendió con rapidez la escalera por el centro de las llamas y del humo.

—Oh! Dios mio! gritaba él ¿cuál es la mano enemiga que me hiere sin piedad? Que surja delante de mí ese hombre ó ese demonio execrable que me persigue!



El conde estaba en la calle; habiendo caminado sin descansar por el centro de aquella masa viva que se agitaba frente al edificio incendiado, llegó á una pequeña plaza desierta, cuyo espacio era iluminado por el reflejo del incendio vecino. Allí se paró, apoyando una pierna sobre un pedazo de piedra, para sostener en ella el cuerpo desfallecido de Haydéa.

—Hombre ó demonio! murmuró el conde con rabia; quien quiera que seas..... aparece, habla y dí lo que quieres de mí! Por el Dios que crió el mundo... por el genio de los abismos.... por todo cuanto para tí pueda haber de sagrado ó de maldito.... levántate, y habla!

—¡En la gruta de Monte-Cristo! respondió una voz seca y penetrante, que hizo estremecer al conde.

XLVII.

La vanidad del hombre.

Edmundo Dantes partió sin demora para la isla de Monte Cristo, acompañado de Haydéa, pero él desembarcaria solo para dirigirse á la gruta.

Despues de una noche en el mar y de haber doblado la isla de Elba, la pequeña *barchetta* fondeó en la rada de la isla sin el menor incidente.

La presencia majestuosa y sombría de aquellas rocas cuyas cimas azuladas por los reflejos de la aurora que tan bella pareció en otro tiempo al conde de Monte-Cristo, le infundian entonces un terror vago, y le causaban una opresion inesplicable que lo abatia. La isla le pareció mas desierta que nunca, sus peñascos mas escabrosos, y su aspecto mas salvaje.

Luego que la *barchetta* lanzó al mar su pequeña lancha, el conde esperó con ansiedad el momento de desembarcar, empleando el tiempo entretanto en observar atentamente si descubria alguna figura humana en el centro de la isla. Ni la menor sombra



pasaba por allí; apenas el bulto airoso de algun cabrito montés aparecia veloz y tímido sobre algun peñasco, escuchando con recelo los menores sonidos, y huyendo asustado por el silvar del viento entre alguna abertura de las rocas

La noche no tardó y con ella una brisa fresca sucedió á aquella calma silenciosa, que deja tranquila la superficie de las aguas como para servir de espejo al hermoso firmamento en que pasea majestuosa la mensagera nocturna del cielo.

Ningun otro barco se aproximaba á la isla segun lo que el conde habia observado, pero á pesar de esto la isla no estaba tan desierta como parecia.

Sin embargo de que la luna enviaba de lleno sus magníficos rayos, algunas hogueras se encendieron en la isla, una de las cuales, en punto mas elevado que las otras, parecia colocada sobre la mas alta roca: las otras estaban en diferentes puntos, menos elevados, siguiendo la direccion hasta la playa, y pudiéndose divisar á simple vista hasta siete.

El conde, habiendo observado bien la disposicion de esas hogueras, reconoció que habian sido allí dispuestas en el órden en que estaban, para guiarlo hasta el lugar en que debia ser tratado el rescate de su hijo

Se despidió de Haydéa, y se separó de ella, no sin haber impreso antes tres ó cuatro besos en su rostro infantil, como si se despidiese para siempre. La pobre señora, acostumbrada á obedecer en todo á aquel hombre á quien amaba y que era su marido, no osó contrariarlo, despues de haber insistido poco tiempo en el deseo de acompañarle al interior de la isla; el conde quiso desembarcar solo, y así lo hizo.

Armado apenas de un par de buenas pistolas inglesas, completamente solo, empezó á subir el camino abierto en el seno de las rocas, guiándose por el reflejo de las hogueras, y un cuarto de hora despues ya habia pasado cuatro de ellas y solo le restaban tres, por lo que calculó que estaba cerca del lugar en que era esperado.

Miró para uno y otro lado, como para asegurarse del paraje en que estaba, y midiendo con la vista los metros de la elevacion relativa á la superficie de las aguas, combinando despues esta elevacion con la que tenia la entrada de la gruta, reconoció que elevándose cuatro metros y medio, en la misma línea del horizonte, llegaria á aquella gruta soberbia, que muchos años antes habia buscado con ansiedad.

Habiendo hecho este pequeño cálculo, dejó de guiarse por las hogueras, y tomando por una senda que conocia y que subia en espiral, llegó algunos minutos despues á la entrada de la gruta.

En efecto, era aquel el punto en que el conde parecia ser esperado: la última hoguera, la que estaba mas elevada que las otras, ardia sobre el portal ennegrecido y chamuscado de la sala subterránea.

El conde se paró allí, notando con desasosiego el mal estado y el abandono en que estaba aquel portal magnífico, construido bajo su direccion por el estilo gótico.

El interior de la gruta estaba debilmente iluminada por una luz resinosa, colocada en una de las paredes. El conde bajó aquella escalera donde el musgo habia crecido con abundancia, y que parecia no haber sido trillado por ningun pié humano, desde mucho tiempo, y su espanto creció al notar la vetustez del interior de la sala. Las paredes estaban desnudas, la bóveda requemada, el pavimento obstruido por los escombros y pedazos de madera calcinada. Tres bellas estátuas de mármol oriental que representaban á las célebres Mesalina, Cleopatra y Phirnea, ennegrecidas por el humo, presidian á aquel cuadro de ruinas, en cuyo centro parecian querer reproducir las escenas pasmosas de su placer y lujuria.

De todo cuanto en otro tiempo habia de bello y magnífico en aquella gruta apenas quedaban esas estátuas ahumadas como para atestiguar que todos arden en el fuego de las pasiones que no saben estinguir en sí propios.

El conde sintió por la primera vez de su vida que un error fa-

tal de su vida pasada pesaba sobre él. Pasóse la mano por la frente, como para evitar una vision desagradable, y mirando despues alrededor de sí para cerciorarse de que estaba solo, lanzó un pequeño grito, al leer escritas en letras negras, en la pared principal estas palabras:

«*A los pobres lo que es de los pobres,*»
«La mano del muerto está levantada sobre
«Edmundo Dantes, el amigo falso, amante cruel,
«Infanticida atroz!»

Algunos momentos quedó estático, con los ojos clavados en aquel enigma singular, cuyo sentido no comprendió al punto, pero cuya espresion le pareció terrible. En el gesto de terror que habia en el rostro de Edmundo Dantes, un Ticiaco habria de cierto aprovechado con interés el modelo que se ofrecia para la espresion amarga y dolorosa de Baltasar en medio de su loco festin.

Despues de aquellos primeros instantes de sorpresa, Edmundo Dantes leyó por segunda vez el escrito fatal, tratando de encontrar con el mérito literario el interés moral que envolvia, pero para este exámen frio y vagoroso no se hallaba entonces dispuesto el espíritu de Edmundo Dantes. Para poder juzgarse el hombre á sí propio es preciso que deseche toda exaltacion de sus pasiones, y toda idea ó pensamiento que abrigue contra sus enemigos personales.

Edmundo no estaba en este caso: era padre, y le habian robado su único hijo... y este golpe es demasiado violento para un padre cariñoso. Él estaba perturbado, y su corazon no podia latir con la regularidad necesaria al hombre pensador profundo, y moralista imparcial.

—Oh! dijo al fin ¿que delirio espantoso hay allí? ¿cómo fuí yo un amante cruel, un amigo falso... un...

—Acaba! Acaba si puedes! interrumpió una voz seca y sonora, del interior de la gruta.

El conde llevó maquinalmente la mano á una de sus bellas pis-

tolas, pero apartándola en el acto, cruzó con toda la posible tranquilidad los brazos sobre el pecho.

Benedetto estaba delante de él, envuelto en una capa napolitana, y conservando el rostro oculto por una máscara de seda negra.

—Quién sois vos? preguntó el conde con altivez.

– Poco te importa, con tal que sepa responder á tus preguntas, dijo Benedetto.

—Sin embargo, yo tengo mi rostro descubierto, y creo que no deseareis desempeñar conmigo una escena de carnaval... Sea como quisiereis... lo que yo tengo que deciros es sencillo pues bastante conozco las costumbres de los hombres de vuestra profesion en toda la Italia. Cuánto quereis recibir en rescate de un niño robado en Venecia, en la plaza, en ocasion de un banquete ofrecido entre los pobres?

—Nada, señor conde de Monte-Cristo.

—Como así? quereis hacerme acreditar en un acto de estremada generosidad?... preguntó el conde con una sonrisa de desprecio.

—No, señor, ni podiais caer en un acto de generosidad estremada, porque jamás fuisteis generoso, y quien no usa no cuida. Yo quiero haceros creer que sois muy vanidoso, porque os juzgais en circunstancias de pagar el rescate de vuestro hijo.

– Pues bien, pedid cuanto quisiéreis, dijo el conde con desden.

—Luego vos sois un Dios que podriais concedérmelo todo?

—No, pero ese Dios me hizo el hombre mas poderoso de la tierra, para juzgar á los otros hombres y castigarlos como ellos lo merecian.

—En ese caso os pediré...

—Hablad....

—Novecientos millones....

—Esa cantidad escede á la proporcion establecida para regular en el mundo la voluntad de una nacion por el capricho de un solo hombre. Yo os he dicho que Dios me hizo poderoso para juzgar hombres, no para comprar naciones.

—Al fin declarais que sois pobre despues de haberme asegura-



do que Dios os habia hecho poderoso. Oh! basta de ilusiones, Edmundo Dantes ¿quién eres tú para juzgar á los otros hombres y castigarlos? ¿Cuándo fué el tiempo en que no caminastes arrastrado por la pasion que te dominaba, y ciego por los falsos raciocinios que concebias?.... La llave de oro que Dios te colocara en las manos para entrar en el mundo, como mejor te pareciese, la empleastes mal. El fiel que él te concedió para las justicias, se desvió en tus manos trémulas. Dios te fulmina! somete la frente altanera al decreto infalible de la Providencia.

Edmundo reconoció que no tenia que tratar con un simple salteador romano.

—Dime, pues, serás tú el mismo del palacio Gradenigo en Venecia? preguntó.

—No sé de que me hablas, respondió Benedetto.

—Digo... pregunto si tú eres el hombre que me ha perseguido desde que entré de nuevo en la Europa?... serás tú el raptor de mi hijo; el incendiario que ha señalado por el terror mis pasos desde Mántua á Pisa?.... Eres el capitan del yate *Tormenta*?.... habla, pues... aquí estamos juntos... ¿quién eres? ¿qué quieres de mí?

— Quiero esplicarte lo que allí está escrito; respondió el salteador apuntando la inscripcion de la pared.

—Oh! mi hijo! murmuró el conde consigo mismo, comprimiendo el pecho y ocultando una lágrima.

—Edmundo Dantes! dijo Benedetto pausadamente: cuando desembarqué hace poco en el puerto de Marsella, cayó á mis piés una mujer, en cuyo rostro pálido estaba retratada la espresion terrible del hambre y de la desesperacion. Esta mujer levantaba sus brazos hácia mí gritando «dadme una limosna por el amor de Dios!»... La desgraciada habia sido la esposa de un hombre que amaba y que pertenecia á la clase de los oficiales generales del ejército francés, y de esta union habia tenido un hijo que estaba lejos de ella. Cuando esta mujer vivia feliz en compañía de su hijo y de su marido, tú empezastes á prepararla la desgracia, y la desgra-



cia no tardó en alcanzarla... ¿Te acuerdas de Mercedes? te acuerdas de tu antigua amante, Edmundo Dantes?.... Ella quedó viuda, y se vió privada tambien de su hijo que partió para Africa, para rehabilitar su nombre de la infamia que manchaba al de su padre. Ella sufrió cuanto una mujer puede sufrir. Ella padeció, al fin de su largo sufrimiento, el hambre y la miseria, que fueron las dos coronas de tu obra maldita... Hé aquí como eres cruel en el amor, Edmundo Dantes. Hé aquí como estabas alucinado!.. Otro hombre lo habria perdonado todo, para que viviese feliz la mujer á quien todavía amaba; otro hombre habria sido generoso teniendo presente estas sublimes palabras de Dios, «perdona á tus enemigos para que el cielo te perdone á tí.» Edmundo, puedo asegurarte que la mujer del general Morcef te amaba aun al lado de su marido, pensaba en tí cuando reclinaba su frente sobre el pecho, y por tí, habia ella derramado algunas lágrimas sobre su corona de esponsales y su velo de novia! qué bien le pagastes este amor, este recuerdo!.... querrias tú, continuó Benedetto, que quedase condenada á una eterna viudez aquella pobre catalana, que aun no te habia pertenecido? Ella lloró y esperó por tí muchos años, y tú nunca volvistes... ella te creyó muerto, y estaba desligada y libre para pertenecer á otro hombre. ¡Fuistes vanidoso: fuistes insensato: fuistes cruel.

¿Quieres saber ahora por qué te acuso de amigo falso? Acuérdate de Alberto de Morcef; acuérdate del tiempo en que te fingías su amigo, en que lo atraías hácia tí fascinándolo, como la serpiente fascina á su víctima: acuérdate que premeditabas el modo de perderle, de robarle su padre, de lanzarle en la miseria, mientras él, creyendo en tu amistad, apretaba contra el corazon esa mano traidora que debia herirlo de muerte. Acuérdate de aquella noehe, en el teatro, cuando el infeliz fué á pedirte una esplicacion, y del modo con que le respondistes! ¿Esto no es ser traidor sobre todos los traidores?..... Edmundo! ¿dónde estaba tu religion, tu Dios, tu creencia?..... ¿qué calidad de dogmas seguias, tú, en tus llamados actos de justicia?... Donde están las

leyes divinas ó humanas que te puedan absolver de estos absurdos, de estos crímenes?....

—Miserable! gritó el conde con rabia ¿quién eres, que me hablas así?... quién eres que me acusas ó condenas como si fueras un Dios?....

—Yo soy el escogido de Dios para juzgarte en la tierra! Yo soy el que empuño ahora el fiel sublime de la balanza que te concedió, y que tú despreciastes para tomar el puñal y el veneno del asesino. Escúchame, pues todavía no has oido cuanto tengo que decirte. Quiero esplicarte por qué te acuso de verdugo desapiadado y de infanticida atroz; acuérdate del señor de Villefort; acuérdate del pequeño Eduardo..... acuérdate de su madre.

—Sí, gritó el conde: todos esos fueron sacrificados á los manes de mi viejo padre, muerto de hambre y de miseria por la traicion de Villefort! ¿Sabes tú el estremo con que yo amaba y respetaba aquellas honradas canas? ¿Conoces cuál es la desesperacion que un buen hijo puede esperimentar cuanto le dicen—tu padre murió de hambre lejos de tí? vivia á dos pasos de la prision en que me habia encerrado el procurador regio, como se encierra un cadáver en el sepulcro!... ¿sabes tú ó calculas siquiera, todos esos horrores?

—He esperimentado otros! Vi á mi padre reducido al último estado de demencia, respondió Benedetto; lo ví padecer á mi lado despues de haber visto él desaparecer de horror en horror toda su familia alrededor de sí!....

—Jesús! quién eres pues?....

—Poco te importa: soy tu juez, y seré tu verdugo. Escúchame y tiembla, porque vas á oir tu sentencia.

—Serás acaso un hombre diferente de mí para poderme condenar? Tu pecho estará exento de pasiones para que juzgues con tranquilidad respecto de las mias?

—Sí, replicó Benedetto con una sonrisa de compasion, yo fuí un asesino, un ateo y me arrepentí despues: me hice justo, creí en Dios y mi conversion fué sublime.

—Y como creistes en ella? Como sabes que Dios te pordonó?

—Yo te lo diré: en medio de una horrible tempestad, en el centro de la noche, del fuego y del agua que parecia hervir en derredor de mi barco, yo dije estas palabras postrándome de rodillas:— ¡Oh Dios mio, Criador del mundo! ¡oh Jesús, primojénito de Dios todopoderoso! ¡oh sacrosanto mártir crucificado por mí, y por todos los hombres! yo creo en tí y en tu justicia: héme aquí, pues, firme en tu fé caminando sin parar al encuentro de Edmundo Dantes á quien he de arrancar una á una todas sus afecciones: y si tú no me perdonas, si tú condenas mi procedimiento, consiente entonces que quede aniquilado para siempre en esta grandiosa revolucion de los elementos!.... Diciendo esto entré en una pequeña lancha acompañado de un solo hombre, y me lancé al medio de la borrasca. Al dia siguiente creia con firmeza en la entera justicia de mis acciones, y héme aquí frente á frente contigo; oh! en todas partes por donde he atravesado he oido un grito que te condena!

En el mar el grito afligido de Alberto Morcef, á quien salvé de un naufragio; y en la tierra la voz delirante de Mercedes. Reconoce, pues, que el cielo te ha abandonado: reconoce esta verdad terrible para tí, pero que muchísimos hechos la están probando. Cuando yo me presenté en tu palacio de Venecia, no reconociste en mí al enmascarado del palacio de Gradenigo; no te opusistes á mi recomendacion de llevar á tu hijo al banquete de los pobres, despues cuando pasastes la noche en el camino de Mantua á Florencia, en aquella cabaña á donde te condujo el acaso, como si Dios quisiese patentizar bien á mis ojos que tú eres un condenado, estuviste al lado del lecho en que dormian descansadamente dos criaturas y no supiste reconocer en una de ellas á tu propio hijo.

—Ah! murmuró el conde como fulminado por un rayo.

—Reconoce pues que el cielo te condena, miserable!... y cree que los momentos de otro tiempo en que te juzgabas inspirado y grande, no eran mas que momentos de loca vanidad humana!

Verdugo desapiadado, nunca supistes perdonar; en tus actos de monstruosa venganza envolvistes y confundistes el inocente con el criminal; y ahora la pérdida de tu hijo, paga la sangre de Eduardo de Villefort....

—¿Y he sido yo acaso, quien asesinó aquella criatura? preguntó el conde.

—Sí, todos los crímenes de la mujer de Villefort pesan sobre tí.....

—¿Por qué?... quién lo sabe?.... habla.

—No puedo; hay un secreto entre tí y Dios que yo no puedo penetrar; pero si yo no digo la verdad, si en tu conciencia no está el peso de todos los crímenes de aquella mujer, desmiénteme á la faz de Dios que nos escucha.

El conde dejó caer la frente sobre el pecho, y quedó mudo.

—Bien: continuó Benedetto, tú reconoces tu error y reconocerás tambien la justicia de Dios. Aquella inmensa fortuna que él depositó en tus manos, debias repartirla con los pobres porque era el fruto de su sudor, y no aplicarla en hacerte rodear del lujo bárbaro que siempre ostentabas á la faz de la Europa entera, en detrimento de la miseria. Mira, repara bien en lo que te cerca, todos los tesoros que existian aquí fueron repartidos ya entre los pobres por mi mano, y los que tú posees aun, lo serán tambien.

—Sea... dijo el conde; os doy toda mi riqueza por mi hijo.

Benedetto soltó una carcajada terrible.

—Jamás verás á tu hijo: respondió; te lo robó la *mano del muerto* y un secreto igual al del sepulcro pesa ahora sobre su nacimiento!

—Maldicion! tu vida responderá de mi hijo!... Y el conde pálido, agitado, erizado el cabello, avanzó sobre Benedetto empuñando engatilladas sus famosas pistolas.

—Tira... yo confio mas en Dios que en tí.

—Insensato! esclamó el conde riendo y llorando como un loco, y arrojando lejos de sí las dos pistolas, que se descerrajaron por la violencia del choque. Hombre ó demonio! tú no calculas mi

sufrimiento! tú no eres padre... no sabes lo que es el amor paternal. .. Pide cuanto quieres... todo te lo daré por el rescate de mi hijo.

—No es posible, porque toda tu riqueza será el precio de otra cosa. Imagina que tu esposa recelosa de que te sucediese alguna catástrofe en este encuentro, desembarcó de la *barchetta*, y guiada por el reflejo de mis hogueras empezó á caminar para este punto. Imagina despues, que unos pocos hombres desalmados, saltaron dentro de la *barchetta*, la incendiaron mientras cuatro brazos potentes sostenian el cuerpo flexible y lijero de la hermosa Haydéa en el camino de esta gruta.

Apenas Benedetto acabó de hablar, se oyó un grito agudísimo que venia del lado de las rocas; el conde contestó con uno de rabia y subiendo precipitadamente las escaleras de la gruta, se detuvo en la cima de la roca, mirando atentamente aquel espacio inmenso, el mar, el cielo y los peñascos.

—Haydéa ... Haydéa! gritaba, y el eco repetia con acento lúgubre este nombre querido que el conde pronunciaba.

—Mira allá abajo aquellas llamas que el viento agita al nivel de las aguas, dijo una voz al lado del conde.

Era Benedetto.

—¡Todo está acabado para tí!

—Haydéa... Haydéa... donde estás?.... qué nuevo infierno es este que nos rodea?.. El conde miró en derredor de sí; Benedetto habia desaparecido, las hogueras se habian estinguido, apenas se divisaba en el pequeño ancladero las llamas que consumian la *barchetta*, y dentro de la gruta la claridad moribunda del hachon que ardia en ella.

La figura airosa de Edmundo se diseñaba cual una sombra fantástica en el cielo azulado del Mediterráneo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, respirando apenas, el cabello suelto y agitado por la brisa, de pié sobre la cresta del mas alto peñasco de la isla, parecia la figura arrogante del poeta, el genio de las rocas sobre su trono de granito en la inmensidad del mar.

Algunos momentos permaneció el conde como si estuviese entregado á una profunda meditacion sobre todo su pasado: exhaló despues un doloroso gemido y volviendo las espaldas al abismo, descendió lentamente al interior de la gruta.

—Fué aquí donde me embriagué con la posesion de aquellos tesoros que vine á desenterrar! ah! mezquindad humana! oh! imperfeccion del espíritu del hombre en comparacion de su Creador omnipotente! Yo tuve la loca vanidad de juzgarme tambien omnipotente en el mundo, cual un ébrio juzga caminar sobre una alfombra de rosas cuando sus piés resbalan en las losas de una calle!... así como la embriaguez se disipa, como las rosas se deshacen al soplo de la realidad: yo dispierto finalmente de mi soñada ventura!... ¿dónde está aquella gruta espléndida que existia aquí?... ¿dónde está aquella mujer oriental que tanto amé?.... ¿dónde está mi hijo?... ¿dónde fué la tranquilidad de mi pecho, el placer íntimo de mi alma?... ¡todo acabó ya! ¡todo pasó como un sueño pueril de una vanidosa criatura!.... soy todavía inmensamente rico, pero ¿de qué me servirá esta riqueza?... ¿qué haré ya en el mundo?... ¿qué placeres nuevos encerrará en sí para distraerme?

El conde se calló un instante, miró lentamente alrededor de sí con un gesto suplicante, despues corrió á levantar del suelo el hachon que estaba por estinguirse, y lo agitó en el aire... pero la llama se estinguió de nuevo haciendo el último esfuerzo.

El conde lanzó un grito de terror hallándose en completa oscuridad.

—Haydéa! Haydéa!... la fatalidad que me persigue te abruma tambien! ah!.. yo daré cuanto poseo para que no te suceda ningun mal... Venga alguien, surja en mi presencia un hombre cualquiera á quien pueda decirle esto, aunque ese hombre sea el *Angel* maldito por Dios!

Diciendo esto permaneció en silencio como si esperase una respuesta cualquiera, pero el silencio profundo no fué interrumpido en su derredor.

El conde repitió lo que habia dicho, y entonces centelleó una luz en el interior de la gruta y en pocos instantes distinguió la figura tranquila de Benedetto cuyo rostro todavía estaba oculto por la máscara.

—Conde de Monte-Cristo, le dijo él parándose á cierta distancia, pido tu opulencia por tu mujer.

—Todo cuanto poseo te ofrezo en rescate de ella.

—Acompáñame, pues. El conde siguió á Benedetto para una de las salas interiores de la gruta, en donde estaba una mesa ordinaria con lo necesario para escribir.

Benedetto la indicó al conde, colocándose al frente, y le hizo una señal que aquél comprendió.

Poco despues el conde, habiendo escrito algunas palabras, y firmado diferentes letras de cambio de enorme valor, pasaba á las manos de Benedetto toda su riqueza.

—Ya soy pobre, dijo él... tan pobre como el dia en que bajé por la primera vez á este lugar; y mañana no tendré un amigo en el mundo, pero soy feliz... acabo de salvar á Haydéa.

—Muy bien, respondió Benedetto: ella os va á ser restituida: mandaré colocar en la rada del sud un pequeño barco á vuestra disposicion y partireis mañana.

—Pero y mi hijo? dijo el conde con ansiedad.

—Pesa sobre él el secreto del sepulcro! respondió Benedetto con voz solemne.

El conde iba á hablar, pero apareciendo Haydéa en la sala, corrió á precipitarse en sus brazos.

Benedetto se retiró.

XLVIII.

Gratitud de Pepino.

Por espacio de algunos minutos permanecieron ellos abrazados, como si fuese aquella la primera vez que se encontraban, despues de un largo período de separacion.

—Pobre criatura! murmuró el conde, besándola religiosamente en la frente; la desgracia que me hiere, no sabe respetar tu inocencia!

—¿Juzgais que sufro, mi buen amigo? le preguntó Haydéa con toda la candidez de su sencilla alma. No.... todavía soy bien feliz: estoy á vuestro lado.

El conde no respondió: la acercó á su pecho y amparándola con sus manos la contempló en silencio, como si meditase en el futuro que le esperaba. En la espresion lánguida y suave del rostro de Haydéa se revelaba un sentimiento de profundo amor. Haydéa no media ese sentimiento por las situaciones de la vida social: el conde se lo habia inspirado y ella concebia con toda la fé sublime de una verdadera amante; lo demás era nada, la vida y la presencia de aquel hombre á quien ella adoraba con todo el celo oriental, era todo para Haydéa. Hé aquí la razon porque ella entendia la felicidad mas allá de aquella desgracia imprevista que los heria á ambos. El conde, sin embargo, no podia pensar del mismo modo; despues de haber sostenido en el mundo un prestigio inmenso, conocia perfectamente el porvenir que le esperaba, luego que ese prestigio debido á su fortuna desapareciese. Ni un amigo encontraria, ninguna puerta se abriria para agasajarlo, y por todas partes donde se presentase, una risa de escarnio recibiria al hombre que en otro tiempo era considerado como el rey de los millonarios, y por consecuencia, señor de los corazones.

—Haydéa, dijo el conde, despues de haberla contemplado en silencio, con las lágrimas en los ojos: tus ilusiones tienen que ceder al golpe de una realidad fatal. Todavía ayer me vanagloriaba de poseer los fondos necesarios para satisfacer la codicia de los malvados que nos robaron nuestro querido hijo, hoy empero no puedo asegurar que tendré con qué comprar el pan de tu sustento de aquí á un mes. Yo conozco bien este mundo de miserias, odios é intrigas... y nuestro camino de hoy en adelante estará sembrado de terribles espinas, donde tus lágrimas inocentes

han de caer con abundancia en presencia de mi martirio.

—¿Y qué, no podremos lograr la menor felicidad, porque seamos pobres? preguntó Haydéa con sencillez. Yo seré feliz...... viviendo con vos .. viviendo con vuestro hijo.....

—No! no! respondió el conde con frenesí: aquel pobre niño está perdido para siempre! jamás lo volveremos á ver.

—Haydéa lanzó un grito, llevando las manos á sus finos cabellos con la mayor desesperacion.

El conde ocultó el rostro.

Se siguió un momento de profundo silencio: despues, Haydéa, lanzando sobre el conde su mirada apasionada, le dijo con una sonrisa de amargura.

—Señor, muchas veces os pregunté en otro tiempo si la muerte era un mal. Al ver aquel aspecto sombrío, aquel rostro descarnado, aquella diestra terrible que vá sin piedad trazando las vidas, sin dolor... yo me estremecia acordándome que algun dia me llegaria mi vez; pero ahora imagino la muerte de otro modo. Suponed, señor, que su imágen no trae horror consigo, que su diestra no es tan dura... que en vez de mostraros la hoz con que ha de separar el alma de vuestro cadáver, os indica el misterio sublime de una felicidad enteramente nueva....

—Haydéa... dijo á media voz el conde.

—Mi buen amigo, si el mundo es torpe, es miserable, lleno de horrores ¿qué vale en presencia de la muerte? Meditad bien en lo que os digo y entretanto esperadme que ya vuelvo.

—No, Haydéa, dijo el conde deteniéndola: yo no te dejaré ahora.

—Por qué, mi buen amigo?

—Porque adivino tu pensamiento.

—Y bien!

—Nunca! esclamó el conde.

—Bien: retrocedeis al frente de la muerte, en el momento en que no os resta mas que la muerte. Señor, muchas veces os he oido hablar de la muerte como del sueño reparador que esperábais

gozar durante la noche siguiente á un dia ajitado... Entonces fuí yo aprendiendo el modo de contemplarla sin el menor recelo, hasta que llegué á mirarla con interés. ¿Dónde está, pues, la energía con que entonces hablábais?... Cuando erais inmensamente rico, cuando teniais delante un futuro de felicidad, no os estremeciais con la idea de la muerte; y hoy que sois pobrísimo, hoy que no sabeis como llegará el dia de mañana, hoy que la mano del destino parece haber cortado de un golpe todas vuestras mas dulces esperanzas... ¿qué es lo que os hace vacilar y estremecer tanto ante la idea de ese sueño eterno?... Señor... si la felicidad acabó para nosotros, acabemos nosotros para el mundo.

—Pues bien, Haydéa, dijo el conde mirándola fijamente: tú, que mas de una vez en tu vida, casi desde la cuna, has visto la desgracia en su grado mas eminente, y ambicionado la muerte como el único medio de evitarla, ¿no tiemblas con el sacrificio enorme que te propones? pero con qué derecho divino ó humano podremos nosotros consumarlo? para que la criatura tuviese el derecho de morir por su libre alvedrío, seria necesario que ella hubiese nacido por su propia voluntad. Crees tú que será una prueba de espíritu, y una virtud meritoria, tomar un veneno ó descargar un golpe que nos robe la vida en el momento en que sentimos los horrores de la miseria? Eso no será en el tribunal divino, mas que un acto de debilidad ó de alucinacion. La resignacion con que nos sometemos á nuestra suerte, la paz de espíritu con que soportemos la miseria y los trabajos de este mundo, son cosas de mayor aprecio cuando nuestras almas sean juzgadas!

—Señor, replicó Haydéa: muchas veces tambien os oí condenar como sofismas esos raciocinios que esponeis. Decís que, para tomar un veneno ó descargar un golpe que nos robase la vida, no es necesario un grado superior de fuerza de voluntad que no existe en todas las personas, cuando no están completamente alucinadas. Ver el mar, la tierra, las flores; ver el mundo brillante y espléndido, sentir en nuestro pecho la sangre agitada con el vigor de una salud completa, y cerrar los ojos diciéndonos— «*vamos á*

dormir para siempre: vamos á morir...»Oh! no todos tienen fuerza en sí propios para pronunciar estas palabras, y para cerrar los ojos al peso de aquel sueño cuyo recordar es un misterio terrible é impenetrable entre Dios y la eternidad! .. Amigo mio, ¿dónde está ahora la fuerza de vuestra voluntad? ¿dónde está aquella llama activa y enérgica de vuestro espíritu?....

—Bien, Haydéa, respondió el conde poniéndose lívido, y levantándose rápidamente los cabellos que le sombreaban la frente: despues que veas el mar, la tierra, las flores, el mundo brillante y espléndido que nos cerca ¿tendrás bastante fuerza para pronunciar aquellas últimas palabras que me dijisteis?

—Esperimentemos, replicó Haydéa. Mientras tanto dejadme preparar esta agua.

El conde quedó inmóvil. Haydéa sacando del bolsillo una caja pequeña hecha de una sola esmeralda, con la tapa de oro, la abrió y sacó seis pequeñas píldoras de una sustancia oscura, y echando despues agua en un vaso puso dentro las seis píldoras que poco á poco se deshicieron.

—Una sola de esas píldoras, decia el conde á proporcion que Haydéa las echaba en el vaso de agua; una de esas píldoras hace dormir por espacio de tres horas; dos, seis horas; tres, diez; cuatro, trece á catorce horas; cinco, veinte .... seis..... es la muerte....

Haydéa no respondió: se sentó al lado de la mesa, y recostando el rostro en su mano izquierda, clavó su mirada ardiente y apasionada en el rostro pálido de su marido.

Cuando los primeros rayos de la aurora penetraron en aquella sala subterránea por las aberturas de los peñascos, Haydéa estaba aun sentada y parecia querer desviar con la vista la figura sombría del conde de Monte-Cristo.

Ella se levantó y tomándolo de la mano, le obligó suavemente á levantarse.

—Vamos, la luz del dia brilla ya en el mundo... subamos al peñasco. Aquí está el veneno, amigo mio, y creed que solo así

podreis evitar una desgracia si para vos la desgracia principia en el momento en que perdeis vuestra inmensa fortuna. Nosotros tomaremos igual porcion, continuó Haydéa separando en dos vasos una porcion igual de líquido y colocando cada uno en una estremidad de la mesa. Ahora subamos... Diciendo esto, ella conducia al conde para fuera de la gruta, y ambos se detuvieron en la cumbre de los peñascos.

El mar estaba sereno, el sol empezaba á levantarse, y sus rayos se proyectaban casi en la línea horizontal sobre las aguas. Un navío con todas sus velas desplegadas, y favorecido con la brisa de la mañana, pasaba muy majestuoso por frente de la isla. Todo parecia presentar alrededor del conde cierto aspecto de vida, riqueza y tranquilidad que lo entristecia.

Mientras él y Haydéa se despedian del mundo, desde la cima de un peñasco escarpado que se elevaba en el centro de las aguas del Mediterráneo, dos hombres deslizándose por una de las aberturas que daban claridad á la sala interior de la gruta, observaban con atencion si alguien habria escuchado el rumor de sus pasos.

Convencidos de que nadie se aproximaba, caminaron hácia la mesa en que Haydéa habia dejado los dos pequeños vasos con el veneno, y se detuvieron allí.

—¿Y como será posible conocer el que quereis? preguntó uno.

—Creo que ese, respondió el otro tomando el vaso que estaba al lado de una entrada de la sala.

—¿Cómo así?

—Haydéa echará mano del que le quede mas cerca, y es este. Diciendo esto, el hombre colocó el vaso en su lugar, y tomando el otro, y poniendo el vaso como estaba.

—¿Y si por acaso el conde no toma este vaso, y sí el otro? preguntó el compañero.

—Entonces me lanzaré sobre él.

—A todo precio quereis salvarlo?

—Sí.

—¿Pero si su hora ha llegado?

—La he de interrumpir.

—Ah! dijo el compañero con una risa de burla. ¿Eres mas fuerte que el destino?....

—He de pagar esta deuda de gratitud; el conde me salvó la vida, yo salvaré la suya. Partamos... ellos bajan.

Diciendo esto, los dos hombres entraron á la sala inmediata y allí se ocultaron rápidamente detrás de la roca, porque el conde, dando la mano á Haydéa, ya iba bajando la escalera.

Ambos atravesaron en silencio la primera sala y penetraron en la segunda deteniéndose frente de la mesa.

—Y bien, Haydéa..... todavía quieres dejar aquel mundo que tan bello nos pareció?

—Amigo mio, respondió Haydéa enjugando una lágrima; perdona mi debilidad..... yo no tengo en mí aquella fuerza superior que es necesaria para morir por mi libre alvedrío.....

—Oh Haydéa!.... esclamó el conde tomándola en los brazos: pobre jóven..... y yo que te amo tanto.....

—Gracias mi buen amigo, os agradezco este sentimiento, y creed que tambien os tengo un amor profundo, vehemente...... ¿Me dais un beso, conde?

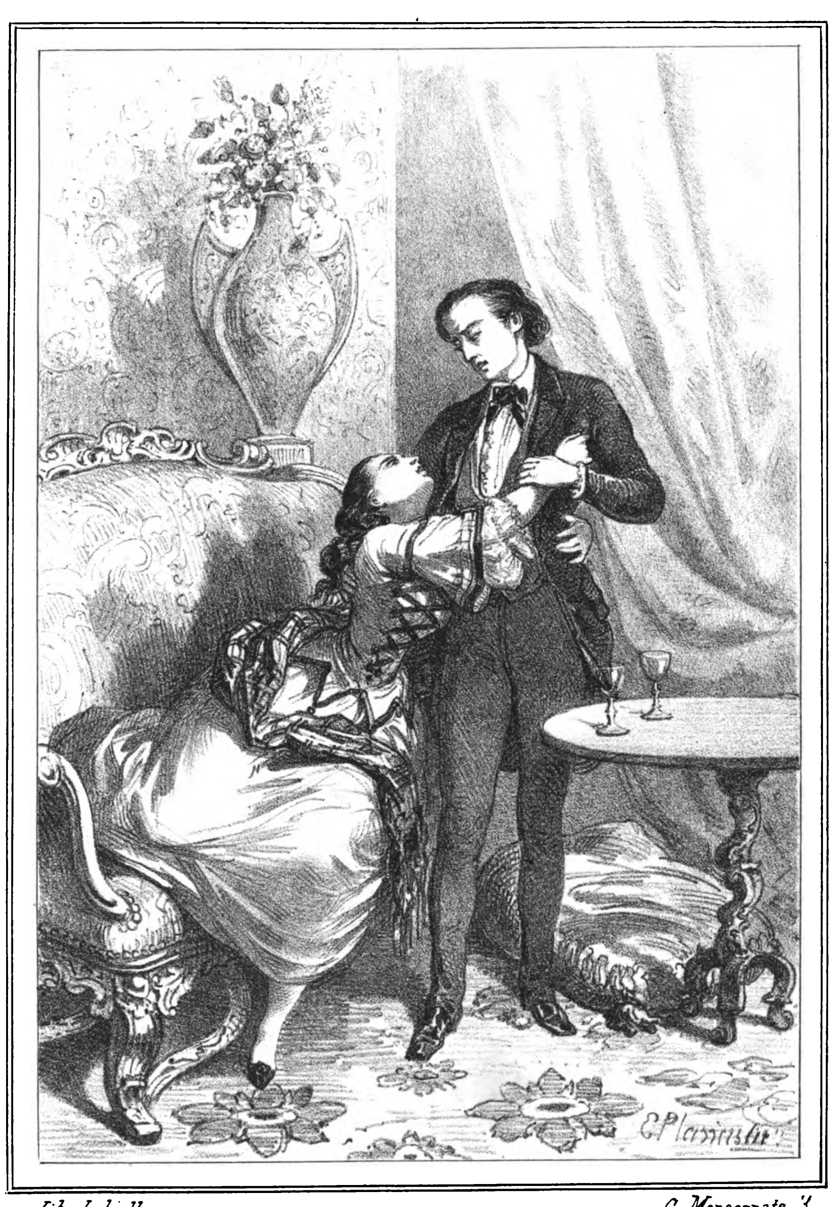
El conde colocó rápidamente sus labios en el rostro de Haydéa, y ella alejándole suavemente la frente con las manos, levantó una mirada al cielo, y alargando con rapidez el brazo en la direccion de la mesa tomó el vaso.

—Jesús! gritó el conde aterrado. Haydéa habia bebido el veneno.

—Ea! dijo ella sonriéndose: yo voy á partir...... acompañadme, mi buen amigo.

El conde caminó al lado opuesto de la mesa tomando el otro vaso, bebió el líquido que contenia con la mayor tranquilidad, despues se volvió á colocar al lado de Haydéa.

—Oh! mi esposo! esclamó ella echándole los brazos alrededor del cuello; yo te amaba mucho, y sentia faltarme ya la vida en el pecho; la idea de que me sobrevivirias..... la idea de perder-



Lit. Labielle

C. Monserrate, 3

Ultimos momentos de Haydéa.

te..... la idea de que otra mujer te amase, te besase, como yo te beso y amo...... oh! esta idea no es para las hijas de mi pais que se entregan en cuerpo y alma, con toda fé, con toda la sublimidad de la pasion al hombre á quien conceden el primer beso! Perdóname si este sentimiento es llevado al grado del delirio! Yo te amé cuanto una mujer puede amar un hombre: te llamé mio, y despues de mí tú no pertenecerás á otra! los celos son mil veces peor que la muerte!..... yo muero..... y tú morirás conmigo.... Para quien gozó tanto en el mundo, para quien ya amó y fué amado como yo y como tú ¿qué importa la muerte? ella no nos roba el menor placer; ni nos priva de conocer la felicidad. Moriremos pues, tranquilos, porque podremos decir «gozamos y fuimos felices.»

Haydéa calló repentinamente; sus facciones se pusieron lívidas, su mirar amortiguado y sus labios se contrajeron cubriéndose de una espuma amarilla que la inundaba la boca.

El conde la apretó en sus brazos y se arrodilló.

—Conde mio...... mi esposo...... dijo Haydéa besándole: la muerte no tiene horrores. Yo te habia hablado de la manera particular que la suponia, voy á esplicarla ahora, y tú mismo la comprenderás así. Mira, mis brazos ciñen tu cuerpo, y yo le estrecho contra este pecho que tanto te ama, y que lentamente va cesando de latir; la muerte es tambien una mujer bella que nos estrecha, contra su helado seno, y nos roba la vida en cada momento de placer, en cada beso que nos da, y tú tambien has de adormecerte, poco á poco, mecido por sus caricias... así así..... conde mio..... mi amante..... mi marido.....

Ah!..... mi corazon se hiela totalmente..... ¡voy á morir..... muere conmigo.... esposo mio.... he aquí mi.... último beso..... mi último pensamiento..... es tuyo!

Diciendo así, dejó caer la cabeza sobre el brazo del conde; sus ojos se conservaban abiertos, y parecian mirar todavía con celos el rostro del conde de Monte-Cristo.

—Está muerta! murmuró él colocando la mano sobre el pe-

cho de Haydéa ¿Y por qué yo vivo todavía?..... ¿por qué no siento en mí aquel fuego terrible, que parece quemar las entrañas? Y pasó una media hora..... tiempo de mas para el efecto de aquel veneno....

—Oh! yo no he de sobrevivirla! esclamó al fin, levantándose y tomando en sus brazos el cuerpo inanimado de Haydéa. Ven, mi buena amiga, tendremos un sepulcro digno de nosotros!...

Diciendo esto, el conde subió apresuradamente las escaleras de la gruta; trepó á la cumbre del peñasco y estrechando contra su pecho el cadáver de Haydéa, corrió en direccion del abismo, gritando: Oh Dios todo poderoso! recibid mi alma!.....

—Nó: gritó una voz, y el conde se vió detenido y preso al borde del abismo, por los brazos de un hombre.

El cadáver de Haydéa rodó de roca en roca y desapareció.

—¡Insensato! ¿quién eres tú? dijo el conde.

—No es necesario poseer muchos millones para salvar la vida de un hombre; señor conde. Yo soy Pepino *Rocca-Priori*.

XLIX.

La casa de campo de la familia Morel.

Cerca de la ciudad de Roma se hallaba una modesta casa en el centro de un bonito jardin, frente del cual habia un hermoso enrejado de fierro.

Esta casa, de una perfeccion artística asombrosa, tenia en los pavimentos interiores cuantas oficinas son necesarias en una casa de campo para la cria doméstica de gallinas, palomos, conejos, etc. El esmero del jardin, la cultura de los terrenos adyacentes, la profusion de los árboles de sombra, los recortes graciosísimos del arrayan, todo indicaba que allí era la residencia ordinaria de una familia feliz, y no una casa solo de recreo para el verano,

donde por decirlo así, se podia notar siempre lo útil junto á lo agradable.

Era allí donde Maximiliano Morel y su esposa Valentina habian fijado su residencia, habiendo salido hacia ya algunos meses de Venecia.

Entregándose á los placeres de una paz íntima y sagrada, que no era perturbada por el menor movimiento del mundo esterior, ellos tenian allí un pequeño mundo de felicidad, disfrutando su mediana fortuna, y repartiendo entre los pobres muchas limosnas y beneficios que estos recompensaban llamando sinceramente sobre aquella pequeña familia las bendiciones de Dios.

El interior de la casa estaba amueblado con aquella sencilla elegancia propia de un espíritu como el de Valentina.

No habia esa abundancia bárbara de las grandes casas; pero allí no se sufria la menor privacion y todos se reputaban felices: los amos estimaban á los criados, y estos respetaban á aquellos con cierto celo é interés espiritual, que jamás se encuentra con facilidad entre los sirvientes vulgares.

Es porque el celo y la amistad de los criados dependen muchas veces del procedimiento de los amos.

Valentina empleaba una suavidad tal en el modo de mandar, que todos porfiaban en obedecerla. Ella se levantaba ordinariamente muy temprano, y recorria los jardines cuidando las flores y dándoles diferentes denominaciones simbólicas, de manera que todas ellas formaban á sus ojos y á los de Maximiliano el cuadro completo de mil recuerdos agradables; despues bajaba á las oficinas y por su mano delicada distribuia el alimento á la creacion de animales que acudian en su derredor; las palomas revoloteando iban á posarse en sus hombros; otras mas atrevidas le robaban un grano de maiz que ella apretaba en los dientes: los conejos, levantándose sobre las patas le ponian las manos en los vestidos y recibian una hoja de la mejor hortaliza en premio de su acto de confianza. Valentina tenia el derecho de exàminar, ya los nidos en que las palomitas procreaban mientras otras estaban co-

miendo, ya la conejera en que se envolvia una nidada de conejitos, ya el cesto en que estaban los huevos de una gallina: y todo esto sin que los padres se mostrasen ofendidos, ó dejasen sus creaciones. Ella, despues de esta tarea agradable salia de allí encantada de todo para respirar el aire fresco de las huertas, y presenciar el trabajo de ordeñar dos ó tres vacas; en seguida, conduciendo ella misma la leche, las flores ó los huevos para la casa, iba muy lijera y alegre á preparar la mesa del almuerzo, entretanto que Maximiliano saliese de su cuarto Entonces él venia á abrazarla y á almorzar con ella.

El dia se pasaba sin el menor disgusto; Valentina bordaba y Maximiliano leia casi siempre. Por la tarde subian á un elegante cabriolé cuyo caballo guiaba Maximiliano y daban un pequeño paseo, hasta que el sol empezaba á declinar, que entonces volvian á casa y dejaban correr la noche en la misma armonía.

Así pasaron algunos meses hasta que en una de las noches, un incidente imprevisto turbó por algunos instantes aquella paz doméstica que gozaban.

Eran las diez ú once de la noche cuando los criados sintieron parar un carruaje frente el enrejado del jardin. Luego despues se oyó la campanilla tirada con fuerza.

Valentina y Maximiliano se disponian á hacer indagar la causa de tan brusca manera de anunciar una visita, cuando una criada entró en la sala para contarles lo que habia sucedido.

—Mi señora, dijo ella; está en la puerta el carruaje de un señor que desea hablar sin la menor demora al señor Maximiliano, aunque él no ha pronunciado este nombre.

—¿Como es eso? preguntó Morel.

—Dijo simplemente que queria tener el gusto de solicitar un obsequio del dueño ó dueña de esta casa y que rogaba por el amor de Dios, si era necesario, que no le hiciese esperar largo tiempo.

—¿Qué será? preguntó Valentina.

—No lo puedo imaginar por lo menos, dijo Morel. A esta hora

de la noche un hombre que desea hablar al dueño ó dueña de esta casa, pidiendo por el amor de Dios que no le demoren mucho tiempo..... Hallo todo esto muy singular. ¿Qué clase de hombre es?

—Yo no lo ví, señor: pero Pietro que le habló, dice que la voz parece mas bien de mujer que de hombre, y por su figura delicada anuncia pertenecer á una clase distinguida.

—De cualquier modo debo saber lo que es.

—Pero mandar subir sin saber al menos su nombre?...

—Iré yo á hablarle á la puerta: que me acompañe Pietro, y entre tanto iluminen la sala.

Diciendo esto, Maximiliano bajó al jardin y encaminándose hácia la reja que lo separaba del camino, distinguió á la luz de un reverbero cercano, la figura delicada y ájil de un jóven que se paseaba inquieto al lado del carruaje, parándose algunas veces frente á la portezuela.

—Buenas noches; dijo Maximiliano ¿á quién teneis el honor de buscar aquí?

—A vos mismo, señor, si sois el dueño de esta casa ó teneis alguna ingerencia en sus negocios deméslicos; respondió el jóven con una voz argentina y breve, pero con un cierto grado de afliccion que no escapó á Morel.

—Pero no sabeis siquiera mi nombre, ni el nombre de la persona á quien buscais directamente? preguntó él.

—Válgame Dios! no sé quien sois, tal vez nunca habré tenido el gusto de encontraros... pero si sois caballero, si teneis un buen corazon, si deseais socorrernos...

—Luego no venís solo?

—No, señor: y no es por mí que solicito socorro; mi mujer me acompaña... está enferma.

—Vuestro nombre? preguntó Maximiliano, interrumpiéndolo con interés, pues el tono con que el jóven hablaba tenia algo de sentimental que le conmovió.

—Yo me llamo Leon d'Armilly.

—Abran la reja, gritó Maximiliano á los criados. Muy bien, señor Leon d'Armilly, estais honrando á Maximiliano Morel; hablad, pues, que yo os serviré en cuanto me fuere posible.

—Oh! señor Morel: en todo... en todo, escuchadme. Yo y mi mujer nos dirijíamos fuera de Roma, y preferimos salir de noche para escusarnos del calor del dia, pero mi mujer está embarazada, ya en el octavo mes... y el movimiento del carruaje le ha abreviado el parto, segun me parece; ¿qué haré, pues, en este caso, tan lejos de la ciudad... de noche.

—Descansad, señor, respondió Morel, en mi casa hay mujeres, y ellas emplearán el mayor cuidado en asistir á esa pobre señora.

Leon d'Armilly corrió inmediatamente al carruaje y despues de haber hablado algunos minutos dentro de él volvió hácia Maximiliano que habia enviado á Pietro con un recado.

—Señor Morel...

—Hablad...

—Vos sois bueno y servicial, y yo quisiera pediros aun un obsequio...

—Decid.

—Vos sois un caballero..... yo no quiero abusar de vuestra generosidad ocultándoos un secreto.

Estoy pronto á oiros.

—Yo estoy comprometido, tanto como aquella señora que me acompaña.

—Casi no os entiendo... señor d'Armilly, dijo Morel sonriéndose.

—Yo os habia dicho que ella era mi mujer... pero.

—Acabad.....

—Nos faltan las bendiciones, dijo d'Armilly.

—Qué quereis deducir?

—Ella pertenece á una buena familia romana: es de una educacion escogida, y tiene como cualquier otra señora de su clase una terrible vergüenza de su falta...

—Pero señor... qué tengo yo que ver en eso? pues... la señora que se resigne... nosotros no haremos mas que socorreros á ambos.

—Sí; pero permitireis que ella conserve el incógnito.

—Juzgo la situacion bien difícil para sostener el incógnito, sin embargo...

—Ella trae el rostro oculto en una máscara de seda, replicó d'Armilly.

—En este caso os aseguro que todos en mi casa han de respetar el secreto en que se envuelve esa señora.

—Mil veces gracias, señor: esçlamó d'Armilly apretando la mano de Maximiliano y corriendo al carruaje.

Poco despues se bajaba con alguna dificultad una señora, y el carruaje, dando vuelta en el camino, iba á recojerse en la caballeriza, donde un criado lo esperaba por órden de Maximiliano.

Valentina ya estaba prevenida, y un cuarto con cama y todos los preparativos para un acto de aquellos, acababa de prepararse para recibir á la dama misteriosa.

Valentina y sus dos criados la prodigaron los mas asíduos desvelos.

La señora conservaba la máscara en el rostro; su estado era tal que hacia creer en la proximidad del parto.

Mientras en el interior del cuarto se preparaban y disponian las cosas para este momento crítico, Morel observaba con interés al jóven d'Armilly que paseaba con agitacion por la sala, parándose muchas veces en la puerta del cuarto y aplicando el oido á la cerradura como para escuchar.

La figura de aquel jóven era de las mas delicadas que se pueden hallar en un hombre: los cabellos rubios parecian finísimos, y estaban echados con suma elegancia alrededor de la frente: la espresion de sus lindos ojos azules, la blancura de sus manos, y la pequeñez de los piés todo concurria para fijar la atencion de Morel; á mas, el jóven d'Armilly era desenvuelto como otro cualquier jóven de su edad; fumaba con desembarazo y gusto decidido: montaba en el asiento de una silla como si montase en un caballo; se estendia de espaldas sobre los sofaes, y ponia una pierna sobre

la otra, y todo esto con agilidad y rapidez. Maximiliano mandó servirle un buen refrigerio, que admitió sin el menor escrúpulo, despues conversó algunos momentos con Maximiliano respecto de mujeres, pasando luego á hablar de caballos, y en seguida de armas de fuego, citando los mejores autores, y hablando de todo con tal desembarazo y viveza, que parecia uno de esos jóvenes hijos de una familia rica que pasan su juventud viajando, y corriendo de delirio en delirio, hasta una vejez muchas veces prematura ó arruinada. Dos horas despues, se sintió un gemido en el cuarto: luego un grito sofoçado en los labios, y en seguida los primeros gritos de una criatura.

Leon d'Armilly dió un salto frente de la puerta, y Maximiliano, aproximándose á él, le tendió la mano, en la que aquél dejó caer la suya maquinalmente.

—Mil parabienes, señor Leon d'Armilly, dijo Morel.

—¡Ah! muchas gracias... respondió d'Armilly, con un gesto casi estúpido, que Morel interpretó á su capricho por la espresion patética del sentimiento paterno despertado por el primer llanto de un hijo. Un momento despues salió una criada, y anunció con la risa en los labios, modo alegre y holgazan, que la señora habia dado á luz una niña fuerte y robusta, que era el retrato vivo del padre.

Maximiliano dió á estas palabras de estilo el valor que se les debe, mientras que Armilly respondió: sí, puede muy bien que sea como decís... pero yo apostaré que se parece mas á su madre que á mí.

La puerta del cuarto se abrió, y el señor Leon d' Armilly fué á abrazar á la señora misteriosa.

En muy pocos dias volvió esta á su estado normal, de modo que podia partir sin el menor recelo. Leon d'Armilly, despues de haber regalado en secreto á las dos criadas que asistieron al parto de su amada, agradeció con la espresion del mas puro sentimiento el socorro que Valentina y Morel les habian prestado, pero la deuda de su gratitud fué todavía aumentada por un nuevo servicio que él solicitó.

Valentina no dudó en encargarse de hacer criar la niña en su casa, hasta que la madre pudiese tenerla en su compañía. Valentina no tenia hijos, y gustaba de criaturas, así como gustaba de las flores y de los pájaros; así es que con la mejor voluntad posible accedió á la nueva súplica del señor Leon d' Armilly. Al dia siguiente, la madre, levantando un poco su máscara de seda para imprimir un beso en su hijita, agradeció una vez mas á Valentina, el servicio que ésta le habia prestado, y partió acompañada por el jóven amante.

—Y ahora, Luisa? dijo ella arrancando la máscara luego que el carruaje rodó.

—Qué quieres, mi querida Eugenia? todavía he tenido que desempeñar otra vez el papel de Leon d' Armilly, pero espero que será la última.

—Pero y mi hija?....

—Está en buenas manos, y un dia tendrás el placer de abrazarla: entretanto, Eugenia, pensemos en tí: olvida aquel desgraciado suceso que te hizo madre, y suponte que yo soy en efecto el padre de tu hija.

—Siempre alegre! murmuró Eugenia sonriéndose y limpiando una lágrima: ¡como envidio tu buen natural!

—Eugenia, el mundo y el teatro nos esperan; volvamos á nuestro sueño de felicidad... y si te falta la fuerza necesaria, acuérdate que tienes que procurar el porvenir de tu inocente hija.

—Sí, sí, Luisa, ¡Dios me dé fuerzas para conseguirlo como lo deseo.

L.

La mano derecha del señor de Villefort.

Volvamos á la pequeña isla de Monte-Cristo, donde estará el conde todavía.

Era el dia siguiente á aquel en que Pepino habia pagado su deuda de gratitud salvando la vida de Edmundo Dantes. Este

hombre, arrodillado en el borde del abismo en que habia rodado el cadáver de Haydéa, elevando los ojos al cielo, oraba de lo íntimo de su alma, y se resignaba como verdadero cristiano á la suerte amarga que le esperaba en el mundo. Su resolucion estaba tomada é inclinándose por la última vez sobre el peñasco, pronunció el último adios á aquel cadáver querido que habia visto despedazarse en el fondo del abismo.

Acordándose que un pequeño barco lo esperaba en uno de los recodos de la isla, descendió lentamente á la playa dispuesto á abandonar aquel fatal lugar. Caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caidos, hácia el arrecife del Sud, cuando un hombre apareció súbitamente á su presencia, como si la tierra se hubiese abierto para darle paso.

Era Benedetto.

Su rostro no tenia máscara y parecia tranquilo; su mirada lenta se fijó con firmeza en la fisonomía abatida del conde de Monte-Cristo, y sus labios se contrajeron con una sonrisa de ironía. A corta distancia de ellos se veia á Pepino *Rocca-Priori*, en cuyo cinto lucian dos ricas pistolas de alcance.

El conde y Benedetto se contemplaron algunos instantes en profundo silencio.

—Me conoceis al fin, Edmundo Dantes? preguntó Benedetto cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sí, murmuró el conde.

—Y bien! yo tendria aun que recordaros el nombre de aquel príncipe Andrés de Cavalcanti, improvisado por vos para una de vuestras malditas comedias!

—¿Y sois vos el hombre que me ha perseguido? dijo el conde sacudiendo la frente, y acompañando sus palabras con una sonrisa de desprecio. Ah! y á todos vuestros actos de violencia, cometidos por el simple deseo de poseer riquezas, dais sin rubor el título pomposo de la justicia de Dios?

—Os engañais, conde de Monte-Cristo! replicó Benedetto con tranquilidad. No fué el deseo de poseer riquezas como decís: yo tengo tanto hoy cuanto poseia antes de privaros de las vues-

tras; ellas fueron repartidas ya entre los pobres, y las que aun restan, lo serán dentro de poco tiempo; si os he perseguido sin piedad y sin dolor, fué para vengar la sangre inocente de mi hermano Eduardo!

—Vuestro hermano? preguntó el conde.

—Sí: no ignoro la historia terrible de mi nacimiento: es decir..... sé quién es el autor de mis dias, y solo me falta saber quién es mi madre.

El conde se sonrió con intencion.

—¿Sabeis acaso quién es?....

—Sí.

—Hablad, pues... gritó Benedetto: os daré cuanto me pidais.

—Desprecio vuestra oferta, Benedetto; vos debeis el ser á la baronesa Danglars.

Benedetto retrocedió un paso lanzando un grito de sorpresa, y se siguió un momento de silencio.

—Gracias, señor conde, dijo al fin con espresion feroz: agradezco vuestra generosidad, y estoy cierto que si no hubieseis calculado cuanto yo sufria con esa revelacion, no me la habriais hecho....... Escuchadme, pues esta será la última vez que nos encontraremos, y quiero daros cuenta de algunas personas que conocisteis.

La baronesa Danglars fué robada por mí, y quedó reducida á la última miseria (dijo Benedetto con espresion de amargura); ignoro donde está, y aun si vive. El baron Danglars acabó como habia empezado su carrera de crímenes: esto es, volvió á la condicion de simple marino, y espiró en una noche de tempestad á los golpes que le descargaba un hombre que competia con él en el puesto de piloto de mi yate *Tormenta*. Ahora me falta deciros lo que hicieron de Luigi Vampa; vos protegiais siempre á ese audaz ladron mientras que os preciabais de castigar con rigorismo el robo y el crímen; yo por el contrario, lo entregué por un puñado de piastras á la justicia romana que lo ajustició en el plazo de un mes. Ahora que os veo reducido á la última desesperacion, ahora que en toda la Italia maldicen vuestro nombre, y os

juzgan completamente loco; ahora que no teneis ni esposa ni hijo; ahora que no teneis con qué comprar el alimento de mañana; ahora en fin, que acabó para siempre el improvisado conde de Monte-Cristo con todo su loco é inmenso prestigio, habeis de conocer que si Dios os hizo inmensamente poderoso, fué solo para que premiaseis la virtud: así como me hizo estremadamente audaz y atrevido para que castigase el crímen. Tanto vos como yo no fuimos mas que los simples instrumentos de su alta justicia; nuestra tarea está concluida y volvemos á la nada!.... La familia Morel vive feliz, así como muchas otras personas con las cuales repartisteis vuestra felicidad, y vos acabais en la miseria porque tuvisteis el orgullo de juzgaros inspirado como un apóstol. La deuda está cancelada; y la mano del muerto vá á ser restituida al cadáver!

Diciendo esto, Benedetto abrió rápidamente un pequeño cofre, y tomando la disecada mano que allí estaba, la agitó con violencia en la faz de Edmundo Dantes, gritando:

—Hombre alucinado por el esceso de tu pasion! sé maldito para siempre!!...

El conde lanzó un grito de desesperacion; Benedetto y Rocca-Priori habian desaparecido.

El conde permaneció por algunos momentos con el rostro oculto entre las manos, despues miró en su derredor y viéndose completamente solo, caminó hácia el embarcadero del sud, donde en efecto lo esperaba una lijera embarcacion con dos remeros.

—Podreis conducirme para un punto cualquiera de la costa de Francia, cerca de Marsella?

—Sí señor, embarcaos.

El conde se echó en el fondo de la barquilla que se hizo al largo izando su vela blanca.

Pepino y Benedetto observaban la partida del conde desde la cima de una roca.

—Muy bien, dijo Benedetto dirigiéndose á Pepino, todo está acabado

—¿Cómo así, maestro?...

—De hoy en adelante se separan nuestros caminos, y cada uno de nosotros que siga el que le corresponde.

—Quereis, entonces, separaros de mí?

—Tal cual lo dices. Te cedo mi pequeño yate despues de haberme trasportado á Francia: en esta cartera hay una pequeña suma que pongo á tu disposicion, y partirás á donde te plazca.

—Pues bien, acepto, dijo Pepino; y ya que he roconocido en vos ciertos sentimientos honrados, quiero tomar ejemplo de ellos, y os aseguro que voy á establecerme decentemente en París. En cualquier tiempo que necesiteis algun servicio mio, siempre me encontrareis dispuesto.

—Nunca mas nos veremos, dijo Benedetto, elevando los ojos al cielo, y sonriéndose con malicia.

—¿Por que?

—Oh! hazte cuenta que se abrirá la tierra para acultarme, voy á desaparecer.

—Si yo no conociese ciertos caprichos vuestros, diria que estabais soñando.

—Insensato! ¿qué es todo esto?...

—El qué?

—La vida? ¿qué otra cosa es sino un sueño? No hace mucho tiempo que el mundo repetia con entusiasmo el nombre del célebre conde de Monte-Cristo, y dónde está ahora? ¿dónde están los elogios que obtuvo? las súplicas que le dirigieron? ¿dónde está su inmensa riqueza, y su loco prestigio? ¿donde está aquella su bellísima amante griega?... Interroga á estos peñascos que lo vieron enriquecerse y embriagarse con las mas dulces ilusiones: interroga ese espacio infinito que nos cerca... todo parece decirte estas palabras: «sueño, delirio locura!»

Pepino quedó por un momento pensativo como si estuviese meditando, despues levantó la cabeza y preguntó con cierto aire de interés.

—¿Y el hijo del conde? creo que habreis abandonado ya la piadosa idea de asesinarlo.

—Sí: no temas por él. Voy á confiarlo á los cuidados de cierta

familia que reside en Roma; ella tomará á su cargo el niño respetando siempre el misterio de su nacimiento. Partamos pues, *Rocca-Priori*, los negocios han acabado en esta costa.

Diciendo esto Benedetto, acompañado de Pepino, descendió al recodo del Este, y se embarcó en su pequeño yate *Tormenta* que parecia esperarlo.

....

Quince dias despues de lo que llevamos descrito, un hombre embozado cuidadosamente en una capa oscura bajo de la cual parecia oculto cierto volúmen como el cuerpo de un niño de tres años cuanto mas, se paraba junto al portal de fierro de la residencia de Morel, cerca de la ciudad de Roma.

Era de noche, la luna acabando de romper por entre las nubes, aclaraba con su luz triste la fachada blanca del sencillo edificio, en el cual estaba apenas una ventana abierta.

El hombre de la capa negra, despues de escuchar con atencion si sentia el menor rumor de pasos, convenciéndose de que nadie se dirigia hácia ese lado, abrió con una ganzúa la cerradura, y atravesando el jardin , fué á parar cerca de la escalera de la casa.

Allí separó del cuerpo la capa que lo envolvia y estendiendo los brazos, colocó en los primeros escalones el cuerpo de una criatura que parecia abatida por un sueño profundo: volviendo despues sobre sus pasos, cerró la reja y tiró con violencia la campanilla de bronce, cuyo sonido hizo eco en las paredes lisas del edificio.

A esta señal llegó Valentina á la ventana que estaba abierta mientras un criado que habia salido á ver qué era, lanzaba un grito de sorpresa cerca de la escalera.

—Pietro, dijo Valentina desde arriba ¿qué es eso?

—Jesus! señora mia, aquí está un niño expuesto en la escalera.

Valentina se retiró en el acto de la ventana y bajó.

—En efecto, dijo ella... pero quien ha puesto aquí esta pobre criatura....?

—El porton está cerrado, dijo Pietro, y no he visto ninguna persona en el camino.

Valentina tomando al niño en los brazos, subió á la sala y siguiendo á encontrar á Maximiliano:

—Amigo mio, le dijo: el cielo nos da dos hijos, aquí teneis el esposo de aquella niña que nació entre nosotros.

En pocas palabras esplicó á Maximiliano lo que habia sucedido. La criatura miraba como con espanto cuanto la cercaba y escondia el rostro en el pecho de Valentina.

—Veamos ¿que papel es ese que está en el seno de ese niño? dijo Morel.

—¡Es verdad! esclamó Valentina, tomando el papel y leyendo:

«Señora: sois cariñosa y buena, por eso en nombre de Dios se os confia este niño que debereis criar como si fuese vuestro hijo: el inocente es huérfano y su nacimiento es hoy, y debe ser para el futuro, un secreto profundo entre Dios y el pasado. Su nombre es Edmundo.»

Ni una letra mas, ni una señal siquiera tenia aquel papel.

Las lágrimas asomaron á los ojos de Valentina, y ella juró servir de madre al desgraciado huérfano.

Maximiliano no sabia contrariarla en aquellos piadosos sentimientos. Desde entonces, tanto uno como otro, se esmeraron en educar aquellos dos inocentes que el destino confiára á sus cuidados; y las dos criaturas fueron creciendo entre besos y halagos, como crecian las flores predilectas de los jardines de la tierna y buena Valentina.

LI.

Ultima noche en Monte-Cristo.

Despues de la última entrevista de Edmundo Dantes y de Benedetto, la isla pareció quedar enteramente desierta. Un pequeño barco, cuyo surco indicaba haber salido de uno de los recodos de aquellos peñascos, navegaba en direccion de la costa de Francia, mientras otro barco un poco mas pequeño, se conservaba anclado en el arrecife del puerto. Profundo silencio reinaba en aquel paraje sombrío; la isla empezaba á desaparecer con el crepúsculo y

apenas distinguian las cimas de las rocas doradas por los últimos rayos del sol en el ocaso; pero la isla no estaba tan desierta como parecia: un hombre caminaba con pesado y lento paso entre las rocas, y ese hombre era Edmundo Dantes.

Descendia en direccion á uno de esos profundos abismos de la isla formado por la separacion de dos rocas, y caminaba con seguridad, á pesar de las tinieblas que ya se habian declarado, y que sin duda impedirian el paso á otro cualquiera hombre. Se diria que una estrella lo guiaba sobre los precipicios, que él sabia evitar maquinalmente en su marcha; en proporcion que descendia al abismo, su cabeza se inclinaba sobre sus espaldas, y sus ojos se clavaban en el cielo oscuro, como si encontrase allí alguna imágen que le interesase. Poco despues un rayo rojo de una luz agitada penetrando por las hendeduras de las rocas, fué á reflejarse en el camino de Edmundo Dantes, frente á sus pasos. Este se paró súbitamente como sorprendido por aquel incidente, y miró alrededor de sí como una persona que despertase de un sueño. Admirado de notar aquella luz en la isla, que él creia desierta, dió algunos pasos hácia ella, y vió en la playa á un tiro de fusil, una hoguera al rededor de la cual tres hombres se habian sentado.

Media hora despues, durante la cual Edmundo permaneció apoyado en una enorme piedra de granito, con el rostro apoyado en sus manos contemplando á aquellos tres marineros, que parecian conversar tranquilamente, ellos se levantaron y dejando la hoguera allí como para señal, saltaron en una lanchita y desaparecieron. Edmundo caminó entonces hácia la playa y juntando algunas yerbas secas las torció, las mojó en el agua que bajaba á la playa, y las encendió en la hoguera: despues ayudado por la luz de aquel improvisado hachon, volvió á internarse en la isla y empezó de nuevo su bajada al fondo del abismo. En poco tiempo llegó á la base del peñasco mas alto en cuya punta elevada al seno de las nubes, algunos años antes habia él clavado su mirada ardiente, como interrogándolo respecto á los inmensos tesoros que el abate Faria le habia asegurado existir escondidos

allí. Edmundo se paró: elevando el hachon sobre su cabeza miró lentamente alrededor, hasta donde llegaban los rayos vacilantes de la luz; clavando despues la vista en un objeto que distinguió á pequeña distancia, dejó caer el brazo que sostenia el hachon é inclinando la frente sobre el pecho murmuró esta palabra:

—Haydéa!

La espresion con que pronunció este simple nombre, era una mezcla singular de amor, de recuerdo y de remordimiento; espresion nunca concebible por quien nunca vió, como él, desaparecer súbitamente como las fantásticas imágenes de un sueño, todo cuanto en la vida tenia de mas caro. Edmundo, sin embargo, no lloraba aquel llanto amargo, pero agradable del desgraciado, y que parece mitigar el dolor del infortunio que nos hiere, aquel llanto que lloramos cuando, una vez heridos por la desgracia, sentimos el corazon que nos dice «habeis perdido un bien, pero hay otros en el mundo que os esperan;» entonces lloramos con la idea triste de que esos bienes futuros no podrán recompensar jamás el sér á quien amamos de lo íntimo del alma, y que se ausentó para siempre de nosotros! Edmundo tenia, por decirlo así, el corazon apretado en un anillo de fierro; la esperanza del futuro no podia halagarlo, y las lágrimas no podian tampoco endulzarle aquel intenso dolor que lo oprimia. Allí fué donde él, por primera vez, se vió pequeño y pobre de espíritu como los otros hombres en quienes se estingue la pasion que los alucinaba, y que ellos creian ser el fuego sagrado del *genio*. Entonces condenó en sí mismo su vida de otro tiempo, gastada en el trabajo de una venganza implacable!

—Haydéa! Haydéa! esclamó él cayendo de rodillas junto á un cadáver desfigurado, cuyo rostro estaba cubierto de sangre ennegrecida y coagulada.

Nunca hubiera yo ligado tu suerte á la mia, y entonces no hubieras partido tan temprano de esta vida que debias gozar feliz y tranquila...! Perdon, Haydéa! perdon... El esposo de Mercedes no podia ser tu marido; el corazon que ya habia dado á otra, una vez en su vida, todo el amor que encierra el corazon del

hombre, no podia darte igual sentimiento sino por un sueño que debia finalizar algun dia! Ese dia ya llegó por fin y... todo está acabado.... y ahora me resta apenas la noche perpétua del remordimiento y la desesperacion.

Diciendo esto Edmundo dejó caer la frente sobre el pecho y estendió los brazos al desfigurado cadáver, como si pretendiese levantarlo de la tierra.

—Haydéa...! Haydéa...! gritó él levantándose luego y echando á un lado de la frente los cabellos con un gesto de desesperacion. Ahí estás muerta! ya tus labios no posarán en los mios: ya no podré yo estinguir el fuego que les devoraba en tu dulce llanto de amor...! Y á pesar de este sentimiento profundo que nos unia... á pesar de mi grandeza, de mi ciencia obtenida en muchas vigilias amargas y dolorosas, yo no conozco el secreto de reanimarte! Miserable de mí... Es que soy hombre; es que soy ignorante y pobre como los que se creen mas sabios y potentes, pero que sin embargo doblan su frente y se humillan ante la muerte, porque no saben destruirla! Raza miserable, tanto mas miserable cuanto mas orgullosa es, la raza de los hombres!

Una sonrisa amarga de escarnio asomó á los labios de Edmundo, cuya figura siniestra y meditabunda, iluminada por la luz del hachon, ora aparecia ora desaparecia cual un fantasma entre las sombras.

—Dios todo poderoso! (continuó lleno de contricion) yo erré. Me pesan de lo íntimo del alma los errores de la vida pasada! fuí inexorable en mi venganza.. .. fuí bárbaro..... fuí loco ..... Sí: reconozco que se desvió de mis manos la espada de tu justicia divina...! Oh! pero los gemidos de mi padre que perecia en los horrores del hambre... esos gemidos que resonaban siempre en mis oidos con la triste y monótona cadencia de su prolongada agonía...! Sin embargo, yo debí acordarme de tí, Jesus Crucificado. Yo debí tener en la memoria tus palabras de paz y caridad, pronunciadas con tu último suspiro, desde lo alto de la cruz! y yo habria sabido entonces perdonar! Yo habria reflexionado que mi pobre padre se dejó morir de hambre, no tanto por mi larga

prision sino por el orgullo de no querer aceptar una limosna de la mano de nuestros amigos los Moreles. Mi venganza se habria limitado en Villefort y Danglars, pero de modo que no llegase á sus familias...! ¡ Danglars y Villefort! he ahí mis dos asesinos; los dos nombres que hoy todavía no pronuncio sin temblar de rabia, sin que los labios espumen de cólera! Oh! y yo, que no supe herirlos sin condenarme! ¡Yo! que no entendí cual debia ser mi justicia aunque por el espacio de largos años la hube meditado! Perdon, mi Dios! perdon para el hombre débil é ignorante!

Por segunda vez se arrodilló Edmundo y permaneció algun tiempo como si estuviese orando: despues se levantó, ciñó con su brazo derecho el cuerpo de Haydéa, con el izquierdo sosteniendo el hachon empezó á caminar silenciosamente por una de las sendas tortuosas que cortaban el peñasco y que subia progresivamente. El camino que seguia era una de las muchas encrucijadas y huellas que podian conducir á la famosa gruta, las cuales parecian talladas de propósito en tal disposicion, con la idea única de desviar al indagador, que en tiempo mas remoto tentase descubrir el escondrijo de los tesoros del célebre cardenal Spada.

Un cuarto de hora despues, Edmundo, que habia caminado con firmeza en direccion de la gruta, llegó al portal de ella, en cuyas columnas ennegrecidas por el humo se desparramó la claridad siniestra de la chispeante luz del hachon. Edmundo penetró en el peristilo y bajó la escalera de mármol: despues atravesó la primera sala, entró en la segunda y encaminándose hácia la pared de la izquierda depositó el cadáver en el suelo.

—Es aquí, dijo mirando á su frente, el lugar en que paré hace ocho años, despues de un trabajo asiduo, interrogando con la mirada ardiente de codicia la tierra que ocultaba en sus entrañas los tesoros del abate Faria. ¡ Pobre viejo! la mucha hiel que la maldad de los hombres habia vaciado en tu pecho, contaminó el mio, aumentando la que habia ya en él...!

¿Qué contestaria yo entonces á quien viniese á decirme, en el momento en que abria la tierra, que ocho años mas tarde habia de venir aquí, tan pobre como estaba, no para buscar un te-

soro, sino para esconder, en el seno de esta misma tierra, cuanto me restaba de otro? Yo habria contestado con una carcajada, cuyo eco estas paredes calcáreas habrian de repetir con espanto!

Diciendo así, Edmundo, armado de una barra de fierro que habia sacado del pedestal partido de una estátua, abria con ella una zanja junto al cimiento de la pared.

—Ea! continuó arrojando la barra y pasando la mano por la frente bañada de un sudor frio. Confiemos á la tierra estos tristes despojos humanos, y que los guarde para siempre, ya que todo acabó para mí! Sí! yo te reconozco, cadáver en que se abrigaba el alma, cuyo único norte acá en la tierra, fué la mia! Es muy triste en verdad.....! el cadáver de mi Haydéa..... yacerá, pues, para siempre, en este túmulo gigante construido por la naturaleza, y no comprendido por los hombres!

Despues de estas palabras, echó el cadaver de Haydéa en la sepultura que habia abierto, y empezó á cubrirla de tierra con las manos hasta llenar el vacío; removiendo despues para allí una enorme piedra, la aseguró en la tierra y se alejó.

—Todo está concluido ya! Ahora acabó con la última de sus afecciones, este conde de Monte-Cristo, tan admirado por los hombres; este hombre cuya felicidad fué tan envidiada en el mundo, y tan amarga para él propio. ¡Todo fué un sueño, y al fin de este sueño tan agitado que dormí, reconozco que Edmundo Dantes dejó de existir para siempre en el momento en que un golpe fatal le arrebató la juventud, la felicidad y la paz íntima de su existencia oscura!

Cuando salió de la gruta, ya los albores de la mañana teñian de un rojo brillante toda la parte oriental del Mediterráneo; Edmundo se dirigió á la cima del peñasco y contempló con éstasis aquel cuadro magnífico, que se desarrollaba á su frente, y cuya tranquilidad contrastaba singularmente con la agitacion dolorosa de su pecho: despues descendió al arrecife del poniente é hizo señas á un pequeño barco que lo esperaba y en el cual habia vuelto á la isla para cumplir un deber sagrado para él; el de dar sepultura al cadáver de Haydéa!

A la costa de Italia ! dijo Edmundo, sentándose con aparente tranquilidad dentro de la embarcacion que empezó á navegar.

LII.

La vuelta al sepulcro.

Benedetto, habiendo expuesto al hijo de Edmundo Dantes á la caridad de la piadosa Valentina, nada mas le quedaba que hacer sino volver á Francia y deponer junto al cadáver de su padre, la diestra que un año y medio antes le habia cortado, movido sin duda por un pensamiento fascinador de feroz energía.

Habiendo acabado su mision, él presentia alguna cosa terrible que no tardaria en sucederle, aun que no podia esplicarse bien ese presentimiento fatal que empezaba á oprimirlo. Sin embargo, no retrocedió en su resolucion de volver á Francia; la mano del señor de Villefort no debia quedar perdida sobre la tierra.

Benedetto, pues, salió de Roma y volvió á París, donde se separó de Pepino, que segun le habia prometido, iba á establecer una tienda de muebles, por ser el comercio para el cual se sentia habilitado y con mejor disposicion.

El hijo de Villefort atravesó pausadamente la ciudad y entró en casa de un escribano, cuya residencia conocia ya desde otro tiempo. La figura severa de Benedetto, su modo de hablar pausado y firme, muy luego inspiró profunda simpatía á la persona á quien él buscaba.

Media hora despues estaba el escribano al corriente de lo que se pretendia de él: Benedetto hizo formar una escritura de donacion de cerca de doce millones de francos á la señora Valentina Morel residente en los alrededores de Roma, bajo la condicion de aplicar los réditos de aquel capital para el instituto de diferentes casas de asilo para la infancia y para la vejez desvalida, tanto en Italia como en Francia. Esta donacion debia serle remitida por el mismo escribano en nombre de una sociedad oculta de Beneficencia, de la que Benedetto se figuró el regente.

Otro capital de seis millones de francos seria por las mismas vias puesto á disposicion del Señor Alberto Mondego, residente en Marsella, en nombre de un deudor antiguo de su difunto padre el conde de Morcef, que de este modo satisfacia su crédito del que no existian los menores títulos judiciales.

Hechas estas disposiciones públicas en presencia de varios testigos, Benedetto salió de la casa del escribano y entrando en un hotel hizo tiempo hasta que llegase la noche.

Eran las ocho cuando salió envuelto en su capa oscura, que adoptaba ordinariamente para disfrazarse.

Así caminó hácia el cementerio *Lachaise,* á cuya puerta se presentó golpeando en la reja.

—¿Quién está ahí? preguntó la voz de un hombre que no pareció estraña á Benedetto.

—Un amigo; respondió con sosiego.

—Amigos á esta hora, en la puerta de un cementerio. Hum!. . dijo el guardia estendiendo el brazo con una linterna por el postigo de su garita.

—¿Luego creeis que sea un enemigo? preguntó Benedetto con la misma calma.

—Poco importa que seais amigo ó enemigo. Si sois amigo, no creo en vos en este momento: si sois enemigo no os temo, porque esta reja está bien cerrada, las paredes son altas, y á mas de todo eso, tengo aquí dos famosas escopetas de dos cañones que pueden dar cuatro tiros.

—Muy bien: ¿y si os doy una prueba de que no soy enemigo, ni tampoco amigo vuestro?

—Como se entiende eso?

—Por ejemplo este bolsillo lleno de oro.

—Oh! esclamó el guarda sintiendo caer el dinero junto á la puerta de su garita, eso se entiende mejor ahora. ¿Qué es lo que quereis entonces? Se creeria que quereis recojeros á vuestra casa?

—Abrid, pues, esa puerta.

Hubo un momento de silencio.

—Decidme, señor; sereis acaso un tal Lord..... lord.....

—Vilmore, añadió Benedetto inconsideradamente.

—Ah! eso mismo; en ese caso corro á serviros, señor mio; os conocí por ese capricho de golpear la puerta del cementerio, cuando todos huyen de ella. Ah! ah!.... podeis entrar.

La puerta se abrió, y Benedetto entró por ella.

—A cual de los túmulos es la visita?

—Al de las familias Saint-Méran y Villefort.

—Ah! murmuró el guarda consigo mismo, puede ser el caso que venga á restituir á los esqueletos las joyas de sus mortajas. Nada: este bribon es muy fino..... él viene con otra intencion, pero no sabe que viene á meterse en la boca del lobo.

Poco despues el guarda, tomando una azada y una linterna, caminó delante de Benedetto en direccion al mencionado túmulo.

Benedetto paró á cierta distancia mientras él removia la tierra para abrir la puerta, cuyo trabajo no fué largo. El guarda concluyó de abrir aquel asilo de la muerte, y colocando la linterna allí cerca se alejó, haciendo una señal á Benedetto que este comprendió luego.

Cuando Benedetto dejó de sentir los pasos del guarda, tomó la linterna y bajó pausadamente aquellos escalones de mármol que le condujeron al centro de los cadáveres de su familia.

Todo estaba como en el momento en que Benedetto habia salido de allí algun tiempo antes.

Abrió sin dificultad el cajon de su padre, cuyo esqueleto estaba todavía envuelto en los restos de su lienzo blanco, única mortaja del antiguo procurador régio de París, semejante al paño que por un voto solemne habia cubierto en la hora estrema, los cuerpos de muchos pacientes. El brazo derecho del esqueleto estaba descansando sobre el pecho, y el otro estendido á lo largo del hueso dorsal.

Benedetto, despues de contemplar por mucho tiempo aquel desecado esqueleto en que estaba impresa toda la horripilante forma de la muerte, sacó del bolsillo una caja de madera negra, y sacando de ella la descarnada mano allí guardada, la colocó sobre el pecho del cadáver.

—Está satisfecha la deuda, padre mio, y vuestra mano largo tiempo levantada á la faz de los vivos, vuelve á descansar de nuevo sobre ese pecho, cuyo estinguido corazon tanto sufrió en el mundo. Recibid este ósculo mio, que es la última prueba del respeto profundo que me inspiró vuestro terrible sufrimiento; y adios para siempre!

Diciendo así Benedetto besó la diestra del cadáver y cerró en seguida la tapa del ataud: tomando despues la linterna, subió las escaleras del sepulcro, y notando que la puerta estaba cerrada, la empujó con la mano izquierda, hasta que soltando la linterna empleó tambien la derecha, y despues todo el peso de su cuerpo... pero la puerta estaba cerrada por la parte de afuera, y no cedió á sus esfuerzos.

Algun tiempo permaneció aniquilado, y sin tener la menor idea, sin concebir el mas leve pensamiento acerca de aquel caso; pero despues de media hora, saliendo de su estupor, se esplicó á sí mismo con tranquilidad la razon porque habian cerrado la puerta.

Basta por eso que se acordase de la primera noche que habia penetrado allí.

—Soy acusado de profanacion, y el guarda me entrega á la justicia. Hace año y medio que se encontró este túmulo profanado y saqueado; yo me habia evadido sin satisfacer la codicia del guarda y él se venga ahora.

Benedetto, aunque acostumbrado á luchar con el peligro, no tenia la presuncion de vencer lo imposible, por lo tanto, se sentó en los escalones de la escalera, y reclinando el rostro en las manos esperó el dia: la noche le pareció eterna.

En efecto, al dia siguiente sintió muchos pasos que se venian aproximando al sepulcro; la puerta se abrió poco despues y Benedetto vió frente á sí las siniestras figuras de seis soldados de policía con los sables desenvainados.

—Cúmplase hasta el fin la voluntad de Dios! murmuró colocándose entre la escolta.

El guarda los acompañó hasta la puerta del cementerio, y cuando la escolta acabó de pasar, la cerró diciendo con una risa burlona:

—Hasta otra vez, señor improvisado lord Wilmore.

LIII.

La paciencia del cordero de Dios os acompañe.

Si alguno se acordase de juntar á la pequeñez del hombre la arrogancia de sus ideas temerarias, ellos serian grandes como Dios, ¡y quien sabe! tal vez quisieran ser superiores á él.

Los hombres piensan y dicen temerariamente al cabo de sus quiméricos cálculos «así será» y no se intimidan por su arrojo, aunque en todo y por todo vean por repetidas veces contrariados sus mas seguros raciocinios por la voluntad superior de esa potencia divina que conocemos bajo el nombre de *Dios*.

No contentos del pasado y del presente quieren aun ser señores del futuro... en que la mayor parte no figura sino como la polvareda que se aglomera á las puertas del templo y mancha los altares!

Insensatos! ese futuro que ellos calculan y predicen con seguridad, los aniquila sin dolor bajo el peso del ridículo. Los edificios gigantescos que ellos elevan idealmente, son abrasados por lo sublime de la verdad de Dios, así como los mas sólidos monumentos ceden y encorvan sus crestas altivas, al paso lento de los siglos!

Lo que ellos santifican, lo que ellos adoran, titulándose *sábios ó inspirados*, nunca deja de ser profano al culto verdadero de Dios; esto les sucede con sus propios sentimientos: y el fuego que los alimenta en la santificacion de esos sentimientos, no es mas, muchas veces, que la llama maldita de una pasion sin límites.

Así el conde de Monte-Cristo quiso santificar la venganza. Esta era una tentativa monstruosa, absurda, contra todas las leyes divinas y humanas; ¿pero estas circunstancias podian acaso debilitarlo, cuando el pecho en que se desenvolvia aquella voluntad era agitado por la fiebre de un delirio prolongado? ¿Cuál seria el hombre tan perfecto que no se dejase alucinar por sus propios pensamientos, en el momento en que se viese poderoso como el

conde de Monte-Cristo? ¿quién habria resistido á sí mismo: quien podria condenar sus ideas en el centro de su esplendor, y en el apogeo de su superioridad mundana?...., el conde de Monte-Cristo, hizo lo que habria hecho otro cualquier hombre: luego el conde de Monte-Cristo, no dejó de ser un hombre vulgar, escepto en su sufrimiento y en su opulencia. En sentimientos, no escedió él, por cierto, la esfera regular de los otros hombres.

En la sumision, empero, con que reconocia sus errores, en la resignacion con que se sujetaba á la justicia de Dios, era grande!

Ahora está en Roma, y nadie seguramente lo reconocia al ver un hombre de rostro lacerado por un sentimiento íntimo, cubierto con un simple hábito de penitente, que caminaba á pié descalzo, con la cabeza baja, hácia la hospedería ya bien conocida del maestro Pastrini.

Llegó allí en el momento en que un carruaje paró á la puerta del edificio y bajaban de él dos señoras todavía jóvenes, y una de ellas, mas moza aun que su compañera, vestia luto, y tenia el rostro siempre bajo, como la azucena derribada por el aquilon se dobla sobre su larga hebra.

Edmundo al verlas escondió el rostro con las manos como si no quisiese ser reconocido; pero la mas vieja de las dos señoras, notando aquella figura humilde á la puerta de la hospedería, sacó una pequeña moneda de plata, de una bolsita de seda, y estendiendo su mano delgada y perfectamente ajustada en un guante de cabretilla blanca, soltó el dinero en la mano del supuesto mendigo, siguiendo inmediatamente á su amiga que habia subido algunos escalones.

Edmundo quedó algun tiempo estático, mirando la limosna que le habia sido echada en las manos: despues movió tristemente la cabeza, y besando con humildad la moneda, algunas lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas.

—Sí, murmuró él: sea este mi primer acto de humildad cristiana. Besemos esta limosna dada sin orgullo, sin pretension, y aun sin haberla solicitado. ¡Oh! puedes tú encontrar allá, en el cielo, una gracia especial de Dios, en recompensa de la verdade-

ra sensibilidad que produjo en tí la figura resignada de un pobre pecador!

Apenas habia concluido estas palabras cuando la voz juguetona y breve de Pastrini hirió sus oidos.

—Hola, hermano limosnero? la paciencia del cordero de Dios os acompañe: yo no puedo favoreceros.

Edmundo levantó los ojos, y vió en el descanso de la escalera al afamado maese Pastrini, revestido de un cierto aire imperioso y al mismo tiempo dócil, con que él acostumbraba despedir á los mendigos que querian establecer su peditorio en el recinto de la escalera.

—Os repito que la paciencia del cordero de Dios os acompañe: yo no puedo favoreceros.

—¿Os he pedido alguna cosa? preguntó Edmundo mirándole fijamente, y desviando luego la vista con aire de disgusto.

—Ni yo puedo daros mas que algunas sobras de la comida de la mesa redonda, pero es muy temprano para eso, á mas de que... yo sustento, por caridad, á muchas personas ya....

—Pero yo no os he pedido aun que me sustenteis á mí!

—Convengo, *per Bacco!* pero entonces... no importuneis ahí á mis huéspedes: ellos se incomodan con vuestra presencia, y además como... es esta una de las *principales casas romanas* donde generalmente vienen á parar los estranjeros, guiados por la fama que ella tiene en la Europa, no es decoroso para el Estado que esos señores encuentren la miseria en el acto de subir las escaleras.

Edmundo sin responder, empezó á subir los escalones lentamente, no obstante las protestas de Pastrini.

—Hermano, os aseguro que no podre daros la mas mínina limosna... id... id.. la paciencia del cordero de Dios os acompañe.

—La limosna que os solicito, no es de comer ni de dinero, es simplemente de palabras, maese Pastrini.

—Oh! *sangre de Cristo!* he ahí lo que me parece muy singular. Yo comprendo bien que un hambriento necesite comer y un desnudo que pida dinero para vestirse, pero no comprendo que un mendigo, que casi siempre está en estos dos casos, se acordase de pedir palabras! ¿qué palabras son esas, pues?

Diciendo esto el escrupuloso Pastrini, con toda la sutileza de un italiano de su oficio, miraba con interés la figura humilde y severa del mendigo, pero como este tenia el rostro escondido en los dobloces de la capucha de su hábito, no era posible conocerlo.

—Palabras, hermano? continuó Pastrini: ¿palabras quereis vos? Ah! ¿qué quereis que os diga? Sereis un curioso impertinente que quiere informarse respecto de mis huéspedes, con el fin oculto de pedirles algunas misas? Vamos: no será otra cosa.

—Os preguntaré simplemente por algunos de vuestros huéspedes de otro tiempo.

—De otro tiempo? en ese caso... sí... luego... bien... os entiendo... y viene á ser que...

—Viene á ser que?...

A esta pregunta de Edmundo, Pastrini que habia buscado una reticencia con el fin de sacar algunas palabras mas positivas de su interlocutor, quedó embobado mirando, reconociendo por su modo de hablar, y por la majestad, humilde é imponente de su figura, que allí habia una gran verdad oculta, cualquiera que ella fuese Y como Pastrini estaba, como ya lo dijimos, en lo alto de la escalera, quedaba á su lado izquierdo la puerta de aquel pequeño gabinete que le servia de escritorio, y donde él, en el decurso de esta historia, acostumbraba recibir á Pepino y Vampa; puso pues, la mano en la aldaba y empujó la puerta, haciendo al mismo tiempo una señal misteriosa al mendigo para que subiese.

Edmundo no dudó, y se introdujo despues de Pastrini en el pequeño gabinete.

—Sentaos, hermano, le dijo el italiano con cierto modo irónico que no se escapó á Edmundo, sentaos y hablad.

Edmundo permaneció de pié frente á Pastrini, que no dejaba de interrogarle ávidamente con la vista.

—Maestro, le dijo Edmundo, habiendo asistido á los últimos momentos de un hombre poderoso, recibí su confesion fraternal, y despues de ella le hice una promesa solemne para el reposo de su alma. Desde entonces, encargado tambien por él de recompen-

sar á algunas personas que durante la vida brillante del hombre á quien me refiero, lo sirvieron con desinterés y desvelo, no he dejado de indagar escrupulosamente quiénes son esas personas, con el fin de cumplir mi promesa.

—Bien, respondió Pastrini, ¿quién es, pues, ese hombre?

—Decidme vos antes, quién fué á quien servisteis bien segun vuestra conciencia, y de este modo llegaremos al mismo fin.

—Es justo: aunque..... yo he servido tanta gente..... y mentó luego el ladino italiano con indiferencia: príncipes, marqueses, condes, simples particulares.... ricos..... medianos..... y aun pobres...

Edmundo guardó silencio un momento, y despues dijo:

—No pertenecia á ninguna de esas clases.

—Eso es absurdo, hermano limosnero: ¿luego no era nadie?

—Alguien era.

—Nombradlo, pues.

—No me conviene.

—Entonces *¡per Bacco!* acabemos con esto... yo no os entiendo, y si vuestro discurso viene á acabar en pedir una limosna... yo no puedo darla... la paciencia del cordero de Dios os acompañe.

—Yo me refiero á Luigi Vampa, dijo Edmundo.

—Vampa! murmuró Pastrini. Ah! sí.... mañana es el dia de su ejecucion. Víspera de Carnaval... me consta que no hay una sola ventana para alquilar en la plaza del Pópolo.

—Vos no conocisteis, no servisteis á Luigi Vampa, Pastrini? preguntó Edmundo con voz grave.

—*¡Per la Madona!* balbuceó Pastrini.

—Responded.

—Vos dijisteis que habiais asistido á los últimos momentos de un hombre .. y Vampa todavía vive.

—Dije la verdad... me referia á sus últimos momentos mundanos: yo no soy ordenado aun.

—Pero esperais estarlo?... empezais en condicion bien humilde.

—Así es como se debe empezar el camino del cielo.

—Con que entonces, continuó Pastrini un momento despues de

haber reflecionado: Vampa os encargó de remunerar... quiero decir, de gratificar....

—A un hombre que lo sirvió con lealtad y desinterés.

—Ah! ciertamente, pensó consigo Pastrini: se acordó de aquel aviso que le dí aquí mismo de parte de la casa de Tompson y French: está claro que no hay peligro en declararme.

—Sereis vos ese hombre, Pastrini?

—Si lo soy, no lo sé.

—Cómo así?

—Quiero decir, que muy bien puedo yo haberle servido é ignorar que lo hacia, esto es, haber servido con interés á un hombre sin saber que ese hombre era Luigi Vampa, pues aquel pobre diablo se disfrazaba de tal modo que aparecia en teatros, hoteles y plazas mas públicas, sin que nadie lo conociese. Era como un tal conde de Monte Cristo, refinadísino bribon y hechicero que por la nigromancia de una cierta mano de un muerto, era todo cuanto queria ser, escepto buen cristiano, á pesar de su título pomposo. Esto de conceder y vender títulos de nobleza á toda clase de gente, es una cosa inmoral, absurda, peligrosa... y aun diré, indecente por cuanto...

Esta especie de disertacion del posadero no dejó de ser conveniente á Edmundo, porque se sintió vivamente impresionado por el modo con que se oia nombrar: y pudo disfrazar su rápida turbacion.

—¿Que clase de hombre era ese conde? preguntó despues.

—Oh! muy bien se habló de él por ahí: hoy sin embargo está desenmascarado. Lo conocí muy de cerca, y os juro que no me dejaré engañar mas si por ventura él recuperase su diabólico talisman y se presentase de nuevo bajo diferente forma. Pero pasemos nosotros á lo que respecta á Vampa.

—Por el contrario, como hablasteis de un hombre que él tambien me nombró, deseo que digais algunas palabras mas á su respecto.

—Puedo satisfaceros, hermano.

—Habladme esencialmente de esa mano de muerto que mencionasteis como reliquia.

—Reliquia!... varita mágica diabólica digo yo. Aquello solo podia ser la mano de un condenado.

—Sí, esclamó Edmundo involuntariamente.

—Ah! ya lo sabeis?... pues bien, era la mano de un condenado. Algun hecho misterioso habria tenido lugar en la cueva! alguna dádiva monstruosa se habria hecho... alguna promesa infernal... qué sé yo! el caso era que el conde se transformaba, ya en mujer, ya en un jóven enfermo y fatigado, ya en mosca, ya en pájaro.... pero la varita mágica le fué robada y se vió perdido para siempre. Habia un hombre, francés de orígen, que fué tambien mi huésped, y que lo buscaba para hacerle no sé que especie de exorcismo, con el fin de perderlo del todo. Este hombre le habia robado el talisman maldito y lo guardaba en un pequeño cofre de fierro que traia siempre consigo. Vampa y un tal *Rocca-Priori*, su ayudante, vieron la tal mano del muerto, así como un tal Danglars...

—Danglars? interrumpió Edmundo. ¿Y qué se ha hecho ese hombre?

—Alguno me ha dicho que murió de marinero en el Mediterráneo.

—¡Dios mio! murmuró el conde dejando caer la frente sobre el pecho.

—Bien, pues; el tal conde de Monte-Cristo, continuó Pastrini, está hoy sin duda en el infierno porque sino tendria que habérselas con las autoridades, porque en Francia es acusado de un nefando crímen, como el de derribar túmulos y profanar cadáveres. El maldito jugaba hasta con los muertos...

Se siguió un momento de silencio.

—Ahora, en cuanto al tal Luigi Vampa .. dijo Pastrini.

—Es escusado proseguir; respondió Edmundo. No sois vos el hombre á quien él se refirió.

—¿No soy yo?

—No.

—Sin embargo... ¿cómo sabeis vos...?

—Pos vos mismo. Me habriais dado ya una cierta señal...

—Yo no entiendo de esos señales, respondió Pastrini haciendo sin embargo guiñadas, y cerrando la mano derecha frente de los ojos como para refregarlos.

Edmundo conoció aquella señal, pero no le respondió y se sonrió tristemente.

—¡*Per Bacco!* esclamó Pastrini. Era lo que yo decia: al fin de toda vuestra *retórica* entera vendriais á parar en el estribillo de la limosna... idos, pues... ya me enfada vuestra astucia. Yo no puedo daros nada, la paciencia del cordero de Dios os acompañe.

Habiendo repetido religiosamente estas palabras, Pastrini impelia con las manos al mendigo para que saliese del gabinete, cuya puerta ya estaba abierta, cuando un nuevo personaje vino á interrumpirlo en aquel acto de repulsion.

El nuevo personaje era un hombre de mediana estatura, un tanto viejo y cuya fisonomía severa inspiraba confianza, aunque algunos rayos de sangre le inyectasen sus pupilas como sucede en las personas que alguna vez se dejaron dominar por un sentimiento único y feroz.

—¿Que pretendeis? le preguntó Pastrini.

—¿Es esta la posada de *Londres?*

—¡*Per la Madona!* teneis ojos y no veis; no hay otra en Roma tan escelente como esta, donde los huéspedes son tratados como lo merecen, y en cuyos cuartos algunas veces han dormido príncipes, marqueses, condes...

—Muy bien; podriais tomaros la molestia de nombrarme las personas que hoy son vuestros huéspedes?

—*Bacco!* esclamó Pastrini espantado. ¿Sois agente de policía?

—No. Soy un simple viajero, y busco á alguien.

—Nombrad.

—Será inútil: tal vez no haya dado aquí el nombre por el cual pueda buscarlo, y en ese caso lo negareis contra vuestra voluntad.

—Entonces esa persona á quien buscais tiene muchos nombres?

—Algunos: pero dejémonos de un largo diálogo. Yo os estoy conociendo, porque ya tuve el gusto de hospedarme en vuestra casa.

—Tampoco me sois estraño: pero no podria decir quien sois... pues aquí .. entra y sale tanta gente.

—Pues bien: yo soy Bertuccio, el mayordomo del señor conde de Monte-Cristo.

—Del señor conde de Monte-Cristo! esclamó Pastrini encarando á Bertuccio.

—Habiéndome estraviado de S. E., vine á Roma en la certeza de encontrarlo: S. E. siempre gustó de esta ciudad.

—Señor Bertuccio... mi casa es la primera en su clase en Roma; y no es cueva de hechiceros y bribones.

—Así lo creo: por lo menos cuando aquí estuve con mi amo, noté el buen órden y disciplina con que manteniais vuestro establecimiento, *signor* Pastrini.

—Quiero decir que en mi casa no se encontrará jamás, por cierto, un bribon como el conde de Monte-Cristo.

—Miserable! gritó Bertuccio, retrocediendo un paso, midiendo con su mirada ardiente al posadero, y cerrando con furor los puños.

Edmundo permanecia inmóvil.

—Os lo repito, señor Bertuccio. Id á buscar donde querais á vuestro nigromántico, ese malvado que solo con los ojos seria capaz de incendiarme esta casa, y ennegrecer mi alma de fiel cristiano.

—Miserable! repitió Bertuccio indignado: ¿tú sabes de quien hablas?...

—*Per la Madona!* sí sé, y esto mismo os dirá otro cualquiera á quien pregunteis por vuestro conde, que á estas horas estará tragado por el infierno con su concubina griega...

—Jesus! esclamó repentinamente el mendigo, estremeciéndose, como si le hubiesen clavado en el corazon una aguja de acero. ¡La mas inocente y virtuosa de las mujeres! Ah! cielos... todo... todo... escepto ese martirio!...

—Qué escucho... esta voz... balbuceó Bertuccio.

—Qué dice? dijo tambien Pastrini: al fin de todo el pobre diablo del mendigo, es un loco...

Tanto Pastrini como Bertuccio tenian la vista clavada en la fi-

gura negra del mendigo, cuyo rostro estaba completamente oculto por la capucha.

—Vamos, vamos! no me conviene estar aquí parado escuchando palabras sin sentido, dijo Pastrini. *Signor* Bertuccio, id á buscar á vuestro amo en las prisiones, ó en el infierno, que aquí en mi casa no está y habia de ser muy fino para volver á ella, sin que yo lo conociese y lo abofetease.

—Señor Pastrini, yo os enseñaré cómo debeis hablar de un hombre como el señor conde de Monte-Cristo!

Y así diciendo Bertuccio avanzó atrevidamente hácia Pastrini, pero el mendigo, lanzándose en medio de los dos, les dijo:

— ¡Paz! en nombre del cielo!

Pastrini soltó una carcajada y subiendo rápidamente la escalera, desapareció en el interior del edificio.

Bertuccio, viéndose solo, empezó á bajar para la calle mirando con aire inquieto al mendigo, que ya iba como veinte pasos delante de él.

Impresionado sobre todo por las palabras que á él se le escaparon al oir injuriar el nombre de Haydéa, Bertuccio deliberó seguirlo con la intencion de hablarle; en efecto, aproximándose á él, fué caminando detrás, hasta un pequeño edificio rústico en un barrio apartado.

El mendigo, llegado allí, abrió la puerta y subió la escalera hasta un cuarto pequeño, cuyas paredes ennegrecidas y húmedas y su techo cubierto de telarañas, inspiraba repugnancia: el mendigo habia dejado la puerta abierta, como si supiese que era seguido por alguien; y cuando llegó al centro del cuarto se volvió súbitamente, descubriendo el rostro.

Bertuccio que lo habia seguido, cayó á sus piés esclamando:

—Ah! mi señor!

—Levántate, Bertuccio, dijo Edmundo pausadamente y con voz firme. Ese modo humilde con que en otro tiempo hablabas al conde de Monte-Cristo, tu amo, tu señor y tu amigo, no es competente en este momento; hablas al hombre mas pobre y humilde que el mas desgraciado mendigo.

—¿Qué decís señor? Qué fatalidad ay aquí? ¡Yo sueño.... sí, esto es una pesadilla terrible!

—No, Bertuccio: esta es la verdad: todo lo demás sí fué un sueño, pesadilla terrible muchas veces, otras dorado por el placer! estas fueron muy pocas!

—Dios mio!

—Levántate Bertuccio, continuó Edmundo levantándole; al menos te encuentro, y de todos los que partieron conmigo la grandeza, serás tú el único que quede tranquilo y feliz. Así lo quiso Dios! tú fuiste quien desenterró al hijo de Villefort, la vívora destinada por Dios para morderme el corazon, y echar el veneno en toda mi existencia!

—Mas..... yo no os comprendo: me cuesta creer cuanto veo, cuanto escucho... ¿qué habeis hecho, señor?

—Erré como cualquiera otro hombre; y mas que otro cualquiera, porque fuí mas poderoso que todos ellos! Erré! erré! hoy busco arrepentirme lleno de contricion; y ojalá que Dios me perdone al cabo de mi martirio!

—Pero... ¿y vuestra inocente esposa?....

—Haydéa, replicó Edmundo: Haydéa!... búscala en los peñascos de.....

Y se paró.—No; dijo inmediatamente, nadie sabrá donde escondí mi tesoro!..nadie irá á perturbar tu sosiego...ningun pié humano irá á profanar tu sepulcro, Haydéa!..Bertuccio, está con Dios!

Bertuccio se cubrió el rostro con las manos y sollozó.

—Ah, señor mio! yo que os ví tan poderoso, tan grande, tan magnánimo.... tan lleno de felicidad y de placer.... veros ahora humilde, pobre, miserable, lleno de hiel... no: mil veces no! esto no puede ser.

—Grandeza, magnanimidad y placer... ahí... pasó por tus labios todo mi sueño de otro tiempo, Bertuccio! Grandeza y magnanimidad, solo en Dios; placer, solo en la hora del pensamiento, porque muy en breve seremos con *él*.

Todo acabó. Bertuccio. Del conde de Monte-Cristo apenas resta un recuerdo viciado por el absurdo, y allá en lo futuro, no habrá de él

otra cosa que el nombre vago, junto del cual los hombres han de escribir estas palabras: *«orgullo, alucinacion.»* Partid, pues, Bertuccio; puedes vivir tranquilo; en el banco de París está, como sabes, un capital que te pertenece y que hará tu independencia.

—Pero, señor... yo no puedo... quiero decir, no me atrevo á esponer una idea que tengo..... en fin es que..... ese capital de que hablais podria seros útil...

—Mi única riqueza de hoy en adelante se reduce á la paciencia del cordero de Dios. No quiero otra... ni debo tener otra.

—Mas... ¿quereis morir de miseria, señor?

—Bertuccio!

—Por el amor de Dios, señor mio, permitid que os acompañe siempre y que os sirva...

—Yo quiero el aislamiento..... la soledad.....

—La tendreis: yo la respetaré! permitidme solamente que yo vele por vuestros dias.....

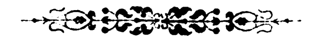
—Si quiere Dios que ellos se prolonguen, hágase su voluntad!

Bertuccio no desamparó mas á su amo.

Edmundo habia resuelto permanecer en Roma, hasta conseguir recibir la primera tonsura con las primeras órdenes eclesiásticas, con el designio de volver despues á Marsella donde queria establecer una pequeña ermita en el lugar en que habia sido la aldea de los catalanes.

—Pues bien, Bertuccio: consiento en que veles por mis dias y me acompañes hasta que vuelva á Francia; pero respetarás siempre este secreto fatal que hasta ahora no te revelé, y cuyo resultado es el que ves; dijo Edmundo estendiendo la mano á Bertuccio que se disponia á besársela con respeto.

—No, Bertuccio; dame simplemente tu mano, y si de hoy en adelante existe alguna superioridad en uno de nosotros, es en mí, pero será la superioridad del sufrimiento y de la resignacion.



LIV.

Despues de la ejecucion.

Ya en uno de los capítulos del conde de Monte Cristo se descubrió y comentó largamente el dia víspera de los Carnavales destinado para la ejecucion de los condenados á la última pena; y por eso ahorrando aquí una repeticion, evitaremos el fastidio del lector, que deseará por cierto apresurarse á saber el fin positivo de estos diferentes personajes que desde largo tiempo figuran á sus ojos.

La plaza del *Pópolo* habia presentado como siempre en tales ocasiones un cuadro magnífico de perversidad y fanatismo, en el centro del cual el condenado, blanco de todas las miradas curiosas, acababa exhalando el último suspiro con la última imprecacion. De todas las ventanas abiertas de par en par, y llenas de espectadores que estaban allí para ver simplemente la angustia con que el condenado moria, como se puede estar en un teatro viendo el modo con que los actores desempeñan un papel difícil; de todas estas ventanas, digo, solo en una, abierta como todas las demás, no habia espectadores.

Era la de un pequeño cuarto en un segundo piso, que dominaba toda la plaza. Dos mujeres estaban en este cuarto: una de ellas vestida de negro, alta, pálida y verdaderamente bella, fácilmente seria reconocida por la señora compañera de la que habia dado limosna á Edmundo en el portal de la hospederia del maestro Pastrini. Esta señora, de rodillas sobre una almohada en el centro del cuarto, podia observar así el cuadro doloroso de la plaza del *Pópolo* sin ser vista de afuera; su mirada lánguida y angustiada no se habia desviado un solo momento del tablado fatal en que representaban el paciente y el verdugo ese drama repugnante, compuesto por la sociedad con el fin absurdo de aterrar al pueblo y desviarlo del crímen! Cuando Luigi Vampa en el centro de la larga ala de penitentes habia aparecido en la plaza, la

señora que estaba de rodillas empezó á media voz una oracion como si pidiese á Díos por el alma del paciente. Despues, cuando Luigi Vampa se arrodilló, ella miró al cielo como si sus ojos no tuviesen energía para presenciar el golpe del verdugo; su oracion se hizo mas enérgica, mas apresurada, mas alta, y en el instante en que se descargó el golpe, los labios bellos que hasta entonces habian orado, profirieron súbitamente estas palabras:

—Luigi! Luigi! todo acabó ya....!

Despues de estas palabras, la señora se levantó, y mirando alrededor de sí, se encontró con su amiga que estaba junto á ella.

—Mi buena amiga....

—Eugenia, sufres tanto....!

—Te engañas, Luisa, te engañas; le contestó Eugenia riendo y llorando al mismo tiempo: ya no sufro... ya no puedo sufrir.. porque de hoy en adelante tengo una mision sagrada que cumplir... y es, ganar el pan de mi pobre hija, confiada á los cuidados de los Moreles. Mientras dure el cumplimiento de esta mision, créeme, Luisa, yo tendré fuerza, energía y valor para olvidar todo lo demás que me hiere. Saldremos de Italia y el teatro inglés nos ayudará. Ah...! entretanto, mi amiga, ven á juntar tus oraciones á las mias, ven á pedir á Dios por el alma de aquel desgraciado que tanto amé desde lo íntimo del alma, sin que tuviese fuerza para suplantar este sentimiento! aquel desgraciado que es el padre de mi hija! plazca al cielo que haya acabado la fatalidad que parece pesar sobre mí desde cierto tiempo! quiera el cielo perdonarme tambien á mí la falta que cometí..... Ah! sí, él me perdonará... porque el trabajo del artista es una cosa sagrada, y que á los ojos de Dios vale mil veces mas que el ócio del cortesano! Luisa, aumentemos este trabajo, y alimentemos la existencia con él. Entretanto, salgamos de Roma.....

Diciendo esto Eugenia y Luisa se disponian á salir cuando abriéndose la puerta, vieron delante de sí una figura humilde y triste de un penitente negro.

Hubo un momento de silencio, en que tanto Eugenia como Luisa tentaron articular algunas palabras, sintiendo la lengua presa

en la garganta. El penitente parecia tan conmovido como las dos amigas. Finalmente fué Luisa la que rompió el silencio.

—Buen hermano, dijo ella, venís sin duda á pedir por el alma del paciente.

—Vengo á cumplir un deber que él me impuso.

—Dios mio! esclamó Eugenia, ¿qué quereis?... hablad.........

—Sí, señora: vos sois la misma que el desgraciado me designó.

—Pues me veia acaso...?

—Sus ojos, replicó el penitente, parecian penetrar al través de estas paredes, para contemplaros en el último momento de su existencia! Él presentia que estábais aquí, señora: me dijo que os encontraria aquí... y en efecto aquí estais...

—Luigi... Luigi! esclamó Eugenia levantando los ojos al cielo. Qué importan paredes ni distancias á dos corazones que se aman? ¡ellos se comunican siempre!

—Eugenia Danglars, Dios tenga piedad de nosotros!

—Sí, sí: pedidle desde el centro de vuestra humildad, pedidle por mí, porque yo de hoy en adelante necesito vivir, necesito trabajar! Si hasta hoy he trabajado por vocacion, por placer, de hoy en adelante será por necesidad absoluta..... ¡Dios me ayude... ! Dios me proteja....! Dios tenga piedad de mi hija ...! dijo ella en voz baja reclinando su frente en el pecho.

—Hermano, cuál es, pues, el deber que el paciente os impuso? preguntó Luisa d' Armilly que deseaba acabar cuanto antes aquella escena dolorosa.

—Hermano, me dijo él, respondió el penitente, veo allí una ventana abierta, pero en cuyo balcon no distingo espectadores como en las otras; pues bien, presiento que una mujer estará en aquella casa orando tal vez por el alma del hombre que fué en otro tiempo su amante y su verdugo! Sí, ella era grande y magnánima, ella es noble y llena de bondad, sin duda perdonará á este infeliz sobre los escalones del cadalso! Ella estará pues allí, para que su oracion generosa acompañe mi alma, en el momento en que se desprenda de este pecho criminal y apasionado; Id, pues, hermano, despues de mi suplicio, id á aquella casa y

encontrareis una señora á quien llamareis Eugenia Danglars; habladle de mí y entregadle este anillo que yo le saqué del dedo, despues de un momento de delirio de que ambos fuimos víctimas. Tengo recelo de que alguien ose apoderarse de él cuando mi cuerpo fuere inerte al sueño eterno: sin eso, yo lo guardaria con pasion, aun despues de mi muerte... Id, pues, hermano.

Diciendo esto, continuó el penitente, el desgraciado sacó un anillo de oro, lo llevó repetidas veces á sus labios imprimiéndole ardientes besos, y en seguida estendió la mano para entregármelo y ofreció su cabeza al verdugo feroz. He aquí el anillo, Eugenia Danglars!

El penitente presentó á Eugenia un anillo de oro, que ella recibió besándolo religiosamente.

—Sí, yo lo reconozco, murmuró ella no pudiendo continuar porque el llanto le cortaba las palabras.

—Cumplí, pues, mi mision, murmuró el penitente inclinando el rostro siempre oculto por el capucho Eugenia; continuó – la misericordia de Dios os alcance; y creed que toda la sabiduría humana consiste en creer íntimamente que Dios es infinitamente misericordioso, y que el hombre es estremadamente vanidoso y atrevido en presencia de la ilimitada justicia de su magnánimo Creador.....

Eugenia se lanzó en los brazos de Luisa, y el penitente descendió pausadamente la escalera murmurando estas palabras: «La paciencia del cordero de Dios me acompañe.»

—Luisa... Luisa, esclamó Eugenia besando todavía el anillo; aquí se ancuentran mis labios con los del hombre que todo lo olvidó por mí... ¡ah! un dia vendrá en que mi inocente hija interrogue á este anillo, cuando despues de mi muerte se lo haga entregar, como la única herencia de su padre...! Luigi! aquí los labios de tu hija se encontrarán por la primera vez con los tuyos, y tú serás desde entonces con ella...!

—Eugenia, dijo Luisa con voz tierna y abrazándola, no te abandones mas á estos pensamientos que te mortifican. Todo está acabado ya... sé, pues, superior á tí misma esperando en la misericordia infinita de Dios...!

—Partamos! interrumpió Eugenia; partamos, Dios velará sobre nosotras! Dios protejerá á mi inocente hija!

Así diciendo, Eugenia y Luisa bajaron la escalera, subieron á un pequeño coche que las esperaba, y partieron á la posada de Pastrini. Concluido el carnaval ellas saldrian de Roma con el firme propósito de dirigirse á Londres para contratarse en el teatro lírico, y continuar allí su interrumpida carrera de artistas.

LV.

El penitente.

Eugenia y Luisa, recogiéndose á la posada de Pastrini, esperaron allí que pasasen los tres dias de carnaval, para retirarse de Italia, pues durante esos dias, en que hay siempre una afluencia increible de gente estranjera en Roma, no es facil á cualquiera encontrar conductores particulares para salir de aquella gran ciudad.

Mientras todos corrian con delirio por las calles y plazas, dirijiéndose á los locales destinados para los juegos públicos, las dos amigas hacian y combinaban entre sí el nuevo programa de su jornada artística. Eugenia tenia ahora la mision sagrada que cumplir de ganar el pan futuro de su hija; y Luisa siempre buena, siempre dócil, siempre amiga sincera y desinteresada, cumplia tambien la mision no menos sagrada, de acompañar en el mas árduo trabajo á aquella, cuyo destino, digámoslo así, habia ligado al suyo. Sin embargo, en el centro de las mas lisongeras esperanzas un recuerdo doloroso oprimia el pecho de Eugenia: algunas lágrimas involuntarias atestiguaban cuanto era todavía superior á ella misma aquel sentimiento, y en vano tentaba Luisa dirijirle palabras de consuelo. Hay pesares muy profundos que á nadie es dado aniquilar; solo el tiempo... y muchas veces... el tiempo mismo ha corrido en vano hasta la última hora de la criatura, que muere sin embargo con el mismo profundo sentimiento!

En esos momentos de una angustia estremada, encontramos en

el mismo dolor algunas veces un placer inesplicable... Quien venga á nosotros para distraernos, nos enfada con palabras inútiles y vacías: nos fastidia la presencia aun de nuestro mayor amigo, y buscando la soledad, pretendemos encontrar allí en la sombra y en el silencio, la imágen querida que se alejó de nosotros para siempre!

¡Ay de quien un recuerdo le acompañe! en el mundo no encontrará nada que sepa corresponderle con aquel silencio religioso que nos complace entonces!... Era por eso que Eugenia algunas veces se refugiaba sola en el fondo de su cámara, donde escasamente penetraba un rayo de luz por la abertura de la mal unida ventana. Ella gustaba de hacer brillar allí en ese rayo único de la luz, el anillo de oro que el penitente le habia entregado de parte del condenado Vampa. Era allí que Eugenia parecia conversar con aquel infeliz, orando despues al Todo-Poderoso como para pedirle que sus almas pudiesen encontrarse en la vida eterna. Luisa no se atrevia á interrumpirla, y arrodillándose frente á la imagen de la Vírgen acompañaba á su amiga en aquella peregrinacion mental, en que parecia que comunicaban con los espíritus invisibles...

....

Ya las campanas con un sonido lento y profundo habian anunciado con majestad el principio de la Semana Santa. Las dos amigas, habiendo hecho ajustar sus cuentas con el escrupuloso Pastrini se disponian á dejar la Italia, cuando se abrió la puerta de sus aposentos y vieron delante de sí la figura grave del mismo penitente á quien Luisa habia dado limosna, y que en el dia de la ejecucion de Vampa habia entregado el anillo á Eugenia.

El penitente traia la capucha de su hábito blanco caida sobre el rostro, y las manos escondidas en las anchas mangas de la sotana.

Eugenia y Luisa se miraron mútuamente, como si preguntase una á otra la causa de aquella aparicion; pero el penitente que fué el primero en hablar, dijo:

—Señora, vengo á cumplir lo que en mi conciencia creo sagrado; dar á una hija la bendicion de su madre.

—Dios mio! esclamó Eugenia.

—Esplicaos, buen hermano: dijo Luisa.

—Eugenia Danglars! replicó el penitente despues de un momento de vacilacion: vas á salir de Italia sin que implores al menos la bendicion de quien te dió el ser?

—Buen hermano, dijo Luisa, vuestras palabras son graves, pero habeis pronunciado un nombre que todos ignoran en Roma. Sereis el mismo que nos buscó en aquel dia fatal de la ejecucion?

—Sí

—Venís entonces encargado de una nueva mision?

—Sí, señora.

—Y cuál es?

—Luisa d'Armilly, respondió el penitente aproximándose á ellas, será bueno que vuestra amiga procure llevar consigo para fuera de Italia la bendicion de su pobre madre.

—Sí! sí! interrumpió Eugenia, juntando las manos en ademán de súplica: ¿dónde está mi madre? yo debo....

—¡Os ilumina la gracia del Señor, hija mia! replicó el penitente, y plazca al cielo que ella no me desampare en este camino de penitencia que sigo.

—Ah! Dios mio! murmuró Luisa echando sobre el penitente una mirada oblícua, esta voz. . dónde he oido yo esta voz?...

—Venid buen hermano, dijo Eugenia arrodillándose, venid, y ya que no puedo recibir la bendicion de mi madre por su propia mano..... bendecidme vos en su nombre, pues sin duda ella os encargó generosamente que lo hicieseis.

—Sí, hija mia, respondió el penitente, yo vengo encargado por ella de trasmitiros su bendicion: yo os bendigo, pues, en nombre de suyo y de Dios.

Diciendo esto, el penitente estendió sus dos manos sobre la cabeza de Eugenia: Luisa se arrodilló á su lado como si quisiese participar de aquella bendicion.

—Mujer á quien las pasiones del mundo agitaron, continuó el penitente; la señora de Servieres y de Nargans, baronesa Danglars, vive hoy humildemente y resignada bajo el hábito de las

piadosas hermanas de san Lázaro!

—¿Qué decís? esclamó Eugenia levantándose súbitamente.

—Escúchame, Eugenia, y no pretendas mudar los destinos, con esa vanidad mundana que todavía se trasluce en tí.

—Ah! madre mia! madre mia!...... murmuró ella torciéndose los brazos..... pero qué decís? dónde está mi madre?....

—Habiendo entrado en Roma en la piadosa hermandad de san Lázaro, en breve partirá para Francia, donde desea concluir; orad por ella, Eugenia, rogad por ella y seguid vuestro destino. La fatalidad pesó sobre vuestra familia, y sois la única persona de ella que podrá aun entrever algun futuro lisonjero, porque fuisteis la menos criminal. Vuestros padres sufrieron el castigo de sus desvaríos; uno se sumergió para siempre en el estado oscuro del cual se habia elevado por medio de la intriga; y el otro, descendiendo de lo alto de su orgullo, del punto culminante de su vanidad, llora un error pasado, bajo el hábito humilde que adaptó por espiacion. Adios, Eugenia, si teneis enemigos, perdonadlos de lo íntimo de vuestra alma, y seguid vuestro camino!

—Dios mio! murmuró Luisa, sin quitar la vista de la figura majestuosa y severa del penitente; yo he conocido ya en alguna parte á este hombre! yo he oido bien de cerca esta voz sonora y profunda, que parece vibrarnos las cuerdas del alma!..

—Dios me perdone tambien: continuó el penitente: yo reconozco su perfectísima justicia.

—Buen hermano, dijo Luisa; ya que terminasteis la mision por la que nos buscasteis, permitid que os dirija algunas preguntas.

—Hablad.....

—Acaso recibisteis la íntima confesion de la señora Servieres?

—No: yo soy muy pecador, no puedo recibir la confesion de otro pecador. Soy muy débil de espíritu, y no puedo representar á Dios.

—Luego cómo pudisteis hablar de la familia Danglars del modo que lo hicisteis? Sin duda conocisteis esta familia en algun tiempo?

—Sí, Luisa. En el tiempo en que enseñabais la música á vues-

tra amiga; en el tiempo en que apareció en el centro de la familia Danglars el hombre que le arrebató el prestigio, y deshizo el concepto y crédito de aquella casa, en el de todas las demás. El hombre que tenia un crédito ilimitado sobre el baron Danglars.

—El conde de Monte-Cristo....?

—Sí; un loco, un vanidoso; continuó el penitente con voz tranquila. Un miserable que se juzgaba iluminado por Dios, cuando apenas lo animaba el fuego violento de una pasion única—la venganza!—Un loco.... que pretendió santificar ese sentimiento sin acordarse que todas las leyes divinas y humanas lo condenan Ah! un vanidoso que quiso luchar contra todas esas leyes, y formar por sí una nueva ley de venganza para que Dios la aceptase, y los hombres fuesen aniquilados por ella!

—Qué decís! interrumpió Luisa agitada; por qué hablais de ese modo de un hombre, cuyo nombre nadie pronuncia sino penetrado de un profundo respeto?

—Confundís el respeto, Luisa d'Armilly, con el terror ó con la admiracion producida por las riquezas del conde de Monte-Cristo! Respeto!... Ah! no... nadie respetó al conde de Monte-Cristo: todos admiraban su opulencia. Creedme, Luisa: el conde era un hombre débil y vanidoso como todos los otros, y su supuesta grandeza y elevacion de espíritu.... oh!... en ese tiempo no existia comparativamente con el dia de hoy!

—Dios mio!.... pero, quién sois vos?..... qué motivos teneis para condenarlo....?

—Lo condeno porque me recuerdo de un sueño largo en que lo juzgaba superior á todos los hombres; lo condeno porque ví, finalmente, la espada de la justicia de Dios bajar sobre aquella cabeza orgullosa y exaltada por el delirio: lo condeno, Luisa, porque él se condena á sí propio! Ah! si hubieseis calculado la fatalidad constante que empezó á oprimirlo; si supiéseis que un simple hombre oscuro é ignorante, consiguió aniquilar la grandeza del conde de Monte-Cristo, clavándole al mismo tiempo agudas espinas en el pecho.... si lo viéseis de un momento á otro pasar de la opulencia á la miseria, del orgullo á la humildad, de

la felicidad á la desesperacion..... entonces, Luisa, creeriais como yo creo, que el conde de Monte-Cristo fué castigado por Dios...!

Se siguió un momento de profundo silencio.

El penitente se conservó inmóvil, y Luisa escondiendo el rostro entre las manos parecia meditar profundamente; Eugenia se habia recostado en un sofá, y apoyaba la frente en la mano, dejando correr libremente las lágrimas

Un criado de la posada, habiendo llegado á la puerta de la cámara, anunció que estaba pronto el carruaje que debia conducir á las dos señoras.

—Amiga mia, dijo Luisa aproximándose á Eugenia, ¿habeis oido?

—Sí, respondió esta maquinalmente y levantándose: estoy pronta, partamos.

—Eugenia... Eugenia! esclamó de súbito el penitente, perdonadme... yo tambien necesito de vuestro perdon.

—Vos necesitais de mi perdon! ¿en qué me ofendisteis, pues? quién sois?

Con el movimiento precipitado que el penitente hizo para arrodillarse, la capucha le cayó sobre las espaldas, y su rostro descubierto quedó así espuesto á los ojos de las dos amigas.

—Jesus!.... el conde de Monte-Cristo! balbuceó Luisa.

—Silencio! silencio, Luisa, dijo Edmundo. No pronuncieis aquí ese nombre, porque el hombre que lo traia no es ya lo que fué! Bien lo veis.... esto es todo lo que resta de él. Ah! Eugenia, dadme vuestro perdon!

—Levantaos, señor.... ¿en qué me habeis ofendido para que yo os perdone?... ah! yo no creo lo que estoy viendo .... eso es un sueño!.... Luisa.... partamos.

—No, esclamó Edmundo deteniéndolas, vos estais bien despierta y no partireis sin que me hayais perdonado por el amor de Dios! Yo necesito de vuestro perdon; perdonadme... porque yo os ofendí...

—En qué, señor? hablad....

—Respetad este misterio, y no querais despertar amargos recuerdos del pasado en este pecho ya tan lacerado por el marti-

rio! Eugenia, Dios me hiere... pero yo espero firmemente alcanzar su perdon en mi última hora: perdonadme vos, así como él me perdonará: eso aliviará el peso de mi sufrimiento, y vos, que tambien sufristeis, vos que tambien conocisteis lo que es el martirio, lo que es la desesperacion, lo que es la fatalidad, perdonadme!.. perdonadme!

—Sí: ya que así lo quereis, yo os perdono si me ofendisteis, dijo Eugenia estendiéndole la mano, que él llevó religiosamente á los labios

—Ahora podeis partir, Eugenia: idos, que desde el fondo de mi pequeño asilo y de lo íntimo de esta alma abatida yo pediré á Dios que os proteja, así como le pido por el alma de Haydéa, y por la felicidad de mi hijo. Ah! todo se acabó! murmuró Edmundo levantándose y con el gesto amargo de quien siente una angustia suprema, todo acabó ya para mí!

—Señor, dijo Luisa aproximándose á él, vuestras palabras si no son hijas de un simple delirio, me revelan una fuerza tal de desgracia, que mucho os aflige. Creed, pues, en el vivo interés que tendríamos, tanto Eugenia como yo, en poderos ser útiles....

Una chispa eléctrica brilló en los labios contraidos de Edmundo.

—Id, murmuró, la felicidad os acompañe... mientras que á mí me basta la paciencia del cordero de Dios!... idos, señoras...

Diciendo esto se echó la capucha al rostro y se apartó lentamente de las dos amigas, que por algun tiempo permanecieron estáticas con la vista clavada en aquella figura severa y resignada, que caminaba á lo largo del corredor de la posada.

Un segundo recado del postillon las sacó de aquel estado, y bajando ellas la escalera, subieron rápidamente á un carruaje de camino que las esperaba.

LVI.

La hermana de San Lázaro.

Eugenia y Luisa d' Armilly, despues de aquellos sucesos imprevistos que interrumpieron, como acabamos de describirlo al

lector, su carrera artística, iban finalmente á continuarla aunque muy lejos del teatro de sus aventuras. En efecto, la bella ciudad de Roma, tan deseada como lo habia sido por las dos amigas, no les podia ofrecer sino muy tristes recuerdos en cada uno de sus dos principales monumentos artísticos.

Edmundo, habiendo visto partir el carruaje dobló tristemente á lo largo de la calle, y se dirigió apresurado á su nueva y mezquina habitacion donde entró sin hacer el menor ruido. Conviene aquí que espliquemos cual era el cuadro que presentaba este cuarto tan sencillo y pobre entonces. En primer lugar diremos que Bertuccio, pocos dias despues de haber encontrado á su amo, el conde de Monte-Cristo, sintió una sensacion tan fuerte por el estado en que lo vió, que empezó á padecer una dolorosa enfermedad en que la fiebre no le abandonaba. Bien lejos estaba Bertuccio de suponer que su amo, el noble conde de Monte-Cristo, sufriese la mas pequeña contrariedad, para poderlo ver, como lo vió últimamente en la hospedería de Pastrini, sin que sintiese una fuerte afectacion nerviosa.

El pobre mayordomo estaba, pues, acostado en un colchon de paja, y cubierto con una colcha ordinaria de lana. A su lado se veía una mujer de mediana edad, de figura noble y facciones francas, vestida con el hábito de las piadosas hermanas de la caridad. Cuando Bertuccio se enfermó, Edmundo requirió la presencia de una de aquellas generosas enfermeras, y aquella, que hacia poco tiempo que habia sido admitida en la hermandad, fué á quien tocó ir á cuidar del enfermo.

Cuando Edmundo entró en el cuarto, Bertuccio dormia un sueño agitado y sus gemidos resonaban como un sonido lúgubre en aquel oscuro recinto. La hermana de la caridad, teniendo el brazo apoyado en la cabecera de la cama, recostaba el rostro en la mano; y por los sollozos débiles y repetidos, que acompañaban los gemidos del enfermo, se conocia que ella lloraba. Edmundo se paró en el umbral de la puerta, y se conservó allí algunos momentos, inmóvil y silencioso, comprimiendo el pecho con las manos como si pretendiese regularizar las pulsaciones de su co-

razon. Avanzando despues algunos pasos, dijo á media voz:

—Eugenia partió ya: vuestra bendicion la acompaña; quedad tranquila, señora.

—Ah! murmuró la hermana de la caridad. levantando el rostro y dejando caer el brazo en que lo sostenia: ¡la misericordia de Dios vaya con ella....!

Se siguió un momento de silencio. Edmundo lanzó la vista sobre el cuerpo de Bertuccio y sacudió la cabeza con gesto de duda

—Ahora, dijo la hermana de la caridad; ahora, buen hermano, una vez que prometisteis orar por mí, espero que no os olvideis de hacerlo ¡Ah! demasiado necesito yo de sufragios!

—Sí, señora, respondió Edmundo, cuyo rostro estaba completamente escondido en los dobleces de la capucha de su hábito de lana: aunque soy un gran pecador para que mis oraciones sean escuchadas por Dios, siempre me acordaré de vos en los momentos del recogimiento. Entre tanto voy á haceros aun un servicio semejante al que os acabo de prestar.

—¿Qué decís?

—Señora: yo llevé vuestra bendicion sobre vuestra única hija..... ¿conseguiré tambien que bendigais á vuestro único hijo?

—Dios mio! Dios mio....! ¿qué decís? esclamó ella levantándose súbitamente.

Edmundo permaneció inmóvil.

—Sí, señora: nunca vuestra bendicion maternal descendió sobre aquella cabeza maldecida.... y sin embargo ella debia concebir despues un pensamiento fatal. Pero ahora es necesario que enmendeis vuestra falta, y que bendigais á aquel á quien disteis el ser entre las lágrimas de una angustia profunda.

—Ah! ¿quién sois? murmuró ella aterrada, retrocediendo un paso. Jesus! quien es este hombre..... que parece conocer un secreto fatal de mi existencia!

—Señora, interrumpió Edmundo: acordaos del hijo de Villefort..... sosegaos; yo no pretendo haceros sufrir con este recuerdo; quiero simplemente minoraros el remordimiento, diciéndoos

que bendigais á aquel desgraciado cuyo único bautismo fué de sangre y de lágrimas.

—Ah! por piedad....... ¿quién sois ....? Yo tiemblo! No sé lo que tiene de terrible y majestuoso el sonido de vuestras palabras...! por piedad....! si sois un espectro levantado á la faz de la tierra para hacerme morir de remordimiento.... yo os conjuro ¡piedad para la pobre arrepentida!

—No, señora Danglars, yo no soy mas que un pecador cuyas enormes culpas está espiando con su contricion en el acto de perdonar á sus enemigos, y de pagarles con un beneficio el mal que ellos le hicieron. Señora Danglars, vuestro hijo se llama Benedetto, y ahora debe estar en Francia.

—Benedetto! Benedetto.....! repitió la señora Danglars con terror. Oh! decidme por Dios lo que hace aquel desgraciado.....!

Una risa convulsa resonó entre la capucha de lana que cubria el rostro de Edmundo.

—Lo que hace, tal vez yo no lo adivine: lo que hizo puedo decíroslo:

Maldecido por todos, lanzado á la muerte y al infierno desde su nacimiento, y salvado milagrosamente por un brazo que se vengaba, concilió despues un pensamiento fatal de destruccion. Encontrado por un hombre que caminaba ciego de orgullo y de vanidad, Benedetto fué el último que bajo los piés de ese hombre se convirtió en montaña, y que despues se conminó y abrió para aniquilarlo en el abismo. Ese hombre á quien él aniquiló..... ¿lo creereis señora? fué el hombre mas poderoso que se ha visto en la tierra: fué el hombre cuya voluntad no encontraba obstáculos, y que, á la manera de un Dios Omnipotente, quiso estender su diestra y herir al crímen sin piedad. Ah! pero ese hombre se engañó.....! Él apenas procuraba vengarse sin dolor y sin misericordia. Fué, por fin, el conde de Monte Cristo! Sí,—continuó Edmundo—Benedetto aniquiló á aquel atrevido coloso, que los hombres contemplaron con asombro, así como el sencillo campesino derribó aquel fiero jigante de la Escritura..... Sangre y lágrimas! hé ahí lo que Benedetto dejó en su paso frente á frente con el con-

de de Monte-Cristo, arrancándole con su mano homicida y vengadora sus mas caras afecciones ....!

Benedetto fué el instrumento de Dios , y ahora se prepara tal vez en Francia para recibir el público castigo de sus pasados crímenes! Hé ahí, baronesa Danglars, la obra de vuestro hijo.

Diciendo esto, Edmundo bajó la capucha de su hábito, y la señora Danglars lanzando un grito de espanto, fué á caer de rodillas junto á la cama en que estaba Bertuccio agonizando.

—Sí: es ahí, continuó Edmundo, es ahí donde podeis ver al hombre á quien vuestro hijo debe la vida. Este infeliz fué el que lo sacó de la cueva en que Villefort lo habia enterrado vivo.

—¡Piedad....!

—Sabeis como recompensó Benedetto despues á ese hombre generoso? fué asesinándole la hermana, incendiándole la habitacion y robándole completamente. Ah! es porque él era maldito de Dios y de los hombres....! vamos, señora, sabed que vuestro hijo os busca para pediros la bendicion maternal; id á encontrarlo y á concedérsela para que pueda morir descansado: de este modo quedará tranquila vuestra conciencia.

Poco despues, la señora Danglars, envolviéndose en su velo, salia de allí y se embarcaba, por caridad, en un pequeño barco que debia salir para Marsella: ella pensaba dirijirse á París.

Ahora, volvamos á hablar de Benedetto; que, como el lector lo recordará, quedó en poder de la justicia francesa que lo condujo para la cárcel denominada *La Force*.

LVII.

El 27 de setiembre.

Benedetto fué conducido á *La Force* Apenas se le encabezó el proceso, fácil fué reconocer en él al mismo reo que se habia evadido asesinando al carcelero.

El jurado, despues de haber examinado los autos, y tomado en consideracion los crímenes de Benedetto, no pudo dejar de pronunciar contra él la última pena. Este al fin de ocho meses de

prision, fué pues condenado á muerte. Oyó leer su sentencia en el mismo calabozo en que habia asesinado al carcelero, con la misma sangre fria y salvaje indiferencia que le caracterizaba desde mucho tiempo.

Esta indiferencia pronunciada no nació del embrutecimiento de su espíritu, como casi siempre sucede en los hombres que despues de una larga série de crímenes, ven elevarse ante sí el patíbulo en que los han de espiar á la faz de la sociedad que ellos insultaron. No, ese estado en que Benedetto se encontraba, era el fruto de una resignacion profunda á los decretos de ese Dios poderoso que habia invocado para saber en otro tiempo si debia ó no herir al hombre vanidoso que habia abusado de su poder.

Llegó la víspera de la ejecucion y Benedetto entró en el oratorio, portándose con devocion en todos los actos religiosos que anteceden las ejecuciones públicas de alta justicia. El confesor lo escuchaba con interés, y en su mirada tierna se conocia el efecto que en él producian las palabras del penitente.

—Padre, yo creo en Dios, dijo Benedetto haciendo la señal de la cruz, creo en su justicia infalible y ni aun de pensamiento me atrevo á censurarlo. Nací del crímen, fuí bautizado con sangre y lágrimas... y mi fin no podia ser otro que el del patíbulo. Antes de creer en Dios, como hoy creo, sentí en mi pecho toda la hiel que la desesperacion puede crear en el corazon humano. La desesperacion que es un infierno en el mundo! Sin el menor principio de educacion, me dejé dominar por la influencia de las malas compañías hasta el punto de insultar al hombre que me habia recogido por caridad, y de pagarle este beneficio incendiándole su domicilio, y asesinándole su hermana. Desde entonces no hubo en el mundo un solo techo hospitalario para mí: ninguna mirada amiga encontré, ningun corazon piadoso!.. Yo era maldito en el mundo!.... Corrí de relajacion en relajacion y de crímen en crímen, continuó Benedetto despues de una pequeña pausa, me asocié con los hombres mas perversos, y partí con ellos en el centro de las mas repugnantes orgías, el fruto del latrocinio y del asesinato. esos tiempos ningun sentimiento generoso habia en mi pecho:

yo no tenia el mas mínimo pensamiento que no fuese un sacrilegio, una infamia: no practicaba la menor accion que no fuese un crímen espantoso. Afecciones?... no tenia ningunas... Apenas esas amistades infames trabadas con las mujeres mas torpes, mas relajadas, mas cínicas. Ah! no tardó mucho empero el que yo cayese en poder de la justicia, y arrastré por el espacio de algunos meses la cadena vil de los *forzados*. Cuando ya resignado cumplia mi sentencia, y tal vez..... enmendándome poco á poco con la práctica del trabajo, de mi criminal ociosidad y de mis monstruosos vicios.... un hombre apareció para libertarme: ese hombre se condolia de mi estado, y quiso tal vez inspirarme sentimientos honrados con la accion generosa que practicaba: me dió una lima para limar mis cadenas, y me dió dinero y las señas de su habitacion. Un mes despues, conocí que ese hombre no trataba sino de llenar ciertos fines, sirviéndose de mí en un drama ridículo, en el que yo representaba el papel principal. Entonces me burlé de mí mismo por haber creido que existiese un hombre que tuviere sentidos generosos para con la miseria: y volví á ser lo que fuí, solo con la diferencia de haber mudado de clase en la sociedad, y haber pasado del simple malvado Benedetto, á llamarme y representar al príncipe Andres Cavalcanti. Este era el carácter que aquel hombre me habia designado en su comedia. Ella al fin concluyó y yo descendí á mi clase primitiva, tan malvado como era antes, y mas ilustrado aun, por las lecciones de hipocresía que habia recibido del señor conde de Monte-Cristo, mi nobilísimo protector...

Un dia paré en mi camino de crímenes: la presencia de mi padre, pobre, viejo, desgraciado y casi loco, me conmovió; juré vengarlo entonces, y medité profundamente respecto de los hombres y de sus acciones. Creí en Dios, reconocí que yo era desde cierto tiempo el instrumento con que él castigaba á los malos: herí y robé sin piedad á todos cuantos habian hecho lo mismo. Para caminar en esa nueva senda que me habia trazado, carecia de dinero, y fuí á apoderarme de las joyas que ornaban los cadáveres de los miembros de mi familia paterna, y no descansé un

instante hasta llegar donde yo habia premeditado. Ví alrededor de mí el malo, el falsario y recibieron el castigo de sus crímenes: los virtuosos, el premio de sus acciones, y por eso no me sorprende ahora aquel cadalso que tambien se ha levantado para mí; yo lo merezco. Dadme vuestra bendicion y orad por mí!.....

Diciendo esto, Benedetto se arrodilló á los piés del padre que invocaba la misericordia divina sobre el alma del paciente.

—¿Qué dia es hoy? preguntó Benedetto.

—Veinte y siete de setiembre, hijo mio.

—¡Veinte y siete de setiembre! repitió Benedetto pausadamente con una lúgubre sonrisa. Allí está el patíbulo para festejar el aniversario de mi nacimiento.

—Perdonas á tus padres el abandono en que te dejaron desde que naciste? perdonas á tu padre su intentado crímen de infanticidio?

—Hace mucho que los he perdonado todo!

—Muy bien, hijo mio; sea Dios contigo para siempre.

Luego que el sol penetró en los sombríos patios de la *Force*, la puerta del oratorio se abrió, y una escolta fué á apoderarse del reo para conducirlo al cuarto del verdugo, para que este le cortase los cabellos y le pusiese el sayo de los condenados.

Despues de estos preparativos, Benedetto subió para el carro de los pacientes, y el verdugo, tomando su lugar, dió la señal para empezar la triste partida.

Un piquete de caballería acompañó el carro hasta el patíbulo al rededor del cual se agrupaba el pueblo. Benedetto, recibiendo la última bendicion del confesor, repelió suavemente la venda que el verdugo le presentaba dirigiéndole las dos preguntas de estilo que así fueron hechas y contestadas

—Deseais comer ó beber?

—No.

—Me perdonais la accion que voy á ejecutar?

—Sí.

—Tomad, pues esa venda: la hora se aproxima.

—Dejadme solamente mirar un momento á esta multitud que me cerca: quiero ver si distingo un rostro amigo.



Ed. Labielle C. Monserrete

Ejecucion de Benedetto.

Y Benedetto poniéndose de pié en el cadalso miró con avidez el pueblo que lo rodeaba, y examinó rápidamente todas los fisonomías que le quedaban mas próximas: despues miró á mayor distancia y lanzó un pequeño grito de sorpresa. Habia visto en un carruaje que atravesaba la plaza con mucho trabajo por entre la multitud, una mujer con el hábito de las hermanas de San Lázaro que parecia acompañar á otra mujer enferma.

—Padre mio, dijo al religioso, en este momento no ambiciono mas que hablar á aquella hermana de San Lázaro, que atraviesa la plaza en un carruaje. Por el amor de Dios, id á decirla que venga.

El padre bajó del patíbulo para ejecutar el deseo del paciente y la humilde hermana de San Lázaro no puso la menor dificultad en acudir á su llamamiento. A proporcion que ella se aproximaba, la fisonomía de Benedetto se alteraba de un modo singular, y llevó repetidas veces sus manos al rostro como para detener una involuntaria lágrima.

La hermana de San Lázaro subió las escaleras y se presentó al reo.

—¡Dios mio! esclamó ella retrocediendo como fulminada por el efecto de una vision terrible.

Benedetto tomó su mano con respeto y llevándola á los labios imprimió en ella un ósculo; despues abrazándola, murmuró estas palabras, pero de modo que nadie mas las pudiese oir.

—Animo, señora: yo queria mandaros mi último adios por una de vuestras compañeras, pero el Eterno quiso que vos nisma lo vinieseis á recibir.

—Jesus!... Jesus!... gritó la pobre señora con dessperacion cayendo de rodillas sobre el cadalso.

Benedetto corrió con ligereza al cepo y recostandoallí su cabeza, gritó al verdugo:

—Hiere... hiere sin piedad!

—Oh no!... no gritó ta hermana de San Lázaro, ꞌvantándose trémula y pálida para arrodillarse de nuevo á los piésdel verdugo.

—Es hoy el dia 27 de setiembre! dijo aun Benedtto:

Despues de estas palabras, el hierro de la guillotina le separó la cabeza.

La hermana de San Lázaro cayó como fulminada por un rayo junto al cadáver, gritando con angustia:

—Hijo mio!!!.. ..

Pocos dias despues aquella infeliz mujer habia muerto tambien.

....

Un mes despues de esta escena tuvo lugar otra no menos importante en Marsella.

Si volvemos allí y tendemos la vista hácia el lado de los peñascos en que se cimentaba la aldea de los Catalanes, despues de una única casita muy blanca, muy sencilla, que era la habitacion de Mercedes, podremos notar una pequeña ermita cuya puerta está casi siempre cerrada, y que apenas se abre en los domingos y dias santos por espacio de media hora despues del mediodía.

Aquella ermita y la casa estaban edificadas del lado opuesto del peñasco; eran entonces, digámoslo así, el primer ensayo de los edificios que allí existen hoy poblando aquel monton de rocas como una guarda avanzada de la ciudad.

Alberto Mondego y Mercedes habitaban todavía en la casita de la antigua aldea de los Catalanes; Alberto, habiendo recibido por conducto del mismo padre que antes fué el intérprete de la voluntad de Benedetto, la donacion que éste le hacia, empleó ese capital en establecerse en el comercio, que desde mucho tiempo le inspiraba vivos deseos. El nombre de Benedetto era allí bendecido entre Alberto y su madre en aquella paz íntima que gozaban.

Mercedes oraba cuotidianamente por el amigo sincero de su hijo, por el bienhechor desinteresado, por el juez imparcial que habia lamentado su miseria, y les habia mitigado el rigor de ella. Pero Mercedes, herida aun por un disgusto profundo desde la muerte de su esposo, caminaba progresivamente al sepulcro.

Alberto, inquieto por el abatimiento físico de su pobre madre, ya habia formado consulta con dos de los mejores facultativos de Marsella y ellos concordaron, despues de algunos meses, que Mercedes sucumbiría en poco tiempo si se declaraba la enfermedad,

lo que ellos recelaban bastante, por la fiebre lenta y progresiva que la devoraba.

Alberto tenia que sufrir todavía aquel golpe: todos los dias los pasaba al lado de su pobre madre, oyendo sus palabras de amistad, y recibiendo esas queridas y últimas miradas que no tardarian en amortiguarse y finalizar, como el brillo de las estrellas, en proporcion á la luz de la mañana.

La mas completa contricion se traslucia en el rostro tranquilo de Mercedes. Cuando mas se aproximaba la crisis fatal de la enfermedad, tanto mas sosegada parecia ella, dejando entrever la llama pura de su alma inocente. La gloria del cielo se reflejaba poco á poco en toda su figura: ella no parecia de este mundo: en las horas del crepúsculo la tomarian por un ángel de paz que habia descendido á sentarse junto á Alberto para repetirle esta palabra cristiana: «Eternidad.»

Lo que Mercedes parecia temer era el delirio: ella pedia á Dios que le conservase el perfecto uso de sus facultades intelectuales hasta el último momento, para decir el postrer adios á su hijo, cuando exhalase tambien el último suspiro.

Una noche se sintió mercedes muy abatida: una angustia terrible la oprimia, le parecia que no habia aire en el espacio de su cuarto: se sentó así en su cama y mandó llamar á Alberto que apareció en el acto.

El pobre jóven se estremeció así que vió el rostro pálido y cadavérico de su madre: un sudor frio le bañó la frente, y el corazon agitado empezó á pulsarle con un movimiento nervioso é irregular.

—Hijo mio, le dijo Mercedes forzando una sonrisa; deseo prepararme para comparecer ante Dios.

—Ya, madre mia?... dijo Alberto faltándole la voz para completar el sentido de sus primeras palabras, y abrazando lleno de amor y respeto el cuerpo frágil de Mercedes.

—Sí ... sí... replicó ella poniéndose mas lívida, y abriendo mucho la boca para respirar. Un confesor, hijo mio ... un confesor...

Alberto salió precipitadamente del cuarto y corrió como un loco por las peñas con intencion de dirigirse á la ciudad, pero

golpeó maquinalmente en la puerta de la ermita repetidas veces. Poco despues vió delante de sí la figura austera de un padre.

—Qué quereis, hijo mio?

—Por el amor de Dios, señor, venid á socorrer á mi madre que está espirando.

El padre no vaciló y siguió á Alberto al cuarto de Mercedes. Cuando el padre entró allí, ella no distinguia bien los objetos que la rodeaban: la proximidad de la muerte habia echado su polvo de hielo en el rostro de la víctima.

—Hé aquí el ministro de Dios, madre mia—dijo Alberto arrimándose al lecho.

—Pues bien, hijo mio, dejadme un instante, que mi confesion será breve: poco tengo que decir... quiero apenas la última absolucion.

Alberto la besó y entró en el cuarto inmediato.

El religioso quedó solo frente de la moribunda.

—Venid, padre... murmuró ella.

—Oh Dios! —dijo él conservándose firme en el mismo lugar, como si sus piés estuviesen clavados en el suelo, y con la vista fija en el rostro de Mercedes—oh! Dios todopoderoso! recibe en tu seno aquella alma pura, que parte demasiado torturada ya, de este mundo!... Mercedes..... Mercedes!—continuó á media voz aproximándose entonces al lecho—yo necesito de vuestro perdon.

—Vos?....

—Sí; yo que fuí un insensato cuando creí poder sofocar en mi pecho el amor que me inspirabais! Yo que fuí un malvado cuando, para vengarme de Fernando Mondego, deshice el edificio de vuestra felicidad, y os hice participar la miseria y la vergüenza de él!...

—Padre, qué decís... quien sois para hablar así con arrepentimiento de mi pasado entero?....

—Mercedes... Mercedes... no seria digno de vuestro perdon si no estuviese verdaderamente arrepentido... perdonadme, pues...

—Oh! Dios poderoso! murmuró ella, quien quiera que seais... yo os perdono de lo íntimo de mi alma.

—Gracias!... gracias!.....

—Edmundo! dijo ella á media voz.

—Sí, sí: yo soy, Mercedes, vuestro cruel é insensato amante! Ah! yo necesitaba tambien de vuestro perdon, para morir en la paz del Señor!...

—Mi hijo! gritó Mercedes con las fauces encendidas repentinamente por el delirio. Mi hijo!.... aquel hombre querrá tal vez vengar aun en tí, la afrenta que recibió de su padre!...

—Piedad! dijo Edmundo tomándola la mano y uniéndola á su pecho con un movimiento involuntario.

—Madre mia, héme aquí, sosegaos... esclamó Alberto precipitándose en sus brazos.

Edmundo se alejó entonces del lecho, y tomando en las manos el crucifijo de marfil que estaba en la pared, empezó á murmurar una oracion por el alma de Mercedes.

Se siguió media hora de profundo silencio apenas interrumpido por las palabras sacrosantas del padre, y por la respiracion sofocada é informe de la moribunda.

Despues, Alberto lanzó un grito de dolor cayendo de rodillas al lado de la cama, y arrimando sus labios á la mano fria de Mercedes.

Ya no existia!..

Pocas horas transcurrieron desde el fallecimiento de Mercedes, cuando en la ermita de la pobre aldea de los Catalanes, postrado ante el sencillo altar que la ennoblecia, un padre rezaba el oficio de muertos. Las lágrimas y los sollozos le cortaban la voz. Era doloroso aquel trance de angustia, porque la mujer sobre cuyo cadáver oraba él entonces, fuera su amante en la juventud, condenada por él en la edad adulta, y víctima suya cuando las afecciones de un hijo debian hacerle apacible la existencia.

Edmundo Dantes se hallaba de pié rezando algunas palabras sobre el cadáver de Mercedes Era la vida al frente de la muerte! era el verdugo frente de su víctima! era el desafío que la vida loca é insensata, como es, lanza todos los dias á la faz de la eternidad!...

Mas en la aldea de los Catalanes se habian jurado mil veces un amor eterno, á toda prueba; y el mismo cielo se conjuró para fulminar á aquel que sobreviviese al otro. De ese modo fué víctima Mercedes y tambien fué víctima Edmundo Dantes. Ella

no olvidó sin embargo por él los deberes de esposa y de madre: superior á las afecciones de la pobre jóven de la aldea, era el vínculo contraido al pié de los altares con Fernando Mondego. Los deberes maternos tenian en la esposa mayor imperio que las afecciones del corazon inocente, desligado todavía de ciertos lazos que no pueden influir tanto como las palabras sagradas de la religion y de la maternidad. Él, guiado por el orgullo, deslumbrado por las riquezas, y sediento de venganza, no procuró despedazar esos lazos que prendian á la pobre víctima del amor, de la locura, y del deber, y descargó sobre ella la mayor parte del castigo, y la mas bárbara venganza.

Pero los juramentos de amor hechos en la aldea de los Catalanes, á la faz de Dios y de los hombres, estaban todavía por cumplir: uno no debia sobrevivir al otro. Si el casamiento de Mercedes con Fernando Mondego por el cielo fué destinado, su mortaja con Edmundo Dantes, tambien allí habia sido decretada. El *requiescat in pace* rezado por un amante sobre el cadáver de la amada, era como la voz agorera y fatídica del pensamiento del otro; y la lúgubre campana de la ermita no cesaba en su doblar á muerto.

Era como un presagio....

Descendia á la tierra el cadáver de Mercedes: el sepulturero se aprestaba á cumplir su obligacion, cuando el padre que le recitara las últimas oraciones, arrancando del alma un suspiro que le despedazó el corazon, resbaló en la misma sepultura abierta para la infeliz condesa de Morcef.

Ese padre, era tambien cadáver. La apoplegía fué fulminante.

O la mano del Omnipotente levantada sobre el orgulloso, ó el brazo misericordioso de Dios, se compadecia de los dolores y sufrimientos de aquel hombre, y lo reunia en aquella hora con lo que él amó mas en el mundo.

Este padre era Edmundo Dantes.

Haydéa fué para él una vision, un pasado sueño. Era una mujer que lo amó, á quién él por su desgracia se habia aficionado... Fuera de esto, aquel primero y único amor que nutriera su alma, era su constante vision, era tal vez el único alimento de su

vida, y debia, por lo mismo, ser tambien su muerte.........

....

Manos piadosas reunieron á los pocos dias en un mismo mausoleo á aquellos dos cadáveres.

¿Quién fué ?... No podia ser otro que aquel que sabia cuánto amó Mercedes á ese hombre, cuánto por él sufrió, y que tambien por él murió.

Alberto, concluido este último acto de deber filial, y no teniendo ya nada que lo ligase á la Francia, se embarcó en un vapor que salia de Marsella para Argel.

Una especie de fatalidad habia reunido abordo de aquel vapor algunas personas de nuestro conocimiento: Morel y su esposa con los niños que tan misteriosamente les fueron confiados, habian salido de Roma para Francia, y de esta pasaban al África para recoger una riquísima herencia que un pariente de Valentina les habia dejado.

Pocas horas despues de haber salido del muelle el vapor, se sintió en Marsella un horrible estallido como el de una esplosion. Los habitantes de la ciudad temblaron por la suerte de los que se acababan de embarcar allí.

El presentimiento se verificó: porque á los pocos dias vinieron á la playa los cadáveres de los Moreles, de sus hijos adoptivos, de Alberto y de otras muchas personas conocidas en aquel puerto.

....

....

Eugenia Danglars y Luisa d' Armilly seguian en París aventurando la vida de artistas.

FIN DE LA MANO DEL MUERTO.



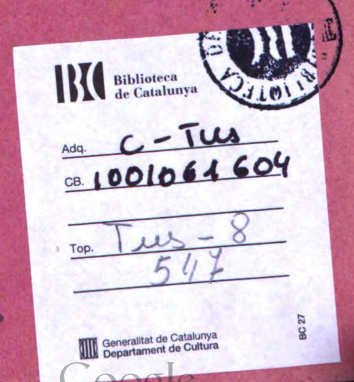
ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

FIN DEL ÍNDICE.

Pauta para la colocacion de las láminas.




Biblioteca
de Catalunya
Adq. C-Tus
CB. 1001061604
Top. Tus-8
547
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura
BC 27


UNYA

